

REINOS OLVIDADOS

Corscario

ESPADAS DEL MAR DE LA LUNA. LIBRO II

Richard Baker Lectulandia

Kamoth Kastelmar, Señor de la Luna Negra, era un joven lord, de sádicas inclinaciones, que hizo valer sus encantos para casarse con la hermana del harmach de Hulburg antes de ser enviado al exilio por conspirar contra su nuevo cuñado. Ahora es capitán del Reina Kraken y Capitán Supremo de los Corsarios de la Luna Negra, una despiadada flota pirata que asola el Mar de la Luna, y siembra la destrucción y el pillaje por dondequiera que pasa. Estaba dispuesto a olvidar el pasado, pero cuando el harmach de Hulburg arma un buque de guerra para acabar con sus actos de piratería, emprende una campaña personal contra él.

Es hora de enseñarle respeto al harmach.

Es hora de arrasar Hulburg.

Lectulandia

Richard Baker

Corsario

Reinos Olvidados: Espadas del Mar de la Luna. Libro 2

ePub r1.0

Huygens 31.03.14

Título original: *Corsair*
Richard Baker, 2009
Traducción: Emma Fondevila
Ilustración de portada: Raymond Swanland
Diseño de portada: Matt Adelsperger

Editor digital: Huygens
Digitalizadora: Maperusa
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Alex.
Éste es sólo para ti.

PRÓLOGO

15 de Ches. Año de los Magos de Ámbar
(1466 CV)

El estridente entrechocar de aceros despertó a Geran Hulmaster cuando todavía no había amanecido. Se incorporó en la cama, apoyándose sobre un codo, escuchando con expresión intrigada en la oscuridad de su habitación. Oyó gritos de alarma que se propagaban por todo el castillo de Griffonwatch, hogar ancestral de su familia. Durante un buen rato estuvo dudando de si se trataría de uno de esos sueños extraños en los que uno tiene una ilusoria sensación de realidad. Eso hasta que los gritos y la conmoción volvieron a empezar y se despertó del todo.

De un tirón apartó los cobertores y saltó de la cama; lo sorprendió el frío de las losas del suelo bajo sus pies descalzos. «¿Un combate en Griffonwatch?», se preguntó. Había vivido en el castillo de los Hulmaster hasta que cumplió los diecisiete años y jamás había soportado un solo ataque. Ciertamente, había riñas ocasionales en los barracones de la Guardia del Escudo, pero eso era en la parte baja de la muralla, donde estaban los alojamientos de los soldados y la servidumbre. Esa vez tenía la sensación de que no se trataba de una refriega de borrachos. Sonaba a cosa grave y mortal.

Se metió los faldones de la camisa dentro de los finos calzones que siempre usaba para dormir y se calzó las botas que estaban al pie de la cama. Era un joven alto, enjuto, de brazos y piernas excesivamente largos tal vez, y una rebelde mata de pelo negro pugnaba por tapar los penetrantes ojos grises. Al golpear con los pies en el suelo para calzar bien las botas, tropezó con el cinto de la espada y se lo colocó en torno a la delgada cintura. Geran había empezado a entrenarse en el uso de las armas al cumplir doce años y en sus manos se advertían las callosidades que tanto tardaban en formarse a un espadachín consumado. Fuera cual fuese el origen de la conmoción desatada en Griffonwatch lo encontraría preparado para luchar.

Geran volvió a pisar con fuerza antes de dirigirse a toda prisa a la puerta de su habitación y abrirla de un tirón. Al otro lado, el pasillo estaba vacío, pero se oía el eco de la lucha proveniente de los niveles inferiores del castillo. Se preguntó si los atacantes serían orcos o goblins de Thar. ¿Acaso bandidos de los Altos Páramos? ¿Cómo podían haberse introducido en el castillo? ¿Y por qué habrían de atacar a los soldados del harmach en su propia fortaleza? Jamás había oído de atacantes orcos ni de bandidos humanos que hubiesen intentado algo así.

Puesto que las habitaciones de la familia Hulmaster parecían tranquilas por el momento, se lanzó escaleras abajo, hacia la estancia inferior de la torre. Allí se encontró a su prima Kara, que estaba junto a la puerta que daba al patio superior. La

puerta estaba abierta, y ella, sosteniendo una espada corta en la mano, trataba de ver lo que sucedía fuera, mirando cautelosamente con esos extraños ojos que llevaban la marca del conjuro y que relucían con un brillo levemente azul en la penumbra. Era un año más joven que Geran, pero casi tan diestra como él en el uso de la espada. Al igual que él, iba vestida con la ropa de dormir, pero se había ajustado la camisa a la cintura para que no le estorbara. Le lanzó a su primo una rápida mirada y volvió a centrarse en lo que ocurría en el patio.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Geran apenas en un susurro.

—No lo sé, pero he oído ruido de lucha —respondió—. ¿Qué debemos hacer?

Geran frunció el entrecejo y echó a su vez una mirada al patio. Una lluvia fría y persistente enturbiaba aún más la noche, y él se estremeció vestido como estaba con su fina camisa de dormir. Los guardias del Escudo, que normalmente vigilaban las habitaciones de los Hulmaster, no estaban en sus puestos. De repente, se dio cuenta de que no tenía muchas ganas de responder a la pregunta de Kara; su curiosidad se iba transformando rápidamente en miedo. Había algo que estaba terriblemente fuera de lugar en la casa de los Hulmaster esa noche. Geran creía saber lo que era estar en un combate. Después de todo, se había defendido en una o dos escaramuzas en los Altos Páramos, enfrentándose contra los orcos y otros salvajes por el estilo junto con la Guardia del Escudo. Sin embargo, era algo diferente despertarse y encontrarse con una batalla en la propia casa, preguntándose cuáles de los soldados o sirvientes a los que uno conocía yacerían ya muertos en los pasillos.

Varias figuras armadas salieron de las puertas que comunicaban el patio con el gran salón. Geran se puso en tensión, y llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero Kara le hizo un gesto negativo. Ella veía como un gato en la oscuridad, un don que había recibido con la marca del conjuro.

—Es tu padre —dijo.

Bernov Hulmaster atravesó el patio a grandes zancadas seguido por varios guardias. Geran y Kara se retiraron de la puerta al verlos entrar. El padre de Geran era sólo unos centímetros más alto que éste, pero tenía la corpulencia de un oso y una barba castaña en la que se mezclaban algunas canas. Bernov llevaba puesta su armadura de batalla y una capa pesada para protegerse del mal tiempo, y llenaba toda la puerta con sus anchos hombros y las hombreras que los cubrían. Su cara tenía una expresión dura.

—¡Ah!, estáis despiertos —dijo Bernov—. ¿Estáis bien los dos?

—Sí, papá —respondió Geran—. Estamos bien, pero hemos oído ruido de combate.

—Ya lo sé. —Bernov echó una mirada por la sala de la familia, como si esperara ver salir enemigos de entre las sombras en cualquier momento—. Quiero que tú y Kara os quedéis aquí. Atrancad la puerta en cuanto yo salga, y no dejéis pasar a los

aposentos de los Hulmaster a nadie que no sea el harmach o yo mismo. Y tampoco permitáis la salida de nadie. Mantén a tu madre, a tu tía y a Sergen aquí hasta que te comunique que no hay peligro. ¿Me entiendes?

Geran no entendía nada, pero asintió débilmente.

—¿Qué está pasando? ¿Nos están atacando?

La expresión de Bernov se endureció más aún.

—Es tu tío Kamoth. Ha tratado de asesinar al harmach y de apoderarse de Griffonwatch. El harmach ha sobrevivido al ataque, pero el castillo no está seguro. Me temo que algunos de los guardias del Escudo están de su parte, de modo que no se puede confiar en nadie.

¿Kamoth había tratado de matar al harmach? Geran se quedó mirando a su padre. Kamoth Kastelmar estaba casado con la tía de Geran, Terena, hermana de Bernov. Su hermano mayor, Grigor, era el harmach de Hulburg, señor de la ciudad y de las tierras circundantes. Geran sabía que su padre no tenía en gran estima a Kamoth, pero no podía creer que éste fuera capaz de semejante traición. A él le caía bien Kamoth. El noble de Hillsfar había entrado en la familia como consorte de su tía dos años atrás, y había traído consigo a su hijo, Sergen, y aunque Geran y Sergen no se llevaban bien, Kamoth jamás había tenido una palabra dura para Geran. Kamoth tenía un malicioso sentido del humor y el encanto de un pícaro de nacimiento, pero de ahí a ser capaz de traicionar y asesinar...

—Tiene que haber algún error —dijo Geran.

—Ningún error. Kamoth y sus hombres han matado a los guardias que había junto a la puerta de Grigor, pero otro guardia los ha descubierto. También lo han matado, pero no antes de que sus gritos dieran la alarma. —Bernov le puso una mano en el hombro a Geran y su expresión se suavizó—. Sé que Kamoth te resulta simpático, Geran, pero se ha vuelto en contra de nosotros, y se propone matar a todos los Hulmaster y apropiarse de Hulburg. Ahora es nuestro enemigo.

Volvió a oírse entrecuchar de espadas en los niveles inferiores del castillo, y Bernov miró por encima del hombro.

—Tengo que irme. Quédate aquí y deja la puerta atrancada.

—¡Espera! Voy contigo —dijo Geran—. Puedo ayudar. —Todavía no podía compararse con su padre, ni tampoco con Kamoth, pero era capaz de superar a muchos de los mejores guardias del Escudo en el campo de prácticas.

Bernov sonrió y le dio un apretón en el hombro en un rudo gesto de afecto.

—Lo sé, hijo, pero me preocupan tu madre y el resto de la familia, y me quedaría mucho más tranquilo sabiendo que tú y Kara estáis aquí para guardar esta puerta y asegurarnos de que todos estén a salvo.

Geran sabía que su padre simplemente trataba de mantenerlo al margen de la lucha, pero asintió de todos modos.

—Lo entiendo —respondió.

Bernov hizo un gesto afirmativo y volvió al patio castigado por la lluvia. Kara aseguró la puerta con la pesada barra de hierro.

Esperaron en silencio durante un cuarto de hora o más, aguzando el oído para oír algo que les diera la clave de lo que estaba sucediendo fuera de la Torre del Harmach. De vez en cuando, resonaba algún grito en los pasillos de abajo, mezclado con voces crispadas o el choque de acero contra acero. Sin embargo, los ruidos de la lucha fueron disminuyendo de forma constante; Geran pensó que unos u otros llevaban las de ganar. Deseó no haber accedido a quedarse dentro de la torre. Si hubiera ido con su padre podría haber inclinado la balanza a su favor en alguna escaramuza. Tenía edad y pericia suficientes para combatir por el harmach.

La puerta de la torre se sacudió, obstruida por la tranca. Geran y Kara saltaron al oír el ruido y se volvieron. Era una puerta sólida, de gruesos tablones de roble unidos por pesadas barras de hierro, pero siguió sacudiéndose contra el marco.

—¡Ah, de la torre! ¡Abrid la puerta! —llamó una voz de hombre desde fuera.

—¡Es Kamoth! —dijo Kara.

Geran asintió. Los dos desenfundaron la espada y se quedaron esperando de cara a la puerta. La tranca era lo bastante fuerte como para que sólo un ariete pudiera derribarla. Se oyó como si estuvieran arañando el armazón con algo... y el ventanillo se abrió de golpe, empujado por la hoja de una daga. El postigo tenía apenas el tamaño de una mano, pero fue suficiente para que Geran reconociera las facciones de su tío, que espiaba desde fuera. Los ojos de un color azul brillante de Kamoth se posaron en él y se entrecerraron ligeramente al esbozar una cálida sonrisa.

—¡Ah, estás ahí, Geran, muchacho! ¡Y Kara, querida! Abrid la puerta, ¿queréis?

Geran echó una mirada a Kara, pero ella no se movió. Kamoth era el padrastro de la muchacha, pero Kara conocía a su tío Bernov de toda la vida. Kamoth frunció el entrecejo.

—¿Es que no he sido lo bastante claro? Desatracad la puerta que quiero entrar en la torre.

—No podemos hacerlo —respondió Geran.

—¿Ah, no? ¿Y se puede saber por qué?

—Mi padre nos ha dicho que la mantuviéramos atrancada a menos que él o el harmach nos ordenaran lo contrario.

Kamoth miró hacia otro lado y dijo algo entre dientes, pero volvió al ventanillo después de un instante, con mirada bondadosa.

—Sea como sea, no creo que le importe que me dejéis entrar un momento. Tengo que recoger algunas cosas de mis habitaciones y después me marcharé enseguida.

Geran se puso firme y miró a su tío a los ojos.

—Mi padre nos ha dicho que has tratado de matar al harmach esta noche. ¿Es

cierto?

—Todo ha sido un terrible malentendido, muchacho. Tengo algunas cartas importantes en mis habitaciones que debo mostrarle a tu padre para aclarar todo esto. Ahora oídmeme bien: será mejor que abráis esa puerta antes de que todo esto se convierta en algo trágico. Es peligroso para mí estar aquí fuera hablando con vosotros.

Geran sintió que empezaba a flaquear. Quería darle a Kamoth la ocasión de explicarse, aunque sabía exactamente lo que su padre le había dicho que hiciera; pero sintió la presencia de Kara a su lado.

—No lo hagas, Geran —susurró—. Hay más hombres detrás de él.

Geran cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No te dejaremos entrar; no, contra las órdenes de mi padre. Si eres inocente, debes entregarte.

La ira brilló en los ojos de Kamoth, pero se disipó rápidamente.

—Bueno, nunca te he creído tonto, muchacho. Que así sea, entonces; será mejor que me ponga en camino. Kara, dale recuerdos a tu madre. Te juro que voy a echarla de menos.

Se oyó un movimiento en el exterior y luego la cara de Kamoth desapareció del postigo.

Geran esperó un momento y después se acercó a la puerta para espiar lo que sucedía al otro lado. El patio, empapado por la lluvia, estaba vacío.

—¿Qué está pasando aquí?

Al pie de la escalera que llevaba a los aposentos de la familia apareció Sergen, el primo de Geran, en camisa de dormir. Miró a Geran y a Kara, y entornó los ojos con gesto desconfiado.

—¿Era mi padre el que estaba en la puerta?

Geran y Kara se miraron.

—Será mejor que se lo digas tú —le dijo Geran a Kara—. A mí seguro que no va a creerme.

—¿Creer qué? —inquirió Sergen.

Era un joven de quince años, de pelo oscuro, musculoso como su padre, pero unos buenos diez centímetros más bajo que Geran. Había llegado a Griffonwatch hacía dos años, al casarse Kamoth con Terena Hulmaster. Geran no le tenía simpatía. Según su experiencia, Sergen siempre estaba dispuesto a culpar a los demás y se ofendía aún con más rapidez cuando alguien lo culpaba a él.

Kara hizo una mueca de disgusto y miró a Sergen.

—Tu padre trató de matar al harmach. Tiene hombres dentro del castillo.

—¿Qué? ¡Eso no tiene sentido!

—¿No oyes el ruido? —le espetó Geran—. Ésos son los hombres de Kamoth

luchando contra la Guardia del Escudo. Tu padre es un traidor.

—¡Eso es mentira! —le lanzó Sergen—. ¡Eres un maldito embustero!

—No, no lo soy —dijo Geran con frialdad—. En realidad, me pregunto si no andarás tú también metido en esto.

Dio dos pasos hacia Sergen y lo miró con gesto avieso. No le había gustado precisamente que Sergen lo llamara embustero sólo por decir algo que el otro no quería oír. Ya otras veces se había metido en más de un problemilla por querer enseñarle modales a Sergen con los puños, pero eso no le iba a impedir hacerlo de nuevo si su primo postizo no retiraba la ofensa.

—¡Mi padre no es ningún traidor! —gritó Sergen, que cerró los puños y le plantó cara.

Geran frunció el entrecejo. Jamás había visto a Sergen desafiarlo tan directamente.

—¡Y yo tampoco! ¡Vuelve a decir eso y te saco los dientes, mentiroso bastardo!

Geran dio un paso adelante con la intención de arrancarle una disculpa al otro, pero Kara lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Espera, Geran —dijo—. Está convencido de que estás mintiendo. No sabe nada de todo esto. Kamoth no se lo ha dicho.

—¡Deja de decir eso! —A los ojos de Sergen asomaron lágrimas de rabia—. ¡Mi padre no es ningún traidor!

Kara no respondió. Geran miró a su medio primo, pero para sorpresa suya un atisbo de compasión por Sergen le impidió dedicarle otra dura réplica. Al amanecer, Sergen se enteraría de la verdad de los hechos. De haber estado él en su lugar, sabía que le había resultado insoportable la vergüenza de las acciones de su padre. ¿Qué más daba dejar que Sergen disfrutara un poco más de su ignorancia?

—Muy bien —dijo—. No diré nada más sobre esto.

Sergen miró con desconfianza primero a Geran y después a Kara.

—¿Dónde está mi padre, entonces?

Kara suspiró y su voz se suavizó.

—Se ha ido. Creo que se marcha de Hulburg.

—¿Que se marcha?

Sergen se quedó mirando a Kara un momento. Luego, sin una palabra más, se pasó la mano por los ojos, se volvió, y salió corriendo escaleras arriba hacia su habitación.

Geran supuso que no quería que viesen lo herido que estaba. Observó cómo se retiraba y se pasó una mano por el pelo. Ni siquiera podía imaginar lo que significaría todo eso para Sergen, para su tía Terena..., para todos los Hulmaster. Era muy probable que Sergen jamás llegara a creérselo. Si Geran había sentido algún placer al ver humillado a Sergen, rápidamente se había transformado en amargura. Ni siquiera

Sergen se merecía lo que había hecho su padre.

Kara ladeó la cabeza y se puso a escuchar.

—Creo que la lucha ha cesado —dijo—. Ya no oigo entrecuchar de espadas.

—Entonces, Kamoth se ha ido. —Geran pensó en las instrucciones de su padre y decidió que lo mejor era seguir las al pie de la letra—. Ve a ver cómo está tu madre. Y será mejor que vigiles a Sergen, por si acaso. Vigila su puerta y asegúrate de que no se marche. Yo me quedo aquí montando guardia.

—Está bien —aceptó Kara. Empezó a subir la escalera, pero se volvió para mirar a Geran al llegar arriba—. ¿Adónde crees que irá Kamoth ahora?

Geran meneó la cabeza.

—Tal vez vuelva a Hillsfar. O quizá a Mulmaster.

Fuera lo que fuese lo que había hecho Kamoth, Geran casi esperaba que consiguiera escapar. No le gustaba la idea de ver a Kamoth respondiendo por lo que había hecho en Griffonwatch esa noche.

—No creo que volvamos a verlo. No es muy probable que regrese después de esta noche.

—No, supongo que no puede —reconoció Kara, que siguió subiendo la escalera.

Geran se quedó vigilando junto a la puerta. Echó una mirada hacia afuera. Ya apenas llovía, y una luna clara y brillante relucía sobre las aguas del Mar de la Luna. No faltaba mucho para el amanecer, y pronto sabría más acerca de la traición de Kamoth.

UNO

11 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

Casi catorce años después, y a treinta kilómetros de Hulburg, Geran Hulmaster cabalgaba por una zona elevada del camino costero y descubrió a unos piratas que estaban saqueando un barco mercante de la Casa Sokol.

Hizo un alto y se quedó mirando a los dos barcos que descansaban cerca de la playa de aquella cala sin nombre antes de recuperarse de la sorpresa. A continuación, espoleó la montura y abandonó la ruta de las cimas para refugiarse detrás de un afloramiento rocoso. Por fortuna para él, el sol se estaba poniendo a sus espaldas, de modo que cualquiera que mirase ladera arriba desde la playa quedaría deslumbrado por el brillo del crepúsculo.

Geran palmeó a su caballo en el cuello y le susurró palabras tranquilizadoras. Era un hombre alto, esbelto, de poco más de treinta años, y vestía una capa larga, castigada por la intemperie, sobre una chaqueta de cuero, bombachos de lana verde oscuro y botas de cuero de caña alta. A la cadera llevaba una larga espada elfa con empuñadura en forma de rosa. El camino se pegaba a la ladera de la colina desde la que se dominaba la cala sin acercarse demasiado a la playa, pero no había manera de seguir adelante sin que lo vieran.

—¿Retroceder y dar un rodeo? —se preguntó en voz alta—. ¿O esperar hasta que oscurezca y seguir por el camino?

Decidió que, en la medida de lo posible, prefería seguir cabalgando. No tenía por qué haber peligro, a menos que los piratas enviaran a algún grupo en busca de provisiones, pero lo mirara como lo mirase, cabalgaría cuando hubiera desaparecido por completo la luz y acamparía ya tarde y sin encender fuego. Hizo un gesto de disgusto. La presencia de aquel barco corsario a apenas treinta kilómetros de su casa no era una buena señal. La piratería había hecho estragos ese año, y a cada mes que pasaba era peor. Los barcos de Hulburg eran perseguidos por todo el Mar de la Luna. Aquél era un cargamento más que jamás llegaría a los almacenes de Hulburg. Eso sería un gran golpe para los Sokol y también para las arcas del harmach.

Desmontó y ató las riendas del caballo al tocón de un pino seco que crecía entre los peñascos. Ya que tenía que esperar a que se hiciera de noche, por lo menos podría tratar de averiguar algo útil sobre los barcos corsarios que aparecían en los umbrales de Hulburg. Bajó por la pendiente buscando un punto de vista más propicio y por fin se acomodó bajo las ramas de una mata de tojo esculpida por el viento, a unos cincuenta metros por encima de la playa, y se dedicó a estudiar la escena más minuciosamente.

La mayor parte de los piratas eran humanos, con algunos representantes de otras

razas: uno o dos enanos, algunos goblins e incluso un ogro, por lo que pudo ver. Tenían la carga del barco de los Sokol esparcida por toda la playa y separaban lo que valía la pena llevarse de lo que iban a dejar. Geran no podía ver a nadie de la tripulación del mercante, pero eso no lo sorprendió. Lo más probable era que los piratas los hubieran matado tras capturar el barco y hubieran arrojado los cadáveres por la borda.

Se mordió el labio inferior con actitud pensativa. De haber podido habría hecho algo, pero por el momento no era nada que le incumbiera. Eso no era más que un accidente del destino que por casualidad lo había sorprendido cerca. Había dedicado los días anteriores a hacer una visita a su madre, que residía en un convento selunita de Thentia, y ahora iba de regreso a Hulburg. Por lo general, el viaje no presentaba complicaciones, ya que la costa entre Thentia y Hulburg estaba deshabitada, y la mayor parte del tráfico entre las dos ciudades se hacía por mar. Tampoco había ningún motivo para que los bandidos o merodeadores de los páramos de Thar asomasen por esos parajes.

—Tal vez ésa haya sido la razón para que eligieran esta cala —se dijo.

Necesitaban un lugar tranquilo donde poder seleccionar el producto de su pillaje, y allí era muy difícil que alguien los molestara. En ese momento no podía hacer mucho por el cargamento del navío, pero al menos podía llevar la noticia del ataque a Hulburg e informar a los Sokol de la suerte que había corrido su barco. Se dispuso a estudiar a los piratas mientras esperaba a que se pusiera el sol. El barco pirata era una galera de guerra de tres palos, fácil de manejar tanto con las velas como con los remos. Desde donde estaba no podía distinguir el nombre, pero el mascarón de proa se veía perfectamente: una criatura semejante a una sirena, pero que en vez de cola tenía una masa de brazos de kraken. Jamás había visto nada parecido. No podía haber muchos barcos en el Mar de la Luna con esas características.

Al ponerse el sol, los piratas hicieron una fogata en la playa y abrieron algunos barriles de vino encontrados entre el botín. Geran consideró que ya había oscuridad suficiente para volver al sitio donde había dejado su caballo, pero justo cuando estaba a punto de abandonar la protección del ramaje, oyó un grito. Desde detrás del barco pirata, dos hombres arrastraron a una mujer joven, ataviada con un bonito vestido azul con el corpiño gris, y la ataron al anclote del bajel. La habían tenido escondida al otro lado del barco, donde Geran no había podido verla. Uno de los rufianes enredó los dedos en el cabello largo y dorado de la mujer y la besó a la fuerza. Después, alzó la otra mano y, desgarrando el corpiño del vestido, le desnudó el torso. Ella lo miraba con furia y se debatía tratando de soltarse, pero tenía las manos atadas a la espalda. El pirata se apartó tranquilamente, entre risotadas. Geran empezó a desenfundar el acero y a salir de su escondite, pero se obligó a hacer un alto para considerar lo que debía hacer. Si actuaba precipitadamente, sólo conseguiría que lo mataran, y también a la

mujer.

—¡Ah, maldita sea! —murmuró—. ¿Y qué hago ahora?

Un momento antes no habría considerado vergonzoso marcharse sigilosamente para asegurarse de que llegara a Hulburg la noticia del destino corrido por el barco de los Sokol. No le habría quitado ni un momento de sueño la idea de que ya hubieran asesinado a todos los tripulantes, pero no había la menor duda sobre la suerte que podría correr en el campamento de los piratas una mujer hermosa que había tenido la desgracia de viajar como pasajera en el barco equivocado. Si se marchaba y la abandonaba a su suerte, sus gritos seguirían resonando en su conciencia durante mucho tiempo. Tenía que hacer algo. Lo que no sabía era qué. No lo habría dudado si se hubiera tratado de atacar por sorpresa a un puñado de enemigos, pero debía de haber entre sesenta y setenta hombres en la playa, y tal vez más a los que todavía no había visto. Los barcos piratas solían llevar grandes tripulaciones para aplastar a sus víctimas con la superioridad de su número y su fuerza.

Se dio cuenta de que tendría que valerse del sigilo. O de algún tipo de distracción. «Necesito algo que les llame la atención y los aleje de ella el tiempo suficiente para ir, liberarla y sacarla corriendo de allí. Y cuanto más espere mejor, ya que así les daré ocasión de emborracharse. Sin embargo, ¿cuánto tardarán en volver a prestarle atención a la mujer? ¿Y habrá otros cautivos a los que no haya visto todavía?»

Geran esperó impaciente, observando desde su escondite. Los piratas abrieron otro barril y bebieron con avidez, mientras reían y admiraban su botín. Varias veces se puso en tensión y se dispuso a salir de la protección de la enramada, al ver que alguno de los piratas se acercaba a la mujer, pero luego se retiraba. Finalmente, pensó que el capitán del barco pirata la debía de estar reservando para sí. Sin duda, era una mujer hermosa. Se la veía hundida, con la barbilla pegada al pecho. Sólo la mantenían en pie las cuerdas que la sujetaban al ancla. Se preguntó quién sería y cómo habría ido a parar al barco.

Por fin, le pareció que había llegado la ocasión. Tal vez, si esperaba más, podría encontrar a muchos de los piratas durmiendo ya la borrachera, pero el jefe podía aparecer en cualquier momento y violar o matar a la mujer. Además, Geran veía un resplandor plateado al sudeste que parecía anunciar una luna grande y brillante. Con una mueca de disgusto por su estúpida conciencia, se deslizó entre las ramas y bajó corriendo hasta la orilla del agua. No había oleaje; sólo unas olitas de menos de un palmo de altura. Se metió en el agua y avanzó hasta que le llegó a los muslos; se agachó y empezó a acercarse hacia la popa del barco de los Sokol, que todavía se veía a cierta distancia de la orilla. Tal vez el barco pirata fuera más adecuado para lo que pensaba hacer, pero estaba más lejos, y no quería que hubiera demasiados enemigos entre él y su caballo si las cosas se torcían.

El Mar de la Luna no era caliente ni en pleno verano, y en un anochecer de otoño,

despejado y oscuro, resultaba lacerantemente frío. A Geran le castañeteaban los dientes y temblaba de pies a cabeza, pero el agua era el camino más seguro hacia su objetivo, sin tener que cruzar la playa expuesta e iluminada por el fuego. Los gritos de los piratas y las bromas soeces resonaban sobre la superficie del agua, y llenaban la cala con su crueldad. Después de vadear un corto trecho, llegó a la popa del barco de los Sokol y se detuvo para escuchar atentamente. Le llegaron golpes amortiguados, voces broncas y crujir de maderas; por lo menos, unos cuantos piratas seguían rebuscando en las bodegas del barco mercante, pero no le pareció que hubiera nadie en la cubierta. Con todo el sigilo posible, Geran trepó por el lateral del barco hacia el alcázar y se arriesgó a echar un rápido vistazo. No había nadie a la vista.

Saltó por encima de la barandilla y retrocedió hasta el fanal. Era un farol enorme de hierro forjado, suspendido de un palo corto fijado a la borda. Lo bajó y miró el interior; el aceite se removió en el depósito. Lo vertió sobre la cubierta, y luego sobre algunos cabos y sobre la vela recogida del palo de mesana. Desde el alcázar del barco se podía ver la hoguera de los piratas en la playa. Había varios hombres reunidos en torno a la cautiva, echándole miradas lascivas y lanzándole manotazos. «Se me está acabando el tiempo», pensó.

De rodillas junto al charco de aceite, Geran se concentró para conseguir la calma necesaria para hacer un conjuro. Susurró las palabras élficas que había aprendido hacía años en Myth Drannor: *Ammar gerele*. En la palma de su mano apareció una llama amarilla y brillante del tamaño de una manzana. La orientó hacia la cubierta empapada de aceite. Cuando el líquido prendió y las llamas empezaron a trepar por el cordaje, Geran volvió a saltar por encima de la barandilla y se tiró al agua. Una luz rojiza surgió detrás de él, en el alcázar.

—¡La presa! —gritó alguien—. ¡Está ardiendo!

Geran se apartó del barco en llamas lo más pronto que pudo, confiando en que a ninguno de los piratas se le ocurriera buscar a un enemigo oculto en el agua. Oyó más gritos a su espalda y echó un rápido vistazo; algunos hombres de la playa se ponían de pie de un salto y corrían hacia el barco varado de los Sokol. Otros se quedaron mirando, mudos de sorpresa, hasta que los oficiales los pusieron en movimiento.

—¡Apagadlo! ¡Apagadlo, perros! —gritaban.

El fuego era lo que más temían los marineros, ya que en un barco hay mil cosas que pueden arder a la menor ocasión. Si hubiera soplado un fuerte viento, Geran podría haber confiado en que las llamas se propagaran al otro navío, pero incluso sin viento, parecía que el fuego estaba cumpliendo con el objetivo de distraer a los piratas.

Volvió hacia la humedad de la arena y la grava de la playa, a unos cincuenta metros del barco. No tenía nada en qué refugiarse, salvo la oscuridad, y los piratas

tenían su atención fija en el brillante fuego. Ahora los hombres corrían para tratar de sofocarlo, golpeando las llamas con mantas y capotes viejos mojados o arrojando cubos de agua y de arena en cuanto los conseguían.

Un grupo reducido se había quedado cerca del lugar donde estaba atada la mujer, pero también estaban mirando el fuego.

—Tymora, favorece a un tonto —dijo Geran en voz alta. Luego alzó su espada elfa, fijó los ojos en el lugar al que quería ir y pronunció otro conjuro—. *¡Sieroch!*

En un instante oscuro y vertiginoso desapareció del lugar donde se encontraba y apareció junto a la mujer rubia. Ella alzó la vista, sorprendida, y Geran vio que tenía sangre elfa; sus ojos color violeta eran apenas almendrados, sus orejas acababan en unas graciosas e incipientes puntas hacia arriba y sus facciones eran finas y aguzadas. Era esbelta y alta, pero la forma de su pálido pecho y de sus caderas era redondeada y plena, como en las mujeres humanas. Él le tapó la boca con una mano antes de que pudiera delatarlo con un grito de sorpresa y rápidamente cortó las ataduras con la espada.

En torno a ellos había una docena de piratas tirados en la arena, demasiado borrachos como para despertarse pese al fuego. Otros tres estaban a unos cuatro metros, pero observaban cómo sus compañeros combatían las llamas y daban la espalda a Geran.

—No hables —le dijo Geran al oído a la semielfa—. Voy a tratar de rescatarte.

El pánico se atenuó en los ojos de la mujer, que le hizo un rápido gesto de asentimiento. Él retiró la mano con que le cubría la boca y se dedicó a cortar las cuerdas con que la habían atado tan rápida y silenciosamente como pudo. Fue más difícil de lo que había pensado. La luz del fuego proyectaba sombras oscuras y danzantes, y no quería herir a la mujer por error. Por fin encontró el ángulo preciso para la espada y cortó las ataduras que le mantenían juntas las muñecas.

—¡Detrás de ti! —dijo la semielfa con un siseo de urgencia.

Geran miró y vio que uno de los piratas que le daban la espalda hacía un momento lo estaba observando ahora directamente. Era un tipo corpulento, con una mata de pelo pajizo y una cicatriz en la mandíbula.

—¿Quién diablos eres tú y qué crees que estás haciendo con nuestra prisionera? —preguntó, mientras los que estaban junto a él se volvían a mirar a Geran.

Geran asió a la semielfa por la muñeca y ambos salieron corriendo hacia la oscuridad. Avanzaban con dificultad por la arena, pero el mismo problema tenían sus perseguidores. Veinte pasos les bastaron para salir del alcance de la fogata, y Geran empezó a concebir esperanzas de dejar atrás a los piratas que los seguían. Entonces, vio a un bronco semiorco que se disponía a interceptarlos, con una pesada hacha en una de sus enormes manazas. Se dio cuenta de que debían de haber algunos centinelas apostados.

El semiorco no perdió el tiempo con desafíos. Mostrando los colmillos en una feroz mueca, se lanzó contra Geran con un rugido de rabia y enarbolando el hacha. Geran se colocó de un salto delante de la cautiva e hizo frente al embate del semiorco con una palabra arcana y una estocada. De su espada brotó una llamarada color esmeralda y la hoja alcanzó al semiorco en la base del cuello y se le clavó hasta el hueso. El pirata se desplomó pesadamente contra el mago de la espada. Geran lo apartó de un empujón y se volvió para encarar al tipo del pelo pajizo y a los otros dos que lo acompañaban desde que había comenzado la persecución junto a la hoguera.

—¡Vaya, de modo que puedes sostener un combate! —dijo el hombre corpulento—. ¡Pensé que te ibas a limitar a salir corriendo!

Tenía en la mano un alfanje, y avanzó con mucha más cautela de la que había empleado su compañero. El segundo de los hombres lo seguía de cerca y asía una pica corta de abordaje, y el tercero se esforzaba por alcanzarlos.

—Vienen más —dijo la semielfa.

Y tenía razón. Geran pudo ver junto a la hoguera a más piratas que abandonaban el fuego del barco de los Sokol y avanzaban hacia ellos. No tenía tiempo para luchar a la defensiva.

Se lanzó al ataque. El tipo corpulento paró su primera embestida y bloqueó el tajo con que prosiguió Geran, pero entonces éste introdujo la punta de la espada por encima de la guardia del hombre y se la clavó a fondo en el brazo con que manejaba el arma. El pirata dejó caer el alfanje a la vez que lanzaba un sorprendido juramento, y antes de que pudiera recuperarse, Geran extendió un brazo y formuló otro conjuro que hizo aparecer un escudo de un color blanco fantasmal. El disco reluciente alcanzó al hombre que llevaba la pica de abordaje, que trataba de sorprender a Geran por el flanco, y lo hizo caer sobre la arena. El pirata intentó ponerse de pie, pero una roca del tamaño de un puño salió volando por encima del hombro de Geran, le dio en la boca y lo tiró hacia atrás escupiendo dientes rotos.

El tercer pirata alzó la vista hacia Geran, consciente de que sus dos compañeros ya habían quedado fuera de juego. Sólo iba armado con una daga larga, pero la vista de la espada de Geran o de su magia debieron disuadirlo, porque vaciló y luego retrocedió.

—¡Eh, aquí! —gritó—. ¡La mujer se escapa! ¡Aquí!

Geran lanzó un gruñido de frustración. ¡Había estado a punto de escapar sin llamar la atención! En el último momento, el hombre de la daga se dio cuenta del peligro que corría y trató de huir, pero perdió pie en la arena y cayó. Geran lo silenció con un salvaje puntapié en la mandíbula y se volvió para enfrentarse al hombre del pelo pajizo, justo a tiempo para agacharse y esquivar un tajo de izquierda del alfanje que esgrimía. Ese hombre era el que había desnudado a la cautiva y había jugueteado con ella mientras estaba indefensa. Con los ojos llameantes de ira, Geran se deshizo

del alfanje y clavó la punta de la espada en el vientre del hombre, que lanzó un alarido de agonía. Geran retrajo el arma y remató al pirata con un corte que se llevó la mitad de su cara. Miró en derredor buscando otro enemigo con quien saciar su ira, pero no había ninguno cerca.

La semielfa se encogió al ver su mirada y retrocedió un paso. Geran respiró hondo, controló su furia y bajó la espada. Antes de que más enemigos llegaran hasta donde estaban, cogió a la mujer por la mano y corrió con ella hacia la cabecera de la playa.

—No lo haces mal con las piedras, pero es hora de marcharnos —le dijo—. Ya se acabó la ceremonia de bienvenida.

Juntos treparon entre los arbustos que bordeaban la playa y corrieron colina arriba. Cuando Geran se atrevió a mirar hacia atrás, pudo ver a docenas de hombres que cogían teas ardientes de la hoguera y partían pendiente arriba detrás de ellos. La ladera era traicionera en la oscuridad; la tierra y las rocas sueltas resbalaban bajo sus pies, y él debía ir muy atento al terreno que tenía por delante para no meterse en una zona escarpada imposible de escalar, al mismo tiempo que no perdía de vista a los piratas que venían detrás.

Encontró el camino bloqueado por una densa maraña de arbustos al pie del acantilado y se dio cuenta de que subían por una vereda que no era la que había tomado al bajar. Hizo una pausa para orientarse, pero la semielfa echó una mirada y tiró de él hacia la izquierda.

—Por aquí hay un camino mejor —dijo.

Geran decidió confiar en su buen juicio y la siguió. Era probable que la sangre elfa que circulaba por sus venas le permitiera ver en la oscuridad con más tino. Cuando hubieron sorteado la maleza, Geran volvió a tomar la delantera y la condujo hacia el lugar donde había dejado el caballo.

Llegaron a las piedras donde estaba atado. El animal, un gran caballo gris castrado, olió el peligro e hizo unas cabriolas nerviosas. Geran enfundó su espada —odiaba hacer eso sin limpiar antes la sangre de la hoja, pero tendría que hacerlo después lo mejor que pudiera— y soltó las riendas mientras la semielfa saltaba a la silla. A continuación, montó detrás de ella y aplicó los talones a los costados de la cabalgadura. Salieron al camino en el preciso momento en que el primero de los piratas que los seguían llegaba a la cumbre. El mago de la espada se atrevió a mirar hacia atrás y vio a los furiosos corsarios que corrían en pos de ellos blandiendo antorchas y alfanjes. Luego, se inclinó hacia la montura, rodeando con los brazos a la mujer que llevaba sentada delante, y lanzó al caballo a toda velocidad.

Los cascos del animal atronaban en el silencio de la noche mientras Geran abandonaba la cala al galope, con la cautiva de los piratas en su cabalgadura y dejando tras de sí una larga estela roja de fuego.

DOS

11 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

Después de un galope desenfrenado de más de un kilómetro para ganar distancia a los piratas, Geran aflojó las riendas del caballo y siguió cabalgando algún tiempo a medio galope. Cuando consideró que había dejado muy atrás cualquier intento de persecución inmediata, permitió que el caballo prosiguiera al trote. La respiración del animal se condensaba en el frío aire de esa noche despejada, pero la luna había salido y su luz plateada rielaba en el Mar de la Luna, que tenían a la derecha. La mujer tiritaba en sus brazos, y Geran se dio cuenta de que apenas se cubría el torso con un jirón del destrozado vestido. Por otra parte, él estaba todavía empapado por el baño a la luz de la luna.

—Creo que los hemos dejado atrás por ahora —dijo—. Podemos detenernos un momento. Llevo una camisa y una capa de repuesto entre mis cosas.

Tiró de las riendas y se dejó caer de la montura. Después le ofreció a ella una mano para ayudarla a bajar también, intentando —aunque sin conseguirlo del todo— mantener los ojos fijos en su cara. Ella cruzó los brazos sobre el pecho con una sonrisa forzada, y él apartó la vista para posarla en el petate que llevaba detrás de la silla de montar. Rebuscó en su interior rápidamente y sacó las ropas de recambio.

—Aquí tienes. No me des las gracias.

Se dio la vuelta y observó el camino que habían dejado atrás, concediéndole la intimidad necesaria para vestirse lo mejor que pudiera. No había ni rastro de los piratas. Supuso que habrían cubierto de cuatro a seis kilómetros más o menos deprisa; debían de llevarles al menos un cuarto de hora de ventaja, en el caso de que realmente los persiguieran todavía. Oyó el roce de la tela y un sonido de desgarrar. Entonces, la semielfa volvió a hablarle.

—Ya estoy decentemente cubierta —dijo.

Geran la miró. Se había arrancado el corpiño destrozado del vestido y se había metido la camisa, grande para ella, por dentro de lo que ahora parecía una falda de aspecto desigual. La capa le llegaba a los tobillos, y ella la mantenía sujeta a la altura de los hombros. Se miraron el uno al otro durante un momento.

—Soy Geran —se presentó—. No tengo intención de hacerte daño. Te llevaré hasta Hulburg y te ayudaré a ponerte en camino en cuanto llegemos allí.

—Mi nombre es Nimessa Sokol. —Se arrebujó en la capa como si quisiera esconderse dentro—. Íbamos hacia Hulburg. Se suponía que llegaríamos allí esta tarde.

—¿Eres una Sokol?

—Mi padre es Arandar Sokol. —Echó una mirada por encima del hombro de

Geran al camino que llevaba hacia la cala. Se veía una mancha de luz anaranjada contra la ladera de la colina—. ¿Estamos seguros aquí parados?

—No; deberíamos ponernos en marcha —dijo Geran.

Aunque no conocía personalmente a ningún miembro de la familia Sokol, había oído hablar de ellos. Eran de la ciudad de Phlan, a unos cuantos días de navegación hacia el oeste de Hulburg. Como muchos de los nobles del Mar de la Luna, eran mercaderes; tenían intereses en varias ciudades, Hulburg incluida.

—Quedan un poco menos de treinta kilómetros a Hulburg, según mis cálculos. Es demasiado lejos para llegar esta noche, pero creo que podemos dejar muy atrás a los piratas.

—Entonces, bueno, me complacerá mucho que me lleves a Hulburg, pero no tendrás que tomarte más trabajos por mí. El vendedor ambulante de mi familia tiene una concesión comercial allí. Estaré bien.

—En ese caso, sugiero que cabalgemos unos cuantos kilómetros más y después nos apartemos del camino. Llegaremos a casa mañana a mediodía.

—¿A casa? —Nimessa se acercó más a Geran para mirarlo mejor—. Claro. Eres Geran Hulmaster, el sobrino del harmach. Eres el que combatió con el Rey de Cobre y mató a Mhurren de los Cráneos Sangrientos. Hemos oído la historia, pero ¿qué diantres estabas haciendo junto a aquella playa? Debes estar loco para enfrentarte a tantos enemigos de una vez.

Geran se permitió una pequeña sonrisa.

—Te contestaré, pero mientras cabalgamos.

Ayudó a Nimessa a montar otra vez, aunque realmente ella no necesitaba ayuda, y se volvió a acomodar detrás de la semielfa. Cabalgaron hacia el este por las cimas de las colinas costeras, siguiendo la sinuosa senda. La luna envolvía el oscuro paisaje en celajes de plata y sombra; había claridad suficiente para poder ver los promontorios y las ensenadas a una distancia de varios kilómetros, y el Mar de la Luna era una gran planicie gris que se extendía a la derecha hasta donde alcanzaba la vista. Con el esbelto cuerpo de Nimessa delante de él y sus rizos dorados debajo de su nariz, a Geran no le parecía una noche tan mala para una cabalgada, después de todo.

—¿Cómo has dado conmigo? —preguntó Nimessa.

—Por accidente. He salido de Thentia a primera hora de esta mañana y estaba buscando un lugar donde acampar para pasar la noche cuando me he topado con los piratas y con tu barco. Estaba a punto de marcharme cuando te han sacado y te han atado. —Frunció el entrecejo, incómodo a pesar de que ella no podía verlo—. No podía dejarte en sus manos sin hacer al menos el intento de ayudarte, pero he tenido que esperar hasta que oscureciera para poder moverme. El resto ya lo has visto.

—¿Y el fuego en el *Alablanca*?

—Sí, me temo que ha sido obra mía. Me he figurado que ya estaba perdido, de

modo que bien podía disputarles a los piratas su presa mientras trataba de distraerlos. —Siguieron cabalgando un poco más y luego Geran suspiró. Odiaba tener que hacerle esa pregunta, pero pensó que era mejor así—. He estado observando un rato, Nimessa, y no he visto que hubiera más cautivos. ¿Eres la única a la que le han perdonado la vida?

—Sí —dijo ella, bajando la mirada—. No había nadie más a quien salvar.

—Tú viajabas... —empezó, y luego se arrepintió.

Iba a preguntarle si viajaba sola, pero le pareció mejor no hacerlo. Lo más probable era que una joven noble, de una buena familia, fuera acompañada de una dama o de algún pariente. Existía la posibilidad de que los piratas perdonaran la vida a los cautivos de buena cuna con la esperanza de obtener un buen rescate, pero dudaba de que tuvieran intención de devolver a Nimessa a su familia. Y si no pretendían conseguir un rescate por ella, no habrían considerado digno de seguir viviendo a ningún otro integrante de su séquito. Dejó que la pregunta muriera en sus labios. No podía ni imaginar lo que la semielfa habría visto, por lo que habría pasado. Aunque estuviera hecha de buena pasta, no debía de haber sido fácil para ella.

Poco después se dio cuenta de que la mujer se estremecía bajo aquella capa demasiado grande para ella, y al final, Nimessa no pudo reprimir un sollozo. Con gesto preocupado, Geran trató de determinar si era mejor dejarla un tiempo a solas con sus pensamientos, distraerla con una conversación banal o preguntarle para que le contara la historia. Pensó que una hora antes la había considerado una princesa de una historia romántica de Aguas Profundas y él mismo se había creído un bravo caballero. Se sintió furioso consigo mismo. Aquella mujer había visto más crímenes y crueldades en cuestión de horas que la mayoría de la gente en toda su vida. Y sin duda él había contribuido lo suyo con su furiosa escaramuza de la playa. Todo lo que sabía de él era que la había arrebatado del campamento pirata, tras acabar salvajemente con todo lo que se le había puesto por delante. Independientemente de las razones que él había esgrimido para actuar como lo había hecho, ella tenía que preguntarse si sus motivos eran o no honorables.

Sin saber qué otra cosa hacer, le apretó la mano.

—Ya ha pasado, Nimessa —le dijo. Ella asintió pero no respondió.

Geran reconoció un lugar que recordaba de la ruta e hizo un alto para mirar atrás. Seguía sin verse a nadie por el camino hasta donde abarcaba la vista. Espoleó el caballo hasta la cima de la colina. Un antiguo sendero entre la maleza los condujo hasta un pequeño valle con un riachuelo que descendía hasta el mar. Se adentraron en las desiertas colinas. Geran pensó que si los piratas los perseguían todavía, lo más probable era que siguieran el camino de la costa. No podrían saber dónde se habían apartado de él Geran y Nimessa a menos que llevaran consigo un buen rastreador.

Había una granja abandonada desde hacía tiempo en la cabecera del valle. Tal vez

habría sido más prudente seguir el camino, pero estaba agotado y la luna no tardaría en ponerse. Por la noche, en los Altos Páramos acechaban otros peligros además de los piratas. Geran desmontó y condujo el caballo al interior de la vieja casa. Había una puerta que daba a unos campos invadidos por la maleza en la parte trasera de la granja; si era necesario podían huir por allí internándose en las colinas.

Ayudó a Nimessa a bajar del caballo y se puso a montar un pequeño campamento.

—Creo que es más seguro descansar un par de horas —dijo—. No podemos cabalgar toda la noche y yo estoy demasiado cansado para seguir durante mucho más tiempo. Mis disculpas por el alojamiento.

—No sé por qué, pero unas ruinas solitarias en mitad de la nada no me parecen tan mala opción esta noche —respondió Nimessa, que consiguió esbozar apenas una sonrisa—. ¿Sabes dónde estamos?

—Más o menos. Solía venir aquí a cazar cuando era más joven.

Geran encontró algunas ramas secas de arbustos y encendió un pequeño fuego dentro del viejo hogar. Se ocultó detrás de una esquina para cambiarse con la última ropa seca que le quedaba y extendió las prendas mojadas delante del fuego. Después compartió con Nimessa sus provisiones e improvisaron una cena con una hogaza de pan, un trozo de queso, salchicha seca y manzanas. Ella comió con voracidad.

Cuando hubo terminado, Nimessa alzó la vista hacia él y se pasó una mano por los ojos.

—Llevo sin comer desde ayer por la noche —explicó.

—Lo entiendo.

—Y no creo haberte dado las gracias por haberme salvado la vida —dijo, bajando los ojos—. No sé qué ha sido lo que te ha movido a arriesgar tu propia vida para salvar a una desconocida, pero me alegro mucho de que hayas pasado por allí en ese momento. Las cosas que han dicho que me harían... No puedo ni pensar en ello.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó Geran con suavidad.

—El nombre del barco es *Reina Kraken*. Lo he visto pintado en la popa. El capitán es un hombre feroz, de unos cincuenta años, casi tan alto como tú. Lleva trenzas en el pelo y en la barba. No he oído a nadie de la tripulación llamarlo por un nombre. Sólo «capitán».

Geran recordó el mascarón de proa de la sirena con tentáculos. El nombre del barco.

—¿Cómo os han apresado?

—Nos han sorprendido esta mañana, antes del amanecer. Cuando ha salido el sol y los hemos avistado, estaban apenas a unos tres kilómetros de nosotros. Maese Parman ha tratado de poner distancia de por medio, pero el viento ha dejado de soplar alrededor de mediodía, y después de eso el *Alablanca* ya no ha tenido ninguna oportunidad. —Nimessa vaciló y se arrebujó aún más en la capa de Geran—. Los han

matado a todos, pero el capitán pirata les ha ordenado a sus hombres que me dejara para... después.

—No tienes que decir más.

Nimessa se quedó callada mientras Geran iba asimilando la historia con gesto preocupado. El *Alablanca* era el quinto barco del cual él tuviera conocimiento que no había llegado al puerto de Hulburg en los últimos meses. La piratería estaba ahogando poco a poco el comercio de la ciudad. Habría que hacer algo, y pronto.

—Bueno, ya se ha acabado —le dijo a la mujer—. Estás fuera de su alcance. Trata de dormir unas horas.

Le dejó a ella su petate y fue a atender al caballo. Le dio al animal una palmadita extra en el cuello a modo de disculpa por la dura cabalgada al final de un largo día. Cuando volvió junto al fuego, Nimessa estaba acurrucada de lado debajo de sus mantas y respirando profunda y lentamente.

Estudió su cara; tenía ojos grandes, el mentón delicadamente aguzado y una piel suave que parecía de oro pálido bajo la luz del fuego, una consecuencia, sin duda, de que entre sus ancestros había algún elfo del sol. Así dormida, parecía joven e inocente. No era fácil calcularlo en el caso de alguien descendiente de elfos, pero suponía que tendría unos veinticinco años. «Más joven que Alliere», pensó. Y, además, tenía el pelo rubio, mientras que el de Alliere era oscuro como las sombras de la luna. Por supuesto, jamás había visto dormir a Alliere durante los breves meses en que la había amado. Los elfos no dormían como los humanos, ni como los semielfos. Era extraño que dos seres pudieran parecerse tanto y ser, sin embargo, tan diferentes.

—No es Alliere —se dijo en voz baja.

Con un suspiro, apartó la vista y se acomodó para una larga noche. Nimessa tenía su petate, de modo que lo único que él podía hacer era envolverse en la capa.

Se resignó a pasar una noche casi en vela y encontró un lugar donde pudo sentarse con la espalda contra una pared para tener una buena vista de los campos invadidos por la maleza. La noche era tranquila y silenciosa.

Descabezó un par de sueños durante la noche, pero nadie vino a interrumpir su descanso. Finalmente, cuando por el este el cielo empezó a ponerse gris, se espabiló. No pensaba que los hombres del *Reina Kraken* pudieran andar cerca, pero resultaría más fácil seguirles la pista con la luz del día. Levantó el campamento rápidamente, dejando que Nimessa durmiera un poco más, y luego la despertó.

—La mañana se acerca. Deberíamos ponernos en marcha.

Nimessa abrió los ojos, lo miró y se incorporó abruptamente, dando un respingo. Su expresión fue de extrañeza, hasta que recordó dónde estaba.

—Dulce Selene —murmuró—. Por un momento pensé que todo había sido un terrible sueño.

—Me temo que no —le contestó Geran con una sonrisa de consternación—. Te ofrecería algo de desayunar, pero nos hemos comido todo lo que llevaba encima antes de dormir. El almuerzo tendrá que ser en Hulburg.

En escasos minutos lo recogió todo y se volvieron a poner en camino. Por el oeste estaba encapotado. En vez de volver al camino de la costa, Geran decidió mantener el amanecer a la derecha y cortar hacia el nordeste a través de las colinas. Eso acortaría su viaje en unos tres kilómetros, a pesar de que era un camino más escarpado, y además era mucho menos probable que se toparan por allí con los piratas que pudieran estar persiguiéndolos todavía. Esas colinas señalaban el descenso de la tierra de los brezales de Thar hacia el Mar de la Luna. La gente de Hulburg llamaba a ese territorio los Altos Páramos, y Geran los conocía bien. Siendo joven, había explorado todos los valles y colinas que había a un día a caballo desde su casa. Cabalgaron a paso tranquilo a lo largo de varios kilómetros, internándose en las colinas y dejando la costa detrás de ellos. Las laderas más altas no tenían árboles y estaban salpicadas por grandes manchas de roca mohosa.

—¡Qué soledad! —dijo Nimessa al coronar una cima—. ¿No vive nadie aquí?

—Pastores y cabreros traen a veces sus rebaños a estas colinas en verano, pero esa temporada ya ha pasado —respondió Geran—. Algunos pueblos se establecieron en las colinas costeras en tiempos del viejo Thentur, pero eso fue hace dos o tres siglos. ¿Ahora? —Negó con la cabeza—. No vive nadie aquí arriba.

—¿Dónde están las minas? ¿Y los bosques que explota tu pueblo?

Geran señaló una cadena de color gris verdoso que atravesaba el sendero que seguían a muchos kilómetros de distancia.

—Las Montañas Galena. Quedan a unos veinte o treinta kilómetros al este de Hulburg. Allí es donde se encuentran las explotaciones mineras y forestales. Al oeste de Hulburg no hay nada más que los Altos Páramos y Thar. —Tiró de las riendas y se deslizó de la montura—. Tú sigue a caballo. Yo voy a caminar un poquito.

—Soy perfectamente capaz de caminar unos cuantos kilómetros —respondió Nimessa.

—No lo dudo, pero me sentiré mejor si vas a caballo.

Ella lo miró con escepticismo.

—No tienes que impresionarme con tu galantería, ¿sabes?

—¿Te haría sentir mejor si te dijera que lo que me preocupa es el caballo y no tú?

Nimessa rió brevemente y meneó la cabeza. Tenía una risa agradable, ligera y suave, muy parecida a la de muchos de los elfos que Geran había conocido en Myth Drannor. Sonrió y se puso en marcha otra vez, caminando junto al estribo de Nimessa mientras iban buscando la mejor ruta cuesta abajo. Si no le fallaba la orientación, no tardarían en encontrar el camino interior que venía de Thentia.

—¿Y qué es lo que te trae a Hulburg? Está bastante lejos de tu hogar.

—Me voy a hacer cargo de la administración del almacén de nuestra Casa. Mi padre no está satisfecho con el rendimiento de nuestras inversiones en Hulburg. Considera que es hora de que un Sokol intervenga para poner las cosas en orden.

Geran alzó la vista para mirarla. Se preguntó si tendría mucha experiencia en la supervisión de los negocios de los Sokol. ¿Se ocupaba su padre de educarla en los asuntos de la Casa Sokol o se esperaba que tuviera dotes naturales para los negocios? Él tenía una gran responsabilidad en la declinación de los beneficios de esa Casa durante los últimos meses, ya que había desempeñado un papel importante en descubrir la corrupción en el Consejo Mercantil de Hulburg, aunque el que había estado detrás de todo eso había sido su primo Sergen. Después del fallido intento de Sergen de tomar el poder, el harmach Grigor había examinado detenidamente los préstamos y rentas que pagaba cada una de las concesiones mercantiles extranjeras en Hulburg. La mayor parte de los grandes mercaderes ambulantes pagaban ahora mucho más por los derechos de explotación de bosques y minas de las colinas del harmach que cuando Sergen era el que llevaba las cosas. Por supuesto, eso significaba que Nimessa tendría que estar en el lado de la mesa opuesto al suyo cuando llegara el momento de negociar esos derechos.

—Todavía quedan disponibles muchas de las concesiones de Veruna —observó Geran. La Casa Veruna de Mulmaster había sido la mayor cómplice de Sergen en los recientes conflictos—. La Casa Sokol no haría mal en optar a unas cuantas, ya que los Veruna no van a recuperarlas.

—Los Veruna nos han dejado muy claro que verían con muy malos ojos que otras familias o ventas ambulantes adquiriesen sus concesiones de Hulburg —respondió Nimessa—. Creen que todavía son los legítimos propietarios, y tomarán represalias contra cualquier otra Casa que se aproveche de las medidas draconianas impuestas por tu tío.

—¿Draconianas?

Nimessa ladeó la cabeza.

—Eso dicen los Veruna. Yo no estaba allí, de modo que no puedo juzgar si el harmach estaba o no en su derecho de expulsar a la Casa Veruna y confiscar sus pertenencias.

Geran resopló para sus adentros. Él no tenía la menor duda, pero, claro, él era un Hulmaster. Se inclinó por pensar que Nimessa no estaba allí para averiguar nada, sino porque su padre confiaba en ella para velar por los intereses de los Sokol. Nimessa no había olvidado que él era un Hulmaster, y a pesar de que estaba cabalgando en medio de la nada con una camisa y una capa prestadas que no eran de su talla, tuvo buen cuidado de reservarse lo que pensaba sobre los negocios de su familia.

El resto de la mañana transcurrió tranquilamente. De vez en cuando hablaban de cosas intrascendentes. Geran le contó a Nimessa algunas de las historias que sabía

sobre los Altos Páramos y los siniestros túmulos, mientras Nimessa le hablaba de hechos y hazañas de Phlan. No hubo señal alguna de la tripulación del *Reina Kraken* ni se cruzaron con ningún viajero. Por fin llegaron a la senda thentiana que Geran andaba buscando, y dos horas más tarde estaban en las lindes del valle del Winterspear, a unos tres kilómetros al norte de la mismísima Hulburg. Tal como había prometido Geran, llegaron al Puente Quemado que cruzaba el Winterspear a primera hora de la tarde.

Al sur del viejo puente quedaba Hulburg, una ciudad caótica, rebosante de actividad comercial. Allí, donde el Winterspear desembocaba en el Mar de la Luna, se había alzado antiguamente una ciudad, cientos de años antes. La ciudad de Hulburg se había construido sobre sus ruinas. En la orilla este del río, el castillo de Griffonwatch, morada de los Hulmaster, dominaba el lado de la ciudad hacia tierra, protegiéndola de cualquier ataque desde las tierras salvajes de Thar. Los almacenes y concesiones de las compañías mercantiles estaban en su mayor parte en la orilla oeste, pegados a los muelles de la ciudad. Un trasiego constante de carretas y carros recorría el camino que llevaba tierra adentro, transportando provisiones y herramientas a los campamentos de fuera de la población. Las ruinas de una antigua muralla rodeaban el sinuoso contorno de la ciudad, pero había canteros trabajando en diversos puntos, ya que el harmach Grigor dedicaba la mayor parte de las riquezas que desde hacía poco afluían a sus arcas a reparar las antiguas defensas.

Geran miró de soslayo a Nimessa, tratando de leer su reacción al ver la ciudad por primera vez. La vio fruncir el entrecejo, tal vez a la vista de las calles sin empedrar o del humo de los hornos de fundición.

—No es tan deprimente como parece —le dijo—. Las calles del lado de la bahía son un poco más..., bueno, un poco más civilizadas.

Ella esbozó una sonrisa.

—Hay mucha actividad —señaló—. Es una buena señal. Además, me han dicho que los alojamientos de la concesión de los Sokol son bastante confortables. Estaré bien. —Después señaló con un gesto a la izquierda de Geran—. Parece que hubo un incendio.

Geran siguió su mirada. Cerca del lugar donde el Camino del Valle atravesaba las antiguas murallas había un gran edificio de madera construido sobre cimientos de piedra antigua. Una esquina estaba chamuscada, y faltaba una parte de las tablas del edificio por encima de la piedra. De un agujero en el suelo salía una fina columna de humo.

—El *Bock del Troll* —dijo con gesto preocupado.

—¿Una taberna?

—La mejor cerveza de Hulburg.

Pasaron cabalgando lentamente. Había un grupo de obreros atareados en retirar el

tabique en ruinas con hachas y serruchos. Otros observaban la escena; todos ellos con una cinta azul alrededor del brazo. Geran vio a Brun Osting, el tabernero, estudiando la escena, con los gruesos brazos cruzados y una expresión feroz en la barbuda cara. Brun había regentado El *Bock del Troll* desde que su padre había muerto combatiendo contra los Cráneos Sangrientos para impedir que saquearan la ciudad. Hacía de eso cinco meses. Geran se desvió del camino para acercarse y saludarlo.

—¿Qué ha pasado aquí, Brun?

El tabernero miró a su alrededor. Era un joven de constitución robusta, entre cinco y siete centímetros más alto que Geran y pesaba unos veinticinco kilos más.

—Mi señor Geran... y mi señora —dijo, tocándose la frente en señal de respeto. Si le sorprendió ver a Geran llevando a una bella joven en su montura, no hizo ningún comentario—. Fueron los Puños Cenicientos. Una banda de ellos trató de prender fuego al *Troll* durante la noche, pero hicieron tanto ruido que despertaron a mis hermanos. Los pusimos en fuga y salvamos la mayor parte del edificio.

Geran estudió los daños y frunció el ceño.

—¿Hubo heridos?

—Dos o tres de los Puños Cenicientos, pero no creo que nadie haya resultado muerto. Mi hermano Stunder recibió un mal corte, pero ya lo han atendido. —Brun Osting meneó la cabeza—. Se avecinan problemas, mi señor; recuerda lo que digo. Los Puños Cenicientos van a intentar otra vez quemar a nuestros buenos hulburgueses, y va a haber muertes.

—Entiendo —dijo Geran—. ¿Puedo hacer algo para ayudar? Los Hulmaster están en deuda con tu familia.

El joven tabernero hizo un gesto con la mano.

—Son apenas unas horas de trabajo para reemplazar unas cuantas tablas. El *Troll* no era ninguna maravilla, de todos modos, pero apostaría a que el olor a humo no se va a despegar de las vigas durante años.

Geran hizo un gesto negativo con la cabeza y se alejó cabalgando, dejando que Brun volviera a su trabajo de la mañana.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para que no pudieran oírlos, Nimessa se volvió a mirarlo.

—¿Quiénes son los Puños Cenicientos? —preguntó.

—Se podría decir que son un gremio o una milicia, o incluso una banda. En su mayoría son recién llegados a Hulburg, hombres de lugares como Melvaunt y Mulmaster. Muchos trabajan en los hornos y las fundiciones.

Durante los disturbios de la anterior primavera, Geran había impulsado a la gente común de Hulburg a unirse contra los mercenarios de las casas mercantiles extranjeras. Los foráneos más pobres no tardaron mucho en tomar ejemplo y organizar sus propios gremios o milicias para protegerse también. Los Escudos de la

Luna —la milicia nativa de los hulburgueses— eran leales al harmach. Los Puños Cenicientos, en cambio, dependían mayormente de los mercaderes extranjeros para su subsistencia.

—No puedo probarlo, pero sospecho que la Casa Jannarsk y sus aliados los Cadenas Rojas están detrás de todo ello. Hulburg está llena de pobres de otras ciudades que vienen en busca de una oportunidad para mejorar su situación, pero también hay algunos que vinieron buscando otro tipo de oportunidades.

—¿Han causado muchos problemas?

—Algunos —admitió Geran—; pero Brun Osting tiene razón: habrá más si no cesan en su empeño.

Entraron en la pequeña plaza que había al pie del camino que subía hacia Griffonwatch. Geran tiró de las riendas y miró a Nimessa.

—¿Puedo ofrecerte la hospitalidad de Griffonwatch? Estoy seguro de que podremos encontrar algunas prendas más adecuadas. ¿O prefieres ir directamente a la propiedad de tu familia?

—A la concesión Sokol, por favor —respondió Nimessa—. Tengo que comunicarle a nuestra gente lo sucedido con el *Alablanca* y enviar enseguida noticias a mi padre, pero te agradezco el ofrecimiento.

—Como desees. Considérala una invitación pendiente.

Geran ocultó su decepción tras una pequeña inclinación de cabeza. Se dio cuenta de que era reacio a separarse de Nimessa tan pronto. En cuanto la acompañara a la propiedad de los Sokol, volvería a encontrarse entre la gente y el entorno que le eran familiares. Intentaría contactar con ella pasados unos cuantos días, y si se había recuperado todo lo bien que él esperaba, entonces la dejaría a su aire. Tal vez fuera lo mejor.

Pero por otra parte... Durante dos años lo había perseguido el recuerdo de Alliere. Tal vez en el fondo esperaba que Nimessa no estuviera interesada, simplemente para poder seguir soñando con la princesa a la que jamás volvería a ver. ¿O acaso era que tenía miedo de lo que pudiera pensar Mirya Erstenwold si empezase a cortejarla? Sin que lo viera Nimessa, frunció el entrecejo, entristecido por sus cavilaciones. Jamás le había resultado fácil desentrañar cómo funcionaba su propio corazón. Todo lo que sabía era que se había pasado dos años viviendo como un monje enclaustrado porque Alliere le había roto el corazón, y Nimessa Sokol le recordaba que quería liberarse de su fantasma.

Aplicó los talones a los costados de su caballo.

—El establecimiento Sokol no está lejos de aquí. Permíteme que te acompañe a casa.

TRES

14 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

Rhovann Disarnnyl detestaba esa apariencia humana. Lo mortificaban la despiadada edad, el peso de sus facciones flácidas, los ásperos bigotes en su cara y los pelos hirsutos y grises que le cubrían el pecho y los brazos. Los elfos no sufrían ninguna de esas indignidades, y en su forma natural, Rhovann era un bello ejemplo de su grácil raza. Se consolaba pensando que ese disfraz no era más que una ilusión mágica a la que podía poner fin cuando se le antojase con unas cuantas palabras arcanas.

La dificultad, sin embargo, era que conseguir un personaje tan minuciosamente creado como Lastannor —de mediana edad, con una calva incipiente y una barba meticulosamente cuadrada de color gris hierro, y de complexión basta, sombría— requería horas de penoso trabajo. El problema de recrear su disfraz era un poderoso incentivo para soportar esa apariencia modificada todo el tiempo que pudiera. Y existía siempre el riesgo de que hubiera pasado por alto algún nimio detalle, como la forma exacta de la nariz, o que las orejas redondeadas se pegaran al cráneo o sobresalieran como el asa de una taza, cualquier detalle susceptible de llamar la atención de un enemigo observador. Por fortuna, había tenido la previsión de hacer que Lastannor se pareciera lo más posible a él en estatura y complexión, para tener así menos oportunidades de equivocarse. En realidad, ningún humano podía igualar el esbelto atletismo de un elfo de la luna, pero Rhovann se evitó problemas en ese aspecto dando a Lastannor una constitución enjuta y adoptando un andar exageradamente lento para ocultar la ligereza de su paso.

Era sumamente cuidadoso con los detalles.

—Hoy se te ve sombrío, Lastannor —dijo lord Maroth Marstel.

El hulburgués y el mago de su casa recorrían en el carruaje del noble humano las calles de Hulburg hacia el castillo de los Hulmaster. Marstel miraba con desconfianza a Rhovann desde sus ojos miopes y encuadrados en un rostro enrojecido e hinchado. Era un hombre macizo, de barbilla blanca, de unos sesenta y cinco años, con una espesa mata de pelo y un bigote blanco y ancho, amarillento en los bordes como consecuencia de su ridículo hábito de fumar en pipa. El anciano señor llevaba una chaqueta escarlata bordada con el escudo de armas de su familia, en el que se veía un ciervo saltando en un campo de floripondios dorados.

—¿Qué te preocupa?

—Nada importante —mintió Rhovann, fingiendo una sonrisa amistosa—. Algo que no va conmigo, mi señor.

Por supuesto era al propio Marstel al que Rhovann encontraba desagradable. El

hombre constituía una combinación realmente espectacular de fanfarronería estentórea, pocas luces y opiniones mal formadas. Daba la impresión de que iba por la vida arrollando, como una carreta que rodara cuesta abajo totalmente indiferente al daño que produjera. Si Rhovann no se hubiera entregado absolutamente a la tarea de incrementar la fortuna del hombre, podría haber contemplado toda la cuestión con aire divertido, pero tal como estaban las cosas, había tenido que dedicar varios meses a atusar las plumas que Marstel erizaba cada vez que abría la boca, y salvaguardando de desastres aún mayores al bufón que llevaba sentado a su lado en el carruaje.

—Eres un tipo escuálido, y apenas comes —observó Marstel—. No puedo imaginar por qué te produce tantas molestias tu estómago. Pienso que es falta de ejercicio y de aire puro. Y que no tomas suficiente vino. Dos buenas copas al día te vendrían de perlas. —El señor de pelo blanco hizo un gesto afirmativo, satisfecho, por el diagnóstico que había hecho del problema—. Sí, tiene que ser eso. Debes venir a cazar conmigo mañana. Siempre se pasa un buen día, estimulante.

Rhovann suspiró.

—Me temo que tengo asuntos que atender, mi señor, pero tú debes ir sin mí. Como dices, esas salidas te sientan bien.

La idea de Marstel de un día estimulante de caza consistía en que lo llevaran en coche hasta algún campo y en sentarse cómodamente en una silla mientras sus sirvientes hacían todo lo posible por empujar la caza hacia donde él estaba. El viejo señor se pasaría el día emborrachándose y desperdiciando virotes de ballesta contra cualquier cosa que se moviera. Aunque habría sido natural suponer que Marstel casi no acertaba ningún tiro, el hombre era mejor tirador de lo que era dado esperar, y siempre reunía un buen surtido de piezas de caza. Además, en ocasiones, también le daba a uno de sus propios perros o batidores, sobre todo al final del día, cuando ya había bebido lo suyo. Por fortuna, en Hulburg no escaseaban los extranjeros pobres dispuestos a ganarse unas cuantas monedas de la manera que fuera.

—Como gustes, pues —dijo Marstel, aspirando por la nariz.

Rhovann suspiró. Ahora el viejo estúpido iba a estar resentido con él. Sólo uno o dos meses más. Soportar a ese imbécil con cerebro de buey un poco más, y por medio de él podría orquestar la caída de los Hulmaster. Flexionó el frío metal de su mano de plata, disimulada bajo la ilusión de carne y huesos humanos, y pensó en la destrucción de Geran Hulmaster. Matar a Geran por las injurias que había lanzado sobre él sería sólo justicia. Lo que Rhovann quería era venganza. No, antes de que Geran Hulmaster muriera, Rhovann quería que su enemigo viera cómo le arrancaban todo lo que le era caro. Sólo entonces se equilibraría la balanza entre los dos. Pensando en ese final acariciado, unos cuantos meses de trabajo tedioso y desagradable no eran nada.

El carruaje llegó a la senda que subía al castillo de los Hulmaster y se encaminó

hacia allí. Unos momentos después entraban en el patio empedrado que había tras la puerta delantera de Griffonwatch y se detenían. Los lacayos de librea saltaron de los estribos del carruaje para abrir la puerta y bajar los escalones de madera para los pasajeros. Rhovann bajó y adoptó el andar cansino que ya era casi connatural a él; Marstel lo siguió. Algunos coches estaban ya reunidos en el patio, y otro entró justo detrás del carruaje de Marstel.

Rhovann se inclinó hacia Marstel y lo cogió por el brazo. Silenciosamente puso en primer plano de su mente los encantamientos que los unían a ambos y encauzó el poder de su voluntad hacia la conexión invisible.

—Di sólo lo que yo te he indicado —susurró al oído de Marstel—. Si no conoces la respuesta a una pregunta, permanece en silencio y haz como si estuvieras pensando. Yo te diré qué debes responder.

El viejo murmuró una protesta y trató de resistirse al poder del encantamiento, pero su voluntad no podía nada contra la de Rhovann. El mago aplastó su débil resistencia sin alterar siquiera el paso. Marstel miró al frente y asintió.

—De acuerdo.

Entraron en el gran salón del castillo, que ya estaba dispuesto para la reunión del Consejo del Harmach. Habían colocado una mesa en forma de herradura con nueve sillas en el centro de aquel viejo salón lleno de corrientes de aire, frente a un estrado bajo, con una silla de alto respaldo para el gobernante de Hulburg. Bajo su apariencia de Lastannor, el propio Rhovann ocupaba el puesto de mago mayor de Hulburg. El anterior mago mayor, Ebain Ravenscar, había renunciado a su cargo poco después de que la Casa Veruna fuera expulsada de Hulburg y había vuelto a su casa de Mulmaster. Marstel, a la derecha de Rhovann, era la cabeza del Consejo Mercantil de la ciudad y también uno de los pocos *lores* nativos de Hulburg, si bien Rhovann sospechaba que la pertenencia a la nobleza de lord Maroth Marstel era cuando menos dudosa.

La mayor parte de los demás consejeros ya estaban presentes. Rhovann los estudió a todos subrepticamente. No creía que su dominio mágico de Marstel ni su propia apariencia humana fuesen detectables por ningún medio que no fuera un minucioso estudio de alguien ducho en las artes arcanas, siempre y cuando se asegurara de que Marstel siguiera representando su papel. Pero las consecuencias de que se descubriera su juego podían ser muy serias. Prestó la mayor atención a Kara Hulmaster, que estaba sentada directamente frente a él, al otro lado de la herradura. Ocupaba el asiento reservado al capitán de la Guardia del Escudo, comandante del pequeñísimo ejército de Hulburg. Kara preocupaba mucho a Rhovann. A pesar de su juventud, era muy perceptiva y tenía una marca del conjuro que era un sigilo con forma de serpiente en el antebrazo izquierdo y unos ojos de un color azul extraño y luminoso. En muchas tierras se miraba con desconfianza y resentimiento a las marcas

del conjuro, pero en Hulburg nadie dudaba de la lealtad ni de la destreza de Kara. Era una Hulmaster y, según se decía, una magnífica guerrera, la heroína de la Batalla del Terraplén de Lendon. Rhovann jamás conseguía convencerse del todo de que no veía más de lo que decía con sus ojos marcados por el conjuro, y esa sensación no le gustaba nada.

—¡El harmach! —anunció uno de los guardias del Escudo allí presentes.

Todos los consejeros se levantaron respetuosamente y esperaron mientras el harmach Grigor Hulmaster, apoyado en su bastón, bajaba por la escalinata del salón y se sentaba en la gran silla que había sobre el estrado.

Geran Hulmaster acompañaba a su tío, vestido con una casaca acolchada gris y blanca. A Rhovann no se le escapó que la espada con la rosa de mithril en la empuñadura colgaba de la cadera de Geran. Sintió un dolor ardiente en la muñeca derecha cuando carne y hueso recordaron la mordedura afilada de esa hoja.

Rhovann apretó los puños debajo de la mesa. Que el humano mago de la espada lo hubiera mutilado era una cosa. Después de todo, si hubiera estado en su poder, Rhovann le habría hecho a él lo mismo durante el infausto duelo de Myth Drannor. Pero la ofensa que realmente carcomía a Rhovann era el hecho de que el exilio de Geran de la Ciudad de la Canción lo hubiera conducido a su propia casa. La exquisita Alliere no le había entregado a él su corazón, como debería haber hecho en cuanto hubieran acabado con el advenedizo aventurero humano. Y además, la Guardia de la Coronal había encontrado motivos para meter las narices en sus estudios arcanos después de su duelo con Geran. Habían descubierto libros y materiales rituales que consideraron impresentables para un mago de Myth Drannor. Desdeñado por la mujer a la que deseaba, estigmatizado por estudiar artes oscuras, Rhovann había perdido algo más que la mano bajo la espada de Geran Hulmaster. Y tenía pensado cobrarse la deuda antes de que terminara el año.

Rhovann se dio cuenta de que estaba mirando a Geran con insidia, y apartó la vista rápidamente. Geran no tenía motivo para temer a Lastannor, el mago mayor de Hulburg y mago también de la Casa Marstel, pero si reparaba en la mirada de odio de Lastannor, no sería tan tonto como para no preguntarse por la razón. Rhovann desplazó la vista hacia el harmach. Grigor era un hombre de setenta y cinco años que se iba quedando calvo, veía mal y tenía una salud frágil. Se sentó con cuidado y apoyó su bastón contra el lateral de la silla. Después de él se sentaron los consejeros.

—Bienvenidos, amigos míos —dijo Grigor—. Podéis proceder.

Geran Hulmaster se dirigió a uno de los bancos que había junto a la pared lateral del salón y se sentó junto a los escribientes y servidores, que permanecían a la espera.

Deren Ilkur asintió y golpeó con un pequeño martillo sobre la mesa.

—Se reúne el Consejo del Harmach —dijo.

Era el recaudador de los Derechos, cabeza nominal del Consejo como

representante directo del harmach. Ilkur había entrado hacía poco en el Consejo del Harmach. Hacía sólo dos meses que ocupaba ese cargo, ya que el puesto había pertenecido antes a Sergen Hulmaster. Ilkur, un hulburgués de origen común que regentaba su casa contable con una honestidad inquebrantable, era bajo, con barba negra, y llevaba la cadena de oro de su cargo encima del corazón.

—Primer punto de la agenda: la construcción de la muralla de la ciudad —empezó.

Rhovann se reclinó en su asiento y esperó a que Ilkur expusiera eficientemente al Consejo los distintos asuntos de interés. La mayor parte eran cuestiones rutinarias, y les prestó poca atención. En media hora se habían tratado breves informes sobre el estado del tesoro de la Torre, el reemplazo de los guardias del Escudo muertos o lisiados durante la guerra con los Cráneos Sangrientos, la subsiguiente disponibilidad de los activos de la Casa Veruna y los disturbios entre bandas de hulburgueses comunes y foráneos pobres, que al parecer se reunían en los distritos más descuidados de la ciudad. Finalmente, se enderezó y escuchó con mayor atención el último informe: Kara Hulmaster describió varias reyertas de los días anteriores que habían tenido resultados letales.

—Sinceramente no sé si tengo suficientes guardias del Escudo para mantener la paz —añadió—. Según mis cálculos, los Puños Cenicientos podrían contar con hasta cien hombres y me inclinaría a pensar que podrían duplicar o triplicar ese número si convocaran a todos los extranjeros de las Escorias o del cabo Este.

—Algo hay que hacer, lady Kara —dijo Burkel Tresterfin, granjero perteneciente a la reserva de Hulburg y capitán de la Hermandad de la Lanza, que también era nuevo en el Consejo—. ¡Los Puños Cenicientos trataron de quemar El *Bock del Troll* el otro día! La gente común de Hulburg está perdiendo la paciencia. Si no se actúa pronto, los Escudos de la Luna se ocuparán del asunto. Será una revuelta sangrienta.

—Ya basta —dijo el harmach Grigor—. Es indudable que no podemos permitir que las cosas lleguen tan lejos. Kara, encuéntrame a alguien que pueda hablar por esos Puños Cenicientos y me comprometo a escucharlo. Si renuncian a los desmanes y a la violencia tal vez podamos encontrar una manera de dar respuesta a sus agravios. —Se pasó una mano por la frente y se recostó en su asiento—. Tenemos otras cuestiones que discutir hoy. Maese Ilkur, mi sobrino tiene noticias para el Consejo.

El recaudador de los Derechos hizo una leve reverencia.

—Como deseas, milord. Lord Geran, tienes la palabra.

Geran se puso de pie y rodeó la mesa para colocarse en el extremo abierto de la herradura, con las manos juntas a la espalda. Paseó su mirada por los presentes con el entrecejo fruncido, como si estuviera tratando de decidir por dónde empezar.

—Me temo que tenemos otros problemas a las puertas, buenos señores. Hace tres

días, mientras volvía a caballo desde Thentia, me topé con un bajel pirata que había capturado a un barco de los Sokol. Se habían refugiado en una cala a unos kilómetros al este de las ruinas de Gazzeth. Los piratas estaban saqueando el barco de los Sokol. Ya habían dado cuenta de la tripulación y de todos los pasajeros, menos uno.

A continuación pasó a contar cómo había espiado a los piratas. Dio detalles del barco y de la tripulación, y después descubrió con naturalidad su rescate de una hija de los Sokol ante las mismísimas narices de los captores.

—Supongo que andan vigilando nuestras rutas comerciales —terminó—. Todos los barcos que llegan a Hulburg o salen de nuestro puerto corren peligro.

—Un relato sombrío, sin duda —dijo Theron Nimstar, que era el supremo magistrado de la ciudad, un antiguo sirviente del harmach, de constitución robusta, mandíbula cuadrada y una mente aguda—. Es encomiable tu intervención para salvar a lady Sokol. Fue un golpe atrevido.

«Probablemente a esas alturas los piratas estarían todos borrachos», pensó Rhovann. Sabía que no debía subestimar el talento de Geran Hulmaster, pero no le habría sorprendido que hasta un botarate como Maroth Marstel pudiera haber salvado a la muchacha en esas circunstancias. Rhovann había oído los rumores unas horas después de la llegada de Geran, de modo que llevaba dos días esperando ese informe y ya estaba dispuesto a responder. Rhovann se concentró en Maroth Marstel, que estaba sentado a su lado.

—*Ahora, Marstel* —dijo sin abrir la boca—. *Habla.*

—Tengo algo que decir —dijo Maroth Marstel con voz ronca.

Ilkur le respondió con un gesto de asentimiento.

—Tienes la palabra, milord.

El viejo lord se puso de pie lentamente.

—¡La piratería en nuestras costas es intolerable! El Consejo Mercantil exige medidas para proteger nuestro comercio contra la depredación de los piratas. Con el de los Sokol ya van cinco barcos perdidos en los tres últimos meses. ¡Estos ataques criminales nos están arruinando! La pérdida de las cargas ya es bastante mala cosa, pero ¿es necesario que le recuerde al Consejo que docenas, no, veintenas, de nuestros marineros han sido asesinados sin piedad?

Marstel golpeó la mesa con su abultado puño y subió el tono a su volumen habitual. La verdad era que no necesitaba las enseñanzas de Rhovann para mostrarse ampuloso; al mago elfo le había bastado con darle un tema para encender su imaginación.

—¡Estamos tirando una fortuna en murallas para proteger la ciudad de un enemigo al que ya hemos vencido, y mientras tanto somos objeto de pillaje en el mar! Conozco tres empresas mercantiles que no puede permitirse perder una sola carga más. El próximo ataque las dejará arruinadas... ¡Y si nuestras compañías mercantiles

caen, ya no le pagarán al harmach por talar sus árboles, ya no le pagarán a la buena gente de Hulburg por su trabajo y ya no venderán sus mercancías en nuestras calles! Se nos avecina un desastre, señores y señoras, con alfanjes chorreando sangre y dejando cadáveres a su paso. ¡Y sin embargo, no hemos hecho nada! ¿A qué espera el harmach para tomar medidas?

Ilkur no respondió inmediatamente, y nadie más lo hizo.

Tal vez no estaban seguros de si Marstel esperaba una respuesta o simplemente había sido una pregunta retórica. Rhovann ocultó una sonrisa. Esa última frase sobre alfanjes y cadáveres era puro efectismo Marstel. El viejo se había visto arrastrado por su propio discurso, tal como Rhovann esperaba.

El harmach Grigor suspiró y miró al noble.

—Lord Marstel, ¿qué quieres que hagamos?

—¡Barrer a esos piratas del Mar de la Luna y asegurar nuestra supervivencia!

—Por si no te has dado cuenta, yo no capitaneo ninguna nave —respondió Grigor.

—Entonces, tienes que empezar a armar barcos de guerra de inmediato. Eso es, ni más ni menos, lo que pide el Consejo Mercantil.

—Los barcos son caros —objetó Wulreth Keltor, el guardián de las Llaves, el funcionario que tenía bajo su cuidado el tesoro del harmach, a quien Rhovann consideraba un hombre sombrío y quejumbroso—. ¡No basta con desearlos para que aparezcan, lord Marstel!

—De todos modos, si el harmach no se preocupa de la seguridad de nuestro comercio, entonces el Consejo Mercantil se ocupará de ello bajo su propia autoridad —dijo Marstel—. ¡Es una cuestión de autodefensa!

Grigor entornó los ojos. Era evidente que reconocía el peligro que representaban para su autoridad las amenazas de Marstel. Hacía apenas unos meses que había estado a punto de ser despojado de su poder por el Consejo Mercantil liderado por su traicionero sobrino Sergen.

—Sois muy dueños de armar vuestros barcos como queráis y de incluir en vuestra tripulación todos los guardias que podáis costearos —dijo—, pero no tenéis autoridad para actuar en mi lugar, Marstel. A mí me compete la defensa de este reino, no a vosotros.

—No estoy seguro de que deba sugerirlo —dijo Deren Ilkur—, pero ¿no se puede llegar a algún acuerdo? Pagar un canon a los piratas para que dejen pasar a nuestros barcos sin atacarlos podría ser menos costoso que botar barcos de guerra para disuadirlos.

—Eso me deja muy mal sabor de boca —dijo Geran Hulmaster. El mago de la espada sacudió la cabeza—. Perdonadme por hablar cuando no me toca, pero esos acuerdos suelen volverse más caros con el paso del tiempo. Además, se seguirían

perdiendo barcos igual que ahora porque no se puede sobornar a todos los piratas del Mar de la Luna.

—Si el soborno no es posible, entonces ¿cuál es la mejor forma de defender nuestro comercio marítimo? —preguntó Burkel Tresterfin—. ¿Podemos proteger a los barcos mercantes con destacamentos de la Guardia del Escudo? ¿O es que nosotros sugerimos, como lord Marstel, que se construyan barcos de guerra?

—No tenemos suficientes guardias del Escudo para dotar de ellos a todos los barcos que partan de Hulburg —dijo Kara Hulmaster, que se reclinó en su asiento, pensativa—. Además, aunque pudiéramos costear la construcción de barcos de guerra, no sé con qué tripulaciones los íbamos a dotar. Se necesitarían por lo menos dos o tres navíos bien armados para velar por la seguridad de las aguas cerca de Hulburg. Serían necesarios varios centenares de soldados y marineros.

—Imposible —dijo Wulreth Keltor—. No disponemos de ese dinero.

—De modo que no podemos permitirnos una armada y no creemos que el soborno sea la respuesta. ¿Qué nos queda, entonces? —preguntó el magistrado Nimstar.

Durante un buen rato, nadie habló. Rhovann asintió para sus adentros. Aun cuando los hulburgueses se hubieran decidido a construir una flota, llevaría mucho tiempo y costaría demasiado interferir en sus designios.

—Hay otras ciudades en el Mar de la Luna que tienen flotas —dijo rompiendo el silencio—. ¿Y si pidiéramos protección a Mulmaster o a Hillsfar?

—Eso podría resultar más costoso que construir nuestra propia flota —dijo el harmach Grigor—. Si ponemos nuestra soberanía en manos de una ciudad más grande, jamás la recuperaremos. Considero que ésa sería la última alternativa.

Rhovann impuso silencio a Marstel. Su intención había sido precisamente poner al harmach en esa situación, obligándolo a elegir entre embarcarse en un plan caro y muy poco viable de construcción de una flota, o debilitar su autoridad pidiendo ayuda a otra ciudad. En cualquiera de los dos casos, el harmach se exponía a encarnizadas críticas. El elfo disfrazado se inclinó hacia adelante para hablar.

—En ese caso, mi señor harmach, debo sumar mis inquietudes a las de lord Marstel. ¿Qué piensas hacer?

Grigor Hulmaster miró los recuadros de cielo azul que quedaban enmarcados en las altas ventanas del gran salón. Podía ser viejo y frágil, pero no imbécil; veía perfectamente el dilema al que se enfrentaba.

—Tendrá que ser una flota, pues —dijo por fin—. Compraremos un par de cascos adecuados en Hillsfar o en Melvaunt y los traeremos a Hulburg para su equipamiento. En cuanto a la tripulación, supongo que tendremos que contratar mercenarios.

—Es posible que dos barcos no sean suficientes para proteger nuestro comercio marítimo —dijo Kara—. Aun suponiendo que cada uno pueda permanecer en el mar

la mitad del tiempo, sólo uno estará patrullando un día determinado.

—No, supongo que no es suficiente, Kara, pero espero que dos barcos de guerra basten como elemento disuasorio —dijo Grigor, que miró a todos los miembros del Consejo reunidos—. Espero que todos entiendan que la Torre deberá encontrar fondos para esto en alguna parte. Para empezar, supongo que deberán aumentarse las cuotas por las explotaciones mineras y forestales.

—Procede con cautela, milord —le advirtió Marstel—. A las Casas del Consejo Mercantil no les importa si lo que las lleva a la ruina son la piratería o los impuestos. La ruina es la ruina.

—¿Exigís la protección del harmach para vuestros barcos, pero regateáis a la hora de pagar las fuerzas necesarias para salvaguardaros? —le espetó Kara—. No se puede tener todo, lord Marstel. ¿De qué otras fuentes debería obtener el harmach los fondos para pagar una flota sino es de los barcos mercantes que se beneficiarán de la protección que ofrece una flota?

Rhovann se disponía a abrir la boca para contrarrestar el argumento de la capitana de la Guardia del Escudo, pero Geran Hulmaster hizo un gesto negativo y se volvió para dirigirse a su tío.

—Tal vez haya una alternativa a una armada permanente —dijo el mago de la espada—. En lugar de construir suficientes barcos de guerra para defender nuestro comercio mercante del ataque de todos los piratas posibles, deberíamos encontrar la guarida de esos piratas y destruirlos allí mismo. Una sola expedición de uno o dos barcos contribuiría tanto a proteger nuestro comercio en un mes, como una flota de cuatro o cinco barcos en años de patrullas.

—Sí, lord Geran, pero ¿por dónde empezarías? —preguntó Deren Ilkur.

El mago de la espada se encogió de hombros.

—Por el *Reina Kraken*. El Mar de la Luna no es tan grande. No puede esconderse mucho tiempo ante una búsqueda decidida. En cuanto a los demás piratas, deberíamos invertir en información. Si distribuimos algo de oro en puertos como los de Mulmaster y Melvaunt, y contratamos a algunos vigilantes de puerto, pronto sabremos dónde se esconden nuestros enemigos.

—Necesitaremos un barco y una tripulación —dijo Kara.

—Están en juego los cargamentos del Consejo Mercantil; ellos pueden aportar algunos hombres de armas. Y tú puedes proporcionar unos cuantos guardias del Escudo, Kara. En cuanto al resto, supongo que podemos encontrar muchos voluntarios entre los Escudos de la Luna —sonrió Geran—. Por lo que respecta al barco, bueno, la Casa Veruna dejó el *Dragón Marino* cuando decidió trasladar sus operaciones a Mulmaster. Necesita una reparación, pero podría estar preparado para hacerse a la mar en diez días.

—¿Estás dispuesto a ponerte al mando, Geran? —preguntó el harmach Grigor.

Geran se quedó pensándolo un momento.

—Sí, siempre y cuando consiga los fondos que necesito para reparar y dotar al barco de una tripulación. No puedo prometer que cesen todos los ataques, pero si cogemos a uno o dos piratas, el resto podrían ser presas más fáciles.

El harmach se volvió hacia Marstel.

—Lord Marstel, ¿podría el Consejo Mercantil encontrar aceptable la propuesta de Geran?

Rhovann hizo que el viejo lord adoptase una actitud como de estar pensárselo, mientras él consideraba rápidamente la cuestión. Sin duda, Geran había dado con un curso de acción que parecía razonable y que no hacía necesario que el harmach pidiera ayuda a otra ciudad ni recaudara impuestos ruinosos para los mercaderes o para el pueblo. Era irritante..., pero si la búsqueda de Geran resultaba infructuosa caería en desgracia, y el harmach podría ser atacado por no emprender una acción eficaz. Tal vez fuera sumamente útil permitir que Geran diera palos de ciego por el Mar de la Luna durante unas cuantas semanas. De hecho, Rhovann podría ocuparse de hacer difundir rumores deliberadamente equivocados para hacerle perder el tiempo a su rival. Además, sabía algo sobre los piratas que amenazaban a Hulburg que Geran no sabía. Bien pensada la idea, le pareció que Geran, inadvertidamente, había propuesto un plan que Rhovann no podría por menos que mejorar...

Al darse cuenta de que Maroth Marstel había estado dando vueltas a las cosas un tiempo un poco excesivo, Rhovann le dio la orden de responder.

—No se puede decir que un barco sea una flota, milord, pero esperaremos para juzgar los méritos del plan a que Geran acabe con el *Reina Kraken* o perdamos otro barco por obra de esos asesinos lobos de mar.

Geran frunció el entrecejo, sopesando el plazo que le había impuesto Marstel; Después de todo, no tenía manera de saber de cuánto tiempo disponía antes de que los piratas apresaran otro barco hulburgués.

—Haré todo lo que pueda, lord Marstel —dijo.

Deren Ilkur recorrió con la mirada a los consejeros allí reunidos.

—¿Hay alguna otra cuestión que se quiera plantear ante el Consejo? —preguntó.

Nadie habló, de modo que el recaudador de los Derechos asió su pequeño martillo y dio un golpe contundente sobre la mesa.

—Entonces, se levanta el Consejo.

Una vez más, todos permanecieron de pie mientras el harmach Grigor se levantaba y subía la escalera que partía del salón. En ese momento se iniciaron media docena de conversaciones en voz baja mientras los consejeros y sus diversos asesores y asistentes empezaban a salir de la estancia. Rhovann observó a Geran, que a grandes pasos se dirigía a la puerta mientras conversaba con Kara Hulmaster. El elfo se preguntó si sería mejor facilitarle el camino o ponerle trabas. A través del Consejo

Mercantil y de Maroth Marstel, podía acelerar los preparativos de su enemigo para poner en marcha su expedición y así sacarlo de Hulburg rápidamente..., o podía poner obstáculos en su camino, manteniendo empantanado su intento de reunir hombres de armas y suministros para un mes o más.

Si Geran se hacía a la mar con un fuerte destacamento de la Guardia del Escudo y de hulburgueses leales, el poder del harmach quedaría muy debilitado. Eso planteaba varias posibilidades.

—Entonces, cuanto antes mejor —dijo entre dientes.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —preguntó Marstel.

—Nada importante, milord —respondió—. Creo que la Casa Marstel debería apoyar generosamente los esfuerzos de Geran Hulmaster para preparar su expedición. Después de todo, no hay tiempo que perder.

Marstel asintió.

—¡Por supuesto! Hay que plantarles cara a los piratas con firmeza y de forma inmediata. Cualquier demora es intolerable.

—Precisamente, milord.

Rhovann le echó a Geran otra larga mirada, preguntándose qué haría el tonto de sospechar que su antiguo rival de Myth Drannor estaba a menos de diez metros de distancia, planeando el éxito o el fracaso de su mal planteada empresa. Entonces, cogió a Marstel del brazo y lo guió hasta su carruaje.

CUATRO

16 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

Dos días después de la reunión del Consejo del Harmach, Geran pasó la mañana en el alcázar del *Dragón Marino*, vigilando mientras un equipo de carpinteros trabajaba para reponer el palo mayor del barco. El antiguo había sido destrozado por un temporal de primavera hacía ya unos meses, y ésa había sido una de las razones por las que los mercenarios de la Casa Veruna lo habían dejado cuando se marcharon de Hulburg. Por supuesto, lo habían despojado de todo tipo de pertrechos, velas, aparejos y demás cosas por el estilo, pero eso tenía fácil remedio. En cambio, reemplazar un palo mayor era un trabajo tedioso. En los dos últimos días, los carpinteros hulburgueses habían cortado y habían retirado el mástil quebrado, y habían construido un puntal de carga temporal para alzar el nuevo mástil: un pino alto y recto cortado al pie de las Montañas Galena y estacionado durante años en un estanque propiedad de la Casa Marstel. Varias docenas de trabajadores sudaban y maldecían mientras manipulaban los largos y rechinantes cabos hasta colocar el nuevo mástil en el hueco dejado por el antiguo.

El ruido de ruedas sobre el empedrado de la calle llamó la atención de Geran. Al mirar hacia abajo vio un carruaje abierto que se detenía junto al portalón de acceso al *Dragón Marino*. Un par de hombres de armas con los colores negro y azul cielo de la Casa Sokol saltaron del estribo mientras Nimessa Sokol salía del coche. Estaba espléndida, con un vestido de terciopelo color burdeos bordado con flores doradas. Ante la mirada sorprendida de Geran, un enano de aspecto mediocre, calvo y con una barba partida de color gris ferroso saltó del carruaje tras ella, vestido como un trabajador corriente. Nimessa alzó la vista hacia arriba y vio a Geran que la miraba. Le dedicó una cálida sonrisa y empezó a subir por el portalón con el extraño personaje a su lado. Geran bajó los peldaños que llevaban a la cubierta principal y fue a recibirla a la barandilla.

—Pensé que tal vez te encontraría aquí —dijo—. ¿Podemos subir a bordo?

—Por supuesto, pero cuidado con los que están trabajando en el mástil. —Geran la condujo hasta más allá del grupo de trabajo y la llevó a un rincón seguro de la cubierta—. Es un placer inesperado. ¿Qué te trae al *Dragón Marino*?

—Me he enterado de que estás buscando un oficial de derrota —dijo Nimessa—. Creo que tal vez te haya encontrado uno. Permíteme que te presente a maese Andurth Galehand. Maese Galehand, éste es lord Geran Hulmaster.

Geran y él se estrecharon el antebrazo, según la costumbre enana, y el mago de la espada estudió al hombrecillo. En sus gruesos brazos había tatuadas runas que formaban palabras indescifrables, y como la mayoría de los enanos, le demostró a

Geran su fuerza en el saludo.

—Milord —dijo el enano.

—Maese Galehand ha llegado esta mañana a la Casa Sokol para firmar un contrato con nosotros —dijo Nimessa—. He pensado que tal vez necesitaras un oficial de derrota para el *Dragón Marino*.

—Y así es. ¿Estás segura de poder prescindir de él?

La semielfa asintió.

—Ya hemos llegado a un acuerdo, pero su primer destino dentro de la Casa Sokol es ocupar el puesto de oficial de derrota contigo, si es que lo aceptas. Y también enviaré marineros y hombres de armas avezados, todos los que necesites para completar la tripulación del barco.

Geran enarcó una ceja.

—Muy generoso por parte de la Casa Sokol.

—No, sólo es una cuestión de sentido común. Los piratas son un problema y los barcos de los Sokol no estarán seguros hasta que queden derrotados. —Los ojos de Nimessa relucieron—. Además, tengo un interés personal en ver hundido el *Reina Kraken*. Todo lo que la Casa Sokol pueda proporcionarte es tuyo; no tienes más que pedir.

—Tengo a Erstenwold buscando pertrechos y provisiones, pero tus marineros y hombres de armas me vendrán muy bien. —Se volvió hacia el enano—. ¿Estás dispuesto a navegar bajo bandera del harmach, maese Galehand?

—Claro, no me plantea ningún conflicto. —El enano miró a los carpinteros que trabajaban en el mástil y asintió con un gruñido de aprobación—. Tus carpinteros parecen saber lo que se hacen. El mástil antiguo nunca fue muy bueno. Ahora navegará mucho mejor.

—¿Has navegado antes en el *Dragón Marino*?

El enano le respondió con una sonrisa reconcentrada.

—Conozco este barco como a mi propia barba. Fui su oficial de derrota durante cinco años. Llevo mucho tiempo deseando ver ahí un nuevo palo mayor.

—El *Dragón Marino* fue un barco de la Casa Veruna. ¿Quieres decir que fuiste un hombre de Veruna?

—Sí, pero me separé de ellos hace cuatro años. La Compañía de la Doble Luna me hizo una oferta mejor y me cambié de barco. He estado con ellos desde entonces, pero ahora necesito una nueva colocación.

—¿Y por qué dejaste la Doble Luna?

El enano puso cara de disgusto.

—No fui yo quien lo hizo. La Doble Luna me echó fuera.

Geran miró a Nimessa, que se encogió de hombros; después volvió la vista hacia Galehand.

—Eso no es precisamente para inspirar confianza —dijo.

—¡Oh, hago bien mi trabajo, lord Hulmaster! He navegado por estas aguas durante treinta años, la mitad de ellos como oficial de derrota. No, la Doble Luna decidió prescindir de mis servicios el mes pasado después de que llamé a uno de los altos agremiados «zoquete de cerebro podrido» y le di un puñetazo.

Geran frunció el entrecejo. El *Dragón Marino* necesitaba un oficial de derrota, pero no quería atarse a un oficial conflictivo, inclinado a discutir las órdenes.

—Ya veo que eres un enano que dice lo que piensa —dijo, midiendo sus palabras—. ¿Y qué te llevó a hacer eso?

—Tal vez recuerdes una serie de nefastas tormentas eléctricas que soplaron a principios de Flamerule. Zarpamos de Melvaunt, a menos de cincuenta kilómetros de Hillsfar, con rumbo sur. Subí a cubierta para hacer mi guardia y me encontré con que, en vez de virar de popa al frente tormentoso y tomar rizos en las velas mayores, el alto agremiado había tergiversado las órdenes del capitán y le había dicho a la tripulación que desplegase toda la lona y atravesase el viento. Supongo que se proponía llegar a Hillsfar antes de que nos alcanzara la tormenta. Para entonces ya teníamos el frente sobre nosotros y a punto estuvo de ponernos en un grave aprieto. —Galehand meneó la cabeza—. En cuanto echamos un ancla y tomamos rizos le dije lo que pensaba de él. Se me enfrentó y fue entonces cuando le pegué. Al día siguiente, en Hillsfar, me despidieron.

—Has tenido suerte de que el capitán del barco no te pusiera grilletes por pegar a uno de los propietarios.

Galehand dio un resoplido.

—Bueno, a decir verdad, creo que al capitán también le hubiera gustado darle un puñetazo.

Geran se echó a reír. No sabía nada sobre Andurth Galehand, pero era evidente que no se mordía la lengua, y si lo que decía era verdad, entonces no había sido su falta de competencia lo que lo había puesto en esa situación.

—Está bien, maese Galehand, ya eres mi oficial de derrota; haré redactar el contrato. Tu primera tarea será ocuparte de los aparejos y del pañol de velas. Me propongo zarpar de aquí a diez días y me formaré una idea de ti por lo de prisa y lo bien que prepares al *Dragón Marino* para hacerse a la mar.

—Muy bien, lord Hulmaster. Si me das una hora, iré a buscar mi equipo y volveré aquí enseguida.

—Estupendo, maese Galehand.

El enano tatuado se dirigió hacia el portalón.

Geran lo observó mientras se marchaba y luego alzó la mirada al cielo; era poco antes del mediodía de un día de otoño despejado y soleado, y soplaba un ligero viento del oeste.

—No tenías que haber venido hasta aquí en persona, ¿sabes? —le dijo a Nimessa—. Una palabra de presentación tuya habría bastado.

—Supongo que todavía estoy buscando una manera de darte las gracias por salvarme la vida. —Nimessa le dedicó una tímida sonrisa y se volvió para pasar una mano por la madera reluciente de la barandilla—. Parece que eres un hombre de intereses muy variados: espadachín, mago y ahora también capitán de barco.

—He estudiado unos cuantos conjuros de la espada, supongo, pero ésa es toda la magia que sé. En cuanto a lo de navegar, bueno..., antes de volver a casa este verano pasé un año y medio con la venta ambulante de la Vela Roja de Tantras, viajando por todo el Mar de las Estrellas Caídas.

Apoyó la mano en la barandilla del *Dragón Marino*, junto a la de ella, y le pareció sentir que el barco se inquietaba bajo su palma, como un caballo deseoso de galopar. Nimessa esperó a que continuara, con una sonrisita en la cara. Geran se encontró hablando otra vez antes de saber lo que decía.

—Siempre he querido ver nuevos lugares. Creo que no he nacido para estar mucho tiempo en un mismo sitio.

—¿Qué es lo que te impulsa?

—Indudablemente no es ninguna inquietud por los negocios de la Vela Roja —dijo una voz.

Hamil Alderheart apareció en la pasarela que llevaba por debajo del alcázar a los camarotes de los oficiales. El halfling iba vestido con una bonita casaca verde sobre una camisa color ante, con un sombrero a juego que cubría sus largas trenzas rojizas. Desde que Geran lo conocía, Hamil siempre se había preciado de vestir con elegancia.

—Geran no tiene mucho de mercader. Yo hacia todo el trabajo: llevar los libros, comprar y vender. Él realmente no era más que un jactancioso carretero. ¿Qué te trae a bordo del *Dragón Marino*, mi señora?

—Nimessa, éste es mi viejo camarada Hamil Alderheart. Juntos corrimos aventuras en la Compañía del Escudo del Dragón hace años y más tarde adquirimos la Compañía de la Vela Roja —dijo Geran.

Él sólo había permanecido en esa compañía una breve temporada, hasta que sus ansias de ver mundo lo llevaron a Myth Drannor; pero Hamil le permitió volver a comprar su parte sin una sola palabra de reproche cuando Geran volvió a Tantras después de sus años al servicio de la Coronal.

—Hamil, ésta es Nimessa Sokol. Ha venido a Hulburg a hacerse cargo de la concesión que tiene aquí su familia.

Hamil se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia antes de llevarse los dedos de Nimessa a los labios.

—Estoy encantado, mi señora —dijo—. Ahora veo por qué Geran se enfrentó a

una flota de piratas por tu honor. Yo me metería en la boca de un dragón por una mujer tan bella como tú.

Geran bajó la cabeza para ocultar una sonrisa. Hamil jamás se había resistido a cubrir de halagos a una mujer hermosa, aunque fuera medio metro más alta que él. Por su parte, Nimessa rió y se ruborizó.

—¡Te agradezco esa disposición, maese Alderheart, pero esperemos que nunca sea necesario!

—*Me complace ver que has recuperado el ojo para la belleza* —le dijo Hamil a Geran mentalmente.

Era un halfling del pueblo de los fantasagaces, y su gente tenía el don de hablar sin sonido cuando lo deseaba.

—*Si tú no la cortejas, lo haré yo.*

Geran hizo caso omiso de los comentarios silenciosos de su amigo.

—Nimessa nos ha encontrado un oficial de derrota —le dijo a Hamil—, un enano llamado Andurth Galehand. Desempeñó ese cargo en el *Dragón Marino* durante años.

—Bien —dijo Hamil—, pero me sorprende que hayas admitido a un hombre de Veruna, enano por más señas.

—Hace de eso cinco años, y parece que conoce el *Dragón Marino*. Además, es un enano, no un mulmasterita. Los Veruna no depositan su confianza en otros pueblos.

Probablemente a Andurth le habían pagado bien, pero dándole poca autoridad o capacidad de acción respecto de los intereses de la compañía. Ésa era una de las debilidades de la Casa Veruna; trataban a sus contratados como sirvientes de poca confianza y reservaban las mejores pagas y la autoridad real para los mulmasteritas que tenían vínculos de sangre con la familia.

—Todavía necesitamos media docena de marineros y unos cuantos hombres de armas —dijo el halfling—, y nos vendría bien un práctico.

—La Casa Sokol proveerá vuestras necesidades de personal de a bordo —le dijo Nimessa a Hamil—. Estoy segura de que también podré encontraros unos cuantos hombres de armas bien preparados.

—No te preocupes por el práctico —dijo Geran—. Ya hace unos años, pero conozco bien el Mar de la Luna, y parece que nuestro oficial de derrota también. Yo me ocuparé de la navegación.

—Si te pierdes o nos haces encallar en un arrecife te recordaré tus palabras —replicó Hamil—. ¡Ah! Y una cosa más: la madre Iniciada. Mara ha mandado decir que ha enviado a un joven monje llamado Larken para que ejerza de capellán del barco. Se supone que llegará mañana.

—Entonces, ya tenemos la tripulación prácticamente completa —dijo Geran—. Estoy impresionado, Hamil. Jamás habría imaginado que serías capaz de reunirlos tan

rápidamente.

El halfling se encogió de hombros.

—No fue obra mía, Geran. Cuando comenzó a correr la voz de lo que estabas preparando, la gente empezó a hacer cola para ponerse a tu servicio.

—¿Con cuántos navegaréis? —preguntó Nimessa.

—Bueno, el *Dragón Marino* necesita unos veinte marineros para ser tripulado sin problemas —respondió Geran—, pero nosotros también precisamos de un gran número de hombres de armas para que se ocupen de los piratas a los que esperamos capturar; de modo que tendremos bastantes más de cien, contando a la Guardia del Escudo y a los mercenarios de las compañías mercantiles.

—¿Es eso suficiente para hacer frente al *Reina Kraken*?

Geran se permitió una sonrisa amenazadora.

—¡Oh, sí! Si puedo encontrarlo seré capaz de acabar con él. Sólo es cuestión de seguirle el rastro.

—Buena caza, entonces. —Nimessa se acercó y besó suavemente a Geran en la mejilla—. Debo marcharme. Todavía tengo mucho que poner en orden en nuestros astilleros.

A continuación, se apartó, saludó a Hamil con una inclinación de cabeza y se dirigió hacia el portalón, por el que bajó hasta donde la esperaban sus hombres de armas y su carruaje. El cochero hizo restallar las riendas, y el carruaje salió rodando calle abajo.

Geran siguió el coche con la mirada, y luego se llevó la mano a la mejilla con aire ausente.

—Creo que la joven te mira con buenos ojos —comentó Hamil—. Supongo que es comprensible. Cuentas con una ventaja injusta, ya que tu galanura la salvó de un destino mucho peor que la muerte. ¡Maldita suerte!

El mago de la espada sacudió la cabeza.

—No lo sé. Aunque tengas razón..., bueno, ¿cuántas veces puedo rescatarla de los piratas?

—Hazme caso, Geran. Es un buen comienzo.

Geran trató de sacarse a Nimessa de la cabeza. Se volvió a mirar a los carpinteros ocupados en el palo mayor. La instalación estaba casi terminada, pero llevaría horas poner las jarcias, las brazas y el pesado aparejo para las velas.

—No podemos hacer mucho más aquí. Tengo que comprobar la orden de avituallamiento a Erstenwold.

—Buena idea —dijo Hamil.

Se pararon a hablar con Worthel, el segundo de a bordo, un patrón de pelo oscuro, de mediana edad, natural de Tantras, uno de una docena de la Vela Roja que se habían presentado voluntarios para navegar bajo el estandarte del harmach. Después de

aconsejarle que se mantuviera pendiente de Galehand, Geran y Hamil lo dejaron a cargo de la supervisión de lo que quedaba de la reparación del mástil y bajaron por el portalón a los muelles de Hulburg, que eran un hervidero.

Comparada con algunas de las demás ciudades del Mar de la Luna, Hulburg era pequeña y rústica. Los trabajadores de una gran variedad de tierras extranjeras casi superaban en número a los hulburgueses nativos. Mientras se dirigían hacia el norte por la calle del Tablón, Geran y Hamil se cruzaron con enanos de pesadas botas y cotas de malla, melvauntianos y thentianos con las casacas y las capas cortas que estaban de moda en esas ciudades, y con todo tipo de amanuenses y escribientes, y hombres de armas que llevaban los colores de las diferentes compañías mercantiles que tenían concesiones en Hulburg. En los diez años que Geran había estado fuera, en las tierras del sur, Hulburg se había atestado. Aunque ya habían pasado cinco meses desde su regreso, seguía tratando de acostumbrarse al espectáculo y al ruido de esa ciudad bulliciosa y vigorosa que misteriosamente había reemplazado a la ciudad apacible de su juventud.

Pasaron por delante de varios grupos de trabajadores foráneos parados en las esquinas o esperando delante de los comercios, buscando trabajo, o eso pensó Geran. Venía a Hulburg gente de todo el Mar de la Luna en busca de fortuna, ya que las explotaciones forestales y mineras de las estribaciones montañosas ofrecían una ocasión de ganarse un salario. Eran hombres pobres, desesperados, demacrados y de ojos hundidos, vestidos con capas y ropas andrajosas. Algunos se habían pasado toda la vida de una ciudad a otra, recorriendo Faerun en busca de algún lugar en el que establecerse.

Cuando atravesaron la calle de la Carreta, Geran reparó en una conmoción a su derecha. Una banda de una docena de hombres mugrientos y con capas andrajosas marchaban por el centro de la calle empujando a los que encontraban a su paso. Casi todos iban armados con hachas pequeñas o estacas cortas, y cuchillos o estoques al cinto. Llevaban la mano izquierda envuelta con tiras de tela gris y una gran mancha de hollín en el reverso de la mano. La gente de la ciudad murmuraba y los miraba con furia mientras iban abriéndose camino entre la multitud, pero a los rufianes les tenía sin cuidado.

Geran llamó la atención de Hamil con una palmada en el hombro.

—Puños Cenicientos —dijo en voz baja—. No creo haberlos visto antes en el distrito mercantil. ¿Qué están haciendo aquí?

—Buscando problemas por lo que puedo ver —respondió Hamil, que miró en derredor—. Menos mal que no hay Escudos de la Luna por aquí, de lo contrario tendríamos asientos de primera fila para contemplar la riña.

Los dos hicieron un alto y miraron pasar a los pandilleros. La mayor parte de la gente que circulaba por la calle pasaba rápidamente al lado de ellos, procurando no

mirarlos a la cara y dejándoles el camino despejado. Geran no se apartó, lo cual le valió unas cuantas miradas hostiles de los rufianes. Sin embargo, él y Hamil iban bien armados y por sus ropas se veía que eran hombres de alta posición. Los Puños Cenicientos o bien sabían quién era Geran o no eran tan atrevidos como para enfrentarse a unos caballeros en medio del distrito comercial de Hulburg. Geran miró de frente a uno de los Puños Cenicientos, un tipo alto, de pelo lacio, con los dientes carcomidos y una mirada aviesa. El hombre lanzó un bufido, como si le divirtiera la atención que le prestaba Geran, y les murmuró algo a sus camaradas mientras pasaba. Varios rieron disimuladamente.

—*No me gusta la pinta del alto* —dijo Hamil en su habla silenciosa—. *Casi me dan ganas de enseñarle modales.*

—Déjalo por ahora —respondió Geran—. No están violando ninguna ley del harmach..., al menos por el momento.

—*Un tecnicismo* —respondió Hamil, pero les sonrió afablemente a los rufianes y dejó que continuasen su camino.

Los hombres de la capa gris siguieron por la calle de la Carreta abajo, dejando atrás a los dos compañeros.

—Se diría que una docena de tipos como éstos deberían tener algún trabajo que hacer en pleno día —dijo Geran.

Hamil asintió.

—Los Veruna empleaban a cientos de ellos. Cuando la Casa se marchó de Hulburg dejó a sus leñadores, mineros, carreteros y a todos los demás que se las apañaran como pudieran. No tiene nada de extraño que algunos de ellos se hayan unido a los Puños Cenicientos.

—¿Qué otra cosa podía hacer el harmach? No podía dejar que la Casa Veruna se quedara después de haber apoyado a Sergen en el intento de reemplazarlo.

—No, no podía —admitió Hamil—. Tu tío hizo lo que Darsi Veruna le obligó a hacer, pero hasta que alguna compañía mercantil o alguna Casa se haga cargo de los campamentos de los Veruna, esos Puños Cenicientos no tendrán otra cosa que hacer más que reunirse en las esquinas y molestar a los viandantes.

—Eso no es tan fácil como parece. Nimessa me dijo que la Casa Veruna ha amenazado con tomar represalias contra las compañías del Mar de la Luna que adquieran sus antiguos derechos.

Geran se calló, pensando en la situación de los Puños Cenicientos. Su amigo tenía razón sobre las consecuencias no buscadas del exilio de la Casa Veruna, pero eso no era todo. También le habían llegado rumores acerca de que los Puños Cenicientos amenazaban o apaleaban a otros extranjeros que buscaban trabajo, obligándolos a unirse a su movimiento o a abandonar Hulburg y buscarse la vida en otra parte. Una idea lo asaltó y miró a Hamil.

—¿Han amenazado los Veruna a la Vela Roja en alguna parte?

—¿A nosotros? —Hamil negó con la cabeza—. No, te lo habría dicho de haberme enterado de algo así. Después de todo, tú tienes capital en la compañía. Pero qué quieres que te diga, yo diría que los Veruna ya se han convencido de que no les tenemos la menor simpatía.

—Es cierto.

Geran palmeó a Hamil en el hombro. Siguieron caminando otra media manzana y llegaron al cartel de Abastecimientos Erstenwold que colgaba encima de un antiguo edificio de madera un tanto destartado. Varios dependientes iban y venían, entrando y saliendo de la tienda, contando, regateando o cargando mercancías. Los negocios les habían ido bien a los Erstenwold desde la desaparición de la Casa Veruna de la ciudad. Ahora ya nadie extorsionaba a los comerciantes hulburgueses nativos; se seguía manteniendo la cautelosa brecha entre las compañías mercantiles de fuera y los establecimientos naturales de Hulburg. «Sólo que ahora están los Puños Cenicientos para complicar las cosas», pensó Geran.

Él y Hamil subieron los escalones que conducían al viejo porche de madera y entraron en la tienda. Un largo mostrador de madera ocupaba todo el lado derecho, a lo largo del local, con un atiborramiento familiar de estantes y diversas piezas de apero o de labranza colgando de las paredes. Las tablas del suelo, desiguales, brillaban de tan desgastadas por décadas de idas y venidas, y la luz del sol que se colaba por las ventanas hacía visibles las motas de polvo suspendidas en el aire. A Geran siempre le había gustado ese lugar: la madera vieja, el cuero fresco y el tabaco de pipa se combinaban produciendo un reconfortante olor.

—¿Mirya? —llamó.

Una mujer alta, de pelo oscuro recogido a la espalda en una larga trenza, alzó la cabeza, hasta ese momento inclinada sobre los libros contables que había encima de un pequeño escritorio de pie que se encontraba detrás del mostrador. Llevaba un simple vestido de lana azul y su cara tenía una expresión seria; pero sonrió en cuanto los vio. Cerró los libros y se acercó al mostrador.

—¿Venís por vuestro pedido? No han pasado ni dos días, ¿sabéis?

—Los carpinteros estaban a punto de arrojar a Geran por la borda —respondió Hamil—, y pensamos que tal vez sería mejor dejarlos a su aire una o dos horas.

—¿Y entonces decidisteis que era mejor darme la vara a mí? —dijo Mirya con un bufido—. Bueno, os gustará oír que tengo casi todo el avituallamiento de vuestro barco apartado en el almacén: provisiones, lonas, mucha ropa blanca, cois, madera, barriles de cerveza, herramientas, estopa, brea... Venid, pasad al otro lado del tablero y os lo mostraré.

Geran y Hamil fueron hasta el final del largo mostrador y siguieron a Mirya hasta el almacén que había junto a la tienda. Unas grandes puertas abiertas a la calle

dejaban entrar a raudales el sol de la tarde. Barriles y cajones de madera se apilaban en filas ordenadas sobre el polvoriento suelo.

—Me temo que el harmach tendrá que pagar un alto precio por todo esto —dijo Mirya—. Para reunir el género en el tiempo que me disteis, tuve que pagar la mitad más de lo que suelo. No facilitó nada las cosas que todo Hulburg supiera que teníais que conseguir vuestras provisiones lo antes posible.

—Mi tío sabe que no lo engañarías —dijo Geran.

Recorrió uno de los pasillos mirando el material allí reunido. Llenaba una buena parte del almacén de Erstenwold, y los dependientes de Mirya traían carretillas con más cajas y barriles mientras ellos observaban. Costaba trabajo creer que todo eso cupiera bajo las cubiertas del barco anclado en los antiguos muelles de los Veruna, pero él sabía por experiencia que los barcos pueden cargar mucho más de lo que podría pensarse.

—Me sorprende que hayas encontrado tantas cosas en Hulburg en sólo dos días. ¿Hay algo importante que no te haya sido posible conseguir?

—Sólo tengo la mitad de la lona que deberíais llevar —dijo Mirya—. He hecho mis averiguaciones en Thentia y en Mulmaster, discretamente, por supuesto, para ver si puedo hacerme con más, pero dudo de que eso suceda antes de la fecha en que tenéis pensado zarpar. Deberéis tener cuidado con vuestras velas.

—Espero que tu nuevo oficial de derrota sepa lo que se hace —dijo Hamil.

Geran asintió.

—Todavía quedan dos meses para las tormentas invernales. Con suerte, no nos enfrentaremos a ningún frente tormentoso antes de tener oportunidad de reponer la estiba de lonas. —Miró hacia donde estaba Mirya—. Enviaré a un grupo de mis tripulantes a primera hora de mañana. Habremos retirado la mayor parte de esto de tu almacén antes de la hora de cenar.

—Estaremos preparados. —Mirya miró las provisiones e hizo un gesto de contrariedad—. Resulta extraño hacer negocios contigo, Geran. Con tantos años que hace que te conozco jamás pensé que te interesaras por esto. Cada vez me pareces hecho de una materia distinta.

—¿La nobleza indolente? ¿El romántico meditabundo? —preguntó Hamil—. Puedes estar segura de que yo no le confío nada importante en la Vela Roja.

Geran se echó a reír. Era cierto.

—Gracias, Hamil.

—No he querido decir que lo considere demasiado vago para esto —dijo Mirya—. Tal vez demasiado impaciente, demasiado ansioso de pasar a otra cosa, sea lo que sea. Resulta difícil mantenerlo anclado mucho tiempo.

—Cuatro años en Myth Drannor me enseñaron unas cuantas cosas —dijo Geran.

Miró la empuñadura en forma de rosa y al hilo de mithril de la espada que llevaba

al cinto. La había ganado al servicio de la coronal. Pero de todos modos no creía que muchos de los armeros de Ilsevele Miritar hubieran pasado mucho tiempo en almacenes como el de los Erstenwold.

—Supongo que ya no soy el que era.

—No, no lo eres. Eres mejor hombre. —Mirya le dedicó una media sonrisa—. Selsha y yo vamos a ir a despedirte cuando te hagas a la mar. Cuídate mientras persigues a esos piratas, Geran Hulmaster. Me estoy acostumbrando a verte por aquí.

—Lo haré —le prometió.

CINCO

19 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

Tres días después de la visita de Geran a los almacenes de los Erstenwold, el *Dragón Marino* navegaba a lomos de la marea matutina. Cumpliendo su promesa, Mirya y su hija, Selsha, acudieron a los muelles para verlos partir, junto con unos doscientos hulburgueses destacados y algunos curiosos, entre ellos Nimessa Sokol y el harmach Grigor, al que bajaron desde Griffonwatch en un carruaje abierto. Geran estaba encantado con el bullicio, hasta que Hamil le bajó un poco el ánimo al comentar que al cabo de cinco días todo el Mar de la Luna estaría enterado de que el barco se había hecho a la mar. Sería imposible sorprender a ningún enemigo en un futuro predecible.

Soplaba una brisa leve e intermitente, y la carabela se abrió camino con lentitud a través de los espectaculares Arcos que guardan el puerto de Hulburg. A la luz de la mañana, las imponentes columnas de piedra parecían despedir una luminiscencia de color esmeralda. A medida que Hulburg fue quedando atrás, la brisa se hizo más fuerte y la proa del *Dragón Marino* empezó a hendir las aguas produciendo un pequeño oleaje.

—Maese Galehand, rumbo sur sudoeste —le dijo Geran al enano—. Mantenlo durante una hora más o menos y, a continuación, torna rumbo noroeste. Vamos a mantener la costa a la vista avanzando hacia el oeste hasta pasar Thentia. Dudo de que el *Reina Kraken* siga en esta orilla, pero más nos vale asegurarnos de que no lo está.

—Vale, lord Geran —respondió el enano, que transmitió las órdenes a los marineros de cubierta, seguidas de pintorescas maldiciones en su lengua, mientras la inexperta tripulación se ponía a la labor.

Geran se retiró a la banda de sotavento de la toldilla y dejó a Galehand a cargo de la vigilancia, en tanto él se recostaba contra la barandilla para observar a la tripulación en acción y consideraba cuál habría de ser su curso de acción. Sarth Khul Riizar subió a la toldilla y echó una mirada a la ciudad, que se iba perdiendo en la distancia por detrás de ellos. El tiflin imponía respeto con su piel de un color rojo intenso y sus cuernos negros que partían hacia atrás desde la frente. De su cinto colgaba un largo cetro de hierro marcado con glifos dorados. Geran sabía que contenía poderosos conjuros de batalla y ruina, ya que Sarth era un hechicero de gran talento.

—Prácticamente no hay brisa —comentó Sarth—. Habría valido la pena esperar vientos más propicios.

—Estaba ansioso por partir. —Geran se enderezó y dio una palmada a Sarth en el

brazo—. Me alegro de que decidieras unirme a nosotros, Sarth.

—Estaré encantado de prestarte algún servicio, pero me temo que no tengo conjuros para invocar un viento más favorable.

Cinco meses antes, Sarth se había revelado como uno de los héroes de la Batalla del Terraplén de Lendon. La gente de Hulburg sabía que había luchado furiosamente por ellos y pocos le tenían en cuenta su aspecto diabólico. Por lo poco que Geran había conseguido averiguar sobre los viajes y aventuras de Sarth antes de su llegada a Hulburg, aquélla no había sido una de las circunstancias habituales en la vida del tiflin.

—Por ahora, con este viento me basta. Hoy nadie navega más deprisa que nosotros —replicó Geran—. Con el viento que viene del oeste necesitarían cambiar de bordada continuamente para dirigirse hacia el oeste, pero ya que lo mencionas... ¿tienes algún medio para adivinar dónde se encuentra el *Reina Kraken*?

—No sin alguna conexión tangible con el barco. Encuéntrame algo o a alguien que hubiera estado en el barco y podría averiguar la dirección en que va y la distancia a que se encuentra.

—¿Qué tal Nimessa Sokol? ¿Deberíamos volver a Hulburg a buscarla?

—Ya he hablado con ella. La mantuvieron en el *Alablanca* y jamás puso un pie en el barco pirata. Y aunque lo hubiera hecho, es probable que no hubiese dejado una potente huella psíquica. Se necesita tiempo para que un vínculo así se forme y se fortalezca, y Nimessa apenas estuvo unas horas entre los piratas.

—Supongo que habría sido demasiado fácil —dijo Geran—. Bueno, tal vez podríamos encontrar algo que te resulte útil en la cala donde asaltaron al *Alablanca*.

Al *Dragón Marino* le llevó casi todo el día abrirse camino a lo largo de la costa desierta entre Hulburg y Thentia. Geran no abandonó la cubierta para familiarizarse con las sensaciones y los sonidos del barco, observando cómo la tripulación manipulaba las velas y cómo el oficial de derrota y los demás oficiales se hacían con la tripulación. Dos horas antes de la puesta del sol, el *Dragón Marino* rodeó el último cabo y tuvo a la vista el esqueleto carbonizado del *Alablanca*.

No había ni rastro del bajel pirata.

—¡Maldición! —dijo Geran entre dientes.

Realmente no se imaginaba que el *Reina Kraken* pudiera estar allí después de ocho días, pero le habría venido tan bien. Miró a Worthel, que había reemplazado a Galehand en su turno de guardia.

—Echa el ancla aquí y baja un bote, —maese Wonhel. Voy a dar un vistazo a la playa.

—De acuerdo, lord Geran —dijo Worthel, aunque frunció la boca bajo el ancho bigote rojo mezclado con gris—, pero no creo que haya mucho que ver allí. Está quemado hasta la quilla.

Un cuarto de hora después, Geran, Sarth, Hamil y Kara bajaban del bote y avanzaban por el agua hasta la orilla. Inspeccionaron el esqueleto calcinado del *Alablanca* y los restos dispersos de la carga del barco de los Sokol, todavía sembrados por la costa pedregosa. Kara estudió minuciosamente los rastros y la basura dejados por la tripulación pirata, yendo y viniendo por la playa mientras recreaba la historia de lo que había sucedido allí. Geran sabía que era la mejor rastreadora de todo el norte del Mar de la Luna y esperó a que terminara. Si había algo que encontrar allí, ella lo hallaría. Después de un tiempo, Kara se limpió las manos sobre los faldones de su armadura y se reunió con él. A la luz declinante del día, en sus ojos fulguraba el azul implacable de la marca del conjuro.

—¿Qué conclusión sacas? —le preguntó Hamil.

—Se marcharon hace cinco o seis días —respondió Kara—. Calculo que eran entre ochenta y noventa, en su mayoría humanos, con unos cuantos orcos y ogros. La mayor parte de la tripulación durmió en la playa los dos o tres días que estuvieron aquí.

Eso no era nada fuera de lo común; la mayoría de los capitanes, piratas o mercantes, preferían levantar campamento en tierra si las condiciones lo permitían. Siempre y cuando la tripulación apostara unos cuantos centinelas, era sin duda más seguro que seguir navegando en la oscuridad, y la mayor parte de los barcos que surcaban las aguas del Mar de la Luna o del Mar de las Estrellas Caídas tenían muy pocas comodidades para la tripulación.

—¿Has encontrado algo que pudiera haber pertenecido al Reina *Kraken*? —preguntó Sarth—. ¿Un trozo de lona, algún cabo abandonado, una barrica vacía?

—No mucho, me temo —respondió Kara. Levantó un viejo bastón de madera de unos treinta centímetros, una cabilla de maniobra—. Es lo mejor que pude hallar que formara parte del barco pirata..., pero hay varias tumbas recientes por allí, entre la maleza que queda por encima de la marca de la pleamar.

Geran asintió.

—Maté por lo menos a dos hombres cuando luchaba por abrirme camino para salir del campamento.

No creía haber herido de muerte a nadie más, pero era posible que el capitán hubiera decidido aplicar algún correctivo durante la estancia del *Reina Kraken* en la cala. Era posible que los cadáveres sirvieran para lo que Sarth necesitaba, pero se reservó ese pensamiento. Estaban demasiado cerca de los Altos Páramos y de los dominios del lich Esperus para desenterrar cadáveres, independientemente de lo que pretendiesen hacer con ellos. Mejor dejar en paz a los piratas muertos.

—Voy a dar un vistazo.

Sarth echó mano del bastón y lo examinó minuciosamente. El tiflin murmuró las palabras de un conjuro y luego cerró los ojos para concentrarse. Después de un

momento dio un bufido y sacudió la cabeza.

—Pertenece al *Reina Kraken*, pero el aura es débil o el barco está demasiado lejos —dijo—. No puedo determinar su rumbo.

—Valía la pena intentarlo —dijo Geran, que suspiró y miró las aguas teñidas de púrpura que lamían la costa pedregosa—. Muy bien; entonces tendremos que buscar al *Reina Kraken* al modo tradicional. Pasaremos la noche aquí y comenzaremos por la mañana.

A lo largo de los cinco días siguientes, Geran condujo al *Dragón Marino* a lo largo de la costa norte del Mar de la Luna, más allá de Thentia y Melvaunt, hasta el río Stojanov y la pequeña ciudad de Phlan, sin la menor suerte. El tiempo empeoró y unos cielos grises traían todas las noches chaparrones de lluvia fría. Durante el día, el *Dragón Marino* se enfrentaba a una marejada que arrojaba espuma blanca sobre la proa y atravesaba el viento que azotaba violentamente sus cuadernas. Cruzaron el Mar de la Luna hasta la costa meridional cerca de Hillsfar y pasaron otros cinco días navegando con rumbo este mientras buscaban en las innumerables isletas y ensenadas arboladas que coronaban la orilla entre esa ciudad y el río Lis. A pesar de todo, no encontraron la menor señal del barco que buscaban, y Geran decidió que su presa no estaba tampoco en la costa sur del Mar de la Luna. Eso dejaba sólo los dos confines de ese mar que no habían visitado: el extremo occidental, junto al río Tesh y el Galennar, y, los confines orientales del Mar de la Luna, donde las montañas que rodeaban Vaasa se encontraban con la costa en una sucesión inacabable de espectaculares acantilados. Sin embargo, Geran no se decidía a ordenar a Galehand que pusieran rumbo hacia uno u otro. Ambos eran lugares desolados y despoblados, a los que no llegaban los mercantes. Allí los piratas no encontraban presas ni puertos seguros, ni mercados para sus mercancías robadas. Geran estuvo sopesando las distintas posibilidades la mayor parte de una tarde calada por la lluvia, y por fin decidió tocar el puerto de Mulmaster antes de hacer el siguiente movimiento. Si no recababa ninguna noticia del *Reina Kraken* en la bulliciosa ciudad, se dirigiría al desolado Galennar.

El viaje del río Lis a Mulmaster sólo duraba unas horas. El *Dragón Marino* se adentró lentamente en el estrecho y fortificado puerto de Mulmaster al final del frío día de otoño, en medio de una cortina de agua. Altas murallas y oscuras torres se cernían sobre el puerto; Mulmaster trepaba vertiginosamente hacia las desnudas montañas que tenía por detrás, presentando un aspecto poco acogedor y desgarbado. Bajo los nobles gobernantes —o Espadas, como gustaban llamarse—, Mulmaster era una ciudad en la cual los ricos hacían lo que les venía en gana, y los que no tenían oro hacían lo que podían por conseguirlo. El puerto estaba lleno de galeras y galeones de muchas ciudades y compañías diferentes, pero el *Reina Kraken* no estaba entre ellos.

—Nunca me gustó mucho Mulmaster —comentó Hamil mientras Galehand

dirigía el barco hacia un fondeadero abierto—. ¡La primera vez que vine aquí tuve que sobornar a alguien para descubrir la manera adecuada de sobornar a alguien! Estos mulmasteritas no tienen nada de amigables ni de acogedores.

—Es una experiencia que comparto —coincidió Geran.

Kara hizo un gesto con la cabeza para señalar las escolleras de piedra que aparecieron delante de ellos. Varios barcos mercantes se balanceaban suavemente junto a ellos, iluminadas sus cubiertas con fanales. Incluso al final del día, los porteadores seguían descargando uno de los barcos, transportando barriles y bultos desde la bodega en una sucesión interminable.

—Los astilleros de Veruna —dijo Kara, alzando la vista hacia Geran—. Aquí pueden reconocer al *Dragón Marino*, ya sabes.

Geran asintió. También a él lo ponía un poco nervioso la perspectiva de entrar con el barco en las aguas de la Casa Veruna.

—No creo que los Veruna vayan a tratar de apoderarse del *Dragón Marino* por la fuerza —dijo—. Tenemos potencia ofensiva suficiente a bordo como para hacer frente a los hombres de armas de una compañía mercantil.

—Es cierto, pero los Veruna podrían convencer a un magistrado de la Alta Espada para que ordenase la incautación del barco. No podremos derrotar a la armada de Mulmaster ni escapar del puerto si alzan las cadenas que lo cierran.

—Elegiremos un amarradero que no llame la atención —decidió Geran—. Maese Galehand, dirige el barco hacia aquel que no está muy cerca de la costa.

Oscureciendo como estaba, ninguno de los sirvientes de Veruna capaces de reconocer el barco podría ver mucho más que otro casco oscuro lanzando amarras en el puerto.

—De acuerdo, lord Geran.

El enano se encargó del timón personalmente y llevó el barco al punto que le había indicado Geran. El *Dragón Marino* no era una galera; respondía lenta y torpemente a los remos. Geran no se podía sacar de encima la impresión de que toda la ciudad observaba en silencio su tedioso avance hacia el amarradero vacante que había elegido. Por fin, Galehand detuvo el barco e indicó a la tripulación que echara el ancla.

—Maese Galehand, baja el esquife al agua —dijo Geran—. Mantén la tripulación a los remos y estate preparado para soltar amarras y dirigirte a mar abierto si algo se tuerce. Hamil y yo iremos a tierra para ver si podemos averiguar algo. Kara, quedas al mando.

Kara asintió.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Sarth.

—Me gustaría que vinieras con Hamil y conmigo —le dijo Geran al tiflin—. Tu talento nos puede resultar útil en tierra.

Media hora más tarde, seis de los marineros del *Dragón Marino* remaban para llevar el esquife hasta el muelle del lado sur del puerto, donde lo amarraron finalmente. Tras elegir una dirección más o menos al azar, Geran se puso en marcha por las calles oscuras e invadidas por la niebla. Todavía no era muy tarde y se cruzaron con mucha gente, en su mayoría jornaleros y trabajadores que seguían con sus ocupaciones del día, pero también vieron hombres y mujeres ataviados para asistir a alguna velada, y alguna que otra patrulla de soldados.

Visitaron varios astilleros y oficinas contables cerca de los muelles, donde preguntaron por el *Reina Kraken* y distribuyeron monedas discretamente para ayudar a soltar las lenguas. Pocos mulmasteritas parecían inclinados a colaborar, pero en una bodega que había enfrente de la casa de aduanas, Hamil se encontró con un puñado de revendedores y amanuenses de las principales casas comerciales del Mar de la Luna, que se reunían a beber después de todo un día de trabajo en los astilleros. El halfling trajo a un hombre adusto, de pelo gris, vestido con una túnica de la Casa Jannarsk, a la mesa a la que estaban sentados Geran y Sarth, y puso una jarra de buen vino sembiano frente a él.

—Éste es maese Narm, un oficial contable que trabaja para la Casa Jannarsk —dijo Hamil—. Está en los muelles de los Jannarsk casi todos los días y se ocupa de los prácticos mulmasteritas. No le hace ascos a complementar su salario respondiendo a unas cuantas preguntas inofensivas.

Narm se encogió de hombros.

—A los Jannarsk no les importa, siempre y cuando me reserve lo relativo a sus negocios. No voy a decir nada sobre los cargamentos de los Jannarsk.

Lo más probable era que eso significara que Narm no estaría dispuesto a divulgar datos sobre los cargamentos de su Casa sin un aumento sustancial del soborno, pero eso no le preocupaba a Geran. Realmente no le interesaba lo que la Casa Jannarsk pudiese traer o llevarse de Mulmaster.

—Lo entiendo —dijo—. ¿Has visto alguna vez aquí, en el puerto, una galera de guerra de gran calado, un barco de casco negro y con un mascarón de proa en forma de sirena con tentáculos?

El hombre de Jannarsk negó con la cabeza.

—No, ningún barco así ha entrado en el puerto de Mulmaster en el tiempo que llevo aquí, y de eso hace dos años. Pero he oído hablar de un barco como el que describes. Es un barco pirata.

Geran se permitió un pequeño suspiro de alivio. Había tenido un poco de miedo de que el *Reina Kraken* pudiera anclar libremente en Mulmaster y navegar con una patente de corso de la Alta Espada. Si los piratas que asaltaban a los barcos de Hulburg estuviesen bajo protección de los mulmasteritas, habría sido cuando menos un desafío gigantesco, ya que Hulburg no podía aspirar a obligar a los gobernantes de

una ciudad más grande a abandonar esa práctica.

—Continúa —dijo.

—Un comerciante con el que tuve tratos mercantiles quedó arruinado por un barco con un mascarón de proa en forma de kraken. Tiene un par de embarcaciones que hacen la ruta entre Hillsfar y Mulmaster; importa grano, queso, fruta y cosas por el estilo de las Dalelands. Un comercio decente para un pequeño armador. Pero su embarcación más grande fue abordada por dos barcos piratas a unas cuantas millas del Lis promediado casi el verano. Ambos piratas navegaban con la misma bandera: un campo negro con una media luna y un alfanje. —Narm bajó la voz—. La bandera de la Hermandad de la Luna Negra.

—¿La Hermandad de la Luna Negra? —preguntó Sarth.

—Me temo que no es ni más ni menos que una historia para asustar a los niños a fin de que se porten bien —respondió Geran—. Siempre ha habido rumores de una liga pirata en el Mar de la Luna, y cada vez que aparecen piratas en estas aguas, la gente empieza otra vez con estas historias.

Narm hizo una mueca despectiva.

—Puede ser que fuera una fábula hace uno o dos años, pero ahora es cierto. Yo hablé con un hombre que sobrevivió al ataque, un mercenario contratado para proteger la embarcación, y me dijo lo que había visto.

—Los piratas no suelen dejar testigos vivos —observó Hamil.

—El mercenario cayó por la borda durante el combate y tuvo la suerte de encontrar un trozo de madera flotando al que aferrarse, hasta que lo recogió otro barco —dijo Narm, encogiéndose de hombros—. Podéis creerme o no. La embarcación del armador fue apresada; de eso no tengo la menor duda.

—No pongo en duda lo que cuentas sobre el ataque a la embarcación. Lo que no me convence es lo de la liga pirata. —Geran se frotó la barbilla, pensativo—. ¿Estás seguro de no haber visto la galera negra con la dama kraken en la proa? ¿No has oído hablar de un barco llamado *Reina Kraken*?

—No, jamás ha visitado Mulmaster. —El amanuense negó con la cabeza. Vaciló un momento y luego propuso algo—. Sin embargo, conozco a alguien que podría saber más sobre estas cuestiones.

Geran le hizo un gesto afirmativo a Hamil, que le pagó al hombre con media docena de coronas de oro. Narm se metió rápidamente las monedas en el bolsillo.

—A veces resulta útil pasar por alto las formalidades de la aduana —dijo en voz baja—. Hay un hombre llamado Harask que nos ayuda a solucionar estas cuestiones. Podéis encontrarlo en el almacén que hay al otro lado de Punta Glacial, una taberna de los muelles sudoccidentales. Os advierto que es muy capaz de robar a un par de forasteros y de arrojar sus cuerpos a las aguas del puerto.

El hombre saludó a los tres compañeros con una leve inclinación de cabeza y se

retiró.

Geran esperó a que estuviera lo bastante lejos como para que no pudiera oírlos y se acercó para hablar con Sarth y Hamil.

—¿Qué sacáis en limpio de todo esto? —les preguntó.

—Deberíamos buscar al mercenario que sobrevivió al ataque —dijo Sarth.

—No creo que merezca la pena —dijo Hamil—. Después de todo, Geran ha visto el *Reina Kraken*. ¿Qué más podríamos averiguar del hombre de armas?

—Yo no recuerdo haber visto una bandera en el *Reina Kraken* —dijo Geran—, pero tenía la vista fija en Nimessa Sokol y sólo pensaba en el peligro que corría. Tal vez me pasara desapercibida.

Hamil le sonrió.

—¿Quieres decir que estabas distraído por la mujer hermosa, medio desnuda, atada allí en la playa? Sinceramente, Geran, un héroe de tu talla debería ser capaz de mantener la cabeza fría.

Geran recordó los hombros desnudos de Nimessa y el contacto de su cuerpo esbelto delante de él en la silla de montar, pero rápidamente hizo a un lado el pensamiento.

—La próxima vez que vayamos a Hulburg, le preguntaré a Nimessa si recuerda una bandera con una luna y un alfanje —dijo.

Si la historia que les había contado Narm era cierta, entonces el *Dragón Marino* tal vez tuviera que enfrentarse a una flotilla en lugar de a un solo barco. Y el hecho de que Narm les hubiera referido un ataque a un barco de Mulman hacía pensar que los corsarios asaltaban a todo el tráfico del Mar de la Luna con que se topasen en lugar de tender emboscadas sólo a los mercantes de Hulburg.

—Propongo que hagamos una visita a ese Harask y veamos qué puede contarnos sobre los piratas de la Luna Negra.

Dejaron la bodega y se encaminaron otra vez hacia los muelles, donde las tabernas estaban llenas de una multitud más tosca.

—Es posible que no hayamos encontrado todavía al *Reina Kraken* porque mientras estaba en la costa norte nosotros estuviéramos en el sur —comentó Hamil mientras los tres caminaban por el centro de la calle, evitando los malolientes desagües—. Es muy probable que lo hayamos pasado por alto. A estas alturas podría estar acechando otra vez cerca de Hulburg.

Sarth lanzó un bufido.

—Es mejor no pensar en esa posibilidad. En ese caso, podríamos perseguir al barco pirata por todo el Mar de la Luna durante diez días.

Se encaminaron hacia el extremo más pobre de la ciudad, pasando por una serie de establecimientos cada vez más dudosos y peligrosos. La noche se iba poniendo húmeda y fría, y una niebla maloliente se extendía sobre los distritos próximos al

mar. Les llevó casi una hora encontrar Punta Glacial. Desde la calle oscura oyeron el sonido amortiguado de voces, el entrechocar de jarros de peltre y algún que otro grito o risotada. Al otro lado de la calle asomaba entre la niebla un almacén destartalado.

Sarth frunció el entrecejo.

—Tras horas de búsqueda creo que hemos dado con el establecimiento más hediondo de esta desolada ciudad. Después de esto, nuestras perspectivas sólo pueden mejorar.

Geran enarcó una ceja. ¿Había sido una broma del estirado tiflin? No habría esperado semejante cosa de Sarth.

—Si aquí no averiguamos nada nuevo, lo dejaremos por esta noche —dijo—. Vamos, es posible que acabemos por fin con esto.

Se dirigió a la puerta del almacén y llamó con fuerza. Al principio, no hubo respuesta, pero luego se oyó un murmullo y el crujido de las tablas del piso. Alguien corrió un cerrojo con un chirrido metálico, y Geran se encontró ante un par de hoscos mulmasteritas, vestidos con sucias prendas de trabajo, que estaban de pie en un pequeño espacio despejado entre pilas de baúles y barricas. Ambos hombres llevaban al cinto largos cuchillos.

—¿Qué quieres? —preguntó uno con un gruñido.

—Hemos venido a hablar con Harask. ¿Está aquí?

Los dos se miraron, y luego dieron un paso atrás.

—Está. Pasad.

Los tres compañeros entraron. Sus desabridos guías los llevaron por entre las pilas de mercancías hasta un espacio cerca del fondo del almacén donde había una pequeña multitud de humanos y semiorcos mugrientos sentados en unos barriles viejos y en toscos bancos. Los rufianes los miraron a los tres con desconfianza. En el centro de la estancia había un hombre de puños enormes, cuerpo rechoncho y barba negra, vestido con una chaqueta de cuero que no era de su talla y tachonada con remaches de acero.

—Bien, bien —dijo. Hablaba con el acento engolado y pastoso de los habitantes de Damara o Vaasa—. Un humano, un halfling y un engendro del diablo en una misma habitación. Estoy esperando el resto de la broma.

—¿Eres Harask? —preguntó Hamil—. Puede ser que tengamos un negocio que proponerte.

Harask abrió las manos.

—Os escucho.

Geran habló a continuación.

—Estamos buscando un barco que navega bajo una bandera negra, una bandera con una media luna y un alfanje cruzados. ¿Has visto alguna vez un barco o una bandera así?

—Es posible —respondió Harask—. ¿Qué os va en ello?

—Estamos dispuestos a pagar bien por averiguar su paradero —respondió Geran.

—¡Ah, conque eres un hombre de posibles! —comentó Harask mientras dirigía una mirada a los rufianes que estaban detrás de Geran.

Geran giró sobre sus talones y echó mano a la espada justo a tiempo. Sin mediar palabra, los contrabandistas que esperaban en el almacén se echaron sobre los tres compañeros, sacando cuchillos y puñales que llevaban ocultos bajo sus capas y chaquetas. Durante un furioso instante, Geran temió que pudieran superarlos. De un salto atrás esquivó una cuchillada, paró el golpe de una estaca con su espada y luego la arrancó de la mano de su enemigo llevándose de paso dos dedos. Detrás de él, Hamil derribó a un hombre al suelo de un corte en el tendón de la corva y se lanzó a continuación a los gemelos de otro rufián, al que hizo caer al suelo estrepitosamente. Geran lo dejó inconsciente de una patada en la cara mientras estaba en el suelo. Entonces, un brillante resplandor azul sacudió la estancia y un relámpago restalló en el aire. Varios de los rufianes se encogieron y cayeron entre convulsiones. El breve asalto se terminó tan rápidamente como había empezado.

Sarth alzó su varita reluciente de peligrosa luz azulada.

—¡No me complace ser acosado por tipos de vuestra calaña! —les espetó a los presentes.

Los rufianes que todavía estaban de pie lo miraron y salieron corriendo hacia la puerta.

Geran se volvió hacia Harask y lo vio a punto de salir por una pequeña puerta oculta. Se lanzó en su persecución y lo arrastró de vuelta al centro del almacén, arrojándolo sobre su asiento. Acto seguido le apoyó la punta de la espada en el pecho.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó.

El gordo lo miró con rabia.

—Lamentarás esto —dijo—. ¡Tengo poderosos amigos en esta ciudad! No tardarás en toparte con ellos.

—No me importan mucho tus amigos —replicó Geran, que se agachó, asió a Harask por el cuello y le dio una buena sacudida—. Ahora dime: ¿qué sabes sobre la Luna Negra?

—¡Vete a los Nueve Infiernos!

Geran estaba perdiendo la paciencia. Algunos de los rufianes tal vez hubieran ido en busca de ayuda o incluso a buscar a la guardia local, y no tenía ningún interés en tener que explicar nada a los guardianes de la ley de Mulmaster. Golpeó de plano con su espada la oreja izquierda de Harask, un golpe que arrancó al otro un aullido de dolor e hizo aparecer en su cara un verdugón brillante.

—Cuidado con tus modales —dijo—. Ahora dime: ¿has visto un barco con esa bandera? ¿Dónde lo has visto?

—En Zhentil Keep —replicó el hombre—. ¡Maldita sea! ¡Estaba en Zhentil Keep! ¡Y ahora déjame!

—Estás mintiendo. Nadie va a Zhentil Keep. Son unas ruinas habitadas por monstruos.

—Que Cyric me arranque la lengua si miento —dijo el hombre—. Forajidos y contrabandistas de las ciudades próximas se ocultan en las ruinas a lo largo del Tesh. Nadie los molesta y siempre hay allí un barco o dos buscando tripulantes.

El mago de la espada entrecerró los ojos para estudiar a Harask, que lo miraba con rabia mientras se cubría la oreja con una mano. De haber estado él en el lugar del rufián, Zhentil Keep habría sido exactamente el lugar al que le habría dicho que fuera a su interrogador. Las ruinas se encontraban casualmente en el otro extremo del Mar de la Luna, y estaban infestadas de monstruos, pero ciertamente era casi el único lugar del Mar de la Luna occidental donde todavía no había buscado. Los barcos mercantes no tenían motivo alguno para ir más hacia el oeste de Hillsfar y Phlan, de modo que había hecho volver al *Dragón Marino* hacia el este sin recorrer cien millas más aprovechando el viento para buscar en costas desiertas y ciudades en ruinas. Las posibilidades de que un pirata tuviera su guarida en esas ruinas le parecían casi tan remotas como de que se refugiase en el Galennar..., pero Geran había oído historias de que los bandoleros y forajidos por el estilo a veces se refugiaban en Zhentil Keep. Tan posible como eso era que los barcos piratas tuvieran allí su guarida.

—*Creo que está diciendo la verdad* —le dijo Hamil.

Geran sabía que el talento de los fantasagaces para hablar mentalmente no los capacitaba para leer el pensamiento a los demás, pero sí les daba una percepción de la verdad más aguzada que la de la mayoría.

—Yo también lo creo —le dijo a Hamil. Luego, se volvió hacia Harask—. Si descubro que me has mentado, volveré a por ti. —Con un gesto de la cabeza señaló a Sarth—. Mi amigo el hechicero te invertirá con su magia. Caminarás con la lengua y llevarás los ojos en el trasero, de modo que ya puedes rogar que encontremos lo que buscamos en Zhentil Keep.

Sarth le echó a Geran una mirada sorprendida, pero Harask no la vio. Estaba muy ocupado en chillar.

—¡Te he dicho lo que sé!

El mago de la espada miró a sus compañeros y señaló hacia la puerta. Se internaron en la calle inundada por la niebla. Por los alrededores no se veía a ninguno de los hombres que habían salido pitando del almacén. La magia de Sarth los había puesto en fuga, sin la menor duda.

—¿A Zhentil Keep, entonces? —preguntó Hamil en voz baja.

—Eso parece —respondió Geran.

Un agudo silbido atravesó la noche, abriéndose camino entre la niebla. Al

parecer, alguno de los rufianes había ido directamente a la Guardia a informar de que había por ahí suelta una magia peligrosa. Geran hizo una mueca e intercambió miradas con Sarth y con Hamil.

—Pongámonos en camino. Creo que ya no somos bienvenidos en Mulmaster.

SEIS

29 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

—Una mala noche —musitó Sergen Hulmaster.

Desde la puerta del astillero de la Compañía de las Cinco Coronas, frunció el entrecejo observando la oscuridad que se adensaba en torno las luces de la calle. Detestaba la niebla vespertina de Melvaunt. En los días en que no soplaba el estimulante viento del oeste, el hedor de las chimeneas, cocinas y cloacas cubría la población como una gran manta apestosa. Había tenido cuidado de comprar una villa que dominaba la ciudad desde las alturas del cabo situado al oeste del puerro, un barrio que estaba decididamente viento arriba respecto de la propia ciudad, al menos la mayor parte del tiempo, pero sus almacenes estaban situados en el corazón de los distritos comerciales y parecía que si el aire comenzaba a empantanarse, siempre empezaba aquí.

—¿Está todo bien, milord? —preguntó el jefe de sus guardias, Kerth.

El mercenario andaba cerca de Sergen. Tenía la frente cubierta de tatuajes mágicos, parte de los elaborados encantamientos que lo hacían absolutamente incapaz de volverse contra su amo. La precaución le había costado a Sergen una fortuna, pero contaba con demasiados enemigos como para tener que preocuparse de la lealtad de sus guardaespaldas. Estaban cumplidamente pagados para que accedieran a someterse a los rituales que fueran necesarios.

—Bastante bien si a uno no le importa oler como el puerto el resto de la noche —respondió Sergen.

Era un hombre fastidioso, y dedicaba mucha atención a su guardarropa. Esa noche llevaba puesto un tabardo color lavanda sobre una camisa de seda negra con un ancho cinturón y botas de caña alta de costoso cuero sembiano. Un sombrero de ala ancha que lucía con cierto aire libertino hacía juego con el tabardo. Estaba a punto de retirarse al interior de las dudosas comodidades de su almacén cuando oyó el ruido amortiguado de unos cascos sobre las piedras resbaladizas y el crujido de unas ruedas de madera.

—Vienen carretas, milord —dijo Kerth.

Sergen esbozó una sonrisa característicamente depredadora, complacido de que la vigilia hasta altas horas hubiera tenido su recompensa.

—Ya iba siendo hora. Kerth, envía a tus hombres para que echen una mano. ¡Deprisa y en silencio! ¡Ahora!

—Como deseas, milord —respondió Kerth, que se llevó un dedo a la historiada frente y se volvió para dar órdenes con voz ronca a los demás guardias que por allí esperaban.

Sergen se apartó de la puerta mientras sus hombres quitaban las trancas del portón que daba al estrecho callejón que separaba los almacenes y salían presurosos para guiar a varias carretas grandes al interior. No era ése el tipo de trabajo que le gustaba darles a sus bien pagados guardias, pero estaba seguro de su lealtad. Por desgracia, el pequeño ejército de amanuenses, escribas y porteadores que trabajaban en el astillero de las Cinco Coronas durante las horas habituales de trabajo, no estaban obligados por ninguna compulsión mágica a servirle con lealtad incondicional. Bueno, algunos de ellos eran bastante fiables, pero Sergen sabía que los amanuenses y los porteadores solían intercambiar chismes con sus colegas de las demás compañías mercantiles al terminar el día. Cuando sorprendía a hombres de las Cinco Coronas cometiendo ese error, los castigaba severamente, pero era imposible cortar eso de raíz. Era preferible reservar el trabajo nocturno para aquellos en cuya discreción podía confiar.

Sergen abrió una puerta que daba a un almacén que casi nunca se usaba.

—Aquí dentro —les dijo a sus hombres.

Los carreteros no eran empleados suyos, pero sabían que más les valía no hacer preguntas ni mirar con demasiada atención la carga para cuyo transporte los habían contratado. Pararon los vehículos y se bajaron del pescante para soltar las sujeciones que mantenían cerradas las lonas de las carretas. Debajo de las lonas venían pesados cajones, barricas, barriles y cofres. Cada uno de ellos llevaba la marca negra de las Cinco Coronas, que cubría convenientemente la marca del propietario anterior. A lo largo de los diez días siguientes, poco más o menos, Sergen se encargaría de deshacerse de esa carga robada —unos cuantos bultos cada vez—, lo cual aportaría un bonito beneficio a su compañía mercantil.

Le molestaba tener que ocuparse de detalles tan nimios, pero así eran las cosas. En relación con los hábitos de la nobleza, él no era más que otro comerciante en Melvaunt, y su fortuna no era tan grande ni segura como para poder dejar esos asuntos en manos de sus subordinados. Unos cuantos meses antes había abrigado el sueño de convertirse en señor de Hulburg, pero su supuesta familia había sobrevivido a sus planes cuidadosamente concebidos de usurpación del poder, en gran medida por la intromisión de su triplemente maldito primo, Geran Hulmaster. Así, en vez de reinar desde el trono de Griffonwatch, se veía obligado a merodear por oscuros almacenes en medio de la noche, con mercenarios ligados a él por conjuros y que eran los únicos secuaces en los que podía confiar.

Kerth interrumpió sus cavilaciones.

—Ya está todo, milord —dijo el mercenario tatuado—. El carretero jefe pide su paga.

—¿Ah, sí? —comentó Sergen.

Miró el almacén estudiando la mercancía con ojo experto. Había esperado al menos una o dos carretas más, pero al parecer no iban a llegar esa noche. Con un

encogimiento de hombros cerró el almacén.

—Muy bien, pues, tráelo a mi oficina.

Mientras Kerth iba en busca del carretero, Sergen abrió la oficina y sacó las monedas de oro de Melvaunt —yunques, las llamaban— de su caja fuerte. Cuando hubo terminado, su hombre ya estaba de vuelta acompañado de un corpulento halfling, vestido con una chaqueta gruesa acolchada. El halfling se quitó la gorra e inclinó la cabeza.

—Buenas noches, milord —dijo—. ¿Está todo a tu entera satisfacción?

—Supongo. ¿Te han visto?

—No, milord, en la costa no había nadie. Creo que la niebla ha ayudado a que todos se hayan metido en casa esta noche. Hemos hecho los arreglos habituales en la puerta de la ciudad y no hemos tenido problemas.

—Esperaba más mercancía.

El carretero asintió.

—El hombre que nos aguardaba dijo que así sería, milord. Me ha dado esto para que te lo entregara. —Le pasó a Sergen un pequeño sobre cerrado con un sello de cera negra.

Sergen cogió la carta, rompió el sello y la abrió. Era breve y concisa. Decía: «Debemos vernos. Espérame a las dos campanas. Toma las precauciones habituales. K».

Sergen se acarició la perilla preguntándose qué novedad sería ésa. Bueno, pronto se enteraría. Ya había pasado una hora desde la medianoche —una campana, como decían en Melvaunt—, de modo que tenía que concluir su tarea y volver a casa.

—Tu paga —dijo, entregándole al halfling una pequeña bolsa—. He descontado diez yunques, ya que tu carga era menor de lo que me habían dado a entender.

El carretero hizo una mueca, pero no se quejó. Era duro, pero justo, y sabía que no iba a conseguir más de Sergen esa noche.

—Gracias, milord —dijo, y con una reverencia se retiró.

—Kerth, haz que traigan mi carruaje inmediatamente —le dijo Sergen a su guardaespaldas—. Tendremos compañía. Haz que tus hombres cierren esto.

Unos minutos después, Sergen y Kerth abandonaban los almacenes de las Cinco Coronas en un rápido carruaje negro, de regreso a la ladera donde Sergen tenía su villa. Las débiles luces de las calles pintaban la oscuridad que se cernía sobre la ciudad de un color rojo anaranjado, pero a medida que iban subiendo, la espesa niebla se iba disipando perceptiblemente. El carruaje no tardó en pasar por las confortables casas de los ricos, todas rodeadas por sus propias murallas, y guardadas algunas por vigilantes armados con picas. Cerca de la cima de la colina, llegaron a la propiedad de Sergen y entraron en el largo paseo cerrado por una verja.

—Di a los sirvientes que se retiren a sus habitaciones y apaga las luces de fuera

—le dijo Sergen a Kerth—. Estaré esperando en el estudio.

—Entendido, milord —dijo el mercenario.

El carruaje se detuvo junto a la puerta de la mansión. Sergen permitió que su lacayo le abriera la puerta del carruaje. Tras subir los escalones que llevaban al vestíbulo, el ayuda de cámara se hizo cargo de su capa y el mayordomo le mantuvo la puerta abierta. Quizá no tuviera un título nobiliario, pero podía darse los lujos de la nobleza. Mientras Kerth hablaba con los sirvientes y lo arreglaba todo fuera, Sergen se encaminó a su estudio, una amplia sala con grandes ventanas que daban al jardín. Cerró las cortinas y se sirvió una copa de buen brandy enano de un servicio que tenía cerca de su escritorio. Se sentó junto a la chimenea de la habitación mientras oía los débiles sonidos del personal de servicio, que se retiraba y apagaba una por una las luces del exterior. Su visitante valoraba, sobre todo, la discreción.

Sergen esperó a oscuras no más de un cuarto de hora en el estudio antes de que se oyeran pasos en el pasillo. Dejó el brandy y se puso de pie mientras Kerth abría la puerta para dejar entrar a una figura alta, cubierta con una capa. El guardaespaldas miró a Sergen, que le respondió con una inclinación de cabeza, y Kerth se marchó cerrando la puerta al salir y dejándolo solo con su visitante. El hombre soltó las cintas de su pesada capa y la arrojó con displicencia sobre el sofá más próximo.

—Ésta es una bonita casa, muchacho —dijo—, pero vivir aquí te está reblandeciendo; no olvides lo que te digo.

—Es sólo para aparentar —respondió Sergen—. Hola, padre.

Se adelantó para darle un rápido abrazo y una palmada cariñosa en la espalda. Kamoth Kastelmar era un hombre de cincuenta y cinco años, delgado, curtido, un poco más alto que su hijo. Una barba negra entrecana enmarcaba su cuadrada mandíbula, y los ojos, ardientes, estaban coronados por unas cejas hoscas. Llevaba una chaqueta negra hasta la rodilla con bordados de oro en los puños y el cuello, y sobre la cadera, un hermoso sable en una vaina de cuero turmishano. Hacía mucho tiempo había sido el vástago de una familia de la nobleza menor de Hillsfar, pero había abandonado su núcleo familiar muy pronto en busca de mejores oportunidades. Hacía quince años se había casado con Terena Hulmaster, la hermana del harmach, y se había llevado consigo a Sergen —el hijo que le había dado su primera esposa, una mujer a la que Sergen casi no recordaba— a Griffonwatch para que viviera con la familia de Terena. Pero Kamoth era un hombre inquieto, ambicioso, y pronto empezó a tramar contra su cuñado, el harmach Grigor. Cuando se descubrieron sus planes, Kamoth se vio obligado a abandonar Hulburg y a buscar fortuna en otra parte. Había dejado a Sergen para que lo criara la familia de su madrastra. Durante mucho tiempo, Sergen lo odió por aquello, pero al fin y al cabo Kamoth era su padre. Era indudable que le había enseñado todo lo que necesitaba saber para cuidar de sí mismo.

Kamoth lo palmeó en la espalda una vez más y dio un paso atrás.

—Supongo que aquí no tendrás nada que valga la pena beber —dijo.

Sergen señaló con un gesto la bandeja del bar.

—Buen brandy enano.

Kamoth hizo un gesto de admiración.

—Bueno, tal vez esta vida de muelle tenga sus ventajas. —Se sirvió una copa y se regodeó un momento inhalando el aroma.

—¿Ha llevado ese halfling achaparrado mi carga a tus almacenes?

—Así es, aunque sólo han sido tres carretas y media —replicó Sergen—. ¿Eso es todo?

—Perdí casi un tercio de la carga después de atracar el barco de los Sokol —dijo Kamoth con una mueca feroz—. Un chalado que presencié mi bajada a tierra se introdujo subrepticamente y prendió fuego al barco. Y todavía peor, cortó las ataduras de la chica Sokol y, a punta de espada, la sacó del campamento mientras mis muchachos estaban tratando de apagar el fuego. Mató a dos hombres y dejó lisiado a otro.

—Ese chalado se llama Geran Mulmaster —le reveló Sergen con un gesto de odio.

—¿Geran? No me digas que fue Geran quien prendió fuego a mi presa.

Kamoth desvió la mirada y maldijo entre dientes. Fijó la vista en el fuego un momento antes de recobrar y volverse hacia Sergen.

—De acuerdo. ¿Cómo te enteraste de la pequeña visita de Geran a mi campamento?

—Geran se lo contó a su tío en cuanto regresó a Hulburg. Grigor convocó una reunión del Consejo del Harmach para hablar de la cuestión y mi aliado estaba presente y oyó personalmente la historia. Me mantiene informado de los asuntos del Consejo. Me enteré hace algunos días.

Kamoth tenía la mirada perdida en recuerdos de viejos tiempos.

—El hijo de Bernov —murmuró—. Lo vi desde lejos antes de que huyera de la playa combatiendo contra mis muchachos. Me pareció que tenía un aire familiar, y ahora ya sé por qué. —Sacudió la cabeza y se sentó en una butaca junto al fuego—. Hace nueve años que murió Bernov Hulmaster, y su chico maravillas aparece para arruinar la mayor parte de un botín que había cogido con mis propias manos. ¡Maldito sea ese hombre! Incluso desde la tumba encuentra la manera de importunarme.

—¿Tanto fue lo que arrasó el fuego?

—No, no hablo de eso, sino de la chica. Era espléndida, muchacho. Tenía planes para ella, puedes estar seguro.

Sergen hizo una mueca. Kamoth era un hombre de apetitos violentos. Cuando decía que tenía planes para una mujer, sus designios, por lo general, acababan en el

asesinato más abyecto. Ésa fue una de las razones por las cuales su padre jamás se había molestado en establecerse nuevamente en la sociedad civilizada después de huir de Hulburg años atrás; sus inclinaciones pronto le habrían valido una sentencia de muerte, salvo en los ambientes más apartados de la ley. Sergen se consideraba un hombre pragmático, nada sentimental, y no le hacía ascos a la idea de apropiarse de lo que deseaba, pero jamás había entendido las propensiones demoníacas que movían a su padre. En el mejor de los casos, la crueldad de Kamoth era un simple derroche, y en el peor, era la abyección personificada, algo tan detestable y nihilista que hasta el mismo Sergen lo rechazaba.

—No me cabe la menor duda —dijo, contemporizador.

—¿Cómo demonios supo Geran que podría encontrarme en aquella playa desierta? —Kamoth pensaba en voz alta—. Ni yo mismo sabía dónde bajaría a tierra hasta que vi aquella cala y pensé que era apropiada.

—Pura casualidad. Por lo que oyó mi hombre en el Consejo, Geran había ido a visitar a su madre en Thentia. Volvía a casa cuando se topó con tu campamento. Un día o dos de diferencia, y jamás os habría encontrado.

—Por todas las desdichas de Beshaba, ¿qué he hecho yo para merecer esto?

Sergen pensó que si la desgracia seguía al culpable, su padre sin duda se había ganado su parte y aún más. Decidió no expresar ese sentimiento. Vaciló un momento y luego continuó:

—Me temo que hay algo más sobre la participación de Geran. El Consejo del Harmach le ordenó que equipara un barco de guerra para ocuparse del *Reina Kraken*. Es probable que Geran ya se haya hecho a la mar y te esté buscando.

—¡Por los Nueve Infiernos vociferantes! —Kamoth se inclinó hacia adelante con mirada feroz—. ¿Un barco de guerra? ¿Qué barco de guerra?

—Al parecer, los Veruna dejaron una carabela que ha podido ser recuperada cuando abandonaron la ciudad. Tienen una buena dotación de la Guardia del Escudo y de mercenarios a bordo. —Sergen sonrió—. Creen que les resultará más fácil rastrear hasta tu guarida que patrullar las rutas marítimas próximas a Hulburg esperando el siguiente ataque.

El pirata reprimió un gesto de desprecio.

—¿Conque Grigor Hulmaster piensa que un barco improvisado es rival para la Hermandad de la Luna Negra? Debería ir y prenderle fuego a Hulburg para enseñarle al harmach a tener un poco de respeto.

Sergen se encogió de hombros. Hasta el momento todo iba más o menos como había esperado. La flota pirata de su padre prácticamente había estrangulado el comercio marítimo de Hulburg durante el verano, lo que había dado lugar a dificultades nada desdeñables para los Hulmaster. Sus planes originales consistían en que los corsarios de Kamoth estrecharan poco a poco el círculo a lo largo de unos

meses para poner de rodillas al harmach.

—Esperábamos que los Hulmaster tomaran medidas para proteger sus cargas —dijo—. No tenían elección. Si Grigor no hace nada, el Consejo Mercantil tiene que actuar en su lugar.

—Lo previsible era que armaran a sus mercantes, tal vez que enviaran unos cuantos soldados al mar, o que llegaran a un acuerdo con Hillsfar o con Mulmaster para que les brindaran protección —dijo Kamoth—. No pensé que fueran a preparar un barco de guerra tan deprisa. ¿Por qué demonios tenía que dejar un barco útil la Casa Veruna al marcharse?

—No estaba en condiciones de navegar y no tenían remeros suficientes.

Sergen frunció el entrecejo; había pasado sus últimos días en Hulburg escondido en el complejo de los Veruna y recordaba perfectamente la retirada de los mulmasteritas.

—Les dije que quemaran todo lo que no pudieran llevarse, pero Darsi no quiso escucharme. Pensó que podría convencer a la Alta Espada de Mulmaster de que exigiera al harmach la devolución de los almacenes y del *Dragón Marino*.

Kamoth hizo un gesto despectivo con la mano.

—¡Bah! Si no puedes proteger lo tuyo mereces perderlo. No culpo a la Alta Espada por no hacer caso de sus quejas.

—¿Qué hacemos, entonces, con Geran y su barco?

—Por mí, podemos dejar que se muerda la cola tratando de encontrarme por todo el Mar de la Luna. O podríamos tenderle una trampa. —Kamoth sonrió con ferocidad y llevó la mano a la empuñadura de la daga—. Sí, esa idea me gusta. El día en que vea al hijo de Bernov Hulmaster muerto en la punta de mi espada será realmente un buen día.

Salvo por el hecho de que Sergen esperaba ser él quien lo ensartara con su espada, coincidía en todo con su padre.

—Si mi fuente no se equivoca, hay unos cien soldados y milicianos de Hulburg a bordo del *Dragón Marino...*, junto con Geran y Kara Hulmaster. Geran no es más que un aventurero despreocupado, pero es un espadachín formidable, y Kara es, con mucho, la mejor comandante con que cuenta el harmach. ¿Puedes derrotarlo?

—Conque tantos, ¿eh? Entonces voy a necesitar dos barcos o algún tipo de treta. —Kamoth frunció el entrecejo, tenía los ojos fijos en alguna visión lejana y caótica mientras consideraba el problema—. ¡Maldita sea!, pero en realidad sería mejor con tres barcos. Sé que Geran puede luchar, y aquellos guardias del Escudo pueden ser unos bastardos duros de pelar. Uno se pregunta quiénes se han quedado en Hulburg.

Sergen miró con interés a su padre y lanzó una carcajada. Acababa de ocurrírsele una idea atrevida.

—De hecho, eso es precisamente lo que yo me pregunto. Con Geran y Kara fuera

de Hulburg y un destacamento de guardias del Escudo ausentes de las defensas de la ciudad, creo que sería oportuno un ataque atrevido.

El pirata había enarcado las cejas y se reclinó en su butaca.

—¿Un ataque a la ciudad? Ésa sí que es una idea atrevida, muchacho. Si reúno a toda la Luna Negra, podríamos desembarcar con seiscientos hombres. ¿Bastarían para adueñarnos de Hulburg?

—¿Adueñarte? No, no podrías ocupar todos los complejos mercantiles ni atacar Griffonwatch, pero contando con el factor sorpresa podrías saquear el distrito portuario y prender fuego a buena parte de la ciudad.

En realidad, eso serviría a los planes de Sergen mucho mejor que el lento sofocamiento del comercio de la ciudad; la debilidad del harmach después de semejante ofensiva requeriría una actuación. Y a Geran se le partiría el corazón al enterarse de que Hulburg había sufrido un ataque mientras él andaba merodeando sin rumbo a kilómetros de distancia. Sergen tenía que cobrarse una gran deuda haciéndole pagar al mago de la espada por interferir sus planes.

—Un ataque atrevido, sin duda —dijo Kamoth por lo bajo—. ¡Ah, las historias que circularían sobre la Hermandad de la Luna Negra después de semejante hazaña! Me gusta la idea, muchacho. Puede ser que valgas para algo, después de todo.

Sergen se permitió una sonrisita. Pocas veces conseguía la aprobación de su padre. Kamoth no vacilaba en alabar a uno de sus matones o en reír las zafias gracias de sus marineros, pero Sergen tenía que hacer algo excepcional para ganarse esa fiera sonrisa.

—En ese caso —dijo después de un buen sorbo de brandy—, ¿cuándo zarpará la Luna Negra hacia Hulburg?

SIETE

29 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

Una lluvia fría, persistente, caía mientras Geran y Sarth impulsaban con los remos el esquife del *Dragón Marino* hacia las torres derruidas de la ciudad en ruinas. Hamil iba sentado en la popa de la pequeña embarcación con la mano en el timón. Era una noche oscura y tenebrosa, la clase de tiempo que se mantendría en las tierras del Mar de la Luna hasta que llegaran los punzantes vientos del invierno a comienzos de Nightal. El murmullo constante de la lluvia sobre el mar enmascaraba el crujido que producían los remos contra sus soportes y los pequeños golpes del agua bajo el casco de la embarcación. Sólo llevaban media hora remando y ya iban calados hasta los huesos. A Geran no le importaba; el mal tiempo era garantía de que habría menos miradas hostiles observándolos.

Habían dejado el *Dragón Marino* a una milla mar adentro, invisible en la oscuridad. No llevaban ninguna luz, ya que Geran esperaba que su bajada a tierra en Zhentil Keep pasara totalmente desapercibida. Como precaución adicional iban vestidos con el atuendo que solían llevar los marineros en una desolada noche del Mar de la Luna. En lugar de una buena chaqueta y un garboso sombrero, Hamil iba que echaba chispas con su capucha empapada. Geran había dejado su hermosa espada elfa en su camarote y llevaba en cambio un alfanje corriente, mientras que Sarth había recurrido a su magia para disfrazarse de mercenario de Teshan, con un espeso bigote negro y ojos oscuros y feroces bajo unas cejas hirsutas.

Hamil pasó revista a los edificios que se veían en la parte baja de la ciudad en ruinas con expresión desconfiada.

—Es el tipo de lugar al que te arriesgas a venir cuando pretendes alimentarte con algún monstruo espantoso —dijo—. ¿Estás seguro de este plan, Geran?

—¿Seguro? No, pero supongo que vale la pena intentarlo.

Hizo una pausa para mirar por encima del hombro cómo se acercaban los muelles ruinosos de la ciudad. Zhentil Keep se extendía a ambos lados de la desembocadura del río Tesh. En tiempos más prósperos, había sido el puerto más concurrido del Mar de la Luna, y ambas orillas del río, lo mismo que parte de la laguna, habían contado con muelles de piedra con capacidad para docenas de barcos. Le habría gustado entrar con el *Dragón Marino* por el Tesh y echar anclas en la desembocadura, pero había supuesto que el tipo de malhechores y forajidos a los que buscaba se habrían evaporado entre la lluvia y los escombros con sólo ver un barco de guerra hostil.

—No tardaremos en toparnos con la clase de matones a los que andamos buscando. O se toparán ellos con nosotros.

Sarth lo miró con gesto preocupado mientras hundía su remo en el agua.

—¿No te inquieta que esos villanos sean capaces de robar y matar a tres extranjeros en cuanto les pongan la vista encima?

—Un destino fácil de evitar. Tenemos que parecer demasiado miserables como para que valga la pena robarnos, y demasiado peligrosos para meterse con nosotros.

—Geran sonrió sin rastro de humor—. Creedme, damos perfectamente el tipo.

Hamil miró más allá de sus corpulentos compañeros y se removió en su asiento.

—Nos estamos acercando. ¿Me dirijo a los muelles de la orilla norte, o quieres amarrar en otro lado del río?

—El primer lugar que veas. Si el tipo aquel de Mulmaster decía la verdad, tal vez haya uno o dos barcos fondeados Tesh arriba, y no quiero toparme con ellos.

Geran dejó de remar y se volvió para ver mejor entre la lúgubre oscuridad que lo rodeaba.

Cien años antes, Zhentil Keep había sido la ciudad más poderosa de las tierras del Mar de la Luna. Sus soldados dominaban el valle del Tesh, la poderosa Ciudadela del Cuervo en las Montañas del Espinazo del Dragón y las ruinas de Yulash; sometieron a Hillsfar en la Guerra de la Restauración de Myth Drannor. El oro proveniente de una docena de territorios intimidados por los mercenarios zhentarim o engañados por las malas artes de los espías del mismo origen llenaba los cofres de Zhentil Keep. Pero los zhents, con todo su implacable poder, despertaron naturalmente las iras de un enemigo que los superaba en fuerza.

Los archimagos no muertos del recientemente renacido Imperio de Netheril no veían con buenos ojos a un vecino tan agresivo, y lanzaron su temible hechicería contra Zhentil Keep. En los años anteriores a la Plaga de los Conjuros, los nethereses asolaron la ciudad y pusieron en fuga a sus señores, sacerdotes y magos hacia los cuatro puntos cardinales. Los expatriados zhentarim se esparcieron por las tierras del Mar Interior, pero su ciudad natal era ahora una ruina poblada por sombras que toda la gente decente trataba de evitar.

Geran reparó en un atracadero oscuro que parecía un lugar seguro para dejar el eskuife.

—Ese sitio nos servirá —dijo.

Él y Sarth volvieron a remar y en cuestión de minutos la embarcación quedaba alineada con el antiguo muelle. Hamil saltó a tierra y la amarró a un noray herrumbroso; lo siguieron el mago de la espada y el tiflin. Geran se detuvo en la calle empedrada para orientarse, sin apartar la mano de la empuñadura de la espada. Los viejos edificios se cernían sobre él, la mayoría de cinco o seis plantas de altura y pegados a los otros como soldados en fila. Los oscuros portales y las ventanas vacías daban a la calle. Se decía que todavía imperaba en la ciudad la maldición de los archimagos nethereses, algún destino funesto e indecible que esperaba a engullirse a cualquiera lo bastante necio como para adentrarse en las sombras más oscuras. Geran

no tenía la menor idea de si eso era o no cierto, pero tuvo la sensación de que una amenaza lúgubre acechaba desde la tenebrosa oscuridad.

—Éste es un lugar maldito —dijo Sarth—. Aquí se formularon conjuros terribles.

—No nos apartaremos de la orilla del río. Las historias que he oído sobre este lugar dicen que a lo que vive aquí no le gusta el agua, o que el Tesh se ha llevado consigo parte de la maldición —dijo Geran—. Sea como sea, no creo que sea una buena idea explorar esos edificios.

Hamil se detuvo y alzó la vista hacia él.

—También es una mala idea dejar un fuego sin vigilancia, pronunciar el nombre de un demonio o correr con un cuchillo en la mano. ¿Hay algo más que tengamos que saber?

Sarth resopló a través del bigote. Geran suspiró.

—Sé que en una o dos ocasiones has desatendido el sentido común —le dijo a Hamil—. Recuerdo algunas veces en compañía de los Escudos del Dragón en que saltabas antes de mirar.

Dejaron el esquife amarrado en el muelle. Puesto que no había barcos a la vista en la desembocadura del río, y Geran no vio ni oyó nada que le hiciera pensar que había otras personas en las inmediaciones, decidió seguir la calle que bordeaba el río en dirección oeste, adentrándose en la ciudad. Caminaban lo más apartados posible de los viejos edificios que tenían a su derecha, manteniéndose en calle abierta.

Después de algo menos de un kilómetro, pasaron por lo que quedaba de uno de los grandes puentes de la ciudad y que ahora no era más que una serie de seis pilones en el río. Más allá de los pilones del puente había varios barcos anclados en los antiguos muelles: un par de pequeñas embarcaciones de cabotaje, que probablemente eran contrabandistas de poca monta, una galera de casco redondeado, y otro barco de casco largo y esbelto. Unos cuantos faroles mortecinos iluminaban las calles que bordeaban el río, y sobrevolando el agua se oían voces lejanas y una débil música. Geran y sus amigos intercambiaron miradas y luego continuaron.

Siguiendo la orilla del río, por encima del primero de los puentes, había crecido sobre las ruinas otra ciudad pequeña y deprimente, que había sido construida sin orden ni concierto. Aunque los amenazantes edificios de piedra de ese lugar estaban abandonados en su mayor parte, era evidente que, en las inmediaciones, las plantas inferiores de una docena de construcciones habían sido reocupadas. Unos faroles colgados de postes señalaban la ubicación de tabernas, lugares de reunión, casas de huéspedes, almacenes, peristas, armeros, veleros y demás oficios que hacían negocios con el tipo de bandidos y piratas que pululaban por las ruinas. A pesar de lo tardío de la hora, docenas de hombres —y unas cuantas mujeres— andaban por las calles, tambaleándose como borrachos de un lugar para otro, o simplemente yacían tirados sobre el empedrado, donde les daba el sueño o perdían la conciencia. Había bastantes

semiorcos, goblins, hobgoblins u otras criaturas por el estilo, pero los humanos, al parecer, no les prestaban mucha atención.

—Probaremos primero con las tabernas y mantendremos los oídos atentos —dijo Geran—. Tomémosle el pulso al lugar antes de empezar a hacer preguntas peligrosas.

Se dirigieron a la cervecería más próxima. Un burdo cartel pendía sobre la puerta, mostrando la imagen de dos opulentas sirenas. Directamente debajo del cartel había un marinero dormitando en la calle. Geran pasó por encima de él y abrió la puerta de un empujón. En el interior, unos marineros vocingleros llenaban una pequeña habitación que daba la impresión de haber sido antes una sala elegante para mercaderes. Mesas y bancos corrientes habían reemplazado todo el mobiliario antiguo, y un bote volcado hacía las veces de insólita barra. En un rincón, un hombre con un gorro remendado tocaba un laúd, pero nadie le prestaba demasiada atención. Estaban observando un concurso de lanzamiento de cuchillos, y la diana estaba junto a la puerta. Cuando Geran la atravesó, una pequeña daga se clavó en la madera, no lejos de su cara. Marineros borrachos y sus amantes de alquiler lanzaron estentóreas carcajadas al ver cómo lo esquivaba.

—Creo que has encontrado lo que estabas buscando —dijo Hamil—. ¡Qué lugar tan encantador!

Geran le echó al lanzador del cuchillo una mirada asesina y se dirigió a la barra. Hamil y Sarth lo siguieron mientras el juego se reanudaba detrás de ellos. El tabernero era un enano medio calvo, con una sorprendente cicatriz que le atravesaba la boca y abría un surco en su barba. Miró a Geran con una sonrisa rebosante de dientes amarillos.

—No creo haberos visto antes —dijo—. ¿Sois del mercante impilturiano anclado al otro lado del río?

Por un momento, Geran estuvo tentado de decirle que sí sólo para satisfacer la curiosidad del tipo, pero por supuesto que no tenía ni idea de si alguno de los tripulantes de ese barco estaba en el local. Decidió que lo mejor era decir lo menos posible.

—No, somos nuevos en la ciudad. ¿Qué tienes de beber?

—Tengo una barrica empezada de cerveza negra del Mar de la Luna llegada de Hillsfar, y te serviré una jarra por medio talento de plata. O podría ofrecerte una botella de vino del sur, aunque eso te costará más. Es difícil de encontrar.

—La cerveza negra, entonces —le dijo Geran.

Sacó dos monedas de plata del bolsillo que colgaba de su cinto y les pasó sendas jarras a Sarth y a Hamil. Sus compañeros encontraron banquetas hechas de barriles viejos cortados en dos alrededor de un antiguo y vapuleado cabrestante rescatado de algún naufragio, y se sentaron a beber su cerveza mientras observaban a la concurrencia. Geran se quedó a hablar con el tabernero y le hizo señas para que

aguardara un momento.

—¿Qué más vas a querer? —preguntó el enano.

—¿Cómo se llama el barco de guerra amarrado en el río?

—Se supone que es el *Tiburón de la Luna*.

—¿Es un barco de la Luna Negra?

—¿Por qué? ¿Quieres embarcarte?

—Tal vez. —Geran se encogió de hombros y echó una mirada a los parroquianos—. ¿Alguno de éstos es tripulante del *Tiburón de la Luna*?

—No lo creo —respondió el enano, que agarró un trapo y empezó a limpiar la barra.

Geran decidió dejar que el enano hiciera su trabajo en lugar de insistir en la pregunta, y fue a sentarse con Hamil y Sarth.

Bebieron una ronda escuchando lo que se decía a su alrededor. Geran y Hamil se empeñaron en mantener una animada discusión sobre diversas tabernas del Vast, dando así a Sarth ocasión de estudiar a sus vecinos como si tal cosa. Entre los presentes había hombres de mar de los barcos escondidos en el ruinoso puerto de Zhentil Keep, mercenarios en tiempos de necesidad, y bandidos y forajidos que preferían la compañía de otros de su calaña.

Después de media hora, Geran se inclinó hacia adelante para hablar con Sarth y Hamil.

—Creo que ya hemos oído suficiente —dijo—. Veamos si podemos encontrar a alguno de los tripulantes del *Tiburón de la Luna* en la calle. Tal vez demos con alguien a quien la bebida le suelte la lengua.

—Es buena idea —reconoció Sarth.

Los tres apuraron sus jarras y salieron a la oscura calle. La noche estaba ya bastante avanzada, pero no había señales de ello en la guarida de los piratas. Los débiles acordes de la música todavía llegaban desde el otro lado del río, interrumpidos por el ruido ocasional de cristales rotos o por una maldición a voz en cuello. Siguieron río arriba, hacia la siguiente isla de luces que pudieron distinguir.

De pronto se abrió una puerta a su derecha y un grupo de hombres muy animados prorrumpió en la calle. Geran se detuvo para dejarlos pasar, pero uno de ellos, que resultó ser un semiorco de piernas arqueadas y con un colmillo en una esquina de la boca, se volvió. Lo miró de frente e hizo una mueca despectiva.

—A ver tú, maldito bastardo, ¿qué crees que estás mirando?

Geran se mordió la lengua para no darle una respuesta adecuada y señaló con la cabeza la calle con una cordialidad que distaba mucho de sentir.

—Voy a la taberna más cercana —dijo—. Olvídate de mí.

—Yo decido a quién olvidar y a quién no —dijo el semiorco con un gruñido.

Los compañeros del tipo, cinco en total, se dispusieron a rodear a Geran y a sus

camaradas. Eran un atajo de mugrientos de mala catadura, cubiertos de prendas de cuero mal adaptadas, y llevaban alfanjes o porras al cinto. Al menos a un par de ellos casi no los sostenían las piernas tras haber bebido más de la cuenta, pero por desgracia, el semiorco de piel cetrina no era uno de ellos.

—No creo haberos visto antes por aquí. No sois de ninguna tripulación que yo sepa, y eso significa que sois míos.

—*Tengo la impresión de haber visto esto antes* —comentó Hamil.

El halfling se quedó medio paso por detrás de Geran, donde no pudieran verle las manos.

Geran miró a Sarth por encima del hombro y negó levemente con la cabeza.

—Nada de magia —dijo entre dientes.

Sarth aceptó a regañadientes. Habría resultado difícil hacerse pasar por mercenarios corrientes si empezaban a lanzar truenos y descargas de fuego en plena calle. Después, se volvió hacia el semiorco, que lo miraba hoscamente. No estaba seguro de que fuera a funcionar, pero tenía que intentarlo.

—No tenemos ganas de pelea —dijo—. Podemos seguir cada uno por su camino.

El semiorco escupió algo en orco y sacó su alfanje. Geran no tenía la menor idea de lo que había dicho, pero por lo que podía ver, las negociaciones habían llegado a su fin, de modo que desenvainó su propio alfanje un instante después, aunque a punto estuvo de enganchar la hoja en la vaina porque la forma y el peso no eran los de la hermosa espada elfa a la que estaba habituado. Los demás bandidos los imitaron y el ruido del acero rozando el cuero llenó el aire y, poco después, fue seguido por el entrecocar de las armas. Geran bloqueó por arriba la primera estocada airada del semiorco, y luego lo golpeó con la empuñadura en un lado de la cabeza. El semiorco se tambaleó hacia atrás, y Geran se volvió de inmediato y saltó sobre el hombre de su derecha. Intercambiaron tres rápidas estocadas, hasta que el mago de la espada le arrancó el alfanje de la mano con un feo tajo en el antebrazo. El arma cayó sobre el empedrado con metálico estruendo, y cuando el individuo se dobló para sujetarse el brazo, Geran saltó hacia adelante, le plantó la bota en el centro del cinturón y, empujando fuertemente con la pierna, lanzó al herido, por encima del muelle, al agua.

Sarth bloqueó la porra del hombre que lo atacó, con un bastón de hierro de medio metro que, en realidad, era su cetro disfrazado por su magia ilusionista. A continuación, lo derribó al suelo con una lluvia de golpes en la cabeza y los hombros. Hamil, mientras tanto, desjarretó al espadachín que se disponía a atacar a Sarth por el flanco y lo dejó inconsciente de una patada cuando llegó al suelo.

—¡Detrás de ti! —le gritó a Geran.

Geran se volvió y se encontró con que el semiorco reanudaba la carga a pesar del golpe descomunal que había recibido. Sin embargo, las piernas no lo sostenía bien y el mago de la espada apartó sin dificultad su torpe embestida. Esa vez, Geran lo

golpeó con la empuñadura de su alfanje en la nuca cuando pasó tambaleándose y lo dejó tendido en el suelo, sin sentido o muerto. Saltó sobre el semiorco para golpear de plano con la hoja del alfanje el cráneo de un bandido que lanzaba un furioso tajo a Sarth. El hombre se desmoronó, y Sarth, por si acaso, lo remató con un buen golpe. El tiflin alzó la vista hacia Geran y con gesto fruncido murmuró:

—Mi sistema es más fácil.

—Y más ruidoso —le recordó Geran.

El mago de la espada se enderezó y miró en derredor justo a tiempo de ver a Hamil que balanceaba la daga en la mano y la lanzaba contra el último bandido que había emprendido la huida. La hoja dio tres vueltas en el aire antes de que la empuñadura golpeará al tipo en la cabeza y lo hiciera caer de bruces. Se impuso el silencio, y Geran se dio cuenta de que todos los asaltantes estaban en el suelo o en el río. Varios espectadores contemplaban la escena, entre ellos una mujer alta, corpulenta, con la cabeza rapada, que rodeaba con la mano firmemente la empuñadura de su propia espada.

Hamil miró a la mujer.

—¿Tú también quieres tu parte? —le preguntó.

La mujer soltó el arma y levantó la mano. No era ninguna belleza; tenía los hombros casi tan anchos como los de Geran y una cara cuadrada de facciones romas. Geran podría haberla confundido fácilmente con un hombre de no ser por la heroica rotundidad de su pecho y por lo aguzado de su mentón.

—No, yo no, amigo. No soy más que una espectadora interesada —dijo. Echó una mirada a los matones tirados en el suelo y ladeó la boca en una dura sonrisa—. Me habéis dejado impresionada. Os habéis sacado de encima sin dificultad a esos desgraciados, aunque no entiendo por qué habéis decidido dejarlos con vida.

—Somos nuevos en la ciudad —respondió Geran con cautela—. No tengo la menor idea de a quién pertenecen estos tipos. No me pareció prudente matarlos sin saber a quién podría ofender.

—Entonces, eres un hombre de sabiduría poco habitual. —La mujer señaló con la cabeza un destartalado establecimiento que había al otro lado del río—. Ésos trabajan para Robidar, el semiorco que regenta la taberna y la sala de juegos de la otra orilla. Tienen por costumbre meterse con borrachos y desconocidos. Tendréis que cuidaros la espalda si vais a quedaros aquí mucho tiempo. Tarde o temprano los chicos de Robidar querrán la revancha.

—Gracias por la advertencia —respondió Hamil—. De todos modos, tengo la costumbre de cubrirme la espalda.

—Ya veo. —La mujer vaciló, estudiando a los tres compañeros un momento antes de volver a hablar—. Por casualidad, ¿estáis buscando colocación? No me vendrían mal unos cuantos tipos sagaces que pueden luchar como vosotros y además muestran

una buena dosis de sentido común.

—¿Qué tipo de colocación? —preguntó Geran.

—Tripulantes en el *Tiburón de la Luna*. Es la galera menor que está amarrada junto al puente. Un barco bueno y rápido. Mi nombre es Sorsil y soy segunda de a bordo.

Parecía que la suerte empezaba a sonreírles.

Para ocultar su interés, Geran se frotó la barbilla como si se lo estuviera pensando.

—Como hemos dicho, somos nuevos en la ciudad. Tenemos intención de considerar algunas oportunidades antes de tomar una decisión.

Sorsil lanzó una carcajada.

—No encontrarás mejores oportunidades, por mucho tiempo que pases aquí. Navegamos bajo la bandera de la Luna Negra, amigos míos. Estos días las cosas nos están yendo bien. La paga de un marinero de cubierta puede hacer rico a un hombre después de la tercera presa..., tal vez después de una o dos, si son sustanciosas. Y para los hombres capaces todavía hay más oportunidades.

Geran hizo como si se estuviera pensando la oferta de Sorsil mientras consideraba el siguiente paso. Había venido a Zhentil Keep con la esperanza de oír algo sobre la Luna Negra, pero parecía que había encontrado un barco pirata. Ahora que había confirmado que la Hermandad de la Luna Negra tenía más de un barco, empezaba a preguntarse cuántos más pertenecerían a esa flota y dónde podría encontrarlos. Tenía a la mujer con la que quería hablar justo delante de sus narices. La cuestión era cómo abordarla sin despertar sospechas.

—*Dile que estamos interesados en la oferta* —le dijo Hamil silenciosamente—. *No hay ningún mal en ver qué más puede decirnos.*

—Es una oferta interesante —dijo Geran lentamente—, pero, a decir verdad, casi nos apetecía más entrar en el *Reina Kraken*.

La mujer rapada lo miró con extrañeza.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Hamil alzó la vista hacia él.

—*Ahora ya estás metido. Realmente, ¿por qué, Geran?*

Geran se encogió levemente de hombros mientras pensaba a toda máquina.

—Jamás había oído hablar del *Tiburón de la Luna*, pero sé que el *Reina Kraken* apresó un barco de los Sokol hace unas semanas, y que no fue el primero.

Sorsil hizo un gesto de indiferencia.

—Bueno, tendrás que esperar bastante si quieres ver al *Reina Kraken* en el puerto, pero también es un barco de la Luna Negra, y lo vemos de vez en cuando. Si logras convencer al capitán para que te autorice el cambio, podrías conseguir lo que quieres. El *Tiburón de la Luna* es ahora mismo tu mejor oportunidad.

—De acuerdo, pues. Creo que estamos dentro —dijo Geran—. ¿Cuándo zarpamos y hacia donde?

—¡Bien! —dijo la pirata—. Zarpamos mañana por la mañana. En cuanto al rumbo, eso es cosa del capitán y ninguno de nosotros lo sabe hasta que estamos en el mar. Venid conmigo y os lo presentaré.

Sorsil señaló el muelle en sombras con un movimiento de su musculoso brazo y se pusieron en marcha hacia el esbelto barco de guerra amarrado junto al puente en ruinas. Geran estudió el barco mientras avanzaban. El *Tiburón de la Luna* era una galera menor, construida para ser impelida más bien por velas que por los remos. Era más pequeña que el *Reina Kraken*, con dos palos en lugar de tres, pero daba la impresión de que era de navegación rápida y fácil, tanto a vela como a remo. Geran llegó a la conclusión de que al *Dragón Marino* le resultaría difícil darle caza en mar abierto a menos que pudiera tomarle la delantera. Sorsil los hizo subir por el estrecho portalón y devolvió con gesto hosco el saludo de los vigías, un par de hombres poco animados que evidentemente hubieran preferido tener la noche libre para divertirse en las ruinosas tabernas del puerto. La mujer pasó por una escala que había por debajo del alcázar y llamó a una puerta.

—¿Capitán? —dijo en voz baja—. Nuevas adquisiciones.

—A *verrr* qué tienes ahí, *Sorrrsil*.

La voz apenas parecía humana. Hablaba arrastrando las erres y con un tono gutural, como si el sonido saliera del pecho. Una figura alta pero curiosamente jorobada apareció en la pequeña pasarela y se agachó para pasar por la puerta y dirigirse a la cubierta principal. La criatura tenía más de dos metros de estatura a pesar de su postura, y al acercarse al fanal que había al comienzo del portalón, Geran vio que se trataba de un gnoll, una especie de hombre bestia con un hocico semejante al de una hiena y un corto manto de piel con feas manchas amarillas y grises. Llevaba una cota de malla negra y una cimitarra curva al cinto.

—Tres marineros que dicen que quieren unirse a nosotros, capitán Narsk —dijo la mujer rapada—. Se han ocupado cumplidamente de una banda de tipos de Robidar, y he pensado que tal vez querrías conocerlos.

—Los hombres de *Rrrobidar* no valen ni una taza de pis caliente. Sin embargo, necesitamos tripulantes, ¿no te parece, Sorsil? —dijo el gnoll.

«Narsk», Geran se repitió el nombre.

La mujer permaneció en silencio, y Narsk se acercó, examinando a los tres compañeros. El mago de la espada hizo todo lo posible por parecer hosco, violento y medio loco sin retar al gnoll sosteniéndole demasiado la mirada. Narsk retrajo los labios dejando verlos colmillos, y luego miró a Hamil.

—Los otros dos pueden *serrrrvir*, pero no necesito una pequeña *rrrata* como ésta en mi barco. Necesito gente que luce.

Hamil plantó los pies en el suelo y miró al gnoll.

—Estoy dispuesto a medirme con cualquier hombre de este barco, incluso contigo, capitán.

El gnoll hizo un gesto despectivo, pero fue Sorsil la que habló.

—Es capaz de luchar, capitán. Yo le he visto desjarretar a un hombre y dejarlo inconsciente de una patada con toda facilidad, y después derribar a otro con la empuñadura de una daga que le ha arrojado. Vale la pena.

—¿De *verrrdad*? —Narsk miró a Hamil desde su altura y le dedicó una sonrisa desagradable—. Bueno, no *tarrdaremos* en averiguarlo. Si no es tan bueno como *crrrees*, el *rrresto* de la tripulación lo matará en menos de tres días, o no me llamo Narsk. ¿Todavía estás dispuesto a *enrrrolarte* en el *Tiburón de la Luna*, pequeño?

—Puedo cuidar de mí mismo.

—Es tu cuello lo que te juegas. —Narsk apuntó a Hamil con un dedo en forma de garra—. No voy a decir ni una *palabrrra* para salvar tu inútil vida si te equivocas.

—¿Cuáles son tus condiciones, capitán? —preguntó Geran.

—La *trrrripulación* se divide la mitad del valor de cualquier presa que cogemos, una parte cada uno. Con vosotros *trrres* hacen cincuenta y cinco marineros. Podéis *dormirrr* donde encontréis sitio y comeréis dos veces por día. Es la única paga. Os *guarrddaré* vuestra *parrtte* en el cofre del barco hasta que decidáis marcharos; entonces, os lo liquidaré si lo queréis. Es mejor así —añadió el gnoll—, menos *rrrobos* y asesinatos entre la *trrrripulación*.

—*Condiciones duras* —le dijo Hamil a Geran—. *Le trae sin cuidado que la tripulación le tenga o no simpatía*.

Era poco más o menos lo que Geran esperaba de un capitán pirata.

—¿Cuáles son las normas de la Hermandad? —preguntó.

—No hay muchas —respondió Narsk—. Sorsil os las puede explicar. Todo lo que necesitáis saber es que más os vale hacer lo que yo digo, o lo que dice *Sorrrsil* en mi lugar, o lo lamentaréis *rrrealmente*.

—Era de esperar. Está bien, capitán, estoy dispuesto. ¿Cuándo zarpamos?

—Mañana al amanecer —dijo Narsk—. Manejaréis los remos con el resto de la *trrrripulación*.

—Entonces, si vamos a zarpar por la mañana, es mi intención despedirme de las damas del puerto antes de partir —dijo Hamil. Hizo un guiño a Geran y le dedicó al gnoll una sonrisa maliciosa—. ¿Cuándo tenemos que estar de vuelta a bordo?

Por un momento, Geran temió que Narsk dijera que se les había terminado su visita al puerto y que tenían que quedarse; después de todo, ¿por qué darles ocasión de cambiar de opinión? Pero en la cara del gnoll brotó una sonrisa pícaro y descubrió los dientes, y Geran supuso que ese gesto era una sonrisa amistosa.

—Id a decir adiós, entonces.

Geran se tranquilizó. Había juzgado bien al gnoll. Los marineros con la bolsa llena siempre corrían el riesgo de abandonar el barco a la primera oportunidad, pero los que no tenían dinero estaban más o menos a merced del capitán. Narsk estaba de lo más dispuesto a dejar que sus nuevos marineros gastaran el dinero que les quedaba en tierra, ya que eso los dejaría realmente en su poder cuando no tuvieran más remedio que volver al *Tiburón de la Luna*. Lo más probable era que no tuviese la menor intención de pagarles, o al menos no hasta que a él le viniera en gana.

—De vuelta a la salida del sol u os dejo en tierra —les advirtió el gnoll.

A continuación, se agachó para atravesar otra vez la pequeña entrada al camarote de popa y cerró la puerta.

Sorsil miró a los tres compañeros y se encogió de hombros.

—Bueno, ya oísteis al capitán —dijo—. Podéis volver a tierra o puedo enseñaros ahora a colgar vuestros cois, pero os advierto que los mejores sitios ya están cogidos.

—La noche todavía es joven —respondió Geran—. Estaremos de regreso antes del amanecer.

Dicho eso, bajó corriendo el portalón, seguido de cerca por Hamil y Sarth. Se volvió hacia los faroles amarillos que identificaban la ubicación de las tabernas a lo largo del muelle en ruinas y se alejó del *Tiburón de la Luna* sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Sarth en voz baja.

—Creo que se nos presenta una audaz oportunidad —replicó Hamil—. La cuestión es si debemos aprovecharla o no.

—¿Tienes pensado atacar al *Tiburón de la Luna* antes de que se haga a la mar? —preguntó Sarth.

Geran creyó saber lo que tenía en mente Hamil.

—No exactamente. ¿Qué os parecería si nos hiciéramos piratas por un tiempo?

Sarth se paró en seco y fijó sus ojos oscuros en Geran.

—Pues me parece una auténtica locura —dijo—. ¿Tienes la menor idea de lo difícil que será mantener nuestras identidades en secreto en la estrechez de un barco lleno de enemigos? Tal vez vosotros podáis pasar por marineros, pero yo no sé nada de barcos.

—Yo prefiero llamarlo audacia en vez de locura —dijo Hamil—. En cualquier caso no se me ocurre mejor forma de averiguar cuáles son los planes de los capitanes piratas ni de descubrir dónde está la guarida de los barcos de la Luna Negra.

Geran se mordió la lengua un momento mientras se lo pensaba. Le había seguido el juego a Sorsil simplemente porque le había parecido una tapadera plausible para acercarse a los piratas, tan sólo una treta para sonsacar alguna información sobre los enemigos de Hulburg. A un par de millas de distancia, bajo la encapotada noche del Mar de la Luna, esperaba el *Dragón Marino*. Él y sus compañeros podían escabullirse

fuera de Zhentil Keep y poner el barco en posición para capturar al *Tiburón de la Luna* por la mañana; pero ése no era el barco cuya pista seguían. Quería el *Reina Kraken*, y su intuición le decía que podía resultar una presa escurridiza. Todo lo que tenía que hacer era subir a bordo del *Tiburón de la Luna* antes del amanecer, y el barco de Narsk lo llevaría exactamente a donde quería ir. En cuanto hubiera encontrado la guarida del *Reina Kraken*, podría marcharse en busca del *Dragón Marino* y volver para acabar con la Hermandad de la Luna Negra con un solo golpe. Con su magia arcana, y la de Sarth a su disposición, abandonar el barco de Narsk no podía representar un problema.

—No os pido a ninguno de los dos que vengáis conmigo —les dijo a Hamil y a Sarth—, pero tengo intención de zarpar con el *Tiburón de la Luna* por la mañana. Kara se quedará al mando del *Dragón Marino*. Quiero que ella lleve el barco de vuelta a Hulburg y proteja las cargas lo mejor que pueda, hasta que yo regrese o envíe noticias.

—Estoy contigo —dijo Hamil. El halfling lo miró con expresión decidida—. Vas a necesitar a alguien que te cubra las espaldas.

Sarth suspiró y alzó la vista a la oscuridad del cielo.

—Y yo también —dijo—. Es muy probable que tengáis que luchar para abandonar ese barco. En ese caso, mi magia puede ser una pequeña ayuda, pero voy a ser un marinero muy inepto.

—Hamil y yo podemos ayudarte con eso —le dijo Geran—. Además, debe de haber muchos hombres en ese barco que sepan tan poco como tú. Narsk necesita más bien soldados que marineros.

—Muy bien —dijo Sarth con un gesto de gran preocupación—. Voy a confiar en vuestro juicio.

—Bien. Eso plantea dos cosas más. Primero..., Sarth, tú tienes un conjuro de vuelo. ¿Puedes regresar al *Dragón Marino*, explicarle a Kara lo que estamos haciendo y volver rápidamente?

Sarth asintió.

—Por supuesto, pero debemos perdernos de vista antes de que pueda remontar vuelo.

—El lugar donde dejamos el esquife está bien. No creo que mucha de la gente de por aquí tenga costumbre de deambular por las ruinas de noche.

—¿Qué más? —preguntó Hamil.

Geran sonrió. Sabía que era una tontería, pero le divertía.

—Vamos a necesitar unos auténticos nombres de piratas.

OCHO

30 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

El *Tiburón de la Luna* zarpó al amanecer, tal como Narsk había prometido. Antes de que el borde inferior del sol se hubiera despegado del horizonte, la galera menor recogió amarras y se impulsó lentamente con los remos hacia el este con la corriente del Tesh. Con la luz del día, las tabernas y los tugurios nacidos en las ruinas de Zhentil Keep le parecieron a Geran escuálidos y pequeños. Ni una sola de las personas que allí vivían salió a presenciar la partida del barco pirata.

Mientras doblaba el espinazo sobre uno de los remos, Geran empezó a meditar su estrategia. En cuanto el barco se puso en camino, Narsk y Sorsil abandonaron toda apariencia de amabilidad. La robusta segunda de a bordo se armó con una pequeña porra y empezó a recorrer la cubierta a voluntad empleando el arma contra cualquiera que diera la impresión de escurrir el bulto. Narsk comenzó a rondar por la toldilla gritando salvajemente sus órdenes. Y lo peor era que los nuevos camaradas de Geran parecían un atajo de individuos despiadados. La mayor parte de los tripulantes eran humanos de tierras de lo más diversas, pero también había enanos, algunos semiorcos, goblins o parientes de los goblins, y había hasta un ogro, una criatura enorme y lerda llamada Kronn que manejaba a solas uno de los remos del barco. Todos iban vestidos con túnicas andrajosas, restos de armaduras, capas deshechas y capuchas empapadas o sombreros inconcebibles. Geran sorprendió a más de uno estudiándolos a él y a sus amigos con mirada calculadora. Algunos le sonrieron, amenazadores, cuando cruzó con ellos la mirada. Si no había una docena dispuestos a cortarle el gaznate por un talento de plata, era un milagro.

—¡Remad, penosos bastardos! —rugía Sorsil—. ¡El capitán no quiere mecerse en el río todo el maldito día! ¡Cuanto antes lleguemos a la bocana, antes izaremos las velas! ¡Ahora remad como si os fuera la vida en ello!

El hombre sentado junto a Geran en el remo rió entre dientes. Era un shou viejo y curtido, con una cara que parecía cuero cosido y un moño de pelo negro entrecano.

—Cada vez que abandonamos puerto es la misma historia —dijo entre uno y otro golpe de remo—. ¡Remad más fuerte! ¡Remad más deprisa! Pero no te preocupes, extranjero, Narsk sabe que a la tripulación no le gusta remar y pronto recogerá los remos.

—¿Llevas mucho tiempo navegando con Narsk? —preguntó Geran.

—Me enrolé en el *Tiburón de la Luna* hace tres años. Por entonces el capitán era Zaroun y el barco cazaba en el Mar de las Estrellas Caídas. —El shou le dedicó a Geran una sonrisa amarga—. Zaroun era un buen capitán, pero no sabía juzgar a los hombres. O a los gnolls. Enroló a Narsk en Impiltur mientras navegábamos hacia el

este, hacia la Cuenca del Dragón, y al cabo de un mes estaba muerto y Narsk era el capitán. Eso fue hace un año.

Geran alzó la vista hacia la toldilla, donde el gnoll se paseaba de un lado para otro.

—¿Narsk desafió a Zaroun o se limitó a asesinarlo?

—Lo desafió, por supuesto. Así se hace en la Luna Negra, pero deberías saber, extranjero, que un capitán tiene derecho a hacer matar al desafiador. Si la tripulación piensa que el desafiador no es apto para apoderarse del barco, se ocupará de él. No, uno debe estar seguro de tener a la tripulación de su parte antes de desafiar al capitán.

—Ya veo.

A Geran no le sorprendía que los piratas de la Luna Negra eligieran así a sus líderes, ni que el proceso de desafío no ofreciera ninguna garantía al desafiador. Muchas bandas de forajidos y grupos de bandidos funcionaban de una manera muy parecida. El capitán podía contar con la protección de la tripulación contra muchos desafíos, pero sólo mientras conservara su confianza.

—¿Se ha enfrentado Narsk a muchos desafíos?

—A algunos. —El shou echó a Geran una mirada taimada—. Hablas como alguien que tiene interés en llegar a capitán.

Geran dio un bufido.

—No lo creo. Narsk no me da miedo, pero sí todos vosotros.

El shou lanzó una sonora carcajada que atrajo la atención de Sorsil. La primera oficial gruñó y le dio un buen golpe en los hombros que alcanzó también a Geran.

—¿Parece que lleváis bien la mañana, muchachos? —se burló—. ¡Ahora a remar!

Geran vio las estrellas. Tuvo intención de levantarse de su asiento, pero se contuvo. Era demasiado pronto para pensar en pelear con nadie, y sabía que la mujer le había dado el golpe sólo a modo de advertencia. En lugar de eso, el mago de la espada apretó los dientes y prefirió dedicarle una mirada dura a la segunda de a bordo.

Hamil y Sarth, sentados en el banco frente a él, vacilaron un instante, y Hamil se volvió para mirarlo a los ojos.

—¿Estás seguro de querer continuar? —preguntó, silencioso—. *Podemos despachar a unos cuantos villanos y tratar de huir en cualquier momento.*

Geran sacudió levemente la cabeza y volvió al remo mientras Sorsil se desplazaba para gritarle a otro. Él estaba allí para averiguar más sobre los corsarios de la Luna Negra, y si sacaba la espada a la primera contrariedad, no llegaría lejos. Hamil se encogió de hombros y se centró de nuevo en su propio remo.

—Hiciste bien en contener tu enfado —dijo el shou en voz baja—. Si le hubieras devuelto el golpe a Sorsil, Narsk habría ordenado que te azotaran o te habría matado. —Hizo una pausa y luego añadió—: Soy Tao Zhe, el cocinero del barco.

—Llámame Aram. Los dos que están delante de nosotros son Vorr y Dagger. — Geran señaló con la cabeza a Sarth y a Hamil—. ¿Qué más debería saber sobre lo de navegar bajo la bandera de la Luna Negra?

—Lo prudente sería unirse a un puño.

—¿A un puño?

—Una banda, un grupo. Aquí los llaman «puños» —respondió el shou—. Un hombre solo lo pasa mal a bordo de un barco de la Luna Negra. Tus compañeros te robarán, te asediarán, te darán a hacer los peores trabajos. La mejor protección es un puño fuerte. Si tu puño es lo bastante fuerte, hasta el capitán y el segundo de a bordo se lo pensarán dos veces antes de aplicarte un castigo duro. Por último, puedes desafiar al capitán, y si tu puño es muy fuerte, la tripulación se abstendrá de intervenir. Veo que ya tienes un pequeño puño, tú y tus dos camaradas de ahí, pero no es suficiente. Nadie tiene motivos para temer a un puño tan pequeño.

—¿Cuántos puños hay en el *Tiburón de la Luna*? —preguntó Geran.

—De importancia, cuatro: Skamang y sus impilturianos, los enanos y teshanos, los mulmasteritas que siguen a Khefen, el contramaestre, y los goblins y sus parientes. Recuerda, si te metes en una pelea, estás luchando contra todo el puño de tu contrincante.

—¡Arriba los remos! —gritó Sorsil.

Geran y Tao Zhe empujaron el extremo del pesado remo, alzando la pala del agua, mientras los otros pares de remeros de ese lado del barco hicieron lo mismo. Sorsil esperó un momento hasta asegurarse de que todos los remeros habían obedecido.

—¡Meted dentro los remos y aseguradlos! —dijo luego.

Subieron los remos a bordo, los metieron en calzos sujetos a la cubierta y cerraron los pasadores de hierro que los mantenían en su lugar. El resto de la tripulación se puso de pie y se apartó de la trayectoria de los remos. Sorsil dio a la tripulación del *Tiburón de la Luna* orden de largar velas.

—Debo ocuparme de la despensa antes de preparar la comida de mediodía —dijo Tao Zhe, que estudió a Geran por un momento—. Tal vez no necesites mis consejos, pero de todos modos te los daré: no te fíes de Sorsil, no es amiga de nadie, y cuídate las espaldas de Skamang, aquel de allí. —El cocinero señaló con la cabeza a un norteño alto, un poco cargado de hombros y con unas espirales azules tatuadas en la cara—. Tiene un puño con el que ni siquiera Sorsil quiere toparse, y es el único hombre de este barco, aparte de Narsk, al que no quisiera tener por enemigo.

—Recordaré lo que me has dicho —respondió Geran.

El cocinero asintió y se dirigió a la cocina.

Geran fue a echar una mano con las velas. Algunas galeras tenían mástiles que podían desmontarse y colocarse a lo largo del interior del casco, pero el *Tiburón de la*

Luna estaba hecho sobre todo para navegar a vela; sus dos mástiles eran fijos y llevaba un característico aparejo de proa a popa. La tripulación pirata realizó la maniobra con no excesiva destreza y muchos golpes de porra por parte de la segunda de a bordo; muchos de los marineros no estaban más familiarizados que Sarth con la navegación. Tal vez el *Tiburón de la Luna* fuera capaz de superar con las velas desplegadas a una galera de proa redondeada, o que los remos bastaran para adelantar a un barco de cabotaje con un viento ligero, pero su tripulación necesitaba más práctica para manipular adecuadamente las velas. Geran se dio cuenta de que Narsk había traído a bordo a cuanto maleante y forajido había podido reunir en los tugurios más sórdidos del Mar de la Luna, sin tener en cuenta que supieran o no de marinería.

Pasaron el resto del día trabajando en las docenas de tareas que mantenían ocupada a una tripulación. Geran les contó en voz baja a Sarth y a Hamil todo lo que le había dicho Tao Zhe, y los tres se comprometieron a cuidar los unos de los otros. El tiempo era bueno y fresco, con un viento ligero pero sostenido del oeste que impulsaba al *Tiburón de la Luna* con un lento balanceo. El barco pirata llevaba muchos más marineros de los que necesitaba. Cuatro o cinco hombres podrían haberse hecho cargo de las guardias, pero hacía falta una tripulación mayor para remar y luchar. En consecuencia, la mayoría de los tripulantes trabajaban poco mientras el barco navegaba a vela, y sólo asumían tareas de rutina cuando no podían trasladárselas a otros menos afortunados, por ejemplo, a los tres últimos marineros incorporados en Zhentil Keep.

Skamang, el norteño de aspecto hosco, recibía en audiencia la mayor parte del día junto al palo mayor, rodeado de su puño de siete u ocho marineros, que no hacían nada en todo el día, por lo que Geran podía ver. En un momento dado, Skamang llamó a Geran cuando éste estaba transportando agua dulce de los barriles del barco a la cocina para Tao Zhe.

—Eh, tú, el nuevo —dijo con voz ronca—. ¿Cómo te llamas?

Geran dejó con cuidado los cubos, que estaban llenos, antes de responder.

—Aram.

—Tengo entendido que tú y tus amigos disteis buena cuenta de un par de tipos de Robidar allá en Zhentil Keep. ¿Es cierto?

—Eso fue lo que sucedió.

Skamang esbozó una sonrisa desabrida.

—Dicen que eran seis. Tú, el mercenario mareado del bigote y el pequeño. Me resulta difícil de creer. Vosotros tres debéis de pelear bien.

Geran se encogió de hombros.

—Pregúntale a Sorsil si no me crees. Ella lo vio todo. —Recogió el cubo y siguió su camino.

Sólo le cabía esperar que Skamang pensara que él y sus amigos podían

representar más problemas de lo que merecía la pena, pero en cierto modo dudaba de que fueran a tener tanta suerte. No necesitaba la advertencia de Tao Zhe para darse cuenta de que aquel norteño tatuado les iba a causar molestias tarde o temprano.

Pasaron el resto del día con relativa paz, y también la noche. A última hora de la tarde del segundo día de navegación, el *Tiburón de la Luna* avistó un grupo de rocas negras y escarpadas que sobresalían en el Mar de la Luna. Geran las reconoció; eran las torres como lanzas de tierra cambiante conocidas como las Garras de UMBERLEE, y servían como útiles puntos de referencia para los barcos que navegaban en la cuenca occidental de ese mar. La mayor parte de los barcos las rodeaban dejando un ancho margen. No era que las escarpadas rocas representaran un gran peligro para el casco de un navío, pero el lugar tenía mala fama. Se decía que estaban encantadas o malditas, o que ocultaban la guarida de un poderoso monstruo marino, o una combinación de las tres cosas, dependiendo del relato de taberna que uno prefiriese. Narsk tomó rumbo directamente hacia los amenazadores islotes, y ninguno de los demás marineros dio muestras de gran preocupación cuando lo hizo.

Sarth estaba al lado de la barandilla junto a Geran, observando las siniestras piedras; Hamil se había quedado abajo, durmiendo después de haber estado de guardia casi toda la noche. Algunas de las rocas sobresalían sus buenos sesenta metros del agua, pero no había aves sobrevolándolas ni posadas sobre las escarpadas laderas.

—¿Será éste el refugio secreto de la Luna Negra? —preguntó el tiflin en voz baja.

—Lo dudo —respondió Geran—. Las Garras son muy conocidas en estas aguas. Supongo que de haber habido algo en estos islotes desiertos ya se habría corrido la voz.

—¿Podría haber algún atracadero oculto en este lugar? ¿Algo que no se viera a simple vista?

—Sé tanto como tú —respondió el mago de la espada, encogiéndose de hombros.

Geran contempló las Garras con más detenimiento a medida que el *Tiburón de la Luna* se acercaba. Si había algún tipo de plaza fuerte o puerto secreto escondido en su centro, no lo pudo ver. Sorsil no tardó mucho en hacer arriar las velas y en mandar a la tripulación que se pusiese a los remos. Empezó a pasearse por la estrecha escala que quedaba entre las bancadas de remeros, porra en mano, mientras Narsk pilotaba cuidadosamente el barco por entre las altas rocas hasta un punto de aguas despejadas que le pareció oportuno. Echaron el ancla y se dispusieron a esperar.

Al ponerse el sol, el viento roló hacia el este y se hizo más fuerte. El *Tiburón de la Luna*, anclado, empezó a cabecear, y la brisa producía un lúgubre quejido al rozar los bordes afilados de las rocas que se cernían sobre el barco. Sarth y Geran se miraron; había algo de sutil hechicería en el aire, un hálito sobrenatural, y tanto el hechicero como el mago de la espada podían percibirlo en el viento.

—Se acerca algo —dijo Sarth.

—El capitán supremo viene de camino —dijo un enano sentado cerca de ellos en el cabrestante.

El nombre del enano era Murkelmor y fumaba en una simple pipa de arcilla. A Geran le había parecido del tipo de los reservados en las pocas horas que llevaban a bordo.

—Aquí es donde nos reunimos con él. Da la impresión de que el viento cambia cuando él está cerca.

Sarth miró al enano.

—¿Por qué aquí? ¿Hay algún puerto cerca?

Murkelmor sacudió la cabeza.

—Nada digno de mención. No, lo digo como lo he oído. Hay una isla negra que sólo el capitán supremo sabe cómo encontrar. Este viento del este es el viento que necesita para hacerse a la mar.

—¿Una isla negra? —preguntó Geran.

Era evidente que los barcos de la Luna Negra contaban con alguna manera de permanecer ocultos cuando no querían que los vieran; estaba casi seguro de que habría encontrado algo más que una sola galera menor escondida en las ruinas de Zhentil Keep si la Luna Negra recalara en los puertos conocidos del Mar de la Luna. Sin embargo, jamás había oído hablar de una isla negra en ese mar.

—Yo no la he visto nunca, oye —dijo el enano con un encogimiento de hombros—, pero eso es lo que se dice.

—¡Barco a la vista a estribor! —gritó el vigía junto a la proa.

Geran se volvió a mirar por encima de la barandilla de estribor, esperando atisbar una vela en el horizonte, pero se quedó perplejo al ver el largo casco negro de una galera que se deslizaba por entre las Garras, a no más de cuatrocientos metros de distancia.

—¿De dónde ha salido? —dijo entre dientes.

Había estado mirando en esa dirección hacía apenas un momento, y habría jurado que ningún barco podría haber pasado tan cerca del *Tiburón de la Luna* sin que lo notara. Su aproximación podría haber quedado oculta por una de las Garras más grandes, pero no lo creía.

—Es el *Reina Kraken* —volvió a llamar el vigía—. ¡Ya puedo distinguir su mascarón de proa!

Murkelmor sonrió y vació la cazoleta de su pipa.

—¿Lo ves? El capitán supremo, tal como te había dicho.

Geran se asomó a la barandilla mirando hacia el crepúsculo. Era indudable, la figura de la sirena con los tentáculos en lugar de la cola de pez relucía a la luz de la luna que salía.

—Esto es un hecho interesante —le murmuró a Sarth—. Ahora sabemos qué era lo que estaba esperando Narsk.

El gnoll salió de su camarote sobre la toldilla.

—Haz *bajarr* el bote, *Sorrrsil* —gritó.

Volvió a pasearse por la toldilla con los ojos entornados para ver bien al *Reina Kraken* entre las Garras.

—Sí, capitán —le respondió Sorsil, y se volvió hacia los marineros que estaban en cubierta en ese momento—. ¡Ya habéis oído al capitán, perros miserables! —gritó—. Deprisa u os desollaré a todos.

Geran se dirigió al bote que estaba en mitad del barco, sobre una cubierta elevada. No le preocupaban demasiado las amenazas de Sorsil, pero si Narsk quería ir al *Reina Kraken*, él quería formar parte de la partida. Cabía la posibilidad de que alguno de los del otro barco pirata lo reconociera de la escaramuza en la playa, pero la última vez que lo habían visto había sido a la luz de una hoguera, y él no iba vestido como un corriente hombre de mar y no llevaba una perilla incipiente. Además, sinceramente no creía que ninguno de los marineros del otro barco esperara verlo de nuevo, esta vez como miembro de la tripulación de un barco de la Luna Negra. Unos cuantos marineros se unieron a él al lado del bote, y juntos lo levantaron del bastidor, lo pusieron boca arriba y lo llevaron hasta el riel para fijar amarras de elevación en la proa y en la popa. Bajo la mirada vigilante de Sorsil, bajaron el bote al agua.

—Bien, necesito remeros —dijo la segunda de a bordo.

Geran se aseguró de estar bien a la vista, y un momento después Sorsil lo señaló.

—¡Eh, tú!

El mago de la espada fingió una mueca de fastidio, pero pasó la pierna por encima de la barandilla y se dejó caer sobre la estrecha varenga fijada a un lado del barco para coger uno de los remos. Lo siguieron más marineros. Alzó la mirada hacia la barandilla, que ahora se balanceaba por encima de su cabeza, y vio que Hamil lo estaba mirando.

—*Bien pensado, Geran* —le dijo el halfling—, *pero quítate la capucha. Parece que estás tramando algo.*

No muy convencido, Geran se echó atrás la capucha y esperó junto a su remo. Un momento después, Narsk bajó por la escala y se sentó en el asiento del timonel. Iba vestido con una pesada chaqueta negra y un gran sombrero de a la ancha, que quedaba extrañamente fuera de lugar sobre sus facciones bestiales.

—En marcha —ordenó el gnoll.

La tripulación del bote soltó las amarras y se apartó del *Tiburón de la Luna*, cogiendo enseguida un ritmo constante de remo mientras el propio Narsk los orientaba hacia el otro barco. Daba la impresión de que las Garras recogían el leve chapoteo de las aguas circundantes y lo transformaban en confusos remolinos; Geran

pensó que no le gustaría acercarse demasiado a un barco a las altísimas rocas.

Llegaron al *Reina Kraken* y cogieron un cabo que les habían arrojado por la borda; la tripulación del otro barco se apiñaba en torno a la barandilla, ofreciendo oportunidades de negocio o haciendo bromas bienintencionadas a expensas del *Tiburón de la Luna*.

—Esperadme aquí —gruñó Narsk cuando se pegaron al casco del barco más grande, y trepó por la escala.

—¡Eh, Narsk! ¡Eres el primero en llegar!

Geran se dio cuenta de que conocía esa voz. Se volvió en su asiento y miró a la toldilla del *Reina Kraken*. Allí estaba el capitán del otro barco, un hombre enjuto, de mediana edad, con una barba entrecana rodeando su cara arrugada y una gran capa escarlata bordada con hilo de oro.

—Kamoth —susurró—. No puedo creerlo.

Se suponía que Kamoth Kastelmar estaba muerto. Lo último que había oído era que se había hundido con una galera pirata acorralada por barcos de guerra mulmanos hacía años. Pero no había duda: el capitán del *Reina Kraken* era el mismo hombre que se había casado con su tía, Terena, hacía quince años y había traído a su hijo Sergen a vivir a Griffonwatch con los Hulmaster. «Un caballero de fortuna», como gustaba de hacerse llamar, Kamoth era el vástago de una familia de la nobleza menor de la ciudad de Hillsfar, un partido razonable para la hermana del harmach; pero apenas dos años después, el padre de Geran había descubierto que Kamoth estaba tramando todo tipo de iniquidades contra el harmach Grigor y había mandado al traidor al exilio. Kamoth había dejado a su hijo adolescente, Sergen, no se sabía si por casualidad o por secreto designio, y el harmach Grigor había decidido que el chico no era responsable de las fechorías de su padre y lo había criado como un miembro más de su propia familia.

—¿A ti qué te pasa? —le gruñó Murkelmor a Geran. El enano ocupaba el asiento próximo al suyo—. Ése está tan loco como Manshoon. Es capaz de matarte en cuanto te pone el ojo encima. Si lo miras directamente puede llegar a pensar que lo estás desafiando.

Geran meneó la cabeza y le dio la espalda. Dudaba de que Kamoth pudiera reconocerlo. Era un muchacho de diecisiete años la última vez que lo había visto. Lo más extraño de todo era que Kamoth siempre le había caído bien. Durante la breve temporada que había pasado en Hulburg, Geran sólo había visto al hombre alegre y al pícaro encantador. Tuvo que pasar mucho tiempo antes de que descubriera lo mucho que había engañado a toda su familia.

—¿Quién es? —le preguntó al enano.

—Es el capitán supremo de la Luna Negra —le respondió Murkelmor—. Todos los demás capitanes, incluido Narsk, el nuestro, navegan a sus órdenes. Kamoth es su

nombre, y el *Reina Kraken* es suyo.

Geran se arriesgó a echarle otro vistazo. Narsk y Kamoth estaban muy enfrascados en su conversación. El gnoll era mucho más alto que el lord pirata, pero asentía con la cabeza en respuesta a todo lo que decía Kamoth. Éste se hizo a un lado, llamando a alguien que tenía cerca..., y apareció Sergen Hulmaster. Llevaba una carpeta de cuero en una mano y se la pasó a Kamoth para que se la diera al gnoll. Sergen miró hacia el *Tiburón de la Luna* y luego hacia el bote que cabeceaba al lado del barco del capitán supremo. En el último momento, Geran apartó los ojos y dio la espalda a la toldilla. No era probable que Kamoth lo reconociera, pero Sergen sí que lo conocía bien. Un atisbo de reconocimiento, una mera sospecha, podía hacer que cien espadas amenazaran la garganta de Geran. Sin saber qué hacer, Geran siguió mirando hacia el *Tiburón de la Luna*, manteniéndose de espaldas a la toldilla, e imaginaba que los ojos de Sergen le taladraban la espalda mientras en su rostro se dibujaba una expresión altiva y lanzaba una carcajada burlona.

Bueno, ahora ya sabía por qué los piratas de la Luna Negra iban tras los barcos de Hulburg. Eso lo puso furioso. Sergen se valía de la flota pirata de su padre para continuar con su esfuerzo de destronar a los Hulmaster. ¿O acaso sería al revés? ¿No habría sido Kamoth el que había orquestado las maniobras y traiciones de Sergen todo el tiempo?

Un movimiento repentino en la escala que subía al barco le llamó la atención. Miró hacia arriba, esperando ver a algunos piratas que bajaban a arrancarlo de su asiento, pero no era más que Narsk que volvía al bote. El gnoll se metió bajo la chaqueta la carpeta de cuero y se sentó al timón. A Sergen no se lo veía por ninguna parte, pero Kamoth todavía estaba inclinado sobre la barandilla.

—¡Siete noches, Narsk! —gritó—. No te entretengas en ninguna otra cosa mientras tanto.

—El *Tiburón de la Luna* acudirá puntual, capitán supremo —respondió el gnoll.

Les hizo una señal a los remeros, y Geran empezó a remar con los demás, manteniendo la vista fija en el fondo del bote.

El mago de la espada no volvió a alzar la vista hasta que el *Reina Kraken* estuvo a cien metros de distancia. Todavía podía distinguir la capa escarlata de Kamoth en la toldilla y le pareció ver la chaqueta negra de Sergen cerca de él. Dio un suspiro de alivio y volvió al remo. Por ahora, parecía que estaba a salvo y que ninguno de los dos traidores sospechaba que un Hulmaster había estado en un bote que cabeceaba a algo más de diez metros de su toldilla. Había albergado la esperanza de oír algo más de la conversación entre Narsk y Kamoth, pero por el momento se alegraba de haber evitado que lo descubrieran.

—Remad, perros —les soltó Narsk—. Tengo intención de levar anclas en media hora y voy a desollar a los diez primeros hombres que se me pongan por delante si no

lo consigo.

Geran se unió a los demás remeros, que se pusieron a la labor con todas sus fuerzas. Le ardían las manos y le dolían los hombros, pero sonrió para sus adentros cuando reparó en la carpeta de cuero que sobresalía del bolsillo de la chaqueta de Narsk. Después de todo, tal vez no había perdido la oportunidad de escuchar si podía examinar la carta de Narsk. Todo lo que tenía que hacer era encontrar la ocasión de entrar en el camarote del gnoll y robarla sin que lo pillaran.

NUEVE

30 de Eleint, Año del Intemporal (1479 CV)

La noche estaba descendiendo sobre Hulburg cuando Mirya cerró Abastecimientos Erstenwold y se preparó para pasar la noche en casa. Había sido un día de poco movimiento, pero justo antes del cierre había llegado un granjero del valle del Winterspear con una carreta llena de queso, tocino, jamones ahumados y otros productos para vender. Para cuando hubo terminado con las transacciones y hubo supervisado la descarga de la carreta, era una hora más tarde de lo habitual. La mayor parte de los comerciantes de Hulburg vivían o encima o detrás de sus tiendas, pero los Erstenwold eran una familia que llevaba mucho tiempo en Hulburg, y la casa de Mirya era una confortable cabaña, rodeada por un pequeño huerto de manzanos, en la orilla occidental del río, a poco menos de kilómetro y medio de distancia. Ansiosa de irse a casa, fue a la puerta trasera de la tienda, la que daba al callejón por detrás de la calle del Tablón, y miró arriba y abajo de la estrecha Calleja buscando a Selsha.

—¡Selsha! —llamó.

Su hija no estaba a la vista, pero Mirya sabía que casi nunca estaba fuera de donde pudiera oírla. Todavía recordaba a su propia madre llamándola a ella al final del día cuando era niña, y supuso que probablemente sonaba a algo parecido en los oídos de Selsha. La voz de una madre tiene un largo recorrido, por lo que podía recordar.

—¡Selsha! ¡Es hora de ir a casa!

Al principio no oyó nada y nuevamente miró hacia un lado y otro del callejón. No solía quedarse hasta tan tarde por la noche, y las sombras eran largas y oscuras en las calles de Hulburg. Los edificios que rodeaban el establecimiento de los Erstenwold no parecían ni tan amistosos ni tan familiares cuando la noche descendía sobre la ciudad. Durante el día, las calles estaban llenas de vecinos a los que Mirya conocía bien: el calderero, enfrente; el hojalatero, al lado; la abuela Gresha y su cuba de lavar, dos puertas más abajo, y la tía Tilsie, que ofrecía comidas sencillas a los porteadores y carreteros de la ciudad todos los días desde su cocina del otro lado de la calle. Todos vigilaban a Selsha y estaban encantados con que les diera la vara durante toda la jornada, pero ahora ya estaban cerrando o estaban dentro. Después de la puesta del sol, los bares y tabernas de Hulburg se llenaban, y en lugar de vecinos vigilantes, lo único que se veía por las calles eran extraños buscando un lugar donde emborracharse hasta perder el sentido. Mirya frunció el entrecejo y alzó más la voz.

—¡Selsha! ¿Dónde estás?

—¡Ya voy, mamá!

Selsha apareció en el fondo del callejón y corrió hasta la puerta. Era una niña menuda, de apenas nueve años, con grandes ojos azules que tenían la virtud de desarmar a Mirya en sus momentos de mayor enfado, y un pelo negro y sedoso igual que el suyo.

—¿Dónde estabas? ¿No has oído que te llamaba? —le reprochó Mirya. La empujó al interior de la tienda y cerró la puerta—. ¡Me tenías preocupada, Selsha!

—Lo siento, mamá —replicó la niña, y luego alargó la mano—; pero mira, he encontrado algo.

Mirya miró la mano de su hija. Era una especie de amuleto que colgaba de una cadena de plata. Se dio cuenta enseguida de que era valioso, y con suavidad lo cogió de la mano de la niña.

—¿Qué es esto? —murmuró, mirándolo más de cerca.

El amuleto tenía forma de sol radiante, pero los rayos eran de azabache y en el centro relucía una calavera de plata sin mandíbula. Lo miró cada vez más horrorizada al darse cuenta de que lo que tenía en la mano era un símbolo sagrado de Cyric, el Sol Negro, el dios de las mentiras y del asesinato. Con un pequeño grito, lo dejó caer al suelo.

—¿Qué? ¿Qué es? —preguntó Selsha.

—Algo que no puede tomarse a la ligera —respondió Mirya. Se frotó la mano con fuerza contra la falda, en un gesto irreprímible—. Selsha, ¿dónde has encontrado esto?

Selsha bajó la vista y empezaron a temblarle los labios. Mirya se dio cuenta de que con su alarma repentina había asustado a la niña.

—Lo siento, mamá. Lo siento. Yo no quería..., yo no sabía...

Mirya respiró hondo y se arrodilló junto a Selsha, rodeándola con sus brazos y acariciándole el pelo.

—No, no, Selsha; no pasa nada —le dijo con suavidad—. No estoy enfadada contigo. Sólo me he sorprendido. Ahora dime: ¿cómo has encontrado el amuleto?

—Kynda y yo estábamos jugando en el almacén vacío de la calle del Pez. Ya sé que se supone que no debemos hacerlo, pero no había nadie. De todos modos, lo he encontrado en el suelo. Mira, la cadena está rota, creo que se le cayó a alguien que ni siquiera se dio cuenta. Kynda y yo lo estábamos mirando cuando hemos oído a unos hombres. Parecían enfadados, y hemos tenido miedo de meternos en algún problema, de modo que nos hemos escondido hasta que se han marchado.

—¿Os han visto esos hombres?

La niña negó con la cabeza.

Mirya recogió el amuleto del suelo, sofocando un estremecimiento de disgusto.

—¿Crees que estaban buscando esto?

Esa vez el gesto negativo fue lento.

—He oído a un hombre decir que pensaba que había caído entre las tablas del suelo, y el otro le ha dicho que fuera a buscar una barra de hierro para levantar el suelo y buscarlo.

—No deberías haber estado en el almacén de nadie, abandonado o no, y bien lo sabes.

Mirya le dirigió a Selsha una mirada severa y se puso de pie mientras metía el amuleto en un bolsillo del vestido y se volvía pensando qué hacer con él. No conocía ninguna ley que prohibiera el símbolo de Cyric, tampoco era algo intrínsecamente malo. El Sol Negro no era un dios al que ella quisiera honrar. La verdad era que poca gente rendiría honores al asesinato o a la mentira. La mayor parte de la gente o bien le daba a Cyric su parte para desviar su atención, o pasaba por alto los aspectos más sombríos de sus doctrinas y prefería verlo como una deidad de ambición y determinación, la clase de dios que alentaba en sus seguidores el deseo de luchar por dejar atrás sus circunstancias, a costa de lo que fuere. Los pobres extranjeros que llevaban una vida miserable en vecindarios tales como las Escorias, a veces recurrían a dioses nefastos como Cyric movidos por la desesperación. Mirya no podía culparlos por sentirse atraídos por promesas de prosperidad y éxito. Por supuesto, no dudaba de que hubiera seguidores realmente maliciosos del Sol Negro en esos mismos barrios. Esclavistas, ladrones y bandidos de todas las calañas también buscaban los favores de Cyric, y había muchos de éstos en las Escorias.

Pero lo que Selsha había encontrado no era un simple talismán o símbolo. Era un símbolo sagrado de los que podía llevar, por ejemplo, un sacerdote de alta jerarquía. Podía percibir el encantamiento del objeto; para alguien tenía un gran valor.

—¿Qué debemos hacer con él? —musitó para sí misma.

Por supuesto no quería quedárselo. Podía hacer que Selsha lo volviera a dejar donde lo había encontrado, pero si Selsha estaba en lo cierto, los hombres a los que había oído lo estarían buscando, y Mirya no estaba dispuesta a enviar a su hija a las manos de nadie que pudiera ser un fanático seguidor de Cyric. O bien tendría que llevarlo de vuelta ella misma, o bien tirarlo en alguna parte.

Alguien llamó enérgicamente a la puerta del callejón. Mirya se sobresaltó y miró hacia la puerta. Sólo un vecino vendría por esa puerta, y a esas horas todos sus vecinos estarían cenando.

Volvieron a llamar.

—¿Quién es, mamá? —preguntó Selsha con un hilo de voz.

—No tengo ni idea.

Mirya miró a la puerta con expresión preocupada y se alisó el vestido. «Esto es ridículo —se dijo—. Tal vez sea Tilsie que viene a pedir un poco de harina». A pesar de todo, su intuición le decía que no era eso. Puso una mano en el hombro de Selsha.

—Quédate aquí, cariño. Voy a ver quién es.

Fue hasta la puerta. Se tomó un momento para calmarse, y luego levantó la tranca y abrió la puerta un palmo más o menos.

—¿Sí? —dijo.

Afuera, en el callejón, había un hombre pálido, de pelo rubio, vestido al modo de los jornaleros. Tenía canas en las sienes y en la barba cuadrada y prolijamente recortada que le cubría el mentón. Estaba allí, de pie, con una extraña sonrisa ausente en el rostro, pero sus ojos eran oscuros e intensos.

—¡Ah!, tú debes ser la señora Erstenwold —dijo.

—Me temo que ya hemos cerrado por esta noche. Si quieres volver mañana...

—No vengo por negocios dijo el hombre, alzando una mano para frenar las palabras de protesta de la mujer.

Mirya observó que llevaba un bonito anillo de oro en el meñique y reparó en la tersura de la palma de su mano, todo lo cual la llevó a dudar de que fuera un pobre como su vestimenta pretendía hacer creer.

—Tengo entendido que tienes una hija pequeña que podría haber estado jugando en el vecindario hoy. Una niña de pelo oscuro, de unos diez años. ¿Es así?

Una punzada de miedo atravesó el corazón de Mirya.

—Sí, así es —dijo lentamente.

—Entonces, tal vez haya encontrado algo que he perdido, algo que es para mi muy valioso. ¿Has visto por casualidad un amuleto de plata? Lleva como emblema una calavera también de plata. —El hombre se encogió de hombros—. No es más que un recuerdo, pero me gustaría mucho encontrarlo.

Mirya no mostró ninguna emoción. Se sentía muy tentada de negarlo todo, pero una voz interior la previno de que el extraño no habría acudido a su puerta de no haber tenido una sospecha muy acusada sobre el paradero del amuleto. A veces, los sacerdotes empleaban conjuros de búsqueda de diferentes tipos, y podía ser que ése ya hubiera adivinado dónde estaba el símbolo sagrado. Deseó que un par de sus dependientes hubieran estado todavía en el establecimiento. No le gustaba encontrarse sola con ese hombre a la puerta.

El extraño tomó su vacilación por confusión.

—¿Tal vez podrías llamar a tu hija a la puerta? Me gustaría preguntarle por él... Por si acaso, ya me entiendes.

No le gustaban nada la media sonrisa del extraño ni la intensidad de sus ojos, pero mucho menos le gustaba la idea de que hablara con Selsha. Metió la mano en el bolsillo incluso antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y le alargó el amuleto.

—Eso no será necesario —dijo—. Lo encontré en el callejón a unas calles de aquí. ¿Es tuyo?

El hombre pálido lo recogió de su mano y le echó una mirada. Sonrió

ampliamente e inclinó la cabeza, pero la frialdad casi viperina de sus ojos no se modificó.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo—. Me pregunto cómo habrá ido a parar al callejón. ¿No es extraño?

—Parece que la cadena tiene un eslabón roto.

—Es cierto.

El hombre deslizó con todo cuidado la calavera de plata en su bolsillo, y en ese momento, Mirya advirtió una mancha grisácea en el dorso de la mano y entornó los ojos. Se parecía mucho al tipo de mancha que podía tener alguien que se hubiera marcado la mano con hollín. O bien su visitante era uno de los Puños Cenicientos, lo cual parecía poco probable, ya que no tenía aspecto de alguien que hubiera visto el interior de una fundición o que hubiera lanzado paladas de carbón en un horno, o bien quería hacerse pasar por uno. Entonces, el hombre se inclinó hacia un lado, mirando por detrás de Mirya hacia el pasillo que había a sus espaldas.

—¡Anda! Y ésa debe de ser tu hija.

Mirya miró hacia atrás y se dio cuenta de que Selsha estaba de pie a pocos metros detrás de ella, mirando a aquel hombre pálido. Seguramente había salido de la habitación delantera del almacén mientras Mirya estaba hablando con el extraño. Volvió rápidamente la vista hacia el hombre, que se limitó a sonreír, una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—¡Qué niña tan encantadora! —dijo—. Eres muy afortunada, señora; realmente muy afortunada.

—Gracias —dijo Mirya con voz enronquecida. No sabía qué más decir. La idea de que ese hombre se entretuviera charlando con ella sobre su hija le dio un escalofrío.

—Sin embargo, deberías hablarle sobre eso de recoger cosas que encuentra tiradas en los callejones. Buenas noches, señora Erstenwold. —El hombre la saludó con una inclinación de cabeza y se alejó en la oscuridad.

Mirya cerró bien la puerta y puso la tranca. Después se marchó rápidamente con Selsha hacia su casa, sobresaltándose con cada sombra que veía por el camino.

La jornada siguiente pasó sin novedades, pero un día más tarde, a mediodía, a Mirya le pareció ver al hombre encapuchado observando a Selsha cuando regresaba después de jugar con sus amigos por la mañana. Mirya salió al callejón y volvió a mirar, pero no vio al hombre por ninguna parte. El encuentro resultó tan inquietante que estuvo pensando en él todo el día. Realizó todas las tareas habituales distraída, ensimismada, sin dejar de imaginarse las implicaciones de aquello. Había visto la cara del hombre y sabía que era un servidor de Cyric; si quería mantener su identidad en secreto, tendría que asegurarse de que ella no volvería a hablar de ello. Tal vez sólo quería hacerse ver para intimidarla..., o tal vez pensara en medidas más

contundentes para mantener su secreto a salvo. A media tarde llamó a Selsha y le dijo que ambas tenían que quedarse dentro de la tienda y del almacén hasta que ella le dijera lo contrario.

A la mañana siguiente se escapó del establecimiento Erstenwold durante una hora y fue a toda prisa a Griffonwatch para hablar con los guardias del Escudo. Geran y Kara estaban fuera, pero su hermano Jarad había servido como capitán del cuerpo antes de morir, y todos tenían el más alto concepto de él. Se encontró con el sargento Kolton y le contó la historia, pero el veterano no tenía mucho que decirle.

—No es mucho lo que sabemos sobre quién está detrás de los Puños Cenicientos —le dijo—. Todos son muy reservados. En su mayor parte son hombres de Impiltur y saben lo suyo. No hay ni un solo hulburgués que trabaje en las fundiciones. No me extrañaría que un sacerdote de Cyric venido de fuera esté mezclado con ellos.

—Entonces, no tienes la menor idea de quién es ni de qué podría traerse entre manos.

Kolton negó con la cabeza.

—Tú sabes tanto como nosotros, señora Erstenwold. Puedo hacer que la Guardia del Escudo pase regularmente por el establecimiento durante unos días. Si ves al tipo con el que hablaste merodeando por allí, te agradecería que se lo señalaras a los hombres del harmach. Por lo que sé, eres la única persona natural de Hulburg que le ha visto el rostro.

Mirya puso cara de preocupación al oír eso. Tal vez para el extranjero fuera muy importante mantener el anonimato, y sólo se le ocurría una manera de que alguien pudiera conseguirlo en su situación. Se sorprendió deseando que Geran estuviera en la ciudad. No era normal en ella jugar a la damisela en problemas, pero desde que Geran había regresado a Hulburg se había vuelto a consolidar entre ellos algo muy parecido a la amistad, y tal vez un atisbo perturbador de otra cosa... En lo relativo a Geran Hulmaster, ella ya no era siempre dueña de su propio corazón. Se conocía demasiado como para mantener una tontería de ese calibre a distancia segura, pero también sabía que Geran sería capaz de poner las Escorias patas arriba hasta encontrar al hombre encapuchado si se enteraba de que las amenazaba a ella o a Selsha.

Sin embargo, Geran estaba lejos, persiguiendo piratas con el *Dragón Marino*, y eso dejaba las cosas enteramente en sus manos.

Kolton interpretó su silencio como un reproche. El sargento de cara achatada suspiró.

—Tenemos muy pocos hombres, señora Erstenwold, lo sabes bien. No hay nada que la Guardia del Escudo no estuviera dispuesta a hacer por ti y por tu hija, aunque sólo sea por el recuerdo del capitán Jarad. Pero si estás preocupada, podrías hablar también con los Escudos de la Luna. No les tienen ninguna simpatía a los Puños

Cenicientos. Estoy seguro de que Brun Osting puede enviarte a un par de sus muchachos cuando no estén presentes los guardias del Escudo.

—Gracias, sargento Kolton. Puede ser que lo haga.

Mirya se despidió y volvió a Erstenwold absorta en sus pensamientos mientras su carreta traqueteaba por las calles empedradas de la ciudad. Había ido con la esperanza de que la Guardia del Escudo supiera quién era el hombre encapuchado, pero evidentemente no era así. Eso no quería decir que no hubiera gente en Hulburg que pudiera saber más. Había otro lugar al que podía recurrir..., pero era un puente que había quemado hacía mucho tiempo. Mirya tiró de las riendas y los dos caballos se detuvieron a escasos metros del Puente Bajo, al final de la calle del Este. Allí se quedó, pensando en todas las cosas. A continuación, volvió a ponerse en marcha y giró a la izquierda, subiendo por la calle de la Colina en lugar de cruzar el Winterspear y volver hacia Erstenwold.

La colina oriental de Hulburg era una extraña mezcla de elementos antiguos y nuevos. Gran parte de la cara que daba al mar había quedado en ruinas durante la Plaga de los Conjuros, hacía ya un siglo, y habían sido reemplazadas por una confusión de enormes piedras verdes conocidas como los Arcos. En su lado occidental se arracimaba un vecindario pobre, de clase trabajadora, entre la calle del Este y el Winterspear; rodeando la punta hacia el este, las casas eran poco más que chozas en las que se refugiaban los centenares de hombres que trabajaban en los hornos y fundiciones instalados a menos de dos kilómetros de Hulburg, en dirección contraria al viento. Pero las mayores alturas de la colina oriental, que dominaban los atestados vecindarios que daban al Winterspear, eran los lugares donde vivían los acaudalados de Hulburg en grandes casas solariegas y mansiones con altas verjas. Mirya condujo su carreta hasta una bonita casa antigua oculta detrás de una pantalla de cedros bajos, retorcidos por el viento. Puso el freno, bajó del pescante, subió unos cuantos escalones de piedra hasta la puerta principal de la casa y llamó con decisión antes de que pudiera cambiar de idea.

Pasó un buen rato sin que nadie respondiera. Cuando Mirya empezaba a preguntarse si habría alguien en casa, entonces la puerta se abrió y se asomó una mujer joven de pelo largo y negro, y un sencillo vestido de lana gris.

—¿Sí? —dijo.

—Vengo a ver a la señora Sennifyr —dijo Mirya—. Me llamo Mirya Erstenwold y no me espera.

La sirvienta la observó un momento antes de responder.

—Aguarda aquí. Voy a ver si la señora está disponible.

La joven volvió a desaparecer en el sombrío interior de la casa, cuyo salón delantero tenía pesadas cortinas sobre las ventanas, mientras Mirya esperaba en el porche. Entonces, la criada regresó y le hizo una leve inclinación de cabeza.

—Te verá ahora. Sígueme, por favor.

La mujer condujo a Mirya a una sala de estar tan oscura como el vestíbulo, y Mirya se sentó en una mullida butaca. No tuvo que esperar mucho. Apenas un momento después, una mujer con una elegante bata color púrpura entró como flotando en la habitación con las manos en la cintura. Podía tener unos cuarenta y cinco años, pero todavía tenía el pelo de un suave color castaño sin asomo de canas, y la cara tersa. Sólo una sombra de arrugas gestuales en las comisuras de los labios y la fría seriedad en la mirada de quien está acostumbrado a mandar daban una idea de su edad. Miró a Mirya con una incipiente sonrisa.

—¡Vaya, vaya, Mirya Erstenwold! Hace un montón de años que no te dejabas caer por mi casa. Confieso que me sorprende verte.

Mirya se puso de pie y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Señora Sennifyr, gracias por recibirme.

—De nada. Te hemos echado de menos, querida. Dime, ¿cómo está tu pequeña Selsha?

—Muy bien, acaba de cumplir los nueve años.

—¿De veras? —Sennifyr enarcó una ceja—. ¿Qué le has dicho sobre su padre?

Mirya mantuvo una expresión neutral, pero por dentro sintió un escozor. Había pocas cosas en su vida que realmente lamentara, pero lo que le había hecho al hombre que había sido el padre de Selsha era una de ellas. Sennifyr lo sabía, por supuesto, había sido ella quien lo había arreglado todo, enredando a Mirya cada vez más en sus trampas en una época en que era más joven, más tonta y estaba ansiosa por conseguir su aprobación.

Se dijo que había sido un error ir allí. Sennifyr no había perdido nada de su proverbial crueldad, pero con huir ahora no ganaría nada. En vez de eso, se obligó a responder con una sinceridad férrea.

—Le dije que lo había conocido muy poco tiempo y que había muerto poco después de que ella naciera. No voy a decirle nada más por ahora.

—Pobre Mirya. Siempre has sido tan fuerte, tan lista, y se te exigió tanto —dijo Sennifyr con una sonrisita—. La Señora eligió para ti un camino diferente. Lo sé. Pero debes entender que no encontrarás alivio para tu dolor mientras te niegues a seguir el camino que se te ha indicado. El fin está en rendirse a la voluntad de la Señora. Nunca es demasiado tarde para volver al camino que te espera.

—No lo he olvidado, señora Sennifyr, pero por ahora prefiero seguir mi propio camino.

—Llegará el día en que no encuentres ningún otro consuelo, niña. La Señora sabe lo suyo, y cuando te ha abrazado una vez, siempre serás suya. Esperaremos tu regreso. —Sennifyr plegó las manos sobre el regazo—. Y bien, dudo de que hayas venido a mi casa a buscar el consuelo de la Señora. ¿Deseas algo de tus Hermanas?

Mirya hizo una mueca. Tampoco Sennifyr había tenido jamás nada de tonta.

—Buenos, veamos, aunque espero que sea algo que también te interese a ti.

—No es necesaria ninguna justificación, muchacha. No he olvidado tu devoción a la Señora, aunque haya sido sólo por un tiempo. ¿Cómo puedo serte útil?

Mirya se alisó la falda. Jamás había sido amiga de andarse con rodeos. Lo peor de todo era que una parte de ella, acallada durante mucho tiempo, pugnaba por responder a las palabras de perdón de Sennifyr, por volver a la Hermandad que había dejado y enmendar la infidelidad de tantos años. Se concentró en la tarea que tenía ante sí e hizo a un lado su antigua culpa.

—Hace unos días descubrí a un sirviente de Cyric, un hombre pálido, con una capucha, que se hace pasar por un jornalero corriente. Él sabe que yo conozco su secreto y necesito saber su nombre y qué es lo que está haciendo en Hulburg.

—¿Y has pensado que podíamos saber algo sobre él? —Sennifyr se acercó a la mesa que tenía a su lado y se sirvió una taza de té—. Querida mía, nosotras no tenemos nada que ver con los seguidores del Sol Negro.

—Lo sé, pero no suceden en Hulburg muchas cosas que le pasen desapercibidas a la Hermandad. Si los servidores de Cyric estuviesen predicando a los pobres de las Escorias, o armando gresca con los Puños Cenicientos, la Hermandad, sin duda, lo sabría.

—¿Y qué harías si averiguaras el nombre de ese hombre?

—Me encargaría de que el harmach también lo supiera.

—Ya veo. —Sennifyr dio un sorbo a su té—. No es ningún secreto que Geran Hulmaster tiene amistad contigo. Imagino que una palabra susurrada a su oído no tardaría en llegar al harmach. Además, dudo de que Geran no tomase alguna iniciativa personal. No es el tipo de hombre que duda en esas circunstancias. Pero ¿cómo crees que concierne esto a la Hermandad?

—Me parece que los Puños Cenicientos son exactamente el tipo de problema que un servidor de Cyric fomentaría entre los pobres que afluyen a la ciudad. —Mirya hizo una pausa, eligiendo con mucho cuidado sus siguientes palabras—. Imaginemos que el sacerdote encapuchado enseña a la gente de las Escorias a rebelarse contra sus circunstancias, a luchar contra sus males. ¿A quién recurriría esa gente si se marcharan? Más de uno podría buscar consuelo en el abrazo de la madre. ¿O no?

Sennifyr miró a Mirya atentamente.

—Me complace oírte hablar así, Mirya.

—Estoy cansada de los problemas que asolan mi casa, señora Sennifyr. Alguien está avivando los fuegos y quiero poner fin a eso.

Mirya no tenía la menor duda de que habría problemas de otra clase si la Señora de las Penas venía a levantar los corazones de la gente más pobre de Hulburg, pero al menos la Hermandad no incitaría desmanes ni disturbios en las calles. Además,

estaba segura de que no estaba diciendo nada que no se le hubiese ocurrido ya a la señora Sennifyr.

—La Hermandad lo aprobaría —dijo Sennifyr. Tomó otro sorbo de té y dejó la taza sobre el plato—. Muy bien. Hemos oído algo al respecto. Como imaginas, unas cuantas de nuestras Hermanas son recién llegadas a Hulburg. Oyen cosas de los demás extranjeros a las que los nativos no tienen acceso. Pienso que una de ellas podría conocer al hombre con que te encontraste. Yo no sé quién es, pero ella podría. Ve a *Las Tres Coronas* y pregunta por Ingra.

—Gracias, señora Sennifyr.

—No es nada, querida Mirya; pero debes ir en secreto. Ingra estará dispuesta a ayudar a otra Hermana, pero sólo si nadie la ve hacerlo.

—Ya entiendo.

Mirya se puso de pie e hizo una pequeña reverencia a Sennifyr, que le devolvió el saludo con una graciosa inclinación de cabeza.

—Espero que vuelvas a visitarnos pronto, Mirya. Tengo la íntima convicción de que los planes que tiene la Señora para ti todavía están por revelarse.

Sennifyr se puso de pie y esperó a que volviera la criada para acompañar a Mirya hasta la puerta.

Después de la penumbra de la casa de Sennifyr, el día nublado le resultó a Mirya claro y luminoso. Respiró hondo y volvió a subir al pescante de su carreta. Ahora le parecía que habría hecho mejor en no venir, pero ya estaba hecho, y no tenía sentido lamentarse de su decisión. Lo único que cabía preguntarse en ese momento era si encontraría una respuesta en *Las Tres Coronas* que la compensara por haber tenido que ir a ver a Sennifyr y a recordarle a la Hermandad que no se había olvidado de ellos.

DIEZ

2 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Narsk puso rumbo este después de la reunión en las Garras, internándose mar adentro a la altura de Hillsfar y ciñéndose a la costa meridional del Mar de la Luna en cuanto el bien defendido puerto quedó unas buenas treinta o cuarenta millas a popa. El *Tiburón de la Luna* navegó a todo trapo durante el día —hacía un buen tiempo—, y por la noche, Narsk ordenó a Sorsil apocar las velas y moderar la velocidad, lo cual no era raro para los barcos que navegaban en el Mar de la Luna. En su mayor parte, el gran lago era profundo y no abundaban las islas ni los arrecifes, de modo que casi todos los capitanes mantenían alguna vela izada durante todas las noches, excepto las más oscuras.

Encontrar una ocasión para deslizarse en el camarote de Narsk resultó mucho más difícil de lo que Geran había imaginado. La principal dificultad era que Narsk casi no salía, y cuando lo hacía, no permanecía demasiado tiempo en cubierta. El gnoll comía en su camarote y daba casi todas sus órdenes a través de Sorsil. Geran tenía varias ideas en mente para deslizarse dentro sin que lo vieran; sólo faltaba que Narsk saliera del camarote por un tiempo prudente, y en el peor de los casos, sabía un conjuro de teletransportación que podría usar desde el almacén que había debajo del camarote del capitán y que solía estar vacío. Había pensado en tratar de sorprender o de superar al gnoll teletransportándose sin previa advertencia, pero no podía estar seguro de poder hacerlo en absoluto silencio y de salir otra vez sin que lo vieran. Eso significaba que él y sus amigos podrían tener que enfrentarse al resto de la tripulación del *Tiburón de la Luna*, y Geran no quería ni pensar en cómo podría acabar eso.

Mientras observaba y esperaba una oportunidad para hacer su jugada, Geran y sus amigos se fueron acomodando a la rutina del barco. El tiempo se volvió frío y húmedo en la segunda noche después del encuentro de las Garras, y el barco iba sorteando un chaparrón tras otro en su avance hacia el este. Siendo como eran los marineros más nuevos a bordo, les asignaban las guardias nocturnas con el contramaestre, un mulmasterita imponente llamado Khefen. Eso significaba que tenían que montar guardia en mitad de la noche y tratar de dormir lo que podían antes y después. Al menos Khefen casi no hacía el menor caso de ellos a no ser que erraran en los escasos ajustes de las velas que consideraba adecuados durante la noche. El contramaestre bebía constantemente de una gran petaca de cuero que llevaba escondida debajo del capote durante la guardia, sin mostrar la menor señal de embriaguez, y por lo demás, hacía caso omiso de los marineros.

En el curso de su segunda guardia con Khefen, la lluvia era especialmente persistente. Después de varias horas de hacer de vigías y de trepar a los mástiles

cuando el contraмаestre así lo ordenaba, los tres compañeros estaban calados, temblando y con el ánimo por los suelos.

—Esto no me gusta nada —le dijo Sarth a Geran en voz baja mientras volvían a cubierta—. ¿Realmente es necesario?

—Vamos a concederle dos o tres días más —respondió Geran en un susurro—. Podría surgir algo, y todavía tengo ganas de saber lo que está planeando Kamoth.

El tiflin hizo una mueca bajo su aspecto mágico.

—Muy bien, pero me lo voy a pensar dos veces antes de acompañarte en tu próxima aventura mal concebida.

Más tarde, esa misma mañana, Geran estaba absorto empalmando un cabo viejo, muy gastado —tarea especialmente tediosa y dura que le había echado encima Skamang, el norteño de los tatuajes—, cuando el vigía dio un grito.

—¡Barco a la vista! ¡Por la manga de babor!

Geran de puso de pie y se protegió los ojos del sol tratando de ver el otro barco. Esa vez estaba realmente a una buena distancia, fácilmente siete u ocho millas, y todo lo que podía verse de él era el mástil. Sorsil llamó a Narsk a la toldilla, y los dos tuvieron un rápido intercambio de opiniones antes de que el gnoll ordenara virar al timonel y a la tripulación izar más velas. El viento favorecía al *Tiburón de la Luna*; la buena fortuna había pillado a la galera pirata bien posicionada para perseguir a su presa, con el sol de la mañana de espalda y un refrescante viento de costado que permitía a Narsk orientar la proa un poco por delante del otro barco.

Geran miró el cielo. Estaba cubierto, pero no parecía probable que se avecinasen tormentas ni chubascos. Y estaban por lo menos a treinta o cuarenta millas de cualquier puerto. A menos que el barco fuera más rápido de lo que aparentaba, calculó que le darían caza en un par de horas. La mayor parte de la tripulación estaba asomada a la borda, mirando con ojos codiciosos al otro navío. Algunos ya estaban escogiendo armas para el deseado abordaje.

Hamil y Sarth subieron desde la cocina, adonde habían sido enviados para ayudar a Tao Zhe en el fregadero. El halfling echó una mirada a la tripulación pirata, y luego se volvió hacia Geran.

—¿Qué está pasando?

—Narsk ha avistado una presa —dijo Geran en voz baja—. Vamos a tratar de dar caza a aquel cascarón.

—Cierto, ahí está —murmuró Hamil, asomándose a la borda—. *¿Qué hacemos si Narsk le da alcance? —preguntó—. ¿Nos unimos al resto de la tripulación y mantenemos nuestro engaño? ¿O interferimos e impedimos que Narsk se apodere del barco?*

Geran miró a su pequeño amigo con una expresión de honda preocupación.

—No lo sé —dijo.

Debería haber previsto que podían encontrarse en esa situación. No tenía la menor duda de que los tres podían hallar una manera de luchar sin eficacia o de abstenerse cuando llegara lo peor, pero los demás tripulantes podrían darse cuenta, lo cual contribuiría muy poco a mejorar su situación en el barco. Y lo peor era que eso no los libraría de la responsabilidad de no haber frustrado un ataque pirata que estaban en posición de desbaratar. Lo más difícil era concebir una manera de que eso no los delatase y diera por tierra con sus objetivos al infiltrarse en el Luna Negra.

Sarth miró a Hamil; era evidente que el halfling fantasgaz estaba repitiendo su pregunta al tiflin. Sarth miró a su alrededor para ver si algún otro tripulante podría oírlo y se apoyó en la borda junto a Geran.

—Una decisión peliaguda —dijo—. La verdad, no sé qué aconsejarte, Geran, pero supongo que se podría considerar la cuestión desde la siguiente perspectiva: ¿qué habría sucedido de no estar nosotros a bordo? Si todo hace pensar que el *Tiburón de la Luna* habría sido capaz de dar caza al mercante y apoderarse de él sin nuestra ayuda, nuestra participación no cambiaría el destino de esa embarcación. En esa situación, tal vez no estaría en nuestro poder evitar un ataque. Después de todo, sólo somos tres. Si no podemos impedir que Narsk se apodere de ese barco, entonces podríamos mantener nuestra impostura. Con la información que obtengamos aquí podemos salvar muchas vidas en otra ocasión.

—Entiendo lo que dices —respondió Geran—, pero resulta que si estamos a bordo y no hay ningún destino prefijado en este momento. Además, contaríamos con el factor sorpresa y con tu magia. Si nos ocupamos de unos cuantos marineros clave al comienzo, los otros podrían perder la iniciativa.

—Creo que en esto estoy con Sarth —dijo Hamil en voz baja—. No me apetece nada meterme en un combate con cincuenta enemigos por el bien de unos absolutos extraños. Aunque tal vez podríamos interferir de otra manera. Si el barco perdiera una vela o se rompiera el timón...

—Si nos pillan con las manos en la masa habrá que luchar —respondió Sarth.

Geran pensó en lo que le había contado Nimessa sobre el destino de la tripulación del *Alablanca*. Si permanecían al margen o se dejaban llevar por la idea de que el barco mercante ya estaba sentenciado de todos modos, participarían en un crimen de la peor especie. Tal vez tuvieran ocasión de derrotar a la tripulación del *Tiburón de la Luna* matando a Narsk, Sorsil y quizá a Skamang o Khefen rápidamente..., pero era más probable que cualquier asalto furioso por su parte acabara con ellos tres muertos, y él no tenía más ganas que Hamil de perder la vida por un puñado de extraños.

—Si tenemos alguna oportunidad de impedir que Narsk y el resto de los miembros de este barco asesinen a la tripulación y los pasajeros de alguna infortunada nave, creo que deberíamos intentarlo —dijo—. La sugerencia de Hamil merece ser tomada en cuenta. Sólo debemos asegurarnos de que nadie se dé cuenta.

A lo largo de la hora siguiente, el *Tiburón de la Luna* fue acortando la distancia que lo separaba del otro barco. A Geran lo sorprendió ver que el barco mercante no intentara huir y que se mantuviera en su rumbo original. O bien no había reparado en la galera pirata que le iba a la zaga —lo cual le parecía cada vez menos probable—, o bien el capitán suponía alegremente que navegaba en aguas amigas. Pensó también en la posibilidad de que el capitán mercante, convencido de antemano de que no tenía escapatoria, esperara abrirse camino con una simple muestra de osadía, pero eso le pareció aún más descabellado. Mientras la galera pirata alcanzaba lentamente a su presa, Geran y sus camaradas empezaron a planear su acto de sabotaje.

Ya tenían su plan muy bien pensado y faltaba poco menos de una milla para dar alcance al otro barco cuando Sorsil se volvió hacia la cubierta principal desde su puesto junto al timón.

—¡Todos de vuelta a sus puestos! —gritó la segunda de a bordo—. ¡Adelante con vuestras tareas, perros! ¡Aquí no hay nada que nos interese!

Geran y sus compañeros se miraron, y luego volvieron hacia la toldilla. Narsk se aferró a la borda, mirando al otro barco mientras mostraba los colmillos. Después le gritó algo a Sorsil, y salió corriendo hacia la toldilla y se metió otra vez en su camarote. Sorsil echó otra mirada al cascarón y, a continuación, ordenó al timonel que cambiara de rumbo. El *Tiburón de la Luna* viró limpiamente a estribor y atravesó la estela del barco a una milla de su popa, corriendo ahora a favor del viento.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Geran en voz alta—. ¿A qué ha venido esto?

Oyó algunos murmullos de los demás tripulantes, que probablemente expresaban el mismo sentimiento.

—Narsk ha abandonado la persecución —observó Sarth—. ¿Por qué lo ha hecho?

—¡Mirad! —señaló Hamil—. El mercante está izando una bandera.

Geran se volvió para mirar y fue hacia la popa. La brisa hacía ondear ahora un estandarte en el palo mayor del barco; estaba seguro de que no estaba allí unos instantes antes, de modo que el capitán debía de haber ordenado ahora que lo izaran. Era un estandarte en cuarteles rojos y dorados que Geran conocía a la perfección.

—Es un barco de la Casa Marstel —dijo.

—¿Marstel? ¿Cómo? ¿La de los Marstel de Hulburg? —preguntó Sarth.

—Sí —respondió Geran—. ¡Ese bastardo de dos caras! Le ha pagado a la Luna Negra para que no ataque sus barcos. Y precisamente fue uno de los que reclamaban que el harmach hiciera algo en contra de la piratería.

—Hostigar al harmach para que hiciera algo era una forma de evitar que otras compañías mercantes llegaran a un acuerdo con los piratas —dijo Hamil—. Si es así, lord Marstel es un viejo zorro taimado. Jamás habría pensado eso de él.

—Ni yo —dijo Geran, que frunció el entrecejo tratando de interpretar todo aquello.

Entonces, los piratas reunidos junto a la borda volvieron a sus tareas, y el barco recuperó su rutina.

La decepción de la tripulación al ver que se le escapaba una presa que tenía al alcance de la mano tal vez fuera el desencadenante de lo que sucedió aquella tarde. El *Tiburón de la Luna* era demasiado pequeño como para tener algo parecido a un rancho de marinería organizado; la cocina de a bordo estaba situada en la toldilla, y Tao Zhe, el cocinero, descargaba el estofado de la noche en cualquier taza o recipiente que llevara cada hombre. Después de recibir comida caliente y un trozo de pan tosco, los marineros se acomodaban en cualquier rincón de la cubierta que encontraran y que les ofreciera abrigo contra el viento y lugar para sentarse y comer. Geran, Hamil y Sarth acababan de instalarse para consumir su poco atractiva comida cuando varios tripulantes pertenecientes al puño de Skamang se acercaron a ellos. Un chessantano de barriga prominente llamado Pareik, que llevaba la cabeza rapada y grandes pendientes de oro, los encabezaba.

—¡Levantaos, novatos! —les gritó—. Estáis en nuestro sitio.

—*Da la impresión de que Skamang ha decidido ponernos a prueba* —comentó Hamil, que con un suspiro colocó cuidadosamente su tazón sobre el suelo.

—Pues a mí me resulta cómodo —respondió Geran a Pareik.

Habría sido más fácil evitar lo que se avecinaba, pero sospechaba que eso los tendría pendientes de los caprichos de Skamang durante todo el viaje. Enfrentarse a Pareik y hacer gala de un temperamento despierto y violento podría ahorrarles innumerables problemas en el futuro, y también podría favorecer sus planes. Además, estaba de mal humor y no le gustaba la facha del tipo.

—Buscaos otro sitio.

Pareik hizo una mueca.

—De modo que te consideras demasiado bueno para comer tu rancho en otra parte —dijo. De un manotazo, hizo caer la taza de Geran de sus manos, y el estofado se derramó—. ¡Pues puedes comerlo de la cubierta, entonces! ¿Qué te ha parecido eso, novato?

Sin la menor vacilación, Geran recogió el tazón de su cena del suelo y se puso de pie de un salto. No fue necesario fingir enfado; sin pensárselo dos veces le tiró a la cara el tazón con el estofado que quedaba dentro. Pareik reculó, alzando demasiado tarde los brazos para defenderse, pero Geran le plantó la bota a la altura de la hebilla del cinturón y lo lanzó al otro lado de la cubierta. El pirata cayó dando tumbos y rodó por el suelo hasta dar contra la borda.

—¡Lo que creo es que voy a arrancarte los malditos dientes, eso es lo que creo! —le gritó Geran, enfurecido.

Dio dos pasos hacia Pareik, decidido a darle la paliza de su vida a ese chessantano, pero unas fuertes pisadas a su derecha le llamaron la atención. El ogro

Kronn estaba a su lado, mirándolo desde su altura con sus ojillos de cerdo. Sentado detrás de él, el norteño tatuado, Skamang, lucía una sonrisita irónica. Kronn habló con voz tonante.

—Haz golpeado a Pareik —dijo—. *Ezo zignifica* que cualquiera del puño de *Zkamang* puede pegarte a ti. ¡Kronn *perteneze* al puño de *Zkamang*! ¡Kronn te golpea a ti! —El ogro lanzó su enorme puño directamente hacia abajo, como si fuera a clavar un clavo en la cubierta.

Geran dio un salto atrás, esquivando el golpe con escasa gracia. Su antiguo mentor, Dared, hubiera hecho un gesto de contrariedad; siempre había dicho que Geran era de pies lentos, como cualquier humano alto. El elfo cantor de la espada podría haber evitado el puño de Kronn dando medio paso y volteando los hombros, lo mismo que Hamil, pero el salto desequilibrado de Geran bastó para sacarlo del camino del golpe de Kronn. El ogro bramó, contrariado, y saltó tras él; Geran corrió y puso el palo mayor entre él y el gigantón, ganando un momento para pensar.

Sarth y Hamil se pusieron de pie de un salto y avanzaron para incorporarse a la refriega, mientras el resto de la pequeña banda de Pareik dejaba su cena en la cubierta y se aprestaba a defender su puesto. Sin embargo, Murkelmor, el enano, se puso entre ellos y alzó una mano.

—¡Nada de eso! —gritó—. Vuestro hombre puso las manos en un miembro del puño de Skamang, y el puño de Skamang eligió a uno de los suyos para responderle, así es como se hace. ¡Si dais un paso más, tendrá que resolverlo el capitán!

—¡No me voy a quedar mirando mientras ese ogro aporrea a mi amigo! —dijo Sarth con rabia.

—Lo harás si sabes lo que es bueno para él y para ti —respondió el enano—. Dos hombres pelean; es algo entre los dos. Si alguien más participa, el capitán tiene que poner fin a la refriega.

—¡No te metas! —le gritó Geran a Sarth—. ¡Que esto quede entre Kronn y yo!

Geran se había enfrentado a ogros otras veces. Eran inmensamente fuertes, y su corpulencia les permitía aguantar heridas que habrían dejado incapacitado a cualquier adversario humano. Pero también eran lentos y les faltaba destreza, dependían totalmente de su corpulencia y de su fuerza. Con una espada en la mano, no le habría hecho ascos a un duelo con Kronn, pero ahora sólo contaba con sus manos desnudas.

Volvió a rodear el palo mayor. Kronn se agachó y embistió, y esa vez consiguió asir a Geran por el tobillo. Tiró de él y, tras hacerlo caer, lo arrastró a través de la cubierta, alzando un enorme puño para aplastar con él a su víctima mientras la tenía sujeta. Geran trató de poner el pie fuera del alcance del ogro, pero no lo consiguió. Desesperado, utilizó al ogro para anclar la pierna izquierda mientras hacía una tijera ascendente con la derecha. Golpeó al otro en el mentón con una patada rápida, haciéndole perder la puntería. El puño de Kronn casi erró el golpe del todo, pero le

golpeó en las costillas y lo derribó otra vez a la cubierta. A Geran se le escapó el aire en un resoplido angustioso, y se quedó boqueando, pero antes de que Kronn pudiera acabar con él de un sólido puñetazo, consiguió clavarle el talón derecho en la carnosa manaza que lo sujetaba por el tobillo y le dobló el pulgar en una dirección contraria a la normal. Kronn aulló, y Geran se liberó mientras seguía tratando de recuperar el aliento.

—¡Ve a por él, Kronn! —gritó Pareik—. ¡Ya casi es tuyo!

—¡No dejes que el ogro te coja así! —le gritó Hamil a Geran.

—Ni... se me... ocurriría —dijo Geran con voz entrecortada.

Kronn se lanzó otra vez a por él, y en esa ocasión el mago de la espada se arrojó por debajo de los largos brazos del ogro y le clavó la cabeza en la tripa. Le tocó al ogro quedarse sin aliento, y antes de que pudiera recuperarse, Geran le asestó varios ganchos contundentes debajo de la barbilla. Era como golpear a un toro; la cabeza del ogro apenas se movía. Casi lo único que conseguían los golpes era enfurecer a Kronn, y Geran se puso rápidamente fuera de su alcance mientras el ogro manoteaba como un loco y caía sobre una rodilla. Una idea temeraria le pasó a Geran por la cabeza. Hizo una pausa justo delante del palo mayor mientras el ogro se preparaba para asestarle otro puñetazo.

Esa vez el mago de la espada se quedó quieto hasta el último momento, antes de dejarse caer al suelo por debajo del puñetazo. En lugar de aplastar la cabeza de Geran como si fuera una calabaza, Kronn dio de lleno en el palo mayor.

El mástil entero se estremeció, pero ni siquiera el puñetazo de un ogro podía dañarlo; el gigantón aulló y se llevó la otra mano a los magullados nudillos.

—¡Kronn te matará por *ezto*! —rugió el ogro.

Geran dio una voltereta por la cubierta para ponerse de pie, pero Kronn cogió un pesado motón con una cadena que había al lado del palo mayor e hizo girar la polea de madera como si fuera un mayal. Lo lanzó furiosamente contra Geran; con cada vuelta arrancó astillas de la cubierta o golpeó contra el mástil y la borda. Los corsarios reunidos en derredor para presenciar la pelea dieron gritos de alarma y se separaron, pero un desgraciado recibió el golpe del pesado motón en el hombro en uno de los giros y salió dando vueltas como una peonza por la cubierta. Geran iba de un lado para otro, buscando un arma de la que servirse. No sabía lo que tenía previsto la Luna Negra sobre las armas en una reyerta, pero ya se encargaría más tarde de averiguarlo. Primero tenía que evitar que lo mataran.

—¡*Va una daga!* —le advirtió Hamil.

Geran miró por encima del hombro justo a tiempo para coger el pesado puñal que le arrojaba Hamil. No era gran cosa para defenderse de la fuerza apabullante de Kronn, pero el tacto del acero resultaba tranquilizador. Se dio cuenta de que, cosa sorprendente, estaba ahora en la posición exacta en que solía estar Hamil cuando los

dos entrenaban. Se enfrentaba a un adversario más corpulento, fuerte y lento, con un alcance mucho mayor. Y eso significaba que tenía que acercarse sin que lo matara.

Se preguntó qué habría hecho Hamil en un combate como ése. La respuesta le llegó rápidamente; había visto a Hamil combatir suficientes veces como para adivinar la forma en que acabaría su amigo con un enemigo corpulento y torpe. Una sonrisa iluminó su cara mientras se agachaba para esquivar otro balanceo del motón y giraba hacia la derecha, moviéndose a continuación otra vez hacia el palo mayor.

—¡Venga, Kronn! ¿No puedes darme? —lo retó.

El ogro aulló enfurecido y se lanzó otra vez a por él, pero Geran se agachó hacia el otro lado del mástil. El motón y la cadena se enrollaron en el mástil, momentáneamente enredados, y Geran hizo su jugada. Se lanzó hacia adelante y hacia arriba por debajo de la guardia de Kronn, y asestó varias puñaladas en el vientre y el pecho de Kronn, evitando un golpe mortal simplemente porque no sabía lo que sucedería si llegaba a matar a su adversario. Cuando Kronn alzó el brazo izquierdo para sacar a Geran del medio, le hizo una herida en el antebrazo desde la muñeca hasta el codo. La sangre salpicó la cubierta, y el ogro dio un alarido de dolor. Entonces, soltó el motón y la cadena, y cayó sobre su enorme trasero, protegiéndose con los brazos.

Geran se acercó para volver a golpear, pero de repente apareció Narsk en la cubierta principal; blandía una maza de cabeza claveteada.

—¡Malditos seáis todos! ¿Qué está pasando aquí? —rugió el gnoll.

Geran se apartó rápidamente de su enemigo.

—El nuevo me ha derribado al suelo y ha herido a Kronn cuando ha querido defenderme —se apresuró a decir Pareik—. ¡Habría matado a Kronn, capitán!

—¡Han sido los hombres de Skamang los que han empezado! —protestó Hamil—. Él ha tirado la comida de Aram sobre la cubierta buscando pelea. Ha tenido mucha suerte de que Aram no lo haya matado por ello.

—¡Está mintiendo! ¡El halfling es un mentiroso! —gritaron varios de los que apoyaban a Skamang.

Hamil dio un paso adelante para contestarles, pero Sarth lo sujetó.

El capitán gnoll hizo una mueca airada. Tal vez no tuviera ningún motivo para preocuparse por lo que les sucediera a sus nuevos marineros, pero al menos parecía que conocía tan bien a Skamang, Kronn y los demás como para adivinar lo que había sucedido. Se acercó a Kronn, que estaba tirado en la cubierta quejándose y sujetándose el abdomen con los brazos.

—¿Quién ha sacado la primera arma? —preguntó el gnoll.

El ogro alzó la vista hacia Narsk.

—Kronn no ha hecho nada, capitán. El nuevo se ha vuelto loco. Ha herido a Kronn. ¡Es la verdad!

Narsk lanzó una maldición y se volvió hacia Geran, esgrimiendo la maza con su manaza peluda. Se inclinó sobre Geran y le mostró los colmillos.

—Y supongo que tú vas a decirme que estabas dispuesto a luchar contra el ogro con las manos desnudas hasta que él se ha armado.

Geran lo miró sin parpadear.

—Nada de esto ha sido idea mía, capitán. El ogro ha arrancado el motón del palo mayor. He tenido que defenderme.

Sorsil carraspeó y miró al enano Murkelmor, que estaba sentado sobre un barril contemplando toda la escena.

—¿Has visto lo que ha sucedido, enano? —preguntó.

Murkelmor se encogió de hombros.

—Pareik ha desafiado a Aram, y cuando Aram se ha lanzado contra él, ha hecho que Kronn peleara en su nombre. Sospecho que ahora Kronn no está demasiado contento con todo esto. —Hizo una pausa y luego añadió—: Kronn ha sido el primero que se ha armado.

Narsk se volvió, sin dejar de murmurar entre dientes. Geran lo observaba atentamente con el pesado puñal todavía en la mano, preparándose por si el gnoll se volvía hacia él y trataba de golpearlo. Estaba dispuesto a matar a Narsk si era necesario, y le importaban un bledo las consecuencias, pero el gnoll miró hacia Kronn, tirado en el suelo.

—Te han derrotado, pedazo de carne. ¿Lo das por terminado, o seguís peleando tú y Aram hasta que uno de vosotros muera? Y me parece a mí que no va a ser Aram.

—Se acabó, capitán —dijo Skamang. El norteño echó al ogro una mirada severa—. Kronn no volverá a molestarlo.

—¿Es eso cierto, Kronn? —preguntó Narsk.

El ogro miró a Skamang y asintió.

—Kronn dice que se ha acabado.

—Entonces, arriba y que alguien cosa tus trozos —dijo el gnoll. Miró a los marineros reunidos e hizo un gesto airado con la mano—. ¡Volved al trabajo, todos!

Kronn se levantó despacio. Seguía sangrando profusamente. Le dirigió a Geran una mirada rencorosa, llena de odio, y luego fue arrastrando los pies hacia donde estaban Skamang y su banda. Geran se lo quedó mirando por si de repente se arrepentía, y sólo se reunió con Sarth y Hamil cuando le pareció que no había peligro en volverle la espalda al adversario. Le devolvió el puñal al halfling.

—Gracias —le dijo.

Hamil miró hacia donde estaba el otro, en el lado contrario de la cubierta.

—Será mejor que te lo quedes, tengo todavía un par de ellos.

Sarth miró de cerca a Geran.

—¿Estás malherido? ¿Necesitas ayuda?

Geran se palpó las costillas con una mueca de dolor.

—Estoy bastante bien —respondió.

No obstante, se dio cuenta de que sentía dolor por todos lados: las costillas, el tobillo izquierdo, el pie derecho por haber golpeado la mandíbula del ogro, e incluso la espalda, por las veces que había caído o se había tirado sobre la cubierta.

—Si tanto te preocupa, la próxima vez dejaré que seas tú el que pelee con el ogro. Así se hacen las cosas.

El hechicero lo sorprendió con una risa repentina.

—Lo tendré presente —dijo—, pero dudo de que te vayan a molestar durante un tiempo. Has vencido a Kronn, y con eso has ganado el respeto del resto de la tripulación.

—Y el de Narsk —dijo Hamil en voz baja.

El halfling señaló hacia la toldilla, donde se paseaba el gnoll. Tenía los ojos rojos, entrecerrados, fijos en Geran. Narsk se los quedó mirando un rato más antes de bajar de la toldilla y meterse otra vez en su camarote.

—Sospecha algo —dijo Sarth.

Geran miró hacia la puerta del camarote. Todavía tenía que averiguar qué era lo que Kamoth le había dado a Narsk, y mientras tanto estaban un día más cerca de lo que tenía en mente el lord pirata, fuera lo que fuere.

—No podemos hacer mucho al respecto —respondió. Recogió el tazón de su cena de la cubierta tratando de no hacer una mueca por la protesta de las costillas—. Vamos, quiero ver si a Tao Zhe le queda algo en la cocina, ya que Pareik y Kronn me han estropeado la cena.

ONCE

4 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Geran se enteró muy pronto de lo mucho que había crecido la estima del resto de la tripulación por él. A primera hora de la mañana siguiente, cuando una vez más ayudaba a Tao Zhe con el trabajo de la cocina, Murkelmor se acercó por allí y se sentó en la tapa de una escotilla, observándolo mientras fregaba. El áspero enano estuvo estudiándolo largo rato sin hablar, mientras rascaba el hollín amontonado de una vieja pipa.

—Si te interesan las potas, puedes buscar un cepillo y ayudar —le dijo Geran por fin.

Murkelmor no hizo el menor intento de ayudarle, pero le dedicó una sonrisa hosca.

—Fue una buena gresca la de ayer —dijo—. Nadie había conseguido superar a Kronn armado sólo con sus propias manos. Jamás pensé que vería tal cosa.

—Podría haber resultado al revés si Dagger no me hubiera arrojado su cuchillo.

—Sí, pero supiste imponerte hasta que el ogro le dio a tu amigo motivos para ayudar. —Murkelmor se inclinó hacia adelante—. Eres un luchador duro, no cabe duda, y puede que los otros dos también lo sean, pero tres no son suficientes para cubrirse las espaldas. Vas a necesitar más aliados, Aram.

Geran dejó de fregar y se enderezó. Había otros tres enanos a bordo. Murkelmor y sus compinches formaban una banda muy unida y callada, y se cubrían mutuamente. Y había visto que varios de los tripulantes humanos —en su mayoría, teshanos, hombres y mujeres de las tierras del Mar de la Luna— andaban siempre cerca de los enanos. La banda de Murkelmor contaba así con unos ocho o nueve miembros, y la anexión de Geran y sus amigos la reforzaría de una manera importante.

—Aceptaríamos aliados con gusto —dijo después de pensárselo un momento—, pero no buscamos un jefe. Yo soy mi propio jefe.

—Te entiendo —concedió el enano—. Suelo hablar en nombre de mi puño las más de las veces, pero no soy un reyezuelo como Skamang. No trataré de decirte lo que debes hacer. Me basta con tener un aliado. Protege a los míos, y nosotros haremos lo mismo por vosotros.

—Hecho —le dijo Geran.

Tendría que hablarlo con Hamil y Sarth, pero Murkelmor era exactamente el tipo de aliado que los tres estaban buscando. El enano asintió y se marchó con su andar despreocupado.

Al atardecer de la quinta jornada, dos días después del duelo de Geran con Kronn, el *Tiburón de la Luna* entró en el puerto fortificado de Mulmaster un poco antes de la

puesta del sol. El humo de docenas de forjas y fundiciones llenaba las calles empinadas y se pegaba a los tejados; como la mayoría de los asentamientos del Mar de la Luna, Mulmaster era una ciudad que vivía del trabajo del hierro y de la extracción de metales preciosos de las montañas cercanas. Un conjunto diferente de barcos mercantes se mecía suavemente con el oleaje, pero por lo demás, casi nada había cambiado desde la anterior visita de Geran a bordo del *Dragón Marino*.

—Otra vez Mulmaster —comentó Hamil mientras movían los remos rítmicamente—. Bueno, ahora sabemos que al menos un barco de la Luna Negra visita este puerto. Uno de esos tipos con los que hablamos hace unos días nos mintió.

—Es posible —dijo Geran—. Pero también es posible que la *Reina Kraken* no haya estado jamás aquí. Puede ser que Kamoth envíe a otros barcos a hacer sus recados en los puertos más grandes.

No sorprendió en absoluto a Geran que no se produjera la menor alarma por la llegada del *Tiburón de la Luna* al puerto de la ciudad. Un práctico se acercó en un bote de remos y guió a la galera mientras entraba en la estrecha bahía. Narsk no se dejó ver, pero Sorsil habló con el hombre y le entregó un pequeño soborno. Realizada la transacción, el práctico le indicó al *Tiburón de la Luna* un amarradero vacante en el muelle de piedra de la ciudad y se marchó. Sorsil se puso al timón y gobernó el barco corsario con mano experta hasta el muelle, donde los marineros amarraron con cuatro pesadas maromas.

En cuanto el barco quedó amarrado, Narsk salió de su camarote vestido con una pesada capa con capucha que ocultaba sus bestiales facciones. Era posible ver a un número reducido de las llamadas razas salvajes en cualquier ciudad grande de Faerun, pero en su mayoría eran goblins u orcos... Un gnoll no podía por menos que llamar la atención. Escogió a varios marineros del puño de Skamang entre los que estaban amarrando el barco.

—Vosotros tres —dijo con un gruñido—, armaos y venid conmigo. Tengo cosas que hacer en tierra. Sorsil, no dejes que nadie baje del barco hasta que yo vuelva. No tardaré mucho.

—Bien, capitán —replicó la segunda de a bordo.

Sorsil ocupó un puesto junto al portalón mientras Narsk y sus guardias bajaban a tierra y se encaminaban hacia la ciudad.

Geran observó al gnoll, que desaparecía en las estrechas calles, mientras Hamil y Sarth se ocupaban de sujetar los remos del barco.

—Creo que ésta es mi oportunidad —les dijo a sus compañeros—. Si quiero echar un vistazo en el camarote de Narsk, éste es el momento.

—De acuerdo —dijo Hamil—. El plan del que hablamos.

Geran asintió.

—Es mejor que actuemos con rapidez. No creo que Narsk esté fuera del barco

mucho tiempo.

Hamil subió a la toldilla y empezó a enrollar los cabos por allí. Su misión era actuar como vigía y advertir a Geran si venía alguien. Geran y Sarth se encaminaron abajo, a los camarotes de la tripulación, y desde allí fueron avanzando hasta la bodega que quedaba directamente debajo del camarote de Narsk. Sarth cerró la puerta después de entrar y apoyó la espalda en ella. También actuaría como vigía. Geran necesitaba que la bodega permaneciera vacía, y a Sarth le correspondía asegurarse de que ningún marinero anduviera por allí en un momento inoportuno.

—Supongo que tendrás claro que tal vez tengamos que salir del barco combatiendo si esto sale mal —le dijo el tiflin.

—Lo sé —respondió Geran.

A pesar de todo, ésa era la primera ocasión que se le había presentado en días de averiguar qué había en el sobre que Sergen le había entregado a Narsk. Sólo esperaba que el gnoll no se lo hubiese llevado consigo al bajar a tierra.

Antes de poder volverse atrás, centró su mente preparándose de la manera calma y silenciosa que había aprendido bajo las hojas de Myth Drannor. Puso por delante de cualquier otro pensamiento las palabras místicas del conjuro de teletransportación, sintiendo el poder que encerraban las sílabas arcanas. Empuñó la daga de Hamil en la mano derecha para estar preparado por si aparecía en medio de una pelea. Entonces, el mago de la espada impulsó toda su fuerza de voluntad hacia las sílabas arcanas arraigadas en su mente mientras pronunciaba una sola palabra en elfo:

—*¡Seiroch!*

Hubo un instante de oscuridad vertiginosa, una sensación de frío intenso, y Geran se encontró de pie en el camarote, justo encima del lugar de la bodega donde estaba antes. Se volvió rápidamente, daga en mano, pero no había nadie más en la habitación. El camarote de Narsk estaba vacío por el momento. Con un pequeño suspiro de alivio, enfundó la daga y estudió el entorno más concienzudamente.

Estaba oscuro y lleno de cosas, y en el aire se respiraba un fuerte olor animal. Geran frunció la nariz en un gesto de desagrado; era evidente que Narsk no era muy escrupuloso con la higiene de su camarote. Se dio cuenta de que iba a necesitar un poco de claridad para ver, de modo que sacó una moneda de cobre del bolsillo y pronunció en silencio las palabras de un conjuro de luz. La moneda empezó a relumbrar con un brillo cálido. Geran se apresuró a envolverla en un trozo de tela para amortiguar la luz todo lo que pudo. No quería que su brillo se viera por las ventanas que ocupaban la popa del barco. Bajo la endeble luz estudió el entorno. Había ropa tirada por todos lados, donde Narsk la había dejado, platos con restos de cenas de varios días, y por doquier se veían los más variados objetos —copas de oro, cubiertos con mangos de madreperla, pequeños ídolos y demás efectos productos del pillaje de una docena de barcos—, junto con lo que parecía media armería.

—¿Dónde habrá puesto Narsk esa carpeta? —se preguntó Geran en voz baja.

Se acercó al pequeño escritorio del camarote y buscó entre las viejas cartas marinas y manifiestos de carga allí esparcidos. Al igual que los objetos valiosos, debían de pertenecer también a presas del *Tiburón de la Luna*. Al no encontrar nada allí, Geran empezó a buscar en los cajones. Luego, pasó a las estanterías con libros —le resultaba difícil creer que Narsk fuera capaz de leer, pues jamás había oído de ningún gnoll que supiera leer—, pero tampoco allí encontró nada. Cada vez se convencía más de que iba a tener que revisar a conciencia todo el camarote.

Le llevó un cuarto de hora, pero por fin encontró la carpeta de cuero debajo del colchón de Narsk. Confiando en que el capitán fuera a estar ocupado en tierra un poco más, Geran se sentó en el escritorio y sacó con cuidado el contenido de la carpeta: dos cartas escritas sobre pergamino, una breve y la otra larga. Leyó primero la más corta.

Narsk:

Dirígete a Mulmaster y no llegues a puerto más tarde del 5 de Marpenoth. Ve a la concesión de los Magos Rojos y pregunta por Iomauld. Dile que vas a por la brújula estelar y que el capitán supremo realizará el pago como de costumbre. Iomauld te explicará el funcionamiento del aparato. Instálalo y acude al lugar de encuentro. Si los Magos Rojos desean el pago inmediato, págalos lo que te pidan por la brújula; después te lo compensaré. Si la brújula estelar no está lista o si tienes alguna dificultad, no pierdas tiempo en Mulmaster. Debes acudir al lugar de encuentro sin falta.

KAMOTH

—¿Brújula estelar? ¿Qué es eso? —se preguntó Geran.

Al parecer, era algún tipo de dispositivo mágico. Los Magos Rojos tenían fama como proveedores de artilugios encantados. Tenían fortalezas por todas las ciudades del Mar Interior, lugares imponentes, donde los misteriosos expatriados de la antigua Thay realizaban sus siniestros conjuros para todo el que pudiera pagar sus servicios. En cualquier caso, eso era probablemente lo que Narsk estaba haciendo en ese preciso momento.

Geran dejó a un lado la carta y cogió la segunda. No había hecho más que desplegarla cuando oyó en su mente la voz de Hamil.

—¡Narsk ya viene de regreso, Geran! Más te vale salir deprisa de ahí.

—¡Maldita sea! —dijo Geran para sí, y se puso a leer a toda prisa la segunda carta.

Narsk:

Como máximo tres horas después de la puesta del sol del 7 de Marpenoth, acude con el *Tiburón de la Luna* a un punto tres millas al sur de las ruinas de Seawave, sobre la línea costera, a unos treinta y cinco kilómetros al oeste de Hulburg. Habrá una gran hoguera en la costa para facilitar la llegada al punto de encuentro. No llegues demasiado pronto porque no queremos que puedan avistar la flota mientras se reúne. Permanece en alta mar hasta que se haga de noche si es necesario. Cuando la Luna Negra se haya reunido, nos dirigiremos a Hulburg y atacaremos la ciudad a primera hora del día 8. Tu misión consiste en desembarcar a la tripulación del *Tiburón de la Luna* en los muelles, junto a la concesión de la Casa Sokol. Es el astillero más occidental de la ciudad, al lado de los promontorios del cabo Keldon. El *Wývern* desembarcará en los muelles de la

Doble Luna, justo a tu derecha.

Tu gente debe incendiar el edificio del Consejo, donde se reúne el Consejo Mercantil de Hulburg. Después de eso, queda en libertad de saquear, matar o incendiar a su antojo. Habrá hombres de la Luna Negra apostados delante de los lugares que hay que respetar; asegúrate de que tus hombres sepan que deben hacer caso de cualquier hombre que lleve un brazalete negro. Con el resto de la ciudad y de sus gentes pueden hacer lo que les dé la gana.

Todos los barcos de la Luna Negra se retirarán en cuanto salga el sol, a menos que el capitán supremo en persona indique lo contrario. Asegúrate de que tu tripulación entienda que los rezagados se quedarán en tierra. Si tienes en tus manos la brújula estelar, acompañarás al *Reina Kraken* a Neshuldaar, es el undécimo islote. De lo contrario, debes acudir al río Lis y al Mar Interior.

Ningún pirata ha realizado jamás una incursión de cinco barcos en el Mar de la Luna. Golpead con dureza y rápidamente, y el harmach ni siquiera llegará a saber quién los atacó.

KAMOTH

—¡Misericordioso Ilmater! —dijo Geran con voz entrecortada.

¡La Luna Negra tenía intención de atacar Hulburg y sólo faltaban cuatro días para la fecha fijada! Con cinco barcos podían llevar fácilmente quinientos o seiscientos hombres. Contando con el factor sorpresa, podrían causar daños incalculables. Tenía que encontrar una manera de advertir al harmach Grigor. Los corsarios pensaban atacar una ciudad dormida, totalmente ajena al peligro que la acechaba desde el mar; pero si el harmach convocaba a la Hermandad de la Lanza y reunía a los mercenarios de todas las compañías mercantes para hacer frente al ataque pirata en los muelles, Hulburg podría vencer a la Luna Negra con escasos daños.

—¡Geran, Narsk está subiendo a bordo! —gritó la voz de Hamil en su mente—. ¡Tienes que salir de ahí ahora mismo!

Geran metió las dos cartas en la carpeta, y luego puso ésta debajo del colchón, donde la había encontrado. Ya se oía la voz crispada de Narsk al otro lado de la puerta del camarote. Echó otra rápida mirada en derredor para asegurarse de que no hubiera dejado nada muy fuera de lugar; después se metió la moneda luminosa en el bolsillo y despejó su mente. Ya se oía la llave en la cerradura cuando cerró los ojos y susurró:

—¡Seiroch!

Hubo un instante de negrura helada y, acto seguido, apareció tambaleándose en la oscuridad de la bodega, debajo del camarote de Narsk. Sarth lo sujetó para que no cayera.

—Estoy aquí, Geran —susurró el tiflin—. ¿Has encontrado las instrucciones de Kamoth?

—Las he encontrado.

Geran se disponía a decir algo más, pero oyó que se abría la puerta del camarote y las pisadas de Narsk resonaron encima de sus cabezas. Los corrajes del gnoll tintinearón y se oyó el ruido amortiguado de algo que dejaban caer sobre la cama y de la pesada capa sobre el suelo. Después, Narsk hizo una pausa y lanzó un hondo rugido, como un lobo furioso. Unos pasos rápidos recorrieron el camarote de un lado

a otro varias veces y, a continuación, el gnoll volvió a salir a toda prisa a la cubierta.

—¿Te has dejado algo? —le preguntó Sarth a Geran.

—No lo creo, tal vez haya dejado algo fuera de su lugar. —Hizo una mueca. Ya no se podía hacer nada. Sólo podía reunirse con la tripulación y comportarse como si nada hubiera ocurrido.

Cogieron dos barriles de cerdo en salazón del almacén y atravesaron con ellos la zona de los camarotes de la tripulación hacia la cocina; por el camino se encontraron con varios marineros. Tao Zhe no estaba allí. Geran dio un suspiro de alivio. Realmente no se le había ocurrido ningún motivo creíble para presentarse ante el cocinero shou con algo que él no había pedido, pero tenían que explicar de alguna manera su presencia en el almacén, que quedaba debajo del camarote del capitán.

Volvieron a subir a la cubierta principal y encontraron a Hamil esperándolos allí.

—Hay problemas —dijo Hamil en voz baja—. Creo que Narsk ha captado tu olor.

—¿Mi olor?

Geran se volvió a mirar hacia el camarote del capitán. Narsk estaba en la puerta, olisqueando el aire. Geran ignoraba lo agudo que podía ser el olfato de un gnoll, pero considerando el hocico de hiena de Narsk, tenía que llegar a la conclusión de que debía de ser más agudo que el suyo. La cuestión era si tenía o no una idea suficiente del olor de Geran como para identificarlo.

—Si has encontrado lo que necesitabas en el camarote de Narsk, éste podría ser el momento indicado para saltar del barco —murmuró Sarth—. ¿Qué más puedes ganar quedándote a bordo?

Geran pensó con rapidez, Necesitaba encontrar una manera de advertir a Hulburg de lo que se les venía encima. Eso era lo más importante. Le gustaría averiguar más sobre la brújula estelar y para qué servía, o seguir adelante con su carrera de Corsario y ver qué más podía averiguar sobre la Hermandad de la Luna Negra, pero éstos eran objetivos secundarios.

—¿Ha traído Narsk algo a bordo al volver? —preguntó mirando a Hamil—. ¿Tal vez algún envoltorio?

—Sí, algo del tamaño aproximado de una sombrerera. Me ha resultado extraño que lo llevara él en lugar de uno de los hombres que lo acompañaban. ¿Por qué? ¿Qué es?

—Creo que es algo llamado brújula estelar. Puede ser importante. —Geran se volvió luego hacia Sarth—. ¿Conoces algún conjuro de envío? —preguntó.

—No tengo mis libros conmigo —respondió el tiflin—. Siguen a bordo del *Dragón Marino*.

—Entonces, tenemos que permanecer a bordo del *Tiburón de la Luna*. Los barcos de la Luna Negra se están reuniendo para atacar Hulburg dentro de dos días. No daremos con ningún barco que nos lleve a Hulburg antes de esa fecha. Tendremos

que encontrar una manera de advertir al harmach del ataque de la Luna Negra.

Hamil hizo una mueca.

—El aviso no les va a servir de mucho. ¿No vamos a llegar al mismo tiempo que los demás barcos de la Luna Negra?

—Puede ser que encontremos alguna forma de advertir a Hulburg de nuestra presencia —dijo Geran—. Por lo menos, Sarth podrá adelantarse y darles unos cuantos minutos de ventaja.

—En ese caso, me parece que vamos a seguir como corsarios un poco más —dijo Sarth—. Y eso significa que tenemos que desviar las sospechas de Narsk. Tiene que haber una manera de disimular tu olor, Geran. No sé cómo.

—¡*Sorrsil!* Reúne a la tripulación —gritó Narsk—. ¡Los quiero a todos ante el palo *mayorr* ahora mismo!

—¡De acuerdo, capitán! —respondió la mujer, y a voces empezó a convocar a todos a la cubierta principal.

Geran se quedó petrificado un momento. Estaba seguro de que tenía que permanecer a bordo, pero si Narsk se daba cuenta de que había estado en su camarote...

—¡Deprisa, Geran! —dijo Hamil—. Ve abajo, al armario de Sarth. Cambia tus ropas por su muda limpia y tira las tuyas por la borda. Puede ser que eso reduzca tu olor.

Valía la pena intentarlo. Geran se metió en la cocina y de allí, bajo cubierta, llegó hasta los camarotes de la tripulación. Los demás marineros se quejaban mientras abandonaban sus cois y trataban de subir a la cubierta principal; nadie le prestó demasiada atención. Encontró el armario de Sarth, sacó una túnica y unos pantalones, y volvió a la cocina. Se quitó la ropa, se roció con agua del gran barril que allí había y se frotó rápidamente con un puñado de arena que Tao Zhe guardaba en un cubo. Acto seguido, se puso las prendas de Sarth, volvió a subir a la cubierta principal, donde ya estaban casi todos reunidos, y tiró su propia ropa por la borda antes de colocarse al lado de los demás.

Sorsil lo sorprendió tratando de meterse subrepticamente entre los últimos.

—¡Lerdo! —lo recriminó—. ¡Espero que la próxima vez no llegues el último!

Geran vio las estrellas. Se cogió el brazo y miró a Sorsil con rabia, pero la segunda de a bordo ya había avanzado. «Después de todo, tal vez habría sido mejor abandonar el barco en Mulmaster», pensó.

Antes de que pudiera reconsiderar su plan, Narsk avanzó hasta colocarse en medio de los marineros.

—Silencio y quietos —gruñó el gnoll.

Fue pasando de una persona a otra, dominándolos a casi todos con su estatura y con el brillo feroz de sus ojos rojos. Olfateaba ostensiblemente de vez en cuando,

deteniéndose delante de alguien, y luego seguía. Geran trató de calmarse. Si empezaba a sudar perdería la ventaja temporal de haberse vestido con la ropa de Sarth, pero, por si acaso, mantenía la mano pegada a la empuñadura de la daga que le había dado Hamil.

Narsk llegó a él y olfateó varias veces. Geran lo miró de frente sin pestañear. Narsk no esperaba que diera muestras de tener miedo, de modo que no lo hizo. El gnoll entornó los ojos.

—¿Dónde estabas, Aram? —le preguntó.

—En la cocina. Quería algo de comer.

El gnoll lo estudió un momento más y pasó de largo. Geran se contuvo para no suspirar, aliviado. Cuando el gnoll acabó con la tripulación volvió hacia la toldilla murmurando entre dientes.

Geran se dio cuenta de que los demás tripulantes se miraban, extrañados. Sin duda, se estarían preguntando qué estaba buscando Narsk, pero nadie dijo nada. Buscó a Hamil y a Sarth, y vio que lo estaban mirando. Habían estado cerca.

—*Sorsil, prrepara* la partida —le gritó Narsk a su segunda—. Nos *marrchamos*.

Un murmullo recorrió la tripulación, y dio la impresión de que Sorsil tenía intención de protestar, pero se lo pensó mejor. Pocos barcos abandonaban un puerto después de oscurecer. En primer lugar solía ser mejor contar con la luz del día para sacar con todo cuidado el barco del puerto, pero lo más importante era que las tripulaciones esperaban cualquier oportunidad para bajar a tierra y gastarse las monedas conseguidas con tanto trabajo en mujeres y bebida. Los marineros del *Tiburón de la Luna* estaban que hervían por escaparse un rato del barco, y Narsk les estaba negando la diversión. Por supuesto, no sabían lo que sabía Geran: el capitán gnoll tenía que acudir a una cita en aguas próximas a Hulburg en apenas dos días.

En cuestión de un cuarto de hora, Sorsil dio la orden de levar anclas, y la tripulación volvió a ponerse a los remos. La pálida luna asomó en medio de las nubes mientras salían remando silenciosamente del puerto de Mulmaster; esa vez la segunda de a bordo no gritó ni pegó a los marineros que iban a los remos. Remaron hasta estar a unas buenas dos millas de la bocana del puerto; entonces, Sorsil les dio la orden de recoger los remos.

—Permaneced en vuestros puestos con la boca cerrada —les dijo—. El capitán quiere hablaros.

Narsk se colocó en la corta escala que llevaba a la toldilla. El gnoll mostró los colmillos y en su cara canina se dibujó algo que podía pasar por una sonrisa.

—¡Es hora de deciros hacia dónde navegamos! —dijo—. Al *anochecerr* de pasado mañana estaremos a cinco kilómetros de las ruinas de Seawave. Allí nos *rreuniremos* con el *Rreina Kraken*, el *Wyvern*, el *Audaz* y el *Lobo de Marr*. ¡Los cinco *barrcos* de la Luna Negra *rreunidos* en una flota! ¡Juntos *pondrremos rrumbo* al este

y atacaremos la ciudad de Hulburg en la oscuridad de la noche!

Eso arrancó vítores entusiastas a los marineros que rodeaban a Geran. Con un poco de retraso, el mago de la espada se unió a ellos, levantando el puño al aire. Narsk continuó:

—Tenemos que incendiar el Consejo *Merrcantil* y, a continuación, *podrremos* hacer lo que nos plazca. ¡*Prretendo* llenar la bodega con el *prproducto* del pillaje y con cautivos! ¡Todos vosotros, hasta el último *perrro*, seréis *rrricos* si sois capaces de cogerr lo que queráis de los *gorrdos* y estúpidos habitantes!

Eso arrancó más vítores.

Narsk volvió a sonreír.

—Los *hulburrqueses* no *querrrán separarrse* de sus tesoros —dijo—. En cuanto se den cuenta de lo que pasa lucharán *contrra nosotros*, de modo que no bebáis, permaneced en grupos de cinco o más, y matad a todo el que se os ponga por delante. Podemos *dedicarrnos a saquearr y beberr* después de haber combatido, pero antes tenemos una batalla que *ganarr*. ¡Que *Umberrlee* se apiade del *perrro* que vuelva a mi barrco sin *sangrre* en la espada!

La tripulación pirata volvió a rugir. El gnoll lanzó una risotada salvaje.

—¡Pasado mañana *porr* la noche! ¡*Hulburr* *tarrdará* muchos años en *olvidarr* el nombre del *Tiburón de la Luna*, os lo *prrometo*! —Los saludó agitando la peluda garra y bajó los últimos peldaños de la escala, dejando que Sorsil despidiera a la tripulación.

Hamil se volvió en su bancada para mirar a Geran.

—*Bueno, ahí lo tienes* —le dijo con su habla silenciosa—. *¿Cómo piensas evitar esto, Geran?*

El mago de la espada miró a los piratas reunidos en la cubierta, vanagloriándose por adelantado de lo que iban a hacer en Hulburg. Frunció el entrecejo y miró a Hamil a los ojos, la única manera de que el halfling pudiera oír a su vez sus pensamientos.

—*No se me ocurre ninguna manera* —respondió—. *Tenemos que llegar a Hulburg mañana por la noche, aunque para ello tengamos que apoderarnos del barco y hacerlo navegar nosotros mismos.*

DOCE

5 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

El aire frío y húmedo de la noche se arremolinaba en torno a Rhovann Disarnnyl mientras sobrevolaba los tejados de las miserables Escorias de Hulburg. Seguía manteniendo el aspecto de Lastannor, el mago turmishano que asesoraba a lord Maroth Marstel, y mientras surcaba como una flecha el oscuro cielo, su sayal marrón con capucha flotaba tras de sí. Era una ironía, pero había dedicado tanto tiempo y esfuerzo a cultivar la situación de Lastannor en esa miserable ciudad humana que no podía permitir que lo vieran yendo desde la villa de Marstel hasta el lugar al que se dirigía. Por eso había recurrido a un conjuro de vuelo para salir, sin que lo viera nadie, a ras del suelo, de sus habitaciones en la casa de Maroth Marstel y su intención era volver de la misma manera.

Había poca gente por ahí a esas horas, y estaba casi seguro de que nadie repararía en una forma silenciosa y oscura en el aire, sobre todo teniendo en cuenta que las escasas y mortecinas luces amarillas de las calles impedían ver si algo se movía en lo alto. Rhovann anduvo de un lado para otro por encima de las Escorias durante un momento para asegurarse de ir bien encaminado, y luego descendió hacia el edificio que buscaba. Sin el menor ruido se dejó caer desde el cielo nocturno hacia el callejón oscuro que había detrás de la destartalada posada y taberna que estaba buscando. Miró en derredor atentamente, consciente de que los ladrones y bandidos solían esconderse en sitios como ése para asaltar a los clientes borrachos que salían de las tabernas.

Por ahora, parecía que no había nadie más que él en el callejón. Como una bofetada lo asaltó el olor a basura y a letrinas, e hizo un gesto de asco. Los humanos —como mínimo, los pobres— eran una raza mugrienta, al menos para la vida a la que él estaba acostumbrado. Los elfos jamás habrían permitido semejante cosa en una de sus ciudades. No era la primera vez que maldecía la mala fortuna que había unido su destino a humanos zafios, groseros y malolientes, en lugar de compartir el de los cultivados *Tel'Quessir* a los que pertenecía. Habría sido mejor construir una torre solitaria en algún lugar remoto y desierto, y vivir recluso, que aceptar ese exilio permanente entre las ciudades grandes y pequeñas de la especie humana. En cuanto se produjera la caída de Geran Hulmaster, tal vez podría elegir el rumbo de su vida.

Con un suspiro se abrió camino por el callejón, giró a la izquierda y llegó a la puerta principal de la posada. Sobre la puerta colgaba un viejo y desvencijado cartel de madera en el que apenas se veían tres coronas de oro encima de unas espadas cruzadas. Rhovann miró a un lado y a otro de la calle antes de entrar. La taberna estaba junto al vestíbulo, y a través de las pesadas vigas de madera de la arcada de

entrada pudo ver a docenas de humanos ocupados en beber, hasta perder el sentido, los peores brebajes que se puedan imaginar. Algunos alzaron la vista cuando entró, pero él iba bien oculto bajo su voluminosa capa. Sólo se veía un borde ensombrecido de piel oscura y áspera por debajo de la capucha, junto con una hirsuta barba gris con el corte cuadrado y falto de estilo de Turmish.

Rhovann paró con un toque de la mano a una de las mozas que pasaba rápidamente realizando un servicio.

—Un amigo me espera —dijo en voz baja—. Tiene que ser en un reservado. ¿Dónde está?

La moza alzó la mirada hacia él, y el miedo ensombreció su cara. Rápidamente se llevó un dedo a la frente y apartó la vista.

—Por aquí, si haces el favor, milord —dijo.

Lo condujo a través de la taberna a un pequeño comedor que había detrás de la sala común; llamó e indicó a Rhovann que entrara en la habitación. Dentro, sentado a un extremo de la mesa, esperaba un humano pálido, con una sombra de barba grisamarillenta debajo de la boca. Iba vestido como un jornalero.

—Aquí está tu invitado, milord —dijo la muchacha.

—Excelente —repuso el hombre pálido—. Tráenos una jarra de tu mejor vino, querida. Cuidado, que no sea de ese brebaje que soléis servir. Somos caballeros de buen gusto.

—Como deseas, milord. —Y la chica partió con una inclinación de cabeza.

Rhovann entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿No podríamos haber encontrado una taberna más desastrosa para nuestro encuentro, Valdarsel?

—Sé que no es gran cosa, pero aquí me conocen —replicó el hombre pálido con una sonrisa forzada—. Me parece que el propietario tiene el aspecto de servir al Sol Negro. Inspirado por su ejemplo, o puede ser que sólo por el miedo de perder su empleo, su gente hace con prontitud el trabajo de Cyric. Entienden mis exigencias y ponen cuidado en satisfacerlas. Y hablando de mis exigencias...

Rhovann buscó bajo su sayal y sacó una pequeña bolsa de cuero que tintineó suavemente. La puso sobre la mesa y la deslizó hacia el sacerdote de Cyric, que la sopesó y luego aflojó la cinta que la cerraba para espiar el interior. El mago estaba totalmente seguro de que Valdarsel ya recibía dinero de algún otro poder con intereses en Hulburg, pero estaba dispuesto a hacer como que no sabía nada si el cyricista lo consideraba oportuno. Además, ¿qué le importaba a él el dinero de Marstel?

—Es la suma habitual —le dijo Rhovann—. Cuéntala si quieres.

—Lo haré después —respondió Valdarsel, que volvió a atar las cintas de la bolsa y la deslizó en un bolsillo, debajo de su túnica—. Gracias, buen mago. Esto debería

bastarme para reclutar y armar a otros cincuenta Puños Cenicientos, aunque probablemente necesitaré traer algunos de las ciudades vecinas. Por supuesto, me aseguraré de que los Puños Cenicientos no causen dificultades a la Casa Marstel.

—Por supuesto, aunque puede ser que llegue el momento en que te indique que organices las cosas para que algún daño selectivo recaiga sobre bienes de Marstel. No sería lógico que las propiedades de mi señor quedaran totalmente al margen de los desmanes de tu chusma. Eso podría despertar sospechas.

—Una sabia medida —comentó el cyricista—. Hazme saber cuándo y dónde quieres que den el golpe los Puños Cenicientos.

Se oyó a alguien llamar a la puerta que tenía a sus espaldas. La moza la abrió con cuidado y entró con una bandeja en la que había una jarra de vino, dos copas, una hogaza de pan negro y un buen trozo de queso. Lo dispuso todo en la mesa entre los dos hombres, sirvió vino en las dos copas y con una reverencia se retiró. Rhovann esperó que la puerta se cerrara antes de continuar.

—Traigo noticias que te van a interesar —dijo—. Alrededor de la medianoche de pasado mañana, la Hermandad de la Luna Negra atacará Hulburg. Tengo entendido que será una incursión importante, la más grande incursión pirata en el Mar de la Luna desde hace cien años: cinco barcos llenos de corsarios. Espero que causen muchos daños a los vecindarios próximos al puerto.

Valdarsel se lo quedó mirando un momento antes de recostarse en su silla con su copa de vino.

—¡Vaya! —murmuró—, ¿es que tus poderes mágicos te han revelado que este peligro se cernía sobre la ciudad?

Rhovann sonrió.

—Si quieres considerarlo así...

—¿Y por qué motivo me adviertes a mí del ataque?

—Después de una incursión devastadora, habrá furia y recriminaciones. La incapacidad del harmach para defender Hulburg de los ataques de los piratas del Mar de la Luna quedará al descubierto. Quiero que los Puños Cenicientos armen mucho jaleo a continuación, Valdarsel. Que haya disturbios en las calles y que se pida la cabeza del harmach Grigor.

Rhovann alzó su copa y dio un sorbo al vino. Oyó los pasos apresurados de la moza en la sala común, unos pasos ligeros sobre las tablas del piso, mientras que alguien empezaba a tocar un laúd con escasa fortuna.

—Cuando queden demostradas la incompetencia y la debilidad del gobierno de la Casa Hulmaster, el Consejo Mercantil no tendrá más remedio que despojar al harmach de su poder. Los Puños Cenicientos apoyarán con entusiasmo esta medida, por supuesto. En caso de que el harmach ofrezca resistencia, el poder combinado del Consejo Mercantil y de los Puños Cenicientos lo obligará a marcharse.

Valdarsel asintió para sí mismo, con los ojos fijos en los acontecimientos descritos por Rhovann.

—Es fácil ver lo que lord Marstel puede sacar de todo esto —dijo—, pero me parece a mí que los pobres y honestos extranjeros de las Escorias y de las fundiciones cambiarán un amo por otro. Los Puños Cenicientos pueden estar de acuerdo con la idea de desbancar a un gobierno incompetente, pero a continuación se volverán contra tu Consejo. Necesito algo más para satisfacer a la chusma.

Rhovann se encogió de hombros.

—Sin duda, quedarán algunos leales a los Hulmaster entre la población una vez desaparecido el harmach, especialmente entre los que se dicen nativos de Hulburg y poseen la mayor parte de las tierras de por aquí. Cuando se descubra que esas personas están conspirando para derrocar al Consejo y restablecer el gobierno del harmach, el Consejo puede tomar medidas muy severas contra ellos y confiscarles sus propiedades. Recompensa a los ciudadanos leales al Consejo con la tierra y los bienes de los hulburgueses, y creo que verás que los Puños Cenicientos se convertirán en entusiastas partidarios del nuevo régimen.

—No hará falta mucho para que los hulburgueses de fortuna sean culpados de resistencia a la autoridad del Consejo, ¿verdad?

—Es probable que se establezca una especie de procedimiento —replicó Rhovann.

—¡Ah, por supuesto! —Valdarsel sonrió como un lobo—. Se dice que los magos son sutiles y peligrosos, Lastannor. En tu caso, me parece que se quedan cortos. Un plan como el que propones enternece el corazón del Príncipe Negro, puedes estar seguro.

Rhovann inclinó la cabeza para agradecer lo que el cyricista había pretendido que fuera un cumplido. Era posible que el Consejo Mercantil por sí solo pudiera expulsar al harmach tras la incursión de la Luna Negra, pero tenía que asegurarse de que los Puños Cenicientos no interfiriesen. A decir verdad, no le importaba en lo más mínimo lo que le esperase a la ciudad ni a la chusma andrajosa de Valdarsel cuando se hubieran desembarazado de los Hulmaster. Esperaba sacudirse el polvo de Hulburg de las botas y jamás mirar atrás. Dejar la ciudad para que la hicieran pedazos entre todos —un idiota como Maroth Marstel, una víbora como Valdarsel y las bandas desesperadas de forasteros que merodeaban por los distritos más pobres— era un pequeño regalo más que le dejaría a Geran Hulmaster.

Volvió a prestar atención al sacerdote de Cyric.

—La incursión pirata depende del factor sorpresa. Si optas por sacar a tus Puños Cenicientos de su camino o prepararlos para que ataquen durante la situación de caos, asegúrate de reservarte los motivos.

El mago hubiera deseado no tener que confiar en Valdarsel, pero si no lo advertía

sobre el inminente ataque, era muy probable que el cyricista acabara empleando a su ralea para algún fin antiproductivo. Sólo quedaba esperar que la recompensa resultase lo bastante tentadora para el sacerdote.

Valdarsel dio un resoplido.

—No soy tonto. —Bebió otro sorbo de su copa y luego asintió para sí mismo—. Creo que lo mejor será no decirle nada a mi gente. Podría aprovechar su auténtica indignación en los días siguientes. De hecho, casi prefiero que los piratas hagan algún daño en las Escorias y en el cabo Oriental. Unos cuantos secuestros o muertes no vendrían mal para calentar los ánimos.

—Considero que ésa es la opción más segura. Tú y yo somos los únicos en Hulburg que sabemos lo que pasará dentro de dos noches. Prefiero que siga siendo así. —Rhovann volvió a beber de su copa. El vino era exactamente lo que podía esperarse de un lugar como *Las Tres Coronas*. Se puso de pie—. Volveremos a hablar pronto.

Tenía la mano en el picaporte y se disponía a salir cuando oyó un golpe al otro lado de la pared donde estaba sentado Valdarsel.

—¡Eh, tú! —gritó claramente una voz al otro lado—. ¿Qué estás haciendo ahí? — Se oyó una respuesta amortiguada, otro par de golpes y nuevamente la misma voz—. ¡Vuelve aquí!

Rhovann se volvió hacia Valdarsel con repentina furia.

—¿Has hecho que alguien me espiera? —inquirió.

Valdarsel hizo caso omiso de sus palabras. Se puso también él de pie y miró la pared. El edificio de *Las Tres Coronas* era una construcción muy endeble y las paredes interiores eran poco más que una serie de tablones unidos por una burda capa de yeso. Valdarsel apartó airadamente varias sillas apoyadas contra la pared y quedó al descubierto un agujero del tamaño de una moneda en el yeso, un poco por encima del suelo.

—No he sido yo —dijo bruscamente—. Al parecer había un ratón en la pared.

Rhovann abrió de golpe la puerta y salió a grandes zancadas por la sala común, pero lo único que descubrió fue que la habitación que buscaba daba al comedor desde un corredor diferente. Emitió un gruñido y salió rápidamente en la otra dirección por el vestíbulo que unía la taberna con la posada, giró a la derecha y encontró un pasillo paralelo a la taberna. Un sirviente larguirucho, adolescente, estaba de pie frente a la puerta abierta de la despensa, con una pequeña barrica en los brazos. Rhovann lo hizo a un lado para mirar dentro de la despensa. Entre los barriles y barricas apilados vio el brillo de la luz que llegaba del comedor que estaba al otro lado, donde habían practicado un pequeño agujero. Incluso había una manta en el suelo.

Se volvió hacia el sirviente que seguía allí de pie.

—¿Quién estaba ahí dentro? ¿Adónde ha ido? ¡Habla, muchacho!

El joven lo miró con la boca abierta, hasta que pudo articular una respuesta.

—Era..., era una mujer, señor. Tenía el pelo negro y una capa azul. Abrí la puerta para sacar esta barrica y la encontré ahí, en el suelo, mirando a través de ese agujero. Ella ss..., se puso de pie y salió corriendo.

—¿Por dónde?

El chico señaló el pasillo que tenía detrás.

—Hay una puerta que da a ese callejón de atrás. La oí salir por ahí.

Rhovann corrió hasta el final del pasillo y salió al callejón oscuro que había detrás de la posada. Miró a la izquierda, después a la derecha, pero no vio ni rastro de su presa. Un momento después, Valdarsel apareció detrás de él.

—¿Ningún rastro de nuestro ratón? —preguntó.

Rhovann meneó la cabeza.

—No, se ha ido. El chico dijo que era una mujer de pelo negro con una capa azul. Valdarsel se encogió de hombros.

—Podría ser cualquiera. ¡Maldita sea! ¡A las profundidades de Nessus con ella!

—Nadie me ha seguido hasta aquí ni sabía que fuera a venir —dijo Rhovann. Miró al cyricista—. Nuestro ratón te estaba espiando a ti, no a mí. Es posible que la gente de *Las Tres Coronas* haya llegado a saber de ti más de lo que quisieras.

—Vaya, puedes fiarte de mí; voy a interrogarlos con todo rigor. —El sacerdote aporreó el suelo con el pie y caminó en un pequeño círculo, tratando de recuperar la compostura—. Me pregunto cuánto habrá conseguido oír.

—Considera que lo ha oído todo hasta que tengamos motivos para creer lo contrario.

—Entonces, tenemos que encontrarla. Esta noche. —Valdarsel respiró hondo y miró a Rhovann—. ¿Conoces alguna técnica de adivinación que pueda ayudarnos?

—No, conjuro no, pero tal vez pueda hacer otra cosa.

Rhovann volvió adentro con el sacerdote pisándole los talones y entró en la despensa. El sirviente se había marchado; al parecer, había vuelto a la taberna con la barrica lo más pronto posible. Rhovann se arrodilló al lado de donde había estado la espía y pronunció las palabras de un conjuro luminoso para alumbrar la escena. Allí estaba la manta, una vieja manta de montar por lo que pudo ver, una pequeña vela en un soporte de hojalata y unos restos de pan y queso. Fuera quien fuese, había esperado un rato la llegada de Valdarsel. En ese momento, algo relumbró al darle la luz. Se agachó y recogió un fino cabello negro de la manta.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Valdarsel.

Rhovann le mostró el cabello.

—Tal vez sea suficiente. Debo volver a mis habitaciones y hacer algunos preparativos.

—Entonces, ve deprisa. Debemos cazar a ese ratón antes de que hable. —El

sacerdote sonrió con crueldad—. Mientras pruebas con tu magia averiguaré lo que pueda de los sirvientes de la casa. Alguien además del chico tenía que saber que estaba aquí.

—Muy bien —dijo Rhovann.

Salió a toda prisa al callejón y pronunció las palabras del conjuro de vuelo. Un instante después sobrevolaba los tejados dejando atrás el oscuro callejón que había detrás de *Las Tres Coronas*. Esa vez no tuvo que estudiar bien su lugar de destino; pudo ver las luces de la mansión de Marstel desde el momento mismo en que se elevó sobre los tejados de las Escorias. Con toda la velocidad que le permitía el conjuro, corrió de vuelta a la casa de lord Marstel, situada por encima de la ciudad, en la parte más rica del cabo Oriental.

No tuvo problemas para evitar a los guardias que vigilaban la entrada, ya que aterrizó en un jardín poco frecuentado que había detrás de la mansión. Rhovann se había apropiado del ala norte de la mansión de Marstel desde hacía meses, prohibiendo la entrada allí de los demás residentes. Eso le permitía tener una biblioteca, un laboratorio y un lugar para sus estudios arcanos, y también le facilitaba el entrar o salir de la propiedad sin que repararan en él. Sabía que habría sido más prudente tener sus aposentos pegados a las habitaciones de Maroth Marstel, pero detestaba a aquel viejo y necesitaba una excusa para mantenerse a cierta distancia de él cuando podía. En lugar de eso se aseguró de que los sirvientes y los guardias de Marstel jamás se apartaran de él y le avisaran en cuanto hiciera algo que se suponía que no debía hacer.

El elfo se dirigió a sus habitaciones y subió de inmediato a su estudio. Esa habitación la mantenía cerrada con un conjuro que desactivó con una palabra y un gesto. En el centro de la estancia había un gran diagrama mágico, de plata martilleada, incrustado en el suelo de piedra pulida. En estanterías y mesas de trabajo a lo largo de las paredes había una gran variedad de reactivos y materiales arcanos. Cuando entró, una figura imponente ataviada con una enorme capa negra avanzó hacia la luz: una criatura pálida, de la estatura de un ogro, con piel pastosa y ojos negros sin brillo. Alargó hacia él una manaza.

—Soy yo, Bastion —dijo Rhovann con aire ausente. El golem se detuvo de inmediato, dejando caer el brazo a lo largo del cuerpo—. ¿Ha tratado alguien de entrar desde que salí?

La criatura negó con la cabeza en un gesto lento y obstinado.

—Bien —musitó Rhovann.

Miró en derredor y encontró lo que estaba buscando: un botellón grande, de grueso cristal, lleno de líquido negro. Dentro flotaba una pequeña criatura deforme del tamaño aproximado de un gato. Llevó el botellón al centro de una de sus mesas de trabajo y usó un pequeño cincel para romper el viejo y quebradizo sello de cera que

sujetaba el tapón al cuello del botellón. Bastion permaneció a su lado, mirándolo con sus ojos oscuros y sin vida mientras trabajaba. Un olor rancio y salobre asaltó las fosas nasales de Rhovann en cuanto retiró el tapón.

Mantuvo la mano izquierda encima del botellón y usó un cuchillo pequeño y afilado para hacerse un corte en la punta de un dedo. Dejó caer una sola gota de sangre en el líquido oscuro en el que flotaba la criatura. Al principio no sucedió nada, pero luego la cosa que había dentro empezó a moverse con lentitud. Sus extremidades se estremecieron levemente y abrió unos ojos como cuentas.

—Vamos, pequeño —le dijo Rhovann—. Te necesito esta noche.

La criatura —un homúnculo, le llamaban— salió torpemente de la botella y se deslizó hasta la mesa derramando un poco de salazón oscura. Desplegó un par de alas parecidas a las de un murciélago y las agitó lentamente para secarse. Sus movimientos se iban haciendo más vigorosos, más confiados a cada minuto que pasaba. Rhovann se permitió una sonrisa de satisfacción. Crear un homúnculo era una tarea tediosa y desagradable, pero ahora iba a sacar provecho a su previsión de muchos meses atrás. Cogió el cabello que había encontrado en el puesto de la espía en *Las Tres Coronas* y se lo dio a la criatura.

—Busca a la mujer a la que pertenece este cabello —dijo—. No dejes que te vean. Luego, vuelve y dime quién es y dónde se la puede encontrar. Si no consigues encontrarla antes del amanecer, vuelve y dímelo.

—Ss... sí, am... mo —dijo el homúnculo con una vocecita acezante.

Rhovann fue hasta la ventana de la habitación, la abrió y empujó con fuerza las pesadas contraventanas.

—Ahora ve —le dijo al homúnculo.

La criatura saltó de la mesa al vano de la ventana, probó las alas y se lanzó a la oscura noche. Al principio, volaba torpemente, pero luego lo fue haciendo con más vigor y equilibrio. Cuando por fin aleteó y se perdió de vista, lo hacía tan bien como cualquier ave grande y pesada. El mago se curó la herida del dedo, y luego se dispuso a esperar. Como no podía hacer mucho más hasta que el homúnculo regresara, le indicó a Bastion que se retirara, y se sentó con las piernas cruzadas en un diván bajo que había contra una pared. El elfo se permitió caer en ese medio olvido, ensoñación que reemplazaba al sueño entre los elfos. Su mente empezó a divagar mientras pasaba el tiempo.

Poco más de una hora después oyó un repentino aleteo y como si rascaran la ventana. Se levantó y dejó entrar al homúnculo. La pequeña criatura saltó del vano de la ventana a la mesa.

—Bueno, veamos lo que has averiguado —le dijo Rhovann.

El homúnculo no podía entenderlo, por supuesto, pero sabía lo que debía hacer. Se acurrucó y se quedó quieto. El mago elfo le apoyó la mano sobre la cabeza y

entonó las palabras del conjuro que habría de revelar lo que había descubierto su espía. Cerró los ojos, que era lo mejor que podía hacer para centrarse en las imágenes de los recuerdos de la criatura. Vio su vuelo veloz por encima de los tejados de Hulburg. Se detuvo con frecuencia, aferrándose a los aleros de las casas o buscando por encima de los tejados de madera, olfateando y buscando en el aire el rastro de la mujer. Al principio, daba la impresión de que iba sin rumbo, unos cientos de metros hacia un lado, otros cientos de metros hacia el otro, pero pronto sus movimientos se hicieron más decididos, mejor orientados. Se dirigió al lado este del río Winterspear y luego, al lado norte de la ciudad, no lejos del pie del castillo de Griffonwatch, por encima de un puñado de viandantes y borrachos que se movían tambaleándose por las calles a pesar de lo avanzado de la hora. El homúnculo describía un amplio círculo para evitar el encuentro con cualquier persona. En una ocasión, Rhovann vio a un guardia del Escudo de las murallas del castillo que alzaba la vista con una expresión de extrañeza en la cara, pero al parecer nadie más reparó en el monstruillo alado. No tardó en posarse en la cerca de una pequeña granja rodeada de una huerta de manzanos y se acercó más, arrastrándose sobre sus alas y sus pies. Con los ojos de la mente, Rhovann vio al homúnculo trepar por el lado de una ventana y espiar dentro.

La mujer que buscaba estaba sentada a la mesa de su cocina, con el entrecejo fruncido mientras se preparaba una taza de té. La capa azul colgaba de una percha junto a la puerta. Rhovann sonrió con frialdad y alzó la mano de la cabeza del homúnculo. Sabía dónde estaba.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó a la criatura.

—Mirya —dijo la criatura, jadeante.

No estaba dotada de una inteligencia propia, pero a veces era capaz de averiguar cosas sobre la gente a la que espiaba, cosas que no necesariamente observaba u oía. Ésa era la naturaleza de su magia.

El nombre le sonó familiar a Rhovann.

—¿Mirya Erstenwold? ¿Es Mirya Erstenwold?

—S... sí —respondió el homúnculo.

—¿Y por qué habría de espiarme Mirya Erstenwold? —se preguntó en voz alta.

La criatura se limitó a alzar la vista sin responder. Simplemente no le entendía. El elfo sabía que era amiga de Geran Hulmaster, pero siempre había creído que se trataba de una simple tendera. Hasta donde él sabía, Lastannor no le había dado motivos para meterse en sus asuntos... Claro estaba que él no era la única persona presente en *Las Tres Coronas*. Seguramente estaba allí para espiar a Valdarsel, no a él. Fuera como fuese, tenía que suponer que sabía cosas de las que no debería estar enterada. Quizá no hubiera oído mucho en el tiempo que había pasado espiándolos..., después de todo se había ido directa a casa en lugar de pasar antes por Griffonwatch, pero no podía arriesgarse a que sí lo hubiera oído todo.

Parecía que iba a tener que hacer un recado más esa noche. Encontró un trozo de pergamino, escribió rápidamente una nota y se la entregó al homúnculo.

—Llévasela a Valdarsel. Estaba en la posada de *Las Tres Coronas* hace un rato, puede ser que todavía esté allí. No te dejes ver por nadie que no sea él si puedes evitarlo. Vuelve al amanecer si no consigues encontrarlo.

—S... sí am... mo —respondió la criatura, que cogió la nota con su pequeña garra y salió volando una vez más.

Rhovann se la quedó mirando durante un momento y, a continuación, se puso el sayal con la capucha.

—Vamos, Bastion —le dijo a su golem—. Debemos hacerle una visita a Mirya Erstenwold.

TRECE

6 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Los Arcos de Hulburg estaban a unas noventa millas en dirección nornoroeste del puerto fortificado de Mulmaster. Con vientos favorables y a toda vela, un barco rápido como el *Tiburón de la Luna* podría hacer la travesía en doce o trece horas. Sin embargo, Narsk hizo que Sorsil y Khefen marcharan a media vela durante la noche del quinto día, de modo que al despuntar el alba del de Marpenoth, estaban a apenas unas treinta millas de Mulmaster. La línea desigual de las Montañas del Espolón del Mundo todavía podía verse sobre el horizonte a sus espaldas, aunque no tardó en desaparecer entre las nubes, que se fueron haciendo más densas a lo largo de la mañana.

Poco después del amanecer, Narsk y Sorsil mandaron llamar a Murkelmor, que servía como carpintero de a bordo, a la toldilla. Murkelmor se puso inmediatamente a trabajar en la construcción de una especie de soporte delante del timón, valiéndose para ello de algo de madera sobrante que había en el barco. La mayor parte de los marineros hacían una pausa en sus tareas para echar un vistazo a la toldilla o para mirar por encima del hombro de Murkelmor, una curiosidad que era desalentada con cajas destempladas por Sorsil en cuanto reparaba en ella. Cuando el enano hubo terminado, Narsk sacó el envoltorio misterioso de su camarote y, con todo cuidado, extrajo una extraña y oscura bola de cristal del tamaño aproximado de dos puños humanos juntos. En su oscuro interior parecía haber diminutos puntos luminosos. La esfera rotaba libremente dentro de un círculo de metal plateado: Murkelmor sujetó el círculo en el soporte de madera que había construido para el artilugio.

—La brújula estelar —les dijo Geran en voz baja a Sarth y Hamil, que miraban desde la cubierta principal.

Estaban limpiando el suelo de la cubierta sin mucho entusiasmo mientras hacían lo que podían para espiar la instalación del aparato. No eran los únicos. Entre la tripulación había unos cuantos que buscaban una excusa cualquiera para echar una mirada.

—¿Qué es? —preguntó Hamil—. ¿Algún artilugio para guiarse por las estrellas? ¿Una piedra imán mágica? ¿Y para qué la necesita Narsk?

—No lo sé —respondió Geran—. La carta de Kamoth no decía mucho más que «recoge la brújula estelar en Mulmaster». —Miró a Sarth—. ¿Has oído hablar de algo parecido?

Sarth negó con la cabeza.

—Tal como te he dicho, no sé nada de navegación. Esa ignorancia abarca los dispositivos arcanos que puedan tener alguna aplicación en el mar. De todos modos,

supongo que contar con una brújula encantada puede tener su utilidad.

—Más tarde le echaremos una mirada —decidió Geran.

Sentía una considerable curiosidad por el artilugio, pero por el momento la amenaza que se cernía sobre Hulburg centraba casi toda su atención. Siguió limpiando. En la toldilla, Sorsil y Murkelmor cortaron un trozo de lona para velas para tapar la brújula y el soporte en que se sostenía. Cubrieron el aparato y ataron bien la lona. Era evidente que Narsk y Sorsil no querían que ningún miembro de la tripulación anduviera con ella.

El *Tiburón de la Luna* pasó el día navegando sin prisas con rumbo norte, a media vela, mientras Narsk se mantenía en medio del mar para no ser divisado desde la costa. Geran deseaba aprovechar cualquier atisbo de viento o de oleaje, pero la galera menor se negaba a apurar la marcha. Bajo un cielo gris tristón, recorría la cubierta ansiosamente, impacientándose al ver cómo pasaba el tiempo. El resto de la tripulación, por su parte, imaginaba anhelante el botín que iban a conseguir en la ciudad. Contaban historias de ricas presas del pasado, se vanagloriaban de sus hazañas sexuales o especulaban sobre el lugar donde estaría el mejor botín. Los principales puños de la tripulación —Skamang y sus hombres, Murkelmor con sus enanos y sus aliados teshanos, los goblins y los semiorcos, los mulmasteritas— se reunían haciendo planes para ir por su cuenta en cuanto hubieran cumplido la misión asignada. Algunos de los puños más pequeños establecían alianzas con los mayores o se agrupaban unos con otros. Unos cuantos que habían estado antes en Hulburg hacían lo que podían por trazar mapas de la ciudad a fin de guiar a los demás. Algunos eran más o menos precisos, pero otros, totalmente inexactos. Los piratas se reían y bromeaban unos con otros, en un clima de alegría que duró todo el día.

Poco antes de la medianoche, Geran, Hamil y Sarth se levantaron y se prepararon para su guardia, pero el mago de la espada les indicó a sus compañeros que lo siguieran hacia adelante en lugar de subir a la cubierta. Cuando se aseguró de que nadie pudiera oírlo, dijo:

—Esta noche nos haremos con el barco.

Hamil y Sarth se miraron, y finalmente Hamil asintió.

—¿Qué has pensado? —preguntó el halfling.

—Nos ocuparemos de nuestros compañeros de guardia y navegaremos directamente hacia el norte durante lo que queda de la noche. No puedo esperar a que Narsk llegue a la cita de la Luna Negra.

—Es un plan peligroso —dijo Sarth. El tiflin hizo un gesto de desaliento detrás de su disfraz humano—. Narsk suele pasearse por el barco a horas intempestivas. Si llega a descubrirnos...

—Tendremos que ocuparnos también de él —respondió Geran.

Le hubiera gustado encontrar alguna otra manera de llegar a Hulburg antes de la

incursión de la Luna Negra en lugar de arriesgarlo todo en un plan tan desesperado, pero se les acababa el tiempo.

—Pongámonos a ello, entonces. Cuanto antes cambiemos el rumbo, antes llegaremos a Hulburg.

Hamil alzó el puño y miró a sus compañeros con una expresión decidida.

—Que tengamos suerte, pues —dijo.

Geran calló sus temores sobre lo que podía pasar si fracasaban y puso la mano encima de la de su amigo. Sarth se encogió de hombros y colocó la suya sobre la de Geran.

—Buena suerte —repitieron los dos en voz baja.

A continuación, los tres compañeros volvieron al trabajo que tenían por delante.

Empezaron por visitar la armería del barco. Hamil abrió el cerrojo con mano experta, y Geran se hizo con un buen alfanje. Con un poco de trabajo se sujetó la vaina a la espalda para que su capa con capucha ocultara el hecho de que iba armado. Después, en la intimidad del armero, Geran invocó en voz baja y por primera vez en varios días las custodias y los conjuros de mago de la espada que le servían de armadura. Por lo general no se notaban, pero alguien entrenado en las artes arcanas podría advertir su presencia, y si alguien lo golpeaba —por ejemplo, la segunda de a bordo con su porra— muy probablemente notaría su efecto, razón por la cual Geran había pasado sin ellos esos días. Esperaba no necesitarlos, pero era mejor estar prevenido. Ésa sería una noche para tomar decisiones, y el tiempo de congeniar con los demás corsarios se estaba agotando.

—Muy bien, dirijámonos a la guardia —les dijo Geran a sus amigos.

En silencio, cerraron el armero y subieron a cubierta, para presentarse ante el contramaestre, Khefen, y hacerse cargo de la guardia. Aunque la guardia de Khefen estaba formada por una tercera parte de la tripulación del barco, no se necesitaban veinte hombres en cubierta constantemente. Por norma general, el *Tiburón de la Luna* navegaba con el segundo de a bordo y un timonel en la toldilla, un vigía en la proa, otro en lo alto, y un par de marineros itinerantes que vigilaban las jarcias, vergas y estays, y atendían los faroles bajo cubierta. Su tarea principal consistía en ir abajo y despertar a más miembros de la guardia en caso de que el oficial tuviera que cambiar la disposición de las velas. Algunos ajustes menores podían realizarlos un par de hombres sin problema, pero otros —por ejemplo, una situación de emergencia o la recogida de la vela mayor— necesitaban de toda la guardia. A esos hombres que no estaban en cubierta se les permitía dormir todo lo que pudieran siempre y cuando acudieran velozmente cuando se los llamara. Lo habitual era que, en el curso de una guardia, el timonel, los vigías y los marineros itinerantes intercambiaran sus puestos para que la mayor parte de la tripulación tuviera ocasión de dormir por lo menos cuatro o cinco horas por noche. Sin embargo, los puños más poderosos del *Tiburón*

de la Luna hacían que los marineros nuevos e inexpertos se encargaran de más guardias de las que les correspondían. Esa noche, eso favorecería a Geran y a sus amigos.

Geran se puso al timón después del cambio de guardia, mientras que Sarth hacía de marinero flotante y a Hamil lo enviaban arriba, a la cofa del vigía. La noche era fría y oscura; la luna estaba oculta bajo espesas nubes y caía una ligera llovizna. El *Tiburón de la Luna* avanzaba perezosamente con un rumbo oeste-noroeste ya que había poco viento y todavía no tenía izado todo el velamen. Durante media hora mantuvo el rumbo, tomándose su tiempo para asegurarse de que la segunda guardia se hubiera dormido. Khefen no le dijo gran cosa. Estaba apoyado en la borda de sotavento bebiendo a sorbos de su petaca.

Por fin, decidió que había llegado el momento. Miró al contraestre.

—Toma el timón un momento, maese Khefen —le dijo—. Necesito aliviarme.

—No tardes —le respondió.

Geran dejó que el hombre pusiera las manos en el timón y dio un paso atrás. Entonces, sacó calladamente una correa de cuero que llevaba debajo del capote y asestó con ella un buen golpe al oficial en la nuca. Khefen gruñó y se desplomó. Geran lo sujetó y lo depositó con suavidad en la cubierta. Rápidamente puso una sujeción en la cabilla de arriba del timón y luego arrastró a Khefen hacia un lado. Colocó al hombre inconsciente contra la borda y lo roció abundantemente con el contenido de su propia petaca. La cosa se pondría fea para Khefen por la mañana, pero al menos no parecería demasiado sospechoso. A continuación, corrió hacia la proa.

Hamil se dejó caer con ligereza sobre la cubierta desde el palo mayor cuando vio acercarse a Geran. El halfling le hizo un guiño y juntos avanzaron para ocuparse de los dos hombres de guardia que quedaban, pero al llegar al foque se encontraron con que Sarth se había ocupado del vigía delantero y de otro itinerante. Los dos estaban tirados en cubierta presas de un sopor mágico, vencidos por los conjuros del tiflin.

—¿Ya te has ocupado de Khefen? —preguntó Sarth.

—No tan limpiamente como tú lo hiciste con estos dos, pero está hecho —respondió Geran. Él y Hamil ataron y amordazaron a los hombres inconscientes y los escondieron bajo una lona.

—Por el momento, la cubierta es nuestra —dijo Hamil—. ¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a toda vela a Hulburg —respondió Geran—. Si podemos llegar a unas doce millas de la costa septentrional, bajaremos el bote al agua y abandonaremos el *Tiburón de la Luna*. Con suerte llegaremos a Hulburg a mediodía y advertiremos al harmach de la incursión pirata. Pero creo que necesitaremos unas buenas tres o cuatro horas con rumbo norte para llegar lo bastante cerca como para usar el bote, y entonces tendremos que bajarlo al agua sin despertar a media

tripulación.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Sarth.

—Ve a proa y simula que estás vigilando. Si alguien sube a cubierta, no dejes que se dé cuenta de que está pasando algo raro. Hamil, tú harás lo mismo. Voy a cambiar el rumbo lentamente y veré si puedo izar algo más de vela sin que nadie repare en ello.

—Si esto funciona, no me lo voy a poder creer —musitó Hamil—, pero supongo que vale la pena intentarlo. —El halfling se encogió de hombros y se dispuso a ocupar su puesto en lo alto del palo mayor.

Geran volvió a la toldilla, echó un vistazo a Khefen —el contramaestre parecía totalmente inconsciente— y volvió al timón. Muy poco a poco consiguió cambiar el rumbo unos cincuenta grados, fijándolo un poco hacia el este respecto del norte puro. Entonces, volvió a fijar la guarda en el timón y corrió a la cubierta principal para ayudar a Hamil y a Sarth a corregir las vergas, ahora que navegaban a favor del viento. Geran habría deseado soltar más vela, pero para eso hubiera necesitado a buena parte de la guardia. Podría tirarse un farol colocando a Khefen sobre la barandilla y diciéndole a la guardia que el segundo quería más vela, pero había muchas cosas que podían salir mal si despertaba a una docena más de sus compañeros. Por fin, optó por hacer que Sarth y Hamil desplegaran calladamente las velas del estay, relativamente pequeñas, que estaban cerca de la cubierta y eran fáciles de manipular. No aumentaron mucho la velocidad del barco, pero todo ayudaba, y el viento estaba empezando a arreciar un poco.

La noche fue transcurriendo sin complicaciones. Varias veces subieron a cubierta algunos tripulantes medio dormidos para responder a las necesidades de la naturaleza. Al parecer, ninguno se dio cuenta de que el barco no mantenía el rumbo indicado, pero eso no sorprendió a Geran. Eran muy pocos los marineros que entendían algo de navegación, y Narsk no era muy dado a informar a la tripulación exactamente del rumbo que seguían en cada momento. Por lo general, nadie más que el oficial de guardia y el hombre que llevaba el timón sabían el rumbo que llevaba el barco, a menos que hubiera a la vista alguna costa. Uno o dos notaron lo de los estays y dijeron algo, pero Hamil despachó el asunto sin problemas diciendo que el capitán le había dicho a Khefen que los desplegara. Los marineros aceptaron la explicación de Hamil y volvieron a sus cois.

Dos horas antes del amanecer, Geran decidió que habían tentado demasiado a la suerte. Una hora más tarde, aproximadamente, Tao Zhe se levantaría para empezar a preparar el desayuno. Geran quería abandonar el barco antes de ese momento. Estaba a punto de llamar a Hamil y a Sarth a la toldilla cuando oyó unos pesados pasos en la escala de babor. Un momento después, apareció Sorsil en la toldilla.

—¿Qué tal va la noche? —preguntó y enseguida reparó en la forma inmóvil de

Khefen apoyado contra la borda—. Pero ¿qué...? ¿Es que ese miserable bastardo se ha dormido durante la guardia?

Geran la miró, horrorizado. Por fortuna, Sorsil estaba atenta sólo a Khefen. La segunda de a bordo atravesó la toldilla y dio un puntapié salvaje a Khefen. El contraмаestre cayó con un extraño gruñido, pero no se despertó.

—¡Por la negra espada de Cyric! ¡Está como una cuba! —dijo, furiosa.

—El jefe Khefen ha dicho que no se sentía bien —tartamudeó Geran—. Como la noche era tranquila, he hecho lo que me ha ordenado.

Sorsil miró la piedra imán que había delante del timón y luego alzó la vista al cielo. La noche se había despejado un poco y se veían unas cuantas estrellas a través de las nubes.

—¡Por todos los infiernos, vamos rumbo norte! ¿Y quién ha izado más vela? ¿Cuánto tiempo llevamos navegando así?

—Una media hora —dijo Geran—. Ha sido la última orden que nos ha dado Khefen antes de... sentirse mal.

Sorsil estaba lívida. Volvió a asestar un puntapié al cuerpo inerme, y Geran hizo una mueca. Lo que menos necesitaba ahora era que el contraмаestre se despertara, pero evidentemente le había atizado más duro de lo que pensaba, porque Khefen ni siquiera se movió. La primera oficial se volvió hacia él.

—¿Media hora dices? ¿Y no se te ocurrió mandar al marinero itinerante para decirme que estaba malditamente inconsciente? ¿Cuánto tiempo más ibas a seguir sin que nadie se enterase de que estabas tú solo en la toldilla?

—*¡Lo siento, Geran, no la vi subir a cubierta!* —La voz silenciosa de Hamil irrumpió en los pensamientos de Geran.

Un momento después, el halfling subió velozmente la escala desde la cubierta principal.

—¿Va todo bien? —preguntó en voz alta.

—Pregúntaselo a tu amigo —le espetó Sorsil. Miró una vez más a Khefen y luego les hizo una mueca a Geran y Hamil—. Volved al rumbo oeste noroeste —dijo finalmente—. Y tú, Dagger, ve abajo y despierta a toda la guardia. Vamos a izar vela como ordenó el capitán, y después me vais a explicar qué demonios está pasando aquí.

—*Distráela, Geran* —le dijo Hamil—. *No podemos arriesgarnos a una escena.*

Geran hizo una mueca. Sabía que no iba a gustarle lo que vendría a continuación, pero no tenía otra opción; no, si quería evitarle a Hulburg el ataque de la Luna Negra. Miró a Sorsil y habló con tono decidido.

—Ya me he hartado de ti, Sorsil. Creo que las velas están bien como están. Recógelas tú misma si no te gustan así.

La segunda de a bordo palideció de ira.

—¿Te crees...? —dijo con furia.

Sorsil echó mano de la porra que llevaba a la cintura, pero en ese mismo momento, Hamil se deslizó velozmente tras ella y dio un salto para taponarle la boca con una mano mientras con la otra le clavaba una daga en la espalda. Sorsil dio dos pasos vacilantes hacia adelante; Geran la sujetó y la arrinconó contra la borda. Lucharon un momento, pero a la mujer ya le flaqueaban las fuerzas. Con un último esfuerzo, Geran la lanzó por encima de la borda. Al caer al agua, produjo un chapoteo. Hamil tuvo que sujetar al mago de la espada por el cinturón para evitar que cayera detrás.

Pesaroso, pensó que seguramente Daried Shelsherryn no habría aprobado eso. Era un asesinato puro y duro, y Geran no se enorgullecía de ello, pero Sorsil había matado a unas cuantas víctimas del *Tiburón de la Luna* con su propio acero, o eso les había oído decir a Tao Zhe y a otros. Y estaban en juego docenas, tal vez cientos de vidas de hulburgueses si no conseguía advertir al harmach de los planes de los piratas. Miró a Hamil y le agradeció la intervención con un gesto.

—Creo que se nos hace tarde —dijo.

—De acuerdo —dijo el halfling—. ¿Cuánto crees que falta para Hulburg?

—Quizá quince o tal vez treinta millas.

Era una distancia enorme si tenían que remar, pero el bote tenía un pequeño mástil que podía alzarse en unos minutos. Geran esperaba llegar a Hulburg a vela, no a remo.

—Vendrán a por nosotros en cuanto se enteren de que nos hemos ido —señaló Hamil.

—Lo sé.

Geran se quedó pensando un momento en cuál sería la mejor manera de sabotear el barco. Por desgracia, no podía hacer que encallara, de modo que decidió estropear el timón. Se arrodilló, cortó los cables con su acero y empezó a sacar los que habían quedado sueltos. Volver a conectar el timón le llevaría al *Tiburón de la Luna* por lo menos un par de horas, y para cuando estuvieran listos para perseguir a Geran y a sus compañeros, ya haría tiempo que habrían desaparecido.

—¡Ve y prepara el bote para bajarlo al agua..., sin hacer ruido!

Hamil le sonrió.

—Puede ser que esto funcione después de todo.

Corrió a la cubierta principal mientras Geran arrancaba un trozo tras otro del cable del timón. Sin el timón, la proa del barco empezó a orientarse en el sentido del viento y cabeceó un poco con el embate del oleaje.

Geran sacó el último trozo del cable que pudo alcanzar, recogió la maraña resultante y lo tiró todo por la borda. Se sacudió las manos, bajó rápidamente la escala hasta la cubierta principal y fue a ayudar a Hamil y Sarth, que peleaban con el

bote para hacerlo descender al agua. Ésta era con mucho la parte más complicada del plan; bajar el bote era tarea para seis hombres, no para tres, y resultaba casi imposible hacerlo sin ruido.

Echando mano de la fuerza bruta consiguieron sacarlo de su soporte y llevarlo hasta la borda, pero no sin que las regatas del bote golpearan un par de veces en la cubierta. Geran hizo una mueca, pero se acercaban al momento en que la velocidad contaría más que el sigilo.

En el extremo de popa de la cubierta principal, se abrió la puerta del camarote del capitán y salió Narsk. Con una mirada, el gnoll se hizo cargo de la escena, al ver a Geran y a sus amigos con el bote sacado a medias de su serviola.

—¿Qué es esto? —dijo con furia, y se lanzó hacia la campana del barco y empezó a tocarla vigorosamente—. ¡Todos a cubierta! —gritó—. ¡Traición! ¡Todos a cubierta!

La desesperación hizo que Geran se quedara paralizado por unas décimas de segundo.

—Estuvimos tan cerca —musitó.

Los primeros albores del amanecer empezaban a desgarrar el cielo al este. Unos instantes más y la cubierta se llenaría de enemigos. No vivirían para lanzar el bote al agua. Sólo veía una remota posibilidad: matar a Narsk rápidamente y confiar en poder contener al resto de la tripulación el tiempo suficiente para escapar.

Sin tiempo para pensárselo dos veces, dejó caer el extremo del bote que sostenía. El *Tiburón de la Luna* cabeceó pesadamente bajo sus pies, empujado torpemente por el viento y con el timón girando descontrolado en la toldilla.

—¡Cubridme la espalda! —bisbiseó a Sarth y Hamil.

A continuación, sacó el puñal oculto bajo el capote y cargó a través de la cubierta contra el capitán del barco pirata.

CATORCE

7 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

—¡Tú! —dijo Narsk con furia—. ¡Fuiste tú el que entró en mi camarote en Mulmaster! ¡Ahora reconozco tu olor, humano!

El gnoll recibió el ataque de Geran con un bramido de pura rabia. Arrancó la maza que llevaba al cinto y sacó un cuchillo largo y curvo para hacer frente al mago de la espada. Saltando a un lado para evitar la primera embestida de Geran, Narsk respondió con un furioso asalto de la sibilante maza, usando su cuchillo largo para cubrirse cuando el balanceo de la maza le hizo perder el equilibrio y lo dejó desprotegido.

Geran no respondió. Se apartó del camino de la maza, paró una cuchillada que iba directa a su vientre y se agachó para golpear las piernas de Narsk y derribarlo al suelo. Sin embargo, el gnoll saltó por encima con sorprendente agilidad. El capitán se acercó más después de que pasara la espada de Geran y le lanzó una dentellada al cuello con sus poderosas mandíbulas. El mago de la espada volvió a retroceder y sobrevivió a una cuchillada sobre su costado derecho sólo porque sus custodias mágicas desviaron la hoja. La punta le hizo sangre a la altura de las costillas, pero no penetró más de un par de centímetros en la carne. Sin embargo, el golpe lo dejó sin respiración y sintió cómo la sangre le corría por el costado y el dolor de la herida.

Se dio cuenta de que tenía que acabar con eso enseguida; de lo contrario, no habría posibilidad de escapar del *Tiburón de la Luna*.

Con la concentración instantánea, cortante como el diamante, que había aprendido en Myth Drannor, Geran invocó un conjuro mientras su acero salía al encuentro del ataque de Narsk.

—¡*Arvan sannoghan!* —gritó, y el alfanje pirata relumbró en su mano con llamas azules.

Narsk lanzó una maldición y reculó, pero no antes de que Geran le hiciera caer el cuchillo de la mano izquierda, dejándole el pellejo humeante.

Narsk hizo una mueca de dolor.

—¡Sucia brujería! —gritó—. ¡Matadlo! ¡Matadlo ahora mismo!

Geran se atrevió a mirar por encima del hombro. Los miembros de la tripulación del *Tiburón de la Luna* salían atropelladamente de los camarotes que había debajo de la cubierta principal, la mayoría armados con cuchillos, garfios o picas de abordaje. Se quedaron boquiabiertos ante el espectáculo de ver a su capitán luchando por salvar la vida y, a continuación, empezaron a arracimarse detrás de Geran, hasta que Sarth alzó los brazos y levantó un muro relampagueante de un lado a otro de la cubierta.

—¡Esto es entre Aram y Narsk! —gritó—. ¡Que nadie intervenga!

Los piratas hicieron un alto, sin saber realmente si debían o no intervenir, aunque de todos modos quedaron disuadidos por la repentina revelación de la magia de Sarth. Narsk rugió con furia cuando se dio cuenta de que su tripulación no acabaría con su oponente.

—¡*Rratas* miserables! —gritó—. ¡Todos pagaréis cara *vuestra cobardía*!

Se abalanzó sobre Geran con temeridad, lanzando la maza contra su enemigo con una furiosa andanada de golpes desde arriba.

Geran paró o esquivó los golpes, aunque uno atravesó su bloqueo con fuerza suficiente para empujar la parte roma del arma hacia su hombro izquierdo, lo que estuvo a punto de derribarlo al suelo. Narsk gruñó y redobló su esfuerzo, pero esa vez Geran desvió la maza y se apartó a un lado. El gnoll perdió el equilibrio, cayó hacia adelante y golpeó la cubierta con la maza. Geran giró en dirección opuesta y rebanó la cabeza de Narsk con un corte limpio por la parte trasera del cuello. El cuerpo cayó pesadamente al suelo, y la cabeza salió rodando hacia la escala que bajaba a los camarotes de los tripulantes y desapareció peldaños abajo. Resonaron con varios golpes sordos.

Un silencio atónito se cernió sobre la tripulación del *Tiburón de la Luna*. Miraban el cadáver de Narsk y luego a Geran.

—*Hemos perdido el bote* —le dijo Hamil. El halfling estaba al lado de Sarth con una daga en cada mano—. *Se ha deslizado de la serviola cuando ha empezado el jaleo. Sinceramente espero que tengas pensado algún otro plan.*

El norteño Skamang se abrió camino a empujones hasta la primera fila de la tripulación y fijó los ojos en Geran. Los tatuajes azules de su cara parecían retorcerse y saltar a la luz intermitente de la barrera relampagueante de Sarth.

—¿Dónde está Sorsil? ¿Y Khefen?

—Khefen está como una cuba en la toldilla, inconsciente —respondió Geran—. Sorsil está flotando por detrás de nosotros, con un cuchillo clavado en la espalda.

—Alguien tendrá que explicar por qué el capitán y su segunda están muertos, y por qué tus amigos estaban a punto de lanzar el bote al agua —dijo Skamang. Tenía un hacha de abordaje en la mano—. Y que sea pronto.

Murkelmor cruzó los brazos sobre el pecho con una fea mueca.

—Estoy con Skamang —dijo el enano—. Me gustaría saber qué demonios te traes entre manos, Aram.

Geran miró a los dos piratas y trató de pensar en algo que decir. No era bueno mintiendo, y lo sabía. Por suerte, Hamil también lo sabía, y el halfling era capaz de pensar con rapidez en situaciones como ésta.

—*¡Culpa a Sorsil! ¡Es lo mejor!* —le dijo el halfling.

Geran miró hacia Hamil y lo vio de rodillas junto al cuerpo de Narsk, revisando calladamente los bolsillos del gnoll.

El halfling hizo un pequeño encogimiento de hombros y asintió en la dirección del resto de la tripulación.

—*Pensé que sería mejor echar un vistazo* —dijo—. *Hay una carta en el bolsillo de Narsk. Aquí la tengo.*

El mago de la espada frunció el entrecejo y se volvió mirando de frente a los piratas. Bajó la punta del acero.

—Ha sido Sorsil —dijo—. Ha salido a la cubierta y nos ha ordenado bajar el bote al agua. Me ha parecido extraño, pero no ha dado ninguna explicación, y Khefen estaba como una cuba. Entonces, ha ido a la toldilla y ha saboteado el timón. La he sorprendido haciéndolo y he tratado de impedirselo. Narsk ha salido de su camarote justo cuando estaba lanzando a Sorsil por la borda.

—Narsk no nos ha dado la menor oportunidad de explicarnos —añadió Hamil, que se apartó del cuerpo de Narsk y se puso al lado de Geran—. Ha tocado la campana y ha llamado a todos a cubierta, y entonces ha ido a por Aram. Ha sido su último error, como podéis ver. —Para Geran añadió—. *¡No ha estado mal, pero no digas mucho más!*

—Narsk está muerto, Sorsil está muerta y Khefen no es más que un gordo borracho e inútil —dijo Murkelmor—. Me gustaría saber quién capitanea ahora el *Tiburón de la Luna*.

—Pues yo —dijo Geran enseguida.

Si tenía que echarse un farol para salir de eso, lo mismo podía ser un plan descarado. Hizo una pequeña mueca, al darse cuenta de que no tenía la menor idea de lo que podría significar en ese momento. Antes de que pudiera pensárselo mejor, siguió adelante.

—Según la tradición de la Luna Negra, me proclamó capitán. Narsk ha muerto a mis manos. Soy el capitán del *Tiburón de la Luna*.

Un murmullo de incertidumbre recorrió la tripulación.

—¡No! —gritaron algunos hombres.

—¡No tan deprisa! —gritaron otros.

—¡No, Skamang! ¡O Khefen! —se oyó por otro lado.

—*Espero que sepas lo que estás haciendo, Geran* —dijo Hamil—. *Esto va a desembocar en otra pelea.*

—Tiene derecho a reclamar el grado para sí —dijo Murkelmor. El viejo enano meneó la cabeza—. Todos lo hemos visto. No es así como se hacen las cosas, pero Khefen no sirve para capitán, y Sorsil está tan muerta como Narsk, si Aram dice la verdad. Mi puño apoya a Aram.

—El mío no —dijo Skamang con rabia—. No voy a seguir a un extraño cualquiera que no lleva a bordo del *Tiburón de la Luna* ni diez días simplemente porque haya vencido al gnoll. —Apuntó a Geran con su garfio de abordaje—. Yo me

proclamo capitán de este barco.

Geran tenía enfrente a los sesenta bribones, forajidos, asesinos y piratas que formaban la tripulación del barco. Todos lo observaban y se miraban entre sí, expectantes, aguardando a ver si él o Skamang se hacían con el control del navío. Nadie quería que uno u otro le recordara más tarde haberse puesto del lado del hombre equivocado. Geran hizo un esfuerzo por adoptar una expresión fría, confiada, mientras estudiaba a la tripulación. La aparente confianza podría significar la diferencia entre la vida y la muerte, no sólo para él, sino también para cientos de hulburgueses. Tenía que hacerle creer a la tripulación que era tan duro y mortal como una espada bien afilada, o Skamang podría conseguir su propósito, en cuyo caso Geran no tenía garantía alguna de que el norteño le perdonara la vida, y mucho menos de que condujera el barco en la dirección en la que él necesitaba ir.

—En un barco no puede haber dos capitanes —gruñó Murkelmor—. No es posible.

—No, por supuesto —coincidió Geran, que fijó los ojos en Skamang poniendo en su mirada hasta el último resquicio de desprecio que fue capaz de encontrar—. ¿Esta vez vas a luchar conmigo, o quieres enviar al ogro en tu lugar? Mi puño se mantendrá al margen si el tuyo también lo hace.

—¿Tu puño? ¿Los dos? —se rió el norteño—. Tira esa arma y deja que todos los hombres aquí reunidos te oigan llamarme capitán y olvidaré todo esto. Tú y tus amigos podéis desembarcar en el próximo puerto que toquemos, sin rencores.

—*Dudo que vaya a ser tan sencillo* —le dijo Hamil a Geran—. *Te matará si cedes ahora, aunque sólo sea para asegurarse de que nadie más piense que debería estar al mando.*

—En otras palabras, no quieres cruzar tu acero con el mío —replicó Geran.

Si conseguía persuadir al norteño de que se batiera con él, tal vez podría hacerse con el barco de una sola estocada. Subrepticamente miró a Sarth, que estaba cerca del pie de la escala que conducía a la toldilla. Sarth tenía una expresión tensa, pero hizo un levísimo gesto afirmativo con la cabeza. Viniera lo que viniese, estaría preparado.

La risa de Skamang se desvaneció y en su voz apareció una nota de dureza.

—No voy a mostrarme tan generoso si te empeñas en esta tontería. Puede ser que no te importe vivir o morir, pero voy a destripar a cualquiera que se ponga de tu lado y lo arrojaré por la borda.

—¿Eso significa que me vas a destripar también a mí, Skamang? —preguntó Murkelmor. El enano dio dos pasos hacia donde estaban Geran y sus amigos, y se volvió para enfrentarse al norteño—. Aram está respaldado por mi puño, por si se te ha olvidado. Estamos con él.

Skamang miró a Murkelmor con desprecio, pero entonces Tao Zhe dio un paso

adelante, separándose de los demás, para colocarse también junto a Geran. El paso del viejo cocinero shou rompió con la indecisión de la tripulación, y de dos en dos o de tres en tres, la mayor parte de los hombres restantes se pusieron al lado de Geran. Sólo media docena de goblins y de semiorcos permanecieron junto al puño de Skamang, y empezaron a murmurar y a removerse inquietos al darse cuenta de que estaban en inferioridad numérica.

—*Parece ser que Skamang y sus aliados no les caen muy bien al resto de la tripulación* —le dijo Hamil a Geran.

Geran sacó pecho y se permitió una sonrisita. Había temido que la tripulación prefiriese lo malo conocido a lo bueno por conocer. Después de todo, el norteño era un antiguo veterano del *Tiburón de la Luna* y nadie ponía en duda su valor ni su brutalidad. Por otra parte, todo lo que sabían sobre Aram era que dominaba muy bien la espada y que lo habían sorprendido en una fechoría durante la guardia. Sobre esa base, lo previsible habría sido que todos se volvieran en su contra..., pero se dio cuenta de que a bordo nadie echaba de menos a Sorsil ni a Narsk, y que Skamang, a su manera, hubiera sido tan malo como el capitán anterior.

—Parece que los demás ya se han decidido, Skamang —dijo Geran—. Me proclamó capitán del barco. Ésta es tu última oportunidad. Ríndete o tú y los tuyos seréis arrojados por la borda, vivos o muertos, tanto me da.

La cara del norteño se oscureció de furia, pero sabía contar igual que Geran. Miró a su alrededor en la cubierta y luego hizo una breve inclinación de cabeza.

—Que así sea. Eres el capitán, pero te estaremos vigilando, Aram. Comete un error y verás con qué rapidez esos perros que ahora están de tu lado se pondrán del mío.

Geran le sostuvo la mirada un buen rato, y luego miró al resto de la tripulación reunida en la cubierta.

—¿Hay alguien más que tenga alguna discrepancia conmigo? Que hable ahora o que calle para siempre.

Los piratas se miraron, pero nadie dio un paso al frente. Geran asintió.

—Eso me parecía —dijo—. Muy bien, entonces. Dagger será nuestro nuevo segundo de a bordo. Vorr es el mago del barco, como ya habéis visto todos. Cuando hablen, lo harán en mi nombre. Murkelmor, tú serás el contramaestre. La guardia nocturna es tuya.

—¿Y qué hay de Khefen? —preguntó el enano.

—Llevadlo abajo y encerradlo en su camarote. Lo dejaré en el próximo puerto que toquemos. No me es útil, pero tampoco me ha hecho nada. Murkelmor, puedes ocupar el camarote de Sorsil.

—Sí, capitán —dijo Murkelmor.

Hamil enfundó sus dagas, se apartó el pelo de los ojos y se puso frente a la

tripulación.

—¿Cuáles son tus órdenes, capitán? —preguntó.

Geran alzó la vista hacia las velas que orzaban peligrosamente mientras el *Tiburón de la Luna* iba a la deriva a favor del viento. El viento había cambiado y se había hecho más fuerte en la última hora, rolando al noroeste. Todo hacía suponer que iba a ser un tempestuoso día de otoño en el Mar de la Luna, con un viento constante que permitiría una buena navegación..., siempre y cuando no tuviera que navegar directamente hacia él, lo cual parecía hacer ahora. Ya empezaba a sospechar que el barco estaba demasiado al este como para llegar a Hulburg sin horas de ir dando bordadas. Cuando su plan era abandonar el barco y salir a toda prisa hacia Hulburg en el bote, se avenía muy bien a sus propósitos que la galera pirata quedase a la deriva con el timón dañado. Ahora que el bote había desaparecido y tenía el barco a sus órdenes, tendría que encontrar una manera de llevar al *Tiburón de la Luna* hasta la costa en algún lugar cercano a Hulburg. Podía poner a los hombres a remar, pero Geran no estaba tan seguro de su posición como para someterlos a la prueba de una larga jornada a los remos en esos momentos.

—Lo primero que tenemos que hacer es reparar el timón —respondió Geran—. Hasta que consigamos hacerlo, arriad todas las velas. La Luna Negra se va a reunir cerca de las ruinas de Seawave al atardecer. Según mis cálculos, eso está todavía muy lejos al norte y al oeste de nuestra posición, y este viento nos está alejando de allí a cada minuto.

—¿No te parece irónico tener que reparar el timón que tú mismo has saboteado hace una hora? —le dijo Hamil con una pequeña mueca. Después se volvió hacia los tripulantes que tenía alrededor—. ¡Ya habéis oído al capitán! —gritó—. ¡Primera guardia, arriba! No sé a vosotros, muchachos, pero a mí no me gustaría tener que ir remando hasta Hulburg. Saquear no es tan divertido cuando a uno le duele la espalda y está cansado como un perro. Maese Murkelmor, sé que ahora ejerces de oficial, pero eres el mejor carpintero que tenemos en el barco. Échale una mirada al timón, por favor.

Los marineros comenzaron a moverse siguiendo las órdenes de Hamil. Algunos treparon por las jarcias para empezar a tomar rizos, mientras que Murkelmor indicaba a un par de los suyos que lo acompañarán a la toldilla. Otros dos fueron a llevar a Khefen abajo. Sarth se recostó cerca de Geran.

—Será mejor que atiendas esa herida —le dijo en voz baja—. Si llegas a perder el conocimiento podríamos tener que repetir toda la ronda de desafíos.

Geran retiró la mano de su costado y vio que tenía sangre. Hizo una mueca y miró a su alrededor buscando a Tao Zhe. El cocinero shou era lo más parecido a un sanador que tenían en el barco.

—¡Tao Zhe! Trae agua caliente y tu equipo de costura —le dijo—. Narsk me dejó

algo para que lo recuerde.

Murkelmor y sus ayudantes empezaron a instalar un nuevo cable en el timón. Geran no se molestó en presionarlos para que se dieran prisa; el enano sabía que la participación del barco en el ataque a Hulburg dependía de que recuperasen la capacidad de maniobra lo antes posible, y dirigía a su pequeño grupo de carpinteros y de cableadores con la mayor eficacia. Geran permaneció en la toldilla, observando a Murkelmor mientras trabajaba, y mientras Tao Zhe, a su vez, trabajaba en él. El arma de Narsk le había hecho un corte profundo, pero había tenido suerte de que no hubiese sido peor.

—He creído que Narsk te había matado con esa cuchillada —le dijo el shou mientras le cosía la herida—. Esta mañana has tenido suerte.

—No ha estado mal.

Geran apretó otra vez los dientes mientras Tao Zhe trabajaba. Ya le habían cosido más de una herida, y cada vez le parecía peor que el momento de recibir la herida.

—La verdad, no esperaba que te levantas tan pronto contra Narsk aquella mañana cuando salimos de Zhentil Keep —comentó Tao Zhe—. Ni pensaba que fueras tan experto en magia. Parece ser que eres un hombre de talentos ocultos.

—Ha sido Narsk el que ha provocado la pelea. No tenía la menor intención de desafiarlo, pero no me ha dejado otra alternativa.

Tao Zhe asintió.

—No me produce gran desazón, que quede claro. Narsk no era gran cosa como hombre de mar, y además era un bruto avaricioso y cruel. Casi cualquiera hubiera sido mejor capitán que él.

Geran soltó una risotada.

—Te agradezco tu confianza.

El shou sonrió. Miró en derredor y se acercó un poco más, bajando la voz.

—Lo que me intriga es por qué querría Sorsil abandonar el barco. Es difícil creer que haya querido dejar el *Tiburón de la Luna* sin llevarse nada de su camarote, o que haya dejado a los otros dos hombres de la guardia escondidos debajo de una lona, pero haya permitido que tú y tus amigos hayáis tenido la oportunidad de impedir que se marchara. No soy un hombre muy listo, pero a mí me parece mucho más probable que tres hombres que no llevan ni diez días a bordo hayan estado conspirando para robar el bote. Aunque si así fuera, seguiría preguntándome por qué querrían abandonar el *Tiburón de la Luna*. ¡Tal como los has descrito, los acontecimientos parecen de lo más extraños!

Geran estudió atentamente al shou. No era muy probable que Tao Zhe fuera el único tripulante del barco que albergase esas dudas.

—Especular no tiene sentido, Tao Zhe —dijo después de un momento.

—Por supuesto. Pero no es especular haber notado que ni tú ni tus camaradas sois

los típicos mercenarios o forajidos que navegan con la Luna Negra.

—Entonces, ¿qué interpretación le da a esto la tripulación?

—Como temen tu magia, te seguirán por ahora —respondió Tao Zhe—. A nadie le gustaba Narsk... ni tampoco Sorsil, pero debes guardarte las espaldas. Y no tienes que esperar que la tripulación se enfrente por ti a quienes te desafíen; no hasta que demuestres que eres un capitán digno de ser seguido.

—Lo entiendo.

—Sólo digo lo que es evidente —respondió Tao Zhe. Acabó de coser y cubrió la herida con una compresa caliente—. No puedo hacer mucho más. Te molestará durante unos diez días. Trata de que no te vuelvan a clavar un cuchillo en el mismo sitio.

—Seguiré tu consejo.

El viejo shou sonrió. Reunió su equipo y se retiró a la cocina.

Murkelmor consiguió enganchar un nuevo cable al timón apenas un par de horas después del amanecer. Con el timón reparado, Geran pudo poner otra vez rumbo al noroeste y hacia Hulburg, pero el fuerte viento otoñal soplaba precisamente de ese lado, de modo que tuvo que resignarse a abordarlo oeste-sudoeste, dirigiendo el barco otra vez hacia el medio del mar mientras trataba de recuperar una dirección a favor del viento. Por la tarde, se levantó una fuerte marejada, de modo que el *Tiburón de la Luna* tenía que abrirse camino entre olas coronadas de espuma que rociaban la cubierta con su lluvia fría. El mar picado hacía que recoger velas y pasar a los remos resultase impensable.

A media tarde, Geran decidió que ya no podía darse el lujo de alejarse más hacia el sur y puso rumbo norte, enfrentándose directamente al viento. A esas alturas no estaba seguro de si tocaría tierra al este o al oeste de Hulburg, pero sí sabía con bastante certeza que no llegaría a las ruinas de Seawave. Como consecuencia de haberse desviado de su rumbo durante la noche y de una mañana a la deriva a favor del viento, no había manera de que llegaran al punto de encuentro de la Luna Negra. Si su intención era sumarse a la incursión sobre Hulburg, tendría que dirigirse directamente a la ciudad y unirse allí al resto de la flota.

Como la tarde se aproximaba a su fin, supuso que más le valía preparar a la tripulación para un cambio de planes. Llamó a Murkelmor, a Tao Zhe y a unos cuantos de los jefes de los puños a la toldilla aproximadamente una hora antes de la puesta del sol.

—Entre la avería del timón y el cambio del viento, creo que estamos demasiado lejos hacia el este del punto de encuentro de la Luna Negra como para reunirnos con los otros barcos —les dijo—. Se congregarán a unas veinte millas al oeste de la ciudad en un par de horas, pero creo que podríamos llegar a Hulburg a medianoche sin demasiados problemas, y es lo que intento hacer. Sé adónde se dirige el resto de la

flota, y podemos dar allí con ella.

—Al capitán supremo no va gustarle nada —dijo Murkelmor.

—Ya no puede evitarse —dijo Geran—. Si el ataque a Hulburg es un éxito, apuesto a que se perdonarán muchos pecados. De lo contrario, yo me haré responsable.

El *Tiburón de la Luna* mantuvo el rumbo norte durante toda la tarde y ya se aproximaba al ocaso. Sin embargo, no avistaron la costa norte en ningún momento, y Geran empezaba a temer que pudiera haber errado los cálculos en las últimas horas. No podía hacerse a la idea de que el barco pudiera estar demasiado lejos como para enviar una palabra de advertencia a Hulburg. Al menos, de ser cierto eso, los piratas contarían con un barco menos, pero eso los pondría a él y a sus compañeros ante la situación de tener que enfrentarse a una tripulación decepcionada, lo cual podía resultar letal. Por fin, cuando las últimas ascuas del crepúsculo estaban a punto de desaparecer en el horizonte occidental, desde la cofa del vigía llegó el grito:

—¡Tierra a la vista!

Geran acudió veloz a proa, luchando contra el resplandor para tratar de distinguir su posición, y se le cayó el alma al suelo.

Se encontraban todavía a quince kilómetros al este de Hulburg, tal vez más. Hizo un cálculo mental rápido del tiempo y las distancias, tratando de vislumbrar el rumbo que tendrían que seguir. Con ese viento, el *Tiburón de la Luna* tal vez podría hacer entre siete y ocho nudos navegando de bolina, pero tendrían que cubrir quizá el triple de distancia virando por avante mientras trataban realmente de compensar el viento. Eso representaba otras cuatro o cinco horas de navegación hasta llegar a los Arcos. Volvió a la toldilla tratando febrilmente de pensar algo.

—¿Conoces este tramo de costa? —le preguntó Hamil—. ¿A qué distancia estamos de Hulburg?

—La conozco, y estamos demasiado al este —respondió Geran—. Creo que no llegaremos a tiempo.

Hamil y Sarth se miraron, y el hechicero frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

Geran no veía alternativas. Señaló un punto en la costa, a unos cuatro kilómetros de distancia.

—O mucho me equivoco, o eso es el cabo Sulan. Está a unos quince kilómetros al este de Hulburg por el antiguo camino de la costa. Llevaría el barco hasta la playa que hay al pie, pero eso podría costarnos otra hora, y no me atrevo a hacer algo así delante de la tripulación. Sin duda, sospecharían que los estaba traicionando. Sarth, ¿puedes llegar a la costa con tu conjuro de vuelo?

Sarth estudió la distancia y asintió.

—Sí, y tal vez un poco más lejos.

—Entonces, necesito que abandones el barco, vayas a Hulburg y adviertas a Kara, al harmach, a cualquiera que puedas encontrar, de la inminente incursión de la Luna Negra. No sé si podré llegar a Hulburg antes que los barcos de la Luna Negra, no lo creo tal como está girando el viento, pero tú tal vez lo consigas a pie. Según mis cálculos, tienes tres o cuatro horas para cubrir la distancia. ¿Podrás hacerlo?

—Debe hacerse y así se hará. —Sarth se volvió para mirar la cubierta del *Tiburón de la Luna*—. ¿Qué será de Hamil y de ti? Si la tripulación se da cuenta de que falto tal vez se levanten contra vosotros.

—Les diré que estás abajo, encerrado en el camarote de Narsk para estudiar tus conjuros. Eso bastará durante un tiempo. —Geran hizo una pausa al venirle a la cabeza algo que había olvidado—. Eso me recuerda... Hamil, ¿qué pone en esa carta que encontraste en el bolsillo de Narsk?

—La había olvidado —dijo Hamil con expresión de asombro—. Un momento.

La sacó del bolsillo y la abrió con cuidado a la luz del vacilante fanal de popa. Después de un momento, sacudió la cabeza y se la pasó a Sarth.

—Parece algún tipo de encantamiento.

Sarth le echó un vistazo y se encogió de hombros.

—Las palabras arcanas se escriben en varias lenguas diferentes y yo pensaba que al menos era capaz de reconocer unas cuantas palabras en cualquiera de ellas, pero esto no tiene sentido para mí. Guárdala bien y veré si puedo descifrarla por medios mágicos en cuanto tenga ocasión de estudiarla atentamente. —Se volvió hacia Geran—. ¿Qué harás con el *Tiburón de la Luna*?

Geran esbozó una sonrisa de desaliento.

—Todavía tengo que llegar a Hulburg, y el *Tiburón de la Luna* me llevará hasta allí. Ahora tenemos que ponerte a ti en camino, ya que en unos minutos tendré que virar el barco y apartarme de la costa.

QUINCE

8 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

El *Reina Kraken* pasó los Arcos del puerto de Hulburg una hora después de medianoche. Sus remos la impulsaban con entusiasmo mientras embestían las olas orladas de espuma y la lluvia arremolinada por el viento. Tras él venían el *Audaz*, el *Wyvern* y el *Lobo de Mar*... En total, casi quinientos corsarios de la Luna Negra sedientos de sangre y ansiosos de violar y saquear. Se veían pocas luces en la ciudad, apenas un puñado de candiles en las calles y algún que otro farol a la puerta de las tabernas o de un astillero. Sergen Hulmaster puso la mano como visera para protegerse del viento y de la lluvia mientras miraba ansioso hacia la costa. Si hubiera llegado a Hulburg algún aviso del ataque de la Luna Negra, lo lógico sería que hubiese filas de guardias del Escudo y de mercenarios de las compañías mercantiles, e incluso las ridículas compañías de milicianos de la Lanza estarían esperando en los muelles para repeler el ataque. Sin embargo, las calles que daban al mar parecían abandonadas.

Sergen sonrió para sus adentros.

—Tenías razón, padre —dijo—. Creo que los hemos sorprendido.

Teniendo en cuenta la misteriosa ausencia del *Tiburón de la Luna*, se había pasado los cuarenta y cinco minutos de veloz carrera desde la ruinas de Seawave tratando de acallar sus funestas dudas sobre el éxito de la empresa. Aquello le había parecido un mal presagio para empezar la noche, y le había insistido a su padre para que esperasen, pero Kamoth estaba impaciente por lanzar el asalto, preocupado por la perspectiva de que el tiempo empeorara haciendo imposible atacar en el momento oportuno y permitiendo que descubrieran a la flota.

El capitán supremo sonrió ferozmente, desafiando al destino.

—¡Por supuesto que tenía razón! —dijo—. Tú no tienes agallas para estos embates, Sergen. La precaución y la previsión están muy bien, pero a veces hay que echar la suerte al viento y ver lo que nos trae.

Kamoth extendió los brazos, para permitir que los marineros que lo atendían terminaran de atar su armadura escarlata. Estaba hecha a modo de un largo jubón formado por escamas de pez, con adornos que imitaban aletas en las articulaciones y un yelmo que llevaba grabada la forma de una serpiente marina con largos colmillos y dejaba la cara al descubierto.

Sergen miró su propia armadura, una ligera cota de malla debajo de una resistente capa de cuero.

—Espero que no echemos de menos la ayuda del *Tiburón de la Luna*. Otros setenta hombres contribuirían a fortalecer mi confianza.

Kamoth alzó hacia el cielo una mano cubierta por el guantelete.

—Es posible, pero el viento y el tiempo nos favorecen demasiado como para esperar a ese rezagado de Narsk, muchacho. Una rápida carrera desde el punto de encuentro, una noche oscura para impedir cualquier intento de organizar la defensa de la ciudad, y una huida veloz cuando sea el momento. ¡El Príncipe de los Demonios beberá hasta hartarse esta noche!

Sergen asintió, pero sin responder. Hacía tiempo, Kamoth lo había consagrado al servicio del señor de los demonios, Demogorgon, pero él, en su exilio, jamás había visto las ventajas de postrarse ante altares manchados de sangre. Le bastaba con dejar que su padre glorificara a Demogorgon como se le antojase mientras no esperara lo mismo de él.

—¿Alguna señal del *Dragón Marino*? —les preguntó a los vigías.

—No, lord Sergen.

Superado por cuatro a uno, el *Dragón Marino* no habría durado mucho en un enfrentamiento con la flota de la Luna Negra, pero Sergen sabía que no debía menospreciar a su hermanastra, Kara, ni a su medio primo, Geran. Ya lo había hecho unos meses atrás y le había costado el trono de Hulburg, la amistad de los mulmasteritas y fortuna y poder considerables, y a punto había estado de costarle la vida. Con su único barco de guerra, se las habían arreglado para causarle más problemas de los que habría sido dado imaginar en cualquier mundo razonable.

—Pero si no está aquí, ¿dónde está entonces? —se preguntó en voz alta, y otra vez empezó a preocuparse.

—Probablemente tratando de encontrar nuestro rastro en las aguas de los confines occidentales —respondió Kamoth.

El capitán supremo acabó de ponerse la armadura y comprobó su idoneidad dándose varios golpes en los hombros y en el pecho. A continuación, se aproximó a la borda y miró a los demás navíos que entraban en el puerto en pos del *Reina Kraken*.

—¡Da la señal! —le dijo al marinero que estaba allí de pie.

El sujeto alzó por encima de la barandilla de popa un farol ojo de buey que tenía un cristal teñido de rojo. Abrió y cerró el portillo tres veces. Desde las toldillas de los otros barcos recibieron una señal idéntica a modo de respuesta. La flota se dividió al dirigirse cada barco al punto de ataque que se le había asignado.

—Maldito sea el *Tiburón de la Luna* y maldito sea ese necio de Narsk —musitó Kamoth—. Espero, por su bien, no tener motivo para pensar que más me habría valido esperar al quinto barco.

—Es posible que lo haya demorado el tiempo, capitán supremo —dijo el segundo de a bordo del *Reina Kraken*—. Tal vez esté apenas una hora por detrás de nosotros.

—¡Más le valdrá, o la próxima vez que lo vea, juro que lo ataré al palo mayor con sus propias tripas y lo dejaré a merced de las gaviotas! —Kamoth volvió al timón y

echó una mirada hacia adelante por encima de los remeros—. ¡Despacio a estribor ahora, timonel! Ahí. ¡Vía! Bien... Bien... ¡Que paren los remos! ¡Recoged remos!

El *Reina Kraken* se deslizó hacia adelante llevado por el impulso, costeano próximo a los muelles de la ciudad. El muelle abandonado de los Veruna era el objetivo de Kamoth, y el viejo pirata guió a su barco con mano experta. A Sergen le pareció demasiado rápido, y subrepticamente se afirmó en la borda, pero entonces grupos de marineros saltaron a la escollera con cuerdas de amarre, controlando a la gran galera con el pesado crujir de los cabos tensos y de los pilotes de madera. Todo el muelle se sacudió cuando el *Reina Kraken* se detuvo por fin.

—¡Bien hecho! —gritó Kamoth—. ¡Ahora, adelante! ¡Ya podéis tomar la ciudad!

Con un coro desenfrenado de juramentos, risotadas y gritos de batalla, la tripulación del *Reina Kraken* saltó por la borda y corrió hacia el interior de la ciudad. El propio Kamoth sonrió una vez a Sergen y siguió a sus hombres con un cruel alfanje reluciente en la mano.

Sergen reunió a Kerth y al resto de sus guardaespaldas mágicamente vinculados y se dirigió con mayor resolución hacia las calles de la ciudad. No veía ninguna necesidad de asesinar, saquear ni violar a nadie; era un hombre muy rico, y podía conseguir todas las mujeres que quisiera. La tarea que le habían asignado esa noche era detectar cualquier resistencia y dirigir a los corsarios de la Luna Negra a puntos conflictivos. Si su padre quería liderar desde el frente y dar a sus hombres ejemplo de conducta sanguinaria, era cuestión suya. Sergen quería asegurarse de que el ataque tuviera sobre Hulburg los efectos que él deseaba, ni más ni menos.

Resonaron los primeros gritos en la noche, seguidos del entrecocar de aceros. La ciudad dormida se llenó de llamadas de alarma. No era exactamente el regreso triunfal a Hulburg que Sergen había soñado para sí durante los largos meses de exilio en Melvaunt, pero no pudo reprimir una sonrisa de depredador. Era, tal vez, el enemigo más peligroso de los Hulmaster, el hombre que había estado más cerca de desbancar al harmach en los últimos cien años, y al menos por esa noche deambulaba por las calles con total impunidad. Pensó que a Geran y Kara les daría un ataque si llegaran a saber que estaba allí observando el saqueo del puerto. El olor a humo le llenó las fosas nasales y el feroz resplandor del fuego empezó a verse en los callejones y en las tortuosas calles.

—Esto podría ser incluso mejor de lo que pretendía —dijo.

—No para los hulburgueses —respondió su guardaespaldas Kerth con una mueca feroz.

—Es el coste que debo pagar para destronar al harmach, Kerth. Los hulburgueses se lo buscaron cuando Geran y Kara arruinaron mis planes.

Sergen estudió el espectáculo un momento más y después volvió a la base de la escollera donde estaba amarrado el *Reina Kraken*. Docenas de corsarios esperaban

allí ansiosamente, vitoreando encantados cuando se incendiaba otro edificio y gritando para alentar a aquellos de sus compañeros a los que veían. Uno de cada cinco hombres de los cuatro barcos había recibido órdenes de reunirse en ese punto para formar una poderosa reserva por si los hulburgueses conseguían organizar alguna defensa inesperadamente férrea de su ciudad o decidían tomar venganza contra los barcos piratas. Por supuesto, aquello había sido una contribución de Sergen al plan de ataque de Kamoth. Ninguno de los marineros a quienes se había asignado esa obligación estaba contento con ella, ya que querían quedar liberados para tomar parte en el saqueo. Sin embargo, a Sergen lo complacía ver que la mayoría de los hombres prometidos realmente habían acudido a realizar su trabajo.

—¿No podemos echar una mirada en esos almacenes de allí? —preguntó uno de los corsarios de la reserva, señalando al otro lado de la calle—. No estaremos lejos, lord Sergen.

—¿Y qué diría el capitán supremo si requiriera vuestra ayuda y hubierais ido por ahí a llenaros los bolsillos? —respondió Sergen—. Creo que yo en vuestro lugar recordaría mis órdenes. Si todo sale bien, os relevarán en una hora y os llegará el turno de disfrutar de la ciudad.

El pirata pareció decepcionado, pero no siguió discutiendo. Sergen decidió echar una mirada por los alrededores para ver si había algo en que pudiera poner a trabajar a la reserva, y condujo a su pequeño grupo de guardaespaldas por la calle de la Bahía, buscando alguna señal de posibles problemas. Las bandas de piratas corrían de un edificio a otro, algunos con los brazos ya cargados con los beneficios del botín. Primero buscó en el almacén de los Marstel y comprobó con alivio que los corsarios de la Luna Negra lo habían dejado intacto, como debía ser. Después se dirigió una manzana más adentro y caminó hacia el este por la calle de la Carreta, donde otros piratas hacían su trabajo. Con una mueca pensó que no favorecería sus planes que arrasaran la ciudad. Quería que algo quedara en pie, después de todo.

Un poco más adelante, el ruido de las armas era más intenso, mucho más intenso. Sergen frunció el entrecejo y corrió hacia allí para echar un vistazo. Llegó a la intersección de la calle de la Carreta y la calle Mayor, el corazón del distrito comercial de la ciudad, y vio allí una sólida falange de la mismísima Guardia del Escudo del harmach. Una pequeña compañía de unos treinta o cuarenta soldados hulburgueses se iba abriendo camino calle abajo, empujando a los piratas hacia el puerto. Sergen hizo un gesto de contrariedad ante la muestra de precoz resistencia. La compañía de guardias estaba interfiriendo sus planes largamente acariciados de humillar a Hulburg, y eso no le gustaba nada. Había que derrotarla, y cuanto antes mejor.

—¡Malditos sean! —dijo con rabia—. ¿De dónde han salido?

—Supongo que es sólo casualidad —respondió Kerth. Se puso por delante de

Sergen y observó con nerviosismo a los soldados, que se aproximaban—. Parece que no todos los soldados del harmach estaban dormidos esta noche. Son demasiados para nosotros, lord Sergen. Será mejor que nos movamos.

—De acuerdo —dijo Sergen.

Con expresión reconcentrada se recordó que ningún enfrentamiento armado salía exactamente como se había planeado. Era de esperar que algunos de los defensores de la ciudad organizaran una breve resistencia; por fortuna, la Luna Negra estaba preparada para ellos.

—Volveremos atrás, hacia los muelles, y recurriremos a la reserva para repeler a éstos.

Dieron la vuelta y retrocedieron por la calle de la Carreta hasta la intersección con la del Tablón, y allí también encontraron lucha. Una gran masa de hulburgueses, la mayoría vestidos a la carrera con viejas cotas de malla o chalecos de cuero, defendían la calle del Tablón contra los piratas, y también avanzaban hacia el puerto. Era otra muestra más del tipo de resistencia que Sergen había confiado vencer con la sorpresa inicial del ataque de la Luna Negra, y tomó nota para mandar también allí más piratas; pero una oscura sospecha se abría camino dentro de él.

—No me gusta el aspecto de esto —le dijo a Kerth—. ¡Vamos!

Volvió atrás por el callejón que había al sur de la calle de la Carreta, y a la carrera se dirigió hacia el oeste para evitar a la compañía de la Hermandad de la Lanza. En la plazoleta que había junto al edificio del Consejo, se encontró con un vigoroso destacamento de mercenarios de la Doble Luna y de la Casa Sokol que montaban guardia, y maldijo con rabia. Había demasiados soldados y mercenarios listos para combatir en las calles de la población. Unos pocos eran previsibles, pero al parecer había compañías de hulburgueses y mercenarios por toda la ciudad.

—¡Por la mano negra de Bane, nos estaban esperando! ¡Sabían que veníamos! —gruñó.

—¿Crees que es una trampa, milord? —preguntó Kerth.

—No tengo ni idea, pero nos enfrentamos a una batalla.

Sergen se volvió hacia el puerto y esa vez salió corriendo. Al pasar, gritaba a las bandas de piratas que lo siguieran; algunos obedecían, y otros no le hacían el menor caso, pero no tenía tiempo para discutir. Salió a la calle de la Bahía y volvió corriendo junto a los corsarios que esperaban en el muelle donde estaba amarrado el *Reina Kraken*. Rápidamente envió a la mitad de ellos por la calle del Tablón para dispersar a la milicia, y despachó mensajeros para reunir a las bandas dispersas de corsarios. Era necesario reunir a las fuerzas de la Luna Negra o se enfrentarían divididas en grupos de cuatro o cinco a los defensores de la ciudad. Después envió a otro hombre a tocar la campana del *Reina Kraken* como señal de un repliegue general: tres campanadas, una pausa y otras tres, repetida varias veces. Los piratas

empezaron a volver hacia los barcos.

Reluciente en su armadura de escaleras color escarlata, Kamoth apareció a la carrera desde un callejón, seguido por una docena de sus matones. Se dirigió, airado, hacia Sergen.

—¿Has ordenado que tocan la campana del barco? —le reprochó—. ¡Si no llevamos ni media hora aquí! ¿Qué sucede?

—¡Hay compañías de hulburgueses taponando las calles que llevan al puerto! —le dijo Sergen a su padre—. Quieren atraparnos aquí junto a los muelles. ¡Nos estaban esperando!

—Entonces, ¿por qué no nos han esperado en el puerto? ¿Por qué no está aquí el *Dragón Marino*? —Kamoth hizo una mueca furiosa mientras sopesaba la situación—. ¿No me dijiste que tu aliado en la ciudad nos advertiría en el caso de que el harmach se enterara de nuestro plan?

Sergen se paró un momento a pensar en eso.

—Sí, eso dije —admitió.

Rhovann estaba bien introducido en el Consejo del Harmach. De haber estado enterado el harmach del inminente ataque, el mago elfo se lo habría hecho saber. Lo cierto era que habían tomado medidas para una eventualidad como ésa.

—Deben de haberlos advertido poco antes de que hayamos llegado —concluyó—. No han tenido tiempo para reunir el Consejo del Harmach ni para planear una defensa más contundente, y mi aliado no ha tenido ocasión de ponerse en contacto conmigo. Es una defensa improvisada.

Kamoth se volvió hacia Sergen con una sonrisa asesina.

—Entonces, no tiene importancia que les hayan avisado. Los guardias del harmach estarán dispersos por toda la ciudad tratando de cogernos junto al puerto. Los aplastaremos calle por calle y al amanecer la ciudad será nuestra. ¿Dónde están?

—He visto destacamentos en la calle Mayor, y en las del Tablón y el Pez. Acabo de enviar a cincuenta corsarios por la calle del Tablón para dispersar a la Hermandad de la Lanza allí reunida. Imagino que también los habrá bloqueando el Puente Bajo.

—Bien. Tú te quedas aquí y reúnes a todos los piratas que acudan a tu llamada. Yo me llevaré a los que tienes ahora y saldré al encuentro de la Guardia del Escudo.

Kamoth se acercó más y asió a Sergen por un hombro, clavándole sus dedos cubiertos de acero en la carne mientras bajaba el tono de la voz. Sergen trató de desasirse con un gesto de dolor.

—No vuelvas a tocar esa maldita campana a menos que veas en el puerto la flota de Hillsfar, muchacho. No quiero tener que dejar lo que estoy haciendo cada vez que te asustes.

Sergen hizo una mueca, pero no protestó. Si tenía que proteger a Kamoth de su propia temeridad lo haría, por más furioso que se pusiera. Observó mientras el

capitán supremo reunía a los corsarios y salía a la carrera hacia el centro de la ciudad. Mientras tanto, los piratas iban llegando en cuentagotas al muelle. Furioso por la insinuación de cobardía de su padre, se paseaba arriba y abajo por el muelle, tratando de dominar su ira.

—Lord Sergen, alguien pregunta por ti... Un elfo. —Un marinero del *Reina Kraken* estaba allí con la gorra en la mano.

—¿Rhovann? —murmuró Sergen.

Se preguntó qué querría de él el mago. No habían hecho planes para encontrarse durante el ataque; claro estaba que Sergen tampoco sabía con certeza si acompañaría o no a la Luna Negra en su ataque contra Hulburg.

—Tráelo aquí —le dijo al mensajero.

Esperó en la escollera, escuchando los ruidos de lucha que llegaban de todas las calles de Hulburg. Se veían media docena de incendios considerables dispersos por toda la ciudad. Si la noche no hubiera sido tan húmeda, se habría perdido todo al oeste del Winterspear. Tal como habían resultado las cosas, creía que los habitantes conseguirían salvar la mayor parte de la ciudad. Entonces, apareció Rhovann Disarnnyl en medio de la lluvia y el humo, vestido con una capa larga con capucha. Detrás de él había una figura enorme del tamaño de un ogro, cubierta con un sayal marrón también con capucha. Las manos de la criatura eran pálidas, casi cerúleas. Llevaba a dos cautivas con las manos atadas: una niña de cabello oscuro que no tendría más de diez años, y una mujer con el mismo color de pelo y vestida de azul a quien Sergen reconoció como Mirya Erstenwold.

Se dio cuenta de que la niña debía de ser su hija. ¿Qué haría Rhovann con Mirya como prisionera? Sin duda, tenía valor como prisionera, pero ignoraba que el mago elfo conociese siquiera su existencia.

—Buenas noches, lord Sergen —dijo Rhovann. Le dirigió una sonrisa forzada—. Veo que has traído a tus amigos contigo.

—Lord Disarnnyl —respondió Sergen—. Me sorprende verte por aquí. Suponía que estarías a buena distancia de Hulburg. Después de todo, no hay seguridad en las calles.

—Bastion, este corpulento amigo que ves aquí, me evita muchos problemas —respondió Rhovann.

Sergen alzó la vista hacia la enorme figura encapuchada y atisbó una cara pálida debajo de la capucha. Unos ojos sin brillo, sin vida, le devolvieron la mirada. Se dio cuenta de que era un ingenio o un golem de algún tipo, probablemente fruto de la magia de Rhovann. El mago elfo le indicó a su enorme guardián que dejara a sus prisioneras en el suelo.

—Tengo un problema..., dos problemas en realidad, de los que espero que te hagas cargo —añadió.

—Ya veo.

Las dos Erstenwold parecían estar inconscientes, aunque los párpados de Mirya se movían y en su cara había un rictus de preocupación. Las dos estaban amordazadas.

—¿Qué quieres que haga con ellas exactamente?

—Mirya tuvo la mala idea de espiarme durante una conversación confidencial. La pequeña tuvo la mala suerte de estar en casa cuando Bastion y yo fuimos a por su madre. Ambas han visto demasiado como para permanecer en Hulburg. Puesto que sin duda la Luna Negra se llevará a algunas personas por la mañana, pensé que podrías sumarlas a vuestro botín.

—Como sabes, hay una alternativa mucho más simple.

—Por supuesto, pero yo no soy un vulgar asesino. Estas dos no son mis enemigas y para mí serán inofensivas en cuanto os las llevéis de Hulburg. —Rhovann echó una mirada a las Erstenwold inconscientes que ahora estaban echadas una junto a la otra en la madera del muelle, resbaladiza por la lluvia—. Además, son muy caras a Geran Hulmaster. Puede resultar muy útil mantenerlas con vida mientras él esté en libertad.

Sergen frunció los labios. No tenía ningún interés en cargar con un par de cautivas, y no era tan escrupuloso como al parecer lo era Rhovann sobre esas cuestiones, pero su aliado elfo tenía razón sobre su potencial utilidad. Aunque sólo fuera vendiéndolas como esclavas en las tierras del Mar Interior podría dar un tinte más cruel a la venganza contra su enemigo que matarlas sin más. Vivas eran mucho más útiles contra Geran de lo que podían serlo muertas.

—Tienes razón —le reconoció a Rhovann—. Puede llegar el día en que tenga que tender una trampa, y estas dos podrían ser un buen cebo. Si haces el favor, dile a tu corpulento amigo que las recoja y seguidme.

Rhovann hizo un gesto, y Bastion, silenciosamente, volvió a levantar a Mirya y a su hija. La criatura siguió a Sergen y a Rhovann al muelle donde estaba amarrado el *Reina Kraken* y se las entregó a la tripulación corsaria cuando Rhovann le indicó que lo hiciera.

—Encerradlas en mi camarote por el momento —les dijo Sergen a los piratas. Habría muchos otros cautivos en la bodega del barco, y no sabía exactamente qué hacer con las Erstenwold.

—¿Alguna otra cosa? —le preguntó a Rhovann.

—No, debo volver a mis habitaciones y recuperar mi disfraz. —Rhovann hizo un gesto despectivo—. Te informaré de las decisiones del harmach en cuanto pueda. Espero saber algo mañana por la noche.

—Muy bien —respondió Sergen—. Yo...

Desde la cubierta, a sus espaldas, llegó un grito:

—¡Un barco está entrando en el puerto!

El grito del vigía hizo que Sergen y Rhovann se volvieran.

—¿El *Dragón Marino* o el *Tiburón de la Luna*? —se preguntó Sergen en voz alta.

Subió a la toldilla del *Reina Kraken* y miró hacia el mar. Rhovann lo seguía a pocos pasos. A la escasa luz que proyectaban los incendios de la ciudad pudieron distinguir el casco largo y bajo, color escarlata, de una galera menor que entraba en el puerto, batiendo los remos vigorosamente.

—¡Es el *Tiburón de la Luna*! —gritó el vigía.

—Ya era hora —comentó Sergen.

Le importaba poco que la incursión acabara en éxito o en fracaso, pero era muy importante preservar la fuerza de la Luna Negra, con independencia de lo que sucediera allí esa noche.

Quizá Narsk llegaba con retraso, pero sus marineros podían inclinar la balanza a su favor en la batalla que se estaba desarrollando en los muelles de Hulburg. Como decían, «más vale tarde que nunca».

—Bien, con una hora de retraso, pero no cabe duda de que Narsk y sus hombres nos vendrán bien ahora.

El *Tiburón de la Luna* avanzaba hacia los muelles a velocidad de combate, esforzándose en los remos, como si estuviera ansioso de unirse a la refriega.

—Sin duda, está recuperando el tiempo perdido —señaló Rhovann—. Al parecer lo tenemos todo controlado aquí, y debo volver a mi lugar antes de que me echen de menos. Asegúrate de moderar a tus hombres. No queremos que arrasen la ciudad.

—Lo haré —murmuró Sergen sin apartar la vista del barco que se acercaba.

Narsk no se molestaba en virar a su izquierda para dirigirse al muelle vacío junto a los astilleros Sokol. Entraba en línea recta hacia la escollera central, donde estaban amarrados el *Lobo de Mar* y el *Audaz*. Sergen frunció el entrecejo y miró con más intensidad. La confiada sonrisa que lucía un instante antes se esfumó y dio un respingo al ver el barco de guerra que se aproximaba. Con un movimiento irregular habían alzado los remos y habían empezado a recogerlos.

—No puede ser —dijo Sergen—. ¡Narsk se ha vuelto loco!

Rhovann se detuvo al llegar a la escala y se volvió a mirarlo.

—¿Qué sucede?

Sergen estiró el brazo y señaló:

—No se pone a la par del *Audaz*. ¡Va a embestirlo!

DIECISÉIS

8 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Geran sentía la lluvia y el viento contra su cara mientras el *Tiburón de la Luna* entraba en el puerto de Hulburg. La luz del fuego lo pintaba todo de un rojo rubicundo y proyectaba sombras fantasmagóricas contra las serpenteantes columnas de humo que se elevaban sobre los edificios en llamas de la ciudad. El panorama llenó su corazón de tristeza, pero entonces se dio cuenta de que no era toda la ciudad la que se quemaba. Había cinco o seis incendios diferentes dispersos en el distrito del puerto, y el tiempo lluvioso contribuía a mantener el fuego bajo control. Entre la oscuridad lóbrega y el incendio pudo ver bandas de guerreros combatiendo en las calles que desembocaban en los muelles. No sabía si el aviso de Sarth le había llegado o no a tiempo al harmach, pero el hecho de que alguien siguiera combatiendo junto al puerto era buena señal. Si la Luna Negra hubiera sorprendido por completo a la ciudad, no habría habido mucha resistencia.

—Parece ser que la situación todavía no está decidida —murmuró Hamil a su lado.

Los dos estaban solos en la toldilla. El *Tiburón de la Luna* estaba un poco escaso de tripulación a esas alturas, y Geran había ordenado a todos los hombres que se pusieran a los remos para llegar a Hulburg en el menor tiempo posible.

—¿Qué hacemos ahora? Si bajamos a tierra, nuestra tripulación se va a unir a la barahúnda de la costa. Si no lo hacemos, lo más probable es que nos arrojen por la borda y bajen a tierra de todos modos.

—Ya veo —respondió Geran entre dientes. Entonces, alzó su voz y gritó a la tripulación—: ¡Bien hecho! ¡Ha sido una dura jornada, pero no hemos llegado demasiado tarde!

Los marineros lanzaron gritos jubilosos cuando el barco se deslizó junto a los Arcos de Hulburg, e inclinándose sobre los remos, bogaron aún con más vigor. En la cubierta de proa, Tao Zhe marcaba el tiempo con un bastón y un pequeño tambor.

Geran le imprimió al timón un giro lento a la derecha, sorteando la última columna de los Arcos. Tras horas de furiosas bordadas y velas tendidas en cantidades temerarias teniendo en cuenta el fuerte viento, por fin había llegado a Hulburg, y de repente se encontraba con que no sabía cómo proceder.

—Tenemos que hacer algo para sembrar confusión —le dijo a Hamil en voz baja—. Debemos hacer lo que podamos para limitar el daño inferido a la ciudad y para hacer caer a Kamoth en una trampa. No quiero que se me escape otra vez.

—Haz que encalle el barco. Eso nos mantendría al margen de la batalla.

—Buena idea, pero no es suficiente —dijo Geran. La ciudad, o al menos partes de

ella, ardía ante sus ojos, y a medida que se iban acercando podía ver a cientos de personas luchando en la calle de la Bahía. Gritos, voces airadas y el entrechocar del acero llenaban todo el puerto. Eran vecinos y amigos suyos que luchaban por sus vidas y por sus propiedades, que batallaban a causa de la avaricia y los designios asesinos de Sergen y el negro corazón de su padre. Geran entornó los ojos, y una oleada de ira se elevó desde las plantas de sus pies hasta las manos con que sujetaba el timón—. No es ni remotamente suficiente —continuó—. Quiero hacer auténtico daño a esos bastardos. Se lo pensarán dos veces antes de volver a atacar mi ciudad.

Recorrió con la vista todo el puerto, buscando un lugar donde asestar un buen golpe. Había cuatro galeras piratas amarradas a los muelles de la ciudad, junto con los habituales barcos mercantes y embarcaciones menores. En el lado este del puerto pudo ver al *Reina Kraken* junto a los antiguos muelles de Veruna; directamente frente a él había otras dos galeras, una contigua a la otra, frente a los almacenes de Marstel; al oeste, se veía otra galera amarrada cerca de las dársenas de Jannarsk. Al que más ganas le tenía Geran era al *Reina Kraken*, pero el barco insignia de la Luna Negra estaba protegido por un muelle que se encontraba en el camino del *Tiburón de la Luna*. En lugar de eso, apuntó la proa a los dos navíos corsarios del centro.

—¡Aumenta el ritmo! —le gritó a Tao Zhe—. ¡Velocidad de combate!

El shou pareció sorprendido, pero empezó a golpear el tambor más deprisa. En los bancos, los remeros no podían ver adónde se dirigía el *Tiburón de la Luna*; iban sentados de espaldas a la proa, y las galerías cubiertas de los bancos estaban por debajo de la borda. Sin embargo, los marineros se miraron unos a otros, y muchos trataron de echar un vistazo hacia adelante entre uno y otro golpe de los remos.

—¿Estás seguro de la velocidad que llevas, capitán? —preguntó Murkeltmor desde su lugar entre los bancos de los remeros—. ¡No es un puerto tan grande!

—¡Mantened el ritmo! —dijo Geran hacia atrás—. ¡Vamos a embestir!

—¿Cómo que a embestir? —preguntó Murkeltmor, incrédulo—. ¿A quién vamos a embestir? —El enano hizo intención de subir a la cubierta principal para verlo con sus propios ojos.

—¿Embestir? —repitió Hamil, mirando a Geran—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Hay un barco de guerra hulburgués justo delante de nosotros y tiene a una de nuestras galeras encerrada contra la escollera —respondió Geran—. ¡Vamos a asegurarnos de que no pueda perseguirnos cuando nos larguemos! ¡Volved a vuestros puestos!

—*Un plan atrevido* —dijo Hamil, sujetándose a la barandilla.

Geran vio cómo se acortaba la distancia. En el último momento, gritó:

—¡Arriba los remos! ¡Recogedlos y preparaos para el impacto!

Llevado por la inercia, el *Tiburón de la Luna* enterró su ariete de hierro en el costado de la galera de la Luna Negra que estaba en el lado exterior del muelle —el

Audaz, si Geran había leído bien el nombre dada la escasa luz— con un estruendo espantoso. Las maderas crujieron y estallaron como truenos, y el ruido se propagó por todo el puerto. El *Audaz* fue lanzado contra el *Lobo de Mar*, que estaba a su lado, que a su vez se incrustó en el muelle con tal fuerza que puso de pie los pilotes e hizo saltar por los aires las tablas de madera como si fueran cerillas. Los hombres aullaron de terror y gritaron consternados. A bordo del *Tiburón de la Luna*, los marineros que iban a los remos fueron lanzados hacia adelante por el impacto, y todo lo que estaba suelto en la cubierta —barriles de arena y agua, rollos de cuerda, motones y tablas— salió despedido también. Uno de los penoles de arriba se soltó y acabó entre los restos del *Audaz*.

Geran salió rebotado del timón y se encontró tendido en el suelo cerca de la escala que llevaba a la cubierta principal, enredado con Hamil.

—Ésta es una experiencia que no quiero volver a repetir —musitó el halfling—. ¡Conque embestir! ¿Y eso ha sido lo mejor que se te ha ocurrido?

—Cuando me ha asaltado la idea no he querido pararme a pensar —respondió Geran mientras se ponía de pie con dificultad.

El *Audaz* estaba empezando a asentarse con un lateral hundido por el impacto. No podía ver nada del *Lobo de Mar*, que quedaba al otro lado, ya que sus cubiertas estaban tapadas en gran parte por las jarcias del *Audaz* y por los restos de la escollera.

—¡Otra vez a los remos! —gritó a la tripulación—. ¡Tenemos que retroceder de inmediato, o los restos del naufragio nos engullirán!

Los tripulantes empezaron a desenredarse y a buscar los bancos en los alrededores, algunos gruñendo de dolor o lanzando maldiciones entre dientes. Murkelmor se puso de pie y avanzó de forma insegura, estudiando los daños sufridos por el *Tiburón de la Luna*. Entre los restos del *Audaz* se oían gritos de socorro, las quejas de los heridos y más de un juramento. De repente, el enano se volvió y se enfrentó a la toldilla hecho una furia.

—¡Maldito necio! —le gritó a Geran—. Ése no era un barco hulburgués. ¡Has hundido al *Audaz*, uno de los nuestros!

—¡Ya lo veo! —respondió Geran—. ¡Ahora haz que los hombres vuelvan a los remos o nos hundiremos con él!

Skamang se levantó de su banco para ver por sí mismo.

—¡Maldito traidor! —gruñó el norteño—. ¡Lo hiciste deliberadamente!

—¡Y responderé por ello! ¡Pero nos vamos a hundir si no nos apartamos de prisa! ¡Volved a los bancos antes de que el *Audaz* nos arrastre consigo!

Los marineros miraban ora a Geran, ora a Skamang, ora a Murkelmor. La furia era una sombra en la cara del enano, pero abruptamente se dio la vuelta y empezó a empujar a los hombres a sus puestos.

—¡Invertid los bancos! —le gritó Murkelmor a la tripulación.

Los hombres se pusieron de pie, se dieron la vuelta y se volvieron a sentar para asir los remos, que en la forma normal de remar estarían a sus espaldas. Skamang miró a Geran con furia, pero se unió al resto. Era muy frecuente que un barco embistiera a otro y se fuera al fondo con su víctima, y los marineros del *Tiburón de la Luna* se dieron cuenta del riesgo de acabar hundiéndose con el *Audaz* si no actuaban con rapidez. Sin embargo, todas las miradas llenas de odio estaban clavadas en Geran y en Hamil mientras recogían los remos.

—¡Remos al agua! —ordenó Geran—. ¡Tao Zhe, ritmo normal! ¡Sácanos de aquí!

El *Tiburón de la Luna*, permaneció enganchado a su víctima durante un buen rato, mientras los remos trataban de encontrar asidero en las aguas del puerto. Por fin, entre crujidos y roturas de maderas torturadas, consiguió librarse del barco naufragado y apartarse de él. Docenas de marineros del *Audaz* y del *Lobo de Mar* se asían a sus barcos destrozados o a las maderas del muelle, o gritaban con rabia desde la calle del otro lado.

—¿Daños, Murkelmor? —gritó Hamil.

Murkelmor lanzó a Hamil una mirada de resentimiento, pero corrió hacia proa para mirar por encima de la borda. Después, se metió en el castillo de proa. Mientras estaba abajo, Geran siguió dejando que el barco retrocediera lentamente e invirtió el timón para enfilar la proa contra el *Reina Kraken*.

—¿A por el grande ahora? —preguntó Hamil—. ¡La tripulación no te va a permitir esto, Geran!

—El *Reina Kraken* era el que quería realmente —respondió Geran entre dientes. No podría encontrar una manera de convencer a la tripulación para embestir otro barco—. ¡Parad los remos! ¡Invertid los bancos otra vez! —gritó a la tripulación—. Vamos otra vez hacia adelante.

—¿Adónde, Aram? —inquirió Skamang desde su asiento—. ¿Adónde vamos?

—Voy a situar el barco —respondió Geran—. ¡Ahora sentaos y remad!

Entre gruñidos y miradas aviesas, los tripulantes cambiaron otra vez de posición. Geran fijó la vista en el navío insignia de la Luna Negra, situado a apenas unos cientos de metros y todavía amarrado al muelle. Podía ver a los piratas dándose prisa por volver al barco y detectó actividad en la toldilla. Desde el barco pirata sonó un golpe amortiguado, al que siguió, tres segundos después, un agudo silbido en el aire.

—¡Dardos! —gritó Hamil—. ¡Cubríos!

El halfling se arrojó contra la regala y se agachó para protegerse. Geran se agachó detrás del timón. Un instante después, una docena de jabalinas cortas de hierro se estrellaron contra la cubierta. La mayor parte dio en lugares vacíos o se clavó en las bordas o en los mástiles, pero unas cuantas alcanzaron a la tripulación apiñada en los bancos e hirieron a varios hombres. Se oyeron gritos de dolor y exclamaciones de consternación por toda la cubierta. Una pasó volando por encima del hombro de

Geran y abrió una brecha profunda en la barandilla de popa. Entonces, una catapulta montada en la cubierta de proa del *Reina Kraken* se tensó y una bola de brea ardiente surcó el cielo lleno de humo y cayó en el agua un poco por delante de la proa del *Tiburón de la Luna*.

—¡El *Reina Kraken* nos está disparando! —gritó un marinero.

Geran hizo una mueca de contrariedad. El *Tiburón de la Luna* no tenía artillería a bordo. Muy pocos barcos del Mar de la Luna, ya fueran de guerra, piratas o de otro tipo, la tenían. Su única forma de atacar era embestir o abordar al enemigo.

—¡Remos al agua! ¡O me dais un mínimo de velocidad o nos volverá a alcanzar! ¡Tao Zhe, a toda velocidad!

El barco empezó a avanzar mientras Tao Zhe marcaba el ritmo y la tripulación lo retomaba. Ahora navegaba hacia adelante, con la proa en dirección al *Reina Kraken*. Otra andanada de dardos surcó el aire. La mayor parte les pasó por encima.

Entonces, volvió a aparecer Murkelmor en cubierta.

—¡Se ha abierto una vía junto a la roda! —gritó—. Podría taparse por el momento con estopa, pero pronto necesitará una reparación.

—Entendido —respondió Geran—. Llévate a tus carpinteros y cegad las vías.

Murkelmor fue a buscar a varios de sus hombres a los puestos que ocupaban en las bancadas y los envió a toda prisa al castillo de proa. Miró con rabia los dardos de hierro sembrados sobre la cubierta, a los hombres heridos en las bancadas y se agachó cuando la bola de brea ardiente sobrevoló la cubierta y fue a caer en el agua del otro lado del barco. El enano maldijo y se volvió para arrancar de manos de Tao Zhe el bastón.

—¡Dejad de remar! —gritó—. ¡Todos vosotros, parad! ¡Vamos a embestir directamente al *Reina Kraken*!

—No te metas, Murkelmor —gritó Hamil—. Somos blanco seguro para las catapultas a menos que nos movamos.

—¡Puede ser que así sea, pero ninguno de nosotros moverá el remo hasta que el capitán deje claras sus intenciones! —replicó Murkelmor—. ¡Colócanos en línea con el muelle, Aram, o por las barbas de Moradin que nos tomaremos el timón y lo haremos nosotros mismos!

—No tiene intención de llevarnos a tierra —dijo Skamang, airado—. ¡Lo que tiene en mente es una oscura traición! ¿Es que no lo veis?

Geran mantuvo su rumbo echando chispas. Quería ir a por el barco de Kamoth..., pero él solo no podía mover al *Tiburón de la Luna*, y no podía engañar a la tripulación para que le ayudara a hacerlo. Su mejor posibilidad de ocuparse de Sergen y Kamoth estaba ahora en tierra, pero no podía meter en la ciudad otro barco lleno de piratas. Las catapultas del *Reina Kraken* lanzaron nueva munición, y esa vez la andanada de dardos cayó en el centro del barco. A pesar del instante de advertencia

previa que daba el paso de los dardos por el aire, varios hombres más cayeron víctimas de las jabalinas de hierro.

—¿Por qué has embestido al *Audaz*? —inquirió Murkelmor—. ¿Cuál es tu juego, Aram?

Geran giró el timón a estribor y apuntó la proa del barco hacia el mar.

—¡Ponlos a remar, Murkelmor! ¡Lo más importante es situarnos fuera del alcance del barco insignia!

El enano echó a Geran una mirada asesina, pero le devolvió el bastón a Tao Zhe.

—¡Velocidad de combate! —dijo—. ¡Adelante, volved a mover el barco!

Los marineros doblaron la espalda sobre los remos, y el *Tiburón de la Luna* empezó a coger velocidad. La siguiente catapulta del *Reina Kraken* lanzó otra bola de brea, que golpeó al barco en la parte baja del casco, a pocos palmos por detrás del último remo. Del costado del navío salió una densa humareda, pero el tiro había dado demasiado cerca de la línea de flotación y las aguas del puerto no tardaron en extinguirla. Para cuando el *Reina Kraken* estuvo preparado para volver a disparar, el *Tiburón de la Luna* ya se había puesto fuera de su alcance. El barco insignia de los piratas todavía estaba amarrado junto a la antigua dársena de Veruna y no parecía dispuesto a perseguirlos cuando la mayor parte de su tripulación estaba librando en tierra una batalla campal.

Subrepticamente, Geran fue soltando el timón para acercarse a los Arcos desde el lado del puerto. Valía la pena poner en práctica la idea de Hamil de encallar el barco. Había sitios en el bosque de columnas de piedra por los que podía navegar un barco pequeño, pero en absoluto uno del tamaño del *Tiburón de la Luna*. Por desgracia, Murkelmor ya no confiaba en el buen juicio de Geran al timón. El enano se dirigió hacia la borda y se inclinó para echar una buena mirada hacia adelante.

—¡Reduce la velocidad o desvíate! —gritó hacia la toldilla—. ¡Aquí hay muy poco espacio!

Geran hizo como que no lo había oído. Después de un momento, el enano maldijo para sí mismo.

—¿Es que no me has oído la primera vez? ¿Hacia dónde nos llevas, Aram?

—*Murkelmor y Skamang no nos van a dejar encallar* —dijo Hamil—. ¿No será hora de que nos marchemos?

Geran mantuvo su actitud un momento más, tratando de pensar en alguna jugada capaz de convencer a la tripulación. Murkelmor volvió a maldecir y empezó a sacudir a los tripulantes que tenía alrededor, haciendo que dejaran los remos y se levantaran de sus bancadas. Las expresiones de los tripulantes que se volvieron a mirar hacia la toldilla iban del estupor más absoluto hasta la furia asesina, pero ninguna presagiaba nada bueno para la continuidad de Geran al mando del barco. Hamil y él tal vez pudieran defender la toldilla un buen rato —al menos, hasta que la tripulación

recordara las ballestas que había en el armero del barco—, pero ¿qué sentido tenía? El *Tiburón de la Luna* podría volver a los muelles y sumarse al ataque, aunque eso significaría ponerse otra vez al alcance de las catapultas de Kamoth. Ya había hecho daño a la Luna Negra. Lo único que podía hacer ya a bordo de ese barco era hundirlo, y la tripulación no se lo iba a permitir.

—¡Adelante! —rugió Skamang, que señaló a Geran y a Hamil—. ¡Matad a esos perros miserables antes de que hagan más daño! ¡Nos han traicionado a todos!

El norteño agarró un garfio de abordaje que había junto a su bancada y abrió la marcha mientras la tripulación abandonaba sus puestos y lo seguía.

—Creo que tienes razón —le dijo Geran a Hamil.

Retrocedió hasta el timón, puso proa a los Arcos y fijó el timón en el último radio. Después, echando a un lado el arma, se acercó a la barandilla de popa y, de un salto, se lanzó a las oscuras aguas por detrás del barco. Estaba muy fría, y cuando salió a la superficie, dio un respingo al volver a llenar los pulmones de aire. Hamil lo siguió un momento después y cayó al agua unas brazadas detrás de él. El *Tiburón de la Luna* avanzó en dirección contraria llevado por el impulso de su carrera, aunque ya no lo movían los remos.

—No sé por qué, pero sabía que así iba a acabar esto —dijo Hamil, jadeando—. Tú y yo en el agua mirando cómo se aleja el barco.

—Creo que van a conseguir evitar las rocas —dijo Geran—. Si hubiéramos podido hacerlos remar un poquito más...

—Debo decir, para que conste, que como capitán del *Tiburón de la Luna* no duraste ni un día.

—Tomo nota —respondió Geran. El agua estaba muy fría, y no podía evitar que le castañetearan los dientes—. Vamos, será mejor que lleguemos a tierra. Skamang parecía lo bastante furioso como para dar la vuelta y venir a por nosotros.

Mientras flotaba en el agua, Geran vio cómo se alejaba el barco. Hubo un revuelo de actividad en la toldilla mientras la tripulación recuperaba el dominio del timón. Skamang lo miró con furia desde la borda y varios otros se unieron a él. Entonces, unos gritos de alarma distrajeron a los piratas. Alguien había observado que el barco iba hacia un nuevo peligro. La tripulación volvió a sus bancadas y lentamente los remos empezaron a apalea el agua otra vez. Un momento después, Tao Zhe saltó por la borda y cayó al agua con un gran chapoteo. El shou salió otra vez a la superficie y empezó a nadar hacia Geran y Hamil.

—El barco está allí de donde tú vienes, Tao Zhe —dijo Hamil.

—Lo sé —dijo el cocinero. Miró por encima del hombro y se rió—. Creo que tengo mejores perspectivas en el agua. A bordo todos saben que soy vuestro amigo.

—Como gustes —respondió Geran—, pero te va a tocar nadar mucho.

Se dirigieron al punto más cercano de la costa, que era el cabo al este de las

dársenas de Veruna. Estaba bastante alejado del centro de la acción, pero ya era un trayecto de varios cientos de metros, y Geran no estaba por la labor de prolongarlo nadando hasta los muelles de la ciudad. Les llevó un cuarto de hora llegar, ateridos y exhaustos, a la orilla sembrada de guijarros próxima a la desembocadura del Winterspear. Geran se volvió hacia el puerto; el *Tiburón de la Luna* había puesto proa hacia los muelles otra vez, pero iba hacia el lado oeste del puerto, manteniéndose fuera del alcance de las catapultas del *Reina Kraken*.

—¿Crees que hemos hecho lo suficiente, Hamil? —le preguntó a su amigo.

Hamil se dejó caer al suelo y empezó a escurrir el agua de sus trenzas.

—Hemos hundido un barco sin duda, y el otro que estaba entre él y la escollera no va a poder ir a ninguna parte en los próximos días. Mantuvimos al *Tiburón de la Luna* alejado del combate durante la mayor parte de la noche, y apostarí a que Kamoth no querrá muchos tratos con el barco de Narsk después de lo de esta noche. No sé qué más podríamos haber hecho.

Tao Zhe los miró a ambos con los ojos muy abiertos.

—¡Lo sabía! Vosotros no sois piratas. ¿Quiénes sois?

—No, no lo somos —dijo Hamil—. Yo soy Hamil Alderheart de Tantras, y éste es Geran Hulmaster de Hulburg, el sobrino del harmach.

—No te preocupes. No tienes nada que temer de los hombres del harmach —le dijo Geran a Tao Zhe—. Me ocuparé personalmente de que te concedan un perdón y un puesto honrado como marinero, si lo deseas.

—¡Embestiste al *Audaz* adrede! ¡Y también querías embestir al *Reina Kraken*!

—No habría sido fácil hacer todo eso por error —le dijo Hamil.

—Me gustaría saber qué tal le fue a Sarth —dijo Geran.

Temblaba como una hoja con el frío aire de la noche. Había perdido las botas y el capote en el chapuzón. Además, estaba desarmado. A pesar de todo, suspiró y se enderezó.

—Venga. Podríamos ir a ver quién está a cargo de la defensa del puerto y si podemos echar una mano.

Hamil asintió sin demasiadas ganas y se levantó. Se pusieron en marcha por la costa hacia la calle de la Bahía. Este extremo del puerto de Hulburg estaba cubierto todavía por las ruinas de la ciudad que la había precedido, y ellos se mantuvieron cerca del agua para evitar los escombros. De repente, Hamil cogió a Geran de la manga y señaló hacia el mar otra vez.

—¡Geran, mira! ¡Ahí está el *Dragón Marino*!

Entrando en el puerto impulsado por velas y remos, el *Dragón Marino* se deslizaba airoso junto a los Arcos de la ciudad; se dirigía a los muelles del centro. Sus velas blancas relucían con una tonalidad rojiza al reflejar el fuego de los incendios. Desde la distancia, Geran oyó que las campanas de los barcos de la Luna

Negra empezaban a dar la alarma. En la costa, el combate iba perdiendo fuerza a medida que grupos de piratas abandonaban la lucha contra los defensores de Hulburg y comenzaban a retirarse hacia los barcos que les quedaban.

—¡Por Tymora que Kara llega a tiempo! —dijo Geran con una sonrisa—. Eso sumará cien espadas más a nuestro bando. ¡Con un poco de suerte podremos cogerlos a todos!

Los dos compañeros salieron corriendo hacia la calle de la Bahía, seguidos por Tao Zhe. Tras ser tomados por piratas debido a su indumentaria, dieron con una milicia de la Hermandad de la Lanza que avanzaba hacia el oeste desde el Puente Bajo, limpiando la calle. Para cuando llegaron al pie del muelle donde estaba amarrado el *Reina Kraken*, el barco insignia de los piratas ya se estaba alejando de las dársenas de Hulburg. Geran hizo una mueca de disgusto. Debería haber supuesto que Kamoth huiría en cuanto un barco de guerra amenazara sus posibilidades de huida. No podían hacer otra cosa más que quedarse allí en el muelle y observar el desarrollo de la persecución por el puerto.

—Parece ser que Murkelmor se pensó mejor eso de bajar a tierra —comentó Hamil.

Geran siguió su mirada y consiguió ver al *Tiburón de la Luna* invirtiendo la marcha para salir del puerto evitando al *Dragón Marino*.

—No me sorprende; no es de los que luchan por una causa perdida.

Descubrió que sentía cierto alivio al ver que el barco conseguiría huir por el momento. Skamang y los suyos no le servían para nada a Geran, pero Murkelmor y algunos de los otros eran tipos decentes a su manera y esperaba no tener que enfrentarse nunca a ellos.

El *Dragón Marino* trató de acortar distancias con el *Reina Kraken*, pero Kamoth resultó ser un enemigo escurridizo. El barco insignia de los piratas era más manejable con los remos que el *Dragón Marino*, y Kamoth lo demostró al remar hacia atrás de un lado y hacia adelante por el otro, virando el navío sobre el canto de una moneda y saliendo disparado antes de que el otro pudiera dar la vuelta. Los dos barcos intercambiaron unos disparos de catapulta y muchas flechas al pasar cerca el uno del otro, pero sin mucho efecto. Por un momento, Geran temió que el *Dragón Marino* perdiera a todos los barcos piratas, pero luego se dio la vuelta y se dirigió de lleno hacia el último de ellos, el *Wyvern*, según sus cálculos, alcanzándolo antes de que se alejara a un tiro de ballesta del muelle. La lucha fue breve; Geran no podía ver bien desde el muelle, pero sí podía oír las voces airadas y los feroces gritos de batalla de los hulburgueses a bordo de su barco de guerra mientras se echaban encima de los piratas que habían atacado su ciudad.

Cuando la lucha entre los dos barcos acabó y los otros dos navíos de la Luna Negra hubieron desaparecido en la noche del Mar de la Luna, Geran atisbó a un

hombre de elevada estatura y piel roja como el ladrillo con un par de prominentes cuernos echados hacia atrás encima de la frente. Estaba en el muelle observando a los barcos piratas que trataban de escapar. Después de diez días de ver a Sarth a diario con su aspecto humano, Geran tardó un momento en reconocer a su amigo.

—¡Sarth! ¡Estás aquí! —dijo.

El tiflin se volvió hacia Geran y le sonrió abiertamente.

—Tú me mandaste que viniera, por si se te ha olvidado. —Miró sus ropas empapadas y sus pies desnudos—. ¿Me equivoco al suponer que ya no eres el capitán del *Tiburón de la Luna*? ¿Y que Hamil ya no es el segundo de a bordo?

—A la tripulación no le sentaron nada bien las decisiones de Geran durante el ataque —dijo Hamil—. Quedó claro que ya no necesitaban nuestra presencia. Por desgracia, tuvimos que abandonar el barco en mitad del puerto.

—¿Conseguiste llegar antes que la Luna Negra? —preguntó Geran.

Sarth asintió.

—Sí, pero no por mucho. Me perdí en esas colinas que hay al este de la ciudad y no encontré el camino de la costa. Para cuando hallé el camino, temí que llegaría demasiado tarde y vine a toda la velocidad que pude. Cuando llegué a Griffonwatch, nadie me reconoció, hasta que recuperé mi aspecto normal. Por fin conseguí que los guardias del Escudo se dieran cuenta de lo urgente de mi misión. Enviaron mensajeros para convocar a las milicias de la Hermandad de la Lanza y reunir a los grupos de mercenarios de las compañías mercantiles, pero los defensores de la ciudad se estaban organizando todavía cuando aparecieron los barcos de la Luna Negra. Si me hubiera demorado media hora más, el ataque habría sido mucho peor.

Geran apoyó una mano sobre el hombro de Sarth.

—Gracias, Sarth —dijo—. Esta noche has salvado docenas de vidas, tal vez cientos de ellas. Jamás lo olvidaré.

El hechicero inclinó la cabeza.

—Sólo hice lo que pude.

Hamil echó una mirada a su alrededor, y suspiró.

—Da la impresión de que el astillero de la Vela Roja ha quedado muy tocado —dijo—. Tendremos que hacer una buena limpieza.

Geran miró hacia el mar, hacia donde había escapado el barco insignia de la Luna Negra. Tenía cuestiones pendientes con Kamoth y con Sergen, y su intención era zanjarlas muy pronto.

DIECISIETE

8 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Faltaba todavía una hora para el amanecer cuando Geran se puso en marcha desde los distritos del puerto hacia el castillo de Griffonwatch. Considerablemente cansado por las dos noches pasadas sin dormir y por el frío de su baño en el puerto, que se le había metido en los huesos, había dejado a los defensores de Hulburg la tarea de capturar a los últimos piratas de la Luna Negra que se habían quedado en tierra. El mago de la espada se resignó a un largo y frío paseo por el caos en que se habían convertido las calles, y tomó el empinado y empedrado camino de la calle del Tablón. Tenía pensado hablar con el harmach antes de dejarse caer en la cama.

Pasó por el local de los Erstenwold y observó que la tienda parecía casi intacta, aunque tenía varias ventanas rotas y una mancha negra a lo largo de una pared demostraba que algún pirata había intentado incendiarla. Mirya no estaba allí, lo cual no fue una sorpresa, ya que su casa estaba en el lado interior de Hulburg. Teniendo en cuenta que el ataque de los piratas se había producido a una hora muy tardía, seguramente ella ya no estaría en los alrededores del distrito del puerto. Subió los escalones de la tienda y espió por las ventanas oscurecidas para asegurarse de que no había nada fuera de sitio.

—¿Eh, en qué andas?

Varios hulburgueses con las variopintas armas de la Hermandad de la Lanza observaban desconfiados a Geran desde la calle. Los milicianos se aproximaron apuntándolo con sus lanzas, encabezados por un fornido joven de barba castaña.

—¡Largo de aquí! —le gritó a Geran.

Brun dio un paso adelante y estudió a Geran con expresión desconfiada antes de dar muestras de haberlo reconocido. Rápidamente apuntó su lanza hacia el cielo.

—Perdóname, lord Geran. No te he reconocido con esa ropa. Pareces uno de esos bandidos del mar a los que hemos estado persiguiendo toda la noche.

—No es culpa tuya, Brun. He pasado los diez últimos días infiltrado entre los piratas. —Geran bajó a la calle—. Me alegra comprobar que estás bien. Por lo que he podido ver, la Hermandad de la Lanza ha estado en lo más duro de la refriega.

El joven destilador de cerveza sonrió tensamente.

—Vaya, hemos tenido nuestra cuota en el combate. Nos hemos asegurado de que muchos de esos piratas que han bajado de sus barcos no volvieran jamás a ellos, pero ahora que nos hemos ocupado de la cuestión, los triplemente malditos Puños Cenicientos están tratando de armar jaleo. Se está combatiendo en las Escorias y en las partes más pobres del cabo Oriental. Hacia allí nos encaminábamos para echar una mano. —Miró por encima del hombro de Geran el cartel de Abastecimientos

Erstenwold y, de repente, se calló. Su expresión se ensombreció y miró al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Geran—. ¿De qué se trata, Brun?

—Es la señora Erstenwold, lord Geran —dijo el hombre—. No te habrás enterado si has estado fuera, pero ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

Una mano fría oprimió el corazón de Geran. ¿Mirya desaparecida? Si no estaba en Hulburg no podía haber ido a ninguna parte por su propia voluntad. Su cansancio se desvaneció por la repentina alarma.

—¿Qué ha pasado? ¡Dímelo!

—Fue hace dos noches. Uno de sus vecinos oyó jaleo en su casa y encontró el lugar patas arriba. La puerta había sido arrancada de los goznes, los muebles volcados y todo eso. Nadie ha vuelto a verlas ni a ella ni a su pequeña desde entonces. —Brun se llevó la mano a la frente—. Todos los hombres que se dicen leales a Hulburg las han estado buscando.

Geran dio un paso atrás, como si alguien le hubiera dado un mazazo. ¿Alguien había atacado la casa de Mirya? Empezó a preguntarse por qué, pero interrumpió ese curso de pensamiento. Realmente, no importaba. Había estado ausente de Hulburg, no había podido protegerlas. Probablemente ésa fuera la razón; lo único que importaba ahora era saber dónde estaban y si podía hacer algo por ellas o no. La idea de que pudieran hacerles algún daño a Mirya o a su hija lo espantaba.

—¿Quién? ¿Quién lo hizo? —preguntó.

Brun y sus hombres intercambiaron miradas.

—Nadie lo sabe, lord Geran —dijo el destilador de cerveza—. El propio harmach ha tomado cartas en el asunto.

—¿Lord Geran? —añadió uno de los hombres que estaban con Brun—. Puede ser que haya oído algo nuevo sobre esto. Mi primo sirve en la compañía Tresterfin. Me ha dicho que había visto algo peculiar durante el combate en los muelles de esta noche: un tipo grande, tal vez un ogro, iba por la calle Mayor cargando con un par de personas hacia el puerto, como si fuera de compras. Junto a él iba un hombre delgado, con un sayal marrón. Mi primo sólo los ha visto desde lejos, pero me ha dicho que habría jurado que la persona que llevaba el tipo corpulento era Mirya Erstenwold, e iba sujeta como una prisionera. —El miliciano se encogió torpemente de hombros—. Todos tenemos a la señora Erstenwold en la cabeza, supongo. A lo mejor ha visto algo que no era lo que pensaba, pero he creído que deberías saberlo.

¿Un ogro y un hombre con un sayal? Geran no le encontraba sentido. Tampoco lo tenía que él mismo fuera a recorrer los muelles; si Brun tenía razón, los Escudos de la Luna ya debían de haber puesto patas arriba la ciudad, y era posible que la historia que había contado el miliciano no fuera nada. Sin embargo, sabía quién podría ayudar.

—Gracias, Brun —dijo.

Luego, volvió a subir los escalones de la tienda y se introdujo en el edificio en sombras abriendo la puerta a través del cristal roto.

Un momento después, encontró lo que estaba buscando y volvió a la calle con un chal blanco, muy usado, en la mano. Brun lo miró como si dudara de su cordura, pero Geran le mostró el chal.

—Podría servir —dijo—. Si alguien pregunta por mí, dile que estaré en Griffonwatch en cuanto pueda.

—Sí, lord Geran —respondió Brun.

Geran le dio las gracias con una inclinación de cabeza y salió corriendo calle abajo. Creía saber dónde estaba Mirya, pero tenía que asegurarse. Se abrió camino por varias calles de la ciudad, pasando junto a grupos de milicianos y soldados que buscaban a cualquier pirata que pudiera esconderse en la ciudad, y fue a casa de Sarth, en las escarpadas laderas que dan al mar en el cabo Oriental. El tiflin vivía en una casa modesta, adosada a una pequeña torre redonda reconstruida de las ruinas de un antiguo puesto de vigía. Sarth era un hombre con habilidades en Hulburg y podía permitirse vivir bien.

Geran encontró una pesada campana junto a la puerta delantera y llamó con prisa.

—¡Sarth! —llamó—. ¡Necesito tu ayuda! —Volvió a tocar la campana.

La puerta se abrió y apareció un halfling gordinflón de mediana edad, con una calva incipiente, que sostenía un pequeño candil en una mano: el sirviente de Sarth, que alzó la vista hacia él y parpadeó, somnoliento.

—¡Ah, lord Geran!, me temo que el maestro Sarth se ha retirado a dormir —dijo—. ¿Puedes volver por la mañana?

—Me temo que no puedo esperar —respondió Geran—. Despiértalo, por favor, yo me hago responsable.

El sirviente suspiró.

—Bien, pues. Por favor, espera en el vestíbulo. El maestro Sarth bajará enseguida.

Se retiró al interior oscuro de la casa. Geran entró y cerró la puerta. La casa de Sarth estaba amueblada con el estilo sencillo y tosco que preferían la mayor parte de los hulburgueses, aunque en la decoración había algunos finos tapices turmishanos. Geran se paseaba ansioso por las losas del vestíbulo, tratando de dominar el miedo que le agarrotaba el estómago.

Sarth y su sirviente aparecieron en lo alto de la escalera. El tiflin se ató el cinturón de la bata y bajó.

—¿Qué pasa Geran? ¿Algo va mal?

—Mirya Erstenwold y su hija han desaparecido. Me temo que se las haya llevado la Luna Negra. ¿Puedes encontrarla?

El hechicero hizo una mueca.

—Lo siento, amigo mío. Por supuesto que haré todo lo que pueda. ¿Tienes algo suyo?

Geran le alargó el chal que había cogido en la tienda de Mirya.

—Toma.

Sarth lo agarró y asintió.

—Esto debería servir. Ven, vamos a mi estudio.

Se dirigió a la habitación redonda formada por la antigua torre anexa a la casa. Geran se sorprendió al verla tan despejada ya que, según su experiencia, la mayoría de los laboratorios y salas de conjuros de los magos estaban siempre revueltos. Claro estaba que Sarth no llevaba el tiempo suficiente en Hulburg como para haber acumulado los chismes, recuerdos y curiosidades que los magos suelen reunir a lo largo de toda su vida. En los últimos meses, el tiflin había respondido siempre con un encogimiento de hombros cuando Geran le preguntaba si pensaba quedarse o no; sospechaba que Sarth todavía tenía esperanzas de recuperar el tomo mágico llamado *Infiernadex* de manos del rey lich Esperus, y dedicaba todo su tiempo libre a investigar sobre su paradero.

—Espero que me perdones por haberte despertado —dijo Geran.

Sarth suspiró.

—Me he pasado los últimos días sin poder dormir a bordo de ese maldito barco. Creo que he conseguido conciliar el sueño media hora antes de que me hayas despertado, pero me alegro de que lo hayas hecho. El tiempo puede ser esencial.

Se encamino hacia un estante lleno de libros, examinó los tomos allí reunidos y eligió uno que llevó a un atril colocado en medio de la habitación. En el suelo, alrededor del atril, había pintado un círculo de intrincadas runas y sigilos, y Sarth tuvo cuidado de no pisarlo. Abrió el libro, lo hojeó y encontró el conjuro que buscaba.

—Aquí está. Esto debería servir. Quédate por ahí, por favor, y estate quieto. Debo concentrarme.

Geran hizo lo que le había dicho. Había aprendido un poco sobre los rituales mágicos durante sus estudios en Myth Drannor, pero Sarth lo superaba en muchas cosas. Con un movimiento ondulante de la mano, el hechicero encendió varias velas en torno al círculo de runas y un pequeño fuego debajo de un cuenco de bronce sobre una mesilla que había junto al atril. En el cuenco echó pizcas de varios polvos extraños y empezó a entonar las palabras escritas en su libro ritual. Geran sintió el cosquilleo del poder arcano que se reunía alrededor del espacio delimitado por las velas. Sarth continuó con su magia y se inclinó sobre el cuenco para inhalar profundamente el humo fragante que salía de él.

Las llamas de las velas parpadearon y se extinguieron; el hechicero se acercó el chal de Mirya a la nariz y cerró los ojos. Permaneció así un rato, luego exhaló y los

abrió.

—Está viva —dijo. Señaló hacia una pared de la habitación cuya estrecha ventana daba al sur, hacia el Mar de la Luna—. Está a unos treinta kilómetros en esa dirección y se va alejando mientras hablamos.

—El *Reina Kraken* —dijo Geran con un gruñido.

El único barco pirata además del navío insignia que había escapado del puerto había sido el *Tiburón de la Luna*, y en ningún momento había tocado tierra. Dio un puñetazo contra la pared.

—¡Maldita sea! ¿Cómo ha podido ser capturada? ¡Su casa no está nada cerca del puerto!

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Sarth.

—Ir tras ella —dijo Geran sin vacilar—. Reuniré la tripulación que pueda para el *Dragón Marino* y me haré a la mar antes de una hora, si es posible. Tengo que alcanzar a Kamoth antes de que vuelva a desaparecer.

—Entiendo tu prisa, pero teniendo en cuenta el daño que os han hecho esta noche los enemigos del harmach, ¿no sois más necesarios aquí tú y los tripulantes del *Dragón Marino*?

Geran dudó. Comprendía la pregunta de Sarth: ¿sería ya demasiado tarde para socorrer a Mirya y a su hija? Y aunque no lo fuera, no podía dejar de oír el ruido distante de la lucha y de oler el humo que llegaba de la ciudad. El *Dragón Marino* y sus hombres armados representaban casi una cuarta parte, o tal vez un tercio, de las fuerzas del harmach. Por más que Hulburg hubiera repelido el ataque de la Luna Negra, todavía quedaba por resolver la cuestión de los Puños Cenicientos. ¿Cómo reaccionarían al ataque pirata? Tal vez sería más prudente demorar la marcha uno o dos días para evaluar los disturbios en la ciudad y asegurarse de que Hulburg no corriera peligro antes de salir a navegar. Sin embargo, cada hora que pasaba mejoraba las oportunidades de Kamoth y Sergen de escapar, y esta vez llevándose a Mirya y a Selsha como cautivas. No era difícil imaginar el destino que podrían correr las Erstenwold en manos de los piratas.

¿Demorar la marcha y correr el riesgo de perderlas para siempre? La sola idea lo ponía furioso. ¿O salir de inmediato confiando en que ni él ni el resto de la tripulación del *Dragón Marino* harían falta para sofocar las revueltas en Hulburg? Geran cerró los ojos y tomó su decisión.

—Si hay alguna oportunidad, por pequeña que sea, de salvar a Mirya y a su hija de la Luna Negra, tengo que intentarlo, sean cuales sean las consecuencias de hacerme a la mar enseguida.

—Que así sea —asintió Sarth—. Mientras Sergen tenga a Mirya a bordo, podría repetir mi adivinación y calcular la dirección y la distancia con el *Reina Kraken*. Conozco bien a Mirya, y al capitán supremo no le será fácil ocultármela.

—Gracias, Sarth.

El tiflin miró a través de la puerta hacia el interior de su casa: empezaba ya a echar de menos la comodidad de su cama.

—En cuanto me vista me presentaré en el *Dragón Marino* —dijo con un suspiro.

—Bien, te veré a bordo.

Geran dio un apretón en el brazo al hechicero como muestra de su gratitud y salió a toda prisa hacia la oscuridad de la noche.

Tuvieron que pasar más de tres horas antes de que el *Dragón Marino* pudiera hacerse a la mar otra vez. Geran no podía marcharse sin hacer por lo menos una breve visita a Griffonwatch... Tenía que obtener la bendición del harmach para volver a sacar el barco del puerto y, lo más importante, debía contarles a su tío Grigor y a Kara la historia de su permanencia a bordo del *Tiburón de la Luna* y lo que había averiguado sobre Kamoth, Sergen y la Hermandad de la Luna Negra. Kara despachó mensajeros de la Guardia del Escudo a fin de reunir a la tripulación y ordenar que se preparara el barco para zarpar mientras Geran los ponía al día de sus descubrimientos. El barco hulburgués se reaprovisionó rápidamente y los tripulantes regresaron tras breves visitas a sus casas para poner todo en condiciones lo antes posible.

Hacía apenas una hora que había amanecido cuando el *Dragón Marino* soltó amarras y salió limpiamente del puerto. Kara decidió quedarse para evaluar los daños inferidos a las defensas de Hulburg y ocuparse de los piratas supervivientes, pero Sarth y Hamil se unieron a Geran y la mayor parte de los hombres de armas permanecieron en el navío, incluidos el segundo de a bordo Worthel, Andurth Galehand, Larken y el resto de los oficiales. Los soldados y los marineros del barco sólo habían sufrido un puñado de bajas en el abordaje del *Wyvern*, de modo que la tripulación estaba prácticamente completa.

Geran se paseaba ansioso por la toldilla, observando mientras Galehand pilotaba el barco hasta dejar atrás los Arcos. Según sus cálculos, el *Reina Kraken* les llevaba una ventaja de cinco horas. De las cenizas de los edificios incendiados todavía se elevaban columnas de humo hacia el cielo de la mañana. La lluvia y el viento de la noche anterior habían amainado un poco, aunque el cielo permanecía encapotado y había un ligero viento del oeste.

—En cuanto dejemos atrás el cabo Keldon, iza toda la vela que puedas y pon rumbo sur-sudoeste —le dijo al oficial de derrota—. Los piratas están a unos cuarenta y cinco kilómetros al sur de nosotros. Voy a suponer que van a virar al oeste, hacia el río Lis, de modo que vamos a ver si podemos tomar un atajo para interceptarlos.

—¿Y si en lugar de eso se refugian en Mulmaster? —preguntó Andurth.

—No creo que Kamoth se arriesgue a quedar atrapado en el estrecho puerto de Mulmaster. Sabe que el *Dragón Marino* no tardará en salir en su persecución. Si va

hacia el este, corre el riesgo de ser atrapado en el Galennar, con el viento a nuestro favor. —Geran sacudió la cabeza—. Además, tengo la sensación de que dispone de algún lugar donde ocultarse cerca de las Garras de UMBERLEE. —Recordó la sorprendente rapidez con que había aparecido el *Reina Kraken* cuando él navegaba con Narsk y acudieron al encuentro con el jefe de la Luna Negra.

Mantuvieron su rumbo sur-sudoeste casi todo el día sin avistar al barco insignia de los piratas. Al atardecer, Sarth se recluyó en el camarote del capitán para repetir su adivinación, e informó de que el *Reina Kraken* estaba efectivamente al oeste, a no más de treinta kilómetros de ellos.

Geran volvió a apostar por una carrera hacia el norte y vuelta para conseguir la mejor velocidad posible hacia el oeste con el viento, y mantuvo la persecución toda la noche y la mañana que siguió. Poco después del mediodía del día siguiente a su partida, se oyó el grito desde la cofa del vigía:

—¡Barco a la vista! ¡Dos puntos a babor de la proa, casco abajo!

Geran corrió al castillo de proa y miró por encima de la borda. A duras penas pudo distinguir el extremo de la velas delante de ellos. Hamil se unió a él, trepando por los flechastes del mastelero de velacho para tener mejor perspectiva. El halfling tenía una vista muy aguda, pero después de escudriñar atentamente un buen rato se encogió de hombros.

—No estoy seguro de que sea Kamoth —dijo.

—Coincide con la posición que sería de esperar si Kamoth fuera hacia las Garras, pero tendremos que acortar la distancia para estar seguros. —Geran estudió las lejanas velas un instante y tomó una decisión—. Voy a suponer que es el *Reina Kraken* e iré tras él. Ahora que lo tengo a la vista no quiero volver a perderlo.

La tarde parecía arrastrarse mientras ellos iban acortando lentamente la distancia que los separaba del otro barco. Geran se contenía de pasearse por cubierta y de dar cualquier otra muestra de ansiedad ante la tripulación, pero tenía que emplear en ello toda su fuerza de voluntad. Andurth llevaba el barco mucho mejor de lo que podría haberlo hecho él, y estaban consiguiendo la mejor velocidad posible. Él se limitó a acodarse en la borda, cerca del timón, y pronunciar silenciosamente plegarias a todas las deidades de la misericordia y la suerte que le venían a la cabeza, confiando en que Mirya y su hija simplemente fueran retenidas en el barco sin ser sometidas a ningún tormento. La mera idea de que Mirya fuera herida o muerta por Kamoth y sus asesinos le helaba el corazón. No sabía qué sentía por ella.

Sinceramente, no tenía derecho a su amor, y no se le ocurría ninguna manera de poder ganársela de nuevo, no después de los años que se habían interpuesto entre ellos y de lo mal que se lo había hecho pasar, pero estaba dispuesto a llegar al fin del mundo y a dar su vida por devolverla a casa sana y salva.

—Sergen sabe lo que vale, Geran —le dijo Hamil en voz baja.

Geran volvió en sí y miró a su amigo.

—¿Qué?

—Mirya. Veo que estás mortalmente preocupado por ella. Sergen tiene que reconocer su valor como rehén. Sería un tonto si le hiciera daño sin tratar de usarla contra ti. No le sucederá nada mientras crea que puede serle útil. —Hamil se estiró para ponerle una mano sobre el hombro—. Sergen está totalmente podrido, pero no es tonto.

—Te entiendo —respondió Geran—, pero eso no significa que Sergen vaya a tratarla bien ni a protegerla de Kamoth. Tal vez no dependa de él.

—Esperemos lo mejor, Geran. No tiene sentido ponerse a pensar en las alternativas.

Geran dio un resoplido.

—¿Y desde cuándo eres tú tan optimista?

—No dejes que nadie más lo sepa. Tengo una fama de cínico que mantener. —Hamil ladeó la cabeza para mirar al barco que tenían delante y se permitió una sonrisita—. Creo que es el *Reina Kraken*. Ahora se pueden distinguir el casco negro y el dorado de la popa.

Geran miró con más atención y decidió que Hamil tenía razón. Estaban persiguiendo al *Reina Kraken* más o menos directamente hacia poniente, ciñéndose al viento todo lo que podían, pero estaba claro que iban acortando distancias. El gran barco pirata no era ni tan ágil ni tan rápido como el *Tiburón de la Luna*, y el *Dragón Marino* tenía una notoria ventaja sobre su presa.

—Me viene a la cabeza un dicho del Mar de las Estrellas Caídas: una persecución dura es una persecución larga. Pero podemos ganarle la carrera, y pienso que lo haremos en un par de horas.

—Se nos echa encima la tarde —le advirtió Hamil—. Podríamos quedarnos sin luz antes de cazar a Kamoth.

—¿Ves? Ahí está el aguafiestas al que estoy acostumbrado.

Por supuesto que a él también se le había ocurrido, pero el cielo estaba despejado y las primeras horas de la noche estarían iluminadas por una media luna. Pensaba que podrían seguir teniendo el otro barco a la vista siempre y cuando estuvieran a tres o cuatro kilómetros de él. Si no podían darle alcance antes de que se pusiera el sol, confiaba en poder hacerlo a primera hora de la noche.

La distancia se fue estrechando constantemente a lo largo de la tarde, hasta que el crepúsculo encontró al *Dragón Marino* a poco más de un kilómetro y medio de su presa. Era evidente que el que tenían a la vista era el barco de Kamoth; al frente, en el horizonte, asomaban del agua los aguzados pináculos de las Garras de Umberlee. El barco pirata tendría que intentar pronto alguna maniobra para despistar al *Dragón Marino* si no quería enfrentarse a un combate.

Geran se tomó un cuarto de hora para meterse en su camarote, comer unos bocados y colgarse a la cintura su acero elfo. Le sentó bien la espada en la mano después del alfanje pesado y mal equilibrado que había tenido que usar a bordo del *Tiburón de la Luna*. Acto seguido subió corriendo a la toldilla. El *Reina Kraken* mantenía el rumbo directamente hacia las pétreas columnas, como si fueran un refugio en el que el barco hulburgués no se atrevería a entrar.

A Geran aquello no le gustaba nada. Kamoth tramaba algo, estaba seguro. Le hubiera gustado tener a Tao Zhe a su lado; no era probable que el cocinero pudiera adivinar las intenciones de Kamoth, pero debía conocer esas aguas mejor que él. No obstante, Tao Zhe se había quedado en Hulburg, ya que Hamil le había ofrecido al viejo shou un puesto en la Vela Roja antes de hacerse a la mar.

—Sigue persiguiendo al *Reina Kraken*, pero atento adónde nos conduce —le dijo a Galehand—. Pasa la voz de que se preparen para combatir.

—Sí, señor —respondió Galehand.

El enano transmitió con su voz ronca las órdenes en cubierta, y los marineros y hombres de armas del *Dragón Marino* se dispusieron a ocupar sus puestos de combate. Los hombres de la Guardia del Escudo y los mercenarios que iban a bordo se colocaron sus armaduras, descubrieron la catapulta de proa y montaron las ballestas en los soportes que había sobre la borda.

El *Reina Kraken* seguía su carrera, apenas fuera del alcance de las ballestas, pero las Garras de Umberlee se cernían allá adelante. El barco pirata pasó temerariamente entre dos promontorios sin reducir la velocidad y se dirigió al estrecho paso que había entre dos de las grandes columnas pétreas.

—Se está metiendo por un estrecho canal, señor —advirtió Andurth.

—Síguelo —ordenó Geran—. Si hay agua suficiente para que pase la quilla del *Reina Kraken*, también la hay para nosotros.

—Vale, señor —dijo el oficial de derrota. Hizo una mueca, pero no dijo nada más y se puso de pie junto al timonel.

El *Dragón Marino* se lanzó entre las dos enormes columnas, a apenas doscientos metros detrás del *Reina Kraken*. Bajo la pálida luz de la luna que asomaba ya, Geran pudo ver figuras oscuras en la toldilla del barco enemigo, probablemente Kamoth, Sergen y los oficiales de la nave. Esbozó una amarga sonrisa. Casi habían atravesado las Garras, y al otro lado no había nada más que mar abierto, ningún lugar donde pudiera ocultarse un barco pirata y nada que les permitiera demorar lo inevitable.

Estaba a punto de ordenar a sus arqueros y ballesteros que probasen el alcance cuando el *Reina Kraken* empezó a elevarse del agua.

—¿Qué demonios...? —murmuró Andurth junto a él.

Entre los soldados reunidos en cubierta se oyeron gritos de alarma y de consternación. Bajo la luz de la luna, el casco negro y las velas rojas del barco pirata

parecieron rodearse de un resplandor plateado. Del casco brotaron aletas o velas luminosas que parecían las alas transparentes de una enorme libélula. La galera pirata se elevaba cada vez más sobre las aguas, hasta que apenas rozaba ya las crestas de las olas. Y entonces, sorprendentemente, se levantó hacia el cielo. Se ladeó suavemente a babor, dando la impresión de que iba a escorarse por efecto de una fuerte brisa, y Geran vio cómo el timón cambiaba de dirección en el aire. El barco corsario dio la vuelta, pasando unos cientos de metros al sur del *Dragón Marino* y a la altura suficiente como para sobrevolar la más alta de las Garras, y afirmó su rumbo poniendo proa hacia la luna en el cielo sudoriental.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba —murmuró Hamil, atónito—. Supongo que ahora sabemos cómo aparecía y desaparecía el *Reina Kraken*.

Geran se quedó mirando el barco volador mientras subía cada vez más deprisa y se alejaba del agua. Por debajo de su negro casco, la luz de la luna bailaba formando un camino plateado sobre el mar oscuro. Él y el resto de los tripulantes reunidos en la toldilla estaban tan asombrados que el vigía de proa tuvo que gritar tres veces para llamarles la atención.

—¡Roca a proa! ¡Virad el barco! ¡Virad el barco!

Andurth arrancó la vista del espectáculo del barco pirata que se alejaba y volvió a mirar hacia adelante. Con una maldición sobresaltada, el oficial de derrota saltó encima del timón y viró abruptamente a la derecha. El *Dragón Marino* dio una fuerte sacudida, y al encarar el viento las velas se agitaron ruidosamente, pero el barco sorteó el desigual promontorio en que había estado a punto de estrellarlo el *Reina Kraken*. El casco crujió al rozar por un pavoroso instante una roca sumergida, pero estaba a profundidad y distancia suficientes a babor para permitirle chocar con ella y apartarse en lugar de abrir una vía en el casco. No obstante, el impacto hizo caer a la tripulación al suelo y que se soltaran los estays y las jarcias. Entonces Andurth dio un viraje en sentido contrario, aprovechando el impulso que le quedaba al barco para recapturar el viento mientras la roca asesina pasaba por debajo del costado de babor.

—Ese bastardo de negro corazón lo hizo a propósito —musitó el enano—. Traté de conducirnos directamente a lo más escabroso, y oculté esa roca con su propio casco hasta el último momento.

El mago de la espada lanzó un suspiro de alivio y dio un apretón al enano en el hombro.

—Bien hecho, maese Andurth. Podría haber sido un desastre. —Eché una última mirada al *Reina Kraken* que seguía su marcha ascendente por el cielo nocturno—. Sácanos de las inmediaciones de las Garras y pon rumbo sudeste. Al parecer es hacia allí a donde se dirige el *Reina Kraken*.

—¿Y exactamente cómo te propones seguirlo? —preguntó Hamil—. A la velocidad que lleva, no creo que continuemos teniéndolo a la vista mucho tiempo.

—No lo sé —respondió Geran.

Mirya y Selsha iban a bordo de ese barco. Pasara lo que pasase, escapara Kamoth a donde escapase, iba a seguirlo. Se resistía a abandonarlas a la suerte que Sergen y su padre les tuvieran reservada.

—Encontraré una manera. Tengo que hacerlo.

DIECIOCHO

10 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

El cese de los sonidos del barco despertó a Mirya poco después de anochecer. Había dispuesto de dos días para aprenderse los ruidos de la nave: el continuo deslizamiento del casco a través del agua, el crujido de la tablazón y de los mástiles, el aleteo de las velas contra el viento, las pisadas y las voces de la tripulación. Ahora esos sonidos habían cambiado o simplemente habían cesado, lo cual la despertó de su sueño. Todavía podía oír a los marineros moviéndose de un lado a otro del barco, pero algo era totalmente diferente. El camarote en el que estaban Selsha y ella parecía ahora bastante inclinado hacia atrás, como si el barco estuviera encallado en un banco de arena o en un bajío.

Se incorporó, escrutando el sombrío camarote. Cerca de la puerta habían puesto una nueva bandeja de comida y una cantimplora de agua. Moviéndose con cuidado para no despertar a Selsha, Mirya bajó los pies de la revuelta litera y se puso de pie. Sintió que el barco se balanceaba lateralmente y que la cubierta se estremecía bajo sus pies. Se dio cuenta de que seguían moviéndose, aunque eso no tenía sentido. La cubierta continuaba inclinada como si el barco estuviera remontando una ola, pero parecía que no llegaba nunca a la cima para empezar a hundirse otra vez. Además, había comenzado a hacer frío, un frío sorprendente. Tiritaba, y al respirar, su aliento se condensaba en el aire. Por suerte, en los cajones de debajo de la litera había varias mantas de más. Sacó una para ponérsela sobre los hombros y otra para tapar a Selsha.

—¿Dónde estamos? —se preguntó.

Se dirigió hacia el pequeño ojo de buey del camarote para mirar hacia el exterior. Era de cristal grueso, de mala calidad, verde y lleno de burbujas, además de sucio por fuera. A través de él podía distinguir entre el día y la noche, y tal vez adivinar una vaga línea costera, pero ahora sólo se veía oscuridad y lo que parecía una luna increíblemente brillante en el horizonte. Si no había perdido la noción del tiempo, era la segunda noche desde que habían salido de Hulburg y tal vez la tercera o cuarta desde que el mago del sayal marrón y su gigantesco sirviente habían irrumpido en su casa llevándoselas a Selsha y a ella.

—¿Por qué no fui directamente al harmach? —murmuró, recriminándose una vez más.

Después de oír a Lastannor maquinando con el cyricista y hablando de un ataque a la ciudad, tendría que haber hecho eso exactamente. Sin embargo, le había chocado tanto descubrir que el mago mayor de Hulburg, un miembro del mismísimo Consejo del Harmach, tenía tratos con los feroces piratas del Mar de la Luna y con bandas violentas de la ciudad que se había quedado demasiado tiempo, escuchando, mientras

trataba de decidir qué hacer con lo que había averiguado. Luego, tras haber sido descubierta y haber escapado de la posada, había encontrado las calles de las Escorias llenas de Puños Cenicientos que evidentemente la andaban buscando. Así pues, había decidido marcharse a casa a quitarse la ropa deslucida que le habían prestado las mozas de las Tres Coronas con la esperanza de que un cambio de vestimenta pudiera despistar a los servidores de Cyric. Pero en cuanto llegó a casa, desviándose por callejones oscuros y atravesando edificios vacíos, no se había atrevido a salir otra vez hasta asegurarse de que podía llegar a Griffonwatch sin encontrarse con sus perseguidores.

Le había parecido más sensato esperar hasta la mañana para volver a salir a la calle, cuando ésta estuviera llena de gente honrada dedicada a sus cosas... Pero los enemigos de Hulburg no le habían concedido siquiera las escasas horas que esperaba tener.

—Has sido una verdadera tonta, Mirya Erstenwold —se dijo enfadada.

Había descubierto la gravedad de su error cuando aquella... criatura de Lastannor había arrancado la puerta de su casa y le había puesto encima las manos enormes y pegajosas. Después, el mago había fijado la mirada en la suya y había pronunciado un conjuro sibilante, que era lo último que recordaba antes de despertar con Selsha en ese pequeño camarote hacía un día... ¿O acaso habrían sido dos?

«Lastannor pretende silenciarme al enviarme fuera de Hulburg —pensó Mirya, desolada—. Lo más probable es que Selsha y yo seamos vendidas como esclavas en alguna tierra lejana». Supuso que todavía tenía que estar agradecida de que el mago de la Casa Marstel no hubiera recurrido a algún método más inmediato y permanente para silenciarla, pero la verdad era que no habían tenido ningún motivo para llevarse también a Selsha. Eso era lo único que jamás podría perdonarse: por su propia estupidez había conseguido poner en peligro no sólo su vida, sino también la de su hija.

Selsha se removió entre sueños. Se incorporó y tuvo un sobresalto al ver que Mirya ya no estaba en la cama.

—¡Mamá! —llamó.

—¡Chsss!, estoy aquí, cariño —dijo Mirya. Se sentó al borde de la cama y le rodeó los hombros con un brazo—. Aquí estoy.

—He vuelto a soñar con el hombre alto y gris —dijo Selsha—. Me perseguía. No podía librarme de él.

—Lo sé, Selsha. Yo también lo he visto en sueños.

—El barco ya no se mueve.

—No estoy segura. Creo que todavía se mueve, pero de una manera diferente, aunque no sé cómo.

Selsha asintió. Ella también podía sentir el suave movimiento de la cubierta.

—¿Adónde crees que nos llevan? —preguntó.

—No tengo ni idea.

Ese misterio le producía un profundo desasosiego. Si no se equivocaba en el cálculo del tiempo, podían estar en cualquier lugar del Mar de la Luna. Incluso podía ser que fueran navegando por el río Lis hacia el Mar de las Estrellas Caídas, pero el frío y la claridad del aire la hacían pensar más bien en las montañas. Tal vez estuvieran navegando por algún lugar secreto por debajo de las montañas hacia Vaasa, o habían utilizado magia de algún tipo para abandonar las aguas conocidas del Mar de la Luna.

—¿Crees que Geran vendrá a buscarnos?

Mirya envolvió con su manta los hombros de Selsha, compartiendo así con ella su calor.

—¡Oh, cariño, sé que lo hará! —dijo—. Cuando Geran Hulmaster descubra que no estamos en Hulburg, se pondrá a buscarnos, dondequiera que acabemos.

Lo que pretendía era reconfortar a su hija, pero se dio cuenta de que aquello también le servía de consuelo. Geran volvería a Hulburg tarde o temprano y descubriría su ausencia. Fuera lo que fuese lo que había entre ellos, amistad, el recuerdo de un amor inocente, tal vez la esperanza de lo que pudiera haber confiaba en ello. Él la seguiría a los confines del mundo si creyera que ella y Selsha estaban en peligro.

Por supuesto, eso no quería decir que ella tuviera intención de esperar un rescate. De mucho tiempo atrás, recordaba una o dos cosas sobre navegación. A la menor oportunidad, tal vez pudiera robar un bote y encontrar el camino de regreso a Hulburg. Sería difícil y peligroso, pero sin duda arriesgarse en mar abierto era mejor que resignarse a esperar lo que sus captores tuvieran pensado para ellas, fuera lo que fuese. Con esa idea en mente, empezó a rebuscar en el camarote algo que pudiera resultarle útil en un intento de fuga. Durante casi una hora, revolvió el camarote y su escaso mobiliario. Por fin encontró una vieja y gastada moneda de cobre metida entre dos planchas de madera. Como no tenía mucho más que hacer, se dedicó a usar el delgado canto de la moneda para aflojar los tornillos que sujetaban el cerrojo de la puerta hasta que unos pasos confiados la interrumpieron. Precipitadamente se puso de pie, escondió la moneda debajo del colchón y se sacudió las manos.

La llave giró y entró en el camarote un hombre vestido con una larga casaca roja con bordados de oro en los puños. Era un hombre delgado, en buena forma, de mediana edad y estatura media, con una barba entrecana que enmarcaba su mandíbula cuadrada y una espada al cinto. Mirya atisbó a un par de marineros corpulentos miserablemente vestidos a sus espaldas.

—Bueno, veo que estáis despiertas —dijo—. ¿Qué tal tu alojamiento, señora Erstenwold?

—No me gustan las jaulas, estén como estén amuebladas. —Mirya cruzó los brazos y estudió al individuo. Lo había visto antes, estaba segura, pero debía de haber sido mucho tiempo atrás—. ¿Eres el capitán? —preguntó.

—Veo que no eres amiga de andar con rodeos ¿verdad? No importa. Yo también soy muy directo. Tal como has adivinado, soy el capitán. Kamoth Kastelmar es mi nombre, y tú estás a bordo de mi barco, el *Reina Kraken*.

Mirya abrió mucho los ojos.

—¿El Kamoth que estuvo casado con la hermana del harmach?

—Me sorprende que me recuerdes. Debías de ser apenas una niña cuando yo vivía en Griffonwatch, no mucho mayor de lo que es ahora tu hija. —El corsario sonrió ampliamente—. Supongo que no me han olvidado del todo en Hulburg.

«Eso es cierto», pensó Mirya. Pocos adultos en Hulburg desconocían la historia de Kamoth. Hacía quince años había venido de Hillsfar para engatusar a la hermana pequeña del harmach, viuda desde hacía algunos años, pero a poco de introducirse en la familia Hulmaster lo habían descubierto en alguna maquinación siniestra contra el harmach y lo habían condenado al exilio. De vez en cuando, los hulburgueses reunidos en torno al fuego tal vez se preguntaran en voz alta qué habría sido de Kamoth. Al parecer, Mirya había encontrado la respuesta.

—¿Ahora eres pirata? —consiguió preguntar.

—Así me llaman, pero yo prefiero corsario. Suena mejor.

—¿Qué te propones hacer con Selsha y conmigo?

—Venderos, por supuesto. Después de todo, eres una mujer bonita.

Kamoth se permitió una mirada codiciosa. Su buen humor no le llegó a los ojos, que permanecieron tan fríos y oscuros como los de una serpiente.

—Por supuesto, alcanzarías mucho mejor precio si fueras cinco años más joven, pero supongo que servirás.

—Si lo que quieres es oro, no hay necesidad de que nos vendas a mi hija y a mí como esclavas —dijo Mirya serenamente—. No soy rica, pero tengo algunos medios y propiedades. Mi hija y yo te permitiríamos obtener un buen rescate, más de lo que sacarías en el mercado de esclavos. Saldrías mejor parado con el trato, y nosotras también.

El capitán arqueó una ceja.

—¡Ah!, ¿de modo que piensas negociar conmigo? Vaya, debo reconocer que admiro tu aplomo, señora Erstenwold. No muchas mujeres en tu situación se atreverían a mirarme de frente y hacerme semejante oferta. Si dependiera de mí, podría aceptarla, pero me temo que no está del todo en mis manos. Fuisteis enviadas a bordo del *Reina Kraken* para que no armaras jaleo, y mis aliados de Hulburg esperan que recorra un largo, larguísimo camino desde tu casa antes de dejarte otra vez en tierra.

—Paguen lo que paguen, yo te pagaré más.

—Una oferta temeraria, señora, ya que no tienes ni idea de lo que podrían haberme ofrecido —dijo Kamoth, sacudiendo la cabeza—. A decir verdad, nos dirigimos a un puerto en el que tus medios y tu propiedad son inútiles para mí. Sin embargo, tu valor como esclava te acompaña.

Mirya apretó los labios para no hacer una mueca de frustración. Procuró calmarse.

—Entonces, creo que no entiendo lo que quieres de mí.

—Nada, simplemente me ocupo de la comodidad de mis huéspedes... y compruebo el valor de mi propiedad —respondió Kamoth.

Recorrió a Mirya con la mirada de pies a cabeza. Luego, le apoyó una mano en el hombro. Por un momento, Mirya temió que fuera a desnudarla allí mismo, pero se limitó a volverla de lado para continuar con su evaluación.

—Unos treinta años —dijo en voz baja—. Vaya, sería mejor con unos años menos, pero no tienes mal aspecto en absoluto, señora Erstenwold. Podría decir que yo mismo tengo planes para ti. Sí, podría.

Algo en la manera en que el capitán pirata estudió su cuerpo y en su forma de hablar hizo que a Mirya la recorriera un estremecimiento de absoluto terror. Simplemente era insoportable, frío y casi viperino. En el mejor de los casos, ella era una propiedad, tal vez una especie de juguete, y sus muestras de cortesía eran una forma más de divertirse. Kamoth la miró en silencio con una sonrisa divertida, con la atención fija en sus propios pensamientos, hasta que reaccionó.

—¡Creo que nos ocuparemos de esto más tarde, no hay prisa! Ya estamos casi en la Isla Negra, y tengo algunas cosas de que ocuparme.

Se inclinó hacia un lado para mirar a Selsha, que se acurrucó en la estrecha litera y lo miró desde allí, tapándose hasta el pecho con la manta. Le hizo un guiño a la niña, y Mirya tuvo que contenerse para no gritar. Después se volvió y salió del camarote sin una mirada más a ninguna de las dos. Mirya oyó que la llave giraba en la cerradura y los pasos se alejaban con rapidez.

—Señora misericordiosa —dijo entre dientes.

Después se dejó caer contra la pared, abrazándose el cuerpo con los brazos para contener su miedo. De repente, había dejado de estar segura de que Selsha o ella pudieran sobrevivir a su cautiverio hasta que Geran las encontrara.

—¿Qué va a ser de nosotras, mamá? —preguntó Selsha con un hilillo de voz.

—No lo sé, cariño mío, pero creo que piensa tenernos como prisioneras un poco más. —Consiguió esbozar una sonrisa confiada para Selsha y se sentó junto a ella—. Mientras estemos juntas, yo cuidaré de ti.

La niña asintió. Después, se incorporó y miró en derredor.

—Creo que ahora estamos bajando.

¿Bajando? Mirya estaba asombrada. Cierto, su sentido del equilibrio le decía que el movimiento del barco había vuelto a cambiar. La inclinación de la cubierta era diferente, y tuvo una sensación como de que el aire se volvía más cálido.

—¿Adónde demonios nos llevan? —murmuró.

Se acercó otra vez al ojo de buey, tratando de distinguir algo, cualquier cosa, en los alrededores, pero afuera estaba oscuro. Sospechaba que, aunque el cristal hubiera sido traslúcido y hubiera estado limpio, tampoco habría visto gran cosa. Con expresión intrigada, fue hasta la puerta, recogió la bandeja y volvió a sentarse en la litera junto a Selsha. Comieron juntas. Selsha dijo que no tenía hambre, pero Mirya le insistió para que comiera algo. Quién sabía adónde irían a continuación y cuándo iban a tener ocasión de comer otra vez.

Después de una hora o más de pronunciado descenso, el barco por fin dio un golpe y se deslizó junto a algún tipo de escollera o muelle. Mirya podía oír el crujido de los tensos calabrotes de amarre al detener el movimiento del barco, y las idas y venidas de los marineros por la cubierta. Pasó un largo rato sin que sucediera nada, y ya empezaba a pensar que el diminuto camarote iba a ser también su prisión cuando oyó varias pisadas fuertes que se aproximaban otra vez a la puerta y el tintineo de llaves en una anilla de hierro.

La puerta se abrió y varios piratas entraron en el camarote. Eran hombres sucios, de aspecto peligroso, vestidos con calzones y casacas andrajosas y la miraban con desvergüenza.

—¡Eh, vosotras!, vamos —dijo uno de ellos—. Causadnos algún problema y lo lamentaréis.

—¡Mamá! —gimió Selsha.

—¡Tranquila, Selsha! —respondió Mirya con toda la calma de que fue capaz.

Se mostró dócil cuando dos de los piratas dieron un paso adelante para asirla por los brazos.

—Vaya, si eres bonita —dijo uno de los piratas, y se inclinó para susurrarle algo al oído. Tenía un aliento apestoso—. ¿Cómo te llamas, amorcito?

Mirya apartó la cara y se negó a responder. El pirata dio un bufido.

—Como prefieras, pero no pasará mucho tiempo antes de que quieras tener uno o dos amigos aquí.

El pirata y su compañero la sacaron a rastras del camarote y la llevaron por el pasillo hasta una escala que bajaba a la cubierta. Un tercero traía a Selsha, que sollozaba de miedo, aunque conseguía mantenerse de pie y no perder de vista a Mirya a pesar del terror.

Faroles brillantes iluminaban las cubiertas del barco. Afuera estaba oscuro, pero Mirya entrevió un cielo estrellado más allá del halo amarillo y cálido que envolvía al barco pirata. El aire era frío y húmedo, y había un aroma denso, extraño, mareante,

como de flores marchitas. Las siluetas desiguales de los árboles se movían suavemente sobre el fondo de estrellas que los coronaba. «No hay ningún territorio cerca de Hulburg con árboles como éstos», pensó. Debían de haber navegado por el río Lis hasta algún puerto del Mar de las Estrellas Caídas, pero ¿cuál? ¿Turmish o Akanul, tal vez? ¿Chessenta? ¿O más lejos aún?

Los piratas la hicieron avanzar a trompicones por una escollera de madera hasta una puerta con barrotes de hierro que había al pie de una torre de piedra y la empujaron al interior sin que pudiera ver nada más de los alrededores. Descendieron por pasillos anchos y bajos formados por una serie de bóvedas cruzadas. Cada bóveda de cañón estaba separada del pasillo principal por una fila de barras de hierro y era evidente que podían servir como almacenes o como celdas según fueran las necesidades de los piratas. La mayoría de las bóvedas estaban llenas de provisiones y de carga, el mismo amontonamiento de barriles y cajones que llenaba los almacenes de los Erstenwold en Hulburg. En otras había productos de más valor: ánforas de arcilla con aceite de oliva y vino, hermosas alfombras, grandes rollos de ricas telas, armas y armaduras. Era evidente que la torre de piedra, dondequiera que estuviese, contenía el botín de docenas de barcos apresados por los piratas de la Luna Negra.

Llegaron a una gran estancia, donde se encontraban muchos corredores como el que habían estado siguiendo. Los piratas condujeron a Mirya y Selsha hacia el pasillo que había inmediatamente a la izquierda, cerrado por otra puerta de barrotes de hierro, y empezaron a abrir la puerta.

Mirya oyó a sus espaldas el grito de terror de Selsha.

—¡Mamá!

El corazón le dio un salto en el pecho. Se dio la vuelta en una reacción automática al miedo de su hija, esperando ver que el hombre que la arrastraba hubiera hecho algo terrible, pero el pirata que sujetaba a Selsha parecía tan sorprendido como Mirya. Manipuló para agarrar bien a la niña, que se debatía, maldiciendo en voz baja, mientras los hombres que llevaban a Mirya adecuaban su paso para sujetarla a ella.

—¡Monstruos! ¡Monstruos! —gritó Selsha.

Mirya miró más allá de su hija y los vio. Dos criaturas acababan de salir de uno de los corredores que daban a la sala. La primera era una pequeña criatura obesa, parecida a una araña, del tamaño de un niño humano o un perro más bien grande. Tenía la cabeza en el extremo de un largo cuello que parecía una anguila, y a la luz de la lámpara relucían sus dos ojos oscuros. Llevaba una esclavina alrededor del cuello, y en sus extremidades de duro pelaje tenía grabadas unas extrañas runas y espirales blanco verdosas. Miró a Selsha con furia y siseó algo, enfadada. Detrás había una cosa bípeda voluminosa que parecía una extraña mezcla entre un simio poderoso y un escarabajo gigante. Sus enormes miembros anteriores acababan en potentes garras, y sus ojos grandes, de insecto, miraban al frente con expresión extraviada. Transportaba

un cofre grande marcado con las mismas runas y espirales que decoraban a la criatura más pequeña.

—¡Haced callar a esa cosa ruidosa! —dijo el pequeño monstruo aracnoide con una voz chillona.

Selsha volvió a gritar al darse cuenta de que el pequeño monstruo hablaba de ella, pero el pirata que la sujetaba consiguió taponarle la boca con una mano.

—La niña sólo se ha asustado —le dijo al monstruo aracnoide—. Es asunto nuestro, no vuestro.

—¡Bah! Deberíais dejarla sin habla si sigue así, o comérosela. Lo mejor es comer primero a los más ruidosos.

La criatura giró en redondo y, con gran habilidad, se montó en el torso del monstruo más grande, colocándose sobre un hombro. El monstruo de mayor tamaño se alejó arrastrando los pies, llevando a cuestas tanto a su amo como el pesado cofre sin la menor dificultad.

Selsha seguía debatiéndose y gritando tras la mano de su captor.

—¡Selsha! ¡Selsha, cariño! Se han ido. ¡Debes callarte, por favor! Los monstruos se han ido.

—Ya has oído a tu madre —dijo el pirata que la agarraba—. No hay necesidad de esto, niña.

Selsha alzó hacia Mirya unos ojos desorbitados por el terror. A continuación, dejó de luchar contra su captor y cedió con una leve inclinación de cabeza. El pirata retiró la mano con cuidado, y Selsha respiró hondo.

—Lo siento —dijo con voz entrecortada—. ¡Me han asustado!

—Y a mí también —dijo Mirya. Pensó en el monstruo aracnoide y en su fea amenaza, y se estremeció—, pero no debes volver a gritar así si puedes evitarlo.

—Lo intentaré.

—Buena chica —dijo Mirya con alivio. Miró a los dos piratas que la tenían agarrada por los brazos—. ¿Qué clase de lugar es éste?

—¡Ah, conque ahora se digna hablarnos! —dijo el pirata que la conducía con una risotada—. Estás en la Torre de la Luna Negra, amorcito. No te preocupes. ¡Pronto te acostumbrarás a los neogi y a sus moles sombrías!

¿Neogi? Supuso que se refería a la criatura aracnoide, pero no tuvo más ocasión de seguir preguntando. Los piratas llevaron a Mirya y a Selsha por el nuevo pasadizo un buen trecho hasta que llegaron a una celda vacía. Había unos antiguos jergones de paja y mantas roñosas. Cogieron las llaves de la puerta de un gancho que había cerca y abrieron la celda. Mirya decidió intentarlo una vez más antes de que se marchasen sus captores.

—¿Dónde estamos?

—¿Quieres decir que no lo sabes? —respondió el hombre con una risa áspera—.

Por encima del mar, detrás de la luna, por debajo del sol y entre las estrellas. ¡Ahí es donde estás! Estás en una isla en el Mar de la Noche, y aquí estarás hasta que el capitán supremo decida otra cosa.

—¿Por encima del mar...? —preguntó Mirya.

Pero el pirata ya no la escuchaba. La empujó al interior de la celda con tal fuerza que la hizo caer de rodillas y manos. El otro pirata empujó a Selsha tras ella. Después cerraron la pesada puerta de barrotes de hierro y dejaron solas a las dos Erstenwold en la lobreguez de su celda.

DIECINUEVE

10 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Perdieron de vista al *Reina Kraken* una hora después de que saliera la luna, cuando ni siquiera la vista aguda de Hamil podía distinguir ya el diminuto casco negro. Geran se quedó mirando la noche estrellada un buen rato todavía, esperando contra todo pronóstico atisbar el barco de Kamoth, pero finalmente tuvo que admitir que los piratas se les habían escapado. Toda la vida había oído Geran historias de barcos voladores, de valientes navegantes que se habían atrevido a surcar las aguas estrelladas del Mar de la Noche, pero siempre las había desechado como tonterías fantásticas. Había visto los conjuros de batalla de poderosos magos, los valles eldritch de la élfica Myth Drannor, las extrañas maravillas de las islas voladoras y las mágicas tierras cambiantes esparcidas por el mundo en lugares tocados hacía mucho tiempo por la Plaga de los Conjuros; pero jamás había imaginado que una sangrienta banda de bandidos como los piratas de la Luna Negra pudieran dominar los conocimientos arcanos necesarios para navegar por los cielos. Podría haber considerado capaces de semejante cosa a los Magos Rojos, o tal vez a los legendarios Altos Magos de la lejana Evermeet. Pero ¿unos simples piratas?

Suspiró y fijó la atención en la toldilla iluminada por la luna.

—Andurth, el barco es tuyo —le dijo—. Voy abajo.

—¿Qué rumbo? —preguntó el oficial de derrota.

—Sigue como ahora hasta llegar a la costa. Después de eso..., rumbo este, hacia Mulmaster supongo. Puede ser que Kamoth haya ido hacia allí. —Geran no lo creía realmente, pero era lo único que se le ocurría. Miró a Hamil y a Sarth—. ¿Queréis reuniros conmigo en mi camarote? Necesitamos un nuevo plan, y me está haciendo falta un trago.

Abrió la marcha hacia el camarote principal del *Dragón Marino*, una estancia muy confortable debajo de la toldilla. A diferencia del camarote de Narsk a bordo del *Tiburón de la Luna*, el de Geran estaba limpio y ordenado. Todavía no había estado bastante tiempo a bordo como para ponerlo patas arriba, y Kara tampoco se había instalado del todo en él mientras lo había utilizado. Geran le pidió al asistente que le llevara una botella de vino y varias copas, y ocupó un extremo de la mesa. El hombre volvió con el vino, y Geran se sirvió y tomó un buen trago. Hamil y Sarth siguieron su ejemplo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Hamil—. ¿No podemos seguir al *Reina Kraken* al cielo!

—No, no podemos, pero no estoy dispuesto a abandonar a Mirya en manos de Kamoth y Sergen —respondió Geran—. Tarde o temprano, Kamoth tendrá que llevar

su barco a puerto. Sea cual sea, lo volveremos a encontrar.

En el último de los casos, estaba dispuesto a encontrar a un archimago que lo teletransportase hasta allí. Tal vez Hamil tuviera razón y Mirya estuviera relativamente a salvo mientras tuviera valor como rehén, pero si Kamoth y Sergen decidían que ya no tenían que temer a una persecución, tal vez no tuvieran ninguna razón para no someterla a alguna tortura.

Se quedó contemplando su copa, saboreando el vino con aire ausente mientras consideraba el dilema que se le presentaba. ¡Tenía que haber una forma de dar con ella!

—Sarth, ¿qué sabes sobre barcos voladores? —preguntó por fin.

—Me temo que poco —dijo Sarth—. He oído decir que puertos importantes como el de Aguas Profundas o Puerta Oeste a veces han recibido visitas de barcos venidos de lugares muy lejanos, ciudades de planos o tierras diferentes del otro lado del Mar de la Noche. También he leído sobre algunas de esas visitas en libros antiguos. Por ejemplo, había un mago llamado Gamelon Idogyr que visitó Aguas Profundas unas cuantas veces en los años anteriores a la Plaga de los Conjurados. Visitó a Bastón Negro en alguna ocasión, y uno de los aprendices de ese mago dejó constancia de los relatos de Gamelon sobre sus viajes por el Mar de la Noche. Se dijo que Gamelon llegaba y se marchaba a bordo de un barco misterioso de extraña factura que ningún navegante ha encontrado en ninguna otra parte.

—¿Un barco volador? —preguntó Hamil. Sarth asintió, y Hamil continuó—. Entonces, sólo tenemos que encontrar uno de esos barcos misteriosos para poder seguir a Sergen y Kamoth a su guarida. ¿Será muy difícil?

—La mayoría de esos navíos ocultan su origen. Cambian de plano o se elevan por el cielo a algunas millas de su destino y se limitan a permanecer en puerto como cualquier otro barco —Sarth sonrió con amargura—. Y no he oído de ninguna visita desde hace mucho tiempo. Sospecho que los patrones de los barcos voladores, suponiendo que todavía haya alguno que visite Faerun, guardan celosamente su secreto en estos tiempos oscuros y peligrosos.

—Bueno, sabemos al menos de uno que sigue por ahí —observó Hamil—. ¿Cómo es posible que un pirata como Kamoth se hiciera con un barco así? ¿Acaso es un mago?

—Kamoth no tiene nada de mago —respondió Geran—. Y no puedo creer que tenga a sus órdenes a ningún mago poderoso; de lo contrario, habríamos visto muestras de su magia en Hulburg.

—En ese caso, ¿cómo se consigue hacer volar un barco? ¿O cómo se pasa de un plano a otro? ¿O cómo es posible que se comporte de una manera que no es propia de un barco?

—Según el relato de Gamelon, los barcos que pueden volar o cambiar de plano

son propulsados por algún artilugio mágico, como un timón o una quilla grabados con runas poderosas —le respondió el mago a Hamil—. Para crear semejante artilugio es necesario contar con un mago poderoso y reconocido. Tal vez Kamoth no necesite a un mago poderoso. Sólo necesitaría un poco de formación en las artes arcanas y saber pilotar un barco.

—Entonces, ¿por qué esperó tanto antes de levantar vuelo? —reflexionó Geran—. ¿Simplemente estaba jugando con nosotros? ¿Confiaba en evitarnos sin traicionar su secreto? ¿O tendría alguna otra razón?

—¿Tendrá algo que ver con las Garras? ¿O con la puesta del sol? —preguntó Sarth—. Puede ser que para navegar por el Mar de la Noche sea necesario esperar a que el cielo se oscurezca.

Se quedaron callados, dando vueltas a sus copas entre las manos. El barco se deslizaba mansamente sobre las olas con cada impulso de las velas. Geran vació su copa y empezó a servirse otra. Se dio cuenta de que estaba agotado. Entre la desesperación de los últimos días en el *Tiburón de la Luna* y la azarosa persecución de los piratas a la fuga, llevaba tres o cuatro días apenas sin dormir.

Hamil carraspeó.

—Has mencionado un artilugio mágico, Sarth —dijo—. ¿Una brújula, por ejemplo?

Geran y Sarth se quedaron mirando al halfling.

—La brújula estelar —dijo Geran con un soplo de voz—. Fue por eso que Kamoth mandó a Narsk a Mulmaster. Quería equipar también al *Tiburón de la Luna* con una. ¡Y la hemos dejado en la toldilla de ese barco!

—Teníamos cosas más apremiantes que atender —le recordó Hamil—. Sin embargo, hay que saber cómo se usa. No creo que tengamos que preocuparnos de que Murkelmor ni nadie a bordo del *Tiburón de la Luna* alce vuelo. Fuera lo que fuese lo que los Magos Rojos le transmitieron a Narsk sobre el uso del dispositivo, murió con él.

Geran se puso de pie y se dirigió al extremo de popa del camarote. Una ancha hilera de ventanas permitía una buena vista del Mar de la Luna oscurecido y de las estrellas en el cielo. El *Reina Kraken* se había dirigido a algún punto del cielo que estaba contemplando ahora mismo. Fuera donde fuese, el *Dragón Marino* no podría seguirlo sin contar con una brújula estelar. Tal vez pudieran conseguir una de los Magos Rojos de Mulmaster..., si esos mercaderes arcanos tenían una de la que estuvieran dispuestos a desprenderse, y si su precio estaba a su alcance. Por otra parte, él sabía con certeza que había una brújula estelar a bordo del *Tiburón de la Luna*. La galera pirata estaba dañada y falta de tripulación. Sería una presa fácil para el *Dragón Marino*.

—Necesitamos la brújula del *Tiburón de la Luna* —dijo por encima del hombro.

Tal vez pudiera convencer a Murkelmor de que se la cediera por medios pacíficos y de que abandonara el Mar de la Luna. No le gustaba nada la perspectiva de tener que enfrentarse con su antiguo contramaestre.

—Sarth, ¿puedes adivinar dónde se encuentra?

—Lo intentaré ahora mismo —respondió Sarth. Se puso de pie y dejó el camarote.

—La última vez que lo vi, el *Tiburón de la Luna* atravesaba con rumbo sudeste los Arcos de Hulburg —dijo Hamil—. ¿Adónde piensas que lo llevaría Murkelmor?

Geran se quedó pensando. El vendaval que soplabá del oeste-noroeste habría hecho casi imposible avanzar hacia el oeste, de modo que deberían haber navegado hacia el sur, directamente mar adentro y después a Mulmaster en la costa opuesta, o podría haber tomado rumbo este ciñéndose a la costa y huir a las costas deshabitadas del Galennar. Era probable que Mulmaster fuese el mejor refugio disponible en la mitad oriental del Mar de la Luna para un barco pirata, pero dudaba de que Murkelmor fuera a arriesgarse en aguas abiertas en medio de una tormenta teniendo el casco dañado. No, era más probable que el enano hubiera tomado rumbo este, en busca de alguna cala desierta o de una bahía protegida en el desolado Galennar, donde hacer reparaciones y reorganizar a la tripulación del barco.

—Yo apuesto por el Galennar —le dijo a Hamil—. Es una costa dura y peligrosa, pero hay lugares donde puede ocultarse un barco. Además, está deshabitada, de modo que Murkelmor no tendrá que preocuparse de que el resto de la tripulación abandone el barco, ni de que algún señor local se apodere de él. —Por supuesto, habían estado mucho más cerca del Galennar dos días antes, cuando abandonaron Hulburg—. Por otra parte, ya he decidido que sería un error perseguir al *Reina Kraken*. Si la adivinación de Sarth puede decirnos algo sobre el rumbo que debemos tomar, preferiría con mucho navegar hasta los últimos confines del Mar de la Luna.

Sarth llamó suavemente a la puerta y entró con una pesada bolsa de cuero.

—Esto no cabe en mi camarote —explicó el mago.

Geran y Hamil retrocedieron, dejándole sitio para trabajar.

Sarth abrió la bolsa y sacó un carboncillo con el que dibujó un círculo de unos tres metros de diámetro detrás de la mesa y lo marcó con runas. Dispuso velas en varios puntos alrededor del círculo y las encendió con un movimiento ondulante de la mano. Después, sacó de la bolsa un simple clavo de hierro, algo perteneciente al *Tiburón de la Luna*, según supuso Geran. El mago de la espada observó mientras Sarth repetía el ritual que había llevado a cabo en su laboratorio de la pequeña torre, leyendo de un antiguo libro y echando polvos de misterioso poder en un pequeño brasero que colocó junto a su atril. Sarth inhaló el humo fragante que despedía el brasero y miró al vacío con la mirada perdida.

Hamil miró a Geran, pero éste le indicó que esperara. Pasaron treinta segundos y

el mago exhaló y sacudió la cabeza.

—El *Tiburón de la Luna* está en esa dirección —dijo señalando hacia un punto algo desviado hacia babor de haber estado ellos en la toldilla—. Puede ser que esté a unos trescientos kilómetros, en una cala rodeada por acantilados a pico. Encima hay ruinas. Veo una hoguera en la playa y a muchos de nuestros antiguos compañeros. Están todos armados. Temen a la noche.

—¿Eso te suena familiar, Geran? —preguntó Hamil.

—Ruinas... podría ser Sulasspryn, pero serían unos tontos si se hubieran refugiado allí. En cualquier caso, la dirección y la distancia confirman mi suposición. Se están ocultando en el Galennar, en el otro confín del Mar de la Luna.

Geran suspiró. El viento les era favorable, pero tardarían otro día y medio en atravesar el Mar de la Luna..., suponiendo que el barco pirata permaneciera donde estaba y no partiera hacia otro lugar mientras tanto. Al menos podrían disfrutar de una noche de sueño.

—Le diré a Andurth que cambie el rumbo, dudo de que podamos izar más vela, pero tal vez a él se le ocurra algo.

Sarth y Hamil volvieron a sus propios camarotes. Geran subió a cubierta y le dijo al oficial de derrota que pusiera proa al extremo del Mar de la Luna a toda la velocidad que pudiera conseguir. Después, volvió a su camarote y se dejó caer en su litera. Permaneció despierto un rato, deseando desesperadamente que Hamil tuviera razón y Mirya no sufriera ningún daño. No podía soportar la idea de que le sucediera algo, y menos por su culpa. Y sin embargo, parecía que eso era exactamente lo que había sucedido. Hacía cinco meses, los mercenarios de la Casa Veruna habían tratado de despistarlos atacando a Mirya para que no descubriese que habían profanado una cripta, y que habían extorsionado a la gente de Hulburg. Ahora un nuevo enemigo había recurrido a lo mismo, probablemente a instancias de Sergen, su traicionero primo. No creía amar a Mirya, no de la manera que la había amado en una época; una parte necia, fantasiosa, de su corazón seguía aferrada al recuerdo de Alliere y a las hojas de Myth Drannor, y otras veces, sus brazos recordaban la flexible cintura de Nimessa Sokol delante de él mientras cabalgaban por las colinas iluminadas por la luna de los Altos Páramos. Sin embargo, habría preferido atravesarse con su propia espada a que Mirya Erstenwold sufriese algún daño por su culpa. Después de mucho dar vueltas, finalmente cayó en un sueño inquieto.

La mañana tenía un aspecto gris y funesto. Cuando se despertó, Geran descubrió que el viento seguía siendo frío y atemporalado, un incansable vendaval de otoño con muchas alternativas a lo largo del día, pero que se mantuvo más o menos en el cuadrante oeste y norte a pesar de los repentinos cambios. El viento hacía cabrillas en el Mar de la Luna y la proa del *Dragón Marino* levantaba láminas sibilantes de

espuma sobre la cubierta mientras volaba sobre las olas. A última hora de la tarde llegaron a la orilla septentrional del Mar de la Luna a unos treinta kilómetros al oeste de Hulburg, no lejos de las ruinas de Seawave, y aunque a regañadientes, Geran decidió que echaran el ancla allí para pasar la noche. Las aguas del confín oriental del Mar de la Luna no estaban bien reflejadas en las cartas marítimas, y además, habría resultado muy fácil pasar sin ver al *Tiburón de la Luna* en la oscuridad. Estaba bastante convencido de que Murkelmor no iba a refugiarse tan cerca de una ciudad que la Luna Negra acababa de atacar, pero no se atrevía a avanzar demasiado más hacia el este sin comprobar minuciosamente las bahías y calas de la empinada costa a su paso. Si el daño del barco era grave, tal vez Murkelmor no habría tenido más remedio que parar para iniciar las reparaciones.

Pasaron la noche en una pequeña bahía mal protegida, tirando del ancla. El viento amainó antes del amanecer, pero después del vendaval vino una lluvia intensa. Cuando levaron anclas y salieron de la pequeña bahía poniendo rumbo al este, lo hicieron bajo un aguacero frío e inclemente. Hamil se estremeció y se echó la capucha sobre la cabeza.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que detesto el clima de este lugar? —le preguntó a Geran.

—Varias durante la primavera pasada, pero dio la impresión de que el verano te gustaba bastante.

—Bueno, el verano fue demasiado corto. Es evidente que una lluvia fría y con viento es el estado natural en estas tierras, y cualquier otra cosa es una aberración temporal.

Geran le dedicó una sonrisa desganada.

—Te pido perdón por los inconvenientes. Si te sirve de consuelo, yo tampoco adoro este tiempo. Va a reducir la visibilidad a poco más de un kilómetro, tal vez dos, si tenemos suerte. Tendremos que navegar pegados a la costa y lentamente para no pasar de largo por delante del *Tiburón de la Luna*.

—¿Te has puesto a pensar cómo vas a sacarle la brújula a Murkelmor?

Geran asintió.

—Le preguntaré por ella, si está dispuesto a parlamentar. A él no le sirve para nada si no tiene a alguien que active su encantamiento. Estoy dispuesto incluso a pagar un precio justo, pero si es necesario se la quitaré por la fuerza.

Esperaba no tener que llegar a eso. Aunque Hamil y él habían dejado a la tripulación del *Tiburón de la Luna* en circunstancias difíciles, había navegado con ellos tiempo suficiente para considerar a algunos, por ejemplo a Murkelmor, como tipos relativamente decentes a pesar de haber elegido ser piratas. Por lo que sabía, ellos no habían hecho ningún daño a Hulburg ni a sus barcos, aunque sí sus secuaces de la Luna Negra. Por otra parte, si Murkelmor se negaba a separarse de la brújula

estelar, el *Dragón Marino* era un barco más grande, mejor armado y contaba con una tripulación completa de la que formaban parte soldados armados hasta los dientes. Geran no tenía la menor intención de irse sin la brújula.

Hamil hizo un gesto de escepticismo debajo de su capucha empapada.

—No creo que Murkelmor o Skamang estén interesados en parlamentar, pero supongo que con intentarlo no se pierde nada.

Salieron a mar abierto y pusieron rumbo al este. A última hora de la mañana pasaron el cabo Keldon y Hulburg, navegando siempre lentamente y ciñéndose a la costa. Por allí, la línea costera estaba formada por un cabo después de otro y era escarpada y desolada. Dos o tres siglos antes esas tierras habían estado habitadas, en la época en que Hulburg y Sulasspryn eran ciudades vitales que iban ganando tierras a las zonas salvajes del Mar del Norte septentrional. Había diseminadas ruinas de antiguas casonas en las laderas de las colinas que daban al sur, y de vez en cuando, se veía el muñón de una atalaya en ruinas en lo alto de una colina. Geran sabía que había un número reducido de pastores de ovejas y cabras que tenían sus rebaños en los valles ocultos tras las colinas costeras, al menos a escasos kilómetros de Hulburg. Pero eso eran todo tierras desiertas, donde no vivía nadie. No había camino ni sendero alguno que comunicara esas tierras con otras zonas, de modo que ningún viajero tenía motivos para continuar hacia el este desde Hulburg, y el peligro de monstruos de las Montañas Galena o de las ruinas desoladas de Sulasspryn disuadían a cualquiera que tuviera intenciones de asentarse allí.

Media hora después de haber pasado por Hulburg, dos cuernos asomaron por encima de la escala que conducía a la cubierta principal, seguidos un momento más tarde por el resto de Sarth. Al igual que Hamil, llevaba un grueso capote para protegerse de la lluvia, y al igual que Hamil, estaba empapado.

Por desgracia, pocas capuchas le ajustaban bien, de modo que se limitó a mirar al cielo con un gesto de disgusto y soportó el golpeteo de la lluvia.

—He repetido mi adivinación —le dijo a Geran—. El *Tiburón de la Luna* no se ha movido. Está a unos veinte kilómetros por delante de nosotros.

—Entonces tiene que ser Sulasspryn —dijo Geran con gesto preocupado—, pero ¿por qué permanece ahí tanto tiempo?

—Debe de haber sufrido más daños de lo que pensábamos —sugirió Hamil—. Si la roda realmente hace agua, es probable que Murkelmor tenga que dar forma a una nueva pieza de madera para reemplazarla. Eso puede llevar un tiempo.

—O puede ser que haya alguna otra guarida pirata oculta entre esas ruinas —dijo Sarth—. Al fin y al cabo, la primera vez que vimos al *Tiburón de la Luna* fue en Zhentil Keep.

—Jamás he oído tal cosa, pero supongo que es posible. Nos aproximaremos con todo cuidado. —Geran se frotó la barbilla, pensando en lo que había dicho Sarth—.

¿Alguna noticia de Mirya?

—Sólo indicios muy leves. Todavía vive, en eso confío, pero está fuera del alcance de mis adivinaciones.

—¿Está en Faerun?

—No lo sé, Geran. Si es así, debe de estar muy lejos, por lo menos a mil quinientos kilómetros. —El tiflin elevó la vista al cielo—. Creo que está en algún lugar por encima de nosotros. Debe de estar en lo alto de alguna montaña o tal vez en alguna isla voladora. He visto fortalezas, incluso ciudades, en ciertas islas grandes. O puede ser que esté en algún lugar del Mar de la Noche.

—La brújula estelar, entonces —dijo Geran entre dientes. Hizo al tiflin un gesto afirmativo—. Te lo agradezco Sarth. Sin tus esfuerzos no tendríamos ni la menor esperanza de encontrar a Mirya y a su hija.

—Sólo espero que mi humilde talento no te lleve por un camino equivocado —respondió Sarth.

—¡Ah!, de eso no tengo el menor miedo —dijo Geran y volvió a centrar su atención en la gris línea costera que se deslizaba a través de la lluvia y la niebla.

Así siguieron varias horas, avanzando lentamente con el escaso viento. Llegó un momento que Geran hizo que Andurth llamara a la tripulación a sus puestos en los remos y continuaron a velocidad media, un ritmo que podían mantener durante horas rotando los remeros en las bancadas. A diferencia del *Tiburón de la Luna*, el *Dragón Marino* no estaba realmente preparado para imprimir velocidad con los remos. Estaba hecho para navegar a vela y sólo podía introducir en el agua unos veinte remos a la vez a través de unas portillas altas, indebidamente situadas.

A primera hora de la tarde, rodearon un cabo y avistaron las ruinas de una ciudad de grandes proporciones encaramada en las laderas de las colinas que rodeaban la bahía. Antiguas murallas, con algunos lienzos en ruinas, rodeaban el lugar. Entre las piedras se abrían camino sinuosamente los árboles, atascando las que habían sido anchas avenidas. En lo alto de una colina, la fortaleza que en otro tiempo dominaba el puerto era un cascarón hueco dividido en dos por la gris cicatriz de un antiguo desprendimiento de tierra; un gran promontorio de escombros al pie de la colina señalaba adónde había ido a parar la mayor parte del castillo. Muchos otros edificios de los alrededores presentaban señales de haber sido derribados por fenómenos similares. Los que todavía seguían en pie miraban al mar con indiferencia, llenas sus ventanas y sus puertas de sombras ominosas. Geran no consiguió sacudirse la sensación de que la ciudad observaba la aproximación de su barco considerándola una intrusión.

—¿Esto es Sulasspryn? —preguntó Hamil—. ¿Qué sucedió aquí?

—Nadie lo sabe con certeza —respondió el mago de la espada—. Algún desastre sobrevino como mínimo cien años antes de la Plaga de los Conjuros, y pocos

sobrevivieron para contarlo. Según se dice, la familia reinante combatió contra una ciudad drow de debajo de las Galenas y venció, o eso pensaron, pero los elfos oscuros consiguieron vengarse al final. Socavaron la ciudadela y la hicieron caer, eliminando así de un golpe a los gobernantes de la ciudad. A continuación, los elfos oscuros y sus monstruos salieron de debajo de la ciudad y mataron o secuestraron a la mayor parte de los habitantes de Sulasspryn. —Geran se encogió de hombros—. No sé si todo esto encierra algo de verdad, pero en Hulburg se dice que sobre las ruinas pesa una maldición de Lloth. No encontrarás en todo Hulburg un alma que se haya atrevido a poner un pie en estas ruinas.

—¿Incluyéndote a ti?

Geran señaló una alta colina al oeste de la ciudad.

—Cuando tenía dieciocho o diecinueve años, Jarad Erstenwold y yo cabalgamos hasta aquel punto para echar una mirada a las ruinas. Eso es lo más cerca que he querido estar nunca. Y así y todo, mi padre se puso furioso con nosotros. Temía que hubiéramos despertado cosas a las que era mejor no molestar.

Al hacer una pausa, se dio cuenta de que la sombra de un antiguo temor se había apoderado de él. Ningún habitante de Hulburg había estado jamás más cerca de Sulasspryn de lo que él estaba entonces, y le parecía un lugar muy desagradable.

—A decir verdad, casi desearía que el *Tiburón de la Luna* ya hubiera abandonando este lugar. No me gusta permanecer aquí.

—Me temo que no tendremos tanta suerte.

Hamil señaló por encima de la borda un puesto aduanero situado a la orilla del mar. A medida que el *Dragón Marino* iba atravesando el puerto, empezó a verse el casco negro y esbelto de la galera pirata arrastrado hasta la playa y que hasta entonces había estado oculto tras el edificio en ruinas.

—¡Ahí está! Parece ser que hemos sorprendido al *Tiburón de la Luna* en la playa.

La galera pirata estaba varada a poca distancia de las murallas de la ciudad, junto al cabo que protegía al antiguo puerto de los vientos del oeste. De haber sido la lluvia un poco más intensa, o de haber navegado un poco más alejados de la costa, tal vez habrían pasado sin reparar en la presencia del barco. Geran hizo una señal al timonel, que giró la rueda e introdujo al *Dragón Marino* en el puerto. Entre los tripulantes hubo un gran revuelo mientras se preparaban soldados y marineros para la batalla; se cubrieron rápidamente con sus cotas de malla y sus chalecos de cuero y descubrieron la catapulta. El mago de la espada miraba atentamente la orilla, tratando de detectar cualquier señal de conmoción. Existía la probabilidad de que los piratas intentaran botar el barco y escapar antes de que el *Dragón Marino* llegara a tierra, o al menos de que se dispusieran a defender el navío, pero no vio ningún movimiento en la orilla.

—¿Dónde estarán? —preguntó en voz baja—. A estas alturas ya deberían habernos visto.

—No me gusta el aspecto de la costa —dijo Andurth en el mismo tono—. Puedo varar el barco si insistes, pero nuestro casco es más profundo que el de esa galera y me temo que pronto quedaremos atascados. Va a ser un trabajo de mil demonios volver a arrastrarlo hasta el agua.

Geran frunció el entrecejo. El enano tenía razón. Había aguas profundas junto a los muelles de la ciudad propiamente dicha, pero él no estaba dispuesto a amarrar en medio de las ruinas. La costa en la que se encontraba el barco pirata parecía ancha y cenagosa.

—Está bien. Iremos a tierra en bote. —Vaciló y luego preguntó—: Hamil, ¿ves a alguien en la costa?

El halfling negó con la cabeza.

—Parece que hay un campamento sobre la playa, pero no se ve un alma. Tal vez estén todos bajo la cubierta del *Tiburón de la Luna* o refugiados de la lluvia en las ruinas, pero, no sé por qué, no me convence ninguna de las dos posibilidades. No me gusta el aspecto que tiene esto, Geran.

—Ni a mí —respondió Geran—, pero estamos aquí y necesitamos la brújula estelar. —Suspiró y miró a donde estaba Andurth—. Maese Galehand, eche el ancla y baje los botes al agua. Bajaré a tierra con veinte hombres.

—De acuerdo, lord Geran —respondió el enano.

Dio las órdenes oportunas a los marineros en cubierta. Los tripulantes que estaban en las jarcias empezaron a recoger las velas una por una, mientras otros corrían al ancla del barco o empezaban a bajar los botes.

Geran oía con gesto ausente el ajetreo y la conmoción. No apartaba los ojos de las ruinas envueltas en la niebla que se cernía sobre el puerto, ocultas por velos de lluvia. Algo nefasto acechaba desde allí, estaba seguro, pero no tenía la menor idea de lo que podía ser.

VEINTE

12 de Marpenoth, el Año del Intemporal (1479 CV)

La grava húmeda rascó el casco del bote al tocar fondo a un tiro de arco de donde estaba el silencioso *Tiburón de la Luna*. Geran se metió en el agua hasta las rodillas y avanzó hacia la orilla espada en mano en medio de la lluvia fría y pertinaz. Las murallas y los templos en ruinas, cubiertos por la pátina gris del tiempo, se cernían sobre el grupo que había desembarcado, aferrados al borde del empinado risco que marcaba el lado occidental de la bahía de Sulasspryn. El puerto propiamente dicho estaba a varios cientos de metros hacia el este, donde los restos de una escollera de piedra protegían los viejos muelles de la ciudad de las tormentas del Mar de la Luna. A este lado del puerto, una pasarela conducía hasta el antiguo puesto de aduanas atravesando un arenal de treinta metros de ancho que había al pie del promontorio. Era el único lugar de la bahía de Sulasspryn lo bastante plano como para que un barco del tamaño del *Tiburón de la Luna* pudiera sacar su proa del agua, y además estaba bien oculto a los barcos que pasaban por el mar, si bien no eran muchos los que tenían motivos para navegar por esa costa tan desolada.

—Parece ser que tu suposición era correcta —le dijo Sarth.

El tiflin señaló el campamento montado no lejos de la galera varada. Allí había apilados varios troncos frescos a los que habían despojado parcialmente de su corteza. La proa del barco estaba apoyada encima de otros dos troncos colocados a modo de rodillos debajo de la quilla, y una simple estructura de madera que lo mantenía en el sitio.

—Murkelmor debe haber decidido que no podía seguir navegando sin reparar los daños del casco.

—Entonces, habría sido más prudente encontrar una cala un poco antes —dijo Geran.

Se recordó que entre la tripulación del *Tiburón de la Luna* no habría muchos con motivos para evitar Sulasspryn. Al fin y al cabo, ninguno de ellos era de Hulburg ni de las tierras circundantes, pero también era de suponer que cualesquiera ruinas de aspecto amenazador merecían cierto respeto. Era de todos conocido que en cualquier castillo o ciudad largo tiempo abandonados podía acechar todo tipo de maldiciones, espectros y monstruos hambrientos, aunque pocos piratas estuvieran familiarizados con los peligros específicos de esas ruinas.

—No hay muchos árboles a lo largo de la costa, pero da la impresión de que hay buena madera —señaló Hamil—, o tal vez Murkelmor contaba con que la reputación del lugar los pondría a salvo de persecuciones y decidió amarrar aquí por ese mismo motivo.

—Se lo preguntaremos cuando lo veamos —dijo Geran, aunque empezaba a sospechar que no iba a ser así.

Le costaba creer que los piratas del *Tiburón de la Luna* hubieran estado dispuestos a encallar bajo las tétricas ruinas de Sulasspryn aunque fuera por unas horas, y mucho menos durante los días de trabajo que serían necesarios para efectuar una reparación seria. Esperó a que sus hombres de armas arrastraran los botes a la costa y les indicó que lo siguieran.

—Vamos, muchachos. Manteneos juntos y con los ojos y los oídos bien abiertos. Hay que suponer que es una trampa hasta que estemos seguros de que no lo es.

Marcharon hacia la galera pirata haciendo crujir la arena bajo las botas. Al acercarse vieron que la tripulación había montado una especie de carpintería sobre la playa para cortar y dar forma a las tablas nuevas para el barco. Todo estaba como si se hubieran marchado de allí sin más. Había sierras, hachas y herramientas de todo tipo esparcidas por el lugar. Los guardias del Escudo y los mercenarios que iban con Geran se guardaban lo que pensaban, pero él notó que habían duplicado la vigilancia, observando los promontorios de la derecha sin perder de vista las sombras de las puertas y las ventanas de arriba.

—¿Dónde están? —le preguntó Hamil a Geran mentalmente—. ¿Se habrán escapado hacia las ruinas al ver aparecer al Dragón Marino en la bahía? No puedo creer que Murkelmor nos haya dejado su barco sin pelear por él.

—No lo sé —murmuró Geran como respuesta.

Rodeó la proa del barco con precaución, por si sus antiguos compañeros los esperaban para tenderles una emboscada tras el casco del barco, y entonces encontró la primera señal de los tripulantes. El cadáver estaba tirado a la orilla del agua, boca abajo sobre las pequeñas olas que lamían el negro casco. Su espalda era una masa sanguinolenta, desgarrada en grandes surcos; varios cangrejos pequeños y pálidos salieron del cadáver cuando Geran se acercó.

—Creo que es Khefen —dijo Hamil en voz baja, haciendo una mueca—. Pobre bastardo.

Geran miró en derredor, y luego se puso en cuclillas junto al cuerpo para estudiarlo de cerca.

—Creo que lleva un par de días muerto. Las heridas presentan mucho desgarramiento. No son de acero, sino de garras o garfios. Yo diría que alguna bestia lo derribó al suelo desde atrás y le arrancó la piel a tiras. Kara podría decirnos más si estuviera aquí.

—Fuera lo que fuese, lo mató y lo dejó aquí —dijo Hamil—. La mayor parte de los animales se lo habrían llevado a rastras o se lo habrían comido.

—Aquí hay otro, señor —llamó uno de los guardias del Escudo. Estaba junto a uno de los troncos que estaban siendo utilizados en la reparación del barco.

—Y media docena aquí, entre las zarzas, señor —dijo un momento después otro guardia que buscaba entre los arbustos al pie del promontorio.

—Nada de esto es ya asunto nuestro —dijo Sarth en voz baja—. Busquemos la brújula y larguémonos.

—Tienes razón.

Cuanto más se quedasen, más probabilidades había de que lo que había atacado a los tripulantes del *Tiburón de la Luna* también cayera sobre ellos. Y si bien a Geran le habría gustado llevarse a cualquier pirata superviviente que apareciese y se quisiera marchar, no se sentía obligado a buscarlos, no cuando las vidas de Mirya y Selsha podían estar colgando de un hilo en alguna isla remota del cielo.

—Reunid los cuerpos que encontréis sin aventuraros demasiado lejos y enterradlos en el pozo del aserrador —les dijo a los soldados que andaban buscando por los alrededores—. ¡Pero tened las armas a mano!

Los corsarios habían preparado una simple escala de cuerda con peldaños de madera desde la cubierta de la galera hasta la playa. Geran se cogió de ella y trepó a la cubierta principal, seguido por Hamil y Sarth. Vio otros dos hombres muertos en cubierta, los dos junto a la puerta que llevaba al camarote del capitán, que estaba abierto.

—Deben de haber tratado de fortificarse dentro —dijo Hamil—. Puede ser que haya supervivientes en la bodega.

—Lo comprobaremos en un momento —dijo Geran.

Sin perder de vista la oscura entrada del camarote, subió los pocos peldaños hasta la toldilla. Una pesada lona cubría el soporte que Murkelmor había construido para la brújula. Valiéndose de su espada, cortó las cuerdas que sujetaban la tela y la retiró.

La brújula estelar seguía allí.

Geran dio un hondo suspiro de alivio y miró de cerca la esfera oscura. Bajo la escasa luz del día nublado, parecía poco más que una bola redonda y lisa de cristal negro, aunque cuanto más la miraba más distinguía las profundidades ocultas, en las cuales titilaban pequeños puntos de luz como estrellas en el cielo nocturno.

—Aquí está —dijo en voz alta.

—Bien —agregó Hamil—. Hazte con ella y vayámonos de este lugar. No me gusta.

—De acuerdo —dijo Geran.

Sacó una pequeña bolsa que llevaba en su cinturón, y él y Hamil separaron el círculo de plata que la rodeaba del soporte de madera que había construido Murkelmor, y después de envolverla en una manta de lana colocaron la esfera cuidadosamente en la bolsa. Geran no sabía hasta qué punto sería frágil, pero sin duda no quería correr el riesgo de que se rompiera cuando había vidas que dependían de ella. Una vez hecho eso, abandonaron la toldilla. En un rápido examen bajo la

cubierta encontraron otra media docena de tripulantes muertos entre los dos; la escena era de extrema violencia. Había salpicaduras de sangre en los ojos de buey, y por toda la cubierta inferior se veían muebles patas arriba o hechos astillas.

—Puedes llamarme cobarde, pero no estoy seguro de querer quedarme el tiempo necesario para darles a éstos un entierro decente —dijo Hamil—. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Vamos —respondió Geran—. Veamos si podemos apurar las cosas y volver al *Dragón Marino*.

Regresaron a la playa. Geran envió a varios de los soldados a recoger los cadáveres del barco, se colgó al hombro la bolsa con la brújula y echó una mano en la desagradable tarea de enterrar a los muertos del barco pirata, o al menos a los que estaban por allí. Según sus cuentas, todavía quedaban unos treinta o más desaparecidos. Con suerte, Murkelmor y los demás habrían huido a la ciudad; de lo contrario, Geran suponía que la mayoría estarían muertos en las ruinas de encima del puerto.

Por fin, después de media hora de duro trabajo bajo la insistente lluvia, los piratas muertos quedaron enterrados en el pozo de aserrador del campamento. Varios de los guardias del Escudo empezaron a tirar paladas de arena húmeda y tierra sobre los cuerpos. Geran recorrió el arenal con la vista para asegurarse de que no se les hubiera pasado nada por alto. Sin duda, no quería dejarse olvidado nada en el *Tiburón de la Luna* y tener que volver a buscarlo después.

Desde las alturas que dominaban la playa se oyó un grito áspero y estridente.

Los soldados dejaron lo que estaban haciendo y alzaron la vista. Varios arqueros colocaron flechas en sus arcos, y otros hombres prepararon sus escudos y sus armas.

—¿Qué ha sido eso? —se preguntó Hamil en voz baja.

Geran no se molestó en hacer conjeturas. Por un momento, estudió las alturas con aprensión. Pasó un largo rato y no sucedió nada más. Estaba a punto de bajar la guardia y ordenar a los soldados que acabasen su trabajo cuando resonaron varios gritos más del mismo tipo entre el rítmico golpeteo de la lluvia. Una piedra pequeña cayó a la playa desde arriba, rebotando en el promontorio varias veces. Las voces ásperas volvieron a sonar; eran gruñidos ininteligibles. Se dio cuenta de que las criaturas de arriba, fueran lo que fuesen, estaban hablando unas con otras. Miró a Sarth para comprobar si el mago tenía alguna idea de lo que podía haber allí, pero Sarth se limitó a menear la cabeza.

—Vayamos a los botes —dijo Geran a los que tenía alrededor—. Lentamente. No os separéis y llevad siempre las armas preparadas.

Empezaron a retroceder hacia los botes a través de la grava húmeda... y entonces las criaturas atacaron. Con una repentina y atronadora mezcla de batir de alas y gritos ensordecedores, docenas de aladas criaturas salieron de sus escondites en las ruinas y

se lanzaron sobre los hombres de la playa. Eran entre negras y grises, con garras gigantescas, colas zigzagueantes y cabezas astadas. De las grandes bocas asomaban unos colmillos afilados. Otras más empezaron a sobrevolar la bahía, encaminándose hacia el *Dragón Marino*, anclado a algo menos de un kilómetro de la orilla.

—¡Gárgolas! —gritó Hamil, y alzando su arco corto disparó una flecha contra el monstruo que tenía más próximo.

A pesar de la fuerza que llevaba, la flecha golpeó a la criatura cerca del centro del pecho, pero apenas penetró unos centímetros en la carne pétrea de la gárgola. Con un chillido de dolor, la criatura se arrancó la flecha de la herida. Más flechas salieron volando de los guardias del Escudo que llevaban arcos, pero pocas hicieron daño. Hamil maldijo.

—¡A los ojos o la garganta! —gritó a continuación—. ¡Apuntad a los ojos o a la garganta!

Sarth pronunció palabras de poder arcano y derribó a un par de monstruos con un crepitante relámpago azul. Entonces, las gárgolas se lanzaron sobre el grupo de la playa en una oleada de hirientes garras y colmillos. De la refriega surgían gritos de terror y graznidos inhumanos de ira o de dolor. Las garras de los monstruos eran capaces de atravesar la malla de acero y las espadas rebotaban en sus duros pellejos, pero una punta bien dirigida podía enderezar su carne. Al mismo tiempo que los guardias del Escudo caían bajo sus sangrientas garras, las gárgolas ensartadas en el acero hulburgués chillaban y se debatían desesperadamente.

—¡*Cuillen mhariel!* —gruñó Geran, invocando la protección de su velo de acero argénteo.

Una niebla plateada se arremolinó en torno a su cuerpo, haciendo resbalar las garras que trataban de alcanzarlo. Entonces invocó otro conjuro para hacer llamear su espada y se lanzó de lleno a la refriega. El acero relumbraba con furia arcana mientras daba tajos y puntazos a los monstruos alados que tenía alrededor, dejando heridas largas y chamuscadas en la piel de las gárgolas.

—¡Protegeos las espaldas los unos a los otros! ¡Podemos ahuyentarlas!

Fuera de su alcance, una gárgola se dejó caer detrás de un soldado, le clavó las garras en los hombros y se llevó a su presa, que gritaba y se debatía por los aires. Un arquero la alcanzó en el ala y la derribó a tierra, pero él mismo fue arrebatado del suelo un instante después por otro de los monstruos. Más gárgolas apresaron y se llevaron a otros soldados hacia lo alto separándolos de la contienda. Las criaturas graznaban y silbaban con siniestro júbilo cuando conseguían hacerse con una presa.

—¡*Narva saizhal!* —bramó Sarth.

El tiflin se volvió y lanzó una letal andanada de dardos helados a las gárgolas que trataban de alcanzarlo por la espalda. Geran saltó para derribar a otro de los monstruos que se lanzaba sobre la espalda del tiflin. A pesar de su carne pétrea, las

gárgolas eran sensibles a los conjuros del mago y a la magia de la espada de Geran. Además, tal como había dicho Hamil, eran vulnerables a disparos bien dirigidos. El mago de la espada atisbó a una gárgola que se desplomaba como una marioneta con las cuerdas cortadas. Una de las flechas de Hamil había penetrado un palmo en uno de sus ojos.

Por un momento, Geran creyó que conseguirían repeler el primer asalto sin grandes bajas..., y entonces un rayo delgado de luz grisácea salió disparado desde lo alto y alcanzó a un soldado en el pecho. El hombre gruñó una vez, retrocedió un paso y cayó al suelo con la mirada vacía fija en lo alto. Más rayos atravesaron a los combatientes, rayos corrosivos que dejaban a los hombres sin sentido y a merced de los ataques de las gárgolas. Geran miró hacia arriba y vio a una criatura grande, de cuerpo redondo, flotando a unos diez metros por detrás de las gárgolas. Tenía un solo ojo fijo en la batalla que se desarrollaba abajo, y numerosos tentáculos con ojos menores que miraban en todas direcciones. Los mortíferos rayos salían de esos ojos pequeños y herían al grupo del *Dragón Marino* que había desembarcado mientras combatía contra las gárgolas.

—Un contemplador —dijo con voz ronca.

Por si las gárgolas no eran problema suficiente, ahora aparecían los contempladores, que eran terribles adversarios. En poco tiempo, el monstruo podría destruir a todo el grupo sin ayuda. Se volvió y lanzó una advertencia a sus soldados:

—¡Arqueros, cosed a flechazos a esa cosa!

La mayoría de los guardias del Escudo estaban ocupados combatiendo contra las gárgolas, pero un par de ellos tenían todavía los arcos en la mano. Valientemente dispararon contra el monstruo de los muchos ojos. Sarth volvió su atención al contemplador lanzó una andanada de fuego esmeralda que se pegó a la piel de la criatura y bisbiseó como un ácido. El contemplador rugió, rabioso, y dirigió toda la furia de sus rayos oculares contra el tiflin, que, a pesar de levantar un rápido escudo mágico, se tambaleó bajo el asalto mágico.

Geran rebuscó en su mente el símbolo arcano de un conjuro que casi nunca usaba. Lo retuvo en la punta de la lengua mientras hacía pases mágicos con la punta de su espada y liberaba la magia con una sola palabra:

—¡*Haethellyn!*

Su espada adquirió un extraño brillo azulado mientras él saltaba para colocarse delante de Sarth y parar los rayos oculares del contemplador con su espada. Desvió un rayo color carmesí sobre una gárgola cercana, que aulló y se incendió, y a continuación, capturó un pálido rayo amarillo. Éste lo envió de vuelta hacia el contemplador; alcanzó al monstruo en su propio ojo central provocando una lluvia de chispas.

El monstruo flotante gimió y apartó su ojo de la batalla, pero uno de sus ojos

menores encontró a Geran y lanzó contra él un crepitante rayo azul antes de que pudiera desviarlo. El rayo mágico asió a Geran como la mano de un titán invisible y lo tiró a la playa sembrada de guijarros con una fuerza capaz de romperle los huesos. Sintió que se le quebraba la muñeca izquierda bajo el peso del cuerpo y un dolor ardiente le recorrió todo el brazo. Dio varias vueltas rodando por el suelo hasta parar, mareado y desorientado. Lentamente, se incorporó apoyándose en la mano buena e intentó recoger su espada, que estaba en el suelo, cerca de él.

De repente, algo lo golpeó en la espalda, duramente, y lo lanzó otra vez al suelo, dejándolo de nuevo aturdido. Acto seguido, se vio alzado por los aires. Hubo a su alrededor un atronador batir de alas mientras unas garras lo asían con fuerza por los hombros. Sólo el potente conjuro defensivo de su magia de la espada impidió que se le hundieran profundamente en la carne. En medio del dolor, el batir de alas, los balanceos y descensos mareantes, Geran se dio cuenta de que una gárgola lo tenía sujeto y trataba de llevárselo volando. La playa ya estaba a unos buenos seis metros por debajo, y el monstruo que lo tenía cautivo movía las alas con todas sus fuerzas tratando de remontar el vuelo.

—¡Geran! —gritó Hamil.

El halfling corrió tras el mago de la espada e hizo una pausa para apuntar cuidadosamente con su arco, pero otra gárgola le estropeó el tiro al chocar contra él y derribarlo al suelo tras resultar herida por uno de los guardias del Escudo. Sarth atacó al contemplador con una andanada ceguedora de conjuros letales y feroces descargas, con lo que consiguió mantenerlo a raya.

Geran se debatía entre las garras de la gárgola.

—¡Suéltame! —gruñó.

Era un gran peso para el monstruo, que se hundió y cayó en picado al retorcerse él para liberarse. El monstruo graznó a modo de protesta.

—¡Mío! —dijo con voz ronca—. ¡Mi presa! ¡Matar! ¡Mío!

El mago de la espada consiguió desasirse de una garra que sólo lo había enganchado por su chaqueta de cuero. La gárgola estuvo a punto de dejarlo caer. Geran echó una mirada por debajo de los pies que colgaban sobre el vacío y se dio cuenta de que una caída desde esa altura significaba romperse los huesos, cuando no la muerte. De hecho, si la gárgola quería matarlo, la forma más fácil era soltarlo. A pesar del dolor lacerante de la garra en su hombro, Geran alzó la mano derecha y se agarró a un tobillo de la criatura con todas sus fuerzas, decidido a seguir aferrado a la criatura hasta que la altura a la que volaban le permitiera sobrevivir a la caída sin lesiones terribles.

La gárgola emitió un silbido, dispuesta a atacarlo en pleno vuelo. Las garras le arañaban el pecho y le rascaban los brazos, y a punto estuvieron de eviscerarlo, pero sus protecciones mágicas se mantenían, amortiguando el ataque. De repente, un

movimiento súbito de la garra de la gárgola arrancó la bolsa que Geran llevaba colgada al hombro y rompió las cintas que la sujetaban. La bolsa de cuero que contenía la brújula estelar cayó al suelo, desapareciendo entre la espesa maleza que había invadido una casa sin tejado. Geran gimió de miedo y frustración, colgado como estaba por una mano y moviendo infructuosamente el brazo izquierdo, herido, para defenderse del monstruo rabioso.

Entonces, se le soltó la mano al mismo tiempo que las garras de la gárgola se desenganchaban de su chaqueta.

Durante un momento angustioso se sintió caer hacia la tierra, de espaldas, agitando brazos y piernas en el aire. De pronto se topó con las delgadas ramas de un pequeño cedro que crecía junto a las ruinas de un antiguo templo. Las ramas lo golpeaban de una manera salvaje, haciéndolo girar hacia un lado y hacia otro, y se iban partiendo mientras él seguía cayendo. Chocó contra el suelo con la fuerza suficiente como para verlo todo negro y quedarse sin respiración.

—¡La brújula! —pensó—. ¡He perdido la brújula!

Gruñendo y tratando de recobrar el aliento consiguió a duras penas ponerse de pie y salió tambaleándose de debajo del cedro. Se encontró cerca del frente de lo que había sido en otro tiempo un imponente edificio de piedra y cuya fachada había quedado reducida a poco más que montones de escombros diseminados por una calle cubierta de densa vegetación. Le molestaba la espalda y tenía una rodilla tan dolorida que casi no podía apoyar sobre esa pierna el peso del cuerpo, sin embargo, había tenido suerte: el vuelo de la gárgola lo había traído hasta el edificio que coronaba el promontorio, de modo que en lugar de caer sobre la playa desde decenas de metros, lo había hecho desde una altura de seis o siete metros y por entre las ramas de un árbol.

—Sí, mucha suerte —susurró—. Un poco más de suerte y no me habría arrastrado la gárgola.

—¡Presa! ¡Matar!

La gárgola se posó encima de una columna rota a poca distancia de Geran, con los ojos rojos de rabia. Otras dos sobrevolaban en círculos el lugar, aparentemente atraídas por la lucha. El monstruo movió las garras y lanzó a Geran un silbido furioso. Su espada había quedado tirada en la playa. La brújula estaba perdida en el laberinto de ruinas que lo rodeaban, eso si no se había hecho añicos al caer. Casi no podía mantenerse de pie y tenía por lo menos un hueso roto, si no más. Geran mostró los dientes en una mueca feroz. Lo más probable era que le quedaran unos momentos de vida, y eso lo llenaba de furia y frustración. Si moría allí, Mirya y su hija probablemente no conseguirían escapar jamás de los designios de los piratas de la Luna Negra. Si eso era todo lo que podía ofrecerle el destino, estaba decidido a morir de pie, luchando.

Sosteniendo la mirada de la gárgola configuró en su mente una sola palabra arcana.

—*¡Cuilledyrr!* —musitó.

La gárgola se lanzó contra él con las garras por delante. Geran se mantuvo en su sitio todo el tiempo que pudo antes de hacerse a un lado para esquivarla. Consiguió evitar las mortíferas garras, pero la rodilla herida se le dobló y cayó entre los escombros y la hierba dura de la calle. La gárgola lanzó un gruñido sibilante y se lanzó otra vez al ataque con intención de acabar con él. Entonces, el ruido del acero al golpear contra la piedra atravesó el aire. Geran extendió la mano derecha y su espada de acero elfo voló hacia ella con la empuñadura hacia abajo, invocada por su palabra mágica. Con un movimiento fluido, Geran hundió la punta de acero en el negro corazón de la gárgola. La criatura lanzó un graznido horrible, y el peso de su cuerpo lo derribó otra vez a tierra.

Luchó hasta liberarse del peso muerto del monstruo y al mirar hacia arriba vio cómo las gárgolas que habían estado sobrevolando el lugar se lanzaban en picado hacia él. No tenía fuerzas para luchar contra otro de los monstruos, y mucho menos con dos al mismo tiempo. Desesperado, miró arriba y abajo de la calle, buscando un refugio, alguna posición que pudiera defender. Todo lo que vio fue el oscuro portal de un palacio ruinoso al otro lado. No había forma de que pudiera llegar allí antes que las gárgolas, pero al menos le quedaba una carta que jugar. Mientras los dos monstruos descendían sobre él, Geran fijó la mirada en la oscuridad que había detrás de la arcada de piedra y reunió la fuerza necesaria para su conjuro de teletransportación. En un abrir y cerrar de ojos dejó de estar a gatas en la calle empapada por la lluvia y se encontró de rodillas entre los escombros que había dentro del palacio, mirando hacia el lugar donde antes se encontraba. Las gárgolas graznaron, frustradas, aleteando y buscando a su presa.

Geran se quedó quieto, casi sin atreverse a respirar. Si las gárgolas miraban hacia el portal desde una distancia adecuada, seguramente lo verían..., pero las criaturas iban y venían por la calle, hasta quedar fuera de su vista. Oyó el movimiento de sus alas y sus graznidos mientras se alejaban.

Con un suspiro aliviado, se puso de pie. El interior del palacio estaba oscuro y cegado por la vegetación; casi no veía nada dentro. Se arriesgó a avanzar hasta un par de pasos del portal, no fuera que las gárgolas volvieran..., y entonces las tablas del piso se hundieron bajo uno de sus pies. Golpeó contra el suelo y todo cedió; cayó al sótano que había debajo entre una cascada de escombros y polvo. Por segunda vez en cuestión de minutos, Geran se encontró otra vez cayendo. Llegó al fondo, se golpeó la cabeza contra algo y se sumió en un vértigo tenebroso.

VEINTIUNO

14 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

El olor a humo todavía se cernía sobre Hulburg a pesar de varios días de lluvia intermitente. Rhovann creía que era muy preferible al olor habitual de la ciudad. Nunca le habían gustado las ciudades de los humanos, tan atestadas, llenas de humo de las cocinas y de las fraguas, de basura y de mugrientas muchedumbres. En sus momentos de más sinceridad, podía llegar a admitir que el aire frío y húmedo de Hulburg en otoño era mucho más tolerable que, por ejemplo, el de Mulmaster o Hillsfar en medio del verano, pero pocas veces estaba dispuesto a otorgar a Hulburg el beneficio de la duda.

«Es una pena que la Luna Negra no haya puesto el lugar más patas arriba», pensó mientras contemplaba la calle desde el interior de su carruaje. Rhovann sabía que iba contra los intereses de su aliado, Sergen, destruir del todo la ciudad; pero a sus ojos no habría hecho demasiado daño quemar unas cuantas manzanas. Después de todo, cada herida que infligiese a Hulburg era un acto de justicia contra Geran Hulmaster. Los males que él había sufrido por culpa de Geran eran muchos e importantes, y podría llevarle toda una vida retribuirselos adecuadamente.

En el asiento de enfrente a Rhovann, Maroth Marstel frunció el entrecejo al pasar por otro edificio destruido por el fuego, uno que había sobrevivido al ataque de la Luna Negra para resultar derruido dos días más tarde por un incendio provocado durante los disturbios.

—Deberíamos reunir a unos cuantos mercenarios y hacer una limpieza en las Escorias —murmuró el viejo lord—; expulsar de Hulburg a esos Puños Cenicientos, esos criminales venidos de fuera, antes de que lo echen todo a perder. Es lo primero que haré cuando sea harmach, acuérdate bien.

—Todo a su debido tiempo, mi señor —dijo Rhovann—. Antes tenemos que convencer a Grigor Hulmaster de que deje su puesto, u obligarlo si no conseguimos hacerle ver las razones para ello. Después de todo, no es el hombre adecuado para los tiempos que corren.

—No es el hombre adecuado para los tiempos que corren —dijo Marstel en voz baja. La idea no era suya, pero estaba tan dominado por Rhovann que probablemente creía que sí lo era.

—No vuelvas a hablar otra vez de ser harmach. Es un secreto entre nosotros dos.

—Un secreto... —sonrió Marstel, y una chispa de astucia iluminó su mirada.

Rhovann frunció el entrecejo. Maroth Marstel no era un hombre joven, y entre lo mucho que bebía y cierta falta natural de luces, era muy probable que ya hubiera iniciado el largo y confuso camino que afligía a algunos humanos cuando se hacían

viejos. Rhovann llevaba meses aplicando con Marstel conjuros de compulsión y control sin tener en cuenta para nada la cordura innata del hombre. Se dio cuenta, consternado, de que no sabía exactamente cómo podría afectar a su magia el avance inexorable del hombre hacia la senectud, una característica indeseable más de la especie humana que contribuía a su frustración y fastidio personal. Tal vez sería prudente mantener a Marstel alejado el mayor tiempo posible de los demás y hacer ver a todos que el mago de su Casa, Lastannor, era un subordinado competente, sumamente leal y de confianza, que se encargaba de la mayoría de los negocios de Marstel para que su señor no tuviera que ocuparse de detalles innecesarios.

Se recordó que en diez o veinte días más, eso pasaría a ser una preocupación de Sergen, no suya. Después de todo, le daba lo mismo lo que fuera de Hulburg en cuanto hubiera acabado de ocuparse de Geran. Que Sergen consiguiera poner a un títere en el trono —tal como se hacía en ese nada refinado rincón del mundo— o perdiera el control de la ciudad al ponerse en evidencia el deplorable estado mental de Marstel no le importaba lo más mínimo. No obstante, y por si acaso, Rhovann dijo entre dientes las palabras de su encantamiento de dominación y borró el infantilismo de la expresión de Marstel.

El carruaje entró en el patio del castillo del harmach y aparecieron unos lacayos para ayudar a Marstel a bajar del coche. A juzgar por los otros carruajes que había en el patio, Rhovann dedujo que llegaban los últimos. Dejó que Marstel entrara delante en el gran salón del castillo y se limitó a seguirlo un paso por detrás. Los demás miembros del Consejo del Harmach aguardaban junto a la mesa, conversando los unos con los otros o repasando sus notas. Sentados en la fila de detrás del lugar reservado para Marstel como cabeza del Consejo Mercantil, esperaban también los jefes de las demás grandes compañías mercantiles de Hulburg: Sokol, Jannarsk, la Doble Luna y el Anillo de Hierro.

—¡Lord Marstel! ¡El mago mayor Lastannor! —anunció el guardia situado junto a la puerta.

El murmullo de las conversaciones se extinguió mientras los diversos funcionarios ocupaban sus sitios. Rhovann y Marstel tuvieron que ponerse de pie tan pronto como se hubieron sentado por la llegada del harmach Grigor. Lo hicieron lentamente, y el mago estudió al gobernante de Hulburg mientras bajaba la escalera que llevaba al gran salón. Se lo veía pálido y cansado, y al sentarse dejó escapar un sonoro suspiro. Los consejeros y asesores reunidos y sus asistentes también se sentaron.

Deren Ilkur, el recaudador de los Derechos, golpeó la mesa con su martillo.

—Queda reunido el Consejo del Harmach —dijo—. Con vuestro permiso, damas y caballeros, dejaremos en suspenso la agenda normal y pasaremos a tratar directamente los asuntos urgentes del día: los desmanes y disturbios de las Escorias y

demás vecindarios pobres de la ciudad.

Nadie hizo la menor objeción. Entonces, Burkel Tresterfin carraspeó y habló:

—Supongo que empezaré yo —dijo—. Otros dos edificios fueron incendiados anoche. A este paso, de Hulburg sólo quedarán cenizas. ¿Qué podemos hacer para restablecer el orden? ¿Puede hacer algo la Guardia del Escudo?

—La Guardia del Escudo está al límite de sus posibilidades —dijo Kara. Desde hacía días tenía una expresión de honda preocupación—. Hemos soportado lo peor del ataque de la Luna Negra, y muchos de los soldados del harmach resultaron gravemente heridos durante la defensa de la ciudad. Lo último que esperábamos tras el ataque pirata era una revuelta a gran escala de los trabajadores de fuera que se han asentado aquí en los últimos años. He retirado de los puestos de vigilancia a todos los soldados que me pareció prudente, pero hasta que vuelva el *Dragón Marino* con los soldados de Geran, no podemos hacer más que patrullar las principales calles de la ciudad y tratar de mantener a los revoltosos en los vecindarios al este del Winterspear.

—¿Hay alguna noticia del *Dragón Marino* y de la persecución de lord Geran de los barcos de la Luna Negra que huyeron? —preguntó Theron Nimstar.

Kara negó con la cabeza.

—No he oído nada, supremo magistrado. Puede ser que todavía pasen muchos días sin tener noticias.

Rhovann se decidió a aprovechar la entrada que sin querer le había dado Nimstar.

—¿De modo que el plan de harmach para sofocar las revueltas es esperar el regreso del *Dragón Marino* que podría tardar días, semanas o no regresar nunca? —le preguntó a Kara—. Tú llevas días tratando de resolver esto, y es peor cada noche. Creo que son necesarias medidas más drásticas.

—Entonces, necesito más soldados. —Kara miró directamente a Marstel y a los jefes de las Casas del Consejo Mercantil que estaban detrás de él—. Vuestras compañías emplean a cientos de mercenarios. Hasta el momento no habéis hecho más que proteger vuestros propios almacenes y locales. Poned a todos esos hombres bajo el mando del harmach durante algunos días y conseguirá controlar a los Puños Cenicientos y al resto de las bandas foráneas. Eso no pondrá fin a sus reivindicaciones a largo plazo, por supuesto, pero debería bastar al menos para restablecer la calma en la ciudad.

Marstel se removió en su asiento. Rhovann elaboró cuidadosamente la respuesta que quería y la puso en los labios del viejo lord.

—No —dijo Marstel con toda claridad—. No pondremos a nuestros guardias al mando del harmach. Ha llegado el momento de que el Consejo Mercantil tome medidas directas para poner fin a este caos.

—¿Medidas directas, lord Marstel? —inquirió Kara con cierta desconfianza en la

voz. Rhovann realmente no podía culparla por ella. Las atrevidas ideas de Marstel a menudo eran absolutamente pomposas y descabelladas.

—El Consejo Mercantil tiene claro que la Torre ya no tiene capacidad para responder a este reto —respondió Marstel—. Por lo tanto, el Consejo Mercantil ha resuelto asumir la responsabilidad del gobierno, el orden y la seguridad de Hulburg. Tenemos una lista de exigencias específicas que deben atenderse de inmediato.

Algunos de los miembros del Consejo se disponían a protestar, pero Rhovann hizo que Marstel siguiera adelante. El anciano se puso de pie y alzó la voz para acallar a todos los de la mesa.

—Primero, se debe acabar inmediatamente con la milicia ilegal conocida como los Escudos de la Luna. Si decimos que una banda de rufianes, vigilantes y forajidos debe ser ilegalizada, lo mismo debe hacerse con todas las demás. Puesto que la Hermandad de la Lanza no es más que una endeble justificación para que los Escudos de la Luna se reúnan y organicen, la Hermandad de la Lanza debe ser desarmada y dispersada también. ¡No podemos aceptar que las llamadas milicias se encarguen de aplicar la ley!

»Segundo, debe anularse la apresurada prohibición de que el Consejo Mercantil tenga una Guardia propia. El harmach se niega a salvaguardar nuestra propiedad y nuestros derechos en sus dominios. Muy bien, nosotros tenemos intención de hacernos cargo de la protección de nuestras importantes inversiones en Hulburg.

»Tercero, puesto que en el Consejo Mercantil nos vemos obligados a velar por nuestra propia seguridad, para lo cual debemos realizar un gasto considerable, renunciamos a todas las concesiones y licencias que nos vinculan con la Torre. ¿Por qué tendríamos que pagar al harmach unos derechos ruinosos sin más beneficio que hacer negocios en Hulburg? —Marstel miró con ferocidad a Grigor Hulmaster, sentado en un estrado a la cabeza de la mesa—. Si el harmach no puede proteger nuestros intereses en Hulburg, debemos hacerlo nosotros mismos.

En la cámara reinó un silencio sepulcral cuando Marstel acabó. Rhovann disimulaba una sonrisita detrás de la ridícula barba que llevaba en su apariencia de mago turmishano. Kara Hulmaster estaba tan enfadada que sus ojos realmente relucían con la magia corrompida que daba a sus iris un color azul intenso. Los guardias del Escudo que montaban guardia en el lugar apretaron los labios y miraron con odio a Marstel, conscientes del tremendo insulto que ese viejo bufón había hecho a su señor.

—¡Esto es imposible! —soltó Wulreth Keltor. El viejo guardián de la Llaves se estremeció de ira—. ¡Todos recordamos cómo gestionaba sus asuntos la mencionada Guardia del Consejo! ¡Y no es posible renegociar las concesiones!

—Se me escapa cómo el desarme de los ciudadanos de Hulburg que respetan la ley y la instauración de medidas para enriquecer a las compañías mercantiles puede

ayudar a restablecer el orden —dijo Deren Ilkur.

La expresión de Ilkur era ceñuda detrás de su barba corta y negra. Como recaudador de los Derechos, su función era presidir las reuniones del Consejo y formular el orden del día, pero estaba claro que no podía continuar hasta que no se hubiera zanjado la cuestión del reto de Marstel.

Por su parte, el harmach Grigor se limitó a mirar fijamente a Marstel durante veinte largos segundos, con expresión de profundo cansancio. Por fin, Grigor consiguió reunir fuerzas.

—¿Y si no adoptamos esas medidas, lord Marstel? —preguntó con voz de profundo desánimo—. Entonces, ¿qué?

Rhovann miró a Marstel y concentró toda su voluntad en el viejo lord. Marstel se enderezó con un gesto de pomposo desdén.

—Entonces, el Consejo Mercantil se encargará de aplicarlas. La Casa Hulmaster ha llevado a estos dominios a la ruina. No permitiremos que los Hulmaster impidan que nos salvemos.

Kara Hulmaster se puso de pie abruptamente, incapaz de estar allí sentada y sin hablar ni un minuto más.

—¡Durante años he soportado tu estupidez en esta cámara, Marstel, pero esto es intolerable! ¡La libertad para decir lo que piensas no te autoriza a incitar a la rebelión! Dices que los Hulmaster han llevado esta ciudad a la ruina. ¿Necesito recordarte que hace apenas cinco meses el harmach y la Hermandad de la Lanza derrotaron a los orcos Cráneos Sangrientos a unos ocho kilómetros de donde nos encontramos ahora, salvando de paso tus valiosas propiedades y tu indigno pellejo?

—Pero ¿no es cierto que fue la aparente debilidad de Hulburg la que movió a los Cráneos Sangrientos a atacar? ¿Y también a la Luna Negra? —respondió Rhovann por Marstel. El mago no tenía la menor idea si eso era verdad o no en el caso de la tribu de orcos, pero era importante que así se creyera—. El ataque de los Cráneos Sangrientos debería haber sido advertencia suficiente de que ya no podemos darnos el lujo de permanecer inactivos y de andarnos con indecisiones.

Otros empezaron a hablar, pero Nimessa Sokol fue la primera.

—Maese Ilkur, hace un momento has dicho que no veías la relevancia de las exigencias del Consejo Mercantil —dijo—. La relevancia es ésta: si el harmach no puede restablecer el orden, debe hacerlo el Consejo Mercantil. Yo no llevo mucho tiempo en Hulburg, pero mi familia tiene un interés considerable en el buen gobierno de este reino. Quiero oír cuál es la respuesta del harmach Grigor a las exigencias que se han planteado.

En los ojos del harmach hubo un destello de ira, pero mantuvo el tono tranquilo.

—No pediré a la Hermandad de la Lanza que se disuelva ni que se desarme —dijo—. Lord Marstel insiste en que las compañías del Consejo Mercantil tienen

derecho a proteger sus vidas y sus propiedades. Pues bien, el mismo derecho tienen los ciudadanos de Hulburg. Y hemos visto hace cinco meses, y otra vez unas cuantas noches atrás, el valor de una milicia extensa y bien armada —miró a Marstel y a los líderes mercantiles que estaban detrás de él con dureza—. Podrían hacerse algunas concesiones para responder al resto de vuestras preocupaciones, pero no voy a darle otra vez al Consejo Mercantil la capacidad de aplicar sus propias leyes. Hemos aprendido que en Hulburg debe haber una ley para todos.

—En otras palabras, tu respuesta es no —dijo Marstel—. Entonces no hay nada más que decir.

El viejo lord vaciló, tal vez sin saber muy bien qué hacer a continuación, pero Rhovann volvió a imponerle su voluntad. Tras recuperarse, Marstel hizo una señal a los otros jefes mercantiles que estaban detrás de él. Todos se pusieron de pie —Nimessa Sokol, con una expresión de honda preocupación— y abandonaron el salón.

Rhovann esperó un momento para asegurarse de que los soldados del harmach no intentarían detener a Marstel y a los demás. No le parecía muy probable. Un señor más poderoso, o menos preocupado por la buena opinión de aquellos a los que gobernaba, no habría permitido que alguien que lo había desafiado se marchara en paz; pero Grigor Hulmaster parecía decidido a evitar el uso de la fuerza.

Después de un momento, Rhovann también se puso de pie y saludó al harmach con una inclinación de cabeza.

—Perdóname, pero yo también debo marcharme —dijo—. Por más que sea mago mayor, también he jurado servir a la Casa Marstel.

—Lastannor, debes razonar con Marstel —le dijo el harmach Grigor—. Si se burla de las leyes de Hulburg, la Torre no tendrá más remedio que aplicarlas. Me está forzando la mano.

—Haré lo que pueda —respondió Rhovann. Decidió que un equivoco más no podía hacer daño, y añadió—. Ya sabes que es muy dado a hablar con osadía y a los gestos grandilocuentes. Puede ser que mañana ya haya cambiado de idea sobre esta cuestión. —Repitió la inclinación de cabeza y se retiró.

En las escalinatas que había al otro lado de la puerta, encontró a Nimessa Sokol increpando a Maroth Marstel. La joven tenía las manos plegadas delante de la cintura y hablaba tranquilamente, pero sus ojos echaban fuego mientras estaba allí de pie, impidiendo que Marstel subiera a su coche.

—Antes no habías dicho nada sobre desarmar a la Hermandad de la Lanza —dijo en voz baja—. ¡No me habría comprometido a apoyarte si hubieras añadido eso a tu lista! El harmach jamás va a acceder a eso y lo sabes. ¡Ahora va a rechazar nuestra posición de plano!

—Son tiempos difíciles —dijo Marstel como respuesta—. Eres muy joven y careces de la experiencia sobre la forma de decidir cuestiones como ésta. Pocas

mujeres tienen cabeza para este tipo de cosas, ya sabes.

Nimessa palideció de ira. Rhovann arqueó una ceja. Al parecer, la grosería innata de Marstel había resurgido exactamente en el momento oportuno para distraer a la joven de la Casa Sokol del hecho de que nunca se había pretendido que las exigencias fueran atendidas por el harmach. Intervino para tranquilizar las cosas antes de que Marstel pudiera decir algo que la enfadara aún más.

—Lo que lord Marstel quiere decir es que ahora planteamos una exigencia que se puede retirar graciosamente cuando empiecen las negociaciones —dijo con calma—, pero no tendría ningún valor si el harmach no pensara que vamos en serio.

La semielfa se quedó estudiándolo un momento.

—Claro, eso es lo que lord Marstel quería decir —dijo, aunque sus ojos y el tono que empleó indicaban lo contrario—. Sin embargo, la próxima vez la Casa Sokol debe insistir en estar informada de cualquier estrategia de este tipo antes de permitir que el gran maestro del Consejo Mercantil hable por nosotros. Vuestro plan puede hacer que todo quede desbaratado, con consecuencias desastrosas.

Rhovann obligó a Marstel a guardar silencio y saludó a la mujer con una reverencia. Ella los miró a los dos; después devolvió el saludo y siguió su camino. Rhovann condujo a Marstel al coche y ordenó al cochero que se pusiera en marcha. Salieron del patio de Griffonwatch y bajaron el camino de piedra que descendía rodeando la colina donde estaba construido el castillo.

—Pronto se hará de noche —dijo Marstel mirando por la ventanilla.

El mago elfo no le hizo caso. El viejo lord se estaba volviendo inepto, pero sería de gran utilidad para llevar con mano firme el timón del Consejo Mercantil, o incluso el trono del harmach, si llegaba el caso. Con atención constante y conjuros reiterados, Rhovann podía usar a Marstel más o menos a su gusto, pero el mago elfo no tenía muchas ganas de pasarlos meses o años siguientes haciendo de titiriteros de un viejo que estaba empezando a perder la cabeza. Tarde o temprano se haría obvio que Marstel ya no era adecuado para liderar nada —bueno, en realidad no lo había sido nunca—, y todo el trabajo de Rhovann habría sido inútil. No, lo que necesitaba era un Marstel más enérgico, más razonable, más leal, uno con el que pudiera contar para manejar los asuntos a su entera satisfacción y sin una supervisión constante. Por desgracia, no conocía ningún conjuro capaz de cambiar a ese viejo inservible en el hombre que necesitaba.

Pero sí conocía conjuros que podían hacer al hombre que necesitaba.

—Un simulacro... Eso serviría —murmuró en voz audible. Le llevaría varias semanas de trabajo, pero cuando lo hiciera ya no necesitaría hacer de niñera-enfermera del detestable viejo que tenía delante.

—¿Qué es lo que has dicho, Lastannor? —preguntó Marstel.

—Nada importante.

Rhovann miró por la ventanilla; habían llegado al astillero de Marstel, en el corazón del distrito del puerto. Volvió la vista hacia Marstel y fijó los ojos en él.

—Tú volverás a casa, comerás una cena ligera y te retirarás a descansar. Me ocuparé de que no te molesten. Que descanses.

Marstel asintió con un bostezo antes de caer dormido.

Cuando el carruaje se detuvo, Rhovann saltó de él y cerró la puerta.

—Lleved a lord Marstel a casa y metedlo en la cama —le dijo al lacayo, que asintió.

Todos los sirvientes y guardias personales de Marstel respondían al mago al que conocían como Lastannor, y hacían más o menos lo que él les ordenaba, a pesar de las objeciones de su señor.

—Que nadie lo moleste por ningún motivo. Regresaré por la mañana.

—Sí, maese Lastannor —replicó el lacayo, que a subió de nuevo al pescante, y el coche se perdió en medio de la llovizna.

La lluvia seguía cayendo y ya había grandes charcos entre las piedras de la calle, hasta se había formado un pequeño curso de agua en medio del recinto Marstel. El mago elfo hizo caso omiso de la persistente lluvia y se encaminó al edificio donde se encontraban las oficinas de la compañía. Hacía un rato que había terminado la actividad diaria, y el lugar habría parecido desierto de no ser por la presencia de más mercenarios de Marstel. Uno le abrió la puerta y se hizo a un lado mientras el mago se agachaba para entrar y dejar atrás la humedad exterior. Se dirigió a la oficina de Maroth Marstel, de la que se había apropiado para sus propios usos.

Dentro lo estaba esperando Valdarsel. El cyricista llevaba un sencillo sayal marrón con capucha que le daba el aspecto de cualquier cochero o fogonero de los que buscaban un medio de ganarse la vida en Hulburg.

—¿Y qué? —preguntó—. ¿Cómo ha ido?

—Tal como esperaba —respondió Rhovann—. El harmach se ha negado a aceptar las condiciones del Consejo. Aunque ha declarado que estaría dispuesto a negociar sobre algunos de los puntos, lo cual me sorprende.

—Entonces, ¿se necesita esta noche a los Puños Cenicientos?

—Sí. Se hará según lo habíamos planeado. Ocupad las calles una hora antes de medianoche y obligad a salir a todas las compañías de la Hermandad de la Lanza y de la Guardia del Escudo que podáis. Nosotros nos ocuparemos del resto.

Valdarsel asintió.

—Así se hará, pero habría sido mejor atacar sin previo aviso. Esa charada de plantear exigencias al harmach tal vez sólo sirva para poner en guardia a lord Hulmaster.

—Que esté o no en guardia no tiene importancia, pero podría tenerla más adelante para que el Consejo Mercantil pudiera afirmar que la cerrazón de Grigor obligó a

tomar estas medidas. Una pizca de legitimidad puede hacer mucho a lo hora de convencer a la gente de que se ponga del lado del Consejo —sonrió Rhovann—. Bueno, eso y la evidencia inmediata de que el Consejo tiene controlados los disturbios de la ciudad.

—No te preocupes, Lastannor. Ya te daré ocasión de dominar a la multitud —dijo Valdarsel, y se echó la capucha sobre la cabeza—. Bueno, parece que vamos a tener mucho que hacer esta noche. Debo dar órdenes de organizar un disturbio, y tú tienes un rey al que destronar.

—Por supuesto.

Rhovann acompañó a Valdarsel hasta la puerta y se quedó mirándolo mientras se alejaba a toda prisa por la calle donde estaba el astillero. Varios rufianes que esperaban al otro lado de la puerta lo siguieron, sus guardaespaldas o algo por el estilo. No se fiaba de Valdarsel; después de todo, ¿qué clase de hombre podía servir a una deidad como el Sol Negro? Sin embargo, sí confiaba en actuar en su propio interés. El sacerdote estaba a punto de convertirse en el segundo hombre de Hulburg por su poder, con libertad para acumular riquezas y para recompensar a los que considerara dignos de ello. Sin duda, Valdarsel ya tenía planes que iban más allá de ese acuerdo y esperaba la hora de someter al Consejo Mercantil a los Puños Cenicientos, y no al revés... Pero primero tendría que ayudar al Consejo a arrebatarse el poder a los Hulmaster.

—Un lobo hambriento encadenado —murmuró Rhovann. Mientras el que sostenía la cadena tuviera algo con que alimentarlo, no corría peligro.

Atravesó el patio hacia el más grande de los almacenes de Marstel, guardado por varios hombres vestidos con los colores de la Casa. Los mercenarios se pusieron firmes y lo saludaron con respeto. Pasó entre ellos y entró en el edificio que protegían. Estaba lleno a medias de productos comerciales comunes, cajones y barricas de todo tipo apiladas de forma poco ordenada. Rhovann se dirigió al centro del local y sacó la mano de debajo de la túnica. Hizo un sencillo pase en el aire y apareció ante él el contorno de una puerta oculta, que se abrió al contacto de su magia. Quedó al descubierto una escalera que conducía hacia abajo. El mago descendió a la habitación inferior.

En los sótanos ocultos debajo del almacén de Marstel había una compañía de cientos de hombres equipados para la lucha, de pie o sentados, esperando. Desde hacía unos veinte días, Rhovann había hecho que los barcos de Marstel transportaran subrepticamente mercenarios contratados en Mulmaster y en otras ciudades. Habían llegado en grupos de cinco o seis y los había ocultado en los sótanos de Marstel. Rhovann buscó a su capitán, un hombre corpulento, fornido, con la boca llena de dientes de oro y una argolla de hierro en una rodilla, y le hizo señas de que se acercara.

—¿Están preparados tus hombres, capitán Bann? —preguntó.

El hombrón asintió.

—Estamos armados y equipados para la guerra, milord. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Dentro de una hora se desatarán tremendos disturbios en el corazón del distrito del puerto. Un puñado de guardias del Escudo acudirá a sofocar los incendios y acabar con los desmanes. Tú deberás encabezar a los soldados de la Casa Veruna y la Casa Marstel hasta Griffonwatch y atacar el castillo mientras su guarnición está fuera. Al mismo tiempo, los soldados de la Casa Jannarsk se apoderarán de Daggersgard.

Bann asintió. No era un hombre brillante, pero tenía cierta astucia y una vena de crueldad que lo hacían eficaz como comandante de mercenarios.

—¿Y la Doble Luna y los Sokol?

—No los considero fiables. Los hombres del Anillo de Hierro los mantendrán dentro de sus propios recintos hasta que se decidan los acontecimientos. Después, supongo que serán lo bastante pragmáticos como para adecuarse al nuevo orden de cosas. Y en caso de que no lo hicieran, bueno, no sería difícil expulsarlos de Hulburg una vez que las Casas mercantiles se hayan ocupado del harmach y de sus hombres.

—Griffonwatch puede presentar dificultades, milord —dijo Bann lentamente—. Bastan pocos hombres para defender un castillo, y no tenemos ni escalas de asalto ni arietes.

—Un pequeño detalle del que me ocuparé yo mismo, capitán Bann.

Rhovann sonrió fríamente. Contra un castillo equipado apenas con un puñado de guardias, no tenía la menor duda de que su magia podría poner la puerta en bandeja para Bann y su compañía.

—Asegúrate de llevar a tus hombres a las puertas del castillo en cuanto empiecen los desmanes. Déjame la puerta a mí.

—¿Y el harmach y su familia?

—Preferiría que los cogierais vivos. Después de todo, mañana habrá un nuevo harmach en Hulburg y sería una pena que Grigor Hulmaster no estuviera vivo para verlo.

Rhovann recorrió con la vista los barracones ocultos, asegurándose de que todos los mercenarios que pudieran oírlo entendieran sus deseos. Confiaba en que los servidores que creaba con sus propias manos o los secuaces controlados por medios mágicos hicieran lo que él ordenaba. A los mercenarios se los podía corromper, o podían entender mal las órdenes que se les daba. Ésa era la razón por la cual criaba a sus sirvientes más capaces en cubas alquímicas. No obstante, sabía muy bien qué era lo que motivaba a hombres como el capitán Bann.

—Por encima de todo, no dejéis que escape ningún miembro de la familia del harmach. ¡Cien coronas de oro a cada hombre que capture a un Hulmaster!

Bann insinuó una reverencia.

—Eres sumamente generoso, milord —dijo con voz ronca.

—Hasta cierto punto. No me falles, capitán.

Rhovann sostuvo la mirada del hombre un momento y después dejó a los mercenarios para que se preparasen.

VEINTIDÓS

15 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Cuando Geran abrió los ojos se encontró con la oscuridad y el agua fría. Le dolían la cabeza, la muñeca izquierda y la rodilla derecha, y al tratar de volverse, sintió una puntada en medio de la espalda que le provocó un suspiro de dolor. Lentamente se incorporó, con cuidado de no forzar otra vez la espalda. Sólo podía distinguir una sombra pálida por encima de la cabeza, con toda probabilidad la sala del palacio en ruinas que había arriba. Al moverse se removieron los escombros que tenía debajo y se hundió más en el agua fría que aparentemente había inundado a medias el sótano. No era profunda, algo así como un palmo, pero había tenido suerte de no acabar con la cara en el agua después de golpearse la cabeza. Se podría haber ahogado.

—He tenido días mejores —se dijo.

Su humor negro le provocó un gesto despectivo y lo pagó caro cuando notó de nuevo el dolor en la espalda. Hizo una mueca y echó un vistazo a la habitación ruinoso. Una vez más se preguntó dónde se encontraba y qué estaba haciendo allí.

—Sulasspryn —dijo en voz alta—. Estoy en Sulasspryn.

El *Dragón Marino* estaba anclado en la bahía. Hamil, Sarth y una veintena de soldados estaban por ahí, junto al barco pirata, el *Tiburón de la Luna*, o al menos ahí estaban la última vez que los había visto. A juzgar por la luz de la habitación de arriba, se había hecho de noche. Eso significaba que había estado inconsciente cinco o seis horas, o tal vez mucho más. Con cuidado, alzó la mano para tantearse la cabeza y encontró un gran chichón y algo de sangre seca en el lado derecho de la frente. Pensándolo bien, ése se estaba configurando como uno de los peores días que había tenido en mucho tiempo.

Se incorporó lentamente, se apartó del agua fría y se sentó sobre un montón de escombros. Todavía no podía ver mucho de lo que tenía alrededor, pero decidió que aún no era conveniente encender una luz. De haber habido allí algo de lo que debiera preocuparse, ya habría tenido horas para hacer con él lo que se le hubiese antojado mientras estaba inconsciente. En lugar de eso trató de unir todos los cabos sueltos para ver cuál era su situación. Seguramente que Hamil y Sarth, sabían que había desaparecido..., eso si él o alguno de los demás habían sobrevivido al ataque de la playa. Era evidente que todavía no lo habían encontrado. O bien nadie había estado en condiciones de buscarlo, o bien no tenían la menor idea de dónde estaba. Ambas posibilidades significaban que dependía de él encontrar el camino de regreso para reunirse con el resto del grupo que había bajado a tierra, o para llegar al *Dragón Marino*, si el equipo ya no estaba en la costa.

—O a Hulburg, en el caso de que el *Dragón Marino* se haya hecho a la mar —

dijo para sus adentros. No le hizo nada feliz la idea de caminar cincuenta kilómetros para volver a casa.

Miró a su alrededor, buscando la bolsa con la brújula estelar. No estaba por allí. Hizo un gesto de contrariedad y se puso de rodillas para tantear en el agua del sótano, tratando de no hacer caso de los dolores que le producían sus heridas. La brújula era el único motivo por el que había ido a esas malditas ruinas, ya no podía marcharse sin ella, o no tendría la menor esperanza de rescatar a Mirya y a su hija de manos de Kamoth y Sergen. Varios minutos anduvo buscando en el agua hasta que recordó que había perdido la bolsa durante su lucha en el aire con la gárgola que había intentado llevárselo. La brújula estaba en algún lugar ahí fuera, tirada en la zona donde la había dejado caer, a menos que alguien o algo la hubiera recogido.

Maldijo su suerte. Se puso de pie y dio un puntapié en el aire, lo que le valió otro dolor agudo en la rodilla. Lo primero que tenía que hacer era encontrar la brújula. Como fuera, con gárgolas o sin ellas.

Antes que nada debía escapar de ese sótano. Ahora necesitaba una luz. Buscó y encontró una piedra pequeña en el montón de escombros que había donde cedió el suelo de arriba, y murmuró las palabras élficas de un conjuro de luz sobre la piedra. Un resplandor blanco azulado se desprendió de la superficie; Geran cerró la mano sobre ella para que sólo saliera un poco de luz amortiguada por entre los dedos. Después de todo, no quería revelar su paradero a nadie por allí. Gracias a la luz tenue de la piedra, estudió la cámara subterránea en la que había caído. Era una sala grande, con una docena o más de gruesas columnas, el techo estaba a unos seis metros de altura. Un antiguo derrumbe había estropeado el extremo de la sala, dejando una pared de escombros. ¿Habría sido algún tipo de templo? ¿O tal vez una sala de trofeos o un salón de banquetes? Resultaba extraño que alguna de esas cosas se situaran en un sótano, pero existía la posibilidad de que la antigua catástrofe que había destruido Sulasspryn hubiera ocasionado allí algún tipo de temblor.

La única escalera que pudo ver estaba cegada por los escombros, de modo que Geran alzó su luz y estudió el agujero del techo por el que había caído. Sin duda, no podía subir por allí —tenía rota la muñeca y una rodilla herida—, pero no era necesario que trepara. Escogió un punto de la sala de arriba, se concentró y pronunció una sola palabra arcana:

—¡*Seiroch!*

El conjuro de teletransportación lo hizo pasar por un instante de helada negrura y, a continuación, se encontró en la habitación de arriba. Perdió pie, se tambaleó y cayó, forzando otra vez la rodilla. Desde abajo no había podido ver exactamente el lugar donde aparecería, y había elegido un punto que estaba lleno de restos de mobiliario. Afuera se oía el repiqueteo de la lluvia, y docenas de goteras en el techo del viejo palacio o templo permitían que el agua cayera a cántaros en el interior. Se dio cuenta

de que ése debía de ser el origen del agua que inundaba el sótano. Se apresuró a cubrir otra vez la luz, dejando sólo el pequeño resplandor que asomaba entre sus dedos mientras se ponía de pie y avanzaba cojeando hasta la puerta para mirar a ambos lados de la calle.

Parecía abandonada, pero no había manera de estar seguro; la noche era negra y la lluvia fría caía en sábanas sobre el viejo empedrado y sobre las tejas rotas. Además, el viento soplaba en ráfagas cortas y removía las copas de los árboles y la hierba que crecía entre las antiguas paredes. Podría haber toda una bandada de gárgolas a treinta metros de él y no se habría enterado. Decidió arriesgarse a tener un poco más de luz, y liberó un poco más de la iluminación que irradiaba la piedra. En sus tiempos, Sulasspryn había sido muy parecida a la vieja Hulburg, una pequeña ciudad levantada en torno a un buen puerto en la costa norte del Mar de la Luna. La mayor parte de los viejos edificios estaban hechos de piedra de calidad, con tejados de pizarra y anchas avenidas de losas. Sin embargo, a diferencia de Hulburg, jamás había sido reconstruida después de su caída; nadie vino para limpiar de escombros las calles ni a aprovechar las piedras de los viejos edificios ni a construir encima de sus ruinas. «Si los Hulmaster no se hubieran vuelto a instalar en Hulburg, éste sería el aspecto que tendría ahora», pensó Geran.

Cojeando cruzó la calle hasta el lugar donde la gárgola lo había soltado, y encontró el cedro que había frenado su caída. Estuvo un buen rato rebuscando debajo del árbol, aterido de frío y humedad, y no encontró nada. Dejó salir un poco más de luz y examinó las ramas, preguntándose si la bolsa habría quedado enredada más arriba, pero tampoco estaba allí.

—Piensa, Geran —gruñó—. ¿Dónde la dejaste caer?

Trató de recordar los últimos momentos vertiginosos de la lucha junto a la playa. La gárgola lo había apresado entre sus garras, luchando por llevárselo volando. Recordó cómo pasaban bajo sus pies los promontorios que dominaban el puerto, en un torbellino agitado, y entonces los primeros edificios del borde. Recordó haber mirado hacia abajo y haber visto caer la bolsa hacia las ruinas. La gárgola volaba tierra adentro, hacia la ruinoso ciudadela del centro de la ciudad, llevándoselo a él. Si tenía que adivinar, la bolsa estaba en algún lugar entre el borde del promontorio y el sitio donde él había caído, probablemente a no más de cien metros de donde estaba ahora.

Cerrando los ojos, musitó las palabras de un encantamiento menor para revelar la presencia de magia en las inmediaciones. No sintió nada, pero eso no lo sorprendió. Tendría que haber estado al lado de la brújula estelar para detectarla de esa manera. Por desgracia, no tenía ningún otro método para localizar la brújula como no fuera andar de un lado para otro en medio de la lluvia y la oscuridad con la esperanza de toparse con ella. Sería más sensato desandar, lo mejor que pudiera, el camino que

había hecho la gárgola por encima de las ruinas, parándose a menudo para repetir la adivinación. Pero aun así sería casi imposible porque no estaba seguro de la ruta que había seguido antes. Tendría que encontrar caminos que lo llevaran de vuelta por donde quería ir sin alejarlo demasiado del trayecto recorrido por la gárgola.

—¿O sería más prudente quedarse aquí y esperar a una partida de rescate? —se preguntó.

No tenía la menor idea de si el *Dragón Marino* estaría todavía en el puerto de Sulasspryn o no. No creía que se hubieran marchado sin él, pero si los monstruos los habían hecho huir, Hamil y Sarth no habrían tenido más opción que escapar también. Después de todo, habían visto cómo se lo llevaba la gárgola y podían muy bien suponer que estaba muerto. Geran suspiró. Existían demasiadas probabilidades de que hubiera quedado abandonado en Sulasspryn, solo y herido, en cuyo caso cuanto antes recuperase la brújula y saliera de las ruinas, tanto mejor. Se puso en marcha cautelosamente en la dirección que consideró más probable que lo llevara al lugar donde creía haber dejado caer la brújula.

Pasó una hora espantosa abriéndose camino por las calles, avanzando con lentitud hacia donde estaba el puerto. Se metió en callejones sin salida, trepó penosamente por las ruinas de antiguos edificios y volvió atrás docenas de veces para intentar mantenerse lo más cerca posible del camino que suponía más directo hacia el puerto. Cada cincuenta pasos más o menos hacía una pausa para repetir el encantamiento, esperando algún débil resplandor en la oscuridad. Varias veces oyó cosas que se movían en las ruinas que lo rodeaban: el sonido áspero del escombros que cambiaba de lugar, graznidos distantes que el eco de las piedras repetía y, en un momento dado, un súbito batir de pesadas alas de murciélago encima de su cabeza. En este último caso, se quedó paralizado donde estaba, sin atreverse a moverse ni a hacer el menor ruido hasta que estuvo seguro de que la criatura se había marchado. Pero incluso después de que hubo cesado el batir de alas, no pudo sacarse de encima la sensación de que había algo cerca, algo que había captado su rastro y acechaba pacientemente entre la lluvia y la oscuridad. Los helados zarcillos del miedo empezaron a aferrarse a su columna vertebral y apuró el paso todo lo que pudo.

Dio la vuelta a una esquina y salió a un pequeño callejón lleno de escombros — probablemente había sido parte del distrito de los artesanos en los buenos tiempos de Sulasspryn—, y se pegó a una entrada esforzándose por ver y oír cualquier movimiento en la noche. Había algo en la oscuridad, estaba seguro, y no quería toparse con ello. Esperó un rato, observando el camino por el que había venido, pero no notó nada fuera del brillo de los charcos en la calle y las sombras desiguales de los tejados de la ciudad. Una vez más pronunció las palabras de su conjuro de detección, forzando sus sentidos para tratar de captar la peculiar impresión psíquica de magia en las inmediaciones..., y esa vez percibió una respuesta clara, una débil vibración,

como si estuvieran tañendo la cuerda de un arpa en una habitación cercana. Se volvió y miró, tratando de determinar con exactitud de dónde provenía la sensación del encantamiento. Decidió que era un poco más adelante por el callejón y ligeramente hacia un lado, tal vez en una de las viejas casas que había en esa calle o un poco por detrás de ellas. El aire se hizo más frío, y Geran echó la cabeza hacia atrás, temeroso de que alguien lo hubiera visto. Se dijo que era mejor moverse cuando a uno no lo veían. Rápidamente corrió callejón abajo, avanzando hacia el lugar de donde le había llegado la trémula impresión del encantamiento. Todavía flotaba en el límite de su conciencia y fue avanzando, resbalando y tropezando entre las ruinas. A su izquierda había un portal. Lo atravesó con cuidado, con una mano en la empuñadura de la espada y sosteniendo con la otra la piedra luminosa.

El tejado de esa pequeña casa se había venido abajo hacía tiempo y era ahora un montón de escombros cubiertos por la vegetación en el centro del piso. La lluvia caía desde el cielo sin obstáculo alguno, y allí, medio escondida entre la maleza por una pared, relucía suavemente la bolsa de cuero. Geran atravesó la habitación y la recogió. Parecía llena, pero para asegurarse la abrió y buscó en el interior. Al fin y al cabo, la caída podría haber dañado la bola... Pero sus dedos tocaron el cristal terso, intacto. Sacó la brújula estelar y la examinó rápidamente. En la oscuridad, los diminutos puntos de luz blanca que contenía parecían relucir débilmente. Dio un suspiro de alivio y volvió a poner el artilugio mágico en la bolsa.

Ahora que tenía la brújula en su poder, podía abandonar la ciudad por el camino más directo. Volvió rápidamente al callejón y giró a la izquierda, esperando que la siguiente calle ancha lo llevara a los promontorios que dominaban el puerto. Si no recordaba mal, había unas viejas escaleras que bajaban zigzagueando desde el final de las calles hasta la arena.

Algo esperaba por él en la calle.

Se quedó inmóvil, con un pie levantado, al salir del callejón, consciente de una presencia, varias presencias, reunidas en las sombras allí fuera. Una vez más el corazón se le llenó de un miedo helado, dejándolo sin voz. Esa vez oyó a la criatura, un sonido gorgoteante que susurraba en la sombra, y de pronto el sonido tomó forma y se transformó en palabras.

—Geran Hulmaster —musitó—. Geran Hulmaster.

Geran retrocedió varios pasos, hasta que sintió otra presencia a sus espaldas. Sacó la espada y giró en redondo, tratando de amenazar a todas las cosas que lo rodeaban con su mortífera punta. No tenía el menor interés en mirar a las criaturas que se abalanzaban sobre él..., pero necesitaba luz para luchar. Abrió la mano y levantó la piedra con el conjuro luminoso. El resplandor blancoazulado alumbró la calle en sombras y dejó ver las cornisas y las fachadas cuarteadas de las ruinas que tenía a su alrededor.

Tenía ante sí, agazapado, al enano Murkelmor. Al principio, Geran pensó que llevaba una especie de capa andrajosa, pero luego se dio cuenta de que el pecho y los hombros del enano habían sido desollados. Murkelmor alzó la vista para sostener su mirada horrorizada, y Geran vio que también le faltaba la mitad de la cara. Sus ojos no tenían pupilas y eran blancos y sin vida, y le habían crecido los colmillos, que ahora eran largos y afilados. Tenía la cabeza cubierta de sangre negra y reseca, como si fueran pinceladas aplicadas sin el menor cuidado. En la calle, detrás de Murkelmor, había otros hombres de la tripulación del *Tiburón de la Luna*, y también los había en los portales.

Todos miraban a Geran. Todos estaban muertos, con la carne desgarrada y pálida, y los ojos sin vida.

—¡Apartaos de mí! —gritó Geran.

Se había enfrentado otras veces a espectros y a muertos vivientes, pero nunca a uno que hubiera conocido cuando estaba vivo. Era una experiencia particularmente aterradora. Murkelmor mostró los colmillos y avanzó unos pasos; otros se acercaron a Geran por la espalda, estirando unas manos cuyas uñas manchadas de sangre se habían transformado en unas garras mugrientas.

—Geran Hulmaster, tú nos mataste —dijo Murkelmor con voz áspera—. Tú nos traicionaste, tú nos condujiste hacia aquí, y aquí hemos muerto. Tienes con nosotros una gran deuda.

Geran se estremeció ante la idea de que pudiera deberle algo a la tripulación del *Tiburón de la Luna*. A pesar de todo, trató de responder.

—Ibais a saquear Hulburg, a asesinar a sus defensores, a tomar a los niños y las mujeres como esclavos —dijo a esa cosa espantosa en que se había convertido Murkelmor—. Tenía el deber de combatirlos. No tenía la menor intención de que vinierais a Sulasspryn, Murkelmor, y siento mucho que el *Tiburón de la Luna* haya acabado aquí de esta manera, pero no fue culpa mía que eligierais la vía que elegisteis.

A sus espaldas, una forma alta salió tambaleándose de entre las sombras. Geran apuntó a la nueva amenaza con su espada y se encontró delante de Skamang. El corpulento norteño había sido eviscerado, y su cara estragada era una máscara sanguinolenta. Skamang le mostró los colmillos y le habló con voz siseante.

—¡Mira lo que nos has hecho! Debes morir como compensación. ¡Tienes una gran deuda con nosotros, Geran Hulmaster!

Los tripulantes que tenía detrás se acercaron más. Geran trató de mantenerlos a raya con la espada, esperando evitar que los piratas muertos lo atacaran. No estaba en condiciones de combatir, y dudaba mucho de poder superarlos a todos. Además, había algo que no casaba en todo eso. Por lo que sabía, no había manera de que ninguno de ellos —ni sus versiones no muertas— conocieran su verdadera identidad.

A lo mejor era que los muertos veían esas cosas con más facilidad que los vivos, o tal vez había algo más en esa reunión en las sombras de Sulasspryn.

—¿Cómo sabéis mi nombre? —exigió.

El enano gruñó airado y mostró los largos y afilados dientes. Por un momento estuvo balanceándose adelante y atrás, como si no quisiera responder, pero entonces, de su pecho destrozado, salió un suspiro gorgoteante.

—Nos han dado un mensaje para ti —dijo.

—¿Un mensaje? ¿Qué mensaje? ¿De quién?

—El rey Esperus te manda recuerdos, Geran Hulmaster —dijo Skamang desde detrás de él—. Nos mandó decirte que el destino de Hulburg y de la familia Hulmaster depende ahora de lo que tú elijas. Si sigues el rumbo que tenías previsto, los enemigos del harmach se harán con Hulburg. Vuelve a casa y podrás impedir por ahora la derrota del harmach... Pero Grigor será el último de los Hulmaster que gobernará y sus enemigos reducirán a escombros la ciudad antes de que él muera.

Geran se estremeció. Había tenido una vez un encuentro con Esperus, en un túmulo de los Altos Páramos, a unos cuantos kilómetros de Hulburg. El poderoso rey lich era el señor de los muertos vivientes en esas tierras, y había reconocido a Geran como un Hulmaster. No sabía por qué el Rey de Cobre habría decidido comunicarse con él a través de los muertos del *Tiburón de la Luna...*, y por otra parte, no le gustaba el mensaje.

—¿Qué enemigos? —le preguntó a Skamang—. ¿Qué peligro que se cierne sobre Hulburg puedo evitar?

—Un adversario al que has olvidado amenaza el trono del harmach —dijo Murkelmor—, pero si defiendes Hulburg, se escapa la Luna Negra. Las dos a las que buscas se perderán para siempre, y a la larga la Luna Negra será tu ruina. Si persigues al capitán supremo, puedes salvar a las dos a las que buscas, pero Hulburg está condenado a caer bajo el poder de tu enemigo. En cambio, sufrirán otros que te son queridos.

Geran hizo un gesto de perplejidad ante el enigma del lich. ¿Cómo era posible que la derrota de los enemigos redundara en la caída de Hulburg? ¿Y quién era el enemigo olvidado? ¿Los vaasanos que habían ayudado a los Cráneos Sangrientos en su guerra? ¿Alguna otra tribu de Thar? Tenía la impresión de que la derrota de sus enemigos y la protección de la ciudad iban juntas, y sin embargo Esperus decía lo contrario. E incluso en el caso de que Esperus dijera la verdad, ¿qué decisión estaba tratando de hacerle tomar el lich? A fin de darse un momento para pensar, miró a Murkelmor.

—¿Fue Esperus el que os convirtió en lo que sois? —preguntó.

—Hay otros poderes además del rey Esperus en Sulasspryn —respondió el enano—, pero nadie vuelve de la tumba dentro de los límites de este antiguo reino sin que

él lo sepa.

—¿Y por qué quiere Esperus que yo conozca este destino?

Skamang rió por lo bajo detrás de él, era un sonido horrible.

—El rey Esperus no tiene más palabras para ti, Geran Hulmaster. Y ahora que te hemos entregado su mensaje, ya no tiene ningún ascendiente sobre nosotros. Podemos hacer contigo lo que queramos. —Dio un salto adelante, tratando de alcanzarlo con sus garras.

—¡*Reith arroch!* —gritó Geran, formulando así un conjuro de la espada.

De inmediato, su espada elfa destelló con una brillante luz blanca, proyectando sombras contra el fondo de la noche. Los espectros en que se habían transformado los tripulantes del *Tiburón de la Luna* se encogieron ante aquella luz que hería su carne no muerta. Geran dio medio paso hacia Skamang y golpeó al norteño muerto en la cara antes de que pudiera recuperarse. Skamang dio un grito y se desplomó, cegado por la luz hiriente.

Geran hizo un giro feroz, manteniendo a raya a la tripulación muerta. Entonces, recurrió a su conjuro de teletransportación, escogiendo un lugar al otro lado de la pared que estaba a punto de derrumbarse de un gran edificio. Apareció en medio de la maleza enmarañada, resbaló y por fin se puso de pie. Tras envainar la espada y cerrar la mano sobre la piedra luminosa, avanzó a trompicones por las ruinas lo más rápido que pudo, con la esperanza de haber conseguido la ventaja que necesitaba para escapar de la vengativa tripulación. Los podía oír caminando entre los escombros y protestando a causa de su frustración.

Geran apuró más el paso, agachándose para pasar por los portales en ruinas y trepando por paredes derruidas, hasta que dejó de oír a sus ex camaradas no muertos detrás de sí. Entonces, aminoró la marcha y empezó a moverse con más cautela hasta encontrarse en una calle que llevaba colina abajo, hasta el puerto, supuso. Fue bajando por una zona de densa vegetación, abriéndose camino entre matas espinosas, hasta que por fin se encontró en la costa. No podía ver si el *Dragón Marino* estaba todavía en el puerto, pero el casco vapuleado del *Tiburón de la Luna* seguía crujiendo a merced de las ráfagas de viento no muy lejos de allí.

—Espero que Hamil y los demás estén todavía por aquí —musitó.

Se descolgó la bolsa que llevaba al hombro, sacó la brújula estelar, se la puso debajo de la camisa y colocó la pequeña piedra luminosa en la bolsa. Se dirigió a continuación a la orilla y sostuvo la bolsa abierta, enfocándola hacia el puerto. La bolsa de cuero hacía de pantalla, impidiendo que desde las ruinas se pudiera ver el brillante resplandor, pero permitiendo que sí pudiese distinguirlo cualquiera que estuviera en el mar.

Quizá habían tenido que alejarse. Había visto numerosas gárgolas volando para atacar el barco mientras el grupo que había bajado a tierra combatía a los monstruos

en la playa. En realidad, existía la posibilidad de que la tripulación del *Dragón Marino* hubiera corrido la misma suerte que la del barco pirata, es decir que no hubiera quedado nadie vivo. Pero entonces vio brillar débilmente una luz amarilla a lo lejos, en el agua; le hacía señas: dos breves parpadeos.

Geran se agachó en la playa rocosa y se refugió bajo su capote empapado. No dejaba de vigilar los oscuros promontorios que tenía detrás, siempre pendiente de oír el batir de alas de una gárgola o una súbita carrera de sus antiguos compañeros de tripulación desde las sombras. Media hora después, oyó el tintineo amortiguado de los escálamos y el suave golpeteo de los remos en el agua.

—Geran ¿eres tú? —preguntó Hamil en un susurro.

—¡Aquí estoy, Hamil! —dijo Geran.

Se puso de pie de un salto y cojeando fue al encuentro del bote del *Dragón Marino*. Diez guardias del Escudo pararon los remos; Hamil se puso de pie en la proa con una flecha en el arco mientras Sarth miraba nerviosamente al cielo desde la popa.

El halfling saltó del bote y chapoteando llegó a la playa.

—¿Dónde has estado? ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

—La maldición que reina sobre estas ruinas interfiere mis adivinaciones —añadió Sarth—. La verdad, temíamos que estuvieras muerto.

—¿Si estoy herido? Sí, pero nada fatal. En cuanto al resto, os lo contaré todo en el camino de regreso al barco. —Geran no pudo reprimir un estremecimiento—. He encontrado al resto de la tripulación del *Tiburón de la Luna*. Están todos muertos..., pero todavía no descansan. Los tiene el Rey de Cobre.

—¿Esperus? —Hamil meneó la cabeza con expresión ceñuda—. No le desearía a nadie ese destino, ni siquiera a Skamang. Has tenido suerte de que no te hayamos dejado aquí con ellos; teníamos intención de zarpar en cuanto amaneciera.

Geran echó otra mirada a las ruinas de Sulasspryn y se estremeció.

—Cuanto antes nos alejemos de este maldito lugar, mejor.

Él y Hamil empujaron el bote hasta el agua, subieron y todos partieron a través de la lluviosa noche hacia el barco que los aguardaba.

VEINTITRÉS

16 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Cuando volvieron al *Dragón Marino*, Geran se enteró de que habían perdido nueve hombres del grupo que había desembarcado y otros dos a bordo del *Dragón Marino*, un importante tributo, pero no tan grande como había temido en los primeros y caóticos momentos del ataque de las gárgolas. Mayor fue el número de heridos de una u otra consideración, pero Larken, el joven monje que viajaba como capellán del barco, se reveló como un eficaz sanador. Después de la primera escaramuza con las gárgolas, Larken salvó la vida de numerosos heridos graves y curó las heridas que podrían haber matado a otros. Se ocupó de Geran tan pronto como Hamil y su grupo de rescate volvieron a bordo con el mago de la espada, pronunciando plegarias curativas sobre la más grave de sus heridas. A la mañana siguiente Geran estaba rígido y dolorido, pero su muñeca izquierda se había soldado y se pudo poner de pie en el alcázar, aquejado sólo por algunos dolores y molestias que le recordaban las horas que había pasado entre las ruinas.

A sus espaldas, Sulasspryn se desvanecía entre las nieblas matinales. La lluvia había cedido finalmente poco antes del amanecer, y el aguacero se había convertido en una tenue llovizna. Lo primero que hizo Geran cuando se alejaron de las ruinas fue llamar al carpintero del *Dragón Marino* —uno de los hijos del viejo maese Therdon, maestro calafate de Hulburg— a su presencia y ordenarle que empezase a trabajar en un marco para la brújula estelar, similar al que había en el *Tiburón de la Luna*.

Andurth Galehand miró al carpintero con gesto de desaprobación. Muchos enanos no estaban muy convencidos de la magia de los arcanos, y los marineros eran un atajo de supersticiosos en el mejor de los casos. Pasado un momento, meneó la cabeza y se volvió para hablar con Geran.

—Vamos en dirección sudeste porque era la mejor ruta para alejarnos de Sulasspryn —dijo—. Pero estoy seguro de que ahora encontraremos el camino despejado. ¿Qué rumbo tomamos, señor?

Geran elevó la mirada al cielo. Parecía que la niebla iba a acompañarlos algún tiempo más, y los vientos racheados de la noche anterior habían sido sustituidos por un persistente vendaval del noroeste. No creía que importara mucho donde estuvieran si iban a usar la brújula estelar, pero no pasaría nada si ponían rumbo hacia las Garras de UMBERLEE. Había sido allí donde el *Reina Kraken* había abandonado el Mar de la Luna, después de todo. Por otra parte, si Esperus había dicho realmente la verdad a través de Murkelmor y Skamang, entonces debía considerar la posibilidad de virar hacia Hulburg.

—Mantenlo en esta dirección un poco más —dijo por fin al oficial de derrota—.

No estoy seguro de dónde estamos, pero podríamos también dirigirnos hacia el oeste mientras lo pienso. Podríamos volver a Hulburg antes de hacer ninguna otra cosa.

—Bien, señor —respondió Galehand—. Mantendré el rumbo.

Geran se convenció de que permanecer allí de pie mirando cómo trabajaba el carpintero no lo ayudaría a terminar el trabajo más deprisa, por lo que volvió a su camarote. Envío a su ayudante a buscar a Hamil y a Sarth para que se reunieran con él, y luego pidió al joven que le trajera un abundante desayuno de la cocina. Cuando llegaron sus amigos, los invitó a que compartieran las viandas con él.

—Os comenté que me encontré con Murkelmor y con parte de la tripulación del *Tiburón de la Luna* ayer noche —empezó diciendo—. No quise decir nada más ante la tripulación y los hombres armados, pero éste es el resto del relato. Llevaban un mensaje del Rey de Cobre. Esperus dijo que si continuaba buscando a Mirya, Hulburg caerá en poder de un enemigo olvidado..., sea lo que sea, pero que si abandono a Mirya para proteger al harmach, tanto ella como Selsha se perderán. La Luna Negra se nos escapará, y un desastre diferente se abatirá sobre Hulburg en los años venideros.

—Es una profecía nefasta —observó Sarth—. La fatalidad nos acecha por todas partes.

—Eso parece —respondió Geran.

Se echó hacia atrás en la silla, observando por las ventanas de popa la orilla costera que dejaban atrás, que ya sólo era una fina línea en el horizonte. Ya no podía ver nada de Sulasspryn.

—¿Tienes algún motivo para pensar que el Rey de Cobre dice la verdad? —preguntó Hamil.

—No tengo razón alguna para pensar que no la diga. Sólo me reuní una vez con el Rey de Cobre, pero salí de allí con la impresión de que no es de los que hablan por hablar. A su entender, los vivos no se merecen que les mientan.

Hamil asintió pausadamente.

—Yo tuve la misma impresión —admitió.

—Esperus es, sin duda alguna, capaz de mentir —terció Sarth—. Aunque yo no me he reunido nunca con él como vosotros, lo estudié durante muchos meses a través de los relatos históricos y de su propia correspondencia. Es probable que no falte a su palabra una vez que la ha dado, pero tiene una forma de cumplir sus compromisos que comporta consecuencias desgraciadas.

El tiflin se puso de pie y dio unos pasos moviendo con elegancia su delgada cola.

—La cuestión que me interesa es por qué Esperus decidiría darte ese aviso. Seguro que no lo hizo para beneficiarte. Espera influir en tu decisión para su propio beneficio.

—Entonces, aceptamos que Esperus tiene razón —dijo Hamil—. Algo malo está

a punto de abatirse sobre Hulburg si Geran sigue persiguiendo a la Luna Negra. Pero también dijo que si abandonamos el empeño de darles caza, la Luna Negra nos traerá la ruina. Ambas opciones parecen desastrosas. ¿Cómo se supone que va a influir en la decisión de Geran?

—¿Quiere Esperus que busque una tercera opción? —se preguntó en voz alta Geran—. Supongo que se pueden abandonar ambas causas, pero no logro ver cómo podría ayudar eso.

—O tal vez sugiere que deberías volver a Hulburg, dejando que el *Dragón Marino* siga persiguiendo a los piratas de la Luna Negra —intervino Sarth.

—Lo cual podría desactivar las dos catástrofes contra las que te previno Esperus —respondió Hamil—. Ése podría ser, de hecho, el objetivo de ese aviso: elegir una u otra para no ser víctima de ambas.

—Es una locura —murmuró Geran—. Quizá su único propósito fuera ver si puede llevarme a anticipar todo lo que hago y seguirme de cerca, en cuyo caso, él estaría en condiciones de tener éxito. Habría sido mejor que no me hubiera dicho nada. —Hizo un gesto con la cabeza—. En todas las historias que he oído en mi vida que hablaban de augurios, profecías o predicciones, todos los intentos de burlar al destino resultaban indefectiblemente inútiles. ¿Por qué tratar de evitarlo?

—No me pega que seas un fatalista —manifestó Sarth.

—No tengo la intención de rendirme dócilmente ante cualquier desgracia que esté a punto de caernos encima.

Geran suspiró y miró por la ventana. No podía imaginar por qué Esperus se había dignado ponerlo sobre aviso de los peligros que se avecinaban. A decir verdad, hubiera deseado que el Rey de Cobre no tuviera ni la menor idea de quién era. Pero el lich se había interesado por él, fueran cuales fuesen las razones, y en cierto modo Geran dudaba de que Esperus se fuera a tomar la molestia de mentirle o desorientarlo. Eso significaba que él tenía que elegir. Por un lado, su familia y su hacienda estaban en peligro; por el otro, una mujer por la que había sentido un profundo afecto, y a la que incluso había amado, y su inocente hija se enfrentaban a un terrible destino..., y parecía que su traidor primo se le iba a escapar una vez más.

Hamil lo vio luchar con sus pensamientos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —le preguntó.

Geran sopesó sus palabras antes de responder.

—Haré todo lo posible por olvidar lo que Esperus ha dicho, y seguiré adelante tal como pensaba —dijo finalmente—. No sé qué es lo que amenaza a Hulburg, pero sé con certeza el peligro que corren Mirya y Selsha. Y no puedo abandonarlas a su suerte. Y si Hulburg está condenada, haga yo lo que haga, entonces también podría ser que Kamoth y Sergen no sean los que estén detrás de esa caída. Lo que ocurra después de eso, ocurrirá. Tengo que creer que ni siquiera Esperus puede prever todas

las consecuencias.

El ayudante apareció entonces con el desayuno, y Geran se sorprendió al darse cuenta de lo hambriento que estaba. Había estado fuera, en medio del frío y la humedad, la mayor parte del día anterior, y eso siempre lo dejaba con hambre. Cuando terminaron, los tres compañeros volvieron a la cubierta y se encontraron con que el soporte del joven Therdon estaba listo para recibir la brújula estelar. Con todo cuidado, Geran, Sarth y el carpintero colocaron la oscura esfera en su nuevo alojamiento, justo delante del timón.

Finalizada la operación, Geran esperó a ver los agujeros de luz estelar cuya aparición había percibido la noche anterior, pero no ocurrió nada más. Miró a Sarth.

—Creo que ésta es exactamente la forma en que estaba colocado en el *Tiburón de la Luna*. ¿Hemos pasado algo por alto?

Sarth negó con la cabeza.

—No, creo que no —dijo, midiendo las palabras—. El artilugio tiene un encantamiento para llevar al barco hasta el Mar de la Noche, pero ahora es mediodía. Creo que tenemos que esperar a la puesta del sol.

—Exactamente como lo hizo el otro día Kamoth con el *Reina Kraken* —dijo Geran, y al mirar al cielo se estremeció; eso podía explicar por qué el barco corsario no se había elevado por los aires al avistar por primera vez al navío de guerra de Hulburg—. De acuerdo, volveremos a intentarlo al anochecer.

Controló su desconcierto y bajó a su camarote para descansar unas horas. Había estado despierto la mayor parte de las tres noches de navegación, y el tiempo que había pasado inconsciente en el sótano de Sulasspryn no contaba precisamente como sueño.

Poco antes de la puesta de sol, se levantó y subió a la cubierta. Por el norte, en el horizonte se avistaban grises jirones de nubes, y la velocidad del viento empezaba a aumentar nuevamente. Geran había ordenado a Galehand que todos los hombres disponibles estuvieran en cubierta, porque no sabía lo que podría pasar si la brújula funcionaba, y esperó a que se desvaneciesen los últimos tonos anaranjados del día. Luego se volvió hacia Sarth.

—Intentémoslo ahora —dijo.

—No olvides que ésta no es mi especialidad —respondió el hechicero.

Sarth murmuró palabras arcanas y apoyó la mano sobre la superficie de la brújula. Los puntos de luz estelar contenidos en el globo de cristal empezaron a brillar cada vez con mayor intensidad y a arremolinarse lentamente. Geran contuvo el aliento y puso toda su atención en lo que estaba ocurriendo. Pero no pasó nada más. Sarth frunció el entrecejo y probó con un encantamiento diferente. También ése falló. Luego, lo intentó con un tercero, pero el resultado fue el mismo.

—Lo siento —dijo finalmente Sarth—. Debe de haber un encantamiento

específico para manejar el artilugio.

Geran se dio la vuelta y descargó un puñetazo sobre la barandilla del barco.

—¡Maldita sea! —gritó.

¿Que se suponía que tenían que hacer ahora? Había dado por seguro que el manejo de la brújula estelar no presentaría ningún problema, pero parecía que no era así.

—¡Espera! —lo contuvo Hamil—. Olvidé que tenía esto. Intenta el encantamiento desde la carta de Narsk. —Buscó en sus bolsillos y sacó un trozo de papel—. Es un pequeño recuerdo del remojón que nos dimos en el puerto la noche pasada, pero tú aún puedes leer las palabras.

Sarth cogió el papel y examinó el contenido.

—Muy bien —dijo—. Tal vez los Magos Rojos que le entregaron a Narsk la brújula le dieron este encantamiento para activarla. —Puso otra vez la mano sobre la esfera de cristal y leyó en voz alta el contenido del papel mojado—. *¡Jhel ssar khimungon, jhel nurkhme thuul yasst ne mnor!*

Sobre la superficie esférica del artilugio aparecieron unas fantasmagóricas runas blancas. Cerca de la cúspide de la brújula surgió un diminuto punto de luz. Geran pudo sentir que se activaba el poder arcano del artilugio. Un tenue rayo plateado envolvió el puente y los mástiles del *Dragón Marino*, como la luz de la luna apresada en la bruma, y el barco se elevó suavemente sobre las crestas de las olas.

—¡Creo que esta vez está funcionando! —dijo Geran, dirigiéndose a Sarth.

—Tú estás al timón, Geran —respondió Sarth—. La brújula debe de estar respondiéndote.

Geran asintió. Se preguntó cómo se suponía que iba a poner rumbo *hacia arriba*. Después de todo, no había aparato de navegación ni timón que él conociera que fuera capaz de elevar un barco en el aire. Pero él no había visto ningún mecanismo especial en el *Reina Kraken* en el poco tiempo que había estado emparejado con el barco insignia de la Luna Negra, por eso no pensó que se necesitara alguno. El artilugio era mágico; tal vez respondía a la voz o a la voluntad del timonel.

Con un ligero atolondramiento, fijó los ojos en la brújula y dijo en voz alta:

—Asciende lentamente.

Fuera por el sonido de su voz o simplemente por la intención que puso en las palabras, la brújula estelar lo oyó y le respondió. Sus diminutos puntos de luz brillaron con mayor intensidad, y Geran dejó escapar una exclamación de sobresalto cuando una fuerza invisible empezó a empujar el puente sobre el que estaba de pie. De cada lado del casco, el resplandor plateado que llenaba la cubierta se desplegó en dos alas etéreas, aparentemente formadas sólo por polvo de estrellas y luz de luna. Oyó el repentino roce del agua bajo el casco, el soplo del confuso viento en las velas, y el batiburrillo de maldiciones, carraspeos, quejidos y gritos de la tripulación. El

bauprés se elevó hacia el cielo, y el barco despegó del Mar de la Luna en medio de una explosión de finas gotas de agua. Casi de inmediato empezó a deslizarse sobre la brisa, con mucho más trapo suelto en la arboladura ahora que el peso de su casco en el agua no la mantenía en posición vertical. Geran aferró al instante la rueda del timón para virar directamente contra el viento y corregir la peligrosa quilla, y el barco respondió a su orden con facilidad, aunque el timón no tenía agua en la que hacer fuerza.

—¡Estamos volando! —exclamó Hamil con una carcajada de alegría. Se inclinó sobre la barandilla, una de sus manos aferrada a los obenques mientras miraba por la borda.

—Lord Geran, le daré todas las monedas de oro que poseo si nos lleva de nuevo abajo —gritó Ardurth Galehand—. ¡No es propio de un barco comportarse de este modo!

—Nos queda mucho tiempo de vuelo por delante, de modo que también podrías aprender tú —dijo Geran al oficial de derrota—. Lo mantendré en rumbo fijo durante algún tiempo. Que la tripulación nos ponga a medio trapo o menos. No creo que necesitemos mucha vela ahora.

El enano estaba pálido, pero asintió.

—Sí, señor.

Se dio la vuelta y empezó a gritar las órdenes a la tripulación.

Geran observó la brújula y dijo:

—Equilibradlo ahora, y deprisa, mientras avanza —ordenó.

El bauprés se inclinó un poco hacia abajo, y la cubierta se niveló paulatinamente frente a él. Estaban navegando como en un día suave y en calma, pero el Mar de la Luna quedaba a cientos de metros por debajo de la quilla. Comprobó que podía ver a bastante distancia desde aquella altura. Más allá de la ensenada del puerto podía ver los distantes picos de las Montañas Galena, bañados en la luz anaranjada de la puesta de sol que asomaba por encima de un manto de nubes que se cernían sobre las colinas más bajas. Y por la banda de estribor podía divisar las nevadas laderas de las Montañas Espolón del Mundo, que se erguían en las tierras salvajes situadas al sur de Mulmaster, la mejor parte de una zona que abarcaba unos doscientos veinticinco kilómetros, si sus cálculos eran acertados.

—Asombroso —murmuró.

Observó a la tripulación, que se afanaba en recoger velas. Cuando estuvo satisfecho, se dio la vuelta lentamente para volver a recibir el viento de cara. El barco se escoraba, pero mucho menos que al principio; era casi lo mismo que avanzar en medio de un fuerte viento en un barco que surcara las aguas.

—Asciende normalmente —dijo en voz alta.

En esa ocasión, el bauprés se elevó todavía más, y el barco pareció subir

vertiginosamente, como si diera un salto. Una mirada por encima del hombro al Mar de la Luna, que se quedaba allá abajo, convenció a Geran de que en ningún momento había necesitado ordenar al barco que subiese a la velocidad más rápida; en ese instante, se dio cuenta de que sería mejor aferrarse al timón para estar seguro de no ir a parar al balaustre de popa. Se sorprendió al ver pasar por debajo de él un pequeño jirón de nube.

—¿Hasta qué altura podremos llegar? —se preguntó—. El aire se vuelve cada vez más delgado y es cada vez más frío en la cima de las montañas más altas. Si navegamos por las zonas más altas del cielo ¿nos encontraremos con esas mismas condiciones?

—Lo poco que he leído de los viajes por el Mar de la Noche me hace pensar que así será —dijo Sarth—. El éter que rodea la tierra está demasiado enrarecido para poder respirarlo, pero los artefactos como la brújula estelar o los timones mágicos lo compactan alrededor del barco, o eso fue lo que leí. Recomiendo un ascenso prudente, para que podamos dar la vuelta si estoy equivocado.

—Es una sugerencia muy acertada —aceptó Geran.

Volvió a mirar la brújula y vio que los símbolos situados en su ecuador estaban brillando intensamente. El cielo empezaba a oscurecerse sobre sus cabezas, y él pudo divisar las primeras estrellas titilando en el cielo. Símbolos y estrellas...

Sonrió ante su propia estupidez.

—¡Los símbolos de la brújula son constelaciones! —exclamó, dirigiéndose a Sarth y a Hamil—. Fijaos, ésa que tenemos justo enfrente es la constelación de la Espada —informó, señalándola en la esfera de la brújula—. Y mirad hacia dónde apunta nuestra proa; la Espada está elevándose por la derecha frente a nosotros. Y ésa que se ve a su izquierda, debe de ser Fénix.

Sarth se inclinó para examinar la brújula.

—Creo que estás en lo cierto, Geran —asintió—. Las direcciones terrestres seguro que dejan de tener sentido en el Mar de la Noche. Sin norte ni sur, un viajero debe encontrar otro modo de trazar su rumbo. Las constelaciones conservan su lugar en el cielo mientras Toril gira bajo ellas.

El *Dragón Marino* seguía subiendo en medio del crepúsculo. Galehand se asomó por la borda y se retiró rápidamente con cara de mareado.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó a Geran—. ¿Hasta qué altura piensas navegar?

—Es una buena pregunta —respondió Hamil—. ¿Adónde nos dirigimos? Esperaba que resultara obvio una vez que estuviéramos arriba, pero ahora ya no estoy tan seguro. ¡El *Reina Kraken* podría estar en cualquier parte!

Geran le dio vueltas a la pregunta por un momento. Narsk podría haber recibido alguna instrucción de los Magos Rojos en Mulmaster, pero dudaba de que Kamoth les

hubiera confiado la ubicación de su isla secreta. Más bien parecía que le hubiera dicho con antelación a Narsk cómo encontrar su refugio.

—Las cartas de Kamoth —murmuró.

Frunció el entrecejo y las volvió a recordar. En la segunda carta había una extraña frase, algo que él no había entendido en su momento: Neshuldaar, la undécima lágrima.

Centró su atención en la brújula estelar, con sus constelaciones que giraban lentamente y sus brillantes puntos de luz.

—Muéstrame la ruta hacia Neshuldaar —dijo al artilugio.

El diminuto punto de luz de la parte superior de la brújula se movió bruscamente y desapareció. Volvió a aparecer un momento después en un lateral, pero esa vez era una brillante estrella de seis puntas, el símbolo más reluciente de todos los que se veían sobre la esfera de cristal. Geran sonrió y giró con lentitud el timón en esa dirección; la estrella de seis puntas osciló ampliamente, como la aguja de un imán, hasta que se detuvo en el centro del artilugio, y hacia allí fijó Geran el timón. Al parecer el curso elegido los desviaba un poco a la derecha de la Espada.

—Fíjate en eso —dijo Geran a Hamil mientras señalaba la parpadeante estrella—. Hacia allí es adonde nos dirigimos. Neshuldaar, sea lo que sea o dondequiera que esté.

Ahora estaban a mayor altura que los picos de la montaña más alta, y bajo sus pies, el mundo empezaba a pasar del día a la noche. Geran creyó ver las luces de Mulmaster a lo lejos, muy por debajo de la quilla, pero también podía ser cualquier otra ciudad; la velocidad del barco aumentaba a medida que se elevaban, y estaban navegando a mayor velocidad de la que podrían haber conseguido con el viento. El aire se hacía cada vez más delgado y la escarcha chispeaba sobre las cubiertas y los balaustres, pero la predicción de Sarth parecía precisa: las condiciones seguían siendo tolerables, si no particularmente agradables, incluso cuando el resplandor azul de la tierra empezó a dejar paso a la total oscuridad del Mar de la Noche. La tripulación del barco comenzó a sacar a cubierta pesadas capas para todos los marineros.

Geran cedió el timón al timonel de la guardia nocturna después de darle instrucciones muy precisas sobre el manejo del barco. Se subió al balaustre para unirse a Hamil y Sarth, y admirar con ellos el cielo, ahora más brillante y más claro de lo que nunca había imaginado que pudiera ser. Selene y sus Lágrimas parecían brillar tanto como los soles de plata cuando se elevan sobre la ensenada del puerto, y Geran se fijó en que su curso parecía conducirlos rápidamente en dirección a la luna. ¿Sería ése el significado del nombre Luna Negra?, ¿una referencia no al Mar de la Luna, sino a la propia Selene?

Manténían el rumbo hacia el destino indicado en la carta de Narsk, y el mundo quedaba muy lejos debajo de la quilla. Después de varias horas, Geran llegó a la

conclusión de que podrían estar en la mar —por así decirlo— durante uno o dos días de viaje, tal vez más. Ordenó a Andurth que estableciese los turnos de guardia de la navegación normal y una rotación de los timoneles de confianza. Quería que Sarth, Hamil o él mismo estuviesen en el puente en todo momento, precisamente por la posibilidad de que el viaje diese un viraje inesperado. Luego, bajó a su camarote para tomarse un breve descanso.

Cuando Geran regresó al puente después de haber dormido algunas horas, Selene ocupaba la mitad del cielo. La fase de cuarto creciente de la luna plateada brillaba con tal intensidad que la cubierta del *Dragón Marino* estaba casi tan iluminada como si recibiera la luz del crepúsculo en un día claro, a pesar de estar rodeada de oscuros cielos. La mayor parte de la superficie lunar estaba en sombras, pero Geran aún pudo distinguir su cálido contorno grisáceo destacado sobre la negrura del cielo. La luna arrastraba tras de sí una larga y desordenada retahíla de cuerpos menores que avanzaban lentamente a tumbos en la oscuridad estrellada: las Lágrimas de Selene. Desde el mundo de allá abajo eran una corona de gemas que centelleaba al oeste de la luna, pero desde esa nueva posición, Geran podía ver que eran apenas diminutos mundos insulares que formaban un gran archipiélago en el negro cielo.

—La undécima Lágrima —murmuró.

Ni siquiera la maravilla de las torres de cristal de Myth Drannor podía compararse con las maravillas a través de las cuales estaban navegando. Miró hacia atrás para contemplar la gran curva de Toril por abajo y contuvo el aliento. El mundo donde había nacido se veía ahora mucho más lejano que cuando él navegaba por la superficie. Era una esfera verde azulado suspendida en el espacio frente a la blanca y resplandeciente Selene. No tardó en caer en la cuenta de que Toril era mucho mayor que Selene; cuando él estaba en Toril mirando hacia la luna, ésta no era mucho más ancha que tres dedos juntos colocados ante los ojos a la distancia de un brazo, pero ahora que estaba cerca de Selene mirando hacia Toril, no podía ocultarlo completamente ni con las dos manos.

Hacía un frío glacial, y bajó rápidamente a su camarote para echarse sobre los hombros un grueso capote antes de volver a subir al alcázar. Allí se encontró con Hamil al timón, sobre un banco para ver mejor por encima de la rueda.

—¿Qué estás haciendo tú en el timón? —preguntó—. Aún faltan horas para tu turno.

Hamil se encogió de hombros.

—Le pedí a Sarth que me lo cambiara, y aceptó. De todos modos, yo estaba ya en cubierta, contemplado el panorama.

—He visto algunas cosas extrañas y asombrosas en mis viajes, Hamil, pero tengo que admitir que esto es todavía más extraño y asombroso. —Geran movió la cabeza—. Nadie se va a creer ni una palabra de lo que digamos sobre esto cuando volvamos.

Hamil sonrió.

—He estado observando la luna. Ahora se pueden ver montañas y mares. Y si se mira más de cerca, creo que se pueden ver llanuras y bosques.

Geran centró su atención en la superficie de Selene. Estaba marcada por grandes cráteres circulares, como era de esperar. Pero pudo atisbar un distante reflejo de aguas color azul pálido que centelleaban a la luz de la luna en los cráteres más extensos, y las afiladas sombras de imponentes montañas. No estaba seguro de poder divisar algo a lo que decididamente pudiera llamar bosque, pero había manchas verde grisáceo alrededor de la base de las montañas o en las paredes de los cráteres, y algunas franjas sobre las lejanas llanuras.

—Es un mundo autónomo —dijo—. ¿Por qué no habría de tener mares y montañas?

—Eso digo yo, pero ¿por qué es tan blanco? No creo que sea a causa de la nieve ni del hielo. Tal vez sus pastos y arboledas sean de color blanco plateado. O quizá gran parte de él esté cubierto por arena blanca. —Hamil miró a Geran y sonrió—. ¿Sabes? Podríamos acercarnos hasta allí para echar una ojeada cuando acabemos con tu primo.

—¿Por qué no? —respondió Geran.

Observó la esfera de la brújula celeste; la estrella de seis puntas que les servía de guía para marcar el rumbo brillaba intensamente ahora. Se lo hizo notar a Hamil.

—Creo que nos estamos acercando a nuestro destino.

—Bueno, si estás en lo cierto con respecto al símbolo que está mostrando la brújula, entonces el agujero oculto de la Luna Negra debería estar directamente delante de nosotros. ¿Qué hay en esa dirección?

Hamil miró por encima del timón, tratando de ver más allá de la proa del barco. Geran se acercó a la barandilla y sacó medio cuerpo fuera para conseguir una mejor vista de lo que tenían por delante.

Ahora, el rumbo parecía llevarlos a través de la luna, debido a que el bauprés estaba fijo en el centro de las Lágrimas. Podrían estar encaminándose hacia cualquiera de los dos o tres islotes oscuros, pero todavía les quedaba un largo camino.

—Nos mantendremos en este rumbo, pero no perdáis de vista la brújula —dijo en voz alta Geran—. Cuanto más nos acerquemos, tanto más rápidamente podría cambiar nuestro rumbo hacia Neshuldaar, y el indicador podría fallar de repente.

Navegaron durante otra hora o más, pero ahora parecía que se deslizaran sobre la superficie de la luna. Estaban tan por encima de ella que sus montañas eran meras arrugas en su superficie gris y blanca. Geran se preguntó si alguien —o algo— viviría a la sombra de aquellas montañas, y qué verían al mirar hacia su propio cielo. Los cuentos sobre la luna y sus habitantes estaban presentes en las canciones de los niños, pero aquí estaba él, sobrevolándola a una velocidad que resultaría inimaginable. Si

eso era posible, entonces todo lo era. Finalmente, Selene empezó a quedar atrás, y el *Dragón Marino* se deslizó silenciosamente hacia las Lágrimas.

Después de un tiempo, subió para relevar a Hamil al frente del timón. Geran no apartaba la vista de la brújula estelar y la marca de seis puntas parpadeaba intensamente en el centro de la oscura esfera de cristal. A medida que se desplazaba del centro, él giraba el timón para corregirla, manteniendo el rumbo lo más ajustadamente que podía. No pasó mucho tiempo antes de que las Lágrimas brillaran en torno al *Dragón Marino*. Cada una era como una montaña flotante, que iba dando tumbos lentamente a través de las sombras y de la luz plateada. Era imposible calcular con exactitud su tamaño, debido a que no había nada con qué compararlas, pero Geran supuso que las más pequeñas tendrían tal vez unos tres kilómetros de diámetro, mientras que las más grandes andarían por los setenta y cinco o más. La Lágrima que quedaba a proa del *Dragón Marino* tenía todo el aspecto de ser una de las más grandes, y era un cuerpo asimétrico cuya forma le recordaba el pie de un gigante. Podía ver una espesa selva de aspecto terrestre formada por una vegetación púrpura, salpicada con pequeños lagos de color zafiro y envuelta en nieblas plateadas.

—La isla secreta de la Luna Negra —murmuró Hamil—. ¿No es eso?

—Una isla si se la puede llamar así, supongo —dijo Geran, frunciendo el ceño.

No parecía estar en una posición estratégica, pero cuando la estudió con detenimiento pudo comprobar que en total era como tres o cuatro líneas de montañas amontonadas y unidas por la base. Tendría unos setenta y cinco kilómetros, o tal vez más, de una punta a la otra; sin duda, era una isla grande. Buscar al *Reina Kraken* en aquel laberinto de roquedos y bosques brumosos podría ser mucho más difícil de lo que pensaba, incluso suponiendo que no morasen en la zona criaturas peligrosas. Echó otra mirada a la brújula y corrigió el rumbo.

—Desciende suavemente —dijo en voz alta, permitiendo que la proa se inclinase hacia el pequeño mundo de más abajo.

—¡Mira, allí! —exclamó Hamil mientras señalaba por encima de la borda.

Geran pidió a un tripulante que se hiciese cargo del timón y corrió a reunirse con Hamil en la borda. A gran distancia de ellos parpadeaba el resplandor de una fogata a la orilla de uno de los lagos. Geran dirigió hacia allí el catalejo y observó; una extraña fortaleza cuadrada de piedra negra se elevaba sobre un escarpado peñasco asomado al lago. El parpadeo parecía proceder de una almenara que estuviera ardiendo en una de las torres. Pequeñas luces iluminaban un embarcadero en el lago, las almenas del castillo, y una galera de casco negro atracada al muelle.

—Es el *Reina Kraken* —dijo Geran al mismo tiempo que le pasaba el catalejo a Hamil y se erguía.

—¡Maese Andurth! Apague los faroles del barco, y háganos descender hasta aquella colina. Ordene a la tripulación que se pongan las corazas y se preparen para

entrar en combate.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Sarth.

—Primero, me haré con el barco para cortarles la retirada —respondió Geran, y se agarró a la borda mientras miraba fijamente el pequeño castillo a sus pies—. Luego..., luego pienso tomar la fortaleza por asalto. De un modo u otro, la Luna Negra se extinguirá esta noche.

VEINTICUATRO

17 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

La segunda vez que Kamoth Kastelmar visitó a Mirya en su celda, ella supo que tenía que escapar o morir en el intento.

El lord pirata se había pasado el segundo día de su encarcelamiento para comprobar en qué condiciones se encontraba todo, o eso dijo. Pero no había hecho otra cosa que hablar de asuntos rutinarios como las ropas de la cama, el agua potable y la calidad de las comidas, tampoco había apartado la vista de Mirya a través de los barrotes, con una fría sonrisa disimulada bajo la barba. Unas horas después, había venido una esclava de semblante adusto con un brazado de vestidos nuevos para ella y le había pedido que se sacara la ropa que llevaba hacía varios días con el fin de que pudiera lavarla. A Mirya no la hacía muy feliz desnudarse en su celda, pero no había hombres a la vista, y su vestido necesitaba urgentemente un lavado. Aceptó, pero se encontró con que su nuevo vestido era algo más que un poco escandaloso para las costumbres de Hulburg. En sustitución de su recatado vestido de lana azul, cerrado del cuello a los pies y de mangas largas, había recibido un vaporoso vestido de seda carmesí, de amplio escote y mangas transparentes. Por lo menos, Selsha iba vestida decentemente; la esclava le había traído una pequeña túnica de esclava y un blusón que Mirya logró ajustarlo con un par de estratégicas alforzas y nudos.

Al día siguiente por la tarde, Kamoth se acercó a la celda por segunda vez. Se inclinó sobre los barrotes de la celda y sonrió abiertamente.

—Muy bien, señora Erstenwold, tal vez haya sido un descortesía por mi parte el haberte dicho ayer que alcanzarías un mejor precio en los mercados de Chessenta si aún no hubieses cumplido los veinte —dijo—. Hoy ha aumentado considerablemente tu precio. Tienes un magnífico aspecto; claro que lo tienes. Por lo cual, es una vergüenza dejarte encerrada en una de mis celdas. En el castillo hay un alojamiento mucho mejor para ti.

Mirya se estremeció, pero se mantuvo firme, con los brazos cruzados sobre el pecho. Casi era el único modo en que se sentía decentemente cubierta.

—No quiero causar molestias —respondió—. Tenemos suficientes comodidades aquí, a menos que quieras negociar nuestra liberación.

—Ya te lo he dicho antes, señora Erstenwold: tu dinero y tus propiedades no me sirven de mucho aquí. —La estudió concienzudamente, y sus negros ojos brillaron en la oscuridad a la luz de la antorcha—. Pero quizá podrían hacerse otros arreglos.

Mirya enrojeció y tuvo que respirar hondo para calmarse.

—Estoy segura de que no te faltan mujeres, lord Kamoth. Es difícil que necesites... mi compañía.

Karmoth se encogió de hombros.

—Puede ser que así sea, querida, pero no veo con qué otra cosa puedes negociar. Además, te has vuelto muy modesta. Me gustan las mujeres altas y delgadas, y admiro tu valentía. Es seguro que la admiro.

Mirya estaba a punto de contestar; tenía en mente la idea de pedirle al lord pirata que fuese amable con Selsha, ya que no lo iba a ser con ella, pero se detuvo. Lo último que deseaba en el mundo era recordarle a Kamoth que su hija estaba también en su poder. No podía hacer nada para proteger a Selsha, y eso era todo lo que había. En lugar de eso le dijo:

—Geran Hulmaster me estará buscando. Déjame marchar y no lucharé contigo.

El lord pirata respondió con una sonora carcajada. Mirya frunció el ceño, preguntándose qué novedad sabría él que ella ignoraba. Cuando se calló, se pasó una mano por la cara y meneó la cabeza.

—Es muy improbable que Geran Hulmaster haya olvidado su enfrentamiento conmigo a esta altura de los hechos, querida. Pero será bien recibido si viene a buscarte. Pasará mucho tiempo antes de que llegue a combatir ante nuestras murallas. ¡Mucho tiempo, sin lugar a dudas!

—¿Por qué? —preguntó Mirya—. ¿Dónde estamos?

Kamoth se volvió a reír, y dándose la vuelta hacia los guardias que lo flanqueaban, les dijo:

—Haced que bañen a la señora Erstenwold y que esta noche la traigan a mis habitaciones. Y a la niña llevadla a la casa común. Y no hay por qué maltratarla, ya que es una agradable compañía para la señora Erstenwold; de modo que la servidumbre del castillo se hará cargo de la pequeña Selsha. ¿Lo habéis entendido?

—¡No la apartes de mí! —se opuso Mirya, que se aferró a los barrotes de la puerta, pero Kamoth ya se iba—. ¡Por favor! ¡Deja que Selsha se quede conmigo!

El lord pirata se detuvo para mirarla por encima del hombro.

—Bueno, bueno, no me hagas una escena. Detesto las escenas, señora Erstenwold.

Y siguió andando pasillo adelante hasta quedar fuera de la vista. Los guardias lanzaron una lasciva mirada a Mirya y se fueron tras su señor.

Selsha se abrazó a la cintura de Mirya.

—Quiero quedarme contigo, mamá. ¡No quiero estar sola aquí!

Mirya apretó a su hija contra su cuerpo.

—Lo sé, querida, yo también tengo miedo.

Si no había más remedio, tendría que tratar de ser una compañía agradable para Kamoth..., pero sospechaba que Kamoth era el tipo de hombre que se cansaba rápidamente de sus juguetes. Ella le interesaba ahora porque lo miraba de frente y se negaba a demostrar lo aterrorizada que estaba. Eso no duraría mucho tiempo una vez

que se hubiera entregado a él. Se desharía de ella muy pronto, y entonces, ¿qué sería de Selsha? No podía dejar sola a su hija en un lugar como ése. Sencillamente no podía.

—Si no hay más remedio... —murmuró.

Selsha la miró.

—¿Qué has dicho?

—Ya no podemos esperar más a Geran. Tenemos que escapar de aquí por nuestros propios medios, y éste es el momento de intentarlo. De lo contrario, los piratas nos separarán y no tendré la valentía de hacerlo.

Selsha asintió.

—¿Cómo podemos escapar?

Mirya sonrió.

—Bueno, he estado pensando y tengo una idea para conseguirlo. Creo que podrías pasar por entre los barrotes si yo te ayudo un poco.

—¿Y que pasará contigo, mamá?

—Necesitaré un poco más de ayuda.

Mirya se arrodilló para acercar más su cara a la de Selsha.

—Cuando estés fuera de la celda, tienes que dirigirte a uno de los almacenes del corredor por el que hemos pasado, buscar un buen trozo de cuerda o una cadena, y traérmelos.

—No creo que pueda... —dijo Selsha en voz muy baja.

—Querida, tienes que poder porque de lo contrario seguiremos en poder de estos hombres malvados para el resto de nuestra vida. —Mirya acarició con su mano la cara de Selsha—. Sé que lo harás. Eres la niña más valiente y más inteligente que he conocido jamás. Ahora veamos si te puedes colar entre los barrotes.

Mirya se puso de pie y examinó atentamente los barrotes de la celda. Los había estudiado cuidadosamente en los dos últimos días; después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer para estar ocupada, además de entretener a Selsha y mantener la calma? Los barrotes eran de hierro y tenían unos tres centímetros de espesor, estaban firmemente anclados en el techo y en el suelo, y reforzados por dos barras horizontales para asegurarlos: una a la mitad de sus muslos, y la otra a la altura de sus hombros.

—Ven aquí y trata de meter la cabeza entre los barrotes —indicó a Selsha—. ¡Con cuidado, ahora!

Selsha se arrodilló y apoyó la cabeza contra los barrotes. La cosa estaría muy ajustada. Mirya observó cuidadosamente cuánto más necesitaría.

—Está bien —respiró hondo—. Selsha, quiero que te desvistas y te quedes sólo con la ropa interior y utilices el cubo del agua y el jabón para enjabonarte de pies a cabeza. Sobre todo, enjabona bien la cabeza y el pelo. Trataré de ensanchar esto un

poco.

Apoyó un pie contra un barrote, aferró fuertemente el barrote contrario, respiró hondo varias veces y puso todas sus fuerzas en arquear el barrote, aunque sólo fuera un poquito. Tiró hasta que no pudo más, y de sus labios entreabiertos se escapó un resoplido que puso fin al esfuerzo. Luego cambió de posición e hizo lo mismo con el barrote opuesto, tirando en la otra dirección.

—Estoy lista, mamá —susurró Selsha, que sonrió a Mirya con la cabeza llena de espuma de jabón. La perspectiva de una aventura había levantado el ánimo de las dos mujeres.

Mirya se puso de pie y examinó los barrotes. No había logrado gran cosa, pero tal vez fuera suficiente.

—¿Estás toda enjabonada? Bien. Ahora ven aquí, y probemos a ver si puedes colarte. Empieza por la cabeza; si pasa la cabeza, el resto irá detrás.

Se apartó para dejar sitio a Selsha. La niña se apretó contra los barrotes en el punto en que Mirya había tratado de ensanchar el hueco. Durante largo rato lo intentó en vano, y Mirya se desesperó. Era el único plan capaz de funcionar, y los barrotes eran demasiado gruesos para sus fuerzas. Pero entonces, con un agudo grito, Selsha logró pasarla cabeza del otro lado.

—¡Estoy atascada! —gimió.

—¡No, no lo estás! —la tranquilizó Mirya—. ¡Conseguirás colarte!

Ella la ayudó a girar los hombros y empujó todo lo fuerte que se atrevió. Selsha se volvió a atascar a la altura del pecho, pero Mirya la hizo echar todo el aire que pudo, y en un último esfuerzo Selsha acabó en el suelo del corredor.

—¡Lo he conseguido! —exclamó la niña. Y se puso a bailar.

Mirya, pese a lo desesperado del momento, sonrió al ver a su hija desparramando espuma por el suelo.

—¡Pero ahora tengo jabón en los ojos!

—¡Lo siento Selsha, pero piensa en que ya estás fuera! —respondió Mirya y le pasó su ropa por entre los barrotes—. Aquí tienes. Vístete rápidamente, y luego date prisa. Cuánto más tiempo tardemos, más probabilidades hay de que nos sorprendan. Hay un almacén unos pasos más abajo, en este mismo pasillo. Necesito una cuerda, una cadena, algo de ese tipo. —Esbozó una sonrisa—. O la llave de la celda, si la ves colgada por ahí.

Selsha se metió por la cabeza la humilde túnica de doncella y corrió pasillo adelante. Mirya apretó la cara contra los barrotes, tratando de ver hacia dónde iba. El miedo que sentía por su hija hacía que el corazón golpease fuerte contra su pecho, pero ésa era la mejor oportunidad que se le ocurría. Se había resignado conscientemente a soportar la espera con toda la calma de que era capaz, pero Selsha volvió a toda prisa momentos después en compañía del tintineo de las cadenas.

—¿Qué tal esto, mamá? —dijo, y mostró a Mirya un par de juegos de gruesos grilletes—. ¿Podría funcionar?

Mirya asintió con la cabeza.

—Deberían. Vamos a verlo.

Cogió el primer par de grilletes, cerró los puños alrededor de una de las barras horizontales de la celda, y luego envolvió la cadena en la barra horizontal de más arriba. Se lanzó sobre uno de los camastros, lo volcó de lado y le arrancó una pata. Luego metió el listón de madera en el lazo de la cadena y empezó a retorcerlo. Lentamente, consiguió estirar hacia arriba la barra transversal. Cuando le pareció que había cedido todo lo posible, cambió los grilletes a uno de los barrotes que ya había conseguido arquear y envolvió la cadena alrededor de otro barrote. Repitiendo el esfuerzo anterior, retorció otra vez la cadena y, al fin, logró ampliar la imperceptible brecha que había conseguido antes. Tuvo que poner en ello todas sus fuerzas, y ya había resbalado varias veces y se había despellejado los nudillos contra los barrotes más de una vez. Pero ahora uno de ellos se desplazó varios centímetros.

—¡Lo estás consiguiendo, mamá! —la animó Selsha.

Rápidamente, Mirya pasó la cadena al barrote contrario y otra vez retorció el lazo de la cadena con la pata del camastro. Lo dobló hasta que le pareció suficiente. Coló la cabeza por la abertura y luego un hombro, al que siguió lentamente el resto del cuerpo. Dejaba atrás la celda, pero no sin magulladuras y despellejamientos. Finalmente, se encontró en el corredor; le temblaban los brazos y las piernas a causa de la fatiga.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Selsha.

—Dejar atrás este horrible lugar, y cuanto antes —respondió Mirya.

Con suerte, pasaría una hora o dos antes de que se dieran cuenta de su fuga. La mejor opción sería robar una pequeña barca de los muelles, pero parecía poco probable que pudiera hacerlo justo bajo la atenta mirada de los piratas. Tal vez lo preferible fuera abandonar los alrededores del castillo a toda prisa y permanecer cerca de la costa con la esperanza de encontrarse con mercaderes comprensivos o de poder llegar a un puerto donde pudiera arreglar su pasaje. En cualquier caso, cuanto más tiempo tardara en decidirse, menos probabilidades tendría de que la fuga terminase con éxito. Lo prioritario ahora era salir de las mazmorras del castillo.

—Ven, probemos por aquí —dijo.

Dio la mano a su hija y la condujo por el corredor a la izquierda. No era por donde las habían traído, pero a Mirya no le agradaba la idea de volver por el camino que conducía hasta el muelle en el que estaba atracado el *Reina Kraken*. Por lo menos, una de las puertas estaba custodiada, los muelles donde habían amarrado el barco serían un hervidero de piratas, y bajo algunas de aquellas pasarelas había monstruos. La mejor opción era buscar otro camino para salir de la fortaleza.

Avanzaron con mucha cautela por el corredor, dejando atrás varias celdas —la mayoría desocupadas— y algunos almacenes. En varias ocasiones, Mirya arrastró rápidamente a Selsha hacia la oscuridad, escondiéndose mientras pasaban algunos piratas de la Luna Negra o sus sirvientes en los cruces de los pasillos. Una vez tuvieron que meterse en un almacén y ocultarse tras unos grandes barriles de carne en salazón cuando una pareja de piratas vino directamente hacia ellas por un corredor. Por el momento, las acompañaba la suerte; los hombres pasaron de largo sin verlas.

Dos o tres salas más allá de la celda que acababan de abandonar, Mirya encontró una pequeña escalera de servicio que conducía hacia una planta superior. Prestó atención por si se oía algún ruido que anunciara la presencia de alguien que las estuviera esperando y, acto seguido, le hizo una señal con la cabeza a Selsha.

—Sube por esa escalera como si fueras un gato —le susurró.

Selsha asintió, y juntas subieron por la escalera.

Pasaron por un piso en el que se veía mucho trasiego para el gusto de Mirya —se podía oír el ruido de la cocina en plena faena y una serie de murmullos de voces que venían de aquella dirección— y decidió subir una planta más. Con la esperanza de que no se tratara de la parte del castillo donde Karmoth esperaba que se la llevaran unas horas más tarde, Mirya condujo a Selsha hasta un pasillo con puertas a ambos lados que conducían a lo que parecían dormitorios comunes o apartamentos privados. Al final del corredor se veía una robusta puerta reforzada con tirantes de hierro; supuso que podría conducir al exterior y decidió arriesgarse a echar una rápida ojeada para ponerse al tanto de su funcionamiento. Mirya abrió la puerta todo lo silenciosamente que pudo y salió a un oscuro terraplén al aire libre.

Dio tres pasos hacia las murallas, y luego se quedó quieta mientras escrutaba el cielo. Era de noche, pero era una noche iluminada por las estrellas. Saltando por el oscuro cielo, una docena o más de pequeñas lunas formaban una escalera celeste de plata y sombras que conducía a Selene, pero en ese lugar la luna llenaba casi la mitad del cielo; era una presencia titánica, que la dejó paralizada y sin palabras unos instantes. El castillo sobre cuyas murallas se hallaba estaba construido encima de una colina escalonada a la orilla de un lago de asombrosas aguas color zafiro, desde la que se contemplaba una enorme masa arbórea o selva de plantas fantásticas en tonos que iban del escarlata al púrpura. En el aire flotaba una bruma plateada, que se aferraba a la ladera de la colina a modo de ondas intangibles que se movían lentamente sin que hubiera brisa alguna que las empujara.

—Por la Madre Negra —musitó—, ¿dónde estamos?

Selsha apretó fuertemente su mano.

—¡Ooooh! —dijo en voz baja—. ¡Mira qué luna, mamá! ¡Y qué estrellas! Estamos en el Mar de la Noche, ¿verdad? ¡No creía que nadie viviera aquí!

—Yo..., yo no sabría decirte.

Mirya sacudió la cabeza y trató de controlar el obnubilante terror que le producían aquellas circunstancias. Era evidente que ya no estaban en Faerun. De hecho, dudaba de que estuvieran en algún lugar del mundo. No podía existir un cielo como ése en Toril. O bien estaban en algún otro plano, o —tal como lo sugería la cercana cara de la blanca Selene— estaban en alguna islita de cualquier luna negra, en medio del Mar de la Noche. Mirya había oído las historias de puertas mágicas y de barcos que navegaban por el cielo, pero nunca les había prestado atención. Hacía mucho que había aprendido a no malgastar su tiempo con tonterías y sueños. Pese a todo, ahí estaban ella y Selsha, al parecer en medio de algún sueño disparatado, y ella no podía imaginarse siquiera cómo podrían volver a ver alguna vez su casita de Hulburg.

Se preguntó si todavía tendrían tiempo de volver a la celda antes de que se notara su falta. ¿A qué otra parte podían ir? Incluso aunque encontraran algún lugar en la selva donde poder esconderse de los piratas y de sus monstruos, no podrían volver a su casa. Y, además, a Mirya no le agradaba la visión del bosque escarlata. Sólo la Señora Oscura sabría el tipo de feroces bestias lunares que podrían estar acechando en las sombras. Tal vez podrían encontrar algún lugar donde esconderse dentro del propio castillo, algún almacén olvidado o una torre fuera de uso donde pudieran evitar a Kamoth, hasta que ella pudiera conocer más cosas acerca de la Luna Negra y de sus secretos.

De pronto, Selsha le apretó la mano.

—¡Mamá! —susurró.

También Mirya lo oyó. Era la aguda voz sibilante de uno de los monstruos arácnidos, y momentos después, la voz de otro. Las criaturas venían hacia ellas. Sin dudarle un instante, se dio la vuelta y se escurrió hacia la puerta que conducía a las murallas; arrastraba a Selsha fuertemente cogida de la mano. Forcejeó para abrirla. En el vano de la otra puerta se dejaron ver dos neogi, seguidos de un descomunal sirviente monstruo que avanzaba arrastrando los pies.

Los pequeños monstruos chillaron como si fueran teteras que hirvieran a todo vapor.

—¡Vosotros humanos! —gritó uno—. ¡Alto ahí!

Mirya consiguió abrir la puerta y empujó a Selsha al interior. El pasadizo que tenían delante descendía un tramo de escaleras, y seguía. Entonces, ella sintió algo, una torva voluntad que empezaba a atenazar su mente con invisibles garras, pero antes de que pudiera rodearla con su siniestro abrazo, Mirya se escurrió por la puerta y la cerró de un portazo tras de sí. Estaba provista de un pesado perno, y lo encajó en su hueco en el instante mismo en que las garras de un neogi arañaban la puerta. Selsha gimoteaba, pero Mirya cogió su mano con fuerza y ambas volaron escaleras abajo.

Esa parte de la fortaleza estaba alumbrada sólo por una luz muy débil proyectada

por pequeñas esferas de cristal llenas de un líquido extraño y lechoso que irradiaba una luz verdosa. Había tenido que buscar a tientas el camino hacia las escaleras, apoyándose en las paredes. Mirya supuso que a los neogi les gustaba aquel camino, y se estremeció. Lo último que deseaba era tropezar en la oscuridad con nuevos horrores arácnidos.

Sacó uno de las pequeñas esferas de la pared, y notó que resultaba fría al tacto.

—Levanta mi vestido —pidió en voz baja a Selsha, y ambas siguieron avanzando por el corredor.

—Sí, mamá —susurró Selsha, y alzó por el dobladillo el fino vestido de Mirya.

Mirya se fue abriendo camino en la oscuridad, hasta que llegaron a un amplio vestíbulo o cuarto de guardia. Cerca había una puerta, y al lado, un par de estrechas troneras abiertas en la piedra. Miró hacia fuera desde una y comprobó que estaba mirando a través de una saetera que protegía una puerta trasera del castillo que daba al exterior. La siniestra selva se extendía hasta la mismísima base del edificio. Entonces, eligió uno de los otros pasillos y avanzó cautelosamente hasta las profundidades de la fortaleza, con la esperanza de poder pasar a través de algo que pudiera resultar ventajoso para ellas, por ejemplo, un buen lugar para esconderse, un esclavo que estuviera dispuesto a ayudarlas, o tal vez provisiones y un arma para que pudieran enfrentarse a la selva que las rodeaba. Llegó a un punto donde se cruzaban varios corredores, y se detuvo para decidir el siguiente paso. Lo último que deseaba era acabar irremediabilmente perdida en aquel lugar.

Del corredor que tenía enfrente provenía un ruido de garras chocando con la piedra y el maldito siseo de los neogi hablando en su lengua. Por un instante, se quedó paralizada.

—¡Escóndete! —le susurró a Selsha, empujándola hacia uno de los pasillos.

Mirya fue detrás de su hija, pero se dio cuenta de que la esfera brillante las acabaría delatando. Rápidamente retrocedió hasta el cruce y echó a rodar la luz hacia uno de los otros corredores, y acto seguido aparecieron los neogi. Ella se refugió en la oscuridad de otro corredor y rezó para que las criaturas no la hubieran visto.

Algunos de los monstruos hablaron entre sí, deteniéndose por un instante en el cruce. Luego continuaron su camino, que era justamente el que conducía a la sala que había elegido Selsha para esconderse. Detrás de las pequeñas criaturas arácnidas avanzaba otro de los enormes monstruos con aspecto de simio, y Mirya a punto estuvo de descubrirse por abandonar la zona de sombra antes de tiempo. Esperó un momento a que pasaran las criaturas, y luego se deslizó fuera de su escondite. El corazón parecía salirse del pecho mientras seguía de cerca a los neogi y a su gigante. Selsha debía de haber corrido pasillo adelante. Mirya rezó porque su hija hubiera tenido la calma suficiente como para buscar un corredor lateral en el que escabullirse, o una pequeña habitación en la que podría haber encontrado un

escondite para dejar que los monstruos pasasen de largo. Selsha era una niña pequeña, y sabía esconderse bien..., pero los monstruos del castillo de la luna le inspiraban terror. Lo más probable era que hubiese seguido corriendo cegada por el pánico, en cuyo caso no había forma de saber en qué esquina habría doblado.

Mirya desembocó en una amplia sala abierta y comprobó que habían vuelto a la habitación por la puerta posterior. El grupo de monstruos que seguía dobló una esquina y desapareció por otro de los corredores, y Mirya se aventuró con cautela en la habitación que tenía detrás. Selsha podría haber huido por cualquiera de los corredores que partían de esa sala. Mirya dio vueltas en círculo con la esperanza de encontrar algún indicio del camino que podría haber tomado su hija. Escuchó atentamente unos instantes, pero todo lo que pudo oír fueron los pesados pasos de los neogi que se alejaban. Luego comprobó que la puerta de atrás permanecía abierta un par de palmos.

—¡Oh, no! —exclamó con agitación.

Corrió hacia la puerta y miró hacia afuera.

Sobre el desembarcadero de piedra se veía un zapato de Selsha, en el rellano de una corta escalera que conducía a un diminuto claro a los pies del castillo.

Cerró los ojos, muerta de miedo. Selsha estaba allí fuera, en algún lugar de aquella selva, con sus plantas monstruosas y sus desconocidos peligros.

Así pues, no había elección. Mirya cerró rápidamente la puerta del castillo con la esperanza de que sus perseguidores supusieran que se había perdido en alguno de los corredores. Luego, recogió del zapato de Selsha y echó a correr por el sendero lleno de maleza que conducía a la selva envuelta en nieblas de la luna negra.

VEINTICINCO

17 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

El *Dragón Marino* descendió desde los cielos negros de la luna como un halcón, abalanzándose sobre su presa. La brújula estelar brillaba con una luz plateada en la parte delantera del timón, mientras sus extraños símbolos giraban a gran velocidad por lo precipitado del descenso. Geran estaba al timón, con una sonrisa feroz en los labios, sintiendo cómo las velas se hinchaban con los extraños vientos de la oscura luna y cómo la cubierta temblaba por el rápido descenso de las zapatas de hierro. No tenía ni idea de lo que lo esperaba bajo las almenas del bastión de ébano, pero pretendía enfrentarse a ello con el más fino acero élfico en la mano y conjuros destructivos en su espada. Pasara lo que pasase, le daría una o dos lecciones a la Luna Negra sobre eso de acosar a Hulburg..., y si Sergen se encontraba en algún lugar de la oscura fortaleza, no escaparía una segunda vez a la ira de Geran.

—¡Lord Geran! ¡Descendemos demasiado deprisa! —le gritó al oído Andurth Galehand.

El bauprés señalaba directamente hacia el centro de la cubierta del *Reina Kraken*, amarrado a su embarcadero, bajo las negras almenas, y el *Dragón Marino* se lanzaba al encuentro del barco pirata con tal velocidad que a Geran le dio un vuelco el estómago.

—¡Aminora la velocidad de aproximación, te lo ruego!

—¡La velocidad y el factor sorpresa son nuestras mejores armas! —contestó Geran.

Pudo ver cómo la tripulación del barco pirata se dirigía apresurada y desesperadamente a sus puestos, incluso mientras otros salían en tropel por las puertas de la fortaleza o corrían a situarse en lo alto de las almenas. El *Dragón Marino* había descendido tanto que parecía navegar a través de los cielos de aquel extraño y pequeño mundo en vez de pasar rozando la vacía negrura del Mar de la Noche. La fortaleza pirata se erguía sobre una escarpada colina que dominaba el lago; alrededor de éste y por toda la orilla se agrupaban extraños árboles y gruesas enredaderas que trazaban espirales en múltiples tonos de rojo, violeta y azul. Una extraña niebla plateada, fría y húmeda, parecía cubrirlo todo, y algunos jirones de nubes borboteaban por las faldas de las colinas que rodeaban el lago.

—Hay ruinas en la selva —dijo Hamil.

El halfling señaló hacia la orilla más cercana de aquel lago azul brillante. Geran vislumbró los restos de algunas torres de piedra negra, medio escondidas en los valles cercanos a la orilla.

—¿Crees que la Luna Negra tiene aliados en las proximidades?

—No lo sé, pero cuanto antes tomemos el barco y nos introduzcamos en la fortaleza, menos probabilidades hay de que alguien pueda interferir. —Geran miró brevemente a Hamil—. Como ya he dicho..., velocidad y factor sorpresa.

Volvió la vista nuevamente hacia el *Reina Kraken* y se dio cuenta de que realmente se acercaban a demasiada velocidad.

—¡Aminorad la velocidad de descenso! —dijo en voz alta.

El barco respondió, elevó un poco la proa y se estabilizó. La compañía del *Dragón Marino* —casi setenta guardias del Escudo y mercenarios veteranos de las compañías mercantiles, además de casi cuarenta marineros que estaban dispuestos a pelear— se agolpaba a lo largo de las barandillas. Los hombres estaban armados y dispuestos a presentar batalla a los piratas de la Luna Negra.

—¡Garfios preparados! —le dijo a la tripulación—. ¡Arqueros, fuego a discreción!

La tripulación entonó un coro de gritos de guerra y exclamaciones de desafío. Las cuerdas de los arcos vibraron, cantarinas, y las ballestas emitieron un sonido brusco y seco antes de barrer la cubierta del barco pirata que tenían debajo. Sarth acabó con un grupo de piratas que trataba de cargar una de las catapultas del *Reina Kraken* con una bola crepitante de rayos verdes. Geran mantuvo el rumbo todo lo que pudo antes de girar bruscamente el timón en el último momento para subir la proa y bajar la popa.

—¡Listos para arriar las velas! —exclamó—. ¡Preparaos para el impacto!

El barco viró sin control antes de aterrizar en las aguas color zafiro del lago lunar y levantar agua en todas las direcciones. A pesar de la advertencia de Geran, la mitad de los hombres que estaban en cubierta fueron derribados... Pero entonces el *Dragón Marino* avanzó bajo las aguas, emergiendo precisamente junto a su presa por el lado de proa. Los hulburgueses se incorporaron de un salto, y los marineros de cubierta subieron en tropel para ayudar a bajar las velas del navío de guerra mientras Geran hacía girar el timón hacia el otro lado para alinear la proa del barco con la del *Reina Kraken*. Los encargados de lanzar los garfios hicieron lo propio. El barco hulburgués se paró en seco, enganchado a la galera de la Luna Negra.

—¡Por el lateral! —exclamó Andurth Galehand.

Fue innecesario, ya que la compañía del *Dragón Marino* ya acudía en tropel al abordaje del *Reina Kraken*. Hamil saltó a la borda, se agarró a un cabo suelto y se columpió hacia la toldilla del barco pirata. Geran lo siguió un instante después mediante un conjuro de teletransportación, salvando la distancia con un único y valiente paso. Inmediatamente se encontró en medio de una lucha encarnizada junto al tercer mástil de popa del *Reina Kraken*.

Una multitud de piratas, procedentes de cada escotilla y escala imaginables, acudieron en tropel a cubierta, desesperados por repeler el ataque.

—¡*Arvan sannoghan!* —gritó Geran.

Las palabras místicas cubrieron de llamas el filo de la espada. Se lanzó contra los piratas, dando estocadas que dejaban a su paso amplios arcos trazados con la fina estela de fuego. Rajó a un hombre desde el hombro hasta la cadera con un corte abrasador, decapitó a un goblin que avanzaba a rastras por su flanco derecho y empujó a otro hombre hacia la cubierta con la fuerza de su ataque antes de rematarlo con una estocada en el abdomen. Hamil luchaba junto a él, con una daga en cada mano, cubriéndole las espaldas o saliendo disparado para eliminar a algún enemigo desprevenido. Sarth estaba junto al mástil principal del *Reina Kraken*; abrasaba enemigos con bolas de fuego provenientes de su cetro de runas, o los lanzaba por la borda con palabras de poder arcano.

—¡Los tenemos! —exclamó Hamil.

—¡Creo que tienes razón! —respondió Geran.

La súbita aparición del *Dragón Marino* realmente había cogido a los piratas por sorpresa; muchos de ellos estaban dentro de la fortaleza, lo cual dejaba tan sólo a media tripulación en el barco pirata. Los piratas que se encontraban cerca para defender el barco estaban mal organizados y apenas tenían armas. Algunos llevaban petos de cuero, mientras que otros ni siquiera disponían de armadura, y muchos luchaban con hachas de carpintero, cabillas de maniobra o dagas. Por el contrario, los miembros de la Guardia del Escudo y los combatientes de las compañías mercantiles iban con cota de malla, espadas y escudos. Además, los hulburgueses tenían ganas de pelea. Con los conjuros destructivos de Sarth y la magia de la espada de Geran a la cabeza, sus filas disciplinadas barrieron la cubierta del *Reina Kraken* e hicieron pedazos a los piratas.

Geran se dio cuenta de que no tenía enemigos cerca, y se detuvo para evaluar la batalla. Los combatientes del *Dragón Marino* controlaban el *Reina Kraken...*, por el momento. Pero por la puerta de la fortaleza salían atropelladamente más piratas, apresurándose para incorporarse a la batalla. Otros tomaron posiciones en las almenas que daban a los muelles, refugiándose tras ellas mientras disparaban a los invasores con sus ballestas. Un combatiente de la Casa Jannarsk que estaba cerca gritó de dolor y cayó a cubierta, cubriendo con las manos un virote que tenía clavado en la cara, y un guardia del Escudo gruñó mientras se tambaleaba hacia atrás cuando uno de los piratas le atravesó el escudo de un puñetazo y le dejó paralizado el brazo que tenía debajo. A continuación, los piratas de la fortaleza subieron en tropel a bordo del *Reina Kraken*, procedentes del muelle.

—Me precipité al decirlo... ¡Ahí vienen! —dijo Hamil.

Se agachó tras la regala y enfundó las dagas, descolgándose el arco corto del hombro. Después, se levantó rápidamente y disparó una flecha hacia las almenas que daban al muelle. Un arquero de la Luna Negra gritó y cayó desde la muralla.

—Hubieran hecho mejor en atrincherarse dentro de la fortaleza —dijo Geran, que

se agachó junto a la regala y trató de evaluar hasta qué punto los refuerzos piratas habían cambiado el curso de la batalla. Por ahora los hulburgueses resistían—. ¿No tenemos ninguna arma de asedio?

—No pueden permitir que les quitemos el barco. Es el único modo que tienen de volver a Faerun.

Geran se dio cuenta de que Hamil tenía razón; los piratas debían retomar el barco si no querían correr el riesgo de que los hulburgueses se alejaran con él y los dejaran abandonados en su fortaleza lunar. De repente, tuvo un arranque de inspiración y echó un vistazo a la cubierta de popa del barco pirata. La brújula estelar del *Reina Kraken* estaba sobre un soporte cubierto justo enfrente del puesto de mando. Se parecía mucho a la del *Tiburón de la Luna*, aunque era de un tono violeta más intenso. Cogió un hacha de abordaje de manos de un pirata muerto y rompió el marco del aparato con varios golpes contundentes. A continuación, sacó el orbe.

—Esto debería bastar. Por ahora el *Reina Kraken* no va a ir a ningún sitio.

Hamil enarcó una ceja.

—¿Estás robando la brújula mágica de Kamoth?

—No veo por qué debería tener una. Si la lucha se vuelve en nuestra contra, podemos retirarnos y se quedarán aquí atrapados para siempre.

La brújula estelar también podría convertirse en un valioso objeto con el que negociar si a Kamoth se le ocurría ponerle un cuchillo al cuello a Mirya. No podía estar seguro, pero se veía obligado a creer que el señor pirata liberaría a sus rehenes a cambio de volver a tener el artificio. Geran le tendió el orbe a Hamil.

—Toma, llévate esto al *Dragón Marino* y guárdalo en lugar seguro. Podría resultarnos muy útil. Veré qué puedo hacer para salir de este punto muerto.

—Hecho —dijo Hamil.

Se metió la esfera bajo el brazo y avanzó rápidamente, buscando un buen sitio para cruzar de vuelta al buque de guerra hulburgués.

Geran volvió a prestar atención a la batalla. Un virote de ballesta rebotó gracias a los conjuros protectores invisibles que lo envolvían y salió dando vueltas por los aires. La batalla se había vuelto más encarnizada mientras sabotaba la brújula mágica del barco: varias decenas de piratas convertidos en una turba aullante trataban por todos los medios de recuperar el navío. El *Reina Kraken* estaba en manos de los hulburgueses, pero la lucha se había trasladado al muelle que estaba entre la fortaleza y el barco atracado. En ese instante, el ataque del *Dragón Marino* estaba estancado. Por el momento parecían estar a la par en cuanto a número de tropas, y si los hulburgueses contaban con la ventaja que les proporcionaban las armaduras y la disciplina, a los piratas los asistía el hecho de contar con la fortaleza y la pura desesperación que los quemaba por dentro. Entonces, vio la figura que encabezaba el contraataque de los piratas, un hombre con barba vestido con una armadura escarlata

que parecía hecha de escamas. Tras él, los piratas de la Luna Negra se lanzaban a la batalla con fuerzas renovadas.

—Kamoth —susurró Geran.

Descendió desde la cubierta de popa hasta el muelle y se abrió paso entre grupos de soldados y corsarios en plena lucha. Esquivó o paró varios ataques dirigidos a él mientras corría a enfrentarse con el señor pirata.

Kamoth iba en cabeza con un alfanje en una mano y una hachuela en la otra, en tanto los piratas se abrían paso luchando hacia su barco insignia. Les hizo sendos tajos a dos marineros hulburgueses que se enfrentaron a él y, a continuación, se volvió rápidamente para enfrentarse al ataque de Geran. Sus espadas brillaron y chocaron con un ruido metálico en medio de la encarnizada lucha cuerpo a cuerpo que tenía lugar a los pies del portalón. Geran le lanzó un tajo a la cara a Kamoth, pero el señor pirata paró el ataque y contraatacó con un furioso tajo del hacha que llevaba en la mano izquierda. Avanzó, presionando a Geran, acercándose y manteniendo las espadas enganchadas mientras trataba de alcanzar al mago de la espada con la hachuela. Éste cedió unos tres metros de terreno a lo largo del muelle ensangrentado antes de lograr desenganchar la espada y aumentar nuevamente la distancia entre ambos. Los dos hombres se movieron de forma cautelosa en círculos mientras la batalla se desarrollaba a su alrededor.

—¡Te conozco, Geran! —dijo el señor pirata con una risa feroz—. Pero te recuerdo como un muchacho de unos quince años. Has aprendido a manejarte bien con la espada, por lo que veo.

—Estudié cuatro años en Myth Drannor. —Geran tuvo cuidado de no bajar la guardia—. Gané esta espada en la Guardia de la Coronal.

—¡Bien hecho, muchacho! —dijo Kamoth.

Sonreía con la misma fiereza que recordaba Geran de hacía años, como si lo único que se interpusiera entre ellos incluso en ese momento fuera que lo habían pillado cometiendo algunas travesuras infantiles y esperase librarse con un par de gracias.

—Yo no pude beneficiarme de estudios formales en lo que a manejo de la espada se refiere.

Y atacó repentinamente con una furiosa embestida. Era rápido, y Geran comprendió de dónde había sacado Sergen su velocidad. Tenía un estilo poco ortodoxo y carente de técnica, tal y como había dicho. Cuando Geran paró la estocada de Kamoth, el señor pirata enganchó la espada de Geran con la hoja curva de su hachuela, atrapándola, y prácticamente se la arrancó de la mano. Geran giró la hoja hacia un lado y la liberó, para a continuación agacharse, esquivando un golpe feroz que iba dirigido a su cabeza mientras giraban uno alrededor del otro antes de volver a separarse.

—Ése es el *Dragón Marino*, ¿verdad? —preguntó Kamoth, respirando pesadamente—. ¿Cómo te las has arreglado para seguirme hasta aquí, muchacho?

—Tengo la brújula estelar del *Tiburón de la Luna* —contestó Geran, que comenzó a trazar círculos con cautela, buscando un punto débil—. Y las cartas de Narsk me guiaron hasta aquí.

—¡Maldita sea! —rugió el señor pirata—. Eras tú el que estaba en el puesto de mando del *Tiburón de la Luna* en Hulburg, ¿no? ¡Me hiciste perder tres barcos en una sola noche!

Por toda respuesta, Geran le lanzó una estocada a Kamoth. El señor pirata esquivó varias embestidas rápidas, y cuando Geran repitió el mismo ataque, volvió a intentar atrapar la espada de Geran con sus propias armas. Pero éste lo estaba esperando. En el mismo instante en que las hojas quedaron atrapadas rugió, pronunciando las palabras de uno de los conjuros de su espada:

—¡*Ilyeith sannoghan!*

De la hoja elfa salieron rayos, que pasaron al alfanje y la hachuela de Kamoth y se extendieron hasta sus manos. Éste aulló y dejó caer las armas, sobresaltado y aturdido. Antes de que pudiera recuperarse, Geran le lanzó un tajo a la cara con la espada crepitante. El casco del señor pirata absorbió la mayor parte del impacto, pero el golpe vibrante lo hizo salir despedido hacia atrás y caer sobre las planchas de madera, mientras de la raja de la parte lateral de su casco asomaron sangre y volutas de humo. Se removi6 débilmente y se quedó inmóvil. Geran no sabía si estaba muerto o inconsciente.

—¡El capitán supremo ha caído! —exclamó uno de los piratas cercanos, y hubo más que lo repitieron.

Algunos piratas comenzaron a retirarse, mientras que otros se apresuraron a acudir al lugar para proteger a su líder caído. Varios arremetieron a la vez contra Geran, y el mago de la espada se vio de nuevo inmerso en una lucha cuerpo a cuerpo, peleando frenéticamente. La fiereza del ataque lo hizo retroceder de nuevo por el muelle, hasta que las fulminantes bolas de fuego de Sarth sofocaron el último intento desesperado de la Luna Negra por recuperar su barco. Geran intentó abrirse paso hasta donde estaba Kamoth mientras los hulburgueses se replegaban y hacían recular a los piratas que quedaban hacia la puerta del castillo. Pudo ver fugazmente cómo varios piratas arrastraban a Kamoth hacia la fortaleza, mientras la Luna Negra renunciaba a luchar por el puerto. El muelle estaba lleno de cadáveres y moribundos, casi todos de la Luna Negra. Bajó la espada, respirando con dificultad, y se dio cuenta de que durante la batalla había recibido un corte superficial en la parte superior del brazo izquierdo, aunque sangraba mucho.

Hamil apareció a su lado con las dagas ensangrentadas y un fino corte en el cráneo. Geran ni siquiera se había dado cuenta de que su pequeño camarada había

vuelto a unirse a la lucha.

—¡Cuidado con los ballesteros! —le dijo a Geran, tirando de él hacia abajo, junto a un montón de cajas que los cubrían mínimamente de los proyectiles procedentes de las almenas—. La brújula del *Reina Kraken* está guardada bajo llave en tu camarote. ¿Intentamos tomar la fortaleza? ¿O les ofrecemos una rendición? Seguramente los hombres de la Luna Negra no tendrán ya demasiadas fuerzas para seguir luchando.

Geran pensó con rapidez. Mirya y Selsha estaban en algún lugar en el interior del castillo; si no entraban inmediatamente, era posible que comenzaran a levantar barricadas. Los hulburgueses tenían bien controlado el *Reina Kraken* y también los muelles. Los líderes de la Luna Negra que estaban en el interior también eran conscientes de ello, y las puertas de la fortaleza estaban empezando a cerrarse para impedirles el paso a los atacantes. Se puso de nuevo de pie y levantó la espada por encima de la cabeza.

—¡A la fortaleza! —gritó. Vio a Sarth cerca del castillo de proa del barco, y le hizo señas—. ¡Sarth, ábrenos las puertas!

El tiflin lo miró y asintió rápidamente tras comprender su orden. Saltó desde la cubierta del *Reina Kraken*, elevándose en el aire al mismo tiempo. Limpió de enemigos la zona de las almenas que quedaba sobre la puerta de la fortaleza, por medio de bolas de fuego y cadenas de relámpagos, y a continuación, lanzó una gota brillante de color anaranjado al interior de la garita de la entrada por una de las troneras. Un instante más tarde surgió una enorme llamarada de cada una de las ventanas de la misma, y la torre se sacudió por la fuerza de la explosión. Las puertas que estaban debajo dejaron de moverse. La bola de fuego del hechicero había destrozado los tornos ocultos, y seguramente habría matado a los piratas que los accionaban de manera frenética. Las puertas permanecieron a medio abrir, y los guardias del Escudo se introdujeron en tropel en la fortaleza.

Geran miró a su alrededor, buscando a alguno de los oficiales del *Dragón Marino*, y encontró a Andurth Galehand apostado en una de las balistas de la barandilla de popa.

—¡Maese Galehand! ¡Deja a la mitad de tus marineros aquí y vigila los barcos!

El oficial de derrota del *Dragón Marino* frunció el entrecejo, decepcionado.

—Haré lo que dices, lord Geran, ¡pero sólo si me prometes que me guardarás algunos para después!

—En este momento, estás sobre el único medio de huida de la Luna Negra que existe —le respondió Geran—. A menos que me equivoque, presenciarás una lucha antes de que terminemos en el interior.

—¡Sí, señor!

Galehand dejó la ballesta en manos de uno de los miembros de la tripulación y comenzó a gritar órdenes para organizar a sus marineros.

Geran dejó que su oficial de derrota se hiciera cargo y se dirigió apresuradamente hacia la fortaleza. Hamil iba un paso por detrás de él, mientras Sarth se deslizaba por el aire, haciendo explotar sistemáticamente cualquier tronera de la que saliera un virote de ballesta. Geran podía oír el entrec chocar de metal contra metal, resonando entre los muros de la fortaleza pirata, los gritos y aullidos furiosos de los hombres en plena lucha, los alaridos de los heridos. Mientras corría invocó su velo de platacero, el aura plateada que giraba velozmente a su alrededor, y que podría salvarlo de alguna estocada inesperada o un disparo por la espalda. El aire estaba lleno de un humo denso y del extraño aroma dulzón que venía de la oscura selva de aquella luna. En lo alto, las Lágrimas de Selene se elevaron en el cielo como islas de sombra y luz plateada, deslizándose por la negrura junto con un número inimaginable de estrellas brillantes. «¡Qué lugar tan extraño para librar una batalla!», pensó. Había intervenido en escaramuzas en el Mar de las Estrellas Caídas, en emboscadas en las sombras de Cormanthyr, y en refriegas desesperadas en el interior de horribles y profundas mazmorras donde acechaban los monstruos, pero nunca había participado en una batalla como aquélla.

—¡Seguidme, guerreros de Hulburg! —exclamó Geran.

Atravesó corriendo las puertas y entró en la sala inferior de la fortaleza lunar. Los combatientes y los marineros cargaron tras él. Una docena de hombres de la Luna Negra estaban intentando contener el ataque. Varios virotes de ballesta pasaron junto a Geran, y uno le rozó la cadera y lo alcanzó en el coselete de cuero, a pesar de sus conjuros protectores. Un guardia del Escudo que estaba junto a él se desplomó en el suelo, siendo un virote que se le había clavado en el abdomen..., pero a continuación Geran se vio metido entre los defensores de la fortaleza, con el resto de los atacantes un paso por detrás. Acabó con uno de los ballesteros de un tajo y pasó rápidamente junto a él para enfrentarse a un fornido semiorco que parecía estar liderando a los piratas de la sala. Apenas intercambió un par de golpes de espada con él antes de que un marinero del *Dragón Marino* le clavase un hacha de abordaje entre los omoplatos. El mago de la espada buscó otro enemigo al que enfrentarse, pero la sala inferior de la fortaleza estaba dominada por los guardias del Escudo, y los únicos piratas que quedaban estaban muertos sobre el suelo. Los hulburgueses dejaron escapar gritos de alegría.

—¿Adónde debemos dirigirnos ahora? —preguntó Hamil—. Seguramente habrá más tipos como éstos escondidos por aquí.

Geran se detuvo un momento, estudiando la sala. Había varios corredores que salían de ella, incluido un tramo de peldaños ascendentes junto a la puerta. La fortaleza lunar, al igual que el castillo de Griffonwatch en el que Geran se había criado, estaba parcialmente excavada en la roca de la empinada colina. Allí, al pie de la misma, había pasadizos que conducían a cámaras subterráneas, mientras que las

escaleras llevaban a pisos superiores y murallas que estaban en las partes más altas de la colina.

—Nos separaremos para registrar el lugar —decidió—. Maese Worthel, lleva a tus guerreros y registra los pisos inferiores. Yo me llevaré a un escuadrón de soldados a los pisos superiores. Busca prisioneros, y captura o mata a cualquier pirata que encuentres. Que tus muchachos se mantengan juntos, por si acaso encontráis oposición. Sargento Xela, llévate a tus hombres de Sokol y de Marstel, e id con SARTH. Todavía puedo oírlo ahí fuera. Larken, permanece aquí con el resto de los soldados y defended esta garita. Sois nuestra reserva. Cubrid nuestra retirada y estad listos para ayudar en el caso de que uno de los grupos de búsqueda se encuentre con una fuerte oposición en algún lugar. ¡Vámonos!

Los hulburgueses se distribuyeron tal y como Geran había ordenado, dirigiéndose unos apresuradamente hacia los pasadizos subterráneos, y volviendo otros a la refriega que tenía lugar en el exterior, mientras que los demás se desplegaron para tomar el control de la garita y mantener lo que habían conquistado. Geran les hizo señas a los combatientes que tenía detrás y los condujo al interior de la fortaleza. El corredor principal ascendía por un amplio tramo de escalera hacia una gran sala, adornada con docenas de banderas y estandartes capturados. A lo lejos podía oír el entrechocar de metal contra metal proveniente de las otras partidas de búsqueda, y el eco de los gritos que recorrían los pasillos. Los combatientes que lo acompañaban se desplegaron para registrar la habitación; Geran se dirigió al primer corredor amplio que salía de la misma y echó un vistazo, preguntándose qué tamaño tendría realmente la fortaleza. La parte que estaba construida sobre la colina no parecía muy grande, al menos no mucho más que la parte intramuros superior de Griffonwatch, pero era imposible saber hasta dónde se extendían las salas y cámaras subterráneas. Incluso, dependiendo de cuánto tiempo hubiera permanecido allí la Hermandad de la Luna Negra y los laboriosos que hubieran sido, podría haber varios túneles de huida bajo tierra que llevaran a salidas secretas hacia la selva... posiblemente con embarcaciones voladoras en las cercanías. Incluso Sergen podría estar escapando en ese mismo momento.

Sus meditaciones se vieron interrumpidas por la llamada de uno de los guardias del Escudo.

—¿Lord Geran? Hemos encontrado a varios prisioneros aquí.

—¿Mirya y su hija?

El soldado meneó la cabeza.

—No, pero una mujer dice que hay más prisioneros en las mazmorras.

Geran se dirigió rápidamente hacia donde estaba el hombre, junto a la entrada de las cocinas que daban servicio a la gran sala. Siete u ocho personas con ropas raídas de sirviente formaban un grupo confuso que miraba fijamente a sus inesperados

salvadores.

El soldado hizo una seña a una de las prisioneras.

—Aquí está —dijo—. Ésta es Olana. La raptaron hace cuatro años cerca de Phlan.

Una mujer de rostro severo, de mediana edad, dio un paso adelante.

—Llevo mucho tiempo soñando con este día, mis señores, pero jamás pensé que lo vería con mis propios ojos. Sois una grata visión, a fe mía.

—Te llevaremos a casa tan pronto hayamos terminado, Olana —le dijo Geran—. Pero antes... ¿hay aquí una mujer llamada Mirya Erstenwold? Es alta y esbelta, con cabellos negros y ojos azules. Su hija también podría estar con ella, una muchacha de nueve años, de cabellos oscuros. ¿Las has visto?

—Sí que las he visto, mi señor. Les he estado llevando comida y agua los últimos dos días, y lord Kamoth también me hizo proporcionarles ropa nueva. Estaban prisioneras en las mazmorras de abajo. Pero... ya no están aquí —Olana se quedó callada.

—Bueno, ¿y dónde están? —preguntó Geran.

—Han escapado, mi señor. Cuando he ido a su celda a llevarles el desayuno y he descubierto que los barrotes estaban lo bastante separados como para que hubieran podido salir.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace tan sólo una o dos horas, mi señor. No creo que los hombres de la Luna Negra sepan todavía que se han marchado. No se lo iba a decir, al menos no hasta que hubieran tenido tiempo suficiente para escabullirse.

—Eres una buena mujer —dijo Hamil con aprobación—. Pero ¿adónde pueden haber huido?

La mujer frunció el ceño.

—Supongo que Mirya y su hija habrán huido hacia la selva.

Otro sirviente, un anciano encorvado de espesa barba blanca, habló entonces.

—Disculpadme, señores, pero creo que eso es precisamente lo que han hecho. Esta mañana he sido enviado con un grupo para cortar leña. Hemos encontrado la puerta trasera abierta cuando hemos regresado. Apostaría a que vuestras amigas se han ido por ahí.

—¿Los piratas de la Luna Negra les han seguido?

—No, mi señor. Han creído que uno de nosotros la habría dejado abierta cuando hemos salido por la mañana. Además, sólo se aventuran en la selva cuando van en grupos numerosos y bien armados.

Geran asió la empuñadura de su espada y se volvió con los dientes apretados por la frustración. Si tan sólo hubieran llegado una o dos horas antes, podrían haber encontrado a Mirya y Selsha antes de que hubieran huido de su celda. ¡Ahora

tendrían que buscarlas por toda la isla! Respiró hondo para calmarse y después se volvió de nuevo hacia Olana y el sirviente más anciano.

—Necesito que me enseñéis esa puerta, y deprisa —dijo.

Olana hizo una reverencia.

—Por supuesto, mi señor.

—Hamil, quédate aquí. Asegúrate de registrar hasta el último rincón de esta fortaleza, y mantente alerta por si ves a Sergen. Todavía anda por aquí, y ya sabes qué tipos de problemas puede llegar a causar.

—Lo lamento, Geran, pero no puedo hacer eso —dijo Hamil—. Voy contigo. Mirya también es mi amiga, y lucharía con una luna entera llena de monstruos para evitar que Selsha sufriera algún daño.

Geran comenzó a replicarle, pero se lo pensó mejor. Podría usar a Hamil en la retaguardia, y las cosas parecían estar controladas en la fortaleza pirata.

—Bien. Entonces, sargento Xela, envía mensajeros para encontrar a Sarth y a Larken. Dile a Sarth que está al mando hasta que regresemos. Confío en que haréis lo que haya que hacer aquí.

El guardia del Escudo asintió.

—Sí, nos ocuparemos de todo, lord Geran. Tan pronto como podamos enviaremos soldados detrás de ti y de maese Alderheart.

—Bien. —Geran le dio una palmadita en la espalda y después volvió a mirar a Olana—. Enséñanos el camino más rápido hasta la puerta trasera, Olana.

La mujer hizo una reverencia.

—Por supuesto, mi señor. Espero que la encuentres; la selva de la Luna Negra no es lugar para andar deambulando. Es por aquí.

Bajó rápidamente por una de las escaleras de la servidumbre que salían de la gran sala. Geran y Hamil la siguieron por los laberínticos corredores de la fortaleza.

VEINTISÉIS

17 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

La extraña selva de la Luna Negra se agolpaba amenazadora contra la muralla de la fortaleza pirata. Sus frondas y sus hierbas, su maleza y árboles crecían en una profusión de colores fantásticos que no se parecía a nada que Geran hubiera visto antes. El aire era denso, y estaba lleno de aromas extraños y dulzones, y se oía el eco de los gorjeos y graznidos de pequeñas criaturas —pájaros, ranas, o algo así— en una atmósfera apenas iluminada. El aire era húmedo y frío, y a la altura del suelo flotaba una leve neblina. Muchas de las plantas tenían un aspecto poco saludable, y se preguntó si alguna sería carnívora.

—Vamos de mal en peor —dijo Hamil suavemente—. No me gusta el aspecto de este lugar. Espero que Mirya no se haya salido del camino.

—Yo también. Ni siquiera Kara podría rastrearla por aquí.

Geran echó un vistazo a los escalones de piedra que bajaban desde la puerta trasera de la fortaleza. Había un pequeño claro justo al lado, con caminos invadidos por la vegetación que se alejaban en ambas direcciones. En teoría, la puerta trasera les permitía a los defensores de la fortaleza enviar al exterior grupos de asaltantes para contraatacar al enemigo que se amontonaba en la puerta principal. Sin embargo, no vio señales de que Mirya o Selsha hubieran rodeado la fortaleza junto a la muralla. Si habían huido de la fortaleza, no querrían andar merodeando por la base del muro; querrían alejarse lo más posible de aquel lugar, y esperarían dejar atrás o esquivar a cualquier perseguidor adentrándose en la selva.

Al otro lado del claro había un único camino que se introducía en la selva. Geran se dirigió hacia él mientras seguía buscando huellas por el sendero. Si hubiera tenido que apostar, habría dicho que no era un camino muy usado, en el mejor de los casos; estaba en su mayor parte invadido por la vegetación, pero un surco de barro en el centro sugería que la gente iba por ahí de vez en cuando. A unos cuarenta y cinco metros de la puerta, el sendero llegaba al borde de la oscura selva de la luna..., y allí Geran encontró algo que le resultaba más familiar. Se detuvo y se arrodilló sobre la hierba violeta, al borde del sendero.

—Mira esto —le dijo a Hamil.

El halfling se arrodilló junto a él.

—¿Selsha?

—Creo que tiene el tamaño justo. Debe de hacer pocas horas. Es difícil saberlo, ya que no tengo ni idea de qué tipo de clima impera en este lugar, pero mira, la hierba que se dobló bajo el talón, ahí, aún está húmeda y tiene el mismo color que el resto.

Hamil se puso en pie y rodeó la zona mirando hacia abajo.

—Aquí —dijo—. Creo que ésta podría ser de Mirya.

Geran se acercó para observar el hallazgo de Hamil. Era la huella de una especie de chinela, de puntera afilada, pero el tamaño tenía pinta de ser el correcto. Podría haber sido de cualquiera de las mujeres que los piratas habían esclavizado, por supuesto, pero no veía ninguna razón por la que las mujeres de la servidumbre abandonarían la fortaleza a través de aquella puerta, al menos no con semejante calzado.

—No creo que éstos sean los zapatos de Mirya —dijo—. Sin embargo, Olana dijo que le había llevado a Mirya ropa nueva. Quizá también le llevó unas chinelas.

Volvieron a ponerse en marcha, siguiendo el sendero que atravesaba el bosque. Después de recorrer unos noventa metros, vieron que emergía brevemente junto a la orilla del lago; mirando atrás se podía ver la fortaleza en lo alto de la colina, y los dos barcos atracados junto a los muelles. Aparte de las finas volutas de humo que se distinguían en el cielo oscuro, no se veía ningún otro signo de lucha desde esa distancia. Junto a la orilla convergían varios senderos, o quizá trochas de caza. Buscaron pistas de hacia a dónde podrían haberse dirigido las Erstenwold por el suelo, y Geran vio algo en el tronco de un árbol cercano al camino por el que habían venido. Miró más de cerca y se encontró con que en la corteza carnosa del árbol había marcadas dos toscas líneas horizontales. De ellas brotaban oscuras gotas de savia.

—Creo que Mirya podría haber marcado este árbol —le dijo a Hamil.

—Pero por ahí es por donde hemos venido. ¿Por qué habría de marcar el sendero que nos lleva de vuelta al lugar del que escapaba?

Geran frunció el ceño y se detuvo a pensar un instante. Mirya podría haber decidido que quería saber cómo volver hasta sus captores si la selva que había más allá de la fortaleza resultaba ser demasiado peligrosa. Ninguno de los otros senderos tenía una marca similar, así que estaba claro que intentaba dejar señales del camino que había seguido. Sin embargo, estudiando el suelo, vio que Mirya —si de veras las huellas de las chinelas eran suyas— había echado un vistazo a todos los senderos que salían de la orilla antes de decidirse por uno.

—Se lo preguntaremos cuando la encontremos —le dijo a Hamil—. Vamos, sigamos adelante.

Recorrieron el nuevo sendero a paso ligero. Esa vez avanzaron casi dos kilómetros antes de llegar a una intersección. De nuevo se encontraron con que el sendero por el que habían venido tenía una marca reciente.

—¡Mirya! —la llamó Geran—. ¡Mirya!

No obtuvo respuesta. Puso cara de frustración y buscó hasta que encontró en un camino huellas similares a las que habían estado siguiendo, con lo que volvieron a ponerse en marcha. Pero le llamó la atención algo más que había en el suelo. Cerca de la huella de Mirya —de hecho, superpuesta— había una huella con garras del

tamaño aproximado del pie de Geran. Tenía dos dedos grandes, y uno más pequeño en la parte trasera, próximo al empeine. Mientras avanzaba por el camino, encontró más huellas de la criatura, que iban paralelas a las de Mirya. Estaba casi seguro de que no había visto aquellas huellas en la orilla del lago; algo había salido de la selva y había seguido el rastro de las Erstenwold, o eso parecía. Aumentó la velocidad hasta una carrera ligera. Hamil le siguió el ritmo sin quejarse, notando que su sentido de la urgencia iba en aumento.

Atravesaron chapoteando un arroyo sembrado de rocas y, al llegar a la otra orilla, se dieron cuenta de que el viejo sendero desembocaba en las ruinas de una antigua carretera hecha de piedra negra y brillante. Estaba enmarcada por bloques hexagonales encajados unos con otros hacía mucho tiempo, aunque la hierba rojiza crecía en los huecos que quedaban entre ellos y había lianas colgando sobre el camino. Geran se detuvo, confundido, mirando al suelo. En aquella dura superficie no podía distinguir ninguna huella.

—¡Maldita sea mi suerte! —murmuró. En algún lugar cercano, en el bosque, se oyó un extraño chillido animal, una especie de ulular—. Hamil, he perdido el rastro.

El halfling recorrió el camino con la mirada y frunció el ceño.

—¿Derecha o izquierda?

—Kara podría decírnoslo, si estuviera aquí.

Geran dio una patada en el suelo, lleno de frustración. Había agotado sus escasos conocimientos sobre el bosque, pero se arrodilló y comenzó a examinar las piedras con mayor atención, esperando encontrar alguna señal que se le hubiera escapado.

Hamil hizo lo mismo.

—Esta mampostería es muy anterior a la fortaleza de la Luna Negra —dijo el halfling—. Me pregunto quién haría una carretera aquí.

—Es posible que conduzca a esas ruinas que has visto cuando descendíamos. Creo que deben estar subiendo la colina desde allí.

Geran observó detenidamente la carretera, invadida por la vegetación, esperando vislumbrar alguna vieja torre o muralla en aquella dirección, o al menos alguna señal de que Mirya y su hija pudieran haberse dirigido hacia allí. A continuación, miró hacia el otro lado de la carretera, que seguía el arroyo en dirección al lago. Otro animal al que no pudieron ver ululó en respuesta al primero.

—¿En qué dirección habrán ido Mirya y Selsha?

Hamil meneó la cabeza.

—Mirya busca un lugar donde esconderse, ¿no crees? Si vio esas ruinas desde el aire, podría haber decidido dirigirse hacia ellas. Igualmente podrían estar fuera del bosque. —Agitó el brazo en dirección al arroyo—. Probablemente eso te lleve de vuelta al lago, y después, ¿quién sabe hacia dónde?

—Podríamos dividirnos y explorar ambas opciones —dijo lentamente Geran.

—Ni lo sueñes. Lo último que quiero es tener que ir a buscarte después de encontrar a Mirya y Selsha. De hecho... —Hamil comenzó a decir algo, pero lo interrumpió otro de los gritos ululantes. Entrecerró los ojos y se volvió lentamente, inclinando la cabeza mientras cargaba el arco con una flecha—. *De hecho, estamos a punto de ser atacados* —terminó en silencio—. *Sean lo que sean, hay tres o cuatro acercándose a nosotros desde el bosque.*

Hamil tenía un olfato extraordinario para los problemas, y Geran confiaba en él. Desenvainó la espada y se pusieron los dos espalda contra espalda.

—Olvida la idea de dividirnos —dijo en voz baja.

Resonaron más gritos en el bosque, esa vez más cerca y por todas partes. El mago de la espada miró con atención hacia la penumbra del suelo, tratando de ver a las criaturas que los acechaban, y fue entonces cuando los monstruos atacaron.

Se lanzaron desde las copas de los árboles, dando grandes saltos. Geran vislumbró unos cuerpos moteados de color blanco verdoso y unos enormes ojos amarillo anaranjado, un único globo ocular que ocupaba casi la totalidad de la cabeza de las criaturas. A su espalda el arco de Hamil zumbó, y un extraño chillido resonó en el aire. Fue entonces cuando la primera de aquellas cosas saltó sobre el mago de la espada. Lo arañó con las garras, desgarrándole la carne de los hombros. Geran le lanzó una estocada furiosa y notó cómo su acero se hundía en la piel verrugosa; un icor oscuro cayó al suelo y aquella cosa se alejó de un salto.

Se volvió rápidamente para enfrentarse al siguiente monstruo, y lo vio agazapado entre las ramas de un árbol cubierto de musgo, mirándolo. La criatura presentaba el tamaño de un hombre adulto, pero estaba encorvada y tenía los brazos largos y las rodillas dobladas de forma extraña. Su único y enorme ojo tenía un tamaño similar al de una cabeza humana, y brillaba con dorada malicia. Bajo éste, una pequeña boca de dientes afilados como agujas se abrió para soltarle un bufido. El ojo concentró su atención en él, y de repente, se sintió mareado y con ganas de vomitar. Notó que su rostro enrojecía por el calor y comenzaba a picarle intensamente. Apartó la vista del monstruo y levantó el brazo izquierdo para cubrirse la cara; se horrorizó al ver que la piel se oscurecía y reseca, y que la temperatura aumentaba hasta que comenzaron a aparecer pequeñas grietas de las que comenzó a supurar algún tipo de fluido.

—¡Por las heridas sagradas de Ilmater! —exclamó, horrorizado—. ¡Hamil, no dejes que te miren! ¡Su mirada abrasa la carne!

Un grito ahogado a sus espaldas lo advirtió de que Hamil ya lo había descubierto por sí mismo. Geran se volvió de espaldas al monstruo, que lo miraba fijamente por pura desesperación, tratando de ocultarse lo mejor posible bajo la capa para evitar su mirada. El brazo izquierdo dejó de supurar de repente; saltó por delante de Hamil, embistiendo a un monstruo que estaba en cuclillas sobre una roca que había junto al arroyo mientras mantenía paralizado al halfling con la mirada. La criatura bufó

furiosa cuando Geran interrumpió su vínculo con Hamil, y fijó la vista en el mago de la espada... Pero ahora Geran lo tenía al alcance de su espada. Le lanzó un tajo salvaje a la cara y le rajó aquel enorme y horrendo ojo. El orbe estalló, dejando salir un líquido negro y borboteante, mientras la criatura emitía unos terribles chillidos. Cayó al suelo entre convulsiones, y Geran la remató con una estocada en el centro del escaso pecho.

Geran se volvió hacia el que había dejado atrás. La criatura se había acercado de un salto, y había cargado contra los dos compañeros mientras éstos no la miraban. Esa vez, Geran se cubrió los ojos con la mano, fijando la vista en su pecho y resguardándose tras la capa mientras avanzaba para enfrentarse con ella. Balanceó la espada frenéticamente, obligando al monstruo a detener su carga. Trató de alcanzarla con las garras, pero Geran equilibró la espada y le lanzó una estocada al frente, donde creía que estaba la parte central de su cuerpo. El acero se hundió en la carne, y su adversario bufó y se apartó de un salto; cuando levantó la vista cuidadosamente para ver adónde había ido, apenas vislumbró un trozo de piel pálida desapareciendo nuevamente en la selva.

—Definitivamente, odio la selva —masculló Hamil. Sostenía el arco con las manos llenas de ampollas mientras escudriñaba entre los árboles—. ¿El último ha conseguido huir?

—Logré herirlo, posiblemente de muerte. Pero ahora ya se ha ido, al igual que el primero al que rajé.

—Bueno, estos dos de aquí seguro que están muertos. —Hamil avanzó para darle una patada al cuerpo de uno de los que había atravesado con las flechas—. ¿Qué diablos son estas cosas?

—Nada que hayamos visto antes, y ése es el problema. Estamos muy lejos de Faerun.

Geran miró hacia la antigua carretera, que serpenteaba a través de la selva, e hizo una mueca. Si había más criaturas como los cíclopes acechando en la jungla de la Luna Negra, Mirya y su hija corrían un peligro espantoso. Lo único que podía hacer era rezar para que las Erstenwold no se hubieran encontrado con alguna de aquellas criaturas, o con algo peor.

En algún lugar cercano, entre las sombras del bosque, ese oyó de nuevo el sonido ululante. Otro contestó desde bastante más lejos. Hamil dejó escapar un juramento y miró a Geran.

—Se están comunicando. ¡Maldita sea! No creo que hayan terminado con nosotros aún.

—Entonces, deberíamos marcharnos de aquí, y deprisa. No tiene sentido quedarnos esperando a que lleguen más.

El mago de la espada eligió avanzar a paso ligero colina arriba, siguiendo la

carretera mientras ascendía hacia las cimas que rodeaban el lago. Quería cubrir bastante terreno, pero al mismo tiempo debía asegurarse de no pasar por alto ninguna huella o señal, ni tropezar con algún otro monstruo. Sólo de pensar en Mirya y Selsha vagando por aquel horrible lugar hacía que se estremeciera hasta la médula.

Sabía que debía tener cuidado de no alejarse mucho del *Dragón Marino* y la fortaleza pirata; después de todo, siempre existía la posibilidad de que la batalla se hubiera vuelto contra los hulburgueses de nuevo, y podrían necesitarlos desesperadamente a él y a Hamil para acabar con la Hermandad de la Luna Negra. Pero no podía ni plantearse volver. En los dos años que habían pasado desde que había caminado por última vez bajo las doradas hojas de Myth Drannor, los momentos que había pasado junto a Mirya y su hija habían sido los únicos en los que había podido olvidarse realmente del sentimiento de pérdida y soledad que le producía su exilio. No podía dejar aquel lugar hasta estar seguro de que estaba a salvo. Si era necesario, enviaría al *Dragón Marino* de vuelta a casa y se quedaría para registrar aquel satélite de punta a punta.

El ascenso a través de las sombras del bosque era muy empinado y la carretera estaba cubierta de musgo, hasta que finalmente salía del follaje por el lateral de una colina, en la parte más alta. El lago de zafiro brillaba allá abajo, extendiéndose varios kilómetros entre las colinas cubiertas de vegetación. A su alrededor había muros de piedra negra derruidos, que marcaban los límites ahora perdidos de algún antiguo templo o palacio. Geran volvió la vista atrás; supuso que debían estar a unos dos kilómetros de la fortaleza en ese momento. El *Reina Kraken* y el *Dragón Marino* todavía estaban el uno junto al otro en el muelle, señal de que la batalla no había tomado ningún rumbo desastroso. Lo alto de la colina estaba despejado, el aire era fresco y reinaba la quietud.

—¡Mirya! —llamó Geran—. ¡Selsha! ¿Estáis aquí? —Nadie contestó. Corrió hacia la otra punta de la explanada y volvió a gritar—. ¡Mirya! ¡Selsha!

Las ruinas permanecieron en silencio. Bajo las pesadas piedras negras del muro crecían oscuras frondas y plantas trepadoras de tonos rojizos. Geran, cada vez más desesperado, corrió de un lado a otro, inspeccionando frenético viejas puertas y una esquina tras otra. Gritando de pura frustración, se volvió de nuevo hacia el lago.

—¡No están aquí! —dijo—. Deberíamos haber seguido la carretera en dirección descendente, en vez de ascendente..., eso suponiendo que no hayamos perdido el rastro mucho antes. Vamos, Hamil.

—Espera un segundo. Asegurémonos antes de darnos por vencidos.

Hamil trepó a un muro bajo, lo siguió hasta el lugar en que se encontraba con la fachada de un edificio, y escaló hasta el tejado, que se caía a trozos. Desde aquella posición ventajosa se tomó su tiempo para examinar el entorno que los rodeaba. Geran alzó la vista hacia el cielo y vio que unos brillantes destellos color malva

estaban comenzando a surcar aquella oscuridad absoluta. Se veía un reflejo brillante en la estela de la luna; faltaba poco para el amanecer, tal y como era en aquel lugar. Entonces, un coro de voces ululantes y chillidos estridentes surgió de algún lugar cercano a las ruinas, resonando con fuerza en los altos muros de piedra.

Hamil hizo una mueca y se agachó todo lo que pudo sobre el tejado.

—*Más cíclopes* —comentó—. *¡Casi los tenemos encima!*

—Por supuesto —gruñó Geran.

Echó un vistazo a su alrededor y vio una especie de callejuela que conducía colina abajo. Los altos muros de piedra podían servirles como escondite, y evitarían que los monstruos los rodearan.

—¡Rápido, por aquí!

Salió disparado hacia el callejón, mientras oía cómo las criaturas se llamaban las unas a las otras en las ruinas. Hamil descendió del tejado, aterrizó de pie, y corrió tras él. El callejón pasaba cerca de la estructura de varios edificios viejos en lo alto de la colina antes de descender abruptamente por el otro lado. Los viejos muros que los rodeaban resultaban opresivos, y había numerosos grupos de hongos azules que brillaban en las desgastadas escaleras de piedra. Geran encontró una puerta baja a un lado y entró agachado. Desde el interior se podía ver el cielo, ya que el edificio hacía tiempo que no tenía techo, pero los altos muros y la estrechez de la entrada ofrecían un refugio defendible. Desenvainó la espada y esperó junto a la puerta; Hamil preparó el arco y dio un paso atrás para vigilar la parte superior de los muros, por si acaso aquellos monstruos lunares trepaban por ellos.

—Creo que ahora mismo me gustaría volver a la fortaleza y luchar contra los piratas —dijo Hamil en voz baja. Cargó una flecha en el arco corto.

Geran se permitió esbozar una sonrisa sombría y agarró la espada con más fuerza. Oyó a los monstruos moviéndose por las ruinas, cerca de ellos; sus pies llenos de garras pisaban suavemente las viejas piedras mientras se llamaban unos a otros emitiendo notas enloquecedoras. Echó la espada hacia atrás, preparado para lanzar una estocada mortal en la entrada a la primera criatura que apareciera..., pero ninguno de los monstruos apareció. Siguieron las llamadas, pero comenzaron a alejarse nuevamente. Se atrevió a echar un rápido vistazo fuera y vislumbró a uno de los monstruos saltando mientras se alejaba de ellos. Desapareció entre las ruinas.

—*¿No nos han encontrado?* —preguntó Hamil.

—No creo que eso sea posible. —Geran miró calle abajo. Las criaturas lunares no habían tenido problemas para localizarlos antes. Quizá estaban siguiendo el rastro de otra presa...—. *¡Maldita sea! ¡Van tras Mirya y Selsha!*

Antes de que pudiera pensárselo dos veces, salió apresuradamente a la callejuela y corrió tras las criaturas lunares, siguiendo sus llamadas lo mejor que podía. Hamil le lanzó una mirada severa, pero corrió tras él. A duras penas consiguieron guiarse

por aquel laberinto, que ahora descendía abruptamente por el oscuro lateral de la colina. Dobló una esquina dando un salto y se encontró en una plaza más pequeña, que estaba rodeada por torres inclinadas de cinco caras cuya parte superior estaba medio derruida. En un callejón vacío, atrapada entre dos torres, una mujer ataviada con un fino vestido de seda roja estaba de pie, con la espalda contra la pared: se defendía de varias criaturas ciclópeas lanzándoles rocas.

—¡Mirya! —gritó Geran.

Ella alzó la vista, mirando por encima de los pálidos monstruos que cada vez estaban más cerca, y sus miradas se cruzaron.

—¿Geran? —dijo, asombrada. Se apartó el pelo de los ojos.

Las criaturas lunares se volvieron para enfrentarse a Geran y a Hamil. El halfling alzó el arco, apuntó y dejó escapar la flecha en un abrir y cerrar de ojos. El monstruo que estaba más cerca emitió un chillido y saltó antes de caer al suelo con una flecha clavada entre las costillas. Los demás miraron enfurecidos hacia el callejón y atravesaron la pequeña plaza a la carga. Hamil volvió a agacharse para esconderse, pero Geran fijó la vista en un punto concreto del suelo, junto a otra de las criaturas, y pronunció las palabras de su conjuro de teletransportación. En un instante, se encontró junto a aquella cosa, con la espada preparada. El monstruo saltó hacia él, con las garras abiertas; Geran se agachó y le clavó la hoja elfa directamente en el asqueroso corazón, empujando el cadáver a un lado mientras pasaba junto a él, tambaleándose, y se desplomaba sobre el suelo. Se levantó y limpió el icor de su espada.

Dos de los monstruos bufaron y lo miraron fijamente con sus terribles ojos. Notó cómo se le quemaba la carne bajo su mirada y dio un traspié a ciegas en dirección al monstruo que tenía más cerca... Pero Hamil volvió a disparar y cegó a una de las criaturas, y una piedra del tamaño de un puño salió disparada del callejón, derribando a la otra, que quedó a cuatro patas sobre el suelo. Se levantó con dificultad, lanzó un chillido de dolor, y desapareció en las ruinas de un salto; el resto de la manada se desperdigó tras él. Geran se enderezó lentamente, buscando más monstruos, pero desaparecieron tan deprisa como habían aparecido.

Mirya Erstenwold salió del callejón sin salida, sosteniendo otra piedra en la mano. Geran pestañeó, sorprendido; el vestido de seda roja que llevaba era indecente, ya que dejaba sus largas piernas y sus delgados brazos al descubierto, y enseñaba un escote impresionante.

—Geran Hulmaster —dijo, bajando la piedra—. ¡Mis ojos doloridos se alegran de verte! ¿Qué demonios estás haciendo en un lugar tan extraño como éste?

—Buscarte, por supuesto.

Geran envainó la espada y la envolvió en un rápido y feroz abrazo. Durante un instante se permitió olvidar todo lo que se interponía entre ambos, y se deleitó en el

dulce alivio de haberla encontrado viva e ilesa. Pasara lo que pasase en Neshuldaar más tarde, ese día, al menos, había logrado eso.

—¡Gracias a los dioses que estás a salvo!

—Sí, por ahora —cerró los ojos y suspiró aliviada.

Él no podía imaginarse todo lo que habría pasado en los últimos días, pero Mirya era dura; se permitió tan sólo un instante antes de liberarse de su abrazo. Frunció el entrecejo con expresión preocupada.

—¿Habéis visto a Selsha por algún sitio? —preguntó.

Hamil recorrió con la vista las ruinas que se cernían sobre ellos.

—¿No está contigo?

—No. Todavía está perdida ahí fuera. —Mirya se rodeó los hombros con los brazos y se estremeció—. Hemos huido juntas de nuestra celda en la fortaleza pirata, pero nos hemos separado. Ella ha huido por la puerta lateral. La he oído gritar y la he seguido hasta este horrible lugar, pero después esas... cosas... me han encontrado. —Señaló con la cabeza a los monstruos muertos a los pies de Geran—. Me han perseguido por estas terribles y viejas ruinas. No tengo ni idea de dónde está Selsha ahora.

Geran hizo una mueca de dolor ante tal ironía. Mirya había conseguido escapar de sus captores apenas una o dos horas antes de que llegaran sus rescatadores..., y ahora Selsha estaba perdida y sola en aquel horrible y oscuro bosque. Si se hubieran quedado donde estaban, quizá en ese momento estarían las dos a salvo..., o al menos tan a salvo como Geran y Hamil pudieran mantenerlas. Pero también era cierto que si se hubieran quedado donde las habían dejado Kamoth y Sergen, los señores de la Luna Negra podrían haberles hecho algo horrible a sus prisioneras una vez que se hubieran dado cuenta de que la fortaleza estaba perdida. De cualquier modo, ahora ya estaba hecho; no tenía sentido lamentarse por algo que no había sucedido.

—La encontraremos, Mirya —dijo con suavidad.

Se quitó la capa que le rodeaba los hombros y se la ofreció; su vestido era del todo indecente, al menos según los cánones hulburgueses.

—Si ha conseguido llegar hasta estas ruinas desde la fortaleza lunar, no hay razón para que no pueda estar escondida cerca de aquí.

—Lo sé, Geran.

Mirya se cubrió con la capa, dedicándole una sonrisa agradecida, y recobró la compostura.

—¿Dónde la has visto por última vez? —preguntó Hamil.

—No la he visto, pero la he oído llamándome desde algún lugar en lo alto de la colina —dijo Mirya, señalando—. He venido hasta aquí siguiéndola, y después me he topado con los monstruos de un ojo.

—Así que lo más probable es que esté en algún lugar de estas ruinas —dijo Geran

—. No nos iremos sin ella, te lo prometo. —Se volvió para inspeccionar las ruinas cercanas y respiró profundamente—. ¡Selsha! —gritó tan fuerte como pudo, olvidándose de los monstruos.

Podría llevarles horas encontrar a una niña pequeña oculta en el laberinto de viejos edificios y árboles sombríos. Con suerte, la encontrarían antes de que las criaturas de un ojo se reagruparan para atacarlos de nuevo..., o eso esperaba.

—*No me gusta la idea de gritar a los cuatro vientos nuestra situación a todos los monstruos lunares que nos oigan* —le dijo Hamil silenciosamente. Pero gritó un instante después que Geran.

—¡Selsha! ¡Estamos aquí!

Mirya se unió a ellos, llamando a su hija con su voz alta y clara.

Juntos se adentraron aún más en las ruinas por el angosto callejón.

VEINTISIETE

17 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Los sonidos de la batalla se hacían cada vez más audibles mientras Sergen observaba desde la ventana de su habitación, situada en lo más alto de la torre central. Desde aquella posición ventajosa pudo ver que los piratas de la Luna Negra que habían sobrevivido habían abandonado las almenas de la garita. La lucha en el muelle y en la cubierta del Reina Kraken había terminado; el barco estaba cubierto de cadáveres y moribundos, al igual que los muelles. Le lanzó una mirada fulminante a la carabela hulburguesa que flotaba junto al barco insignia de la Luna Negra, furioso por el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Esa misma mañana había desayunado en la terraza de su habitación, bebiéndose a sorbos una copa de vino blanco bien frío mientras se planteaba regresar a Melvaunt y pensaba en cuál era el mejor uso que les podía dar a Mirya y su hija contra su molesto primo, Geran, y el resto de su maldita familia adoptiva. Bueno, al parecer Geran —tenía que ser él ¿quién si no?— lo había seguido hasta su refugio oculto en el Mar de la Noche, decidido una vez más a estropear sus planes elaborados con tanto cuidado. Era terriblemente exasperante.

—Mi señor, estamos listos —dijo su guardaespaldas.

Kerth y los cinco guerreros con tatuajes mágicos de su destacamento se habían pasado el último cuarto de hora despojando la habitación de todo lo que pudiera serles útil, incluida una pequeña fortuna en gemas y oro. Si hubieran estado presentes todos sus guardaespaldas, podría haber intentado cambiar el curso de la batalla lanzando a sus soldados junto con los piratas de su padre..., pero la mayor parte de su guardia personal estaba todavía en Melvaunt, cuidando de sus intereses allí. El guardaespaldas miró por la ventana.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó.

—La fortaleza está perdida —dijo Sergen—. Pero me da la impresión de que el barco hulburgués apenas está custodiado. Con un poco de suerte, creo que podríamos huir en el *Dragón Marino*. Pero me gustaría hacerlo con algo de seguridad, lo cual es imposible.

—Podríamos escabullirnos hacia el bosque y escondernos allí, mi señor. Los hulburgueses jamás nos encontrarían. —Por supuesto, el que hablaba era su condicionamiento mágico, ya que Kerth siempre tenía que poner por delante la seguridad personal de Sergen.

—No quiero quedarme aquí abandonado, Kerth. Ahora, ven conmigo, y no te separes.

Sergen echó un último vistazo a la habitación y después salió a grandes pasos al

pasillo. Kerth y tres de sus soldados lo siguieron de cerca, empuñando las espadas; los dos que quedaban, que cargaban con un pesado arcón lleno del tesoro de Sergen, se esforzaron por alcanzarlos. Se preguntó brevemente dónde estaría su padre, y si estaría todavía defendiendo alguna parte de la fortaleza, pero después sacó a Kamoth de sus pensamientos. Si los piratas todavía estaban luchando en algún lugar del castillo, servirían de distracción para lo que Sergen intentaba hacer. Su padre lo entendería.

Condujo a sus guardias a una de las escaleras de servicio en el centro de la torre y bajó rápidamente haciendo gran cantidad de ruido. En cada piso se detenía y escuchaba atentamente, pero la suerte lo favoreció; los escuadrones de soldados y mercenarios hulburgueses que vagaban por los pisos inferiores de la fortaleza no se llegaron a cruzar con él. Se desvió cautelosamente, rodeando la gran sala en el piso principal de la fortaleza y escabulléndose a través de las cocinas para descender hacia el granero y las despensas. Dos desvíos más y una estrecha escalera más tarde, y salió a uno de los pasadizos con puerta del segundo piso de las mazmorras.

Allí se encontró con varios miembros de la tripulación del *Reina Kraken*, reunidos en torno a la puerta de la cámara de los tesoros.

—Bueno —dijo Sergen—, ¿qué está sucediendo aquí?

Los piratas cruzaron miradas, pero nadie habló. Sergen sonrió para sí mismo.

—Permitidme entonces que lo adivine. Todos estabais pensando en llenaros los bolsillos con el botín de la Luna Negra antes de arriesgaros a entrar en la selva. ¿Tengo razón?

Un turmishano calvo, con una barba cuadrada llena de apretadas trenzas se enderezó y miró a Sergen a los ojos.

—¿Qué otra opción tenemos? Los soldados del harmach controlan la fortaleza. Cuando el barco se va a pique, cada uno tiene que mirar por sí mismo.

—¿El oro se come? —preguntó Sergen—. ¿Creéis que podéis sobornar a los nothics y a los khuuls, y a los bocones altos con unas cuantas bonitas monedas? No, en un día estaréis muertos si escapáis a la selva. Tal y como yo lo veo, eso no es una opción ni es nada.

—Entonces, moriremos con los bolsillos llenos de oro —rugió el hombre—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Sergen esbozó una sonrisa irónica. Él también estaba al borde de la misma situación, pero al menos tenía a sus hombres para llevarle el oro. Con un atrevimiento poco acorde con las circunstancias, miró al turmishano a los ojos y contestó:

—Seguidme —dijo—. Voy a intentar hacerme con el *Dragón Marino*. La mayor parte de los soldados del harmach están registrando la fortaleza. Con vosotros siete y mis guardaespaldas, tenemos casi tanta tripulación como ellos para proteger el barco. Os digo sinceramente que en el mejor de los casos será una lucha difícil, pero al

menos es una opción. ¿Estáis dispuestos a intentarlo?

El turmishano calvo reflexionó un instante y finalmente asintió.

—Sí, estoy contigo. Es mejor que cualquier otro plan que hubiéramos podido tener.

Los demás hombres se miraron unos a otros y después asintieron ante Sergen o se expresaron en voz alta:

—¡Yo también!

—Bien —dijo Sergen—. Entonces salid de aquí y venid con nosotros.

Los piratas se unieron al grupo y de nuevo se pusieron en marcha, caminando a paso ligero, pero teniendo cuidado de no correr. Si quería conservar a los piratas de la Luna Negra a su lado debía fingir una confianza tranquila y llena de decisión. Lo último que deseaba era parecer desesperado, y de hecho necesitaba a esos piratas desesperadamente. Suponiendo que consiguieran hacerse con uno de los dos barcos que estaban paralelos a la fortaleza, necesitaría al menos unos cuantos marineros experimentados que lo ayudaran a volver a casa. Sabía muy poco de navegación, y sus guardaespaldas personales no sabían mucho más.

Atravesaron una de las puertas, que estaba abierta y sin guardias a la vista, y torcieron por otro pasadizo. Sergen se permitió sonreír, aliviado. Habían llegado hasta las Erstenwold sin tener que luchar, y eso quería decir que ahora tendría rehenes a los que usar si no podía capturar por la fuerza el barco que quería. Se acercó a la celda donde Mirya Erstenwold y su hija estaban prisioneras, y de repente, sus pasos se volvieron menos seguros. La celda estaba vacía. Había unas esposas colgando de los barrotes, que presentaban signos de haber sido abiertos introduciendo con fuerza una palanca entre las cadenas.

—Las Erstenwold han escapado —anunció Kerth, a pesar de que la cosa no podía resultar más obvia.

—Está claro —dijo Sergen con brusquedad.

Se quedó mirando la celda vacía durante largo rato, pensando con detenimiento. Era evidente que ninguno de los piratas de la Luna Negra era el responsable. Habrían cogido las llaves del maestro de armas que estaba a cargo de aquel nivel en vez de doblar las barras para sacarlas. O bien los hulburgueses ya las habían encontrado y las habían rescatado, o Mirya había conseguido escapar por su cuenta. De cualquier modo, estaba tremendamente molesto al haber descubierto que no tenía los rehenes que tanto iba a necesitar.

Respiró hondo y se deshizo de su frustración. El signo distintivo de un hombre que tenía la habilidad de lidiar con una crisis era su disposición para aprovecharse de la situación tal cual era, y no como querría que fuera.

—Está claro —repitió—. Bien, entonces. Si volvemos a encontrarnos con la señora Erstenwold y su hija, las llevaremos con nosotros, pero ahora no tenemos

tiempo de buscarlas. Vayamos a la puerta principal.

Sergen condujo a su banda de guardaespaldas y piratas a través de corredores desiertos en dirección a la puerta trasera de la fortaleza. Consiguió reclutar a dos Lunas Negras más por el camino, aunque estaban tan malheridos que dudaba de que le fueran a ser de utilidad. Entonces, llegaron a las salas mal iluminadas donde acechaban los neogi de la fortaleza, y se desviaron hacia la puerta que conducía al exterior, hacia el oscuro bosque. En la sala de asambleas se encontraron con cinco neogi, parecidos a arañas, discutiendo en compañía de sus moles sombrías. Cuatro de éstas iban cargadas con más tesoro incluso del que Sergen había considerado apropiado cargar, y varias otras vigilaban a una fila de prisioneros encadenados con expresión ausente que esperaban a ser conducidos fuera de allí.

Los neogi pararon de discutir tan pronto como Sergen y sus soldados aparecieron.

—Lord Sergen, ¡esto es un desastre! —bufó una de las criaturas—. ¡Habéis permitido que vuestros enemigos os siguieran hasta aquí, y nos han arruinado! ¡Vuestra negligencia nos ha costado un emplazamiento muy valioso!

—Lamento las molestias —replicó Sergen—. Si nos ayudáis a contrarrestar el ataque hulburgués, no tendremos que abandonar el lugar.

—¡Eso es impensable!

El monstruo arácnido retrocedió, horrorizado, y Sergen resopló. Los neogi eran criaturas cobardes, a menos que la promesa de una valiosa recompensa inflamase su codicia y los hiciera abandonar su habitual cautela.

—¡Eso implicaría arriesgarnos a recibir daño físico! ¡No hay nada de beneficioso en ello!

—Entonces, ¿de qué me servís? —les recriminó Sergen.

No le importaban mucho los neogi. Eran valiosos socios comerciales, por supuesto, ya que compraban ávidamente cualquier mercancía que la Luna Negra trajera de los mares de Faerun. Años atrás le habían vendido a Kamoth la brújula estelar que lo había convertido en el amo de Neshuldaar, y habían cosechado los beneficios de los saqueos de la Luna Negra. Sus barcos de apariencia arácnida acudían de cuando en cuando a la fortaleza para comerciar con los piratas humanos, y Kamoth estaba más que dispuesto a permitirles usarla como almacén y puerto de escala. Pero eran criaturas detestables, poco dignas de confianza, y no le debían lealtad a nadie más que a sí mismos.

—Luchar es para los esclavos —le respondió otro de los neogi—. Nos refugiaremos en la selva lunar y esperaremos al siguiente barco mercante de nuestro clan. Ocúpate tú mismo de tus enemigos.

Sergen estuvo a punto de responder airadamente, pero se mordió la lengua. No tenía sentido contrariar a las criaturas... y podría ser que no hubiera encontrado aún la manera correcta de pedirles ayuda.

—Bien —dijo—. No necesitáis luchar. Sin embargo, me gustaría contratar los servicios de vuestros esclavos durante el día de hoy, y pagaré generosamente por ello.

Los neogi se miraron unos a otros, y después se volvieron a mirar a Sergen.

—Son sirvientes muy valiosos, y hay muchas probabilidades de que resulten heridos o muertos en la batalla —contestó el primero—. Además, no podemos estar seguros de que vayáis a tener éxito. Debemos reservar algunos para nuestra protección en caso de que falles.

—Entonces, tan sólo es cuestión de determinar de cuántos puedo disponer, y fijar un precio justo.

Los neogi sonrieron ampliamente, mostrando una hilera de colmillos afilados como agujas. Sergen suspiró. Si algo había seguro, era que los neogi intentarían sacarle hasta la última moneda de cobre de los bolsillos si creían que le podían vender algo. Le llevó varios minutos de duras negociaciones, pero finalmente llegaron a un trato que le otorgó a Sergen el uso de cuatro de los monstruos a un precio desorbitado, que ordenó pagar a sus guardias del arcón que llevaban. Si hubiera tenido tiempo para negociar habría podido mejorar el trato, pero intentó no preocuparse por los detalles; después de todo, era probable que estuviera comprando su libertad, e incluso podría amortizar el gasto vendiéndoles a los neogi un pasaje en cualquiera de los barcos que consiguiera capturar. Los neogi apartaron a un lado a los esclavos en cuestión y hablaron con ellos un instante en su propia lengua; los monstruos miraron a Sergen e inclinaron sus enormes cabezas.

—Les hemos dado instrucciones a esos cuatro para que te obedezcan —dijeron los neogi—. Te servirán lo mejor que sepan hasta la puesta de sol, o hasta que les ordenemos lo contrario.

—Muy bien —dijo Sergen.

Se había entretenido allí todo lo que se había atrevido, pero se consoló pensando que añadir a esas criaturas enormes a su improvisado ejército aumentaba de manera drástica sus posibilidades de tener éxito. Inclinó la cabeza hacia la pequeña criatura.

—Creo que oigo cómo se acerca la lucha. Si queréis salir de la fortaleza, ahora debería ser un buen momento.

—Esperaremos y observaremos desde las ruinas del templo —dijo el neogi—. Recuerda, esperamos que nuestras propiedades nos sean devueltas antes de separarnos.

—Comprendo —dijo Sergen.

Lo último de lo que pretendía preocuparse era de devolverles a los señores neogi los sirvientes que sobrevivieran, pero no vio razón para decírselo a aquella horrible criatura. Entonces, lo sobrevino un pensamiento repentino.

—Una cosa más antes de que nos vayamos. ¿Recordáis a las dos prisioneras que traje desde Hulburg? ¿Una mujer alta de cabellos negros, y una niña también de

cabellos negros?

El neogi lo miró detenidamente.

—Las conozco. La pequeña estaba muy asustada cuando nos vio. Les dije a sus guardianes que debían cortarle la lengua si seguía haciendo esos ruidos. ¿Qué pasa con ellas?

—Han escapado de su celda. ¿Las habéis visto?

—Sí —admitió el monstruo—. Las vimos en la puerta hará una hora. Consiguieron evitarnos y huir hacia la selva.

Sergen contuvo su enfado. Sin duda, los neogi ni se habían molestado en advertir a la Luna Negra de la huida de las prisioneras porque pretendían atraparlas y venderlas de nuevo. Aun así, pensó que podría intentar fomentar los instintos mercenarios de los neogi.

—Tienen cierto valor para mí. Si las capturáis de nuevo, os pagaré generosamente. Doscientas piezas de oro por cada una.

Era un precio muy superior al que los neogi esperarían por los esclavos rutinarios; quizá incluso harían un esfuerzo por localizar a Mirya y a su hija.

—Hecho —contestó el neogi, que bufó a los otros.

Las cinco pequeñas criaturas salieron por la puerta, en dirección a la jungla. Tras ellos iban sus sirvientes y los esclavos, aunque dejaron atrás a los cuatro que ahora servían a Sergen.

Éste miró a los monstruos.

—Quedaos cerca de mí —les dijo.

Después, reunió a sus guardaespaldas y a los piratas que se habían unido a ellos, y siguió al grupo de neogi por la puerta trasera de la fortaleza. Los vio desaparecer junto con sus esclavos en la selva que tenían delante, pero él torció a la izquierda y tomó el camino que rodeaba la fortaleza justo por debajo de sus negras murallas. No todo estaba perdido. Pensó que tenía suficientes hombres —y monstruos— como para hacerse con el control de uno de los barcos, si se movían con rapidez y los hulburgueses tardaban en darse cuenta del peligro. Quemaría el barco que no capturase, lo cual frustraría cualquier intento de perseguirlo en Neshuldaar. En día y medio estaría de vuelta en Melvaunt, a salvo en su palacio y listo para continuar con sus esfuerzos contra los Hulmaster con los recursos que encontrara más a mano. Pero no había duda de que la disolución de la Hermandad de la Luna Negra era un duro revés. Geran Hulmaster tenía que estar detrás de todo aquello. ¿Quién, aparte de su odiado medio primo, habría encontrado una manera de derrocar a sus aliados piratas en un fondeadero tan remoto y seguro?

Sergen frunció el ceño. Le habría encantado asegurarse de que Geran encontrara una muerte solitaria bajo los muros de la fortaleza de la Luna Negra antes de abandonar el lugar..., pero dejarlo abandonado junto con su tripulación

cuidadosamente escogida a miles de kilómetros de casa lo consolaba en cierta medida. Quizá permaneciera varado en las Lágrimas de Selene durante años, perseguido por monstruos lunares e incapaz de estropear los planes de Sergen. Era un pensamiento agradable.

Llegaron a la esquina donde el muro de la fortaleza se juntaba con el muelle, y Sergen hizo señas a sus hombres para que se detuvieran. Avanzó sigilosamente y se arriesgó a echar un vistazo rápido. La puerta principal de la fortaleza estaba abierta, pero había pocos soldados en el muelle. Unos veinte soldados estaban ocupados tanto en el interior como alrededor del *Reina Kraken* y el *Dragón Marino*. No se preocupó por ellos, ya que lo que más lo inquietaba era la posibilidad de que los guardias del Escudo y los soldados salieran rápidamente de la fortaleza para unirse a la lucha cuando se dieran cuenta de que los barcos estaban siendo atacados. Necesitaría hacer algo para evitar que los refuerzos acudieran en ayuda de los marineros.

—Vosotros dos —les dijo a las moles sombrías más cercanas—. Cuando el resto de nosotros entremos a la carga, quiero que vayáis a la puerta principal de la fortaleza, allí. Entrad en la sala inferior, y matad a cualquier hulburgués que encontréis. Resistid en la sala y evitad que los soldados que hay dentro de la fortaleza salgan por la puerta hasta que os lo diga. ¿Comprendido?

Los monstruos lo miraron fijamente con sus extraños ojos de insecto, pero hicieron un gesto de asentimiento. Sergen calculó que cada uno valía por cinco soldados, al menos, en una batalla; con algo de suerte, podrían contener a los guardias del Escudo dentro de la fortaleza durante bastante tiempo antes de que los superaran.

Estudió los dos barcos que estaban juntos en el muelle, y tomó una decisión.

—Lo intentaremos con el *Dragón Marino* —le dijo al resto de la banda—. Ocupaos de los marineros primero, después cortaremos las cuerdas y liberaremos al *Reina Kraken* para quemarlo. No os frenéis; ésta es nuestra única oportunidad. ¡Seguidme!

Desenvainó estoque y puñal, salió de su escondite y corrió hacia los barcos. Sus guardaespaldas lo siguieron, tratando de adelantarlo para protegerlo de los ataques; las moles sombrías avanzaron torpemente tras él, y dos de ellas se dirigieron hacia la puerta de la fortaleza, como les había ordenado. Su aparición fue tan inesperada que Sergen llegó a alcanzar la cubierta del *Reina Kraken* antes de que los marineros hulburgueses comenzaran a dar la alarma. Se enfrentó a un marinero armado con un alfanje en lo alto del portalón, paró su torpe ataque y lo atravesó. El hombre gimió y comenzó a caer. Sergen lo echó hacia atrás bruscamente, sacando la punta de la espada, y se hizo a un lado para que sus seguidores subieran en tropel desde el muelle.

—¡Al *Dragón Marino*! —exclamó—. ¡Ése es el que queremos!

Cruzó la cubierta del *Reina Kraken* y saltó al otro buque de guerra, que estaba

justo al lado. Allí, a pesar de su sorpresa, los hulburgueses no cedieron terreno y presentaron una sólida defensa, luchando con uñas y dientes para proteger su barco. Marineros, piratas y guardias con cota de malla gritaban y maldecían, envueltos en una feroz lucha cuerpo a cuerpo llena de hachas, cuchillos, alfanjes y espadas esparcidas por toda la cubierta del barco. Por un instante, Sergen temió no salir airoso, ya que los soldados de ambos bandos iban cayendo uno tras otro, y el ataque parecía estar estancado; pero entonces las dos moles sombrías que había mantenido a su lado treparon a cubierta y se unieron a la lucha. Las criaturas eran terriblemente fuertes y las protegía un caparazón quitinoso que era más grueso que la armadura de placas. Y lo que era peor, cualquiera que se atreviera a mirarlas a la cara se quedaba hipnotizado por la mirada enloquecedora del monstruo. Se quedaron paralizados, incapaces de levantar la espada para defenderse, mientras las potentes garras de los monstruos los despedazaban o algún pirata oportunista los rajaba por la espalda mientras estaban indefensos.

Sergen decidió que valían lo que había pagado por ellos mientras observaba a los monstruos hacer pedazos a sus enemigos. Entonces, se oyó un zumbido grave atravesando la cubierta, y un negro y grueso virote, tan largo como su antebrazo, alcanzó a una de las moles justo entre los ojos. La poderosa flecha atravesó la quitina del monstruo con un sonoro crujido. Éste chilló una sola vez antes de tambalearse hacia atrás, atravesando la barandilla y cayendo por el lateral. La criatura se hundió como una piedra en las aguas color zafiro y no volvió a emerger.

—¡Por todos los dioses! —rugió Sergen, lleno de frustración.

Giró en redondo, buscando la fuente del proyectil, y vio a un viejo y curtido enano de pie junto a una balista montada en la toldilla.

—¿Qué te parece eso, bicho monstruoso? —gritó el enano.

Sonrió con fiereza y comenzó a arrancar el motor con la manivela frenéticamente, tirando de la enorme balista hacia atrás para disparar de nuevo mientras miraba a la otra mole.

Sergen subió rápidamente las escaleras que conducían a la toldilla y cargó contra el enano. Este lo vio venir y se apartó de la balista, para enfrentarse a él con un hacha de abordaje en la mano. Logró desviar la hoja de Sergen con el mango del hacha y lo contraatacó ferozmente, arremetiendo contra él..., pero al mismo tiempo quedó expuesto. Sergen retrocedió medio paso y le clavó el estoque entre las costillas. El enano se tambaleó, dando varios pasos; se balanceó débilmente y cayó a la cubierta.

—No llegarás muy lejos, Sergen —jadeó con la boca llena de sangre—. Geran Hulmaster se ocupará de ti muy pronto.

Sergen enarcó una ceja.

—Quizá, pero llegaré más lejos que tú, amigo mío —dijo.

Volvió a la barandilla y evaluó la batalla. Pocos hulburgueses seguían todavía en

pie, y varios de sus guardias personales ya le estaban prendiendo fuego al *Reina Kraken*. Era una pena destruir un barco tan bueno, pero Kamoth —si es que aún vivía— lo habría incendiado con sus propias manos antes de permitir que lo capturaran.

—¡Cortad las amarras! ¡Preparaos para navegar! —les gritó a los soldados que estaban abajo.

Dirigió su atención hacia los calabotes más cercanos, liberando los ganchos y arrojándolos por la borda uno por uno. Hizo una pausa para mirar hacia la puerta principal, buscando señales de soldados hulburgueses. Creyó oír ruido de lucha proveniente de aquella dirección, pero era difícil estar seguro. Lo único que tenían que hacer allí las moles sombrías era mantener ocupados a los hulburgueses unos minutos más, y eso sería suficiente para satisfacerlo.

—¡Nos hemos soltado, lord Sergen! —le dijo Kerth.

El corpulento espadachín cortó la última cuerda que unía al *Dragón Marino* con el *Reina Kraken*.

—Muy bien. ¡Ahora ascendamos! —les gritó a los piratas de la Luna Negra que todavía quedaban en pie—. ¡Daos prisa, vamos!

—¡Sí, lord Sergen! —contestó el pirata turmishano calvo—. Pero somos muy pocos para manejar este barco.

Sergen echó un vistazo a la cubierta principal y se dio cuenta de que había perdido a varios piratas en su lucha desesperada, junto con uno de sus guardaespaldas. Puso cara de frustración. Los hulburgueses lo habían hecho mejor en aquella escaramuza breve y violenta de lo que había esperado.

—No tenemos otra opción —dijo con brusquedad—. ¡Simplemente despegad y haced lo que podáis! ¡No pueden seguimos!

El pirata turmishano puso mala cara, pero subió las escaleras que conducían hacia la toldilla y cogió el timón.

—¡Desplegad la vela de proa! —les dijo a sus compañeros—. ¡Nos dará algo más de maniobrabilidad! ¡Lord Sergen, diles a tus muchachos que echen una mano!

Kerth le dirigió a Sergen una mirada inquisitiva.

—¡Haced lo que dice! —le dijo a Sergen.

Los guardaespaldas no sabían mucho más que él acerca de navegación, pero fueron corriendo a ayudar a los marineros de la Luna Negra lo mejor que pudieron. El *Dragón Marino* se alejó lentamente del *Reina Kraken*. Sergen podía sentir en el rostro y las manos el calor de las llamas, que estaban comenzando a consumir el barco pirata. Durante un instante temió que no fueran a alejarse del navío en llamas antes de que prendieran también en su barco, pero entonces oyó el sonido de la lona ondeando contra el viento. Poco a poco, la vela principal se iba colocando en su sitio..., y cuando el viento fue empujándola, el casco del buque de guerra comenzó lentamente a elevarse fuera del agua.

—¡Ahora la vela principal! —dijo el turmishano que iba al timón.

Los marineros de la Luna Negra y los guardias de Sergen soltaron las cuerdas, trabajando mano a mano, para desplegar la vela principal, y después corrieron hacia el palo mayor para comenzar a soltar trapo.

Sergen dirigió la mirada hacia el muelle, que se alejaba lentamente de ellos. Los soldados de la Guardia del Escudo salieron en tropel por la puerta principal y corrieron por el muelle, con gritos de alarma. Algunos apuntaron hacia el *Dragón Marino* con ballestas o arcos largos, disparando inútilmente al barco de guerra mientras comenzaba a ascender, alejándose de la fortaleza. Otros corrieron a apagar las llamas que se extendían por el *Reina Kraken* en un desesperado intento de salvarla. Sergen sonrió con fría satisfacción.

—¡Tengo tu barco, Geran! —gritó en dirección al muelle—. ¡Disfruta de tu estancia aquí, primo!

Una pequeña figura vestida con una túnica color granate apareció en las almenas que había sobre la garita. Sergen frunció el ceño al reconocer al hechicero Sarth. El tiflin gesticuló, gritando las palabras de un hechizo que Sergen no logró oír.

Alrededor de su cetro lleno de runas talladas surgió un fuego dorado que tomó la forma de una flecha, y con un rápido movimiento de la mano le lanzó el proyectil a gran velocidad. Sergen dejó escapar un juramento y se arrojó al suelo cuando el abrasador proyectil impactó contra el lugar junto a la barandilla en el que estaba un momento antes.

El pirata turmishano que estaba al timón dejó escapar un grito ahogado, y de repente, la proa del barco comenzó a descender. Sergen dirigió la mirada hacia el timón y vio al hombre allí de pie, con un agujero carbonizado y humeante en la base del cuello. Miró a Sergen, con los ojos muy abiertos, tremendamente pálido a pesar de lo oscuro de su piel, e intentó decir algo, pero de su boca salió sangre a borbotones que le goteó por la barbilla. Se inclinó sobre el timón, con las manos atrapadas entre los radios, y cuando se desplomó sobre la cubierta, el timón giró sin control en su agonía. El *Dragón Marino* se inclinó hacia un lado, y uno de los guardaespaldas de Sergen, que estaba trepando con dificultad por el mástil principal, se soltó y rodó por la cubierta, cayendo al lago que estaba debajo.

Sergen se dio cuenta de que era el único que estaba más o menos cerca del timón. Se lanzó hacia adelante y lo agarró, tratando de corregir el rumbo errático del barco. Éste pesaba demasiado, y se esforzó por equilibrarlo. Mientras Sergen luchaba con el timón, el barco comenzó a coger velocidad con la brisa fresca. Finalmente consiguió nivelarlo, justo a tiempo para ver el follaje rojizo en el lateral de una colina que se avecinaba delante.

—¡Arriba! ¡Arriba! —le gritó al timón..., pero era demasiado tarde. Aunque la proa comenzó a elevarse abruptamente, el viento empujó al *Dragón Marino* hacia los

enormes árboles que cubrían la colina. Las ramas crujían o castigaban la cubierta como si fueran guadañas, arrojando aparejos sueltos hacia la selva que tenían debajo, y el barco se detuvo, inclinado hacia un lado, enganchado entre las ramas.

—¡Maldita sea! —rugió Sergen.

Llegó hasta la barandilla con gran dificultad y echó la vista atrás, hacia la fortaleza. Habían avanzado más o menos un kilómetro en su breve vuelo, y estaba claro que el *Reina Kraken* no iría tras ellos inmediatamente..., pero el *Dragón Marino* estaba enganchado a plena vista, en la falda de la colina. Los hulburgueses podrían llegar allí a pie. Quizá les llevaría media hora alcanzar el barco encallado en su precaria posición, o quizá incluso menos.

Descendió de la toldilla, corriendo hacia su tripulación, que cada vez era menos numerosa. La mayoría estaban incorporándose tras haber caído sobre la cubierta, o mirando a su alrededor con expresión atónita.

—¡No os quedéis ahí parados! —gritó—. ¡Desenganchad el barco! ¡Desenganchadlo!

«Todavía puedo escapar», se dijo Sergen. Sólo necesitaba unos minutos de trabajo duro con hachas y cuchillos, y el *Dragón Marino* quedaría libre para llevarlo a donde estuviera a salvo. Se dirigió apresuradamente a la borda y miró en dirección a la fortaleza; vio la columna de humo que salía del barco en llamas y buscó ansioso cualquier señal de que los estuvieran siguiendo.

VEINTIOCHO

17 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Las extrañas y viejas ruinas resultaron ser más vastas de lo que Geran había imaginado al verlas desde lo alto de la colina. A lo largo de cientos de metros se extendían muros y plazas, torres derruidas y palacios laberínticos bajo la exuberante vegetación de la extraña selva de Neshuldaar, coronada por la niebla. Bajo la cima de la colina, las ruinas se convertían en un raro laberinto amurallado (alguna antigua fortaleza, monasterio o ciudad fortificada, pero que no había sido levantada por manos humanas). Los umbrales de las puertas apenas tenían un metro veinte de altura, no había ventanas, y los edificios en forma de celdilla estaban apilados unos sobre otros, conectados por lo que Geran adivinó que serían trampillas en techos y suelos. Las pequeñas plazas estaban marcadas por enormes monolitos, cada uno de los cuales se veía cubierto de tallas que representaban criaturas monstruosas y grotescas. Había muy pocas calles, y todo aquel lugar parecía un laberinto, incluso sin la presencia de los árboles y las plantas trepadoras que lo habían invadido.

Geran, Mirya y Hamil eligieron cuidadosamente el camino que debían seguir a través de las ruinas, descendiendo y adentrándose aún más en la selva. De vez en cuando llamaban a Selsha, pero la extraña niebla de aquella luna se hacía cada vez más espesa a medida que los árboles se iban juntando. Sus gritos no parecían llegar muy lejos, y Geran comenzó a preguntarse si Selsha podría oírlos incluso en el caso de que llegaran a pasar cerca del lugar donde se escondía. La idea de peinar las ruinas durante horas no resultaba precisamente apetecible.

Hamil iba en cabeza, con Mirya justo detrás. Llevaba el arco y el carcaj de Hamil. Geran sabía que tenía buena puntería con el arco; o al menos era bastante buena en la época en la que los había acompañado a su hermano Jarad y a él en sus incursiones a los Altos Páramos. No disparaba con la misma precisión o velocidad que Hamil, pero se sentía mejor si iba armada. Geran iba en la retaguardia, vigilando atentamente por encima del hombro por si aparecían más monstruos de la selva. Intentó hacer caso omiso de la grácil curva de la cadera de Mirya bajo la capa prestada y el fino vestido de seda, pero no fue del todo capaz. No era difícil ver a la muchacha a la que había amado hacía diez años en el paso seguro y confiado de la mujer que caminaba frente a él. En cierto modo, dudaba de que su amor perdido, Alliere, hubiera mostrado el valor y la inventiva de Mirya en circunstancias parecidas. Pensó que resultaba extraño comparar a una mujer corriente, que procedía del Hulburg rústico, con una dama de alta cuna, perteneciente a una familia de la nobleza elfa y pensar que la princesa de los *Tel'Quessir* no daba la talla.

Tras media hora de dar vueltas por las ruinas, Mirya miró por encima del hombro

y justo lo pilló admirándola. Geran levantó la vista rápidamente para encontrarse con una mirada severa, pero esbozó una leve sonrisa antes de hablar.

—Me gustaría saber cómo encontrasteis este lugar —dijo—. Estamos muy lejos de Hulburg, no hay duda.

—Te seguimos, por supuesto —dijo él—. Nos enteramos de que te habían secuestrado apenas una hora o dos después de la incursión de la Luna Negra en Hulburg. Partí en tu busca tan pronto como fue posible. Perseguimos a Kamoth y el Reina Kraken por medio Mar de la Luna...

—Y entonces, Kamoth se elevó por los aires —intervino Hamil—. No teníamos ni idea de que estaba utilizando la magia de ese modo para ir y venir desde el Mar de la Luna.

—Tuvimos que encontrar una brújula encantada para poder navegar hacia el Mar de la Noche. Tan pronto lo hicimos, la acoplamos al *Dragón Marino* y seguimos a Kamoth hasta aquí —continuó Geran. Sonrió amargamente—. Hemos estado buscando la guarida secreta de la Luna Negra durante diez días, pero jamás imaginamos que no estaba en el Mar de la Luna, ni siquiera en Toril. En cualquier caso, hemos tomado el *Reina Kraken* y la fortaleza. La Hermandad de la Luna Negra está acabada. Tan pronto encontremos a Selsha, podemos abandonar este lugar para siempre.

—¿Fue tan terrible la incursión de la Luna Negra?

—No tan mala como podría haber sido —le dijo—. Sarth, Hamil y yo íbamos a bordo del *Tiburón de la Luna*, uno de los barcos piratas, disfrazados. Sarth se las arregló para enviar una advertencia al harmach justo antes de que los barcos de la Luna Negra entraran en el puerto. Después de eso introdujimos nuestro barco (para entonces ya controlábamos el *Tiburón de la Luna*) y ayudamos a hundir otros dos barcos antes de que nuestra tripulación nos tirara por la borda. —Hizo una pausa, pensando en lo que ocurrió aquella noche—. Sólo permanecemos en Hulburg unas horas antes de volver a partir en el *Dragón Marino*, así que únicamente sé lo que presencié por mí mismo. Se quemaron partes del distrito del puerto, y murió mucha gente. Pero la Guardia del Escudo, la Hermandad de la Lanza y los soldados de las compañías mercantiles rechazaron el ataque tras una hora o dos de ardua lucha. Pude ver que Erstenwold parecía bastante entero.

—Me alegra oírlo, pero Hulburg debería haber estado preparada. Con un aviso más...

—Hice lo que pude, Mirya —dijo Geran—. Aquella noche hacía un tiempo horrible, y nos dirigimos hacia Hulburg lo más deprisa posible. Fue lo único que pudimos hacer para advertir de algún modo al harmach.

—No se trata de eso, Geran —dijo Mirya. Se detuvo y se volvió hacia él—. Yo sabía que la incursión se iba a producir. Espié al líder de los Puños Cenicientos y

escuché cómo conspiraba con el mago mayor, días antes de que atacara la Luna Negra. Pensé que me había librado, y pretendía contárselo al harmach a la mañana siguiente, a primera hora. Pero vinieron a mi casa y nos cogieron a Selsha y a mí. —Bajó la vista hacia el suelo—. Sólo los dioses saben cuánta gente murió porque no acudí directamente a Griffonwatch.

—¿El mago mayor? —preguntó Hamil—. ¿El mago de la casa Marstel?

—Sí, Lastannor. Informó al líder de los Puños Cenicientos acerca del ataque. Éste es un sacerdote de Cyric llamado Valdarsel. Los estuve espiando en *Las Tres Coronas*. —Mirya se estremeció—. El mago vino a por mí más tarde, acompañado por su horrendo sirviente, una cosa enorme y pálida, con apariencia humana pero de piel y mirada frías. El sirviente echó abajo mi puerta, y Lastannor me dejó inconsciente con sus conjuros. Me mantuvo así hasta que me desperté en el barco de Kamoth.

—¿Qué diablos te llevó a jugar a los espías con los magos y los Puños Cenicientos? —preguntó Geran— ¡Te jugaste la vida!

—Selsha se topó con el santuario de Valdarsel. Él la encontró. Tuve miedo de que fuera a hacerle algo para asegurarse de que no le contaría a nadie más lo que había descubierto. La Guardia del Escudo no podía ayudarme, ya que no tenían ni idea acerca de quién era él o dónde se escondía. Yo..., yo oí algo acerca de su paradero, pero tenía que ir a echar un vistazo para asegurarme de ello antes de acudir a la Guardia del Escudo.

Geran frunció el entrecejo. Estuvo a punto de decir «deberías habérmelo contado», pero, por supuesto, él llevaba ausente diez días, infiltrado en la Luna Negra haciéndose pasar por un pirata. Aun así, Mirya le acababa de dar mucho que pensar. Si tenía razón, entonces la casa Marstel —o al menos su mago principal— estaba aliada tanto con la Hermandad de la Luna Negra como con las bandas de los Puños Cenicientos. Y él se había marchado en pos del *Reina Kraken*, desconociendo absolutamente a qué enemigos había dejado atrás. ¿Acaso era eso lo que Esperus le había insinuado con la críptica advertencia del Murkelmor muerto, entregado en las ruinas de Sulasspryn? Todavía no tenía ni idea de cuáles eran los intereses del rey lich en todo aquel asunto, pero de repente estaba mucho menos seguro que antes de que aventurarse en el Mar de la Noche para perseguir a Kamoth hubiera sido una buena idea.

«Ya está hecho —se dijo—. Y si no hubiera venido, ¿qué habría sido de Mirya y Selsha? Pase lo que pase en casa mientras estoy lejos, al menos he liberado a Mirya del destino que Kamoth y Sergen tenían reservado para ella».

—Tan pronto como volvamos a Hulburg, nos ocuparemos de Lastannor y de ese tal Valdarsel —le dijo—. Conspiraron con la Luna Negra y os secuestraron a ti y a Selsha. Eso es razón suficiente para que el harmach los exilie a ambos, en el peor de

los casos. No deberías preocuparte...

Un grito a lo lejos lo interrumpió. Era un grito infantil aterrorizado, que procedía de algún punto de las ruinas que tenían delante.

—¡Oh, Señora mía! —susurró Mirya—. ¡Selsha! —Echó a correr calle abajo, saltándose los escalones.

Geran y Hamil intercambiaron una mirada llena de preocupación. Mirya se había marchado sin dudarle un instante, reaccionando según sus instintos maternos sin importarle lo que podría estar esperándola en las sombras de los bosques y las ruinas de Neshuldaar.

—¡Vayamos tras ella! ¡Deprisa! —dijo bruscamente Geran.

Salió corriendo en pos de Mirya, decidido a no volver a perderla. Hamil lo seguía de cerca mientras corrían directamente hacia las siniestras ruinas negras, pisándole los talones a Mirya.

El grito de Selsha resonó en el aire mientras Geran y Hamil descendían a la carrera los estrechos escalones del laberinto de callejuelas. Mirya aparecía y desaparecía en la oscuridad que tenían delante, pudiéndose vislumbrar apenas unas pálidas extremidades de seda roja ondeando al viento entre las piedras negras. Dio varias vueltas rápidas y se desvió varias veces, y Geran a punto estuvo de perderla de vista. Esperaba que estuviera dirigiéndose hacia Selsha con una seguridad mayor que la suya, así que sencillamente la siguió a dondequiera que estuviera yendo. Hamil lo seguía a todo correr a poca distancia, haciendo lo posible por llevar el ritmo. Los halflings eran rápidos a pesar de sus cortas zancadas, pero pocos podían mantener el ritmo de un humano de piernas largas durante mucho rato.

—*¡No pierdas a Mirya de vista!* —le dijo Hamil—. *Yo ya te alcanzaré.*

Geran dobló la velocidad. Vio a Mirya dar la vuelta en una esquina justo por delante de él, y salió en veloz carrera para alcanzarla..., sólo para detenerse bruscamente al otro lado, a punto de tirarla al suelo. Estaban frente a otra plaza, pero ésa era más grande y no tenía torres. En su lugar, parecía haber una plazoleta justo en el interior de la muralla que rodeaba las ruinas, con una garita de varios pisos en ruinas que vigilaba una antigua arcada que conducía a la jungla.

Selsha Erstenwold estaba colgando a duras penas de la parte más alta de la vieja garita, que era poco más que un montón de piedras de unos cuatro metros y medio de alto. En la plaza que tenía debajo había varios monstruos arácnidos, con cuellos largos y estrechos y caparazones peludos teñidos con extrañas espirales y marcas, que bufaban y parloteaban entre ellos, mirando a la niña con ojos voraces. Detrás de los monstruos arácnidos caminaban pesadamente unas criaturas similares a enormes insectos humanoides que Geran reconoció como moles sombrías. Ya se había encontrado con ellos anteriormente en una expedición que había hecho hacía mucho a la Antípoda Oscura, como miembro de la Compañía del Escudo del Dragón. Las

moles iban cargadas con pesados arcones.

Mirya dejó escapar un juramento, sorprendida.

—¡Los monstruos de la fortaleza! —exclamó.

Los monstruos arácnidos que estaban bajo la garita en ruinas bufaron, sorprendidos, ante la súbita aparición de los tres adultos, y después comenzaron a gritar órdenes en su propia y extraña lengua. Las moles que los seguían dejaron los arcones y avanzaron pesadamente.

Geran miró a las moles sombrías y a continuación a los pequeños arácnidos. Si era lo bastante rápido, podría alcanzar a Selsha antes que las moles..., pero tendría que ahuyentar a los monstruos arácnidos rápidamente. Decidió que era mejor no pensárselo mucho.

—¡Apartaos de ella! —les gritó a los arácnidos, y cargó directamente contra ellos, de manera temeraria. Hamil gritó y fue tras él.

—¡Geran! ¡Hamil! —gritó Selsha, que logró avanzar unos centímetros para apartarse de los monstruos, mientras los escombros se escurrían entre sus pies—. ¡Cuidado con los monstruos!

Los arácnidos retrocedieron agitadamente, al parecer sin demasiadas ganas de que Geran los tuviera al alcance de su espada, pero las moles sombrías ya estaban acudiendo rápidamente a asistir a sus pequeños amos. Geran voló por encima de las viejas piedras cubiertas de musgo, y alzó la espada para descargar el primer golpe. Pero, de repente, un oscuro e inevitable malestar se cernió sobre él, una desesperanza tan intensa y absoluta que se detuvo bruscamente, cayó de rodillas y bajó la espada. Sabía que tenía que ahuyentar a los monstruos arácnidos antes de que sus inmensos sirvientes los alcanzaran, pero el esfuerzo le parecía sencillamente imposible. Por mucho que lo intentara, no podía reunir la voluntad para dar un solo paso hacia los pequeños arácnidos. Tres de las criaturas estaban de pie frente a la garita, agitando los brazos de forma extraña mientras sus ojillos negros, que permanecían fijos en él, emitían un brillo malicioso. Se dio cuenta de que eran algún tipo de lanzadores de conjuros. Pero aun sabiendo que de algún modo habían conjurado el sopor que lo hacía incapaz de moverse mientras sus sirvientes monstruosos corrían en su ayuda, no fue capaz de escapar a su control.

—Geran, ¿qué sucede? —lo llamó Selsha. Se resbaló y cayó unos cuantos centímetros; aunque se desprendieron más escombros, logró estabilizarse y miró a su madre—. ¡Mamá! ¡Algo malo le pasa a Geran!

Hamil no se lo pensó dos veces. Pasó junto a Geran a gran velocidad, empuñando las dagas, y atacó con la rapidez de una serpiente al monstruo arácnido más cercano. La criatura chilló, asustada y furiosa, y se escabulló para evitar el ataque del halfling.

—¡Geran! —le gritó telepáticamente—. ¡Están usando magia para controlarte! ¡Lucha contra ella!

El mago de la espada intentó reunir toda su fuerza de voluntad contra aquel insidioso ataque, intentó convocar la ira, o la negación, o alguna emoción que le permitiera comenzar a resistirse. Luchó, buscando algo mientras aquellas cosas estrechaban el círculo y sus moles sombrías entraban rápidamente en la vieja plaza. Se preguntó si les ordenarían a las moles despedazarlo, si lo matarían con sus propios dientes afilados, o simplemente lo desarmarían y lo dejarían indefenso en el sitio donde estaba, incapaz de hacer nada para protegerse contra el primer monstruo de la jungla que pasara por allí.

—¡Cogedlos vivos! —siseó una de las pequeñas criaturas—. ¡Podrían ser esclavos valiosos!

Se oyó el tañido de un arco a espaldas de Geran. Notó una ligera ráfaga de aire en la mejilla al pasar la flecha junto a él, antes de hundirse profundamente en el cuerpo de una de las tres criaturas arácnidas que lo tenían atrapado con su encantamiento. La criatura saltó con un grito agónico y cayó de espaldas, moviendo frenéticamente las piernas..., y el malestar que lo tenía atrapado se desvaneció como si jamás hubiera existido.

Geran gritó súbitamente, arremetiendo contra el monstruo arácnido más cercano; se acercó y casi le cortó el cuello de una estocada.

—¡No miréis a las moles a los ojos! —exclamó Geran.

Eso era lo único que recordaba acerca de las criaturas; las moles sombrías podían volver loco a un humano con su mirada mágica. El resto de los monstruos arácnidos huyeron de inmediato, escupiendo y emitiendo furiosos rugidos. Una mole sombría le lanzó un zarpazo al mago de la espada, chasqueando sus afiladas mandíbulas, pero ahora Geran tenía libertad de movimiento. Le dio la espalda al monstruo, negándose a mirarlo a la cara, y se dirigió rápidamente hacia el lugar donde Selsha estaba colgando de las paredes semiderruidas de la garita.

—¡Salta, Selsha! —exclamó—. ¡Te tengo!

Selsha echó un vistazo a los monstruos que avanzaban hacia ella y saltó a los brazos de Geran. Él se tambaleó por el peso —era una buena caída, y tan sólo tenía una mano libre—, pero consiguió agarrarla y la dejó en el suelo. Hamil ahuyentó a otro de los monstruos arácnidos, pero a continuación tuvo que ceder terreno al ver que Geran estaba retrocediendo ante las terribles moles sombrías. Mirya disparó otra flecha, que rebotó en la gruesa quitina que protegía el torso de una mole; la criatura rugió y se volvió hacia ella.

Tal y como estaban las cosas, la discreción era la solución más valiente.

—¡Deprisa, por la puerta! —gritó Geran—. ¡Los dejaremos atrás!

Mirya sacó otra flecha y apuntó, pero Hamil la cogió por el brazo.

—¡Deja eso! —dijo el halfling. La empujó por delante de sí, hacia el camino—. ¡Corre!

Geran cogió a Selsha por el brazo y la condujo a través de la puerta y carretera abajo, saliendo de las viejas murallas de la ciudad. Las mandíbulas de las moles emitieron un chasquido ansioso mientras se lanzaban a por su presa. Durante los primeros veinticinco metros los siguieron de cerca, pero después Hamil, Mirya, Geran y Selsha comenzaron a dejarlos atrás. Las moles sombrías tenían el tamaño y la fuerza necesarios como para apisonar la maleza que se interponía en su camino o para arrancar lianas y plantas trepadoras, pero cada vez que lo hacían, sus pequeñas presas avanzaban un paso o dos más que ellas. Geran se sintió tentado durante un instante de intentar conducir a sus perseguidores a las profundidades del bosque, pero descartó la idea de inmediato. Lo último que quería era separarse de los demás ahora que finalmente había encontrado a todo el mundo, y siempre existía la posibilidad de que las moles sombrías y sus pequeños amos no cayeran en la trampa. Si podían dejar atrás a las moles sombrías, dudaba de que las criaturas más pequeñas estuvieran demasiado deseosas de seguirlos muy de cerca.

Tras unos doscientos metros, llegaron a un cruce.

—¡A la derecha! —le gritó Geran a Hamil.

Si sus cálculos eran correctos, eso debería conducirlos de vuelta a la orilla del lago y a la fortaleza de la Luna Negra. Corrieron durante largo rato en la nueva dirección, hasta que el sendero comenzó a ascender lentamente de nuevo por otra colina. Allí se detuvieron a descansar. Sus perseguidores no parecían estar cerca, al menos por el momento.

Hamil miró a Geran con una sonrisa irónica.

—Supongo que a los pequeños no les gustará la idea de alcanzarnos sin que esos enormes monstruos les echen una mano —dijo.

—¡Mamá!

Selsha se arrojó a los brazos de su madre. Mirya la cogió a mitad de camino, arrodillándose para rodear a su hija con los brazos y hundir la cabeza en sus cabellos entre sollozos.

—¡Tenía tanto miedo! ¡Los monstruos me perseguían!

—Lo sé, cariño mío, lo sé —dijo Mirya con suavidad—. Pero ahora estás conmigo, y te protegeré de ellos.

Las dos Erstenwold se quedaron así durante largo rato. Geran podía oír a lo lejos el estruendo que provocaban las moles sombrías al avanzar por el bosque que tenían a sus espaldas, pero de todos modos sonrió al ver juntas a Mirya y a su hija. Al infierno con Esperus y sus palabras de advertencia. Sabía que rescatar a Mirya y a Selsha de aquel terrible lugar no podía haber sido una elección equivocada. Más tarde aceptaría gustosamente las consecuencias de su decisión, fueran las que fuesen.

Hamil miró a las Erstenwold, y también sonrió. Pero cruzó una mirada atribulada con Geran.

—*Deberíamos ponernos en marcha, Geran* —le dijo telepáticamente—. *No sabemos si hay más criaturas por aquí como los monstruos de un solo ojo. Cuanto antes estemos todos fuera de este maldito bosque, más feliz seré.*

—*De acuerdo* —contestó Geran—. *Y debemos volver a la fortaleza. La situación parecía estar controlada cuando nos fuimos, pero me gustaría asegurarme.*

Geran se dirigió a las Erstenwold y carraspeó:

—*Deberíamos ponernos en marcha lo antes posible* —les dijo—. *Podemos celebrar vuestro rescate a bordo del *Dragón Marino* cuando estemos de camino a casa.*

Selsha lo miró y sonrió. Soltó a Mirya y se arrojó a los brazos de Geran, abrazándolo con fuerza.

—*¡Gracias por venir a rescatarnos, Geran!* —dijo—. *Mami dijo que lo harías. ¡Y así fue! Pero ahora quiero irme a casa.*

Geran miró a Mirya. Ella se ruborizó ligeramente, pero le dedicó una cálida sonrisa. Él se arrodilló para devolverle a Selsha el abrazo y le dio unos golpecitos en la espalda.

—*Me alegra haber podido ayudar* —le dijo—. *Pero también estoy listo para volver a casa. Será mejor que nos vayamos.*

Recorrieron el camino lo más rápidamente que podía Selsha. Los giros y los desvíos pronto desorientaron a Geran, pero le dio la impresión de que el camino serpenteaba en dirección a la fortaleza. Cada vez que se detenía, podía oír el ruido que hacían las moles sombrías a medida que se abrían paso por el bosque de la luna, a través del camino que iban dejando atrás; pero Geran y sus compañeros les iban ganando cada vez más terreno.

El camino comenzó a ascender abruptamente, y Geran se dio cuenta de que los estaba llevando a la cima de la colina. Comenzaron a aparecer escalones de piedra negra y gastada bajo sus pies, marcando otra antigua carretera; era una escalinata que trepaba por la colina.

Hamil se detuvo junto al pie de la escalera.

—*¿Seguimos, o salimos del camino y nos dirigimos hacia la fortaleza?* —preguntó—. *No creo que este camino nos conduzca al lugar que queremos.*

—*Bueno, no sería muy recomendable volver.* —Geran señaló con la cabeza la dirección por la que habían venido. Todavía podía oír a las moles sombrías tras ellos—. *Creo que por ahora deberíamos seguir avanzando. Quizás encontremos otro camino que descienda de la siguiente colina.*

—*Quizá encontremos más ruinas plagadas de monstruos* —comentó Hamil con amargura.

Pero siguió adelante, a la cabeza del grupo, mientras ascendían con dificultad por la vieja escalera de piedra y llegaban a otro claro en lo alto de la colina. Éste estaba

ocupado por un enorme edificio circular, cuya cúpula se había derrumbado hacía tiempo. A Geran le pareció un observatorio, el tipo de lugar donde sacerdotes y sabios estudiaban las estrellas y elaboraban horóscopos. Comenzó a buscar otro camino por el que bajar de la colina, al igual que Hamil y Mirya.

—¿Geran? —lo llamó Hamil. Había trepado a un lugar más alto, en la terraza que rodeaba al viejo observatorio—. Será mejor que vengas.

El mago de la espada subió de un salto a donde estaba Hamil, y miró en la dirección que le señalaba. Vio que se encontraban más cerca de la fortaleza que antes; no estaba a más de un kilómetro y medio de allí. Una enorme columna de humo subía desde los muelles, donde el *Reina Kraken* estaba envuelto en llamas, pero el *Dragón Marino* no estaba.

—¿Qué demonios está pasando ahí abajo? —preguntó en voz alta—. No nos habrán dejado en tierra, ¿verdad?

—Bueno, si lo han hecho, no han llegado muy lejos —contestó Hamil.

Señaló en la otra dirección. En la falda de la misma colina donde estaban, un poco más abajo, quizá a unos quinientos metros de distancia, estaba el *Dragón Marino* enredado en las copas de los árboles. La cubierta se veía inclinada hacia un lado, y un puñado de hombres se afanaban en liberarlo de las ramas.

Cuando Geran se detuvo a escuchar atentamente, pudo oír el sonido de las hachas y el viento golpeando la vela del barco.

—¿Llegas a distinguir quién está en el barco?

Hamil negó con la cabeza.

—No desde esta distancia. Tengo buena vista, pero no tanta.

—Si el *Reina Kraken* se ha incendiado, puede ser que Galehand haya despegado para evitar las llamas. Podría haberlo elevado para aumentar la distancia.

—O los piratas de la Luna Negra tomaron el barco y lo hundieron. —Hamil meneó la cabeza—. No hay manera de saberlo desde aquí.

—Los monstruos de la fortaleza no están muy lejos —dijo Mirya en voz baja—. No podemos quedarnos aquí mucho más tiempo.

Geran miró a la carabela, que estaba atrapada en las copas de los árboles como una enorme cometa. O bien estaba en manos amigas, en cuyo caso tendrían aliados allí y podrían echarles una mano para liberar el *Dragón Marino*..., o estaba en manos enemigas, en cuyo caso su única vía de escape de Neshuldaar estaba a punto de desaparecer en el Mar de la Noche, dejándolos allí sin modo de volver a casa. Tenían que bajar el barco, y cuanto antes mejor.

—Iremos hacia el *Dragón Marino* —dijo.

Anotó mentalmente la posición del barco, eligió un camino que parecía conducir en esa dirección y se puso en marcha una vez más por la siniestra selva de la luna.

VEINTINUEVE

17 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Geran fue siguiendo el sonido de las hachas mientras se resbalaba y avanzaba con dificultad por el suelo de la selva. El camino que descendía desde el antiguo observatorio los había conducido hasta un lugar que estaba a varios cientos de metros de donde creía que estaba atrapado el *Dragón Marino*, pero pronto descubrieron que tendrían que abandonar el sendero para llegar hasta el barco. Eligió un lugar donde un riachuelo cruzaba el camino, y trepó por las rocas del lecho, chapoteando en el agua fría y transparente. Por encima de su cabeza pudo vislumbrar lona blanca a través de las hojas rojizas y distinguió las voces de los marineros que gritaban y maldecían mientras se apresuraban a liberar la embarcación de las copas de los árboles. Las grandes ramas crujían y gemían a medida que el peso del barco cambiaba de un lado a otro. Trepó por el arroyo y se encontró a los pies de un gigantesco árbol, cuyo tronco debía de tener fácilmente unos seis metros de grosor. Había más árboles gigantes en los alrededores; el *Dragón Marino* estaba atrapado entre sus ramas. Pudo ver la curva húmeda del casco del barco suspendida allá arriba.

—Bueno, esto no se ve todos los días —comentó Geran.

Era difícil saber exactamente, desde el punto donde se encontraban, qué más sostenía al barco, pero basándose en la cantidad de ramas cortadas y miembros caídos a los pies del árbol, la tripulación ya había hecho un gran progreso. Pudo oír gritos de «¡Deprisa, deprisa!» y «Ahora ésta. ¡Todos juntos!» desde abajo. Entonces, oyó una voz conocida. No podía verlo, pero en algún lugar de las cubiertas superiores Sergen Hulmaster exclamó:

—¡Vamos, deprisa! ¡Los soldados del harmach podrían llegar en cualquier momento!

Hamil miró a Geran.

—Creo que ése es tu primo Sergen.

—Lo es —contestó Geran.

Se quedó mirando hacia arriba, al barco, y frunció el ceño lleno de enfado. Debería haber sabido que esa serpiente venenosa que era su medio primo encontraría una manera de huir de la destrucción de la Hermandad de la Luna Negra.

—¡De ninguna manera pienso permitir que nos deje aquí tirados!

—¿Cuántos hombres hay con él? —preguntó Mirya.

Geran se encogió de hombros. Seguramente se verían superados en número, pero con algo de suerte, contarían con el factor sorpresa; los piratas estaban ocupados con la liberación del *Dragón Marino* de su prisión en las copas de los árboles, y seguramente no esperaban que él y Hamil estuvieran cerca. Dirigió su atención al

tronco del árbol y vio que no le resultaría difícil trepar por él. El árbol tenía ramas gruesas bastante cerca del suelo, y de su superficie colgaban también gruesas lianas. Podía elegir un camino que los llevara a las ventanas del camarote de popa, o a la barandilla de la toldilla con algo de esfuerzo.

—Vas a subir ahí arriba, ¿verdad? —dijo Hamil.

—No podemos permitir que se lleven el barco —respondió Geran—. Mirya, quizá sería mejor que Selsha y tú esperaseis aquí.

—Agradezco tu preocupación, pero ya tengo bastante visto este bosque —dijo Mirya. Alzó el arco—. Y podría serte de ayuda.

—Ni hablar. Podrías resultar herida, o acabar muerta. Sergen y sus piratas no querrán hacer prisioneros si fallamos.

—Mejor eso que los monstruos de este bosque negro.

Geran comenzó a replicar, pero entonces pensó en las moles sombrías que los perseguían. Las criaturas podrían pasar de largo por el lugar en el que habían dejado el camino..., o no. No querría que atacasen a Mirya y Selsha en el suelo mientras él y Hamil estaban en la cubierta del barco que tenían encima.

—Está bien —dijo—. Podéis venir con nosotros. Pero encontraréis un lugar seguro para esconderos hasta que os llame.

—Me parece bien —dijo Mirya—. Te seguiremos.

Hamil iba en cabeza mientras trepaban por el árbol. Resultó ser bastante fácil; las pesadas lianas ayudaban en las partes más difíciles. Al principio, Geran tuvo miedo de que a Selsha le resultara demasiado difícil, pero la niña trepaba por el tronco como un ágil monito. Era obvio que pasaba mucho más tiempo trepando árboles que él. A pocos metros por debajo de las ventanas de popa, otra rama larga les proporcionó un apoyo bastante cómodo, que estaba fuera de la vista de los hombres de cubierta. Geran les hizo señas en silencio a Mirya y a Selsha para que esperasen allí, y las dos Erstenwold asintieron. A continuación, siguió trepando detrás de Hamil.

—*Será mejor que me dejes echar antes un vistazo* —dijo Hamil en silencio. Ascendió sigilosamente los últimos metros y espió por encima de la borda, inspeccionando las cubiertas—. *Siete marineros, tres de ellos combatientes con cota de malla, tu primo Sergen... y otra mole sombría. Están trabajando en la proa. Está muy metida entre los árboles. No hay nadie en la toldilla.*

—¿También una mole sombría?

Ya lo tenían bastante mal sólo con Sergen y sus aliados de la Luna Negra. Estaba bastante seguro de poder vencer a Sergen —habían combatido antes, y siempre había ganado él—, pero la presencia de diez enemigos más y un poderoso monstruo hacía que fuera sencillamente imposible. Sintió que la frustración y la desesperación se apoderaban de él. Quizá podría matar a Sergen y a un pirata o dos antes de que lo abatieran, pero ¿de qué les serviría eso? No evitaría que el resto de los marineros se

alejaban con el *Dragón Marino* y dejaran abandonados a los hulburgueses en Neshuldaar. Se quedó pensativo un instante, y a continuación, oyó cómo otra rama de gran tamaño caía al suelo desde el castillo de proa. Si esperaba demasiado tiempo, perdería su oportunidad, pero ¿qué opciones tenían?

Hamil vio la desesperación en sus ojos y sonrió comprensivo.

—*Podríamos viajar de polizones* —sugirió el halfling—. *Nos escondemos bajo la cubierta y vamos matándolos de uno en uno, o de dos en dos.*

—*Es una estrategia desesperada* —le contestó Geran—. *Y no podemos exponer a Mirya y Selsha a semejante riesgo.* —Aun así, no veía muchas más opciones.

De repente se vio interrumpido por un coro de gritos en la cubierta.

—¡A las armas! ¡El hechicero se acerca! —gritaron los combatientes. Se oyeron pasos apresurados por la cubierta, y cesaron los golpes de hacha.

—¡Sacad las ballestas! —gritó Sergen—. ¡Ocupad las balistas! ¡Se mantendrá a distancia y nos matará con su magia si no conseguimos repelerlo!

—¿Sarth? —susurró Geran.

Se arriesgó a trepar rápidamente hasta la borda para echar un vistazo. Sergen y sus hombres iban de un lado a otro, cogiendo armas y poniéndose a cubierto. Un pirata que estaba en la toldilla cargó rápidamente una de las pesadas balistas que estaban emplazadas en la borda de proa. Los demás se agacharon junto a la borda, con la atención fija en una figura lejana. Sarth, que avanzaba a gran velocidad sobre las copas de los árboles gracias a su magia de vuelo, iba directo como una flecha hacia el barco atrapado, resplandeciente con su túnica de rojo y oro. El tiflin apuntó con su cetro y dejó escapar una ráfaga abrasadora de chispas de color azul y blanco, que dejaron grandes marcas negras, entre chisporroteos y crujidos, por toda la cubierta. Una de ellas alcanzó a un pirata semiorco que se agachó demasiado tarde. El semiorco chilló y se desplomó, humeando y moviéndose espasmódicamente. Se oyeron los disparos de las ballestas respondiendo al ataque, pero los escudos mágicos invisibles evitaron que los proyectiles alcanzaran a Sarth. No obstante, lo obligaron a echarse a un lado para esquivarlos. Era evidente que no confiaba en que su magia detuviera un virote disparado con buena puntería a un blanco inmóvil.

Hamil sonrió ampliamente.

—¡Creo que nuestra suerte acaba de mejorar!

Geran asintió. Si la aparición del hechicero no era la oportunidad que había estado esperando, entonces es que no había ninguna más.

—Deprisa, dile que estamos aquí. ¡Y haz que se dirija hacia la proa!

El halfling miró fijamente a Sarth, frunciendo el entrecejo por la concentración. Tenía que estar bastante cerca para comunicarse con la mente de alguien, y el tiflin estaba flotando a bastante distancia del lateral del barco. Pero Sarth miró rápidamente en su dirección con cara de sorpresa. Esbozó una sonrisa temeraria, y descendió hacia

la izquierda, dirigiéndose a la parte delantera del barco. Sergen, sus soldados, y los piratas de la Luna Negra se volvieron para seguirlo.

—Que Mirya te devuelva el arco —le dijo Geran a Hamil.

El halfling asintió y volvió a descender por el tronco. A continuación, Geran despejó la mente para conjurar el mejor hechizo defensivo que conocía: las Escamas del Dragón.

—*Theillalagh na drendir* —dijo.

Un aura ondulante hecha de fragmentos violetas de poder mágico surgió brillante a su alrededor, flotando sobre su cuerpo como una armadura de escamas. Hamil volvió un instante después con el arco y el carcaj.

—Primero la mole sombría —dijo Geran en voz baja—. Si podemos matarla rápidamente, tendremos una oportunidad frente al resto.

—*No creo que pueda atravesar su coraza con una flecha* —le dijo Hamil a Geran.

—Inténtalo. Si no surte efecto, al menos desviarás su atención de mí.

Inspeccionó rápidamente la cubierta. La pequeña banda de Sergen había trabajado frenéticamente para eliminar las ramas en que estaban enganchados los obenques y las suspensiones; los marineros y los combatientes de la Luna Negra estaban ahora agachados entre las ramas amontonadas y las velas, disparando a Sarth siempre que el hechicero se dejaba ver. Entonces, sin pensárselo dos veces, Geran trepó por los últimos metros de la rama y saltó a la borda del barco.

Al principio nadie se dio cuenta de su aparición. Avanzó con rapidez y descendió las empinadas escaleras que conducían a la cubierta principal de un salto. Hamil, que iba justo detrás, corrió hasta el borde delantero de la toldilla y se detuvo en lo alto de la escala, apuntando. Su arco silbó dos veces; la primera flecha alcanzó por la espalda al pirata que estaba junto a la balista, y la segunda destrozó uno de los ojos de insecto de la mole. La criatura chilló de dolor, agitando las grandes garras en el aire. Geran atacó inmediatamente a la criatura por el flanco. La acuchilló justo en el lugar donde su pierna se juntaba con el torso, y su acero se hundió en la blanda quitina de la articulación. La cubierta quedó salpicada de un icor oscuro, y la pierna del monstruo cedió, pero respondió con un furioso barrido de una de sus enormes garras, que apenas tuvo tiempo de esquivar.

—¡Geran! —rugió Sergen. Desenvainó el estoque—. ¡Vosotros dos, seguid intentando liberar el barco —le dijo bruscamente a su tripulación—. El resto de vosotros a las armas! ¡Quiero ver muerto a Geran Hulmaster!

Entonces, Sergen se arrojó sobre la cubierta justo cuando una de las flechas de Hamil pasaba por donde acababa de estar.

Geran retrocedió ante otro de los ataques de la enfurecida mole y vio a un combatiente corpulento y vestido con una cota de malla que se le acercaba por detrás.

La cabeza de aquel tipo estaba afeitada, y tenía el rostro tatuado con sigilos arcanos. Geran se volvió para enfrentarse a su nuevo enemigo y dejó a la mole haciendo esfuerzos por mantenerse en pie. Aquel hombre era un espadachín consumado, y paró la cuchillada alta de Geran con cierta eficacia antes de devolverle un golpe similar. Durante un rato libraron una furiosa lucha, entrechocando acero contra acero. Geran retrocedió un paso y giró repentinamente el arma para clavar el filo de su oponente en el cercano mástil principal. El arma quedó atrapada un instante, y Geran se acercó para darle un codazo en la cara al hombre. Era algo que su antiguo maestro, Daried Selsherryn, no hubiera aprobado, pero funcionó; el hombre se tambaleó, cegado por el dolor de una nariz rota. Geran podría haber acabado con él en ese instante, pero Sergen lo atacó por el otro flanco. El lord exiliado atacó con una serie de estocadas y arremetidas rápidas como el rayo, utilizando su rapidez innata y la ligereza de su arma para obtener una buena ventaja.

Geran tuvo que ceder terreno nuevamente, hasta que se le presentó la oportunidad de pronunciar las palabras de un hechizo de espada.

¡Reith arroch!

Con ese grito conjuró un fulgurante destello blanquecino para el filo de su arma y le lanzó una ráfaga de contraataques. Le hizo un corte profundo a Sergen en el brazo izquierdo, y éste se apartó de un salto hacia atrás, maldiciendo. Pero antes de que Geran pudiera presionar a su primo político, la mole sombría volvió a lanzarse al ataque con un rugido furioso, haciendo astillas la cubierta con un único golpe pulverizador de sus enormes garras. Consiguió lanzarle un tajo a la mandíbula y, a continuación, saltó para salvar su vida.

—Parece que te superan las circunstancias, Geran —lo provocó Sergen—. ¡Creo que hubiera sido más inteligente por tu parte dejarme marchar!

Se dio cuenta de que eran demasiados, y que tan pronto arrinconara a uno, los demás lo tendrían a su merced. Echó un rápido vistazo a Hamil y vio a su pequeño compañero luchando con las dagas contra un par de piratas. Entre las copas de los árboles resonó un relámpago, seguido de un enorme trueno, cuando Sarth alcanzó de lleno a un pequeño grupo de miembros de la Luna Negra armados con ballestas que estaban cerca del mástil de proa. El barco se inclinó hacia un lado cuando una de las ramas que estaban enganchadas en el bauprés se deshizo por el impacto del conjuro del hechicero.

—Creo que mi suerte está cambiando —dijo Geran.

Todo lo que tenía que hacer era evitar que lo matara la mole sombría y tener ocupados un rato más a Sergen y a sus guardaespaldas, y la magia de Sarth iría limpiando poco a poco la cubierta de piratas.

—¡Geran! —Mirya trepó por encima de la borda a la altura de la toldilla y después se volvió para ayudar a Selsha a pasar—. ¡Las criaturas arácnidas nos han

encontrado! ¡Vienen a por nosotros!

Sergen soltó una carcajada.

—¡Ja! Ya veo que te has encontrado con los neogi, entonces. ¡Sí que ha mejorado tu suerte, primo!

—Por todos los diablos —rugió Geran.

Esquivó a duras penas otro de los ataques de la mole, tratando de interponer el mástil entre la criatura y él. El espadachín tatuado se acercó, y Sergen llegó por el lado opuesto con una sonrisa expectante. No podía permitirse más enemigos, no en ese preciso instante. Echó un rápido vistazo al frente y vio que los dos piratas aún trabajaban intentando liberar el barco. Otra enorme rama crujió y cayó al suelo, que estaba muy lejos. La cubierta se inclinó repentinamente en la dirección opuesta. Se dio cuenta de que se estaba soltando.

Volvió la vista hacia la toldilla.

—¡Hamil, coge el timón y sácanos de aquí! —gritó.

Hamil asintió. Hizo retroceder a uno de los piratas con una furia frenética y después se volvió hacia el otro y rodó por el suelo, burlando sus defensas y clavándole un puñal en el abdomen. Antes siquiera de que el hombre se desplomara sobre cubierta, el halfling atravesó a la carrera la toldilla y cogió el timón. Hamil echó una mirada en dirección a las velas y después giró el timón hacia la derecha, en un intento de elevar la proa del barco. El *Dragón Marino* hizo un extraño giro en el punto donde estaba atrapado, y la cubierta quedó tan escorada que Geran tuvo miedo de que fuera a volcar y a arrojarlos a todos por la borda. A continuación, la proa de la carabela quedó libre, con ruido de maderas astilladas y cuerdas rotas, y levantó el morro.

Al instante, la borda giró bruscamente en el sentido opuesto, mientras el barco se elevaba hacia el cielo. Geran perdió el equilibrio y se deslizó hacia el otro lado de la borda, consiguiendo agarrarse a ella. Mirya se sujetó a la barandilla de popa con un brazo, mientras asía fuertemente a Selsha con el otro. El segundo de los piratas de Hamil no tuvo tanta suerte y salió despedido cuando el barco se dio la vuelta. Cayó por la borda con un aullido de terror. Sergen y su espadachín tatuado acabaron contra la barandilla, pero los dos piratas que habían estado en la proa intentando liberar el barco cayeron hacia popa, rodando por la cubierta mientras la proa se elevaba hacia el cielo. La mole sombría se agarró al mástil principal con una de sus garras, y extendió el otro brazo para atrapar a Geran. Estuvo a punto de alcanzarlo en la pierna, rastrillando la resistente madera de roble de la cubierta como si fuera arena mientras Geran se apartaba empujándose con los pies.

—¡Kerth! ¡Mata al halfling! —gritó Sergen.

El combatiente tatuado se incorporó asiéndose a la barandilla y después volvió a trepar hasta la toldilla.

El halfling volvió la vista hacia Mirya.

—¡Coge el timón! ¡Mantén el barco estable! —exclamó.

Mirya se apresuró a coger el timón del barco, mientras Hamil sacaba las dagas y se dirigía a enfrentarse a Kerth en el estrecho espacio que había en lo alto de la escala de la toldilla. Pero en ese momento aparecieron varias patas de araña por encima de la barandilla de popa, y uno de los neogi trepó trabajosamente por el lateral. Les bufó a Mirya y a su hija, y Selsha gritó. La niña retrocedió ante la criatura arácnida, que se lanzó en su persecución.

Geran trató de ponerse en pie con todas sus fuerzas para acudir en su ayuda, pero la mole sombría se soltó del mástil y se lanzó a por él. Esa vez sus garras de acero le desgarraron el torso. Sus protecciones mágicas fueron las que le salvaron la vida, pero aun así las garras se le clavaron en la carne y llegaron hasta el hueso. La criatura, con una fuerza increíble, lo lanzó a cubierta para después abalanzarse sobre él con una sorprendente rapidez para un monstruo de sus dimensiones. Geran alzó la espada para rechazar el ataque; pero entonces cometió un error fatal: la miró a los ojos.

De repente, sus pensamientos se hicieron pedazos, dando paso al vértigo y a la locura. Se tambaleó hacia atrás, incapaz de recordar dónde estaba o lo que estaba haciendo. El rugido del viento, el crujir de las velas desgarradas, el vértigo de ver pasar a toda velocidad las colinas cubiertas de vegetación bajo la barandilla, y las brillantes estrellas titilando en un cielo completamente negro..., todas esas cosas saturaban sus sentidos hechas un tremendo revoltijo. Lanzó una torpe estocada con la espada, la punta para abajo, esperando rechazar el ataque del monstruo que se cernía sobre él, pero la mole sombría apartó la hoja y lo golpeó sobre la cubierta. Él gimió e intentó alejarse a rastras, pero el monstruo lo agarró por la cintura y lo arrastró hacia sus enormes mandíbulas. Chasqueó y juntó ansiosa sus piezas bucales con forma de guadaña, anticipándose al sabor de su carne.

—¡Geran! —chilló Mirya.

Luchó por encontrarle algún sentido a lo que estaba viendo, y cerró los ojos para deshacerse de todas las cosas que no comprendía. Sus pensamientos se aclararon ligeramente, y se aferró a la frágil promesa de tranquilidad haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, incluso mientras las garras de la mole se hundían en su cintura, y las mandíbulas resbalaban sobre sus escamas mágicas. El dolor le hizo recuperar la claridad. Desesperado, lanzó cuchilladas a ciegas con su espada a lo primero que encontró y alcanzó al monstruo en la boca. Éste rugió y lo soltó. Geran se golpeó contra la cubierta al caer, aún indefenso ante su mirada enloquecedora.

La criatura levantó ambos brazos por encima de la cabeza, lista para aplastar a Geran mientras éste se retorció de dolor. Pero entonces un abrasador chorro de fuego alcanzó a la mole sombría. Sarth apareció a nueve metros de la borda del barco,

flotando en el aire mientras bañaba a la criatura con su fuego de hechicero.

—¡Desiste, criatura! —gritó entre las palabras que formaban los conjuros de batalla.

La mole sombría se apartó tambaleante, con un chillido de dolor, y de repente, la mente de Geran volvió a estar despejada. El enorme monstruo atravesó la cubierta, confuso, retrocediendo ante el fuego de Sarth, y terminó contra la barandilla opuesta. Geran se levantó y cargó contra el monstruo mientras éste se encogía bajo las llamas del hechicero. Giró el sable, puso la mano izquierda sobre la empuñadura, y le hundió la hoja bajo la mandíbula con todas sus fuerzas. La criatura se estremeció y después cayó por encima de la barandilla, prácticamente arrastrando la espada consigo. Geran tiró de ella, sacándola del cadáver mientras caía por la borda, y tuvo que agarrarse rápidamente a la barandilla. A continuación, la espada de Sergen se hundió en su omoplatto izquierdo, y de no ser porque la mole sombría lo había hecho caer consigo, dándole la vuelta, lo habría alcanzado en el corazón. Geran gritó cuando el afilado acero le raspó el hueso antes de apartarse con un giro.

—¡Maldito seas, Geran! —siseó Sergen—. ¡Ésta es la última vez que te entrometes en mis asuntos!

El mago de la espada apretó la mandíbula y se obligó a olvidar el dolor agónico que le abrasaba el hombro. Paró la siguiente estocada de Sergen y se atrevió a echar un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que su primo no lo estaba empujando hacia algún nuevo peligro. Sarth achicharró a los últimos hombres de la Luna Negra con un rayo dentado que arrancó chispas de la maltratada cubierta, para a continuación darse media vuelta e intercambiar hechizos con la criatura arácnida que amenazaba a Mirya y Selsha; aquel pequeño horror también era hechicero, y su magia rugió y tronó por toda la cubierta. Hamil estaba inmerso en una dura lucha contra el espadachín tatuado, que aún intentaba abrirse paso hasta el timón del barco. Bajo el casco, que se balanceaba de un lado a otro, pasaron las colinas dentadas y la selva rojiza de la luna negra, a muchos cientos de metros por debajo de la quilla y cayendo más y más a cada momento que pasaba.

Volvió a concentrar toda su atención en Sergen y agarró con más fuerza la espada elfa. La rosa de mithril de la empuñadura estaba llena de sangre, pero el alambre permanecía firme y seguro en su mano. Lo invadió por completo una furia negra, el mismo odio oscuro y frío que lo había apartado de sí mismo en los bosques dorados de Myth Drannor una hermosa mañana de otoño de hacía dos años. Miró a Sergen a los ojos y no vio más que hipocresía, maquinaciones homicidas y una superioridad burlona. Colocó inconscientemente la espada en una posición defensiva alta mientras una resolución mortífera comenzó a brotarle del corazón.

—Tienes toda la razón, Sergen —se oyó decir a sí mismo con frialdad, sin darse cuenta siquiera de que tenía intención de hablar—. Sólo estamos tú y yo. Es el

momento de ajustar cuentas, primo.

Sin esperar una respuesta, Geran atacó. Sergen era un buen esgrimidor, y tenía una espada más ligera, así que Geran comenzó con el filo, un elegante patrón de cuchilladas haciendo ochos y rápidos cortes por encima de la cabeza a medida que avanzaba con audacia. Empujó a Sergen a luchar a la defensiva y a bloquear su sable, que era más pesado. Pase tras pase iba apartando a golpes la espada de Sergen, hasta que éste palideció y su rostro se arrugó mientras rugía furioso. El lord exiliado dejó escapar feroces juramentos y se lanzó a un contraataque desesperado, pero Geran dejó que la estocada pasara junto a él y se acercó para golpear a Sergen en la cara con la empuñadura de la espada. Sergen se tambaleó hacia atrás y cayó sobre la cubierta, escupiendo sangre entre los labios rotos.

Geran se permitió el lujo de reír quedamente ante la expresión de furia desesperada que apareció en el rostro del otro.

—Estás acabado, Sergen —dijo.

Sostuvo la espada en ristre y marcó en silencio la siguiente herida que tenía pensado infligirle a su primo como pago por todo el sufrimiento y los problemas que había causado. Su oscura ira lo impulsaba, pero por encima del hombro del señor de los pícaros su mirada se posó en Mirya, que observaba llena de temor el duelo mientras luchaba por estabilizar el timón. Dudó un instante, intentando controlar su ira. Por un momento pensó que no lo conseguiría, pero la oscura rabia que lo había invadido se marchó tan deprisa como había llegado. A pesar del daño que había causado Sergen, de todas las mentiras que había autorizado en contra de los Hulmaster, seguía siendo una especie de pariente... y no había duda de que sabía cosas que le podrían resultar muy útiles a la hora de desentrañar las conspiraciones urdidas en contra del harmach.

Geran sonrió, pero detuvo su ataque y se obligó a hablar.

—Ríndete, Sergen —dijo con voz ronca—. Te perdonaré tu miserable vida. No lo mereces, pero quizá puedas enmendar algunas de las cosas que le has hecho a nuestra familia.

—¿Rendirme? ¡No lo creo! —replicó con expresión desdeñosa—. No me importa si me vences con tu acero... Yo ya te he vencido, querido primo. ¿Qué crees que ha ocurrido en Hulburg mientras me perseguías?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Geran—. ¡Contesta!

—Creo que te encontrarás con un viejo amigo esperándote cuando volvamos a casa.

Sergen se levantó, entrecerró los ojos y volvió a ponerse en guardia. Fue entonces cuando atacó, haciendo buen uso de su velocidad innata. La punta de su estoque se difuminó mientras atacaba más deprisa que una serpiente; pero Geran se mantuvo en sus trece y aguantó el aluvión de golpes. El ataque de Sergen se hizo más lento, y la

iniciativa volvió a ser de Geran. El mago de la espada contraatacó con una combinación de giros, cuchilladas y estocadas rápidas, presionando al señor exiliado contra la borda del barco.

Sergen paró los primeros dos o tres golpes, y después falló. El acero elfo atravesó músculo y hueso mientras Geran giraba junto a él; le abrió un corte que iba de la cadera derecha al pectoral izquierdo. Sergen emitió un único sonido ahogado, se tambaleó y dejó caer el estoque con un sonido metálico.

—¡No puedes... vencerme... tan fácilmente! —siseó entre dientes—. Yo... seré... harmach... —Y entonces cayó por encima de la barandilla y desapareció.

Geran acudió rápidamente al lugar por el que Sergen había caído y echó un vistazo por la borda. La selva rojiza pasaba lentamente bajo la quilla, y divisó una figura de oro y negro que caía, con la túnica agitándose hacia atrás. Observó en silencio, hasta que perdió de vista el cuerpo de Sergen en el paisaje lunar de allá abajo.

—Adiós, Sergen —murmuró.

Se recordó a si mismo que decenas, o quizá cientos de hulburgueses habían muerto por culpa de los mezquinos planes de Sergen para usurpar el poder. Pero temía que llegara el momento de decirle al harmach que Sergen había muerto por su acero. Grigor Hulmaster siempre había esperado lo mejor del hijastro de su hermana; lo apenaría enormemente la muerte de Sergen antes de haber alcanzado algún tipo de redención.

Se oyó el retumbar de un trueno a su espalda. Geran se volvió justo a tiempo para ver a Sarth acabando con el último neogi que quedaba en el barco con un crepitante rayo esmeralda. La criatura emitió un agudo chillido mientras caía, moviendo desesperadamente manos y piernas. A continuación, una repentina sacudida del barco hizo caer a Geran y a punto estuvo de arrojarlo por la borda. Se agarró a la barandilla con una mano y buscó más enemigos..., pero ya no quedaba ninguno. Hamil había vencido a su oponente de mayor tamaño, aunque se apretaba el hombro izquierdo con el sombrero a modo de vendaje improvisado y no parecía guardar el equilibrio demasiado bien. Geran envainó la espada y volvió a la toldilla.

Mirya lo miró con los ojos muy abiertos.

—Vi caer a Sergen —dijo—. ¿Estás bien, Geran?

—Herido, pero bien, dadas las circunstancias —contestó.

En parte se alegraba de ver a Sergen muerto, y no se sentía orgulloso de ello. Pero cuando lo pensaba desde un punto de vista racional, se daba cuenta de que Sergen lo había forzado a actuar de ese modo, no sólo en cuanto al duelo que acababa de ganar, sino por todos los problemas de los últimos meses. Respiró profundamente y dejó a un lado sus confusos sentimientos.

—Sergen eligió su camino hace mucho tiempo. No creo que hubiéramos podido

hacer las paces.

—No, creo que tienes razón en eso —dijo Mirya.

Durante un instante, todos permanecieron en silencio, hasta que Hamil carraspeó.

—Bueno, el barco vuelve a ser nuestro —dijo—. ¿Regresamos a la fortaleza?

Geran asintió y después miró a Sarth. El hechicero estaba observando la cubierta del barco mientras sostenía en la mano el cetro tallado con runas, esperando a que aparecieran más enemigos.

—No sé de dónde has salido, Sarth, pero me ha alegrado mucho verte en la barandilla.

—Siento haber llegado tan tarde —dijo el tiflin.

Tenía un agujero ensangrentado en la manga que marcaba el lugar en el que un proyectil lo había rozado, y una serie de manchas negras en su elegante túnica atestiguaban la ferocidad de los conjuros del neogi.

—Estaba en la fortaleza cuando Sergen ha huido con el *Dragón Marino*. He ido en pos del barco lo más rápidamente que he podido, pero he tenido que preparar de nuevo mi hechizo de vuelo antes de poder perseguirlo.

—Más vale tarde que nunca —comentó Hamil—. Sin embargo, me alegra que te hayas ocupado de la criatura arácnida. De ninguna manera quería tener que acercarme a ella. Nunca me han gustado demasiado las arañas, especialmente si son tan grandes como yo.

—Me complace haber sido útil —dijo Sarth con sequedad.

Geran sonrió. Ahora que la lucha había terminado —al menos por el momento—, tomó conciencia de todas sus heridas. Le dolían múltiples puntos en los que la mole sombría le había hundido las garras, le ardía el omóplato, y parecía tener unos cuantos pequeños cortes que ni siquiera había visto durante la lucha. Bueno, con suerte, en el viaje de vuelta a casa, tendría tiempo de sobra para descansar.

—Coge el timón, Hamil —dijo—. Recogeremos al resto de la compañía, a los prisioneros que han liberado, y a cualquier prisionero pirata que hayan hecho. A continuación, partiremos rumbo a casa.

TREINTA

20 de Marpenoth, Año del Intemporal (1479 CV)

Era una despejada tarde de otoño cuando el *Dragón Marino* pasó orgulloso entre los imponentes Arcos de Hulburg y comenzó a arriar las velas. El día estaba fresco, brillaba el sol, y la brisa traía consigo suficiente frío invernal como para que Geran se alegrase de llevar puesta su estupenda capa de lana. Respiró profundamente, deleitándose con el olor familiar del aire. Y es que a pesar de todas las maravillas que encerraba el Mar de la Noche, estaba tremendamente contento de tener bajo la quilla las aguas purpúreas del Mar de la Luna, y las orillas rocosas y despejadas de su tierra natal ante sus ojos. Llegaría el día en que volvería a partir rumbo a los cielos estrellados, pero por ahora estaba satisfecho con las vistas y los sonidos comunes de Hulburg. La Hermandad de la Luna Negra se había deshecho, sus barcos habían sido destruidos y sus miembros se habían dispersado. Sergen Hulmaster, traidor y aspirante a usurpador, había muerto por su mano y jamás volvería a ocasionarle problemas a la familia Hulmaster. Y Mirya y Selsha Erstenwold estaban a su lado en cubierta, todavía más contentas que él de ver su hogar.

—Hubo un momento en el que creí que no volvería a ver Hulburg —dijo Mirya con voz queda—. Tenía el convencimiento de que pasaríamos el resto de nuestras vidas encadenadas en alguna tierra lejana.

Geran meneó la cabeza.

—Yo os encontré.

—¿Por qué, Geran? Ésa es la pregunta que me ha estado rondando durante días. —Lo miró a los ojos—. ¿Qué soy yo para ti, como para que navegues hasta la luna para salvarme?

—No lo sé —admitió él antes incluso de saberlo que estaba diciendo—. Quiero decir que tú y Selsha me importáis mucho. Tenía que encontraros, para asegurarme de que estabais a salvo en casa. —Buscó palabras con las que seguir durante un instante—. En su momento cometí varios errores. Supongo que todo el mundo lo hace. No puedo volver atrás y cambiar mis elecciones, pero cuidaros a ti y a Selsha... me hace sentir que hay cosas que puedo arreglar. En mi corazón reina la oscuridad, pero al veros sanas y salvas lo invade la luz.

Mirya no contestó durante un rato. Después, suspiró.

—No soy tu penitencia, Geran Hulmaster.

—No, no se trata de eso. Si lo fueras..., es decir, si fuera así como te veo..., me arrepentiría del tiempo que he pasado contigo. Pero no es así, Mirya. —Bajó la vista hacia ella y trató de encontrar una sonrisa—. Poco a poco creo que me estás curando de heridas que ni siquiera sabía que tenía. Por eso debía ir a buscarte.

—En todos los años que hace que te conozco, ésta es la primera vez que creo que me has permitido vislumbrar parte de lo que realmente llevas en el corazón. —Ella frunció el entrecejo y se apartó, desviando la mirada—. No tengo nada de especial, ¿sabes? También guardo mi propia oscuridad, y algunos días está a punto de ahogarme. Ni siquiera sé si tengo poder para curar a nadie.

Él no supo qué más decir, así que volvió a dirigir su atención a la ciudad. Los familiares muelles de Hulburg se acercaban cada vez más, y pudieron ver el espeso tráfico de carros y viandantes que se habían detenido y miraban hacia el mar para ver qué barco estaba arribando. Los maltrechos cascos del *Lobo de Mar* y del *Audaz* descansaban en el fondo de las aguas del puerto, junto al muelle que daba al centro de la ciudad, con los mástiles y los aparejos enredados e inclinados sobresaliendo del agua.

—¡Arriad todas las velas! ¡Sacad los remos! —gritó Worthel desde la toldilla.

Geran echaba de menos la brusca habilidad de Andurth Galehand, pero Worthel era un contra maestre capaz, y había servido como oficial de derrota y como primer oficial del *Dragón Marino*. Muchos de los marineros del barco habían tenido que realizar varias tareas en el viaje de vuelta desde la escondida fortaleza pirata. Faltaba mucha gente después de la lucha encarnizada en las Lágrimas de Selene, ya que habían sufrido lo peor del atrevido intento de Sergen de robar el *Dragón Marino* delante de sus propias narices, así que los guardias del Escudo y los mercenarios se pusieron a los remos para echar una mano.

—¡Mirad! ¡Los soldados están formando para darnos la bienvenida! —señaló Selsha Erstenwold, que estaba de pie a poca distancia de Mirya y Geran, mirando por encima de la barandilla mientras saltaba excitada—. ¡Y mirad cuánta gente!

Geran siguió la dirección de su mirada. Habían aparecido en los muelles varias unidades de combatientes, con los colores de distintas compañías mercantiles, y estaban formando.

—Supongo que les han llegado rumores de nuestra victoria en el Mar de la Noche —dijo, pensando en voz alta—. Pero no tengo ni idea de cómo se habrán enterado.

—¿Quizá una adivinación, o algún mensaje? —Sarth se unió a Geran y Mirya junto a la borda, seguido de cerca por Hamil. El tiflin frunció el ceño, confundido ante la pregunta.

—No, no ha sido un mensaje. No quedó nadie en la fortaleza que pudiera realizar ese conjuro. ¿Por qué habrían de hacerlo? Debe de haber sido algún tipo de adivinación. Algún mago perteneciente a una Casa mercantil habrá visto nuestro regreso en sus escrutinios.

—Entonces, ¿dónde está la Guardia del Escudo? —preguntó Hamil en voz baja—. ¿Dónde están el harmach Grigor y Kara? —Su expresión era ceñuda—. *No, no me gusta cómo pinta esto, Geran. ¡Ten cuidado!*

El *Dragón Marino* recogió los remos y se deslizó por el muelle; los marineros dejaron caer las estacas de amarre y detuvieron el avance de la carabela, arribando suavemente al muelle. Tan pronto como los marineros abrieron el portalón, un destacamento de combatientes que llevaba el tabardo rojo y amarillo de la Casa Marstel subió rápidamente a bordo y se fue directo hacia Geran. Su capitán era un damarano de corta estatura y hombros anchos, con una perilla rubia y ojos acerados.

—¿Geran Hulmaster? —preguntó—. Estás convocado para comparecer ante el harmach. Acompáñanos de buen grado; de lo contrario, te someteremos por la fuerza si es necesario.

—¿Quién eres? —exigió saber Mirya—. ¿Y desde cuándo envía el harmach a un hombre de Marstel para entregar sus mensajes?

—Desde que Maroth Marstel es el harmach —contestó el capitán—. Soy Edelmark, capitán de la Guardia de Hulburg. Ahora, si sois tan amables, el harmach Maroth espera.

Geran se quedó mirando a aquel hombre un buen rato, demasiado aturdido como para poder hablar. Harmach Maroth... ¿Maroth Marstel? ¿Su tío, Grigor, ya no era el soberano de Hulburg? ¡Sólo había estado fuera de la ciudad algo más de diez días! Finalmente, pudo hablar de nuevo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el harmach Grigor? ¿Dónde está Kara Hulmaster?

—Todos los Hulmaster han huido —dijo el capitán Edelmark con voz neutra—. Lord Marstel es ahora el harmach de Hulburg, y quiere que os conduzcamos a Griffonwatch sin dilación. Estoy harto de repetirlo.

—¿Estás arresando a Geran? —preguntó Hamil. Tenía las manos apoyadas sobre las empuñaduras de sus dagas.

—Haré lo que tenga que hacer para cumplir con las instrucciones de mi señor —dijo el oficial—. Yo en tu lugar, apartaría las manos de las empuñaduras de esas dagas, hombrecillo. Hay doscientos hombres armados en el muelle detrás de mí.

—En este barco hay cincuenta —dijo Worthel. El primer oficial de la Vela Roja estaba cerca, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Geran no irá a ningún sitio al que no quiera ir, capitán.

Geran alzó la mano. Lo último que quería ver era una batalla en el amarradero del *Dragón Marino*. Muchos hombres buenos morirían, y Hulburg ya había perdido suficientes.

—Puedes escoltarme hasta Marstel, capitán —dijo. Su voz lo hacía parecer más calmado de lo que realmente estaba—. Pero nadie a bordo de este barco debe ser molestado. Han luchado y sangrado por Hulburg en lugares extraños y lejanos, y merecen la bienvenida de un héroe.

—Mis órdenes sólo te conciernen a ti —dijo Edelmark. Le hizo señas a Geran

para que lo precediera.

Sarth miró a los combatientes reunidos en el muelle, y después volvió a mirar a Geran. El tiflin entornó la mirada.

—Yo también voy —dijo—. Cualquiera que se atreva a ponerle una sola mano encima a Geran tendrá que vérselas conmigo.

—Y yo —dijo Hamil, que le lanzó una mirada de hielo al capitán y dejó una mano descansando sobre la empuñadura de una daga para que pudiera verlo—. Puedes llevar a diez hombres contigo, capitán. El resto de tu pequeño ejército se quedará aquí, o si no Geran no irá a ninguna parte contigo.

—De acuerdo —dijo el capitán con brusquedad—. ¿Podemos irnos ya?

—Un momento —dijo Geran. Se volvió hacia Mirya y la cogió de la mano—. Vamos, llévate a Selsha a casa. Todo irá bien. Yo me pasaré más tarde, tan pronto como aclare todo esto.

Ella asintió, aunque no pudo evitar mirar a los guardias que esperaban en el muelle.

—Ten cuidado por dónde pisas, Geran Hulmaster. Y gracias por todo lo que has hecho por nosotras. —Se acercó y lo besó en la mejilla. Luego, cogió a Selsha de la mano y la condujo hacia el muelle.

Después de eso, Geran miró a Sarth y a Hamil, y siguió a Mirya en dirección al embarcadero. Edelmark ordenó a diez de sus hombres que lo acompañaran, despidió al resto de su compañía, y dejó a una fuerza simbólica en el muelle. A continuación, los guardias de Hulburg —un ejército formado por los combatientes de las Casas mercantiles pertenecientes al Consejo, hasta donde Geran sabía— escoltaron a los tres compañeros por las calles de la ciudad hasta el pie de Griffonwatch. Fue una caminata tensa y silenciosa, con poca conversación. Edelmark se negó a decir nada que no hubiera dicho antes, y sus hombres no se atrevían a hablar estando su capitán delante. Pero las señales recientes de lucha en las calles lo decían todo. Más edificios quemados, tiendas familiares cerradas con tablas, pequeños grupos de Guardias de Hulburg apostados en las esquinas, y ni rastro de la Guardia del Escudo ni de las milicias locales que se habían encargado de mantener la paz durante meses.

Se dirigieron hacia la puerta del castillo, y Edelmark los condujo directamente al gran salón. El Consejo del Harmach se había reunido para esperarlo, pero a medida que Geran se acercaba, se dio cuenta de que aquél no era el Consejo que él conocía. En los lugares que antes habían estado reservados para los consejeros de Grigor Hulmaster y los oficiales del reino, ahora estaban sentados los jefes de las grandes compañías mercantiles: la Doble Luna, el Anillo de Hierro, la Casa Jannarsk y, por supuesto, Nimessa Sokol, que tenía el entrecejo fruncido y una expresión de pocos amigos. El antiguo asiento de Marstel estaba vacío; en su lugar, ahora el viejo lord estaba tirado en el asiento de madera del harmach Grigor. Wulreth Keltor aún

conservaba su lugar como guardián de las Llaves, pero ningún otro consejero que hubiera servido bajo el mandato de Grigor se encontraba a la mesa. Geran se preguntó cuántos de los otros se habrían visto obligados a huir, o cuántos estarían muertos. A medida que se acercaba, se fueron acallando los susurros en la sala, y los hombres y las mujeres reunidos en el salón de Griffonwatch lo observaron en silencio.

El capitán Edelmark dio un paso al frente y se dirigió a Marstel.

—Milord, he traído a Geran Hulmaster —dijo.

Marstel se incorporó y miró atentamente a Geran.

—Ciertamente —dijo—. Muy bien. Tenemos algunos asuntos importantes que discutir, según creo. ¿Qué hay del *Dragón Marino*?

—Está atracado en el viejo embarcadero de Veruna. Dejé una compañía para custodiar el barco. —Edelmark frunció el entrecejo—. Hay un destacamento de casi cincuenta guardias del Escudo a bordo, mi señor. Deberíamos desarmarlos inmediatamente, y el barco debería ser puesto bajo vigilancia.

—No te lo aconsejo —dijo Geran—. A menos que yo les ordene lo contrario, la compañía del *Dragón Marino* se resistirá a semejante acción.

—Los superamos en número por cinco a uno —dijo el capitán—. Si no se lo ordenas, serás responsable de sus muertes.

Geran inclinó ligeramente la cabeza y le lanzó una única mirada a Edelmark.

—No respondo ante ti —le dijo con firmeza.

A continuación, volvió a mirar a Marstel. Su sorpresa ante tal situación estaba dejando paso rápidamente a un creciente enfado. Marstel estaba sentado en el trono de su tío, haciéndose llamar harmach. ¡Y actuaba como si siempre hubiera estado ahí! Avanzó dos pasos.

—Lord Marstel, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó—. ¿Por qué estás ocupando el asiento de mi tío? ¿Dónde está el harmach Grigor?

—Los Hulmaster ya no gobiernan en Hulburg —dijo Marstel. Se enderezó y una chispa brilló en sus ojos—. ¡Ya no! El mal gobierno de tu tío estuvo a punto de destruir este reino. El Consejo Mercantil intervino... No tuvimos elección. Nuestros combatientes tuvieron que salir a restaurar el orden, y Grigor Hulmaster se opuso a nuestras acciones. Se lo ha despojado de su poder. Como par de mayor rango en Hulburg, he asumido debidamente el título de harmach.

—¿Debidamente? —repitió Geran, cuya ira creció como una llamarada incandescente que amenazaba con barrerlo de la faz de la tierra, y apretó los puños mientras hablaba, aunque se contuvo por el momento—. ¿Con qué autoridad reclamas el poder, Marstel? ¡No hay paridad en Hulburg, ni ningún precedente establecido! No tienes derecho a hacerte llamar harmach. Hasta donde yo sé, eres un usurpador, simple y llanamente. Ahora dime: ¿Qué has hecho con mi familia?

—*Tranquilízate, Geran* —le advirtió Hamil—. *Controla tu ira. Habrá un momento para enfadarse, y otro para la acción más tarde. No convenzas a Marstel de que no puede permitir que sigas viviendo.*

El rostro de Marstel se ensombreció y prácticamente se levantó de su sitio.

—¡No permitiré que me hablen en ese tono! —rugió.

—¡Merece una respuesta! —dijo Nimessa Sokol en voz alta. Haciendo caso omiso del ataque de rabia de Marstel, se levantó y miró a Geran a los ojos—. Tu familia está viva, Geran. Se han refugiado en Thentia..., o eso hemos oído.

Geran respiró profundamente. Nimessa debía lealtad a la Casa Sokol, por supuesto, pero no podía imaginar que hubiera formado parte voluntariamente de la destitución de su tío, Grigor. En otras circunstancias habría disfrutado enormemente de la oportunidad de hablarle de la destrucción del *Reina Kraken*, y de la pequeña cantidad de justicia que había podido impartir a la Hermandad de la Luna Negra de parte de todos sus amigos y sirvientes que habían resultado muertos a bordo del *Alablanca*, pero eso tendría que esperar.

—Dime, Nimessa, ¿qué ha sucedido?

—Tal y como ha dicho lord Marstel, el Consejo Mercantil se dispuso a restaurar el orden desarmando a todas las milicias —dijo—. Yo me opuse a ello, pero el Consejo estaba decidido; la Casa Sokol no tuvo otro remedio. Harmach Grigor se resistió, así que el Consejo decidió reconocer a lord Marstel como harmach. Los combatientes del Consejo y las milicias elegidas por éste vencieron a la Guardia del Escudo y los condujeron de vuelta a Griffonwatch. Al parecer, lady Kara encontró un modo de sacar a tu tío y al resto de la familia de la fortaleza y alejarlos de Hulburg.

—Un acto desesperado realizado por un hombre débil que se aferraba al poder, sin importarle el bienestar de su reino —rugió Marstel—. Si realmente se hubiera preocupado por Hulburg, Grigor habría abdicado de manera honorable. Yo me hubiera ocupado de que se estableciera confortablemente en alguna tierra vecina. Pero ya que no ha renunciado de forma honorable a su pretensión todavía, los Hulmaster han sido declarados proscritos en todas las tierras y posesiones bajo el gobierno del harmach.

—¿Proscritos? —preguntó Geran—. Hulburg recibió el nombre de la familia Hulmaster, por si lo has olvidado. ¿Pretendes decirme que toda mi familia ha sido exiliada del reino que los Hulmaster han gobernado durante doscientos años?

Marstel se volvió a sentar en el trono robado y sonrió para sí mismo.

—Mi edicto se mantiene. Ningún Hulmaster debe poner un pie en Hulburg, so pena de muerte. Por supuesto, tú no podías saberlo mientras estabas de viaje, así que, a pesar de tu falta de educación y tu actitud hostil..., suspendo mi propio edicto hasta que seas escoltado hasta la frontera del reino. Después de todo, soy un hombre razonable.

—*La advertencia de Esperus empieza a aclararse* —comentó Hamil—. *Seguiste el rumbo que tenías pensado, y Hulburg cayó en manos de los enemigos del Harmach, pero ¿quién es el enemigo olvidado?*

—Mi señor se equivoca al ser compasivo —dijo el capitán Edelmark—. Geran Hulmaster es un conocido pirata, agitador, asesino y cosas peores. Es mejor ocuparse de él aquí y ahora que dejarlo en libertad.

Geran hizo caso omiso del capitán y miró a los demás líderes de las Casas, a sus consejeros y capitanes, y lo único que vio fue cautela y preocupación. Nimessa Sokol bajó la vista hacia el suelo, incapaz de sostenerle la mirada. Entonces, sus ojos se posaron sobre una figura que antes había pasado por alto, un hombre esbelto, vestido con una larga casaca gris oscuro con capucha, que estaba sentado en el lugar que antes había pertenecido al mago mayor del reino. La capucha ocultaba la cara del hombre, pero una oscura sospecha invadió el corazón de Geran. Conocía a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa del Consejo, aunque no hubiera tenido trato con todos, pero nada sabía del hombre encapuchado, aunque sintió que era menester.

Como si hubiera notado el peso de la mirada de Geran, el hombre levantó las manos —una hecha de plata grabada con runas, en vez de carne— y se bajó la capucha. Geran dio un paso atrás, reprimiendo un grito, y se sintió momentáneamente abrumado por el asombro y la náusea.

—¡Rhovann! —susurró—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Yo? Pues resulta que soy el mago mayor de Hulburg —contestó el elfo de la luna. Sonrió con frialdad—. Lastannor el turmishano decidió que sus servicios ya no eran necesarios. He sido contratado en su lugar.

—¿De veras? —Sarth estudió al mago burlón, con una expresión severa en su rostro rubicundo—. ¿Quién es éste, Geran?

—¡Oh!, ¿no te ha hablado de mí? —El mago fingió sorprenderse—. Geran y yo hace años que nos conocemos. Intimamos en Myth Drannor. Soy Rhovann Disarnnyl, de la Casa Disarnnyl. —El falso humor de sus ojos se desvaneció, y levantó la mano de plata—. Hace dos años, tu amigo Geran me dio esto para que lo recordara. Déjame asegurarte que he pensado mucho en qué regalo podría ofrecerle yo.

Geran miró fijamente a su viejo rival, prácticamente incapaz de concretar ningún pensamiento en su cabeza. Rhovann estaba allí, en la casa en la que había crecido, y en pago por la mutilación que había sufrido a manos de Geran y su propio exilio de Myth Drannor, había ido a Hulburg a hacer leña del árbol caído. Rhovann sencillamente sonrió y le dio la espalda a Geran de un modo despectivo para dirigirse a Marstel.

—Milord, por favor, disculpa mi interrupción. Como ves, Geran Hulmaster y yo nos conocemos. Estabas a punto de desterrarlo, según creo.

—Sí, por supuesto —rugió Marstel. Se levantó y señaló la puerta—. Geran Hulmaster, por la presente quedas desterrado del reino de Hulburg. ¡No vuelvas, so pena de muerte! Capitán Edelmark, conducirás un destacamento de guardias y escoltarás a este hombre a las afueras de la ciudad de inmediato.

Edelmark apoyó la mano en la empuñadura de su espada e hizo una reverencia.

—De inmediato. —Por señas convocó a una docena de soldados que había en la sala para llevar a cabo la orden.

Geran permaneció inmóvil un instante. Por un momento, pensó en desenvainar la espada y atravesar a Rhovann, con la esperanza de que acabando con el mago resentido pondría fin a la locura que había invadido Griffonwatch. Pero incluso si tenía éxito, se las vería con todos los guardias de Marstel, además de los magos y capitanes de las diversas Casas mercantiles. Moriría con la espada en la mano, y lo más probable era que Hamil y Sarth fueran detrás. Ése fue el pensamiento que detuvo su mano; destruirse a sí mismo para acabar con los enemigos de Hulburg era una cosa, y otra muy distinta era condenar también a sus amigos. Estaba claro que Rhovann pretendía deleitarse con la ironía de organizar el destierro de Geran de su tierra natal, al igual que Geran había provocado su destierro de Myth Drannor hacía dos años. Realmente, era un duro golpe. Pero si se rebelaba contra su destino para luchar contra Edelmark o lanzarse a ciegas contra sus enemigos..., lo único que conseguiría sería darle a Rhovann la satisfacción de ver cuánto daño le había hecho. Geran respiró hondamente y decidió no darle a su viejo enemigo tal satisfacción.

—Espero que se trate bien a la tripulación y a los combatientes del *Dragón Marino* —le dijo a Marstel—. Han luchado valientemente por Hulburg. No tendréis que preocuparos por los piratas de la Luna Negra nunca más. Ordenaré a mi tripulación que se disperse de forma pacífica y reconoceré la autoridad de lord Marstel, si juráis ante Amaunator que quedarán libres para ir y venir como les plazca.

Marstel frunció el entrecejo, pero accedió.

—De acuerdo —dijo el viejo señor.

Geran miró a Sarth y a Hamil.

—Cuidad de Mirya y de Selsha por mí —dijo en voz baja.

Después, cuadró los hombros, le dio la espalda a Marstel, a Rhovann y a todos los miembros de la corte del usurpador, y fue al encuentro de su exilio.

EPÍLOGO

29 de Marpenoth. Año del Intemporal (1479 CV)

La nieve cubría el pie de las Montañas Galena, a unos dieciocho kilómetros al nordeste de Hulburg. En las tierras bajas, algunos arces y alisos empapados conservaban aún sus vestimentas otoñales de amarillo y ocre, pero las colinas cubiertas de vegetación y los profundos valles estaban a unos seiscientos cincuenta metros por encima del valle del Winterspear, y sus cumbres rocosas se veían veteadas de blanco hacía ya diez días. Kardhel Terov, caballero brujo de Vaasa, estaba junto a una de las ventanas de su torre de hierro y estudiaba la nieve de las laderas con expresión ceñuda. Era un hombre severo, de unos cincuenta años, con el pelo gris muy corto y una mandíbula fuerte y bien afeitada. Sus ojos tenían un sorprendente tono carmesí, la marca de un pacto que había hecho hacía mucho a cambio de poder. Allí, en el santuario de su torre de hierro, no se molestaba en ponerse su imponente armadura negra de placas; ésta descansaba en un expositor contra la pared opuesta. En su lugar, llevaba una túnica larga de color rojo y negro, bordada con diseños draconianos.

Miró hacia el cielo encapotado y frunció aún más el entrecejo. No le hacía falta la magia para ver que pronto llegaría más nieve. No había un verdadero paso entre Vaasa, en la parte este de las Montañas Galena, y Thar y las tierras habitadas del norte del Mar de la Luna en la parte oeste. Los pasos más bajos entre los imponentes picos de las Galena permanecían bloqueados por el hielo y la nieve durante todo el año. Pero había viajeros de increíble resolución que podían hacer el viaje en verano y en los primeros meses del otoño. Por desgracia, el tiempo parecía sugerir que, a menos que Terov volviera pronto a Vaasa, se vería obligado a regresar a casa por otro camino..., o bien haciendo el largo y tedioso viaje a través del Mar de las Estrellas Caídas, y de vuelta a través del reino de Impiltur, o bien por la oscura y peligrosa ruta que había bajo las montañas, atravesando las minas de los bastiones olvidados de los enanos y las guaridas de las fieras tribus orcas. Ni siquiera un caballero brujo y su séquito tenían garantizado un paso seguro por ese camino. No, sería mucho más conveniente concluir sus negocios en aquellas tierras y partir cuanto antes.

Alguien llamó suavemente a su puerta, interrumpiendo sus cavilaciones. Terov giró la cabeza.

—Adelante —dijo.

Una mujer pálida, de cabellos rojos, con un sencillo hábito gris y un manto más oscuro, entró en la habitación por detrás de él. Llevaba un fino velo negro cubriéndole los ojos.

—Lord Terov, el sacerdote de Hulburg acaba de llegar.

—Ya era hora —murmuró el señor de Vaasa—. Muy bien. Condúcelo a la gran sala. Yo bajaré de inmediato.

La mujer del velo asintió y se retiró. Terov miró una última vez por la ventana —la nieve de las montañas era increíblemente hermosa, aun cuando le supusiera un gran inconveniente—, esperó unos instantes para hacerle ver a su invitado que no estaba esperando su llegada, y después dejó la habitación. Un único tramo de escaleras de caracol hechas de hierro remachado conducía a los pisos inferiores de la torre. La torre en sí no parecía mucho más grande que el silo de un granjero desde el exterior, pero su interior era mucho más espacioso, y Terov lo mantenía bien provisto de muebles confortables y una pequeña plantilla de guardias y sirvientes. Era su posesión más preciada, una pequeña fortaleza mágica que podía invocar en cualquier lugar al que viajara. La torre de hierro podía alojar fácilmente a media docena de invitados en condiciones muy confortables, y a unos veinte guardias y sirvientes (o más) en habitaciones más corrientes, y virtualmente era inmune a cualquier ataque.

La gran sala de la torre estaba dominada por una gran chimenea y una fila de ventanas estrechas y abovedadas, protegidas por contraventanas de hierro. Terov la usaba como sala de estar y como comedor, y de vez en cuando como sala de audiencias. El caballero de Warlock encontró a su invitado esperándolo.

—Bienvenido, Valdarsel —dijo—. Espero que tu viaje no haya sido difícil.

El sacerdote de Cyric meneó la cabeza.

—No, mi señor, en absoluto. El viaje a caballo duró unas tres horas, aproximadamente.

—Bien. Sé que te convoqué con poca antelación, pero pensé que sería más práctico hablar cara a cara.

Durante meses, Terov había confiado en los mensajes mágicos ocasionales o en las cartas cuidadosamente guardadas para mantenerse en contacto con su sirviente en Hulburg. Confiaba en la ambición de Valdarsel, y en su eficiencia, y estaba muy complacido hasta el momento con los resultados conseguidos por el cyricista en su misión de organizar una facción en Hulburg que pudiera servir a los propósitos de Vaasa sin darse cuenta. Aun así, de vez en cuando, resultaba útil asegurarse de que Valdarsel recordaba para quién trabajaba; de ahí la visita de Terov a las fronteras de los dominios del harmach.

—Así que, cuéntame, Valdarsel: ¿cómo van las cosas por Hulburg?

—Bastante bien, mi señor. Tal y como pediste, he obtenido un asiento en el Consejo del Harmach. Las bandas que controlo están impacientes, pero hasta ahora he logrado contenerlas con promesas de propiedades expropiadas a los hulburgueses nativos. El harmach Marstel no puede ni rascarse la nariz si no se lo manda el mago Rhovann, Podría haber algunos problemas con eso muy pronto; a pesar de sus títulos nobiliarios y los consejos de Rhovann, Maroth Marstel no sirve como harmach, y

supongo que será difícil ocultar este hecho durante mucho más tiempo.

Terov meneó la cabeza.

—Las únicas opiniones que cuentan son las de las compañías mercantiles, y si Marstel sigue renovándoles los arriendos y las regalías de que disfrutaban con Sergen Hulmaster, no se preocuparán de qué tipo de gobernante es.

—Continúa.

—Los Hulmaster se han refugiado en una pequeña propiedad —al parecer, una vieja casa de los tiempos del abuelo de Grigor— en las tierras de Tenthia. Un pequeño número de guardias y sirvientes los acompañaron al exilio. No carecen de recursos monetarios, mi señor, pero dudo de que posean medios para organizar algo que suponga una amenaza para el gobierno de Marstel de aquí a poco tiempo.

Terov le dirigió una mirada llena de dureza a Valdarsel.

—No comprendo aún por qué se les permite siquiera vivir.

—Yo también estoy desconcertado. Es cierto que sería mucho más inteligente eliminar cualquier posibilidad de que una dinastía depuesta pueda volver a reclamar sus derechos en un futuro. Pero el mago Rhovann no ha tomado medidas para corregir ese pequeño detalle, al menos que yo haya visto. —Valdarsel se encogió de hombros—. Si os soy sincero, mi señor, creo que Rhovann prefiere que los Hulmaster vivan con su derrota, y no le importa demasiado si el gobierno de Marstel es sólido o no. Odia a Geran Hulmaster mucho más de lo que disfruta ejerciendo el poder a través de ese desventurado viejo patán de Maroth Marstel.

—¡Mmmm! —El señor de Vaasa reflexionó acerca de las palabras del sacerdote durante un largo instante—. Si Rhovann no siente inclinación por actuar, entonces deberás hacerlo tú, Valdarsel. Quiero que los Hulmaster sean eliminados..., todos ellos. Y si puedes organizarlo para que Maroth Marstel resulte implicado, mucho mejor.

—Eso no será muy difícil, mi señor. —Valdarsel sonrió con frialdad—. Si algún desafortunado incidente sobreviene al harmach en el exilio, las sospechas recaerán indefectiblemente sobre el hombre que le arrebató su trono. Pero me aseguraré de que haya pruebas sólidas de su implicación para confirmar lo que todos sospecharán igualmente.

—Bien. Con algo de trabajo, supongo que podremos derrocar a Marstel y a su Consejo Mercantil también, lo cual, por supuesto, dejará a Hulburg con una crisis de liderazgo como mínimo. Deberías estar bien posicionado para aprovecharlo. Pretendo que Hulburg esté bajo el control de Vaasa en primavera. —Terov le dedicó a su invitado una sonrisa depredadora—. Serás ampliamente recompensado ese día, Valdarsel. Te lo prometo por mi anillo de hierro.

El cyricista inclinó la cabeza.

—Mi señor me honra con su confianza.

—Hasta ahora lo has hecho bien. Acaba con los Hulmaster, y el resto debería llegar solo. —Terov le puso una mano en el hombro a Valdarsel—. Ahora me temo que debo volver a enviarte al exterior. Vuelvo a Vaasa hoy mismo, y no puedo retrasarme mucho más ni dejar aquí la torre.

Valdarsel volvió a hacer una reverencia.

—La incomodidad ocasional es buena para el carácter, mi señor. Además, eres tú el que debe hacer el viaje más difícil. Que el Sol Negro proteja tus pasos mientras regresas a casa.

—Y los tuyos, amigo mío —contestó Terov. Acompañó a Valdarsel hasta el vestíbulo que había junto a la puerta de la torre, y esperó mientras un sirviente le daba una capa seca para reemplazar la que había llevado en su viaje a caballo desde Hulburg, que estaba empapada. Otro sirviente esperaba bajo la llovizna, sosteniendo las riendas del caballo del sacerdote. Valdarsel montó, se tocó la frente e hizo una reverencia ante Terov, para después salir al galope por el solitario sendero que conducía de vuelta a Hulburg.

Terov no perdió el tiempo observando cómo se alejaba su subordinado. Posó la mirada sobre los sirvientes que estaban en el vestíbulo y dijo:

—Informad al personal y a los guardias de que deben prepararse para partir. Vamos a volver a Vaasa, y deseo que todo esté listo dentro de una hora.

El brujo les dedicó una última mirada al cielo encapotado y a los altos picos que se cernían amenazantes, y a continuación se dirigió a hacer los preparativos de su viaje de regreso a casa. Había intentado una vez más que Hulburg cayera en sus brazos presa del pánico, con la amenaza de los orcos de los Cráneos Sangrientos. Donde la violencia y el miedo habían fallado en la consecución de sus objetivos, tendrían éxito la mentira y la ambición.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría darles las gracias a mis editores, Phil Athans y Susan Morris. Phil me dio carta blanca para elegir un rincón de Faerun que explorar en Espadas del Mar de la Luna; ha sido mucho trabajo, pero también ha sido tremendamente divertido. El buen ojo de Susan para desarrollar personajes, y su motivación, han sido posiblemente los mejores con los que me he encontrado en una docena de libros, y *Corsario* es muy superior gracias a ello.

Tengo la increíble suerte de trabajar cada día con una serie de personas muy inteligentes, creativas y motivadas. Ser diseñador de juegos es una buena manera de ganarse la vida. Ser un diseñador de juegos que llega a trabajar con la gente con la que yo trabajo es una manera *fantástica* de ganarse la vida. Sois todos geniales.

Finalmente, deseo dedicar un agradecimiento especial a Kim, mi increíble esposa, que pacientemente soporta mis muchas, muchas horas delante del ordenador mis quejas acerca de eso mismo. ¡Ya van dos! ¡Sólo queda uno, querida!